

ROMPIENDO LA NOCHE

Memorias de un Bolchevique

O. Pianitzki

PRESENTACIÓN

Rompiendo la noche
O. Pinitzki y otros

Ediciones de la Revolución Ecuatoriana

Colección
40 Aniversario del
Partido Comunista Marxista
Leninista del Ecuador

Publicación a cargo del
COMITÉ PROVINCIAL DE PICHINCHA
del PCMLE

Edición: 1.000 ejemplares

1ro. de Agosto de 2004
Quito – Ecuador

La clase obrera tiene y asume la responsabilidad histórica de colocarse a la cabeza de las demás clases trabajadoras, para oponerse y combatir al capitalismo y al imperialismo, para derrocarlos e implantar el poder popular, la dictadura del proletariado y construir el socialismo.

Esa tarea es una hazaña gigantesca que incorpora como protagonistas a millones de seres, a las masas trabajadoras, a los pueblos y a la juventud.

Esa gran proeza es la revolución social del proletariado, significa el derrumbamiento del viejo mundo de la propiedad privada, los privilegios y la explotación, y su sustitución por el mundo de la igualdad social, por la sociedad de los trabajadores.

Se trata de la primera revolución hecha por las mayorías en beneficio de ellas mismas.

El cumplimiento de ese compromiso por parte de la clase obrera requiere la guía de la teoría revolucionaria, de la doctrina del proletariado, del marxismo leninismo.

El marxismo leninismo es la teoría revolucionaria más avanzada que ha sido elaborada por la humanidad a lo largo de su milenario devenir. Es un sistema filosófico, la concepción del mundo de la clase obrera. A través del marxismo leninismo los proletarios explican el mundo, pero, fundamentalmente, con

su guía, con sus principios son capaces de transformar el mundo, de organizar y hacer la revolución.

El marxismo leninismo se encarna, se convierte en fuerza material, en la existencia y la lucha del partido comunista, en los combates de los trabajadores y los pueblos.

“El marxismo leninismo no es un dogma, es una guía para la acción”. Esta es una afirmación expresa de los Clásicos, es una verdad corroborada por la práctica social de millones de trabajadores, por varias revoluciones victoriosas.

Plenamente convencido de esta realidad, el PCMLE, al cumplir 40 años de lucha por la revolución, renueva su disposición y decisión de continuar el combate por la el socialismo; dispone sus fuerzas para enfrentar nuevas batallas, para crecer y fortalecerse, para la forja de un poderoso movimiento revolucionario de las masas trabajadoras, para hacer uso legítimo de la violencia revolucionaria.

Una de las maneras como los marxista leninistas del Ecuador perseveramos en nuestro cometido revolucionario es la publicación de la **COLECCIÓN CUARENTA ANIVERSARIO**.

Se trata de la publicación de una serie de materiales teóricos, de la autoría de **Marx, Engels, Lenin, Stalin, Enver Hoxha y otros revolucionarios destacados**.

Son títulos cuya edición es responsabilidad de los Comités Provinciales, de las Comisiones adjuntas al Comité Central que se involucran en este esfuerzo.

Están dirigidos a los militantes del PCMLE, a nuestros compañeros y amigos, a los hombres y mujeres de la clase obrera y los pueblos del Ecuador. Pretenden constituirse en una nueva herramienta para adelantar la lucha revolucionaria, para acercar el día de la victoria.

**Comisión de Educación Política del
Comité Central del PCMLE**

PALABRAS DEL RECOPIADOR

Sería erróneo pensar, que este libro encierra las memorias de un hombre excepcional, y menos aún las de un aventurero amargado o superdotado, que habla siete idiomas y tiene pactos con el diablo. Sus páginas están carentes de despecho y de arrepentimiento. Contrariamente a otros, su autor no busca la admiración ni el falso proselitismo. Su mérito radica, particularmente en el realismo histórico y admirablemente humano con que nos hace vivir lo que fue la Rusia esclavista de los zares, y el contraste surge, con lo que todo el mundo sabe que es hoy, en la sexta parte de la tierra, el gran país de los Sóviets. Esta comparación, y la serena emotividad de éstas páginas, estrujan en forma profunda al corazón humano.

Piatnitzky, contrariamente a todos, o casi a todos los que se creen con la obligación de escribir sus memorias, es el hombre-masa por excelencia. Ni física, ni intelectualmente, ni aún siquiera su vida aguerrida de combatiente, tiene nada de extraordinario. Él nos lo dice, “Millares de mis compañeros han luchado en condiciones semejantes o peores que yo”. En lo que sí debe admirarse al autor, es en su espíritu de abnegación, en su tenacidad, y en esa fe infinita e inquebrantable, respecto a la capacidad y al destino histórico del proletariado y de las clases tra-

bajadoras en todo el mundo

Piatnitzky en éste y en otros aspectos, es una verdadera revelación, su obra, no carente de estilo literario, es de un realismo y de una emotividad que apasiona grandemente. Sus páginas, llenas de experiencias valiosas, muchas veces sangrantes, pero siempre saturadas de abnegación y con el optimismo de éstos viejos pioneros, de los millones de militantes anónimos de hoy, que en todo el mundo batallan, por una de las causas más ambiciosas y más nobles que jamás hayan existido; la causa que está ya, sin utopías, en camino de redimir a la humanidad, arrancando al 95% de la opresión, de la miseria, y de las guerras; creando una vida más feliz, no en el otro, sino en éste mundo; por medio de una organización social más justa y más científicamente estructurada.

Por último: ¿Quién puede negar que Piatnitzki y sus compañeros no encarnan el alma vigorosa de los viejos bolcheviques del partido de Lenin, y el de ser ellos la levadura de los heroicos hijos del país de los Sóviets?. De aquéllos que defendieron Moscú, Stalingrado, etc., haciendo morder el polvo y rompiendo el espinazo a los más grandes ejércitos invasores de su Patria.

¿Puede ser éste país, pueden ser estos hombres que bajo instituciones propias han hecho progresar grandemente todas las ciencias, toda la técnica, y todas las ramas de la cultura en general, un peligro para el progreso humano? (*)

MARIO NAVA.

(*) Véase en la página 244 los Cargos y Funciones que acreditan la personalidad de O. Piatnitzki.

Veintiún años de organización y de acción revolucionaria

Memorias de un bolchevique es la obra de uno de los mas viejos militantes del partido comunista de la Unión Soviética, uno de esos "Revolucionarios profesionales" tal como los concebía y llegó a formar Lenin; uno de esos que sacrifican todo a la causa del proletariado, uno de los que más contribuyeron a la gloriosa victoria de octubre de 1917.

Estas Memorias no son una de esas "deslumbrantes obras literarias" que constituyen la admiración del burgués y del pequeño burgués; es un relato escrito por un obrero de lo que él ha visto y de su vida durante una actividad revolucionaria de más de veinte años. Al rayo deslumbrador de la literatura burguesa francesa, ocultando el vacío de una inteligencia en decadencia, las Memorias de un Bolchevique nos muestra hechos, nada mas que hechos, de los cuales se desprende una ardiente fe revolucionaria, de donde salió la mayor victoria social conocida. Obra apasionadora, la cual, el lector obrero no la abandonara sin haberla leído por completo, y que meditará profundamente, ya que cada una de sus páginas es una enseñanza preciosa para los obreros revolucionarios y para todos los comunistas.

* * *

Lo que domina la obra y llama la atención del lector desde la primera hasta la última línea, es la idea de la organización. Con toda evidencia, Piatnitzky es uno de los que mejor comprendieron y pusieron en práctica el deseo de Lenin, que ha sido lo que dio la victoria al proletariado ruso: la necesidad para un partido revolucionario de una organización coherente, legal e ilegal, penetrando en todos los engranajes de la sociedad capitalista. En el “club” de discusión que querían los mencheviques, las “parlottes”, que son las secciones de los socialistas franceses —y también muchas organizaciones comunistas y simpatizantes del país—, los bolcheviques supieron sostener la organización centralizada que conduce e impulsa todo el movimiento obrero revolucionario.

En Rusia o en el extranjero, tan pronto como llega Piatnitzky, consagra todas sus fuerzas a mejorar lo que existe o al agrupamiento de los bolcheviques dispersos. Lo mismo en Berlín, contra la obra disolvente de los mencheviques, o en Sámara, con los miembros del partido que no se atreven a agruparse por miedo a la Policía, sabe reunir rápidamente a los bolcheviques aislados y organizarlos para conducirlos rápidamente a éxitos decisivos. Advierte que en París, no obstante las resoluciones tomadas, la “Pravda”, entonces legal, no está difundida; se hace cargo de ella y enseguida la venta aumenta sin detenerse. En Sámara, por la debilidad de un camarada, fue arrebatado por los mencheviques el órgano del partido. Por su impulso, el Comité bolchevique se vuelve hacia las fábricas y de nuevo el periódico vuelve a los obreros revolucionarios; la Policía le inculpará esta acción cuando lo detiene.

Pero Sobre todo es en la acción ilegal donde Piatnitzky nos muestra el trabajo formidable efectuado por los bolcheviques. El mismo vivió ilegal durante trece años. Durante estos años fue perseguido por la Policía, por todas las Policías: zarista,

alemana, austriaca, francesa. No obstante, en el extranjero, Piatnitzky es el jefe de una amplia red que organiza el paso de la frontera por los militantes, que expide y difunde en toda Rusia la literatura revolucionaria. En Moscú, durante los años de la “reacción negra” que siguieron a 1905, fue encargado de la organización técnica secreta. Fue el organizador de la imprenta ilegal del partido. El militante francés que actualmente sale con dificultad de la legalidad burguesa quedará deslumbrado por las precauciones meticulosas y los múltiples problemas, por el valor y la sangre fría que exigen actividades tan indispensables. Un esquema de la organización secreta del partido en Moscú muestra cuan potente era ya el partido bolchevique en 1906; sin embargo, era ilegal.

* * *

Naturalmente tal actividad tenía que provocar una contraofensiva vigorosa del Gobierno zarista. Piatnitzky nos muestra cuan grande fue la penetración policiaca en el seno de aquel partido, que ya estaba fuertemente organizado. Es un policía Jitomirski, quien lo reemplaza en 1905 en Berlín en la dirección de la organización para la expedición de la literatura en Rusia. Es un policía Matvei—Brindinski quien en la misma Rusia es él cabeza, en algunos momentos, de servicios de difusión de la literatura. Es un policía Malinovski uno de los líderes de la fracción parlamentaria y al mismo tiempo del Comité Central.

¿Quién pude extrañarse de esta penetración? ¿Es o no la lucha de clase una guerra? En toda guerra, ¿los adversarios no tratan de enviar espías al campo enemigo y de comprar traidores? ¡Sólo pequeños burgueses legalistas pueden llorar por la “maldad” burguesa, que envía agentes al movimiento revolucionario! ¡Como si la introducción de provocadores en el seno del partido y en los sindicatos revolucionarios no fuese una prueba del serio peligro revolucionario que representa el parti-

do comunista y los sindicatos revolucionarios! Los socialistas, que siempre protestan de la penetración policíaca en nuestro partido, ¿no votaron a la burguesía francesa en noviembre de 1924, al último Judas, fondos secretos para pagar a los traidores?

Ante el daño hecho por la Policía al partido en el movimiento obrero revolucionario. ¿Piatnitzky no fue -poco tiempo- atacado de esa enfermedad que consiste en ver Policía por todos lados? Pero también nos indica la solución: es en la organización y en la acción cuando se obliga al policía a trabajar por el partido -los acontecimientos del 1 de mayo de 1911 fueron conducidos hasta el éxito por el policía Matvei-Brindinski, mientras que su "colega" Malinovski leía a la Cámara los discursos hechos por Lenin y Sinoviev-; cuando la policía sabotea la acción del partido, esto permite separarlo de puestos importantes y desenmascararlos, a la condición de que se ejerza un control riguroso en la ejecución de la tarea encargada a los militantes.

Gritando: "¡Al policía!", no fue como Piatnitzky ha desenmascarado a los más peligrosos, sino controlando la ejecución del trabajo y analizando seriamente los menores indicios.

Detenido en Sámara, Piatnitzky confirma con amargura que la Policía "lo sabía todo". (Sabía que él era del Comité central, cosa que aun ignoraba). ¡Ya lo sabían todo! Lo cual no impidió que la revolución barriese al régimen.

* * *

Como era de prever, Piatnitzky fue varias veces encarcelado, y, por último, deportado a Siberia en 1914. Apenas entra en la prisión, el militante tiene un puesto en la organización de los presos. Siente a su alrededor la solidaridad absoluta de sus camaradas, aun la de aquellos de tendencias políticas diferentes. Los víveres y los envíos de dinero siempre se reparten en común. No obstante la defensa enérgica de su situación material,

esto no es lo esencial para ellos; ante todo, la lucha revolucionaria.

....En Kiev, aun con las celdas abiertas de la mañana a la noche, lo mismo que las puertas de acceso del pabellón al patio, los detenidos estudiaban seria y activamente... "El tiempo de prisión transcurría sin darse cuenta", escribía Piatnitzky, quien no esperó la visita de la causa, ya que se escapó con diez revolucionarios para seguir luchando contra el zarismo y la burguesía.

¡Qué lejos estamos de ciertas desmoralizaciones, de tristes escrúpulos, anteponiendo el cuidado del "vientre" al trabajo revolucionario y al estudio!

De ahí el interés de las páginas sobre la vida en la cárcel, sobre la organización de los "comunes" de los detenidos y el trabajo encarnizado para estar mejor armado ideológicamente en la deliberación; ¡excelentes enseñanzas para la educación de los militantes revolucionarios!

* * *

Lo que domina la obra, como ya hemos dicho, es la idea de la organización. Pero sería un error creer que Lenin y los bolcheviques querían la organización por la organización. Ante todo, desean la organización para la lucha política, la organización al servicio de los principios del marxismo revolucionario defendidos irreductiblemente por Lenin y los leninistas. Toda la obra de Piatnitzky respira esta lucha encarnizada que Lenin y los leninistas no cesaron de sostener contra las diferentes corrientes que sin cesar renacían. La batalla por la Iskra, la lucha contra Plejanov, contra las corrientes "izquierdistas", "sectarias", provocadas por la actitud de la fracción parlamentaria, en fin, y sobre todo la lucha incesante cotidiana de Lenin, no solamente contra los mencheviques, sino contra los oportunistas, contra los conciliadores, todo eso se desprende

netamente en la lectura de estas memorias escritas sin aparato literario. Se siente en cada momento qué incesantes combates ideológicos han formado el partido de acero que condujo al proletariado ruso a la victoria. La actitud de Piatnitzky discutiendo frecuentemente con Lenin, es una respuesta viviente a esa tontería socialista que afirma ser el partido bolchevique una capilla en la cual aquel que no piensa como el jefe es expulsado.

Es, al contrario, en la más grande libertad de espíritu donde de se desenvuelven las controversias sobre los problemas del movimiento obrero, sobre la táctica, etc. Pero una vez tomada la decisión será aplicada sin ningún desfallecimiento por todos los miembros del partido. Esto es lo que dice Piatnitzky de las elecciones a la tercera Duma. Hasta éstas, reinaban grandes divergencias entre los bolcheviques; esta cuestión fue muy discutida en todos lados, puesto que numerosos bolcheviques eran contrarios a la participación en las elecciones; pero desde que el partido toma su decisión, los bolcheviques participaron con igual entusiasmo en las elecciones. Nos muestra también cómo Lenin, adversario encarnizado de toda alianza con los mencheviques, aceptó por disciplina participar con ellos en la redacción de "Social-Demócratas". Cuantas veces vemos a los emigrados –aun los evadidos de los calabozos zaristas, como Piatnitzky– regresar directamente a la ciudad y a los puestos que les había fijado el partido, esta disciplina de hierro era la resultante natural y, por consecuencia, aceptada sin discusión, de la incesante lucha ideológica sostenida por Lenin contra el oportunismo.

Las últimas paginan del libro, donde aparecen las declaraciones de guerra, las aptitudes completamente opuestas de la socialdemocracia alemana y del partido bolchevique, son la demostración luminosa.

Piatnitzky se impresionó fuertemente por la potencia del partido socialdemócrata alemán. Los millones de lectores de su Prensa y devotos electorales, sus grandiosos mítines, los tres

millones de obreros sindicalizados y las potentes cooperativas que dirigían sus militantes, todo eso le habían convencido de que el partido socialdemócrata sabría, si quería vencer el oportunismo, llevar al combate al proletariado alemán. No suscribía completamente los sarcasmos de Lenin, mostrando que el partido socialdemócrata alemán se había lanzado por su oportunismo en los brazos de la burguesía. ¡Y fue, con verdadero dolor, cuando en agosto de 1914 se enteró Piatnitzky, estando preso en Sámara con Pléjanov, cómo los socialistas alemanes estaban por la guerra! ¡El coloso socialdemócrata, podrido por el oportunismo, se había derrumbado al primer golpe!

...Tres meses después, el 14 de noviembre de 1914, tenía la noticia de que los cinco diputados bolcheviques en la Duma, y Kamenev confirmaba a Piatnitzky, todavía en prisión, que los bolcheviques continuaban la lucha de clases durante la guerra como durante la paz. ¡El partido, diezmado sin cesar; la Policía decapitando sin parar las organizaciones y viviendo casi permanentemente en la ilegalidad, había resistido gracias a su ideología, formada en la lucha por Lenin y los leninistas, al torrente devastador de la guerra imperialista!

Mientras que la social-democracia francesa –como la alemana– caía en la abyección de la guerra el partido bolchevique preparaba a los obreros, los campesinos y los soldados para el derrocamiento del absolutismo y del capitalismo en la victoria de octubre de 1917.

André MARTY.

A propósito de mis memorias

En 1921 tuvo lugar la depuración del partido comunista de la U.R.S.S.; todos los miembros de nuestro partido tuvieron que enviar por escrito su autobiografía a las Comisiones de depuración. La tentativa de redactar la mía no fue un éxito; ya que en lugar de una biografía lo que escribí fueron recuerdos sobre mi adhesión y sobre el trabajo militante de una época ya lejana.

En el verano de 1922; después de haber realizado una serie de tareas que me había confiado la Sección de Historia del partido; activé las memorias que había empezado; hasta comienzos de 1904. Sobrecargado de trabajo y por falta de espacio, no pude terminar esas memorias hasta el verano de 1924, durante mis vacaciones. Para escribir mis memorias no tuve ni cartas ni documentos. Los viajes clandestinos de Rusia al extranjero, las permanencias ilegales en Rusia, lo mismo que en el extranjero; la prisión y la deportación, no me permitieron conservarlos. Es más, la falta de tiempo me impidió consultar las obras y revistas donde otros camaradas han hablado de la historia de nuestro partido. Todas mis memorias, desde 1896 a 1917, las he escrito enteramente de memoria. Y es evidente que su contenido, lo mismo que su integrabilidad, se han resentido algo. Todo lo que yo he escrito lo he sometido a los camaradas con los cuales he

militado en diferentes ciudades y en diferentes períodos. Confirmaron los hechos que relato.

Terminadas mis memorias, tuve que contrastar las fechas y buscar los verdaderos nombres y apellidos de los camaradas que yo no conocía más que por seudónimo. He podido restablecerlos casi integralmente.

Si los jóvenes, miembros de nuestro partido, y los jóvenes leninistas, por la lectura de mis memorias pueden darse una idea, por débil que sea, de las condiciones en que tuvimos que trabajar los antiguos del partido bolchevique (las condiciones en que yo milité son las mismas en que se han visto colocados numerosos bolcheviques; otros tuvieron que militar en condiciones peores), y si una parte de mis memorias pueden servir a la historia de nuestro partido, yo consideraría que el tiempo consagrado al escribirlos no lo he perdido.

I

El principio de mi actitud revolucionaria 1896 – 1903

En 1896, siendo aprendiz de un taller de confección, oía con frecuencia a los obreros y obreras hablar de socialista deportados de diferentes ciudades de Rusia en nuestra localidad. Por detalles cogidos al vuelo me enteré que se reunían con la *intelligencia* local y con los obreros; que enseñaban a éstos a leer y escribir y que les daban folletos y otras cosas para leer. Además; en el taller se hablaba frecuentemente de reuniones secretas organizadas en Vilna; en Kovno; en Varsovia; y de detenciones que se hacían; todo ello me traía muy intrigado; pero no conseguía saber más.

En 1896 mis dos hermanos vinieron a pasar las fiestas de fin de año en mi casa. Grande fue mi sorpresa al ver en nuestra casa deportados: intelectuales; obreros y obreras con las cuales yo trabajaba. Me di cuenta también que mis dos hermanos estaban en relación con los más destacados del movimiento obrero; deportados en nuestra ciudad o que habían venido a pasar las fiestas con ellos.

La ciudad en donde yo nací; Vilkomir; tenía 14.000 habitantes. Había entonces gran cantidad de pequeños talleres; dos o tres fábricas de curtidos sin gran importancia; algunas fábricas pequeñas, donde se manufacturaban sedas de cerda, y un gran ta-

ller de cerrajería. Entre los obreros de estos diferentes establecimientos industriales los habían que habían trabajado en las grandes ciudades.

Los obreros que trabajaban en Kovno, en Vilna y en Varsovia venían a pasar las fiestas importantes con sus parientes. En estos días, la localidad aumentaba en animación. Los recién llegados organizaban con los obreros conscientes de Vilkomir, en los bosques o en las casas situadas fuera de la ciudad, espectáculos, reuniones o veladas donde se pronunciaban discursos y alocuciones que se alternaban con cantos revolucionarios, etcétera. (Lo mismo se hacía en 1906, cuando, después de una larga ausencia, regresé a mi ciudad natal para pasar algunas semanas. La organización del Bund existía en Vilkomir desde 1900 al 1901; pero en el verano de 1906 encontré una importante organización del partido obrero socialdemócrata, a la cual estaban adheridos los obreros rusos, judíos, lituanos, polacos y los obreros agrícolas que trabajaban en las grandes propiedades de las cercanías.)

Aspiraba entonces a ser independiente lo más pronto posible. En ese momento me propusieron venir a trabajar, en condiciones ventajosas, a Ponebeje, cabeza de distrito de la provincia de Kovno. Acepté la proposición y me fui sin decir nada a mis padres.

El taller donde entré en Ponebeje tenía de quince a diecisiete obreros. Se trabajaba de quince a dieciocho horas diarias. La ignorancia entre los obreros y las obreras era espantosa. Los salarios eran escasos; pero los obreros y las obreras los aceptaban sin murmurar.

Mi situación era más grave, puesto que no tenía habitación; tanto, que me veía obligado a dormir en el taller, sobre la mesa. La jornada de trabajo, por larga que fuese, no me permitía descansar, ni aun después de la salida de los obreros, pues el patrón necesitaba la mesa sobre la cual yo dormía para cortar géneros.

Jamás tuve ocasión de ver explotación semejante. Cuando yo me fui de mi pueblo soñaba con otra clase de trabajo y con otra clase de obreros.

Me puse a buscar una organización, una sala de lectura, reuniones; pero no pude encontrarlas. Para colmo de mis males, la nostalgia se cebó en mí. Todo esto fue causa de que, por indicación de mis padres, regresase a mi pueblo. Pero mi estancia fue de corta duración.

Al final de 1897 ya me encontraba en Kovno. Trabajé en un taller donde me daban tres rublos por semana. Vivía con uno de mis hermanos, en cuya casa había con frecuencia reuniones, sesiones de lectura, discusiones, etc. Al principio no me dejaban asistir; pero más tarde participé en iguales condiciones, teniendo que hacerme el mudo a veces.

En esta época empezaron las pesquisas y las detenciones. Los miembros activos del círculo de estudio del sindicato ilegal de carpinteros, que se reunían en casa de mi hermano, empezaron a confiarme misiones serias y clandestinas, como transportar la literatura de propaganda de Kovno a Vilna, entregar paquetes, etc.

Mis dos hermanos eran carpinteros, lo que explica que yo estuviese en contacto con los carpinteros más que con mis camaradas de trabajo. Otra razón era que los primeros me aceptaban entre ellos sin decir nada, mientras que mis camaradas de trabajo me consideraban demasiado joven para tratarme como a un igual. Además, yo prefería, mientras tenía que ser espectador, relacionarme con los carpinteros, ya que éstos eran hombres maduros, obreros hechos y, al mismo tiempo, relativamente más numerosos que los obreros de otras poblaciones.

En Kovno veía reunirse frecuentemente camaradas en casa de mi hermano. Uno de ellos leía, y luego explicaba lo que leía. Con frecuencia, estas sesiones duraban hasta media noche. Otras veces, los mismos camaradas venían a buscar a mi hermano y discutían tan fuerte y tan acalorados que yo creía que disputaban. Más adelante comprendí que se trataba unas veces de reuniones de un círculo de autodidácticos, y otras de reuniones del sindicato de carpinteros. No recuerdo si asistían a estas reuniones obreros pertenecientes a otras profesiones.

En las reuniones del sindicato se fijaba la tarifa semanal o

diaria de las diversas categorías de obreros carpinteros, y nadie podía aceptar trabajo por tarifa más baja. Los carpinteros, tenían una bolsa de trabajo (en plena calle; esto pasaba en verano), donde los contratistas y los patronos venían a contratar a los obreros. Que yo recuerde, en aquel verano no hubo grandes huelgas entre los carpinteros, aunque las hubo en otras profesiones (manufacturas de papel, de cigarrillos, sastres, etcétera)

Los elementos activos de los carpinteros organizaban veladas frecuentemente. Se pronunciaban discursos y cada uno debía, a su vez, decir algunas palabras, que se resumían generalmente en: “¡Abajo el capitalismo! ¡Viva el socialismo!” Me acuerdo de dos obreros carpinteros que se destacaban sobre los demás; uno de ellos tenía unos veinte años; el otro era ya viejo. El primero, muy enérgico, era un espíritu vivo, que se hacía cargo enseguida del fondo de las cosas; añadía a esto una palabra elegante y fácil. Los obreros le querían y respetaban. Se llamaba Zoundel. El día en que tuvo que pasar por el Consejo de revisión, muchos de sus camaradas estuvieron toda la jornada en los alrededores del local para saber si le habían cogido. (En 1905 lo encontré en Berlín; pertenecía, a la mayoría del partido obrero socialdemócrata ruso y se dirigía a Rusia por encargo de la redacción del *Vpériorod!* (¡Hacia adelante!) el segundo había venido de Inglaterra o de América, donde había estado empleado en un club o en una biblioteca del partido socialista. Contaba muchas cosas sobre el movimiento obrero en el extranjero, y como había leído mucho, nos hablaba de libros interesantes. Se le escuchaba con atención y se le estimaba. Desgraciadamente, olvidé su nombre.

La solidaridad entre los obreros de las diversas profesiones era muy grande. Cuando estallaban huelgas en otras profesiones los carpinteros no se contentaban con ayudar a los huelguistas sólo con socorros pecuniarios y consejos: prestaban también su concurso para la agitación entre los obreros y obreras en huelga, y se dedicaban a la caza de los amarillos en los alrededores de los talleres. Frecuentemente se producían colisiones, seguidas de detenciones, entre los esquiros y los piquetes de huel-

guistas.

Respecto a los presos, la actitud de los obreros era magnífica; puede decirse con plena veneración. Tan pronto llegué a Vilna, en 1899, cundió la noticia por los talleres que un zapatero llamado Mendel Harbe y otros camaradas deportados a Siberia debían pasar por la estación. Los obreros abandonaron el trabajo, corrieron hacia el andén y, cuando el vagón celular apareció, fue acogido con gritos de felicitación dirigidos a los deportados y de maldiciones al régimen zarista. Por lo que puedo juzgar ahora y por la diversidad de elementos que tomaron parte en la manifestación, fue improvisada.

Como en los puestos de policía los obreros detenidos eran molidos a palos, había el temor de que en el interrogatorio, contra su voluntad, diesen los hombres de sus camaradas. De ahí que los más conscientes de los camaradas hiciesen una activa propaganda sobre la manera de conducirse en el momento de la detención y durante el interrogatorio. (Más adelante, un folleto fue editado especialmente con este objeto por el Bund) Todos los que se portaban mal en el interrogatorio eran expulsados de los círculos obreros y considerados comoapestados. En cuanto a los que entregaban a sus camaradas de una manera premeditada se les castigaba enseguida sin piedad. (Me acuerdo que una vez, en Vilna, corrió la noticia en la Bolsa de Trabajo que un traidor había llegado de Riga. Se pusieron a buscarlo y, después de haberlo atraído hacia una calle desierta, lo apalearon). Viviendo en una casa de mi hermano, cuyo alojamiento era registrado con frecuencia, tuve tiempo, antes de ser inquietado por mis propios actos, de asimilarme a fondo la manera de comportarme en el interrogatorio.

En la mitad de 1898, a pesar de que mi hermano quería verme instruido antes de entrar en el movimiento revolucionario, me adherí al sindicato ilegal de sastres.

En Kovno, los obreros con quien yo me reunía en aquella época eran, sobre todo, menestrales. Estaban organizados en sindicatos ilegales por profesiones. Luchaban sobre todo por obte-

ner la jornada de doce horas y salarios más elevados; la agitación colectiva e individual a favor de esas reivindicaciones, las huelgas, la intimidación a los obreros que trabajaban más de doce horas, eran los medios de acción a los cuales se recurría.

En las asambleas de obreros y obreras se leían los folletos *La razón de vivir*, de Dikhtein y *El derecho a la pereza*, de Lafargue. El primero les entraba fácilmente en la cabeza; el segundo, con más dificultad.

Respecto a los amarillos, además de la persuasión, se empleaba la violencia. En casa de los patronos donde era imposible organizar huelgas por falta de conciencia de los que trabajaban, se les rompía los cristales. Esto daba buenos resultados. El sindicato al cual yo pertenecía recurría a estos procedimientos.

Cierto centro político se ocupaba de introducir literatura revolucionaria del extranjero, de San Petersburgo y de otros sitios; de organizar círculos de estudios, sesiones de lecturas y cursos para los obreros, con lo cual el centro político estaba en relación con el que deseaba aprender a leer o recibir instrucción general. El centro político organizaba algunas veces *massovkai*¹, o simplemente fiestas en los numerosos bosques de los alrededores de Kovno. En estas asambleas se reunía bastante gente, que se enteraban uno a uno. Al pasar al lado de los destacamentos de vigilancia designados por los organizadores, es necesario decir la palabra de consigna, después de la cual le decían dónde se verificaba la reunión. En revancha, salían del bosque todos reunidos y entraban en la ciudad con banderas rojas a la cabeza y entonando cánticos revolucionarios; una vez llegados a la ciudad, nos separábamos de nuevo uno a uno. Por mediación de los obreros que frecuentaban los círculos de estudios, el círculo político ejercía su influencia sobre los sindicatos ilegales.

Habiendo adquirido, al final de 1898, la reputación de ser miembro activo del sindicato y además la de “nihilista” y de “huelguista”, ningún sastre quiso admitirme. Tuve que abando-

nar Kovno y dirigirme a Vilna. Tenía direcciones pero desde que llegué encontré trabajo y ganaba cinco rublos por semana. Enseñada me inscribí en el sindicato ilegal de sastres para señoras, en donde llegué rápidamente a ser el secretario y tesorero.

En esta época todas las profesiones tenían su sindicato: los metalúrgicos, los carpinteros, los pintores, los sastres para hombres y para señoras, los fabricantes de ropa blanca, modistas, etcétera. Pero no había enlace orgánico que uniese los sindicatos entre sí. Sin embargo, ocurría que los representantes de los sindicatos eran convocados, por la organización del Bund, a las reuniones comunes en las que se disponían preparativos de la manifestación del primero de mayo o de otra fiesta revolucionaria. Pero esto no era necesario. Diariamente, todos los elementos más o menos activos, revolucionarios de los sindicatos, se encontraban en la Bolsa del Trabajo, que existió al aire libre por mucho tiempo, aunque la policía intentase muchas veces disolverla. Terminada la jornada, los obreros y las obreras se dirigían en masa a la Bolsa y allí, paseándose, liquidaban sus asuntos.

La Bolsa del Trabajo desempeñaba un papel importante, como lo muestra el hecho siguiente:

Una vez, en un arrabal de Vilna, no lejos de la Bolsa del Trabajo, tres camaradas (E. Raitsook, R. Zaky y S. Leifer) fueron denunciados y detenidos. Se supo en la Bolsa. Espontáneamente los obreros se dirigieron hacia la Comisaría de Policía: en el camino, los trabajadores del arrabal se unieron a ellos. La muchedumbre exigió la libertad de los camaradas detenidos. La policía se negó, y en un abrir y cerrar de ojos los cables telefónicos fueron cortados, y después de una verdadera batalla, en el curso de la cual la Comisaría fue saqueada, los camaradas fueron liberados. Pero otros varios recibieron sablazos.

Para dar una idea del estado de espíritu de los obreros de entonces, me voy a detener un momento en este motín. Los camaradas detenidos estaban encerrados en el piso superior de la Comisaría de Policía. Tanto es así que, cuando los obreros entraron en la Comisaría, tuvieron, para libertarlos, que subir la escalera,

¹ Mítines clandestinos que se celebraban en el bosque.

en cuya parte alta estaban los policías, que a golpe de sable tajaban a derecha e izquierda. Viendo esto los asaltantes, treparon hasta el techo y se escurrieron por el desván, y desde allí se pusieron a apedrear a los policías, que tuvieron que abandonar el sitio. Después de aquello, los camaradas fueron libertados por la muchedumbre. Al amanecer, los obreros recogieron los heridos y los trasladaron al arrabal. Todas las calles que daban acceso a la ciudad estaban guardadas por la Policía, que detenía a aquellos que la policía y soplones indicaban. No obstante haber mayor número de víctimas que camaradas libertados, no recuerdo que algunos de los obreros que tomaron parte en el ataque, ya en el taller o en la Bolsa, se arrepintiesen de lo que había pasado.

Dos semanas más tarde se me ordenó acompañar primero a uno y después a otro obrero hasta la frontera, lo que yo acepté inmediatamente. Dejamos Vilna sin obstáculo y llegamos a nuestro destino.

Eso ocurría en junio de 1900. Me sentí orgulloso de haber sido encargado de una misión tan delicada. Los intelectuales daban cursos a los obreros más activos y conscientes. Así, el sindicato de sastres para señoras tenía dos ciclos de estudios. Participé en los dos. Un grupo estudiaba economía política; el otro, la vida de los partidos obreros, la política colonial de las grandes potencias, etc.

Algún tiempo más tarde, las tropas acantonadas en Vilna abandonaron la ciudad con destino a China para reprimir la “sublevación de los boxers”. Una muchedumbre de mujeres, de viejos y de niños les acompañó, llorando, hasta la estación.

En cuanto a mí, comprendía claramente que los soldados eran enviados a la matanza sin ningún interés para los pueblos chino y ruso.

Los círculos de estudio eran seguidos con asiduidad, y los que los frecuentaban adquirían un bagaje efectivo, aunque elemental de conocimientos políticos. Todos los sindicatos tenían círculos de esta clase.

Ocupado en mi trabajo en el taller y en el sindicato, me que-

daba muy poco tiempo para mí. No podía leer más que de noche. Además, no era fácil, en aquel tiempo, encontrar libros buenos. El comprarlos era un lujo que mi salario no me permitía. Aunque había bibliotecas públicas, y las de diez sindicatos, no valían gran cosa. Cuanto tenía ocasión de poder tener buenos libros, lícitos o ilícitos, los leía sin detenerme. *André Kojoukhov*, de Kravtchiski, y un libro (cuyo título no recuerdo) sobre la Comuna de París me causaron una profunda impresión.

Una vez, a fines de febrero de 1899, o a principios de 1900, me enteré que en la Bolsa de Trabajo me esperaban en un alojamiento situado al extremo de la ciudad. Marché inmediatamente. Allí encontré una asamblea de representantes de sindicatos asistidos de un camarada intelectual. Se discutía la celebración del primero de mayo. Se trataba de decidir lo que se haría. Después de largos debates, se resolvió organizar la manifestación en la calle principal de la ciudad. Cada sindicato debía convocar sus miembros antes del primero de mayo y proponerles la manifestación. Un intelectual debía asistir a cada una de esas asambleas. Yo convoqué mi sindicato, pero en vano esperamos al orador intelectual; tuve que tomar la palabra para explicar el sentido de primero de mayo y las razones por que debíamos manifestarnos en la calle (hasta entonces se festejaba el primero de mayo clandestinamente). No era cosa fácil que se admitiese, ya que en aquella época toda acción se resumía en la lucha económica que se dirigía contra los patronos, evidentemente sostenidos por la policía. Me acuerdo que, en mi discurso, indiqué la necesidad de manifestarse en la calle diciendo que en los dos últimos años con las huelgas no habíamos alcanzado nada, y que desde entonces debíamos mostrar al más alto funcionario del Gobierno, al gobernador de la ciudad, que los obreros, descontentos, protestaban contra la situación que les había sido creada. El sindicato decidió por unanimidad tomar parte en la manifestación. Inmediatamente se designó los jefes de “decenas” que, a la cabeza de nueve manifestantes, de los cuales ellos serían responsables, debían dirigirse el primero de mayo por la tarde, a la salida del trabajo,

a una calle lateral a la Gran Avenida (calle principal de Vilna), donde la manifestación se celebraría.

A la hora señalada me presenté con mis nueve camaradas. Cuando desembocamos en la avenida estaban todos los manifestantes.

La calle se llenó de repente de una muchedumbre de obreros y obreras que se mezcló a los paseantes burgueses. Los cosacos y la policía, que veían que la muchedumbre que invadía la calle principal no era la muchedumbre ordinaria, estaban alerta. De repente, una bandera roja apareció al mismo tiempo que la muchedumbre, y, con algún desconcierto, entonaba cánticos revolucionarios. Esto fue la señal del tumulto. Los almacenes se cerraron a toda prisa y los paseantes desaparecieron. Los cosacos y la policía cargaron sobre los manifestantes a latigazos. Esta manifestación fue el bautismo de fuego de los obreros de Vilna.

Al año siguiente, el 1° de mayo fue domingo. Se decidió que la manifestación se hiciese en el parque situado al final de la Gran Avenida. La manifestación se celebró. Pero cuando quiso salir del parque, los cosacos cargaron. Hubo gran número de heridos y muchas detenciones.

Otro año no transcurrió con pérdida. En esta ocasión, la cuestión no se planteó para saber cómo y dónde se manifestaría. Y aunque la preparación se limitó a comunicar a los sindicatos la hora y el sitio de la concentración de la manifestación tomó parte una muchedumbre numerosa.

En aquel tiempo, la acción sindical consistía principalmente en atraer al sindicato al mayor número de obreros de una profesión determinada, en obtener una jornada de trabajo más corta y un salario más alto.

También ciertas organizaciones clandestinas enviaban jefes escogidos entre sus sindicatos a los círculos de estudios, y cada vez que se proyectaba una manifestación, estas organizaciones convocaban a los delegados de los sindicatos. Que yo recuerde, la cuestión de saber cuáles eran esas organizaciones era cosa que no interesaba.

Yo guardaba el material de imprimir del *Rabotcheié Znamia* (La Bandera Obrera), que más tarde se llevó Moisés Laurié, uno de los organizadores del grupo *Rabotcheié Znamia*. En aquel tiempo iba con frecuencia a Kovno a buscar literatura revolucionaria, cosa que me era posible gracias a las relaciones que yo conservaba en los círculos de estudios de aquella ciudad. La llevaba a Vilna y la entregaba a la organización del Bund.

Al final del verano de 1901, cuando ya mis relaciones con la organización de la *Iskra* (la chispa)² eran bastantes firmes, los miembros locales del Bund me invitaron, en un viaje que yo hice a Kovno para negocios de la *Iskra*, a tomar parte en la organización y a dirigir una huelga de obreros que trabajaban en el Niemen en el transporte de madera destinada a Alemania.

No es necesario decir que yo acepté.

En los círculos de estudio se nos educaba en un espíritu internacionalista.

Se nos hablaba mucho de los partidos obreros extranjeros. Entonces me parecía que sería muy difícil a los obreros rusos conquistar las libertades que ya gozaban los obreros de otros países. Me figuraba que estos últimos debían venir en nuestro socorro y que todos juntos podríamos fundar un régimen donde se pudiese leer todo lo que se quisiese, donde no serían detenidos por ocultar escritos revolucionarios, donde la policía ya no intervendría en las huelgas, y en fin, donde los obreros no volverían a ser maltratados en las comisarías. Resultó lo contrario: veinte años más tarde la clase obrera no ha podido obtener en ningún país lo que yo soñaba. En cambio, la clase obrera rusa puso fin al régimen capitalista, y todas sus fuerzas van en ayuda del proletariado del mundo entero.

No recuerdo que en aquella época hubiese problemas en los círculos de estudio del Bund o del partido socialista polaco, que no tardaría en aparecer en el escenario político. Solamente me

² Fundada con la colaboración de Lenin. Contribuía a la formación del partido socialdemócrata en Rusia.

acuerdo que se recibían con frecuencia proclamas que los camaradas más activos del sindicato y yo hacíamos circular según plan anteriormente establecido. La discusión de la literatura revolucionaria entonces estaba mejor organizada que en los partidos ilegales extranjeros en la actualidad. Un grupo de camaradas se presentaba en un lugar determinado; allí, cada uno de ellos recibía un paquete de proclamas que debía distribuir en una o varias calles. Terminada su distribución, debía dirigirse a un lugar convenido y declarar que su misión se había cumplido. De manera que el centro político tenía una visión neta de la situación, conocía los más pequeños detalles, sabía dónde la distribución había tenido éxito y dónde no se había podido hacer.

¿Quién publicaba las proclamas? ¿Qué organización las firmaba? Eso no interesaba. Me bastaba con saber que aquello era necesario al proletariado. Desde entonces podía correr el riesgo de la detención; todo lo que fuese necesario, desde el momento que la causa lo exigía.

Los años de 1899 y 1900 se pasaron en disputa entre los representantes del Bund y del partido socialista polaco. El Bund tenía en su mano los sindicatos ilegales de obreros judíos (quizá él fuese quien los organizara). El partido socialista polaco no estaba de acuerdo y le hacía una competencia encarnizada al Bund.

Las tácticas que los sindicatos adoptaban, por lo que toca a los patronos, no daban resultado. Durante algunos años, los obreros no consiguieron obtener la más pequeña mejora. La explicación que daban los sindicatos era que, durante el período del trabajo, los patronos hacían concesiones a los obreros, que al llegar la época de paro forzoso las retiraban. Evidentemente, los obreros estaban descontentos.

Ya antes de mi primera detención (marzo de 1902) me hacía cargo que el trabajo que sólo se hacía en determinada época del año no era la única razón que hacía fracasar los sindicatos. Las causas eran más profundas. Los obreros judíos, habiéndose organizado antes que nosotros, la propaganda entre ellos era más fácil que entre los letones, polacos y rusos. De hecho, la organiza-

ción del Bund no actuaba ni quería actuar con obreros que no fuesen judíos. Por ejemplo: después de mi fuga de la cárcel, en agosto de 1902, me oculté en Jitomil, en casa de un camarada enfrente del Bund (se llamaba Ourtchik). Iba con él a las reuniones del Comité del Bund. Se pretendía que los obreros rusos de Jitomil sabotearan, por su falta de conciencia, la lucha económica de los obreros judíos cuyas plazas ocupaban durante las huelgas. Se decidió escoger algunos obreros rusos para que militasen entre sus camaradas. Por aquella época, en Vilna —lo mismo que en otras ciudades del Oeste— no había sindicato que englobase todos los obreros de una misma profesión, sin distinción de nacionalidad. La lucha contra los patronos se hacía con dificultad. Casi todas las organizaciones políticas —los socialdemócratas lituanos, los socialdemócratas polacos, el partido socialista polaco— tenían sus sindicatos. Hasta las manifestaciones del 1° de mayo eran organizadas por varias agrupaciones a la vez y fechas diferentes. El Bund no era el menos responsable de esta situación. En el momento de su fundación, era muy fácil militar simultáneamente en todos los partidos obreros del Oeste. De ahí que yo recuerde que, en 1903, encontré en Berlín a uno de los directores de un círculo de estudios de Vilna cuyos cursos había seguido. Le pregunté por qué el Bund se aislaba de los obreros de otras nacionalidades, sobre todo cuando los obreros judíos no lo deseaban; me dio esta respuesta: “La Iskra no pregunta a los obreros que es lo que quieren; hace la política que le parece justa y necesaria a los obreros. El Bund hace lo mismo”.

El partido socialista polaco, con su programa de lucha política contra Rusia y de la separación de Polonia, se impuso en el momento de su aparición. Pero nosotros habíamos recibido en los círculos de estudio una educación internacionalista, y de ahí que el partido socialista polaco no podía atraernos.

Por aquella época, el cerrajero Faivtchik se instaló en Vilna. Venía de París, en donde había formado parte del grupo Liberación del Trabajo. Faivtchik me expuso el programa de aquel grupo y me volví su ardiente partidario. A fines de 1900 o principios

de 1901, Faivtchik me presentó al hermano de Martov –Sergio Tsederbavm (Iéjov)–, que estaba encargado de un grupo de la Iskra con el cual se había fusionado el grupo Liberación del Trabajo. Me volví *iskrista*.

Sin dejar el taller, manejando las relaciones que me quedaban del tiempo en que yo frecuentaba los círculos de estudio y las que yo tenía en el Bund, ayudé a organizar el transporte de la literatura revolucionaria que llegaba a Rusia y a facilitar el paso de camaradas al extranjero (para la Iskra, el transporte de la literatura publicada en el extranjero y la unión con Rusia era lo más urgente en aquella época).

Poco tiempo después empezaron a indicar a Iéjov, desde el extranjero, a qué lugares era dirigida la literatura revolucionaria; me encargó de ir a retirar de la frontera. Tuve que ausentarme con frecuencia del taller, y como esto coincidía con la época de mayor trabajo, fui despedido varias veces. Entonces era para mí la época de miseria y de hambre.

A mi regreso de Kovno entré, por contrato de un año, en casa de un patrono que se comprometió a darme un salario de cinco rublos por semana. Por Navidad, el patrón despidió un obrero. Al ver esto, todos dejamos el trabajo en plena época de prisas. Pero al llegar la época mala el patrón esperaba una ocasión para separarme, por “agitador” de la huelga. El verano (1899 o 1900) me enviaron con frecuencia a Kovno a buscar literatura revolucionaria. El patrón se aprovechó para despedirme. Estábamos de lleno en la mala época y estuve mucho tiempo sin trabajo. Tuve que privarme de comida y de habitación (mejor dicho, no me las daban). Declaro que mi situación no era muy buena.

Por el contrario, en el sindicato tenía exceso de trabajo (como secretario del sindicato debía leer y explicar los estatutos del sindicato a los nuevos adheridos, combatir la agravación de las condiciones de trabajo en los talleres y hacer diferentes trabajos). Para colmo de mis males me sobrevino un contratiempo que empeoró mi situación. Los miembros del Bund proyectaron celebrar el aniversario del nacimiento de Gutenberg (organizaban

frecuentemente fiestas de esta clase, que daban excelentes resultados desde el punto de vista de la cohesión y de la solidaridad). Los delegados de varios sindicatos en que yo estaba se dirigieron en ferrocarril a un lugar cercano al sitio donde debía celebrarse la fiesta. Nos alojamos en una casa de campo con el objeto de estar en el bosque temprano y tener todo preparado para la fiesta. Nos acompañaba una mujer. Le cedimos la habitación que se encontraba en el interior de la casa. Después de desnudarnos en el gabinete nos instalamos en la terraza. Nos levantamos muy temprano, pero fue inútil: unos rateros se habían burlado de nosotros con gran astucia. Nos habían desvalijado: ¡desde los calcetines hasta los sombreros se llevaron! Nuestra situación era verdaderamente cómica; no teníamos nada que ponernos para ir hasta la casa más próxima. Para colmo de nuestra desgracia, nadie venía a buscarnos; todos los nuestros estaban ocupados en preparar la fiesta. Estuvimos en aquel estado hasta el mediodía, en que una obrera conocida vino a averiguar qué nos pasaba. Cuando la pusimos al corriente fue por las casas de los alrededores pidiendo con qué vestirnos. Me tocó un traje con el cual me era imposible salir a la calle. La chaqueta estaba pasadera, lo mismo que los pantalones, que eran los pantalones de trabajo de un pintor. En cuanto al calzado, una bota era de hombre y la otra de mujer. El equipo de los otros no era mejor. Además de mi traje me robaron mis papeles de identidad y cincuenta copecks que me habían prestado con gran dificultad. Denunciarlos no podíamos, puesto que casi todos llevábamos proclamas, folletos y otros objetos ilícitos. Este suceso fue para mí un gran contratiempo y agravó seriamente mi situación material. Me llené de deudas que no pude pagar hasta el final del invierno.

Pero la miseria y privaciones no pudieron obligarme a abandonar la acción revolucionaria y el trabajo del partido. En otoño tuve trabajo. En marzo, el delegado de Iskra me envió al extranjero para acompañar, creo yo, al camarada Kopp, y al mismo tiempo para examinar la posibilidad de poder recibir la literatura revolucionaria editada por la Iskra. En cuanto llegué a Vilko-

vichki (cerca de la frontera), camaradas del Bund, a quienes conocía personalmente, me pidieron que les ayudase a transportar una gran cantidad de literatura revolucionaria a Vilna o a Dvinsk. Acepté. Era un medio de no regresar con las manos vacías. Pero los paquetes fueron detenidos bastante tiempo en alguna parte, tanto que tuvimos que esperar cerca de tres semanas varios camaradas y yo en la pequeña ciudad de Mariampol! Por fin, todo estuvo listo y salimos en ferrocarril hacia Vilna. En la estación de Pilviccki debían llevarnos la literatura al vagón. En el andén vimos las valijas y el camarada que debía entregárnoslas. Pero el tren arrancó sin que nadie tocase las valijas. Después nos enteramos que el envío había sido descubierto y que los gendarmes esperaban que alguien se aproximase a las valijas para detenerlo.

De regreso a Vilna, de nuevo perdí la colocación, y mis tribulaciones volvieron a empezar.

Conseguí pasar camaradas al extranjero, y aun más, recibir personalmente dos grandes envíos de literatura de la *Iskra*, de los cuales el uno pesaba tres *pounds* y el otro diez.

Debo llamar la atención respecto a las dificultades que había en aquel tiempo para recibir literatura revolucionaria. En otoño de 1901 recibí un primer envío de literatura de la *Iskra* en la pequeña localidad de Kirbaty —situada en la frontera alemana—. Pesaba tres *pounds*. Allí tenía camaradas del sindicato que habían pasado la literatura desde Alemania. Desde Kirbaty me era imposible transportar la literatura en ferrocarril, ya que en las estaciones próximas a la frontera los bagajes eran inspeccionados minuciosamente. De manera que no había otro recurso que los coches de alquiler que hacían el servicio entre Kirbaty, Mariampol y Kovno. Los cocheros sospechaban que transportábamos “contrabando”; en todos los kilómetros se detenían y aumentaban el precio del transporte. Conseguimos llegar a Kovno. En el puente por el cual se entra a Kovno estaban de guardia los consumidores. Éramos dos los que transportábamos la literatura. Pero en el caso en que fuera descubierta, habíamos convenido que yo

solo asumiría la responsabilidad mientras que mi compañero debía hacer como que no me conocía. En el puente nos detuvieron. El coche continuó su camino, lo mismo que mi compañero. Quedé yo solo con el paquete. Al abrir el cesto descubrimos la *Iskra* (hasta el séptimo número) y diversos folletos, especialmente la *Lucha de clases en Francia*, de Carlos Marx. ¿Qué clase de contrabando es éste? El aduanero no se hacía cargo de lo que era aquello. No se ocupaba más que de su pipa, té, etc. No sabía qué hacer con aquella “mercancía”, pero no me dejaba. Intentó leer el título del periódico y los libros encendiendo cerillas (esto sucedía de noche), pero el viento que soplabá del Niemen las apagaba inmediatamente. Cansados de estos manejos deslicé en su mano un tanto el dinero que me quedaba (una moneda de oro de cinco rublos) y le pedí me dejase partir inmediatamente; si no, sería responsable del perjuicio que me causaba: estos periódicos debían estar en Kovno a la mañana para venderlos en un quiosco. El aduanero, que veía estos periódicos por primera vez, quería detenerme hasta la mañana; pero precipitando las cosas le dije que me ayudase a poner el cesto sobre el hombro, cosa que él hizo; pero antes me pidió que le dejase un número del periódico y un folleto. Le di un folleto, pero me negué a darle un diario (era conveniente que no se supiese que la *Iskra* se recibía por aquel camino). El cesto pesaba, no había coche en las proximidades y yo me había quedado sin dinero porque se lo había dado todo al cochero y al aduanero. El cesto al hombro, tambaleé y me caí. No pudiendo colocarlo sobre mi hombro, conseguí con gran dificultad hacerlo rodar hasta el muelle, donde, por quince *copecks* (que por casualidad encontré en un bolsillo, y era todo mi capital) alquile un coche y pude llegar a mi casa. En la puerta encontré a mi compañero, de quien me había tenido que separar en el puente. Estábamos los dos tan nerviosos por lo que acababa de sucedernos, que en toda la noche no pudimos dormir. De pronto llaman a la puerta. Quedamos helados. ¡Me han descubierto! Pero eso no podía ser, desde el momento que yo me había venido directamente a mi casa. Me dirigí primeramente a un

pequeño hotel, donde no conseguí que me abriesen, y después de haberme asegurado que no había nadie por los alrededores me decidí a ir al alojamiento convenido. Viví unos momentos angustiosos oyendo llamar, puesto que al ser descubierto no sólo nos tendrían a mí y a mi camarada, sino también a los dueños de la casa, que ignoraban en absoluto lo que yo llevaba: estábamos en la casa por ser antiguos conocidos de mis padres. Afortunadamente, eran mujeres, que estando próximas las fiestas venían a limpiar la casa.

Tenía miedo de estar en la ciudad y aventurarme en ella. ¿Quién sabía si el aduanero había tenido la fantasía de enseñarle a su jefe la “mercancía”. *La lucha de clases en Francia*, que había dejado pasar? Además, no me quedaba ni un copeck para ir desde Kovno a Vilkomir.

Por último, la competencia entre propietarios de los coches que hacían el servicio de pasajeros entre dichas ciudades me sacó del apuro. Les exigí una fianza para asegurarme que nos reservarían unas buenas plazas. Con ese dinero aun pudimos hacer algunas compras. De este modo, llegamos sin obstáculo primero a Vilkomir, después a Vilna, desde donde la literatura fue expedida por toda Rusia. Esto ocurría en agosto o septiembre de 1901.

De regreso a Vilna, volví a mi trabajo. Iéjov me presentó muchos intelectuales que estaban alrededor del delegado de la Iskra. Conocí a A. Soltz, a casa del cual fui algunas veces.

No pude trabajar mucho tiempo en el taller; tuve que salir con Iéjov a Kovno y preparar un alojamiento para recibir un importante envío de literatura. Iéjov se instaló también en Kovno. Poco más tarde, unos campesinos vinieron a decirnos que tenían para nosotros paquetes de literatura. Me fui con ellos a recogerlos. Esto ocurría en diciembre de 1901.

Una violenta tempestad de nieve nos obligó a detenemos en casa de unos aldeanos para pasar la noche. Viajamos varios días sin que yo supiese a donde íbamos; la comarca me era desconocida y los campesinos nada decían. Hasta que nos acercamos al

final no me di cuenta de en dónde estábamos; era cerca de la frontera ruso-alemana, en Jourborj. Llegamos de noche a una gran *isma*, llena de suciedad, teniendo por todo mobiliario bancos instalados a lo largo de las paredes. El ganado y la gente dormían allí, está sobre el fogón. Experimenté una sensación lúgubre y no pude cerrar los ojos.

Por la mañana nos pusimos en camino con los paquetes de literatura. Sin incidentes –sin contar las paradas que hicimos en todas las tabernas que encontramos, donde los cocheros bebieron a mi cuenta todo lo que pudieron tragar– llegamos a Kovno.

La literatura fue transportada sin obstáculo al alojamiento preparado al efecto (esto sucedía un viernes por la mañana). Yo tenía que pagar a los aldeanos; pero como no tenía dinero, corrí al hotel donde Iéjov debía esperarme. En su ventana estaba la señal convenida y yo entré decidido en el hotel (una choza). Me detuvo un criado del hotel que me dijo: “¿Usted qué viene a hacer aquí? Váyase enseguida, que lo están esperando”. Sucedió que a Iéjov lo habían detenido y la policía había armado una especie de ratonera en su cuarto. Salí del hotel sin que se diesen cuenta; pero me quedé sin dinero y sin enlace.

Los “militares”³ debían venir a Vilna a buscar esta literatura. Lo que me inquietaba seriamente, porque temía que se presentasen en el hotel donde estaba la ratonera y yo no tenía posibilidad de prevenirlos. Habiendo conseguido que me prestasen dinero, pagué a los aldeanos. Ignoraba la buena pesca que la policía acababa de hacer. Con dos compatriotas –el fundidor Salomón Rogout y Saúl Katsenlenbogen, con quienes me encontraba frecuentemente en la Bolsa de Trabajo de Kovno y de Vilkomir–, el mismo día envié con ellos la literatura a la aldea de Ianovo para que desde allí la transportasen a casa de mis padres, a Vilkomir. Mis compatriotas consiguieron llegar a Ianovo sin incidentes. Pero en la mañana del domingo, cuando llegaron a Vilkomir, el

³ Existía en Viena, en esta época, una organización militar de Iskra que tenía al frente al camarada Goussarow, médico militar, la cual difundía la literatura ilícita por toda Rusia.

jefe de la policía salió de la iglesia, acompañado de los pisaverdes de la ciudad. El caballo del coche que transportaba a mis compañeros llevaba un gran cascabel que llamó la atención del jefe de policía, quien dio orden de detener el coche. Con arreglo a una de sus disposiciones, sólo él y los bomberos podían llevar cascabeles en sus coches.

Uno de los cantaradas que iban en el coche, Katsenlenbogen, cogió un paquete y desapareció; pero Salomón Rogout tuvo que acompañar al cochero a la comisaría de policía, donde los paquetes fueron abiertos y se descubrió su contenido. Toda la policía se puso en movimiento para encontrar al segundo camarada que se había fugado. Salomón Rogout fue molido a palos hasta dejarlo sin sentido; lo arrastraron desnudo por la comisaría, se le exigió que entregase a sus camaradas y que dijese de dónde procedía la literatura. Después de aquello lo enviaron a Kovno. Cuando me enteré de la detención de Salomón Rogout me abatí completamente. Me consideraba responsable de la detención de un camarada, que no formaba parte del grupo de la Iskra y de nuestra organización. Mi conciencia me ordenaba que me entregase inmediatamente a la policía y declarara que era yo quien había confiado esta misión. Comunicué mis intenciones a mis camaradas del partido socialista polaco, cuyos nombres no recuerdo ahora, excepto el de una obrera: Blun. Ellos asintieron. Pero en mí todavía luchaba otra cosa: el presentimiento de que si yo hacía recaer en mí la falta me detendrían, sin que por ello pusiesen en libertad a Salomón Rogout. Resolví seguir buscando partidarios de la Iskra y continuar el trabajo del partido.

El cochero fue detenido y enviado a Petesburgo, donde estaban encerrados Iéjov y me parece que también Soltz.

En cuanto a Salomón Rogout, lo enviaron a la prisión de Kovno.

Algunos meses después nos enteramos que se había ahorcado. (No se pudo esclarecer si él se había suicidado o si le habían golpeado hasta que sobrevino la muerte). En 1908 fui encerrado en la misma prisión y los guardianes me enseñaron su celda. Me

contaban que después de los interrogatorios en la dirección de la gendarmería lo llevaron en tal estado que fuera posible que él se ahorcase para evitar las torturas que le hacían pasar.

La muerte de este camarada, de que me hacía responsable, me causó profunda impresión. Resolví firmemente que a partir de ese momento mi vida sólo pertenecía a la revolución.

Hoy, después de la lucha titánica que la clase obrera sostuvo con el capitalismo, y después de todos los sacrificios que el proletariado ha tenido que sufrir, esta manera de reaccionar ante la pérdida de un camarada puede parecer extraña; pero en aquella época la idea de que yo había causado la muerte de un camarada me impresionaba profundamente.

II**Mi primera detención, la cárcel de Kiev y mi evasión 1902.**

Después que me enteré de la muerte en la prisión del camarada Rogout, dejé el establecimiento donde trabajaba desde mi regreso de Kovno (después del descubrimiento de la literatura por la policía) y me fui a Vilkomir a buscar el paquete de literatura que quedaba y a enterarme en qué circunstancias había sido detenido Rogout. Allí, con la ayuda de la organización local de Bund, publicamos una proclama dirigida al pueblo para ponerlo al corriente de la detención y asesinato de Rogout y desmentir ciertos rumores que circulaban sobre su detención.

Días después me enteré que la policía y los gendarmes de la localidad interrogaban a la gente sobre mí y trataban de saber dónde vivía. Tuve que abandonar Vilkomir y regresar a Vilna. Allí me di cuenta que me seguían. Esta circunstancia me obligó a pedir a los camaradas con los cuales Sergio Tsedetbavm (Iéjov) me había puesto en relación antes de que fuese detenido que me enviasen lo más pronto posible un sustituto con el objeto de que pudiese llevarme mis cosas a otro sitio. A primeros de marzo de 1902 llegó mi sustituto y se presentó con el seudónimo “Marx”, Uassili Aartsyboutchev (no supe su nombre hasta después de la revolución de 1917).

Al comienzo de marzo de 1902, “Marx” y yo fuimos a la es-

tación para ir a Kovno, de donde debíamos partir para la frontera, con el fin de que yo pudiese entregar personalmente a “Marx” todos los enlaces que yo tenía entonces. Nos instalamos en el mismo vagón, pero en diferentes departamentos; antes del tercer golpe de campana vi subir un policía de paisano que hacía tiempo me seguía, seguido de un gendarme. Este vino directamente a mí y me pidió el pasaporte y el billete. Le entregué los dos. “¿Dónde está su equipaje”, me preguntó. Le respondí que no tenía. Me ordenó que le acompañase. Descendimos, y el tren se fue. El hecho es que no se habían fijado en mi compañero, lo que me causó gran alegría. Me llevaron ante el jefe de la Gendarmería encargada de la estación, y empezó el interrogatorio. “¿Cómo se llama usted?” “Khigrine”, contesté (yo llevaba un pasaporte falso a nombre de Khigrine; viendo que me seguían, había escondido mi verdadero pasaporte), a lo que el gendarme respondió: “Usted se llama...” (y dijo mi verdadero nombre); el interrogatorio continuó en este diapasón. Me contó todo, hasta el sitio donde vivían mis padres. Por lo que a mí respecta, me sostuve en el pasaporte falso, inventando el nombre de mis padres. En el cuarto adonde me habían llevado y en que tuvo lugar el interrogatorio estaba también otro oficial que propuso que se me enviase a cierto comisario de Policía que me obligaría a decir todo (en aquella época en las comisarías de Vilna se pegaba ferozmente a los militantes detenidos), a lo que respondió el que me interrogaba: “Usted se engaña; allí tampoco dirá nada; pertenece a la organización de la Iskra”. Gracias a esta frase comprendí la relación que había entre mi detención y la del hermano de Martov: Sergio Tsedebavm, que estaba encerrado en la fortaleza de Pedro y Pablo. Yo esperaba que me enviaran allí, pero no fue así. De la estación me llevaron a la Dirección de la Gendarmería del Gobierno. Como era completamente inútil conservar mi falso pasaporte, tanto más cuanto conocían mi verdadero nombre, confirmé en la Dirección de la Gendarmería que en efecto me llamaba Khigrine. No me tuvieron mucho tiempo. Algunos días más tarde me enviaron a la fortaleza de Vilna (no sé por qué llamaban a

esta fortaleza el “número 14”), donde me encerraron unas semanas. Después me enviaron en dirección desconocida, escoltado por dos gendarmes (no obstante mis reiteradas súplicas, no quisieron decirme adonde me llevaban). Por primera vez estaba en la cárcel. El régimen de la fortaleza es riguroso. La guardia se componía de soldados o de gendarmes que en grupos de dos o tres venían a la celda varias veces al día. Tan pronto me encerraron, se empezaron a sentir golpes en las paredes de la celda; pero no puede responder a los llamamientos; ignoraba el alfabeto que empleaban los presos para comunicarse entre ellos. Como yo no respondía, lanzaron pedazos de pan desde el patio a mi ventana. Me puse a reflexionar sobre el medio de subir a mi ventana (que estaba muy alta, casi a ras del techo). De repente descubrí una inscripción en varias lenguas indicando la manera de conseguirlo. Cogí una especie de silla, la coloqué sobre la mesa y llegué a la altura de la ventana. Apenas había comenzado a entablar relación con mis vecinos, cuando el comandante de la fortaleza entró en mi celda. Vino tan silenciosamente y tan aprisa, que apenas tuve tiempo de saltar de mi andamio. Gracias que pocos días más tarde me enviaron más lejos, lo que me salvó del calabozo.

Llegando a mi destino, me di cuenta que estaba en Kiev. Me extrañó que me llevaran a Kiev, cuando yo no había estado nunca en esta ciudad. No tardé en conocer el motivo, como se verá enseguida:

Los gendarmes que me escoltaban me entregaron a la Dirección de Gendarmería de Kiev, quien, después de haberme tenido más de una semana en una cueva casi oscura y maloliente, me mandó a la prisión de Loukianovka. Cuando llegué a la oficina de la prisión, oí gritos, cánticos revolucionarios, y de repente pedazos de barro inundaron la oficina. No concebía que ocurriera cosa semejante en el interior de una prisión, tanto más, que en la fortaleza de Vilna, como en las tinieblas de la cueva de la Comisaría del viejo Kiev, donde estaba la dirección de la Gendarmería y yo había estado encerrado antes de ir a parar a la escribanía

de la prisión, el silencio era tan grande que se podía imaginar que no había nadie. Yo me pregunté si no sería aquello una revuelta que iba a liberarme. Pero descarté esta idea enseguida al ver al director de la prisión completamente tranquilo continuar su trabajo. No tardaría en conocer el misterio. Cuando todas las formalidades fueron cumplidas, me entregaron al guardián de la sección política, Saigany, que me llevó al corredor del edificio. Apenas habíamos llegado a la puerta cuando numerosos estudiantes me rodearon y empezaron a preguntarme quién era, de dónde venía, dónde había sido detenido, cómo me habían cogido y a preguntarme cosas parecidas. Esta muchedumbre era para mí una sorpresa, se componía casi exclusivamente de estudiantes. Me di cuenta que eran ellos los que, cantando, armaban aquél escándalo; llevaban banderas y banderines en los que inscribían divisas; iban de un lado a otro del patio gritando como endemoniados. Esta especie de manifestación se repetía diariamente durante el paseo.

En 1902 hubo en Rusia desórdenes estudiantiles. El 2 y 3 de marzo se celebraron manifestaciones de estudiantes y obreros. La policía hizo detenciones de estudiantes en masa. Por haber tomado parte en esas manifestaciones algunos fueron condenados por el gobernador de la ciudad hasta a tres meses de prisión gubernativa. Otros tuvieron que esperar que tuviera a bien decidir sobre su suerte.

Los estudiantes estaban encerrados en el tercer piso del edificio, reservado a los condenados de delitos comunes. Al anoecer, las puertas del corredor se cerraban; pero después de las requisas de las celdas se dejaban abiertas hasta media noche. La libertad que había para los estudiantes y presos políticos tenía que aprovechar a los condenados de delitos comunes, y su régimen se había dulcificado algo. El nuevo director de la prisión, que había sido nombrado en abril de 1902, no fue partidario del reglamento que se introdujo en sus dominios, y empezó la guerra contra las libertades de que gozaban los condenados de derecho común. Requisadas las celdas de éstos, les echaba el cerrojo. Los

estudiantes y los presos políticos del segundo piso se dieron cuenta perfectamente que si el director conseguía quebrantar la resistencia de los condenados de derecho común, no tardaría en empezar con ellos. De ahí que, encerrados en el mismo edificio que estos condenados, tomamos parte en la obstrucción, que duró varios días. Hicimos tal ruido, que atrajo a las cercanías de la prisión mucha gente, por más que la prisión de Loukianovka se encontrase bastante lejos de la ciudad.

Mientras se hacía la requisas a los condenados de derecho común, cuyas celdas se encontraban en los pisos superiores, éstos nos echaban, por medio de una cuerda, todo lo que a ellos les estaba “prohibido” Los soldados que hacían la guardia en el patio se dieron cuenta. Tanto, que las requisas se empezaron en nuestro corredor. Esto provocó tal protesta (los soldados fueron pura y simplemente a las celdas a una voz de orden, siéndoles imposible requisarnos) por parte de los detenidos y de sus familiares de fuera, que el gobernador, Trepov, me parece, suspendió la requisas. Después de aquello el director de la prisión tuvo que capitular.

Ahora se comprende por qué se estaba tan libre en Loukianovka. Esta libertad permitió realizar un gran proyecto de evasión largamente premeditado y minuciosamente preparado, de que daré cuenta más adelante.

Como puede verse, las relaciones con los condenados de delitos comunes eran buenas; pero esto no era obstáculo para que ejerciesen su oficio para no olvidarlo, sin duda alguna, sobre los detenidos políticos. Así, una vez, los condenados de derecho común que trabajaban, me parece, en el taller de hilados, que se encontraba en los sótanos del patio en que los estudiantes paseaban, llamaron, si la memoria no me engaña, al camarada Silvino y se pusieron a hacerle preguntas sobre una cuestión cualquiera; cuando los dejó, se dio cuenta que había desaparecido su reloj (los jefes de los condenados de derecho común consiguieron encontrarlo, pero ya estaba completamente desmontado y no servía).

Fui encerrado con los estudiantes en el edificio de los condenados de derecho común, en la celda número 5, adonde iban a parar las personas detenidas por casualidad. Como yo no tenía equipaje conmigo en el momento de mi detención, y de otra parte carecía de dinero, no estaba nada a gusto. Nadie reparaba en mí.

Algunos días después de mi llegada a la prisión, el estudiante Knijnik dio a algunos obreros que allí se encontraban una conferencia sobre el absolutismo. Gritaba con énfasis: “Han encerrado a éste muchacho que iba en busca de trabajo. Le obligaron a descender del tren, lo zarandearon por toda Rusia para traerlo al fin del mundo, a Kiev, donde él no había venido nunca ni conoce a nadie”. Yo no decía ni palabra; pero en mi interior me reía de la ingenuidad del estudiante Knijnik. Por cierto la característica que hacía del absolutismo era justa; pero tomáronme a mí como su ejemplo, fallaba. Con gran sorpresa suya, pronto se iba a dar cuenta.

Una tarde, después de la llamada, la tristeza se apoderó los estudiantes. Empezaron a llamar a las puertas y pidieron o fuese el fiscal. No tuvieron necesidad de fatigarse para que llegase el sustituto del fiscal del Tribunal de Kiev, Korsakov. Todos regresaron a sus celdas, que Korsakov debía recorrer una por una. Los detenidos le preguntaron cómo estaba su asunto (me admiré de la memoria prodigiosa de Korsakov; se limitó a preguntar el nombre del interesado, después de lo cual, sin consultar su agenda ni ver ningún papel, le decía a cada uno la que le interesaba). Por último, le correspondió el turno a mi celda. Korsakov avanzó por entre todos los detenidos del corredor. Todos mis compañeros de celda le preguntaron por su suerte. Yo no decía ni palabra. Knijnik tomó la palabra, y con aire acusador preguntó: “¿Por qué tiene en prisión a este muchacho?” “¿Cómo se llama?”, preguntó Korsakov. Knijnik le dijo su nombre. Dirigiéndose a Knijnik, Korsakov dijo: “Este muchacho estará más tiempo que usted en prisión; se le acusa de ser afiliado a la organización que se llama Iskra. Se le acusa de haber organizado trans-

porte de literatura revolucionaria de esta organización, pasar la frontera a los agentes de ésta, de haber montado una imprenta clandestina, etcétera.” Parecía que todos habían caído de las nubes. Knijnik se sorprendió de tal manera, que tan pronto se fue Korsakov me preguntó si era cierto lo que había dicho el sustituto del fiscal. Excuso decir que tranquilicé a Knijnik diciendo que se habían confundido que seguramente me tomaban por otro. Pero aquella noche no me divertí. Korsakov había dicho casi la verdad. De tal modo, que me puse a reflexionar cómo podían saber todo aquello y por qué me habían llevado a Kiev y no a San Petesburgo.

Desde aquella tarde mi suerte mejoró sensiblemente. Me trasladaron a otra celda, me dieron una almohada, ropa; me prepararon un baño, etc. Pero no estuve mucho tiempo con los estudiantes, futuros revolucionarios, demócratas burgueses y burgueses simplemente (entre ellos también había adeptos a la Iskra, pero esto lo supe más tarde.)

Una tarde trajeron un camarada. Como de costumbre, empezamos por preguntarle dónde lo habían detenido, etc. Declaró haber sido detenido en la frontera y que en sus maletas de doble fondo habían descubierto la *Iskra*. Después de haberlo examinado, decidí preguntarle de qué manera había conseguido la *Iskra*, si estaba afiliado a la organización, qué miembros conocía en el extranjero, etc. A su vez me preguntó de dónde era, a quién conocía en las regiones donde había militado, y durante la conversación nombró mi seudónimo.

Dirigía la organización del transporte de la literatura de Iskra del extranjero a Rusia, y de ahí que él supiese mi existencia. Su seudónimo también me era conocido. Gracias al nuevo alojado, que no era otro que José Blumenfeld, establecí el enlace con los iskristas encerrados en nuestra prisión. Blumenfeld conocía a los adeptos de la Iskra no eran muchos, se puso fácilmente en contacto con el departamento político, donde muchos iskristas estaban detenidos. De repente fui trasladado de allí. En el departamento político la vida era diferente.

En Kiev, el general de la Gendarmería, Lovitski, había conseguido descubrir las huellas de la conferencia panrusa de iskristas. Lovitski creía entonces que el principal iskrista era Krokmal, que vivía en Kiev, y que verdaderamente había convocado a los miembros de la organización de esta ciudad. Pero no era yo solo el vigilado. La Dirección de la Gendarmería interceptaba correspondencia de Rusia y del extranjero, la descifraba y enseguida hacía llegar las cartas a los destinatarios, que las entregaban a Krokmal. De ahí que el general de la Gendarmería, Lovitski, estaba muy bien informado (como lo he sabido por los documentos del Departamento de Policía publicados después de 1905, mi dirección había sido encontrada en casa de Krokmal).

Que yo me acuerde, la Conferencia de los iskristas se dispersó antes de abrirse. (Ya que todos los que habían de participar pudieron con toda libertad y sin riesgo, con todas las comodidades deseables, celebrar en la Loukianovk la Conferencia de iskristas, lo que hicieron probablemente).

A esta Conferencia se dirigían delegados de todos los puntos de Rusia. Habiéndose dado cuenta que los seguían, se dispersaron. Detenidos en el camino, fueron llevados a Kiev (otros fueron detenidos en el mismo Kiev).

El finado Nicolás Bauman estaba ya en el tren cuando se dio cuenta que lo seguían. Descendió en una pequeña estación saltando del tren en marcha. Como no conocía el país, se dirigió a un médico de la localidad, rogándole que le diese asilo. El médico lo dejó entrar, pero enseguida avisó a la Policía, Bauman vino a parar a la Loukianovk.

El general Lovitski se había hecho célebre; le encargaron la instrucción del asunto de los iskristas. Ahí el por qué concentraron en Kiev a todos los miembros de la organización detenidos en las diferentes ciudades de la inmensa Rusia. La Okhrana⁴ no se contentó sólo con llevar a Kiev a Lovitski, sino a todos los militantes de la Iskra; llevó también a las personas que simplemen-

te habían ayudado prestando su habitación para dirigir las cartas u organizar entrevistas. Así se explica mi traslado a Kiev.

El departamento político y el de mujeres estaban llenos de detenidos complicados en el proceso de la Iskra.

El pequeño departamento político estaba ocupado por los adeptos de la Iskra y los socialistas revolucionarios. Los otros partidos tenían allí pocos adeptos. Aunque las celdas estuviesen abiertas de la mañana a la noche, lo mismo que las puertas del edificio que daban acceso al patio, los detenidos estudiaban seriamente y con gran actividad. Allí se daban conferencias sobre los puntos más diversos y se leía en común la nueva literatura revolucionaria: *La Iskra*, *La Revolutionnaia Rossia* (Rusia revolucionaria), etc., y se discutía lo que se acababa de leer.

Fui a parar a la misma celda que Haulperine (su seudónimo era Koniaguine). Empezaron enseguida la tarea de formarme. José Blumenfeld se encargó de mí. Me enseñó los principios del marxismo. Bajo su dirección me puse a leer libros serios. Como ya he dicho, antes de ser encerrado en la prisión de Kiev, trabajaba en el taller doce horas diarias o más. Terminada la jornada, estaba ocupado constantemente por el trabajo práctico del sindicato y por diversos asuntos de los grupos y de las organizaciones que existían en aquella época en la región del Oeste. Por esto había tenido que consagrar mucho tiempo a la organización de la Iskra. De ahí que yo tuviera que leer poco, relativamente, y sin método. La prisión fue mi universidad. Empecé a estudiar según un método determinado, bajo la dirección de un marxista culto, versado en la literatura revolucionaria. Antes de ser detenido, Blumenfeld era el compositor tipógrafo del grupo de la Liberación del Trabajo. Además de esos conocimientos teóricos, Blumenfeld estaba al corriente del movimiento obrero de Occidente, y llevaba muchos años de acción militante. Tendría entonces treinta a treinta y cinco años. Aunque la mitad más joven que él, fuimos muy amigos, y hoy —aunque nos encontramos en campos diferentes del movimiento obrero ruso— le estoy sinceramente agradecido de la atención cordial que demostró, y sobre todo de

⁴ La Policía rusa

ese fundamento de justa comprensión del marxismo que depositó en mí.

Para mí el tiempo de la prisión transcurría sin que me diese cuenta; pero para los militantes activos de la organización de la Iskra la prisión era insoportable. Era la época en que las huelgas obreras, las manifestaciones de estudiantes y los alzamientos de aldeanos (en la provincia de Kharkov, de Poltava y en otras provincias) eran fenómenos cotidianos. Y los organizadores de la Iskra tenían que estar en prisión y cruzarse de brazos, en la imposibilidad de tomar una parte activa en esta lucha.

A mediados del verano de 1902, el sustituto del fiscal, Korsakov, se presentó de nuevo y dijo –un grupo de 12 a 15 detenidos del departamento político– que podíamos tomar nuestras medidas para el invierno, puesto que entonces nuestro proceso tendría lugar con toda seguridad. A partir de este momento, muchos camaradas pensaron en la evasión. Se hizo una lista de camaradas que debían participar en la evasión. Yo estaba incluido. Once camaradas inscritos en la lista aceptaron evadirse. Se reunieron para concertar el plan de evasión y determinar el papel de cada uno en el momento de la salida. Se decidió que la evasión se haría por el muro del recinto donde paseábamos. Con este objeto era necesario explorar el campo situado enfrente de la prisión, encontrar direcciones en Kiev y organizar la salida de los evadidos, procurarse pasaportes, narcóticos y vino; un ancla, cuerda para fabricar la escalera de escalo y dinero; esto en el exterior de la prisión; en el interior era necesario prolongar los paseos hasta una hora avanzada de la noche y guardar en la prisión todos los objetos necesarios una vez que fuesen recibidos. Pero lo esencial era conservar el plan secreto, cosa que no era fácil, ya que lo conocía mucha gente, tanto en la prisión como fuera.

En la prisión, como ya he dicho, había bastante libertad, ya porque encerraba más gente que la que podía, y a causa de los estudiantes, que aprovechaban todas las ocasiones para armar escándalo. Gracias a esta libertad, los detenidos tenían su “decano” (en la persona del habitante más antiguo de la prisión, él cama-

rada Gouraki); no sé si había sido designado por la Dirección de la prisión o si había sido elegido por los detenidos, puesto que este régimen existía antes de mi llegada. La comida de los presos políticos era preparada aparte; en cuanto a los paquetes que éstos recibían, los enviaban al almacén, y repartidos entre todos, en la comida de la noche. También mandaban los víveres que ellos compraban. El jefe de almacén era el camarada Litvinov (también viejo pensionista de la prisión). Todas estas circunstancias favorecían la evasión. Gourski podía circular libremente por el interior de la prisión y comunicar por el exterior.

Antes que se recibiese todo lo que he enumerado, se hacían prácticas durante los paseos; se formaba una pirámide de varios hambres (Gourski dirigía) de la altura del muro exterior; se organizaban bailes con acompañamiento del sonido de una especie de bidón que hacía de tamboril (Nicolás Bauman dirigía); esto era necesario para que el centinela que hacía la guardia en el patio se acostumbra al sonido que se podía oír en el momento en que pasasen por el techo del muro recubierto de cinc. En el almacén de víveres se ejercitaban en sujetar al supuesto centinela y en amordazarlo sin asfixiarlo (Silvino ordenaba).

Los preparativos necesitaban mucho tiempo, y temíamos que los camaradas cogiesen frío por pasar tan tarde por el patio, y tuviesen que cesar en los paseos. La Dirección de la prisión seguramente se hubiera aprovechado para encerrarnos antes que fuese relevado el centinela que hacía la guardia cerca del muro que daba al campo y que teníamos que franquear (este relevo se hacía al anochecer). Por último, recibimos el narcótico pedido (para echarlo en el vino), se ensayó en el camarada Maltsman, que debía escaparse con nosotros. El efecto fue sorprendente. Dormió mucho más de lo necesario. Empezábamos a inquietarnos por que alguien se diese cuenta de que Maltsman dormía demasiado. Es más: era de temer que lo interrogasen, y los sospechas podían sobrevenir. Pero todo resultó bien.

Para que los guardias se habituasen a beber con los detenidos, nos pusimos a festejar con frecuencia los aniversarios y otras co-

sas. Se recibió de Vilna (yo había dado los antecedentes) doce o quince pasaportes, que fueron cubiertos con el texto adecuado. Por otro lado, no había que temer retraso por el dinero y por último, se había conseguido explorar el campo vecino y establecer un sistema de señales entre una de las ventanas del patio superior y el campo. Desde esta ventana se debía preguntar si se podía atravesar o no el campo. Se encontró alojamiento en la ciudad; se estableció un itinerario para que los evadidos pudieran salir de Kiev la misma tarde de la evasión; se decidió quién iría a los alojamientos y con quién saldría cada uno. Sólo faltaba hacerse con un ancla y fabricar una escala, cosa que se hizo enseguida.

Gourski recibía ordinariamente sus visitas en el locutorio y no las registraban. En una de éstas entrevistas me llevaron un inmenso ramo de flores, en el que habían ocultado una ancla pequeña; en cuanto a la escala, se fabricó con la tela gruesa que se nos daba como sábanas. Me parece que fue Livitnov quien tejió las tiras de tela que nos sirvieron de cuerda. Los dos extremos de esta cuerda se sujetaron al ancla. Para barrotes se utilizaron sólidos pedazos de madera cortos y no muy gruesos. La prolongación de la escalera era una cuerda también sujeta al ancla; se le habían hecho varios nudos para que fuera más fácil descender al otro lado del muro. Cuando todo estuvo preparado, se ensayó la maniobra. Todos se presentaron en el patio llevando los objetos enumerados (yo aparecí con una almohada, en la cual llevaba la escalera de cuerda), y a la primera señal cada uno estuvo en su puesto.

Los guardias de los corredores del departamento de políticos no eran de temer gracias al vino que les ofrecíamos y a las propinas que les dábamos para que nos proporcionasen periódicos y mandar cartas; algunos fueron convencidos por nuestra propaganda. Sólo uno fue la excepción, un ex gendarme, el viejo Izmailv, que nos inspiraba mucha desconfianza. Ante todo, se había resuelto no verificar la evasión cuando él estuviese de servicio. Pero como ya estábamos a mediados de agosto y los días

fríos y lluviosos iban a aparecer, decidimos ponernos en camino, aún cuando estuviese de guardia. A este fin, era necesario distraer su atención y obligarle a que se quedase en el comedor. Se tomaron medidas en ese sentido, pero entonces surgió un obstáculo inesperado: el guardia de servicio que estaba de centinela cerca del muro interior por donde debía efectuarse la evasión, llegó borracho, sin poderse tener en pie. Por más que tratamos de disuadirlo para que no le viese Izmailv, éste se dio cuenta, y después de sustituirlo en el muro, dio cuenta a la Dirección, que designó otro vigilante.

La agitación que aquella tarde dominaba a una parte de los prisioneros, no se le había escapado al antiguo gendarme (nos enteramos más tarde de que, efectivamente, había informado a la Dirección). De todas maneras, el golpe había fallado. Era necesario ocultar todo en previsión de una requisita, ¡y no había escondrijos! Cada uno tenía en sus manos cien rublos y un pasaporte; en mi celda guardaba la escala de cuerda, sobre la que dormía, como si fuera una almohada. En caso de requisita, seguramente la hubieran descubierto.

Nuestra tensión nerviosa llegaba al límite. Habíamos resuelto que si se intentaba registrarnos nos opondríamos por la fuerza, hasta destruir los pasaportes, a fin de que no se pudiese saber quiénes eran los que querían escaparse.

Entre los camaradas se trató de la cuestión de retirarme la escala ante el peligro de que, si me la encontraban, toda la responsabilidad recayese sobre mí y que los gendarmes recurriesen a la tortura para conocer los nombres de los que querían escaparse conmigo. No obstante, se decidió dejármela, ya que nadie podía tener la idea de que yo la tuviese, ya que yo era un pobre joven, mientras que a mi lado se encontraban los *leaders* iskristas.

En la madrugada de uno de aquellos días de angustia se oyó de repente el chirrido de una puerta que se abría en el corredor de abajo. Enseguida se oyeron gritos de: “¡Camaradas, cuidado con el registro!” Afortunadamente, enseguida nos dimos cuenta que no se trataba de esto, sino de un preso que se llevaban. Na-

die había tenido tiempo de destruir nada.

El compañero Banin, que acababan de llevar, había sido detenido en la frontera y se había dado orden de aislarlo de los otros detenidos. Tanto, que lo habían metido en una celda que estaba siempre cerrada con candado, mientras que nosotros podíamos pasear todo el día, y nuestras celdas sólo estaban cerradas durante la noche. Decidimos no protestar contra el hecho de que el detenido estaba constantemente encerrado ante el temor de que nos retirasen el derecho de pasearnos tan tarde. Yo no sé por qué, el nuevo director adjunto, Soulima, que administraba el departamento político, la tomó con el detenido recién llegado. Empezó a frecuentar la celda de este camarada, unas veces para jugar ajedrez, otras para charlar con Banin. En una de estas conversaciones, el adjunto dijo a Banin que la víspera, toda la noche; había estado rondando la prisión a causa de confidencias que había recibido de que los prisioneros políticos se disponían a escapar aquella noche.

El Problema de la evasión se presentaba de una manera difícil. O nos escapábamos enseguida, o, por el contrario había que abandonar completamente la idea. Decidimos escaparnos costase lo que costase. Acordamos evitar efusión de sangre: pero una vez dada la señal, si alguien de la justicia quisiese entrar en el patio del departamento político, se debía proceder sin piedad. Ante esta eventualidad, se había encargado a varios hombres que llevaban largos capotes de dejar sin sentido inmediatamente al intruso, después de haberle arrojado un capote sobre la cabeza.

Se señaló el día de la evasión; pero en el último momento un nuevo obstáculo surgió. No podíamos pasarnos sin el concurso de una parte de los camaradas que debían quedar en la prisión, y algunos de ellos estaban al corriente de la evasión. Nos habíamos dirigido a los representantes de otros partidos, sobre los que pesaba la amenaza de una larga detención, invitándoles a unirse en la evasión; pero todos rehusaron fugarse. El último día, los socialistas revolucionarios ucranianos, cuyo concurso nos era necesario, exigieron que llevásemos con nosotros a uno de los

suyos, Pleskov. Por cierto que nosotros éramos opuestos a que toda la presión se fuese con nosotros; era necesario proveer a Pleskov de un pasaporte, dinero, un escondrijo clandestino, etc., y esto no se podía conseguir en un día. Sin embargo, esta cuestión fue arreglada; cada uno le dimos diez rublos, se le hizo un pasaporte a toda prisa, se le indicó un escondrijo y se le arregló la cuestión. El caso es que, en lugar de once adeptos de la Iskra, eran doce los hombres que debían fugarse.

Al atardecer del 18 de agosto, antes de que fuese dada la señal de partida, el director adjunto llegó. Se dirigió a la celda de Banin y empezó una partida de ajedrez. A pesar de todo, se dio la señal.

Empezó el concierto. Mientras Bauman golpeaba con toda su fuerza en un tamboril, se elevaba una pirámide, en cuya cima se alzaba el camarada Gourski. Al mismo tiempo, el centinela fue agarrotado, amordazado, mientras en el corredor los guardianes dormían el sueño de los justos... Pasé la escala a Gourski, me desembaracé de la túnica de preso y subí por la escala, que Gourski había sujetado con el ancla a la corcusa exterior del muro. Para descender me deslicé por la cuerda, que, dicho sea de paso, me peló las palmas de las manos, experimentando un dolor insostenible; Gourski sujetaba la cuerda para que el ancla no se soltase. Me pasó la cuerda y desapareció en la oscuridad (había oscurecido completamente). Después de mi se dejó caer Bassovski, el cual tenía una pierna enferma (se había roto en la cárcel y esto había contribuido bastante el retraso ya que no queríamos dejarlo en la prisión). No pasé la cuerda, y yo mismo esperé al cuarto compañero. Todo iba bien. Pasé la cuerda a este último y me puse a recorrer; pero me caí cuan largo era en un foso muy profundo cuya existencia ignorábamos. En el fondo encontré a Bassovski. A tientas buscaba él su sombrero, que había perdido en la caída. Y estaba en el mismo sitio pero era inútil buscar un sombrero en aquellas tinieblas. Habiendo cogido a Bassovski por debajo del brazo, llegamos al campo; lo atravesamos rápidamente y nos encontramos en la calle. Allí comprendimos que sin

sombrero no podíamos exhibirnos en las calles de Kiev. Además, ningún cochero quiso servirnos, a pretexto de que muy probablemente nos habíamos gastado todo el dinero en beber y ya no nos quedaba para pagar el coche. Por último, pagamos por adelantado a un cochero y tomamos la dirección del alojamiento donde Bassovski y yo debíamos refugiarnos. Después de haber dejado el coche, nos dirigimos hacia la calle del Observatorio. Buscamos el número 10 sin poderlo encontrar; la última casa tenía el número 8. Más allá empezaba otra calle. Después de reflexionar un momento resolvimos dirigirnos al número 8. Llamamos, preguntamos por la persona que buscábamos; pero los que abrieron, sorprendidos de nuestra traza, dijeron que la persona que nosotros preguntábamos ni habitaba ni vivió nunca allí. ¡Magnífico! No lejos del número 8 había un pequeño prado. Allí nos dirigimos, Bassovski gemía con el dolor y murmuraba: “Si llego a saber que el de ‘fuera’ no era capaz de encontrar un escondrijo, no me hubiera escapado”. También yo estaba fastidiado: tenía una sed espantosa y las manos me dolían intensamente.

De pronto vimos que alguien se dirigía rápidamente al número 8 y con no menos rapidez se alejaba de la puerta. Enseguida reconocimos a Gourski. Tampoco había tenido suerte. En el alojamiento adonde se había dirigido, los dueños habían marchado o se habían muerto; exactamente, no lo sé. Como sabía la dirección del sitio en que nosotros debíamos refugiarnos, había venido a reunirse con nosotros. Los tres nos pusimos a examinar lo que debíamos de hacer. Dándose cuenta de que no teníamos sombrero, Gourski fue a alguna parte (conocía muy bien Kiev), pocos momentos después regresó con una chistera que Bassovski se colocó en su cabeza.

Gourski propuso dirigirnos a un barrio, a casa de unos parientes, lo que aceptamos de buen grado. Gourski subió el solo a un coche. Bassovski y yo tomamos otro. Bassovski, con su “clac”, causaba una magnífica impresión; pero para dirigirse a un arrabal esta obra maestra no era adecuada. Afortunadamente, las calles estaban en tinieblas, caía una lluvia fina y nadie se fijó en la

chistera. Cuando llegamos a nuestro destino nos encontramos en casa de un polaco muy hospitalario, que inmediatamente puso sobre la mesa *vodka* y alimentos y nos proporcionó un momento de reposo; pero nos invitó a marchar de su casa tan pronto oscureciese, con el objeto de que su vecino de piso, un gendarme, no se diese cuenta de la presencia de forasteros en la casa. No se podía hacer nada. Antes de marchar, el dueño de la casa me dio un sombrero de paja.

Después de salir de esta hospitalaria casa, Bassovski y yo nos dirigimos a casa de unos conocidos suyos, que resultó que estaban fuera: se quedaban a dormir en la casa de campo. Ya no nos quedaba más que una solución: ir en un coche de un lado a otro de la ciudad. Por fortuna, Bassovski conocía, al menos de nombre, calles y barrios de Kiev. Sin él me hubiera sido imposible andar en coche. Así anduvimos toda la noche. Por la mañana cada uno se fue por su lado, con objeto de no ser detenidos los dos juntos.

Me encontré ante esta alternativa: o aproximarme en la calle a un estudiante simpático y pedirle ayuda, o dirigirme a la estación o al muelle para irme lo más lejos posible, o ponerme a buscar a un contratista, que había sido en Loukianovka uno de mis compañeros de celda. Opté por el contratista. Sólo sabía su nombre, el oficio de su padre y el nombre de la calle. En cuanto al número de la calle, lo ignoraba. De todas maneras me dirigí hacia el barrio de Andreiev. Con gran alegría vi un rótulo de contratista que tenía el nombre del que yo buscaba. Continué mi camino, pagué el coche y retrocedí a pie hasta la casa de mi compañero. Estaba en casa y me recibió cariñosamente.

Más tarde me enteré que el número 10 que buscábamos se encontraba en la calle que era prolongación de la calle del Observatorio, que nos esperaban y que todo estaba dispuesto para recibirnos. En cuanto al resto de los camaradas, también hubo confusión. Respecto a Halperin, y me parece que también de Maltsman, había que tener preparados unos caballos: los esperaron en vano. Tuvieron que irse a pie, caminar durante la noche y por el

día ocultarse en el heno. Pero los descubrieron y los llevaron a casa del comisario de la policía rural. Por tres rublos consiguieron arreglarlo. Blumenfeld y no sé quién más debía coger una barca; pero tampoco llegó. De los otros camaradas no recuerdo si encontraron los escondrijos.

Le dije al compañero en cuya casa me había presentado que me habían puesto en libertad después de haberme comprometido por escrito de salir inmediatamente de Kiev. Por lo que me era necesario ver enseguida a alguien del Comité del partido. Me llevó a su cuarto y salió en busca de un miembro del Comité. Regresó rápidamente. Todo soliviantado, me comunicó que en el seno del partido, como entre la población, acababa de extenderse la noticia de que toda la prisión se había escapado y el pánico reinaba en la ciudad. Yo no pude decirle cuántos y cuáles eran los detenidos que se habían fugado. Me dijo, con bastante razón por cierto, que desde el momento que la policía hacía pesquisas en la ciudad a consecuencia de esta evasión, era mejor para mí no quedarme en casa e ir a otro alojamiento que él me buscó. Allí me invitó a esperar a que me pusiese en relación con el Comité. Al venir la noche nos dirigimos juntos a una panadería, donde pasé la noche y el día.

Al día siguiente vino a buscarme y me llevó a un alojamiento clandestino, en el cual encontré un estudiante que conociera en la prisión. Este estudiante era delegado del Comité. Como él sabía que yo era uno de los fugados, no tuvimos que darnos grandes explicaciones; me indicó un escondite adonde debía ir acompañado de un camarada con quien había estado también. Por este delegado del Comité me enteré que once personas habían conseguido escaparse, entre ellas el socialista revolucionario. Resultaba, por consiguiente, que un iskrista había quedado; pero exactamente no sabía quién. En consecuencia, me enteré que todo había salido como se había fijado antes de la evasión. Solamente, si no me engañó el camarada Silvino, apodado Brodiaga⁵, que me ocupara del centinela, oyendo ruido que le pareció alarmante, corrió a su celda, destruyó su pasaporte, ocultó el

dinero y volvió al patio. Todavía no se había dado la alarma; pero ya era demasiado tarde: ya no tenía documento ni identidad ni dinero. Con los otros presos volvió a tomar el camino de su celda.

El adjunto del director que jugaba al ajedrez en la celda de Banin, terminada su partida, quiso salir. Se puso a llamar para que le abriesen (estaba encerrado en la celda). Pero nadie podía hacerlo: todos los guardianes estaban bajo los efectos del narcótico. Él dio la alarma (creo que disparó el revolver), y se descubrió la evasión. A propósito, la primera información resultó que la evasión había tenido lugar por el ventanillo, que el portero nos había dejado pasar y que la escalera de cuerda, los guardianes dormidos y el centinela agarrotado no era más que una pantomima.

Marché a la dirección que me había dado el delegado del Comité y fui a parar a un alojamiento que se encontraba al otro lado del puente del Dieper, en la provincia de Tchemigv. Me instalé en una habitación y pasé junto a un externo que estudiaba día y noche para los exámenes, y por esta razón no salía, de su cuarto. Ocho días más tarde se me informó que debía dirigirme a Jitomir en la diligencia, pero que en el camino debía descender en una pequeña localidad donde habitaba un *tsadek*⁶. En la sinagoga debía encontrar a Bassovski.

Cuando llegué a la localidad fui a una casa judía, donde, me enteré que había dos *tsadek* y dos sinagogas, y que por el momento los dos estaban ausentes. Fui por la noche a una de las sinagogas, pero no encontré a Bassovski. Por el contrario, desperté las sospechas del dueño de la casa en que me había detenido (les oí hablar entre ellos: “¿No será un fugado, ya que las personas que van a casa del *tsadek* saben cuándo están en casa y de viaje?”)

Después de haber pasado un día desagradable, me puse en ca-

⁵ Vagabundo

⁶ Sabio religioso judío.

mino de Jitomir. Me pareció que el sustituto del fiscal, Korsakov, viajaba en la misma diligencia que yo. Me asusté terriblemente; pero como no sabía dónde ocultarme, decidí continuar mi destino. Llegado a Jitomir me presenté a un miembro del Bund; nuestra organización no tenía todavía una sección en esta ciudad. Allí fui a parar al alojamiento de un *bundista* en ciernes, apodado Ourtchik, que yo conociera bastante bien por haber militado con él en la región del Oeste. Como los *bundistas* tenían pocos alojamientos, tuve que habitar algún tiempo en un local clandestino, en donde se había instalado un depósito de literatura y una imprenta desmontada.

Teniendo que esperar bastante tiempo a que me proporcionasen la unión necesaria para pasar la frontera y presentarme a la organización de la Iskra en el extranjero (todo eso tenía Bassovski, al cual no pude echarle la vista encima), me alisté como sastre. Hice conocimiento con un camarada de taller y fui a vivir a su casa. Un día en que nos habíamos dirigido al mercado para comprar un traje, me di en las narices con el guardián Voity, que habíamos adormecido el día de la evasión y era el encargado de la vigilancia del corredor en el cual estaba encerrado. Excuso decir que salí corriendo, dejando allí a mi vecino pasmado. Tomé las disposiciones necesarias para dejar la ciudad lo más pronto posible.

Días después el estudiante Blinov, con quien había estado en prisión, vino a buscarme y me informó que Halperin se encontraba en Jitomir y deseaba verme. La entrevista la señalamos en un bosque. Halperin me entregó las direcciones necesarias y poco después, en compañía de un camarada del Bund, me dirigí a Kamenetz-Podolsk. Desde allí conseguí llegar a una aldea de la frontera. Acompañado de un aldeano, salimos de noche para pasar la frontera, teniendo que atravesar por vados algunos riachuelos. Habiendo conseguido evitar los gendarmes austriacos, llegamos a Austria.

Camino de Berlín, fuimos detenidos en la frontera austroalemana; pero nos soltaron el mismo día. Llegamos a Berlín sin

contratiempo. Allí me enteré que nueve iskristas estaban ya en el extranjero y que yo era el último cuya llegada se esperaba. En cuanto al onceavo –Pleskov, socialista revolucionario originario de Kiev–, se había dirigido hacia Krémentchouk y allí había sido detenido por casualidad. El nombre del staroste que figuraba en su pasaporte estaba escrito con lápiz; era necesario rehacerlo con tinta y se había olvidado. Llegó a un hotel y entregó su pasaporte para formalidades de costumbre, y allí se dieron cuenta de esta falta. Lo llevaron a la Comisaría; ante el comisario, estupefacto, declaró ser Pleskov, fugado de la prisión de Kiev. Al menos esta es la versión que de su detención me dieron en Berlín.

Esta audaz evasión, lograda con éxito, suscitó muchos comentarios, tanto entre los revolucionarios rusos como en la “Sociedad”⁷.

⁷ En el antiguo régimen así se llamaban los centros políticos burgueses de “La oposición”.

III

Mi actividad revolucionaria en el extranjero 1902 – 1905

En Berlín me enteré que la redacción de la *Iskra* me había designado, lo mismo que a Halperin, aquella ciudad como residencia. Se nos confió la misión de organizar la expedición de literatura revolucionaria y el paso de los militantes a Rusia. Apenas había tenido tiempo de regresar cuando tuve que dirigirme a la frontera germanorusa para establecer nuestras antiguas reuniones y al mismo tiempo procurar el paso del camarada Dabouchkin a Rusia. Este viaje salió bien y regresé enseguida.

Berlín, esta ciudad gigante, con sus tranvías, sus ferrocarriles urbanos, sus almacenes monstruos, sus luces deslumbradoras —una ciudad como yo no había visto parecida—, me causó una impresión extraordinaria. La Casa del Pueblo de Berlín llamada “Casa de los Sindicatos”, imprenta, librería y redacción del *Vorwaerts*, y sobre todo los obreros alemanes, no me impresionaron menos. Cuando en la primera asamblea a la que yo asistí vi gentes bien vestidas, verdaderos caballeros sentados en pequeñas mesas, saboreando su tercio de cerveza creí estar en una reunión de burgueses, puesto que en Rusia nunca vi obreros de esta clase.

En un principio, Halperin y yo sufrimos bastante por falta de cuarto y de documentos de identidad. Nos habían alojado en una especie de sótano, donde Halperin, debido probablemente a su

agotamiento físico y a sus peregrinaciones de Kiev a Berlín, cayó enfermo seriamente. Tuve que multiplicarme: cuidarlo y trabajar por los dos sin conocer el idioma (Halperin sabía el alemán). Más tarde, cuando fui aclimatado a Berlín, hice conocimiento con camaradas alemanes; de una vez me procuré habitaciones para veinte o treinta camaradas; cuando nosotros llegamos, el delegado de la *Iskra*, Miguel Vetcheslov, no consiguió encontrar para dos.

En aquella época además de Vetcheslov, trabajaban activamente en Berlín el camarada P. Smidovitch, que lo pasaba bastante mal en un taller alemán para llegar a grabar sobre una placa de cinc pulida, con una tinta especial, una composición tipográfica. Creía poder obtener buenos resultados, que permitiesen imprimir la *Iskra* en Rusia simplemente por medio de placas, sin tener necesidad de composición tipográfica y de clisé estereotipado. Con frecuencia acompañé a Smidovitch al taller donde practicaba sus experiencias.

Los iskristas berlineses —miembros del grupo de apoyo de Berlín a la socialdemocracia rusa, que eran bastantes— se reunían frecuentemente en casa de las Vach (madre e hija). Yo iba también. Para no llamar la atención de la Policía, los concurrentes a casa de las Vach me habían bautizado con el nombre de Miguel Freitag, que Smidovitch tradujo al ruso, con lo que me convertí en *Piatnitzki* (seudónimo que usé constantemente).

A fines de febrero de 1903 llegaron a Berlín V. Noskov, cuyos seudónimos eran Boris Nicolajevitch y Glevouv. En el segundo Congreso del partido fue el único de los presentes elegido para el Comité central. Con él provisto del pasaporte de Pedro Smidovitch (llamado “Motriona”), me dirigí a Londres, donde me encontré con los fundadores de la *Iskra*, convertida, desde este momento, en el centro de reunión de los elementos revolucionarios dispersos de la clase obrera rusa. Allí encontré a Blumenfeld, que era el compositor tipográfico de la *Iskra*. Conocí a Martos, a la Zassoulitch y a Deutch. Vivían todos juntos. Pronto conocí a Lenin y a Nadejda Konstantinovna Krupskaja, que vi-

vían solos. Pasé todo el tiempo con Blumenfeld, Martos y Zassoulitch, con los que intimé grandemente. Veía con menos frecuencia a Lenin y Nadejda Konstantinovna. Varias veces comimos juntos Martov, Zassoulitch, Noscov, Lenin y Nadejda Konstantinovna.

Las conversaciones entre los redactores de la *Iskra* y Noscov versaban principalmente sobre el estado de la *Liga del Norte* (puede que me equivoque, pero el nombre de la Liga del Norte, de donde creo que venía Noscov, se quedó grabado en mi memoria) y sobre la convocatoria del segundo Congreso del partido. Conmigo se trataba la cuestión de extender el enlace con la frontera y con Rusia, con el fin de poder pasar la *Iskra* y la revista *Zaria* (Amanecer), conseguir que llegasen a su destino y fuesen difundidas. Es más: era necesario organizar juntos el paso para los militantes.

Yo pasaba mucho tiempo en la imprenta en donde se imprimía la *Iskra*. Esta imprenta pertenecía al partido socialista inglés. Yo quedé asombrado de que ese partido poseyese una imprenta tan pobre, y que publicase un pequeño semanario, cuya tirada no sobrepasaba la de la *Iskra*. ¡A millares de kilómetros de su patria, en pleno país extranjero, los socialdemócratas rusos encontraban manera de publicar un diario que no estaba por debajo del que publicaba el partido legal inglés! Esto me parecía inconcebible, sobre todo después de haber visto las imprentas, las tiradas de los diarios, los edificios y las librerías de los socialdemócratas alemanes.

Unos días después de nuestra llegada hubo una asamblea de rusos; se dio lectura a un manuscrito de Deutch, en el cual describía sus evasiones. Allí conocí a varios camaradas que había visto en Kovno, en Vilna, en la prisión y, cuando salí, en Kiev. Yo los conocía de Rusia como *bundistas* y socialdemócratas, y algunos como adheridos a la organización de la *Iskra*. Habían venido a Londres, unos, para evitar ser detenidos; otros, después de haberse escapado. Me impresionó grandemente el oírles a casi todos decir que en Londres se habían convertido en anarquis-

tas individualistas; la causa de este fenómeno, en la medida que yo pude observarlo, era que los refugiados políticos, cayendo en Londres, se encontraban, los primeros tiempos, en misma situación que un pedazo de paja en medio de un mar agitado; sin amigos, sin socorro, sin dinero, sin conocer el idioma y sin trabajo. La organización política de la clase obrera era débil; los sindicatos, aunque aceptasen a todo el mundo, no concedían socorros hasta después de nueve a diez semanas de pertenecer al sindicato; en cuanto a los antiguos amigos, bastante hacían si conseguían vivir ellos; por tanto, no podían venir en ayuda de los otros. ¡Durante varias veladas discutí con ellos sobre la anarquía, la socialdemocracia y el parlamentarismo! Los socialdemócratas alemanes –precursores de Saicheidemann– se preparaban entonces para las elecciones al Reichstag, y, por la naturaleza de mi trabajo, yo estaba en contacto estrecho con ellos.

La ciudad de Londres me causaba una impresión penosa: las casas eran negras, mugrientas por el humo; hacía un tiempo de perros; durante toda mi estancia no cesó de caer una lluvia fina y la niebla no cesó de envolvernos. Es probable que yo no viera el verdadero Londres; pero lo que vi me desagradó extraordinariamente.

Diez días más tarde nos embarcamos para Berlín. De allí tuve que partir para la frontera, con objeto de extender nuestra red de enlaces, ya que habría una gran cantidad de literatura para expedir a Rusia, y militantes que venían a asistir al segundo Congreso del partido, para hacerlos pasar al extranjero. Salí para la frontera con Noscov y Povar (llamado también “Nuestro tío”: Fedor Chtchekoldin), que se dirigía a Rusia. Llegados a Sirvind o a Nestav, situados sobre la misma frontera de la Prusia Oriental, empecé por mandar a Povar. Desde el alojamiento en que nos hospedábamos se le veía avanzar y dirigirse hacia el cementerio que se encontraba ya en territorio ruso. Estábamos persuadidos de que pasaría sin obstáculo, puesto que los soldados que guardaban la frontera estaban asalariados. Cuán grande no sería nuestra sorpresa al oír un tiro en el momento en que Povar llega-

ba al cementerio.

Nos enteramos en seguida que Povar había sido detenido porque el oficial que mandaba la guardia frontera había tenido la ocurrencia de ir a pasear al cementerio. A la vista del oficial, el soldado no tuvo más remedio que dar la alarma. Dos días más tarde, Povar recibió todos los documentos concernientes a su detención. Pero en el momento de ponerse en camino para dirigirse a la cabeza del distrito donde debían encarcelarlo, subió a un coche y tomó el camino de Vilna, donde se había convenido que esperaría a Noscov. Se había conseguido libertarlo gracias a quince rublos.

Mientras esperábamos que Povar saliese de la pequeña ciudad de la frontera, llegó a Rusia, a mediados de marzo de 1903, un adepto de la Iskra Kostia (Rosalía Halberstadt), miembro del Comité de organización para la convocatoria del partido (después de la escisión se volvió menchevique, y después de 1905 se reunió con los liquidadores). Después de haberse entrevistado con Noscov, marchó a la redacción de la *Iskra*. En cuanto a Noscov, pasó a la frontera sin obstáculo y llegó a Vilna. De este modo el enlace que organicé en la frontera a fines de 1902, después de mi llegada a Berlín, fue aprovechado en los dos sentidos.

Faltaba restablecer buenos puntos de paso para los envíos de literatura. Con este objeto me dirigí a Tilsit y alrededores; de allí regresé a Berlín.

El trabajo marchaba muy bien. Pero me sucedió un pequeño incidente. Antes de salir para Londres había alquilado una habitación y me había inscrito sirviéndome del pasaporte de ciudadano americano. Pero después tuve que devolvérselo al dueño, que salía para América.

Cuando regresé de mi visita de inspección a la frontera volví a mi habitación. Entonces la dueña de la casa me informa que la Policía había venido varias veces a averiguar por qué bajo un mismo nombre, correspondiente a la misma filiación dos personas habían prestado declaración. La suerte que tuve fue el estar de viaje; si no, no hubiera dejado de saborear los encantos de

Moabit⁸. Resultó que el americano que me había prestado el pasaporte había regresado durante mi ausencia, y como si nada, se había inscrito con la misma pieza de identidad. Tuve que dejar el sitio y vivir de nuevo sin estar inscrito, hasta que un camarada de la infancia me trajo de América su pasaporte.

En esta época, en todas las ciudades de Rusia aumentaban las organizaciones socialdemócratas, en el seno de las cuales se enablaba una lucha ideológica entre los partidarios de la Iskra y de la Liga de los socialdemócratas rusos en el extranjero. En muchas ciudades importantes había dos Comités socialdemócratas que se disputaban con encarnizamiento la influencia sobre el proletariado. Lo esencial de la literatura revolucionaria de las dos corrientes mencionadas del Partido obrero socialdemócrata de Rusia, se publicaba en el extranjero (el grupo de Iskra publicaba, además del periódico, la revista *Zaria y folletos*). La Liga de los socialdemócratas rusos en el extranjero publicaba la *Rahotchéié Diélo* (La Causa Obrera). El pedido de la literatura de la Iskra era tan grande en Rusia, que no se podía pensar en satisfacer al extranjero; esto obligaba al grupo de la Iskra a dirigir todas sus fuerzas para hacer entrar en Rusia por todos los medios posibles su literatura. Las organizaciones en Rusia de la Liga de los socialdemócratas rusos en el extranjero se veían obligadas, para sostener su influencia sobre los obreros, a procurarse literatura de la Iskra. Sus delegados venían a buscarla al extranjero.

La segunda o tercera vez que estuve en Tilsit encontré el rastro de una gran organización lituana que pasaba a Rusia libros religiosos escritos en lituano. Nos pusimos en relación con esta organización, y por su mediación empezamos a expedir al otro lado de la frontera decenas y centenares de *povds* de la *Iskra*, de la *Zaria* y folletos. Para recibir y difundir en Rusia esta literatura, Noscov había nombrado varios militantes: Povar (Thchégoldin), Sania (cuyo nombre no olvidé), Gousarov, médico militar (éste trabajaba en la organización de Vilna), etcétera. En Tilsit, por re-

comendación de Haase, el zapatero Martens, miembro del partido socialdemócrata alemán, nos ayudaba activamente. Estos envíos en gran cantidad tenían un lado bueno (se hacía pasar de una vez mucha literatura) y un aspecto malo (de Berlín a Riga, Vilna y San Petersburgo, cada envío necesitaba varios meses; para la literatura religiosa de los lituanos, el espacio de tiempo no era grande, pero para la *Iskra* era un retraso considerable). Se nos exigió que redujésemos el plazo que se necesitaba para el transporte de la literatura de Berlín a Rusia. Con este objeto, Halperin vino a instalarse en Tilsit; yo quedé en Berlín. Esto ocurría en el verano de 1903. En aquel tiempo la redacción de la *Iskra* estaba ya en Ginebra. De allí era donde recibíamos la literatura, que era dirigida al *Vorwaerts*. Nuestro depósito de literatura se hallaba en los sótanos de este diario. Yo pasaba bastantes horas al día colocando la literatura recibida y empaquetándola para expedirla a la frontera. El embalaje era fácil; todos los paquetes tenían que llevar la misma literatura. En el caso de que un paquete cayese en manos de la Policía, era necesario que se pudiese encontrar en los otros los mismos números del periódico o los mismos libros. Además, en los grandes paquetes era necesario poner cinco o seis paquetes pequeños con el mismo contenido de libros y de diarios, con el fin de que, una vez llegados a Rusia, pudiesen ser embalados y expedidos en todas las direcciones, sin necesidad de hacer una nueva separación y un nuevo embalaje. Además, era necesario que el volumen, el peso y embalaje de esos paquetes fuesen los mismos que los lituanos habían adoptado para su literatura religiosa, y que fuesen recubiertos de una tela impermeable para que no se mojasen con la lluvia.

Para activar los envíos de literatura en Rusia, aun en pequeñas cantidades, también se empleaban maletas de doble fondo. Antes que yo llegase a Berlín, una casa nos había fabricado una cantidad de maletas de esta clase. Pero en la frontera los aduaneros no tardaron en tener sospechas, y algunos camaradas fueron descubiertos de esta manera (es seguro que los aduaneros conocían las maletas, ya que todas eran del mismo modelo). En vista

⁸ Prisión de Berlín

de ello, nosotros mismos nos pusimos a confeccionar un doble fondo de cartón duro que colocábamos en maletas ordinarias después de haber metido de cien a ciento cincuenta números recientes de la *Iskra*. Una vez pegado el papel interior, era imposible darse cuenta que la maleta encerraba literatura. Es más: su peso no había aumentado gran cosa. Hicimos soportar esta operación en todas las maletas de estudiantes y estudiantas que regresaban a Rusia y que simpatizaban con el grupo de la *Iskra*, lo mismo que a las maletas de los camaradas que se dirigían a Rusia por camino legal o ilegal; pero esto no era bastante.

Las necesidades de literatura reciente eran muy grandes. Fue entonces cuando inventamos una coraza: para los hombres se confeccionaba una especie de chaleco, en el que se metía doscientos o trescientos *Iskra* y pequeños folletos; a las mujeres se les hacían corsés especiales y se les transformaban las faldas.

Las mujeres podían llevar de trescientos a cuatrocientos ejemplares de la *Iskra*. Llamábamos a esto “en gran velocidad”. Colocábamos estas corazas a todos los que nos caían en la mano; desde militantes hasta los simples mortales. Me acuerdo todavía de algunos de estos camaradas, especialmente de Felipe (Gelochtchékin). ¡Lo que maldijo de mí por culpa de esta coraza! De León (Vladimirov), de Batourin y de otros. En efecto, aquello era una crueldad: estar en verano cinco días con esta coraza era espantoso; pero, en cambio, ¡qué alegría cuando la literatura llegaba a las organizaciones! Sin embargo, debo decir que todos se incomodaban conmigo; había quien se separaba con pena de su trabajo; las mujeres se acostumbraban a ella; las corazas las hacían un hermoso busto, dándoles aire proponente y una gran estatura. Cuando conseguía expedir “en gran velocidad” toda la literatura recibida de la *Iskra*, era para mí una verdadera fiesta. Para no tener que volver sobre esto, añadiré que, no obstante todos nuestros esfuerzos y que casi toda la literatura que se recibía del extranjero llegaba a Rusia, no conseguíamos contener a las organizaciones interiores. En Rusia, en Bakou, en Odessa y en Moscú, se habían organizado grandes imprentas ilegales que

reimprimían la *Iskra* sirviéndose de matrices que les mandábamos del extranjero; de esta suerte se componía directamente en Rusia desde su recepción.

Mi trabajo en Berlín no consistía solamente en expedir la literatura a Rusia. Yo recibía a todos los camaradas que venían de Rusia al extranjero por cuestiones que interesaban a la *Iskra*, y todos los que del extranjero se dirigían a Rusia. Estas entradas y salidas me ocupaban tiempo y fuerzas, puesto que los camaradas llegaban con los vestidos destrozados, cansados y sin conocer el idioma.

La correspondencia con Rusia se hacía igualmente por Berlín. Yo debía centralizar las cartas, descifrarlas y hacerlas llegar a su destino.

Antes del segundo Congreso del partido estábamos en Berlín varios camaradas. Sólo yo me ocupaba de una manera especial y completamente de los trabajos que he mencionado. Después del segundo Congreso, asumí todas las funciones que eran necesarias llenar en Berlín. Comparando la manera de cómo se trabajaba entonces con la manera cómo se trabaja hoy, saco en conclusión que para desempeñar las fundones que yo asumía en aquella época sería necesario ahora un jefe, un adjunto, una sección de cifras, empleados, secretarios, etc. En aquel momento a nadie se le ocurría llamar para este trabajo personal retribuido. Y, no obstante, el trabajo no se hacía peor que se hace hoy con todo el personal citado.

Tengo que añadir que en Berlín, lo mismo que en Francia y que en Suiza, existía un grupo de apoyo de la *Iskra*, del cual yo también formaba parte. En aquella época, antes de la escisión del partido, el grupo de Berlín lo integraban: P. Smidovitch, Vétcheslov, Nikitin (que luego fue, bajo Kerenski, gobernador de Moscú, y más tarde ministro de Comunicaciones), Sanin, Okuolova, Rubinstain, Chergov, Koniagin (Halperin), Liadov, N. Bache, Gitomilski (un provocador), etc. El grupo de Berlín reunía fondos, organizaba espectáculos, conferencias, discusiones, etc.

Aunque muy ocupado por los asuntos rusos, entré poco a po-

co en el movimiento obrero berlinés. Me encontré, por cierto, con muchos militantes activos del partido, de los sindicatos y del movimiento cooperativo. Sin darme cuenta y sin ayuda de un profesor alemán, empecé a leer los diarios del partido y de los sindicatos.

La mitad del verano se pasó en este trabajo. En el transcurso de junio de 1906, los delegados para el segundo Congreso del partido empezaban a llegar a Berlín. Allí se detenían algunos días, y se iban más lejos. Entre ellos me recuerdo del camarada Kartachev, de la Liga del Norte (fallecido hace tiempo) y de Kostrova (Jordania)⁹, convertido hoy en lacayo de los ministros burgueses y excitándolos contra la Unión Soviética proletaria; hasta aquella época yo no lo conocía.

No conservo en la memoria las medidas preliminares que se tomaron en Berlín para la convocatoria del Congreso. Tampoco me acuerdo si las reuniones tuvieron lugar en Berlín para discutir el orden del día. Estuvimos algún tiempo sin recibir informaciones sobre los trabajos del Congreso. Con ansiedad esperábamos noticias. Recogíamos con avidez todos los rumores que circulaban. Estábamos convencidos que la tendencia de la Iskra se impondría. Pero de la facilidad con que se hacía la unión de los grupos y de las organizaciones dispersas en un partido único no teníamos la menor idea, aunque todos reconociésemos la urgente necesidad de esta unión. Por último, corrieron rumores anunciando divergencias entre los mismos iskristas. Estos rumores me parecieron increíbles. Habíamos supuesto que habría en el Congreso grandes divergencias con los obreristas y sus partidarios; pero que estas divergencias hubiesen estallado entre los adeptos de la Iskra, que yo estaba acostumbrado a considerar como un todo homogéneo, era para mí algo inesperado. Pasé días de ansiedad.

Por fin los delegados regresaron a Berlín. Los representantes de las dos secciones nos pusieron al corriente sobre el Congreso.

⁹ Menchevique. Ex presidente de la República democrática de Georgia. Emigrado, no cesó de ser uno de los más activos enemigos del poder soviético.

Y la agitación empezó inmediatamente en favor de una u otra tendencia.

Yo estaba indeciso. De un lado sentía que hubiese un disgusto a Zassoulitch, a Potressov, a los que conocía en Londres y a Axelrod el expulsarlos de la redacción de la Iskra. ¡Ésta no estaba bien redactada! Yo ignoraba entonces quiénes eran los redactores que escribían y los que no escribían; qué divergencias dividían la redacción y qué artículos, que tenían carácter doctrinal, debía pasar por manos de todos los miembros de la redacción dispersos en los diferentes países antes de ser insertados en la *Iskra*. Es más: con los camaradas a quienes estaba muy próximo (como Blumenfeld y otros) se encontraban en el campo menchevique. De otra parte, yo aprobaba enteramente la estructura de la organización del partido que proponía Lenin. Mi lógica estaba con la mayoría; mis sentimientos (si así podemos decirlo) estaban con la minoría. La conducta de Postrov me había dejado estupefacto; había ido siempre con la mayoría (Lenin y Plékjanov), pero cuando el Congreso decidió cerrar todos los periódicos locales hechos con medios de fortuna y sólo conservar la Iskra como órgano central del partido, se ofendió porque se suprimiese el periódico georgiano de que él era redactor, y pasó a la minoría del Congreso. Yo no podía comprender que un delegado pudiese cambiar de opinión porque una decisión del Congreso afectase al periódico de su organización. Además, Jordania, después de haber defendido a los bolcheviques en el segundo Congreso, se convirtió en feroz adversario de la mayoría.

Era necesario pasar los delegados del Congreso a Rusia. Con este objeto salí para la frontera con algunos de ellos. En compañía de la camarada Zemliatchka me dirigí a Prusia —a una aldea situada en la frontera rusa, en la región de Ortschaft (en las cercanías de Ostrolenko, que se encontraba entonces)—. Por primera vez veía a Zemliatchka. Tuvimos que esperar un día entero a que un suboficial de los guardias fronterizos rusos viniese a buscarla para llevarla al otro lado del bosque. El mismo día me enteré que había franqueado la frontera sin, incidente y que se di-

rigía hacia la estación para tomar el tren. Después fui a otros puntos de la frontera, donde otros camaradas me esperaban.

Cuando regresé a Berlín, la escisión estaba ya consumada entre los adeptos berlineses de la Iskra: Vétcheslov era menchevique. P. Smidovitch se columpiaba. Halperin era bolchevique. Los amigos y correligionarios de ayer dejaban de entenderse y se volvían enemigos. Con dificultad me orientaba. Es más: yo no llegaba a entender cómo pequeñas divergencias pudiesen impedir que trabajaran juntos, tanto más que después del Congreso un vasto campo de acción se abría ante nosotros.

En octubre de 1903, nosotros, los miembros de la Liga los socialdemócrata en el extranjero fuimos convocados en Ginebra. Halperin, yo y me parece que Vétcheslov nos fuimos. En el extranjero existían grupos de apoyo de la Iskra (anteriormente se llamaban Comités de apoyo del *Grupo de la emancipación del Trabajo*), de donde formaban parte los emigrados —miembros del partido y la juventud universitaria— estudiantes y estudiantas. La Liga de los socialdemócratas en el extranjero estaba formada con antiguos miembros del partido (emigrados o de paso en el extranjero), miembros de los Comités de apoyo del Grupo de la emancipación del Trabajo. En cuanto los iskristas que habían tomado parte en la evasión de Kiev llegaron al extranjero, se convirtieron automáticamente en miembros de la Liga (cuando llegué a Berlín me enteré de que la Liga ya me había admitido). La Liga no se manifestó en manera alguna antes del segundo Congreso del partido, por más que toda la redacción de la *Iskra* se adhirió. El Comité de redacción de la Iskra era el único que determinaba, lo mismo en Rusia que en el extranjero, la política y la línea de organización del partido. Si no me engaño, la Liga publicó algunos folletos. A esto se limitaba su actividad.

Cuando Martov, Zassolitch, Potressov y Axelrod quedaron en minoría en el segundo Congreso del partido, decididos a no resignarse, tuvieron la idea de convocar un Congreso la Liga, que querían, con toda evidencia, oponer al Congreso del Partido. A este Congreso también fuimos convocados. He dicho ya que yo

dudaba; colaboraba con la mayoría, pero no había roto mis relaciones personales con la minoría; en sus filas estaban varios camaradas presos al mismo tiempo que yo en Kiev, y con los cuales me había evadido.

En Ginebra me dirigí a casa del camarada Blumenfeld. Allí encontré a Martov, Dan y muchos camaradas a quienes ya conocía. Blumenfeld enseguida quiso convertirme. En aquella época, Nicolás Bauman vivía en Ginebra. Antes de abrirse el Congreso de la Liga yo iba con frecuencia a su casa (fue allí donde conocí al camarada Orlovski–Vorovski). Un día me enseñaron una protesta dirigida a la oficina de la Liga, firmada Bauman, Halperin y otros, motivada por el hecho de que con intención los partidarios de la mayoría no habían sido convocados por la Liga, mientras que los elementos conocidos como partidarios de la minoría habían sido llamados hasta de Inglaterra (este motivo que había dado lugar a la protesta se me quedó grabado en la memoria). Esta protesta exigía que todos los miembros de la Liga fuesen convocados. Yo también firmé. Después de todo ¿por qué no la había de firmar? No era necesario ser bolchevique para poner su firma, puesto que las dos partes estaban interesadas en conocer la opinión de los miembros de la Liga sobre las resoluciones del Congreso del partido. Por otra parte había razón para constituirse por sí mismo en mayoría. Fue lo que yo pensé al firmar la protesta; pero Blumenfeld, Dan y Martov tenían otra opinión. Dan vino hacia mí y me preguntó en tono de reproche a qué era debido que yo me hubiese vuelto tan rápidamente en favor de la mayoría. Le respondí que los métodos de organización de la mayoría del Congreso eran más justos que los de la minoría, y que yo todavía no me había adherido a ninguna tendencia. A este propósito, le pregunté por qué me reprochaba una gran precipitación de decisión, por lo que respecta a mi adhesión a una de las dos partes antagónicas, cuando él, que había llegado a Rusia después del Congreso del partido, se había ya pronunciado. (Dan llegó a Berlín poco tiempo antes del Congreso de la Liga. Allí tuve largas conversaciones con él y fui yo quien le dio las prime-

ras informaciones sobre el Congreso y las divergencias que se habían manifestado). Su respuesta fue que habiendo aplicado un plan determinado de organización del partido en Rusia, le era suficiente saber quién, si Martov o Lenin, había defendido este plan en el segundo Congreso del partido. Siendo Martov quien lo había defendido, él se pasaba a la minoría. Blumenfeld llegó a asegurarme que no había entendido o comprendido lo que había firmado, que me habían engañado, y él exigía de mí —ni más ni menos— que retirase mi firma, Excuso decir que me negué.

Por más que muchos miembros de la Liga se dirigiesen a Ginebra, la fecha de apertura del Congreso era constantemente aplazada. Yo ignoraba la causa. He aquí cómo la supe: una tarde, Blumenfeld me invitó a dar un paseo. Esa tarde y ese paseo me han quedado grabado en la memoria. Íbamos por la orilla del lago de Ginebra. El atardecer era magnífico; pero alguna cosa me oprimía el corazón. Mi viejo camarada Blumenfeld, el que me había ayudado a ser marxista, quería aquella tarde romper todos nuestros lazos. Lo que pasaba era que en el Congreso de la Liga aparecieron tantos partidarios de la mayoría como de la minoría. Por lo tanto, yo podía inclinar la balanza en favor de unos o de otros (en el momento del Congreso llegó de Londres un menchevique, si no me engaño, con su mujer, ella también, miembro de la Liga y los mencheviques eran la mayoría). Blumenfeld exigía que en caso en que yo no quisiese apoyarlos, que no asistiese al Congreso. Fundaba su exigencia pretendiendo que yo no comprendía lo que pasaba en mi alrededor; en opinión suya, la mayoría por su táctica, llevaría al partido a la ruina; desde entonces era necesario permitir a la minoría tener su Prensa, que prevendría al partido de las peligrosas desviaciones de la mayoría. Si —añadía— en el Congreso de la Liga los bolcheviques tienen mayoría, los miembros de la redacción de la Iskra (Martov, Petressov, Zassoulitch y Axerold) no podían publicar nada, y eso sería para ellos la muerte política (me acuerdo con gran precisión de las reflexiones de Blumenfeld). Viendo que sus argumentos no me convencían y que yo no me decidía a renunciar a

mi participación en el Congreso de la Liga, me dijo que tal actitud por mi parte era un crimen, y me invitaba a ir algunos años a América, esperando que yo pudiese orientarme en los desacuerdos en cuestión. Rechacé su oferta, y aquí terminó nuestra conversación.

El Congreso se abrió. En un lado se sentaban los mencheviques; en el otro, los bolcheviques. Yo me preguntaba dónde debía sentarme. Era el único que todavía no se había afiliado de una manera neta a una de las dos fracciones. Por último, tome asiento entre los bolcheviques y voté por ellos. Pléjanov los dirigía. El mismo día, creo los bolcheviques, con Pléjanov, salieron del Congreso. En cuanto a mí, yo me quedé en el Congreso. Estaba claro que la salida de los bolcheviques —que eran la mayoría— de la Iskra y del Consejo del partido obligaría a la minoría a someterse a las resoluciones del segundo Congreso o a producir la escisión. ¿Qué iba a hacer yo? Tanto de un lado como del otro había *leaders* del partido, y ellos sabían lo hacían.

Cuando los bolcheviques salieron del Congreso, decidí ponerme resueltamente a su lado, y a mi vez dejé la sala. Sabiendo que los bolcheviques debían reunirse, me dirigí inmediatamente al restaurante o al café Landot. En efecto, allí había reunión de los que habían abandonado el Congreso. En el momento en que yo entré, Pléjanov exponía el plan de guerra a muerte que era necesario emprender contra los mencheviques. Pero, algunos días después me enteré que Pléjanov se había pasado a los mencheviques, y poco tiempo después elegía a los antiguos redactores de la Iskra.

El 7 de noviembre de 1909, Pléjanov publicó el número de la Iskra conteniendo su artículo “Lo que no se debe hacer”, en el cual trataba a los bolcheviques de escisionistas, etc. Yo me preguntaba cómo el fundador de la socialdemocracia rusa había podido arrastrar a la mayoría del Congreso tras un plan terminado de organización de un partido, dirigir en el Congreso de la Liga la acción de los bolcheviques, presentar resoluciones, etc., contra los mencheviques, y enseguida hacer causa común con éstos.

Los actos de Pléjanov, Kostrov, Btumenfeld y otros me eran inconcebibles. Reflexioné mucho sobre su actitud en la mala habitación que ocupaba en Ginebra, antes de regresar a Berlín donde tuve que trabajar por dos: Halperin había salido para Rusia, designado por el Comité Central. Al mismo tiempo, yo debía trabajar enérgicamente en el grupo de apoyo berlinés, puesto que muchos de sus miembros se habían pasado a los mencheviques y formaban un grupo de apoyo de éstos.

La situación (por la proporción de las fuerzas) en los organismos centrales y locales del partido era, después del Congreso de la Liga (comienzo de 1914), la siguiente: el Comité Central en Rusia (Nossov, Kurtz (Lengnik) y Kler (Krjijanovski), elegidos por el segundo Congreso del partido al Comité central, y los otros camaradas que éstos habían designado como miembros del Comité central) debía aplicar la línea política del Congreso, que fue lo que se hizo al principio. La redacción del órgano central del partido —a causa del paso de Pléjanov a los mencheviques, y después de la designación de los antiguos redactores de la *Iskra*, no elegidos por el Congreso, y la salida de Lenin de la redacción— cayó en manos de los mencheviques. En cuanto al Consejo del partido, que se componía de dos miembros de la redacción de la *Iskra* y un quinto, Pléjanov, elegido por el Congreso, resultó igualmente menchevique.

Después del segundo Congreso, todos los Comités y grupos socialdemócratas se fusionaron en una sola organización en las ciudades de la Rusia central. Todas las organizaciones adoptaron por unanimidad las resoluciones votadas por el Congreso. En Rusia Central casi todas las organizaciones pasaron a los bolcheviques; en el Sur y en el Cáucaso, las organizaciones aprobaron la posición de la minoría del Congreso.

El centro berlinés de expedición de literatura revolucionaria del partido quedó, después del Congreso, en lo que era antes, con la diferencia que ya no estaban subordinados a la redacción de la *Iskra*, sino al Comité Central de Rusia. A la cabeza del centro berlinés (se puede decir alemán), en la práctica, estaba yo solo.

En resumen, el centro de expedición continuaba funcionando como en el pasado. Solamente la *Iskra* que yo debía mandar a Rusia no era por su contenido la de antes del Congreso, sino una *Iskra* de nueva clase. Ya no era la temible campana que tocando a rebato unía todos los elementos revolucionarios bajo la bandera del partido obrero socialdemócrata de Rusia, sino un periódico corriente que no se diferenciaba gran cosa por su contenido de los órganos ilegales que existían antes y durante la aparición de la *Iskra* en su primera fase.

Poco a poco, la posición del Comité Central ruso fue clara. Después de las detenciones ejecutadas entre los miembros del Comité Central y la designación por los que quedaban en libertad, de nuevos camaradas al Comité central (los camaradas designados fueron: Krassin (Nikítich), Lioubimov (Marc), Zemliatchka, Rossemberg (Zvier), Koniagin (Haiperin), Karpov, etcétera; este último adoptó una posición conciliadora respecto a los mencheviques y hostil a los bolcheviques (es decir, a las organizaciones que en Rusia y en el extranjero se pronunciaron en favor de las resoluciones del segundo Congreso). Tal es la suerte fatal de todos los conciliadores que quieren a la vez complacer a unos y a otros. El Comité Central en Rusia quería reconciliar los bolcheviques y los mencheviques, pero en la práctica tomó partido por éstos. Sin embargo, debo decir que ciertos miembros del Comité central (Zemliatchka y todavía otro) presentaron su dimisión, no pudiendo aprobar la posición de éste. Para presentarlo en el extranjero, el Comité Central designó a Surtuk (Kropp). Los dos quisieron hacerse los censores de los artículos y de los folletos de los partidarios de la mayoría. Nossov me impuso un adjunto para trabajar conmigo en el centro de expedición, con idea de que pudiese reemplazar al bolchevique “duro”¹⁰, que era yo, pero no tuvo resultado: el “adjunto” no tardó en convencerse de que no conseguiría poner mano sobre el aparato de enlace del centro de

¹⁰ En el momento del segundo Congreso de Londres, la redacción de la *Iskra* se dividía en “duros” y “blandos”. Lenin estaba a la cabeza de los “duros”, Martov a la cabeza de los “blandos”.

expedición alemán, y se fue.

El conciliacionismo del Comité central, que no encontró simpatía en Rusia, obtuvo en el extranjero el completo apoyo de los grupos estudiantiles del partido. Antes que el Comité Central hubiese pasado prácticamente a la minoría, había en el extranjero, por así decirlo, en cada ciudad, comprendido Berlín, grupos de apoyo en la corriente mayoritaria y minoritaria. El grupo de apoyo berlinés de la mayoría del partido se entendía, en julio-agosto de 1904, con el grupo de mencheviques para unificar los dos grupos. Esto ocurría en el momento en que los estudiantes —miembros del grupo— se iban de vacaciones. En la asamblea que se decidió esta unificación, el camarada Gorin —enfermo— y yo (que estaba ese día muy ocupado) estábamos ausentes. Cuando conocimos la decisión de unificarse con los mencheviques, Gorin y yo exigimos que el grupo fuese convocado de nuevo para revisar esta decisión. En lugar de esto, fuimos invitados a asistir a una reunión común de los dos grupos. Habiendo asistido, exigimos que los mencheviques presentes se retirasen, cosa que se hizo. Pero fue inútil querer demostrar a la mayoría del grupo que los Comités del Partido eran en su mayor parte opuestos a la redacción de la *Iskra* y al Comité Central conciliador; por tres votos contra dos fue adoptada la decisión de unirse con el grupo menchevique. Nosotros nos retiramos. Por el momento no conseguimos organizar un grupo de apoyo de la mayoría, porque prácticamente estaba yo solo, Gorin padecía una enfermedad nerviosa.

Para que pudiésemos conservar la sucesión del grupo de la mayoría, que se unió con los mencheviques, hubiera sido necesario que fuésemos tres lo menos, y no éramos más que dos. Por último, me enteré que dos camaradas mencheviques seguían sus estudios en Berlín: el búlgaro Abramov, que pertenecía a los “estrechos”¹¹, y el camarada Srhaumian. Los busque y habiéndolos encontrado, conseguí con gran dificultad convencerlos de que se

¹¹ Fracción de izquierda del partido socialdemócrata búlgaro. Esta fracción aprobaba el punto de vista de los bolcheviques rusos, en tanto que los “largos” apoyaban a los mencheviques.

afiliasen al grupo. De esta manera, ya éramos cuatro, pero en el trabajo ellos no podían secundarme. En otoño volvieron los estudiantes y estudiantas que antes de su marcha habían formado parte de nuestro grupo o que simpatizaban con él. El grupo fue fuerte y enérgico. Hizo mucho por los bolcheviques después del 9 de enero de 1905. El provocador Jitomilski también era miembro del grupo de apoyo berlinés de la mayoría del partido, antes de la unificación de los grupos. A su regreso a Berlín, después de las vacaciones, tardó bastante el decidirse por uno de los grupos. Aparentemente esperaba las instrucciones de la Okhrana.

Por último, se afilió a nuestro grupo. Desde aquella época la Okhrana comprendió que los bolcheviques eran y serían en el porvenir más peligrosos para el absolutismo que los mencheviques. De ahí que ella enviase estos soplones a los bolcheviques. Cuando nuestro grupo tuvo fuerza, nos enteramos que el grupo unificado hacía imprimir una proclama dirigida a los estudiantes y los centros políticos rusos de Berlín respecto al gran acontecimiento: la unificación de los dos grupos de Berlín. El mismo día imprimimos una respuesta en la cual desmentíamos esta unificación, al mismo tiempo que explicábamos a los estudiantes, en todo lo posible, lo que pasaba en el partido. Esta proclama fue redactada o quizá simplemente revisada por el camarada Goussiev, que en aquella época pasó algunos días en Berlín antes de regresar a Rusia. Distribuíamos esta proclama el mismo día que el grupo unificado distribuía la suya, en la misma reunión de la colonia rusa. Causó furor y aumentó nuestro prestigio en los sin partido de la colonia rusa. En general, la lucha entre los grupos de apoyo berlinés de las dos fracciones del partido obrero socialdemócrata de Rusia fue muy violenta. Pero nuestro grupo, más organizado y más enérgico, salió vencedor en esta lucha.

Después del paso de una parte de sus miembros a los mencheviques, durante el periodo conciliador de 1904, el grupo de apoyo bolchevique comprendía a los camaradas Gorin, Schaumian, Adramov, Liadova, Liadova, Pozner, Anna, Niejentsova, Kviatkovski, Jromilski, Tarassov, Lévinson, Galna, Lemberzk y yo.

Además fue constituido, próximo al grupo un subgrupo, compuesto sobre todo de estudiantes y estudiantas, en que formaban parte los camaradas S. Itin, Nikolski, Kataourov, Anna Milman, Lydi, Feidberg, Marchak, Britchkina, Nieousykhin y otros, que estaban en relación, con los centros rusos de Berlín.

A mediados de verano de 1904 hubo una pequeña detención en la expedición de literatura revolucionaria. Desde Berlín enviábamos los paquetes de literatura en cajones dirigidos a Martens, zapatero de Tilsen, como artículos de zapatería. Un día la Policía prusiana abrió una de las cajas y en lugar de las mercancías mencionadas en las facturas encontró nuestra literatura. Se registró la casa de Martens, por lo que lo inculparon con algunos más. Los diarios burgueses empezaron a atacar a los rusos; el *Vorwaerts* y los socialdemócratas alemanes acusaban a éstos de sostener a los anarquistas rusos. Un buen día la administración *Vorwaerts* me invitó a marcharme con mi depósito de literatura que, como ya he dicho, se encontraba en un sótano. Cuando pregunté: “¿Dónde meter esa literatura?”, se me respondió que eso era de mi incumbencia, pero que la administración no podía prestarme el más pequeño socorro por temor a un registro. Pedí ayuda al finado Singer; pero también él me respondió que en tanto no se supiese cómo procedería la justicia en este asunto, no se me podía ayudar. Viendo esto, me dirigí a Carlos Liebknecht, quien me dio una carta dirigida a un socialdemócrata, dueño de una casa. Allí alquilé un pequeño piso e instalé mi depósito.

Conseguí procurarme direcciones en donde yo pudiese recibir la literatura que se me enviaba de Ginebra. Después salía para Tilsit. Con el concurso de Martens. Allí encontré rápidamente un jefe de servicio en una gran imprenta, a quien pudimos desde entonces expedir la literatura abiertamente. Tengo que decir que Martens fue perseguido y tuvo, comparado con la administración del *Vorwaerts*, una actitud digna de elogio. Y aún después que fue condenado de tres a seis meses de prisión, no dejó de colaborar con nosotros.

De este modo, la interrupción en la expedición de la literatu-

ra fue rápidamente liquidada, y por esta vez no volvió a depender nuestra organización de la buena disposición de los dirigentes del *Vorwaerts*.

En otoño fui llamado a Ginebra por Nadetja Kroupskaia. Los centros que estaban dentro del terreno de las resoluciones de la mayoría del Segundo Congreso preveían la necesidad de tener un órgano propio, ya que desde ese momento era evidente que el Comité Central no aplicaba las resoluciones del Congreso, que no se apoyaba en la mayoría del Comité del partido, y el periódico (la *Iskra* de nuevo cuño) se separaba de los bolcheviques no solamente en la cuestión de organización, sino en las cuestiones de táctica. Por todo eso, era claro que en estas condiciones no se podía dejar a la *Iskra* ejercer una influencia exclusiva sobre los Comités locales.

Algunos días después de mi llegada a Ginebra se convocó a una asamblea de bolcheviques. Lenin hizo una exposición de la situación en el partido y en el país, y dedujo la necesidad de hacer salir un diario bolchevique. El estado de espíritu de los presentes, aunque afectados por la perspectiva de una escisión, no era menos resuelto o decidido. Cada uno se daba cuenta que la publicación de un periódico de infracción podía arrastrar a la escisión de un partido, pero no había otra salida. No hubo grandes debates ni grandes objeciones. El camarada Rogan, llegado de Rusia, fue el único en proponerla. Así, la proposición de publicar un periódico fue adoptada, y poco después aparecía nuestro órgano bolchevique. *Vpériod* (¡Adelante!), que vio la luz el día anterior al tercer Congreso del Partido.

Me dediqué enérgicamente a expedir el nuevo órgano a Rusia. Y como los camaradas que se ocupaban de este trabajo en Rusia eran partidarios de los bolcheviques, el periódico tuvo una difusión completa en todo el país. Ya antes de la aparición del órgano de la mayoría, *Vpériod* (el primer número apareció el 22 de diciembre [tipo antiguo] de 1904), los bolcheviques habían publicado varios periódicos sobre las divergencias de los mencheviques: *Un paso hacia adelante, dos pasos hacia atrás*, N. Le-

nin; *La lucha por el Congreso*, de Zhakhov (Malilin); *El Consejo contra el partido*, de Orlovski (Vorovski); *Abajo el Bonapartismo*, de Galerka (Olminski), y otros. Expedí todas estas publicaciones a Rusia al mismo tiempo que la *Iskra*, folletos tratando del programa, de la táctica del movimiento obrero internacional, las obras de Marx, de Engels, de Kausky, traducidas al ruso, y folletos sobre el movimiento obrero ruso.

Después de la aparición de nuestro órgano *Vpériod* y la oficina de los Comités mayoritarios para la convocatoria del Tercer Congreso, cesé de expedir a Rusia la nueva *Iskra*. En aquel momento me habían llegado noticias del Comité Central de Rusia de que la mayor parte de los Comités del partido estaban contra el Comité Central, la *Iskra* y el Consejo del Partido, y por la convocatoria del Tercer Congreso. (Yo había recibido, para descifrarla, una carta, dirigida a B. Blebouv–Noskov, que contenía estas noticias. Envié el duplicado de la carta a Noskov y el original a Lenin. Esta carta fue insertada en la publicación *Declaración y documentos sobre la ruptura de los organismos centrales con el partido*, publicada por Lenin el 23 de diciembre de 1904.

Como la organización del transporte de la literatura estaba en Rusia en manos de los partidarios de la mayoría (en la región de Riga este trabajo estaba controlado por el camarada “Papacha”: Litvinov), mientras que el centro de expedición alemán, no vivía en aquella época sino gracias a los subsidios que procuraba el grupo de apoyo berlinés, la suspensión de la expedición de la nueva *Iskra* estaba perfectamente legitimada desde el punto de vista de un partido; es más, el movimiento revolucionario no sufría perjuicio.

El trabajo se hacía con más energía y rapidez que anteriormente: en el presente expedíamos a Rusia nuestro órgano, que daba respuestas claras y netas a todas las cuestiones que surgían en la vida. Y la vida estaba en plena acción. Estábamos entonces en el período de huelgas que precedió al 9–22 de enero¹². Tan

¹² Del domingo 9 al 22 de enero de 1905, los trabajadores de San Peters-

pronto recibíamos un nuevo número de *Vpériod*, lo expedíamos a todos los rincones de Rusia por correo, bajo sobre (cortábamos los márgenes del periódico para que pesase menos, se metía en la prensa para que fuese más duro y menos holgado, se imprimía en un papel muy fino), lo intercalábamos en los cuadros, en la encuadernación de los libros que revestíamos a los camaradas que se dirigían a Rusia y, en fin, lo hacíamos pasar a través de la frontera en grandes cantidades.

La literatura revolucionaria llegaba a los Comités del partido, y por ellos a los obreros de las fábricas. Así continuó el trabajo hasta el 9–22 de enero de 1905.

Temprano, en la mañana del 23 de enero (nuevo régimen), en el tranvía, leí en los periódicos alemanes la noticia anunciando el asesinato de los obreros de Petersburgo. Un gran sentimiento de odio y repugnancia contra el régimen zarista me sublevó el corazón. Casi todos los rusos que habitaban en Berlín fueron presa de una agitación y de una emoción indescriptible.

Los estudiantes y estudiantas de las escuelas de Berlín organizaron inmediatamente un mitin. Se llevó a la picota, a los verdugos zaristas, se acordó la resolución por la cual los oyentes se comprometían a dirigirse a Rusia para luchar contra el absolutismo.

El mismo día (10–23 enero) se reunió nuestro grupo bolchevique. Importaba saber cómo el grupo debía obtener en vista de los acontecimientos del 9 de enero. Se decidió publicar una proclama, dirigida a los rusos que habitaban en Berlín, para explicarles la significación de los fusilamientos de enero, y de reunir fondos para la revolución rusa, pasando por los cafés que frecuentaban los rusos y organizando mítines de pago.

Cosa asombrosa: al contrario de lo que sucediera al día siguiente del *pogrom* de Kichinev, ni un ruso estaba abatido mo-

burgo, dirigidos por el cura Gapon, se dirigieron hacia el Palacio de Invierno para entregar una petición al zar. Las tropas situados delante del Palacio hicieron fuego sobre la muchedumbre. Esta carnicería de los manifestantes pacíficos y sin defensa provocó en toda Rusia una explosión de horror.

ralmente. Por el contrario, la moral de los rusos, aún la de aquellos políticos indiferentes, era buena y elevada. Todo el mundo se dio cuenta de que el 9 de enero sería la señal de la lucha victoriosa. Nuestros mítines, a los cuales asistieron muchos alemanes, fueron muy animados.

En pocos días nuestro grupo recaudó importantes sumas. El dinero llegaba de todos lados, aun de los mismos centros alemanes. Los camaradas que andaban por los cafés me contaban que no solamente los rusos, sino los alemanes, los ingleses, los escandinavos, los americanos daban su óbolo de todo corazón. Los fondos recaudados llegaron al punto designado. De Ginebra y de otros sitios afluyeron rusos; los emigrados voluntariamente regresaban a Rusia. A cada uno el centro bolchevique asignaba su tarea. En el espacio de un mes, de sesenta a setenta camaradas pasaron por mis manos. Fue necesario darles a cada uno subsidios para el camino, vestirlos más o menos correctamente y ponerlos en contacto con las organizaciones rusas.

Excuso decir que cada camarada que salía para Rusia llevaba consigo en las “corazas”, hoy maletas de doble fondo, literatura revolucionaria.

Las organizaciones del partido se reanudaron. Reclamaron con más frecuencia, con mucha más insistencia, literatura. Aunque el trabajo aumentó considerablemente, todo iba sobre ruedas.

Durante estas semanas agitadas de enero, Carlos Kautsky convocó en su casa a los representantes de los grupos socialdemócratas de Berlín. Fueron convocados los bolcheviques, los mencheviques, el Bund, los socialdemócratas polacos y lituanos y los letones. Nuestro grupo me designó para representarlo; los mencheviques delegaron a Malvina, y me parece que a Surtouk (Kopp). No me acuerdo quiénes representaban los otros grupos.

Antes de empezar la reunión, Carlos Kautsky me llamó a su despacho y me dijo que el Comité Central del partido socialdemócrata alemán se había dirigido a los bolcheviques y mencheviques proponiéndoles confiar el arreglo de sus divergencias y

de sus conflictos a una Comisión arbitral. Por los términos de su proposición, el tercer árbitro debía ser designado por el Comité central alemán, (este último había designado a Augusto Bebel, entonces presidente del partido socialdemócrata alemán). Kautsky se quejaba de que Lenin hubiese renunciado al arbitraje, por más que las tentativas de rehacer una unión actualmente tan necesaria eran desmedidas y sin resultado. Katusky echaba fuego contra Lenin a causa de su negativa a comparecer con los mencheviques ante una Comisión arbitral. Le dije a Kautsky que esta cuestión no era sólo de la competencia de Lenin, sino de todo el partido, y que si Lenin hubiese aceptado presentarse ante una Comisión de arbitraje, se hubiera quedado solo; la inmensa mayoría de las organizaciones locales del partido en Rusia, estaban en contra de los mencheviques, contra la Iskra, contra el Consejo del partido y, por lo tanto, contra el Comité Central conciliador. Le indiqué que existía hacía tiempo un profundo desacuerdo, no solamente sobre las cuestiones de organización, sino también sobre las de táctica, y que la mayor parte de los Comités rusos eran partidarios de la convocatoria del Tercer Congreso del Partido, quien sólo podía resolver la cuestión de los dos acuerdos que dividían nuestro partido.

Kautsky terminó diciendo que al rehusar aceptar la mediación del Comité Central alemán, los bolcheviques habíamos perdido mucho, y todo por culpa de Lenin, ya que, si no fuese por su obstinación, el partido socialdemócrata ruso hubiera recuperado su unidad. A mediados de verano, cuando ya había tenido lugar el Tercer Congreso de nuestro partido, me encontré en Koenigsberg, en casa de un militante del partido socialdemócrata alemán, el abogado Hase (que fue, después de la muerte de Bebel, uno de los dos presidentes del Comité central de este partido). Me contó que el Comité central al proponer la mediación, había dado por directriz a Bebel la de sostener el punto de vista de los bolcheviques, basándose simplemente en el hecho de que los bolcheviques habían tenido la mayoría en el Segundo Congreso del Partido. Después de las confidencias de Hase fue cuando yo

comprendí la última frase de Kautsky, a saber: que los bolcheviques habíamos perdido mucho rehusando el arbitraje.

Terminada nuestra entrevista, Kautsky abrió la sesión. Anunció que se habían hecho tentativas para restablecer la unidad de los socialdemócratas rusos, pero que desgraciadamente habían fracasado. Ante este resultado, proponía formar la unidad de todos los grupos socialdemócratas rusos de Berlín. Pero ni uno solo de los cinco grupos aceptó esta proposición. Por mi parte, declaré que nos negábamos a formar esta unidad en tanto que el organismo central competente del partido hubiera tomado una decisión respecto a este punto. En cuanto a aceptar una acción común permanente en todos los grupos de la colonia rusa, no podíamos, a causa de las profundas divergencias que teníamos con los mencheviques y los partidarios del Bund. Sin embargo, añadí, yo no puedo oponerme a que los grupos examinen conjuntamente la posibilidad de una acción común de todos los grupos socialdemócratas de Berlín antes de toda manifestación. Bien entendido, la reunión se terminó sin resultado. Antes de levantar la sesión, Kautsky nos informó que el Comité central había resuelto repartir y remitirnos, como delegados de nuestras organizaciones centrales, las cantidades que la Prensa socialdemócrata había recaudado para la revolución rusa y los fondos que el partido socialdemócrata había decidido adjudicarnos para este fin. No me acuerdo del alcance de la suma ni de la manera como fue repartida entre las cinco fracciones del movimiento socialdemócrata ruso (el Bund, los socialdemócratas polacos y lituanos, los letones, los mencheviques y los bolcheviques), pero sí me acuerdo muy bien que nosotros recibimos una parte de estos fondos.

En marzo o abril de 1905 llegaron a Berlín los camaradas Bourd (A. Essen) e Insarova: "Miss" (Proskvia Lalaiants), delegados del Comité de organización para la convocatoria del Tercer Congreso del Partido (este Comité se componía de delegados de la Oficina de los Comités mayoritarios y de delegados del Comité central del partido). Tenían el encargo de preparar en el ex-

tranjero la organización del Tercer Congreso del partido. Hacia tiempo que yo había tomado las disposiciones necesarias para asegurar el paso por la frontera de los delegados. El Comité de organización también tenía las direcciones para enviar las cartas y el dinero a Berlín. No quedaba más que encontrar un escondrijo para los delegados que iban a llegar y designar el país y la ciudad donde se celebraría el Congreso.

Cuando los delegados del Tercer Congreso empezaron a llegar, se redobló la vigilancia que se ejercía en los alrededores de la casa en que yo vivía. Sólo había unos camaradas que conociesen mi dirección. Lo que me obligaba a que cada mañana, antes de dirigirme al sitio secreto donde se debían presentar los delegados del Congreso, yo tuviese que hacer toda clase de escamoteos para desembarazarme de los espías. Lo conseguía fácilmente, ya que yo conocía bien Berlín. Por otra parte, eran verdaderos zopencos fáciles de reconocer por su manera de andar torpe y sus ojos inquietos. Algunos días después, ciertos individuos se presentaron en casa de la dueña del piso donde yo tenía mi habitación, y le pidieron informes sobre mí. La Policía prusiana también entró en la partida y fui constantemente llamado a la comisaría. Se me preguntó cuáles eran mis ocupaciones y mis medios de vida. Para desembarazarme de la Policía tuve que hacer un certificado acreditativo de trabajar en casa de un dentista socialdemócrata mediante pago.

Una mañana recibí de un miembro del Comité de organización "Papacha" (Litvinof), un neumático, en el cual me daba una cita para el mismo día, a las dos de la tarde, en un restaurante.

Con el fin de desembarazarme más rápida y seguramente de los detectives, fui a recoger un camarada y juntos nos dirigimos a la Galería Nacional de pintura. Cuando salimos me fijé en un individuo alto que se ocultaba detrás de un árbol y que nos espiaba atentamente. Mi camarada y yo tomamos la avenida de los Tilos; pero el tipo venía ya en nuestra persecución. En cuanto llegamos al Jardín Zoológico, subimos en el primer tranvía que llegó; pero el tipo subió en marcha sobre la plataforma delante-

ra. Aproveché la ocasión en que pagaba su billete para saltar del tranvía a toda velocidad, y eché a correr todo lo que permitían mis piernas recorriendo las calles menos frecuentadas. Estaba convencido de haberme desembarazado de mi hombre, pero me engañaba; viéndome saltar del tranvía, me había seguido y sus piernas habían resultado tan ágiles como las mías, y no tardó en alcanzarme e ir a mi lado. El agente era mucho más alto que yo e iba a mi lado como si fuese mi mejor amigo, y no cesaba de mirarme atentamente y de burlarse...; continué marchando aprisa, pero él no me dejaba ni un segundo. Al ver esto resolví entrar en el restaurante. Pero él me siguió. Por último decidí, aunque estuviese muy lejos, ir a casa de mi dentista. Todo el largo del camino le tuve conmigo. Hube de explotar de rabia. Me acompañó hasta la misma casa del dentista; al llegar conté a éste la astucia del agente y le pedí que me ayudase a salir del apuro, puesto que ese día tenía muchas cosas que hacer. Del patio vecino una puerta de escape, por donde pude salir y dirigirme libremente adonde yo debía ir; pero llegué demasiado tarde a la cita que tenía con “Papacha”. Yo me había paseado con mi agente hasta las cinco de la tarde.

Avanzada la noche, conseguí dar con “Papacha”. Me enteré que a una de mis direcciones habían enviado de Petersburgo una gran cantidad de dinero para organizar el Congreso, y sin mí era imposible recogerla.

Como era del todo necesario preparar el regreso de los delegados a Rusia, y como en vista de la persecución de que yo era objeto era imposible proceder sin ser descubierto, se decidió que fuera a Ginebra, y que de allí regresara a Berlín o a otra ciudad alemana. Aun hoy estoy viendo aquel rostro amarillo mirarme y burlarse insolentemente...

Al Tercer Congreso del Partido, casi todas las organizaciones locales de Rusia enviaron sus delegados. Varios Comités del partido, principalmente los Comités de las ciudades del Sur y el grupo menchevique de Moscú, que paralelamente al grupo bolchevique, pasaron a la minoría del segundo Congreso. En el tercer

Congreso se reunieron separadamente y legalizaron así la escisión del partido obrero socialdemócrata de Rusia.

Basta echar una ojeada sobre las resoluciones del Tercer Congreso del Partido y las resoluciones de las Conferencias mencheviques, que fueron tomadas al mismo tiempo sobre las mismas cuestiones, para ver que entre los bolcheviques, es decir, la aplastante mayoría del partido, y los mencheviques, que ya en aquella época eran una ínfima minoría, había grandes desacuerdos de principio sobre cuestiones como el papel del proletariado, de la burguesía liberal y de los campesinos en la revolución democrática, el Gobierno provisional revolucionario, la insurrección armada, etcétera. (Las resoluciones del tercer Congreso y de la Conferencia menchevique de 1905 son analizadas por Lenin en el folleto *Dos tácticas socialdemócratas en la revolución democrática*.)

Antes de terminar el Tercer Congreso me dirigí de Ginebra a Leipzig, desde donde pasé los delegados del Congreso a Rusia. Después regresé a Berlín.

Después del Congreso, los bolcheviques partidarios de la reconciliación del partido, afiliados a los grupos de apoyo mencheviques, se unieron con los bolcheviques. En general, nuestros grupos de apoyo bolchevique del partido que funcionaban en el extranjero, estaban en esta época en plena actividad. Muchos de sus adheridos se dirigieron a Rusia para actuar. Yo también me dispuse a hacer mis preparativos de regreso.

Durante mi estancia en Leipzig, Krassin (Nikititch), que venían de Berlín, se detuvo. El Comité Central le habían confiado la dirección de los asuntos técnicos del partido en Rusia. Varios bolcheviques conciliadores, con Surtouk a la cabeza (Kopp), se presentaron a él y le propusieron, en calidad de grupo autónomo, encargarse de la expedición de nuestra literatura a Rusia mediante ciertas condiciones (antes del Congreso, Krassin formaba parte del Comité Central conciliador; por eso ignoraba completamente en qué estado se encontraba nuestra organización técnica en el extranjero), estipulando principalmente que nosotros de-

bíamos entregar al Centro de expedición autónomo nuestra red de enlace. El acuerdo había sido firmado cuando yo regresé a Berlín. Yo estaba indignado. Krassin, no estando en el extranjero, dirigió una protesta al Comité central, que anuló el acuerdo.

En previsión de mi próxima salida para Rusia, me dediqué a transmitir las instrucciones que yo seguía en Berlín a Jitomirski y al camarada Guetsouv (en esta época era estudiante: hoy es director de la cuenca minera de Moscú) y a enseñarles la manera de empaquetar la literatura y de confeccionar las “corazas”. Mientras, noté que una activa vigilancia se ejercía sobre mí. Decidí no salir de casa antes de haber transmitido todo. Pasaron cinco días antes de que yo estuviese dispuesto para dejar Alemania.

Un día, al abrir la ventana del cuarto en que yo habitaba provisionalmente, vi con gran espanto mío al mismo agente que me había obligado antes del Congreso a dejar Berlín; me pregunté entonces cómo este policía habría podido encontrar mi dirección. Sólo la conocía Jitomirski. No obstante, los organismos del partido en el extranjero, lo mismo que yo, teníamos en él absoluta confianza. La víspera de mi salida para Rusia, Jitomirski llevó a mi casa al camarada M. Liadov, por más que yo estuviese vigilado y que Liadov no tuviese derecho a residir en Prusia, de donde había sido expulsado.

Liadov consiguió escapar sin incidentes después de haber pasado la noche en mi casa. También yo conseguí salir de mi habitación; después, de Berlín y de Alemania. Pasé la frontera por Ostrolenko, por donde yo había hecho pasar muchas camaradas. A mediados de julio desembarqué en Odessa, de acuerdo con las instrucciones que me había dado el Comité central, designado por el tercer Congreso del partido.

IV

Mi acción revolucionaria en Odessa. Detención y prisión 1905 – 1906

Llegué a Odessa después de las jornadas del Potemkin. Las organizaciones de todos los partidos, comprendida la nuestra, habían sufrido mucho y se encontraban muy debilitadas a causa de las detecciones y de las salidas de muchos militantes, que habían tenido que dejar Odessa.

Desde el sitio secreto a donde yo había ido a presentarme, fui directamente a la reunión del Comité del partido de Odessa. Me enteré que el Comité central había informado al Comité de Odessa de mi llegada, y este último me había encuadrado sin esperarme, al mismo tiempo que me designó como organizador del sector urbano.

A la reunión del Comité asistían los camaradas G. Goussiev (hoy secretario de la Comisión central de control del partido comunista de la U.R.S.S.), Kirill (Pravdin), comisario del pueblo adjunto a la comisaría de Vías y Comunicaciones; Daniel (Chotman), actualmente miembro de la Comisión Central de control, y Chapovalov, miembro también de la Comisión Central de control; este último, algunos días después de mi llegada, dejó Odessa.

Las funciones en el Comité del partido estaban distribuidas de la manera siguiente: Goussiev, secretario (estaba en contacto

con la organización de estudiantes bolcheviques y la Sección técnica de la Comisión de la organización); Kirill, organizador del sector del Péréssip; Daniel, organizador del sector de Dalnitski, y yo, organizador del sector urbano de Odessa. Así, de este modo, después de las jornadas de octubre de 1905, la organización bolchevique de Odessa comprendía tres sectores. El sector de Dalnitski tenía dos secciones; la sección del Fontan y la sección de la Estación; el organizador de esta última era el camarada Micha Vokzalny (M. Zemblukhter), miembro del Colegio de la comisaría del pueblo en los asuntos interiores. Que yo recuerde, los otros dos sectores no tenían organizaciones constituidas. Algunos días después de mi llegada a Odessa, Anatol (Gotlober) fue igualmente asignado al Comité del partido y al cual se confió la dirección de la sección de agitación. El Comité quedó tal cual era hasta las jornadas que siguieron al 17 de octubre de 1905. Entré con los camaradas en relación estrecha, con los Comités que en este periodo mencionaré, L. Knipovitzh (Diadenka), Natacha (Samoilova, militante activa, muerta recientemente), A. Samoilov, A. Xelrod (Sacha) y el camarada Víctor (ignoraba su nombre y no lo volví a ver).

En aquella época, en Odessa, como en toda Rusia, la organización del partido estaba basada en el principio de la designación en las fábricas y en los talleres. Los bolcheviques que allí militaban designaban los obreros y obreras que ellos juzgaban dignos, teniendo en cuenta su conciencia y sus afectos a la causa obrera. Los Comités de sector de las grandes ciudades distribuían entre sus miembros la agrupación por secciones, las células de las diferentes partes del sector, y las organizaban allí donde no las había. Los organizadores de las secciones llevaban a los mejores elementos de las células a los Comités de las Secciones. Cuando la plaza de un miembro del Comité de sección vacaba a causa de la detención o de la partida de uno de los miembros del Comité, los restantes designaban otro de acuerdo con el Comité del sector. En cuanto a los Comités de sector, estaban formados por los mejores elementos de los Comités de

sección. En fin, los Comités de ciudad estaban constituidos por los grupos y células de una ciudad determinada, y debían estar admitidos por el Comité central; por lo demás, los Comités de la ciudad tenían el derecho de designar nuevos miembros. Cuando todo un Comité de ciudad era detenido, el Comité central del partido designaba a cualquiera para el Comité, y él o los camaradas designados, indicaban los camaradas que reunían las cualidades necesarias entre los militantes de los sectores hasta llegar al número necesario.

He creído útil detenerme sobre la estructura de nuestras organizaciones de entonces, porque un gran número de miembros de nuestro partido no han tomado parte de estas organizaciones y no esta de más que sepan en qué consistían aquéllas.

Por otro lado, nuestros partidos hermanos en el extranjero tienen bastante dificultad de encontrar formas adecuadas para edificar sus organizaciones locales en la ilegalidad. Bajo este aspecto, el conocimiento de nuestra antigua organización ilegal puede serles de cierta utilidad.

¿En qué consistía la organización del Comité de Odessa y en qué se traducía su actividad antes de las jornadas de octubre de 1905? El Comité tenía conductos secretos para comunicar con el mundo exterior (con el Comité central y el órgano central del partido, y con los Comités del partido de las ciudades vecinas: Nicolaiev, Kherson, etc.).

Los camaradas que llegaban a Odessa se presentaban al secretario del comité de Odessa, Goussiev. Este camarada venía todos los días, excepto los en que el Comité se reunía, su permanencia con nosotros; los miembros del Comité podíamos encontrarlo a horas fijas (las reuniones tenían lugar en los cafés, en los domicilios particulares, etc.). El Comité se reunía frecuentemente: una vez, al menos, por semana. Tenía sus reuniones en casa de particulares, con preferencia en las de los intelectuales que simpatizaban con nosotros. En las reuniones del Comité se examinaban las directrices del Comité central, la situación política y la manera de llevar tal o cual campaña. Frecuen-

temente se disertaba sobre cuestiones relacionadas con la agitación y con la propaganda, lo mismo que la actitud a adoptar respecto a los otros partidos que existían en Odessa, y con los cuales el Comité de ésta estaba obligado a entrar en relaciones.

Las resoluciones que adoptaba el Comité de Odessa eran llevadas por los organizadores de sector ante el Comité del mismo, que examinaba esas resoluciones y los medios de ponerlas en práctica.

El Comité publicaba manifiestos cada vez que los acontecimientos políticos lo exigían (había en Odessa una imprenta clandestina del Comité central, donde imprimíamos nuestros manifiestos), difundía la literatura revolucionaria que se recibía del Comité central o del extranjero, enviaba oradores a las reuniones organizadas a las salidas de las fábricas o a los mítines, y designaba los dirigentes de los grupos de estudio del sector. No recuerdo las cuestiones que fueron debatidas en la primera reunión del Comité, a la cual asistía el día de mi llegada a Odessa; sé que después de la reunión me puse en contacto con los camaradas del sector urbano y comencé la obra.

El Comité de sector funcionaba cuándo yo llegué. Se componía de los camaradas Sapojnik (Volodia Movchovitch), hoy miembro de la Comisión de los trusts; Anna (Strijenaia), costurera; la perdí de vista; el obrero del ramo de edificación Alexandre Katsap (Poliakov), que se averiguó después de la revolución de 1917 que estaba al servicio de la Okhrana desde 1911; Iakov (I. Chtoulbaum); Pedro, un búlgaro cuyo nombre no recuerdo, empleado en la manufactura de tabacos; Popov, un obrero tipógrafo, y algunos camaradas más cuyo nombre no recuerdo. Cada miembro del Comité de sector estaba unido con los grupos y las células de su profesión, y por los miembros de los grupos y de las células estaba en contacto con las obreras y obreros de las ramas en que él trabajaba. De esta manera, se realizaba la unión del Comité de Odessa con los talleres. El organizador del sector unía el Comité de Odessa al Comité de sector; los miembros del Comité de sector estaban unidos a los grupos y a las células, cu-

yos miembros aplicaban las directrices del Comité de Odessa y del Comité de sector entre los obreros, y, en cambio, ponía al corriente al Comité de sector y al Comité de Odessa del estado de espíritu en las fábricas. Yo puedo decirlo, ya que no trabajé con ellos; los otros dos sectores estaban organizados de la misma manera, pero creo que sus formas de organización no diferían sensiblemente de las formas de organización del sector urbano. Éste comprendía, sobre todo, grupos y células de pequeñas empresas: talleres de zapatería y confección, imprentas y oficinas de construcción, escritorios y almacenes, algunas manufacturas de tabacos (la más importante en la manufactura de Popov) y el depósito de té de Vyssotski.

El Comité de sector se reunía una vez al menos por semana, y a veces con más frecuencia. Todas las cuestiones eran objeto de una discusión minuciosa y profunda. Como organizador, debía frecuentar los grupos y las células del sector (como organizador del sector urbano, tenía un adjunto: S. Britchkina); pero y consagré la mayor parte de mi atención al trabajo entre los obreros y obreras de las manufacturas de tabaco. Frecuentemente organizábamos reuniones que llegaban a tener de cincuenta a sesenta oyentes, ante los cuales yo tomaba la palabra sobre los temas más diversos.

Así fue y se desarrolló el trabajo hasta mediados de septiembre. Todos los días establecíamos nuevos contactos con las ramas de industria que no habíamos tocado todavía.

En Odessa, los liberales se movían: tenían sesiones públicas en el Consejo municipal, donde pronunciaban ruidosos discursos de oposición, organizaban banquetes donde se charlaba sin fin. Ya se respiraba más libremente. No recuerdo que se hubieran realizado detenciones desde mediados de septiembre en Odessa. En ciertos lugares, los mítines habían comenzado en las escuelas.

En Odessa, a mediados del verano de 1905, había, además del Comité bolchevique, los Comités de mencheviques, del Bund, de los socialistas revolucionarios y de los *dachnaks*. Al

final de agosto o principios de septiembre se trató de celebrar una conferencia de representantes de los tres Comités: bolchevique, menchevique y bundista. No recuerdo exactamente cuál de los tres Comités fue el que propuso la celebración de esta reunión. Supongo que los organizadores no podían ser otros que los bundistas, ya que nuestras relaciones con los mencheviques estaban un poco enconadas. De tal modo, que ni a ellos ni a nosotros era posible proponer una conferencia en común. La iniciativa procedía seguramente del Bund, que en la cuestión de organización estaba muy cerca de los mencheviques, pero que en muchas cuestiones tácticas se solidarizaba con nosotros. Nuestro Comité, después de haber deliberado, aceptó participar en esta Conferencia. Goussiev y yo fuimos designados delegados. El Comité redactó una serie de cuestiones que debían ser presentadas a la Conferencia (campana de los *zemstvos*, elecciones a la Douma Bouliguin, etc.). Que yo me acuerde, sólo hubo una reunión de delegados de los tres Comités, que terminó sin resultado, habiendo querido los delegados del Bund que los tres Comités se pusieran de acuerdo para emprender prácticamente y en común tal o cual campana, sobre la cual no hubiese divergencias sin proceder a la discusión de cuestiones sobre las cuales estábamos en desacuerdo. Como en casi todas las cuestiones de táctica estábamos en desacuerdo con los mencheviques y nos combatíamos por todos lados, no podíamos aceptar el entregarnos automáticamente a una acción concertada sobre una cuestión cualquiera sin indicar las divergencias que nos separaban en las otras cuestiones. Sin embargo, esta tentativa de ponerse de acuerdo no fue letra muerta. Durante la jornada de Octubre, no solamente los socialdemócratas, como se verá más adelante, sino todas las organizaciones revolucionarias obraron de acuerdo.

A fines de septiembre y a principios de octubre, los mítines empezaron en la Universidad. Organizados primero por los estudiantes solos, no tardaron en transformarse poco a poco en mítines públicos cotidianos. En apariencia, los mítines eran or-

ganizados por los estudiantes. Prácticamente, los oradores eran proporcionados por los partidos revolucionarios y socialistas. En estos mítines, además de los representantes de los partidos, tomaba la palabra quien quería. De ahí que tenía un aspecto bastante caótico. Me acuerdo de un incidente muy curioso: Los partidarios del Bund exigían que se les dejase tomar la palabra en su idioma, ya que, según ellos, no había en el mitin obreros y obreros que no comprendiesen el viddisch. El presidente del mitin preguntó al auditorio cuáles eran los que comprendían el ruso y si había lugar para hablar en otro idioma. La inmensa mayoría del mitin se pronunció por que se hablase en ruso. Los partidarios del Bund se indignaron, so pretexto de que no se les trataba lo mismo que a los otros. Ante la insistencia de los representantes de los partidos socialistas, presentes en el mitin, el auditorio consintió en escuchar a un orador *viddisch*. Apenas había comenzado su discurso cuando nos dimos cuenta que más de un 60 por 100 de las palabras que empleaba eran rusas. El auditorio se moría de risa con la confusión del orador, que tuvo que abandonar la tribuna.

Indico de pasada que los adeptos del Bund constituían sus organizaciones en Kiev, en Odessa, en Ekaterinoslav y en las otras ciudades rusas paralelamente a las organizaciones existentes del partido obrero socialdemócrata de Rusia, aunque ellos se consideraban como una sección del partido. Uno de los motivos que invocaban para justificar su conducta era que en las ciudades citadas había obreros obreras que no hablaban en ruso. ¡Singular motivo! ¿Como si los Comités locales del partido socialdemócrata de Rusia no pudieran militar igualmente los *yiddisch* entre los obreros judíos.

La situación en Rusia era de día en día más revolucionaria: en Petersburgo y en otras muchas ciudades de Rusia, Odessa comprendida, estallaron sin cesar huelgas espontáneas pidiendo reivindicaciones de orden económico y político. Los sectores hacían llegar al Comité del partido las noticias que indicaban el estado de espíritu resuelto de los obreros. Los mítines de la Uni-

versidad cada vez eran más agitados. Era fácil darse cuenta que las masas buscaban métodos de lucha más revolucionaria que los mítines.

El 12 de octubre, el Comité bolchevique de Odessa examinó cuáles debían de ser estos métodos más activos de lucha. Por unanimidad, el Comité decidió llamar al proletariado de Odessa a la huelga política bajo la divisa: “¡Abajo el absolutismo! ¡Que se convoque la Asamblea constituyente!”, y organizar el primer domingo de huelga una manifestación en la calle. El Comité invitó a todas las organizaciones revolucionarias a lanzar un común llamamiento a la huelga y a la manifestación. Los bundistas y los mencheviques aceptaron este ofrecimiento, pero no fueron de acuerdo sobre la fecha que nosotros queríamos fijar para declaración de huelga (proponíamos empezar la huelga en viernes), con el pretexto de que los obreros judíos, entre los cuales ellos militaban, eran pagados ese día, y que por esto ellos no responderían a nuestro llamamiento. Los mencheviques, que aprobaban los argumentos de los bundistas, agregaban a su vez que no era posible señalar la huelga para el sábado, día de pago para los obreros rusos. No recuerdo si los socialistas revolucionarios estuvieron de acuerdo en empezar la huelga en sábado, y si las organizaciones revolucionarias citadas aprobaron la manifestación proyectada. El Comité bolchevique fijó la huelga para el sábado y la manifestación el domingo. Un manifiesto fue lanzado para anunciar la huelga; en cuanto a la manifestación, los obreros fueron informados en las fábricas, en los talleres y en los mítines. Más adelante hablaremos de la huelga y de la manifestación. Por el momento voy a detenerme en la forma como las organizaciones del partido reaccionaron ante la decisión del Comité relativas a la huelga y a la manifestación.

Enseguida después de la reunión del Comité, convoqué al Comité del sector urbano. Las dos decisiones del Comité de partido –huelga y manifestación– fueron aprobadas; pero la cuestión de la ejecución dio lugar a interminables discusiones que se prolongaron durante seis horas. Es probable que estas discusio-

nes no hubieran tenido fin tan pronto si los miembros del Comité de sector no se hubiesen dado cuenta, desde una ventana de la casa donde nos encontrábamos (la ventana daba sobre el patio de la Comisaría de Policía), que los cosacos estaban preparados para intervenir, lo que indicaba que la calma estaba muy lejos de reinar en la ciudad. Cuando los miembros del Comité de sector empezaron a transmitir las instrucciones a los grupos y a las células, se enteraron de que en muchas empresas se había abandonado el trabajo desde que los obreros habían oído decir que la huelga estaba acordada, sin esperar a que se hubiese lanzado el llamamiento. Es lamentable que yo no pueda indicar en qué condiciones se procedió a la preparación de la huelga de los otros sectores. Solamente que fui muy sorprendido cuando, después de la reunión del Comité de Odessa, corriendo a toda prisa por todo el sector, encontré a los organizadores de los otros dos sectores –los camaradas Cirilo y Daniel– y que al preguntarles adonde iban, me respondieron que se dirigían al Consejo municipal. No creo que en su sector la organización hubiese funcionado tan bien que ella pudiese, en su ausencia, aplicar los órdenes del Comité de Odessa. Aparentemente, en su sector la unión con las masas era muy débil.

El Comité de Odessa decidió llamar a la huelga a todas las ramas de industria, a excepción del servido de agua, panadería y personal de los hospitales.

En qué medida las órdenes del Comité fueron cumplidas y con qué cohesión fue ejecutada la huelga, es ahora difícil decirlo; pero es seguro que se hizo sentir sensiblemente, aunque la corriente eléctrica no se interrumpiese en ningún momento. En muchas fábricas no trabajadas por la propaganda, con las cuales el Comité del partido no tenía unión, abandonaron el trabajo sin necesidad de ser invitados los obreros; los talleres de los ferrocarriles de Odessa cesaron en el trabajo, y la circulación de trenes fue interrumpida por orden del Congreso panruso de ferroviarios que tenía su residencia en Petersburgo.

La manifestación, como he dicho, fue fijada para el domingo

(el último domingo que precedió al manifiesto del 17 de octubre). La reunión debía verificarse en las esquinas de las calles Déríbassovski y Préobrajenskia, enfrente de la plaza pública. Este lugar había sido escogido por el hecho de que el domingo debían tener lugar mítines en todas las salas de la Universidad, y que desde allí se podría dirigirse directamente al lugar de la manifestación del Kehrson.

El Comité del partido me había designado para dirigir la manifestación. Había designado igualmente para todos los mítines camaradas que debían desde la apertura tomar la palabra y proponer al auditorio el unirse a la manifestación. No había sido todo mal organizado, y la manifestación que resultó fue relativamente imponente. Los manifestantes, apenas habían comenzado a desfilar, lanzando gritos revolucionarios (no recuerdo si hubo una bandera roja y cánticos revolucionarios), los cosacos cargaron sobre ellos a latigazos.

Los manifestantes no estaban armados (en el Comité del partido, la cuestión de los armamentos de los obreros ni siquiera se había tratado). De tal modo, que para escapar de los cosacos, los manifestantes tuvieron que volcar los tranvías, arrancar los adoquines y utilizarlos como proyectiles. En ciertos sitios, las verjas de las plazas también fueron rotas.

Por grupos, los manifestantes se extendieron por todo el centro de la ciudad, invitando a todo el mundo a descender a la calle y deteniendo los coches. Esto duró varias horas. Que yo recuerde, no hubo disparos durante la manifestación; tampoco hubo manifestantes golpeados seriamente por los látigos de los cosacos. Por tanto, en algunos lugares los manifestantes habían hecho de los tranvías volcados barricadas que los cosacos tuvieron que tomar por asalto.

Todos los organizadores del sector nos dirigimos a la residencia secreta del partido, donde estaba Goussiev, y cada uno relató lo que había visto. Después me fui a la residencia del sector urbano. Como se encontraba al otro extremo de la ciudad, tuve que atravesar todo el centro de Odessa. En las calles conti-

nuaba reinando gran animación, y eran las cuatro o las cinco de la tarde y la manifestación se había terminado hacia la una. No obstante, esta animación no se veía en las calles, ni Policía ni cosacos. En el momento en que yo llegaba a la residencia, un pelotón de policías a caballo desembocó en la calle revólver en mano. De pronto el pelotón hizo alto, y sin motivo ni advertencia alguna hizo fuego a quemarropa sobre los grupos de habitantes que estaban en los dos lados de la calle, y desapareció enseguida con la misma rapidez.

Como nos enteramos a la tarde, cuando nos reunimos de nuevo en la residencia del partido, de los fusilamientos como el que yo había sido testigo, se habían reproducido en todos los barrios de la ciudad. En la reunión del Comité del partido, que tuvimos inmediatamente en la residencia, estábamos todos indignados por la agresión de los bandidos de la Policía. Goussiev era el único que no decía palabra, ocupado como estaba en escribir sin levantar la cabeza. Cuando todos hubieron terminado de cambiar sus informaciones, Goussiev nos dio lectura del manifiesto lacónico que acababa de redactar a propósito de la jornada, manifiesto que indicaba la necesidad de seguir la huelga e invitar a los obreros a procurarse armas, cualesquiera que ellas fuesen, ya que en lo sucesivo la lucha era a mano armada. El manifiesto fue aprobado por unanimidad. Enseguida se decidió prepararse para los funerales de las víctimas. Con este objeto, Goussiev y yo fuimos encargados de ponernos en relación con todas las organizaciones revolucionarias de Odessa. Los muertos y los heridos fueron transportados al hospital judío de la Moldabanca. A fin de que la Policía no se apoderase de los muertos, un servicio de guardia fue organizado, con el concurso de los representantes de todas las organizaciones revolucionarias. Un Comité de acción, compuesto de estos últimos, dispuso el programa de los funerales. Hasta el 17 de octubre, la muchedumbre obrera no cesó de desfilar por el hospital donde reposaban los muertos y los heridos. Durante ese tiempo, los mítines continuaban en la Universidad. En la mañana del 18 de octubre regresaba yo del hos-

pital judío y me dirigí hacia el centro de la ciudad. Mi estado de espíritu distaba mucho de estar alegre. De repente, la muchedumbre desplegó por todos lados: había allí, confundidos, obreros, estudiantes, alumnos de los liceos, mujeres, gentes del pueblo, intelectuales y chiquillos. La cara de todos reflejaba la alegría y el contento. En alta voz se leía el manifiesto del 17 de octubre, que se distribuía en aquel instante. Por un lado y por otro, cánticos revolucionarios salían, sin acuerdo, de la muchedumbre. Las gentes del pueblo se congratulaban mutuamente con ocasión de las libertades otorgadas. Finalmente, banderas rojas aparecieron y los manifestantes se interrogaron para saber adonde debían ir: a la cárcel o al Ayuntamiento. Declaro que yo opiné por el Ayuntamiento; me acordaba que en París, los sublevados, por lo que más se apresuraron fue por apoderarle del Hotel de Ville; pero aun opinando en ese sentido, yo no creía en el manifiesto, que me daba la impresión de ser una jugada destinada a hacer salir de la sombra a los elementos revolucionarios de Rusia, a fin de poder mejor desembarazarse de ellos. La muchedumbre se dividió en dos partes: una, con banderas rojas a la cabeza, se dirigió hacia la prisión, mientras que la otra parte, a la cual yo me había unido (yo no sé cómo había en mis manos una bandera), se dirigió por las grandes arterias hacia el Ayuntamiento. Los manifestantes obligaban a los oficiales a descubrirse ante las banderas rojas. En el momento en que la manifestación pasaba por la calle Déríbassovskaia, donde habitaba toda la aristocracia de Odessa, los balcones se cubrieron de tapices rojos, de pañuelos, mientras que en algunos lugares las músicas tocaban la *Marsellesa* (veinticuatro horas más tarde, en esos mismos balcones colgaban las banderas y los retratos zaristas y la música entonaba *Dios protege al zar*).

La bandera roja flotaba sobre el Ayuntamiento. En las cercanías, un mitin empezaba. Una muchedumbre se apelotaba allí. Hubo raudales de palabras. Ante un pelotón de cosacos, al pasar por las proximidades, la muchedumbre se dispersó en un abrir y cerrar de ojos. Quedé sólo, por así decirlo, con la campanilla

presidencial en la mano. Desaparecidos los cosacos, la muchedumbre regresó al mitin, que volvió a comenzar y duró hasta la tarde. Entré en el Ayuntamiento. En algunos lugares, los retratos del zar estaban tirados y destrozados. La muchedumbre iba por todos lados sin que nadie la dirigiese. Me encaminé a la sala de sesiones, donde actuaba una parte de los consejeros municipales. Estos discutían la Organización de una milicia municipal, ya que la Policía había desaparecido completamente de las calles. Pregunté a quiénes se iban a tomar como milicianos y si había armas en el Ayuntamiento; se me respondió que se trataba de invitar a los inquilinos, por mediación de los propietarios, a designar entre ellos los milicianos no armados, y que una insignia les distinguiría de los otros ciudadanos.

Propuse proceder al armamento de los obreros por mediación de las organizaciones revolucionarias. Fui apoyado por algunas personas que allí se encontraban como yo, enviadas, sin duda, por las organizaciones revolucionarias, y por Gossiev, que acababa de llegar. Pero nuestros consejeros municipales declararon que ellos no tenían armas ni dinero para procurarlas. Además, agregaron que, después del manifiesto, era poco probable que pudiese haber necesidad de armar al proletariado.

A la caída de la tarde se extendió el rumor de que en la *Moldavanka* un pogrom acababa de estallar. Mientras, algunos camaradas del Comité del partido se habían reunido con nosotros en el Ayuntamiento. Decidimos convocar para la noche una asamblea general de miembros del partido, y me mandaron a averiguar qué pasaba en la *Moldavanka*.

Allí había un grupo de veinticinco o treinta jóvenes mocetones, entre los cuales se habían deslizado algunos policías de paisano, que detenían a todos los que —hombres, mujeres y niños— parecían judíos, los desnudaban y los golpeaban de una manera salvaje. Por lo demás, no sólo eran los judíos los golpeados; los estudiantes, los de los liceos y toda persona que tenía una fisonomía de intelectual que cayese en las manos de estos ganapanes, sufría la misma suerte. Los granujas actuaban en la calle

Tréougolnaia a alguna distancia de allí estaban numerosos espectadores que miraban la escena. Enseguida organizamos un grupo de camaradas armados de revólveres (después de la manifestación, el Comité del partido había recibido un pequeño número de revólveres de reglamento, uno de los cuales se me había reservado), y habiéndonos aproximado a la banda, abrimos fuego. Los canallas emprendieron la fuga. Pero de repente, entre ellos y nosotros surgió un cordón de tropas vueltas hacia nosotros y sólidamente armadas. Nos alejamos, los soldados hicieron lo mismo y los canallas reaparecieron. Este juego se reprodujo varias veces. Estaba claro que aquellos miserables obraban de acuerdo con las autoridades militares.

Me dirigí a la asamblea de la organización de Odessa de nuestro partido. Ya había comenzado cuando yo llegué. La asamblea me causó una triste impresión. Sobre la sala de la Universidad donde se celebraba la asamblea del partido caía una luz pálida. La moral de los camaradas presentes estaba muy abatida. Me llamó la atención la composición de la asamblea: había bastante gente, pero las mujeres me parecía que dominaban. Había muy pocos obreros. Creía entonces que la ausencia de los obreros era debida a que los miembros del partido no habían podido ser informados a tiempo, ya que la reunión había sido convocada a última hora; pero las asambleas siguientes –la nuestra, la de los mencheviques y la de los socialistas revolucionarios– dieron un porcentaje relativamente grande de obreros; la influencia de todas las organizaciones revolucionarias de Odessa, sobre los obreros de las fábricas y manufacturas, por lo tanto, era grande, como debían demostrarlo las huelgas de octubre y noviembre.

El manifiesto del 17 de octubre y su significación fue comentado en la asamblea. La noticia del *pogrom*, habiendo llegado a su conocimiento, la asamblea decidió dar, de acuerdo con todas las organizaciones revolucionarias, una respuesta por las armas a los linchadores y llamar a la población a ponerse en estado de defensa.

Se construyó un Comité de acción, en el cual participaron todas las organizaciones revolucionarias de Odessa. Además de nosotros, de los mencheviques, de los bundistas y de los socialistas revolucionarios, estaban también –me parece– los representantes de los *dachnaks* y del Poalei Sion¹³ o de los *serpistes*¹⁴. El Comité de acción se constituyó permanente en la Universidad.

Toda la noche del 18 y la mañana del 19 de octubre hubo un verdadero desfile en la universidad: unos llevaban armas de todas clases; otros dinero y objetos preciosos, con cuyo producto se podían comprar armas. Desde por la mañana se constituyeron grupos que fueron enviados contra los del *pogrom*.

Durante dos días y tres noches, unos cuantos grupos armados se enviaron sobre los lugares del *pogrom*; pero no pudieron hacer gran cosa, ya que en todos los sitios donde operaban los tales, la Policía, los cosacos, la caballería, la infantería y hasta la misma artillería los protegía. Así, en el sector de Dalnitskaia, los ferroviarios organizaron un fuerte grupo, que el 19 desalojó con éxito, pero que tuvo que batirse en retirada con grandes pérdidas ante la tropa, que hacía uso de sus armas contra los revolucionarios armados. En algunos lugares, allí donde no había tropa, la autodefensa y los grupos armados operaban con éxito contra los linchadores, y frecuentemente, después de haber saqueado las armerías, llevaron las armas a la residencia del Comité de acción. Por parte de los grupos de autodefensa hubo muchas víctimas, sin hablar de las víctimas de la población judía.

¹³ Poaltei-Sion, uno de los grupos de la pequeña burguesía sionista judía fundada en 1905, que aspiraba a realizar la unión imposible del marxismo y sionismo. Después de la revolución de octubre se produjo una escisión en el Poalei-Sion, y una fracción de éste se adhirió al partido comunista de la U.R.S.S.

¹⁴ Este nombre se deriva de las Iniciales S. E. R. P. que significa partido obrero socialista judío. El S. E. R. P. hizo su aparición en 1905 con un grupo pequeño burgués con tendencias socialrevolucionarias. Tuvo por líder al doctor Jitlovski. Después de la revolución de octubre, el S. E. R. P. adoptó la posición de los socialistas revolucionarios de la derecha.

Debo hacer constar el heroísmo de un grupo de estudiantes de la Escuela Naval, que sufrió grandes pérdidas en los combates que libró con los linchadores.

Al segundo día de pogrom se vio claro que la lucha armada empezada por el Comité de acción no daba resultado suficiente, ya que daba lugar, de continuar, a exponerse a grandes pérdidas. La lucha organizada fue detenida, y los grupos armados retenidos en la Universidad; pero en ciertos lugares los grupos que no habían regresado, lo mismo que la muchedumbre, continuaron operando. La iniciativa de detener la lucha salió de Goussiev; me declaró que la lucha era ya inútil; las fuerzas de los combatientes eran desiguales, y nosotros teníamos necesidad de ahorrar nuestros cuadros para afrontar la lucha larga y tenaz que deberíamos librar todavía contra el absolutismo. Esta opinión era compartida por los otros miembros del Comité de acción.

El *pogrom* comenzó y se terminó de acuerdo con el plan anteriormente establecido; a la expiración del plazo fijado por los sátrapas zaristas (este plazo era de tres días), el *pogrom* cesó instantáneamente. El rector de la Universidad recibió de las autoridades un ultimátum conminándole a desembarazarse de las organizaciones revolucionarias en un plazo determinado (el plazo coincidió con el de *pogrom*), si no la Universidad sería ocupada por la fuerza.

Se decidió alejar a todo el mundo de la Universidad, pero retirándoles con anterioridad todas sus armas (éstas no cayeron en manos de las autoridades). La Universidad fue evacuada rápidamente. Ninguno de los que salieron fue detenido. Es más: en los alrededores de la Universidad no había ni tropas ni Policía; evidentemente, ésta tenía miedo a las bombas. Por el contrario, todas las calles de Odessa estaban ocupadas por patrullas de soldados, puestas bajo las órdenes de la Policía. Con pretexto de buscar armas los soldados beodos despojaban a los transeúntes.

Para dar una idea del orden legal que reinaba en Odessa desde el *pogrom*, relataré un simple episodio. Una noche me dirigí a casa de mis amigos Itin para saber lo que les había pasado, ya

que no los había visto en toda la semana. Tenían su domicilio en el centro de la ciudad, en las esquinas de las calles Ekaterinskaia y Ouspernkaia. Estábamos hablando de los sucesos que habían ocurrido cuando de repente se sintieron disparos, al mismo tiempo que las balas se enterraban en el techo de la habitación, muy próximo al muro situado cerca de la ventana (la ventana daba sobre la calle y las habitaciones estaban en el tercer piso). Nos precipitamos a las ventanas y vimos que se trataba de una patrulla. La casa estaba cercada y nadie podía salir. Se llevó ante el inmueble toda clase de armas de artillería, ligera comprendida. Estábamos en la habitación en espera de lo que iba a pasar. Finalmente, un grupo de oficiales y policías irrumpió en la morada mientras que los soldados llenaban el corredor y la escalera. Enseguida, el jefe que mandaba el grupo se precipitó en las habitaciones donde estábamos, gritando: “¿Quién fue el que tiró sobre la patrulla?” Afortunadamente para nosotros, los marcos de la doble ventana estaban enmasillados, prueba que no se habían abierto; todo lo más admitiendo que hubiésemos tirado por el ventanillo, las balas irían a dar en las ventanas de la casa de enfrente, de ninguna manera a la patrulla que se encontraba en la calle. Esto fue lo que le explicamos. No obstante, se nos encerró en una habitación que, con anterioridad, policías y soldados habían revuelto. Después fueron llamando uno a uno a todos los ocupantes, sirviéndose para ello de la lista de los inquilinos. Las personas conducidas eran inmediatamente registradas e interrogadas. Los policías preguntaban detalles sobre todo y se agarraban a la menor cosa. Me pregunté qué es lo que debía hacer; yo no estaba domiciliado en la casa; por lo tanto, no se me llamaría pero el soldado que estaba delante de la habitación en que nos hallábamos me había visto. Si ahora los policías llegaban a descubrirme, seguramente que me llevarían para comprobar mi identidad, y entonces sí que podía considerarme perdido, ya que en esos días se asesinaba corrientemente en las comisarías. Resolví ocultarme detrás de la puerta de la habitación. Allí estuve mucho tiempo. El registro y los interrogatorios se eterni-

zaban. Tuve suerte: los policías no se dieron cuenta de mi presencia y me libré.

Pero cuando el grupo se alejó del piso, me sentí lleno de espanto. Me acordé que en un piso bajo de esta casa había una fábrica de cajas, cuya puerta y ventanas daban sobre la calle. En este taller se encontraba y funcionaba la imprenta clandestina del Comité central. Estaba convencido de que los policías iban a registrar toda la casa, y especialmente en el bajo (si verdaderamente se había tirado desde nuestra casa sobre la patrulla, no podía ser sino desde abajo o desde el primer piso; se podía hacer fácilmente, pero no habíamos oído ningún disparo, fuera de las salvas tiradas por la patrulla a nuestra ventana). Si ellos entrasen en la imprenta, matarían inmediatamente a todos los camaradas. Toda la noche estuve inquieto por la suerte de nuestros impresores. No me atreví a ir yo mismo a causa de mi situación delicada en la ciudad. Enviar uno de los Itin a ver lo que pasaba abajo no podía, hubiera tenido que declarar que allí había una imprenta, y ellos ignoraban que aquello fuese utilizado para imprenta, y que el hombre y la mujer militasen en la organización de Odessa... No me acosté en toda la noche. Allí quedé espionando cada ruido y cada grito de la casa. Por la mañana corrí a la calle para ver lo que se hacía en el taller; estaba abierto, como de costumbre. Allí me enteré que sólo el primero y segundo piso habían sido registrados.

Ya puede imaginarse el lector qué emoción no pasarían los camaradas de la imprenta durante el registro.

En la primera reunión que hubo después del *pogrom*, el Comité de Odessa, del partido, aumentó el número de sus miembros; fueron designados un obrero tornero de los talleres de ferrocarriles, Ivan Avdejev, Stavski, Ziéka (desenmascarado enseguida como un provocador) y algunos otros camaradas cuyos nombres y seudónimos se me han borrado de la memoria.

La primera reunión del Comité ampliado del partido tuvo lugar en el domicilio del camarada Chkiovski. Fue consagrada a las cuestiones de organización del partido. Era necesario esta-

blecer la organización de Odessa sobre la base del centralismo democrático, aunque se decidió no legalizar el partido. Hice una exposición sobre el sistema de las organizaciones locales del partido socialdemócrata alemán, exposición que fue seguida de un cambio de impresiones bastante completo sobre la manera de proceder enseguida a la reconstrucción de la organización de Odessa. Entre tanto llegó de Petersburgo, enviado por el Comité central, el bolchevique Leva (Vladimirov), portador de la orden de reunirse a cualquier precio con los bolcheviques sin esperar a que la unificación de las dos fracciones se hiciese por arriba.

El bolchevique Barón (Eduardo Essen), que había llegado a Odessa antes del *pogrom*, se reunió con él. La consigna fue recibida por los miembros del partido, tanto mencheviques como bolcheviques, ardientemente. Era natural. Cada miembro del partido había podido darse cuenta durante el *pogrom* de la debilidad y dispersión de nuestras fuerzas. La asamblea general de la organización de Odessa se celebró. Goussiev hizo una exposición sobre las formas de organización que convenía adoptar al partido después del manifiesto del 17 de octubre. Enseguida los camaradas Leva y Baron tomaron la palabra para preconizar la unidad inmediata con los bolcheviques. El comité de Odessa no tenía qué objetar contra la unidad, pero estaba resueltamente opuesto a que la unificación se realizase por abajo. El Comité de Odessa era, ante todo, una fracción del partido bolchevique, a la cabeza del cual se encontraba el Comité central y el Comité de redacción del órgano central del partido, elegidos en el tercer Congreso. ¿Entonces, cómo podía hacerse la unidad con los mencheviques en Odessa sin que el Comité central de nuestro partido fuese informado y hubiese dado su aprobación? Justamente, Leva y Baron insistían por que se hiciese la unidad sin el asentimiento del Comité central, siendo un medio de ejercer sobre él una presión desde abajo. El Comité de Odessa se daba cuenta que la proposición de unidad sería votada con la mayoría por la asamblea de los miembros del partido, fuesen ellos

bolcheviques o mencheviques, ya que siempre que los partidarios de la unificación inmediata tomaban la palabra recogían la unanimidad de los votos. Por todo ello se le obligó a elaborar las condiciones en las cuales se debía hacer la unidad. Era necesario, si no la unidad se hubiese hecho sin condiciones. Se redactaron las siguientes:

I. Sería elegido un Comité paritario de diez miembros; de este número, cinco miembros serían designados por la asamblea general bolchevique, y los otros cinco por los miembros del partido menchevique. Este Comité estaría encargado de realizar la unificación efectiva de todas las organizaciones, después de la cual la asamblea general de miembros de las dos organizaciones designaría un Comité permanente.

II. El Comité paritario de Odessa aseguraría el enlace entre el Comité central bolchevique y el Comité de organización menchevique.

III. La organización social democrática unificada de Odessa enviaría delegados de las dos tendencias al Congreso y Conferencias de los bolcheviques y mencheviques, hasta el momento en que éstos hayan realizado la unidad.

Estos tres puntos fueron los esenciales del proyecto sobre la base del cual se hizo prácticamente la unidad en Odessa.

La situación de los viejos bolcheviques en el Comité del partido era bastante delicada; nos habíamos opuesto a esta unidad y negociábamos por obtenerla. Es más: algunos viejos bolcheviques debían presentar su candidatura al Comité paritario, a fin de que hubiese en este Comité director bolchevique firmes y experimentados. Yo no comprendía la actitud de Leva y de Baron. Los había conocido anteriormente como bolcheviques militantes. ¿Cómo podían ellos perseguir la unidad de una manera tan caótica, sin esperar a que se realizase en el Congreso del partido? (Es cierto que desde 1909 a 1916 Leva se afirmó “unitario permanente”.)

Del lado bolchevique fueron elegidos para el Comité paritario. Goussiev, Leva Katsap (este último fue destinado única-

mente porque durante el *pogrom* había dirigido la palabra en algunos lugares para invitar a los linchadores a poner fin al *pogrom*; en respuesta, éstos no le habían golpeado; en el sector urbano donde yo militaba con él, se hacía notar por la extensión increíble de sus intervenciones), Roberto, un joven orador, gran partidario de la unidad (hasta ese momento quién era el quinto, Baron o quizá Cirilo. Del lado menchevique fueron elegidos para él Comité: Stolpner, Chavdia, S. Ivanovith, Frederic y P. Iouchkevitch.

El *pogrom*, con sus errores; la parte que había tomado en el pillaje la porción retrasada de obreros y aldeanos rusos venidos especialmente de las ciudades vecinas; la impotencia de las organizaciones revolucionarias y la debilidad de los socialdemócratas de todas las tendencias, todo eso me había causado una impresión deprimente. Además, yo no veía claramente quién, en fin de cuentas, la burguesía, el proletariado o la burocracia zarista, sacaría provecho de la lucha gigante de la semana precedente.

Mi estado de ánimo se resentía.

En cuanto al Soviet de los diputados de Odessa, su organización me pasó inadvertida. No recuerdo la fecha en la cual se constituyó; muy probablemente fue después de la unificación de los bolcheviques y los mencheviques, ya que la cuestión del Soviet no fue propuesta al Comité bolchevique.

El Soviet de diputados obreros de Petesburgo tenía una autoridad considerable a los ojos de obreros y campesinos. De tal modo, que al primer llamamiento del Comité socialdemócrata unificado, los obreros de las fabricas de Odessa eligieron sus representantes al Soviet. El Soviet de Odessa tenía sus sesiones en el refectorio de los dockers o en el refectorio de una fábrica de las cercanías del puerto, no recuerdo exactamente. Todos los talleres, fábricas y manufacturas estaban representadas en el Soviet. La sesión del Soviet a la cual yo asistí se desarrolló sin incidentes. Visiblemente, los miembros del Soviet no se habían familiarizado todavía con esta clase de institución. La misma

presidencia dirigió la sesión sin convicción. El estudiante menchevique Chavdeia, miembro del Comité socialdemócrata unificado, había sido elegido presidente del Soviet. Los obreros y obreras le conocían por haberle visto presidir varias veces los mítines de la Universidad. En cuanto al Comité ejecutivo y la oficina del Soviet, tenía su sede en los cafés y refectorios del Bund y otras organizaciones abiertas, donde de la mañana a la noche una activa muchedumbre de obreros y obreras se apelotonaban. Las reuniones del Comité ejecutivo y de la oficina del Soviet eran secretas. El Comité ejecutivo publicaba *Las noticias del Soviet de diputados obreros*, que aparecía casi todos los días. Este órgano se imprimía clandestinamente en varias imprentas, que fueron registradas. De allí se transportaban a casas particulares, desde donde se distribuían en Odessa. Se enviaban también a Nicolaviev y a Kherson. Fuera de los socialdemócratas, la influencia de las otras organizaciones sobre el Soviet era casi nula.

La huelga de diciembre, dirigida por las organizaciones revolucionarias del Soviet, fue, en Odessa, la primera huelga general. Duró varios días. Hubiera podido transformarse en acción armada si el Soviet y las organizaciones revolucionarias hubiesen lanzado un llamamiento en este sentido.

La ciudad estaba muerta. No había comercio ni electricidad; las farmacias también estaban cerradas. El paro era completo, por más que las autoridades militares hubiesen proclamado el estado de sitio y amenazado a todos los que tomasen parte en el movimiento con toda suerte de castigos. El día que la huelga fue declarada estaban en mi casa los camaradas que debían hacerla efectiva. ¡De todas partes venían a ver a los representantes del Soviet para hacerse explicar los motivos de la huelga y obtener la autorización de participar en ella!

Se me envió a los empleados de farmacia, que tenían una reunión, a la cual asistían los farmacéuticos militares. La asamblea discutió la cuestión de la huelga. Los que eran adversarios tomaron también la palabra; pero después de nuestra interven-

ción la huelga fue votada por una inmensa mayoría. El acto transcurrió con una unión admirable. No terminó hasta después de la derrota de la insurrección de Moscú.

La actitud de la burguesía hacia las huelgas de octubre y diciembre fue muy diferente. En octubre, las jornadas de huelga habían sido pagadas íntegramente, sin que los obreros tuvieran necesidad de luchar. En diciembre, no obstante la presión del Soviet, los fabricantes se negaron francamente a pagar. Al ver esto los obreros de la manufactura de tabaco Popof, abandonaron el trabajo. Los jefes del movimiento, especialmente el búlgaro Pedro, vinieron a verme. Por más que traté de persuadirles de entrar al trabajo sin esperar haber obtenido satisfacción, se negaron. Pero la asamblea de obreros y obreras militantes aprobó mi punto de vista. El resultado fue muy triste. No solamente Popof no pagó nada, sino que despidió a los jefes del movimiento. En otras fábricas, muchos obreros seguían la misma suerte. El Soviet no podía hacer nada. Desapareció de la escena sin que nadie se diese cuenta. Ni el Soviet ni el Comité ejecutivo fueron detenidos.

Inmediatamente después de la huelga de diciembre, la crisis económica empezó en Odessa, arrojando a la calle un gran número de obreros.

Los mencheviques obtuvieron la mayoría en la organización unificada, lo mismo que en dos sectores de los tres que había antes. Un nuevo sector —el sector del puerto— fue constituido. En la Conferencia panrusa de los mencheviques, la organización unificada de Odessa delegó en Stolpner, me parece que por los mencheviques, y Alejandro Katsap (el ser menos firme que hubo por los mencheviques). El Comité del partido publicó, sin indicación de origen, un pequeño periódico: *La Kommertcheskaia Rossia* (“La Rusia Comercial”), cuya existencia terminó al mismo tiempo que la huelga de diciembre. El camarada Goussiev era secretario de la Redacción, compuesta en mayoría de mencheviques. Desde ese momento, algunos bolcheviques, que anteriormente estaban en favor de una unificación inmediata, tu-

vieron serias dudas sobre las ventajas de una unidad local con los mencheviques, no seguida de una unificación general de las fracciones del partido. En cuanto a mí, continué militando entre obreros y obreras del tabaco; pero yo soñaba en transportar mis bártulos a la capital.

El 2 de enero de 1906 fui detenido en la reunión del Comité del sector urbano. A la reunión asistían los diez miembros del Comité, de los cuales cuatro eran bolcheviques (yo por las manufacturas de tabacos; Volovia (Movchovitch), por las células de calzado; un camarada de los obreros de la aguja, y Pedro Levit por los repasadores); los otros eran mencheviques. Además, de los diez miembros del Comité, el organizador del sector urbano (un menchevique cuyo nombre olvidé) y dos miembros del Comité del partido (el menchevique Chavdia y otro) fueron igualmente detenidos. El Comité del partido estaba dividido sobre una cuestión. Había enviado a la reunión del Comité de sector camaradas que debían defender los dos puntos de vista; pero no tuvimos tiempo para esperarlos.

Se nos detuvo con gran pompa (es probable que Chavdia estuviese vigilado, ya que era conocido como presidente del Soviet): toda la calle estaba tomada por tropa. Gendarmes, oficiales, soldados y agentes irrumpieron en el alojamiento donde celebrábamos las sesiones, en la calle del Hospital. Estaban convencidos de que el Soviet estaba reunido en las otras habitaciones, y que la nuestra era la del Comité ejecutivo. De tal modo que, después de habernos puesto soldados a nuestro lado corrieron a registrar la casa. Cada uno de nosotros se aprovechó para tirar lo que había en los bolsillos y romperlo en mil pedazos. Apenas terminada esta operación, los gendarmes regresaron a la habitación. Se pusieron furiosos contra los soldados que nos habían dejado destruir los papeles; pero los soldados respondieron no haber recibido órdenes a este respecto. Cuando los gendarmes preguntaron a los soldados que designasen quién los había destruido, respondieron: todos.

Hubo bastantes documentos destruidos. El suelo estaba cu-

bierto de montones de papel. Los gendarmes los recogieron; pero fue trabajo perdido: no consiguieron reconstruir ni un solo documento. Hacia la mañana fuimos encarcelados, hasta el dueño de la casa, obrero repasador, enfermo, y su mujer.

Una vez terminadas las formalidades de inscripción y registro, se me encerró en una celda nauseabunda, oscura, húmeda, y fría, situada en una especie de sótano. Empezaba a amanecer.

Por la mañana temprano salí al paseo. Vi muchos conocidos. Los camaradas que habían entrado antes que yo me pusieron al corriente de las costumbres de la prisión, y me dieron los nombres de los camaradas que estaban a punto de tomar un reposo forzado en el sanatorio zarista de Odessa, llamado prisión. Durante el día se me trasladó al segundo piso, y al siguiente hice el paseo con los detenidos de este corredor. Al cabo de algunos días ya conocía yo todos los detenidos políticos de la prisión. Allí había de todo: mencheviques, bolcheviques, partidarios de la Liga de campesinos y ferroviarios, socialistas revolucionarios, bundistas, anarquistas, caballeros de la sociedad secreta “Cuervos negros” y simples obreros y campesinos que no pertenecían a ninguna organización.

Los campesinos habían sido conducidos de las aldeas vecinas a Odessa. La variedad se encontraba igualmente en la edad de los detenidos: allí había viejos de cabellos blancos muchachos imberbes. Había también lisiados, que se arrastraban a fuerza de grandes trabajos. El departamento de mujeres no se quedaba atrás (tampoco faltaba la variedad).

Los gendarmes habían detenido sin ton ni son a culpables e inocentes. Visiblemente, ellos querían desquitarse con usura de haber tenido que libertar a los detenidos amnistiados después de las jornadas de octubre.

Uno por uno empezó el interrogatorio de identidad. Mientras que un agente de la Okhrana, de uniforme, me interrogaba, policías de paisano andaban alrededor del locutorio.

En el momento de mi detención había dado el nombre bajo el cual me había inscrito, así como mi dirección exacta, aunque

en mi cuarto hubiese un paquete de *Investia* (órgano del Soviet) que uno de los camaradas había llevado a mi casa para enviarlo a Nicolaviev. Yo contaba con que mis amigos, con los cuales participaba del alojamiento, se darían cuenta de mi ausencia antes de media noche o una de la madrugada, y que desalojarían la habitación. Resultó mejor de lo que yo esperaba: Goussiev había pasado por la calle del Hospital la misma tarde de mi detención. Viendo la calle transformada en campo militar, adivinó que nuestra reunión había sido descubierta. Consiguió rápidamente saber quiénes eran los miembros del Comité del sector urbano presentes en la reunión, e hizo prevenir por todos lados para que se limpiasen los cuartos de los camaradas detenidos de papeles comprometedores. El mismo fue a mi casa.

Yo tenía un pasaporte de “hierro”¹⁵. Conocía todos los detalles necesarios para el interrogatorio: el nombre de la madre, el nombre patronímico del padre, etc. Según aquel pasaporte, yo era zapatero o sastre, no recuerdo bien. En cuanto al verdadero poseedor de este documento de identidad, nunca había sido inquietado por razones políticas. Así que yo me dirigí al interrogatorio, aunque un poco temeroso, por causa de una fotografía expuesta en la vitrina de un fotógrafo, fotografía que representaba el mitin improvisado alrededor del Ayuntamiento por la manifestación a que había dado lugar el manifiesto de 17 de octubre, y en donde se me reconocía. Después de haber anotado todas mis respuestas respecto de mis padres, etc., el agente de la Okhrana me dijo que nuestra reunión era la del Comité ejecutivo del Soviet y que seríamos llevados al Consejo de guerra. Le respondí que habiendo en Odessa una gran cantidad de paros, en ayuda de los cuales no venía nadie, nos habíamos reunido para

¹⁵ Los camaradas del partido que se encontraban en una situación ilegal se servían de falsos pasaportes fabricados especialmente (con nombre, apellidos, direcciones ficticias, sellos falsos, etc.), o de copias de pasaportes auténticos, dados por las autoridades a personas existentes, o pasaportes pertenecientes a otras personas. Estos últimos eran considerados como más seguros, y de ahí que se les llamase pasaportes de “hierro”.

discutir la organización de los socorros. Agregué que no había tenido tiempo de aclarar cuáles eran las organizaciones representadas en esta reunión, por la razón de que la Policía llegara antes que la reunión hubiese empezado (nos habíamos puesto de acuerdo, antes de que se nos interrogase, de la actitud que debíamos tomar). El agente de la Okhrana declaró que nosotros éramos los miembros del Comité ejecutivo y que él estaba en posesión de documentos seguros que nos identificaban. De las quince personas inculpadas en nuestro asunto, la Policía no tenía pruebas más que contra Chavdia (había tomado la palabra abiertamente como presidente del Soviet) y contra Movchovitch (se había descubierto en su casa mucha literatura socialdemócrata; por cierto, un solo ejemplar y un carnet de recibos expedidos por el Comité de Odessa para recoger los fondos necesarios para la compra de armas); fuera de este interrogatorio, los gendarmes nos dejaron tranquilos durante más de cinco meses.

El régimen de la prisión era soportable. El paseo duraba bastante tiempo. En el patio se jugaba a la pelota, se improvisaban carreras y toda clase de juegos. Los detenidos tenían derecho a las visitas en presencia de los gendarmes, y una sola vez por semana, no más de seis minutos. Uno podía ir a ver los detenidos del mismo corredor a que pertenecía. Por regla general, estábamos encerrados a dos detenidos por celda. Recibíamos todos los días los periódicos, no obstante la interdicción del director de la cárcel. Cuando hacía buen tiempo, por la tarde, después de la llamada, se leían los periódicos en alta voz, y así pasaban los días, las semanas, los meses tristes y uniformes. Los periódicos anunciaban todos los días que la amnistía sería acordada el día de la apertura de la primera Duma del Imperio. Esta amnistía dio lugar a interminables discursos. Durante ese tiempo, los Consejos de guerra de Odessa pronunciaban condenas ejemplares por el menor pecado. Era suficiente que cualquiera hubiese sido condenado ya por delito político para que cayese bajo la garra del Consejo de guerra y se le condenase de cuatro a ocho años de trabajos forzados.

Como en 1905 ya se habían publicado muchas obras marxistas, me embebí en la lectura. En libertad, tenía muy poco tiempo para leer estando absorbido constantemente por el trabajo corriente.

En aquel tiempo se preparaba en el partido el Congreso de Estocolmo. Las tesis y los artículos bolcheviques y mencheviques llegaron hasta nosotros. Excuso decir que aun en la prisión se discutía el *boicottage* de la primera Duma y otras cuestiones.

En la misma época todo el Comité del partido de Odessa. (Leva, Katsap, Marclioubimou y otros) y la Conferencia pre-electoral para el Congreso del partido, cayeron en manos de la Policía.

En la vida cotidiana de la prisión, dos acontecimientos se produjeron que la revolucionaron. En Odessa, después de las Jornadas de diciembre hicieron su aparición cierta clase de sujetos conocidos por los nombres más diversos: “cuervos negros” etc. En ellos no había ideología alguna. Sucedió con frecuencia que elementos criminales se encubrían bajo el nombre de organizaciones para poder dedicarse mejor a la delincuencia. Los “cuervos negros” obraban a plena luz del día y aterrorizaban totalmente a la burguesía por su audacia. A éstos hay que agregar los anarquistas, que procedían a expropiaciones y arrojaban las bombas en los cafés donde la burguesía tenía costumbre de divertirse. Muchos elementos turbios vinieron a mezclarse con los anarquistas de ideas, que sinceramente e ingenuamente creyesen que arrojando bombas en los cafés luchaban contra la burguesía, ahorrando al proletariado la necesidad de combatir y mejorar la situación de éste. La burguesía estaba de tal modo aterrada, que ella dirigió el aparato militar y policíaco contra los autores de los golpes de mano. Los Consejos de guerra funcionaron sin descansar. Todos los que cayeron bajo sus manos fueron condenados implacablemente. De tal manera, que el primer condenado a muerte hizo su aparición en la prisión. La prisión suspendió su vida. Durante algún tiempo vivimos interesándonos por el condenado.

Los detenidos aun no hablan tenido tiempo de acostumbrarse a los condenados a muerte cuando la muerte violenta entró de lleno en la prisión. En la de Odessa, estando en estado de guerra, la guarda de los detenidos políticos durante el paseo estaba asegurada por la tropa. Un día –después del paseo de nuestro corredor y del reposo– un piquete de soldados mandados por el oficial Tarassov pasó por debajo de nuestras ventanas (ordinariamente, el relevo de los funcionarios era mandado por un cabo o un suboficial). Alguien del primer piso gritó: “¡Abajo el absolutismo!” El oficial detuvo los soldados, y con aire amenazador preguntó quién había gritado. Todos los detenidos se abalanzaron a las ventanas para ver aquel fenómeno de oficial que se las daba de bravo. Alguno de abajo le respondió: “¿Y aunque yo hubiera gritado, qué?” El oficial hizo colocar los soldados frente a la ventana del camarada que le había dirigido las palabras y le dijo: “Si tú eres anarquista, socialdemócrata o simplemente hombre honrado, ponte derecho y no te muevas.” Los detenidos que desde las ventanas asistían a esta escena no sabían qué pensar; algunos se burlaban del oficial y otros le gritaban: “Si estamos en la prisión es por estar contra el absolutismo.” Yo me encontraba en la celda vecina a la de los camaradas Levit y Mochovitch. También nosotros estábamos en la ventana contemplando esta escena penosa. Alguien gritó que aun en estado de sitio el jefe de la prisión era el director y no el oficial de guardia. En ese momento Tarassov dio orden a los soldados de cargar sus armas. Después invitó al compañero de celda del que había entablado esta conversación con Tarassov a bajarse de la ventana. Como no lo hiciese, el oficial dio la voz de “fuego”. Una descarga respondió a la orden. En un abrir y cerrar de ojos todos se arrojaron sobre las puertas y un ruido infernal conmovió la prisión. Los condenados de derecho común vinieron en nuestro socorro, y con la ayuda de una ganzúa abrieron las celdas de los detenidos políticos. Todos los detenidos políticos se lanzaron abajo con ímpetu. Los dos camaradas estaban gravemente heridos (algunos días después murió uno de ellos; en

cuanto al segundo, no recuerdo, pero me parece que también murió).

Momentos después, el fiscal general, el prefecto, seguidos de las autoridades, llegaban a la prisión. Los detenidos políticos exigieron que Tarassov fuese arrestado y que los soldados fuesen alejados de la prisión. La noticia de los disparos se había extendido por la ciudad. La plaza que rodeaba la prisión fue invadida por la muchedumbre, que exigió que se le informase de lo que acababa de pasar. La muchedumbre no quiso creer lo que le decían las autoridades. Entonces éstas consintieron en que fuese un detenido político, que informó a la concurrencia y dio datos precisos sobre las víctimas.

Se arrestó a Tarassov y se alejó a los soldados del patio (más tarde nos enteramos que Tarassov había recibido una gratificación y un ascenso por su bravura). Después de este drama, la tensión de los detenidos fue en aumento. En esta atmósfera caldeada, resolvimos (los trece que habíamos sido arrestados juntos el 2 de enero) empezar una enérgica campaña para activar nuestro asunto. Después de cinco meses que estábamos encarcelados, no se nos había interrogado una sola vez (sólo nos habían hecho el interrogatorio de identidad). Teníamos la seguridad completa que nuestro asunto no avanzaba un paso. Había entre nosotros camaradas que tenían pasaportes falsos: bastaba con preguntar a las autoridades que los habían dado para que los gendarmes descubriesen que había entre nosotros quien estaba en situación ilegal; por consiguiente, “importantes criminales”. Puesto que no se había hecho, era la prueba de que nuestro asunto dormía. Ya estábamos en verano. El ruido que se hizo en la primera Duma no estaba todavía apagado. Por otro lado, la ignorancia en que estábamos de los resultados del Congreso de Estocolmo actuaba sobre nuestros nervios: ¿quién saldría vencedor en el Congreso? ¿Los bolcheviques? ¿Los mencheviques? La estancia en la prisión era insoportable. Decíamos con razón que la atmósfera de nerviosismo que reinaba en la prisión las autoridades no querrían incidentes. Así, para hacer presión so-

bre ellas, nos decidimos a declarar la huelga de hambre. Uno después de otro escribimos al fiscal que nuestro asunto no avanzaba, por más que fuesen transcurridos cinco meses de nuestra detención; exigíamos que nos fuese comunicado el procesamiento y señalada fecha para la vista, o que se nos pusiera en libertad; si no, a partir de tal fecha empezaríamos la huelga de hambre.

Nos preparamos seriamente a poner en práctica nuestra determinación. La víspera de la fecha que habíamos fijado para empezar la huelga hicimos desaparecer toda clase de alimentos. El día de las visitas nos habían llevado flores en lugar de las provisiones habituales. Al caer la noche, después de la llamada, se nos llamó uno por uno a la cancillería; allí se nos declaró que el fiscal había dado orden de ponernos en libertad provisional.

De esta manera, trece personas de las quince (Chavdia y Movchovitch quedaban en la cárcel), además de los que tenían pasaportes falsos, recobraron la libertad aun los que tenían pasaportes prestados.

Es necesario que haya pasado uno mismo la emoción del momento de su liberación, el hombre que se considera como un “culpable” y enemigo de la autocracia y de la burguesía, para comprender esta emoción. Cada uno de nosotros hacía los cien pasos en su celda y se preguntaba si había llegado su vez o si los gendarmes los habían descubierto. No podíamos creer que recobraríamos nuestra libertad. Cuando salimos de la prisión creíamos que se nos llevaría a provincias por temor que una huelga de hambre de varios detenidos degenerase en revuelta. Cuan grande sería nuestra sorpresa de encontramos de repente en la calle.

Después de ponernos en libertad provisional, los gendarmes continuaron las diligencias. En el espacio de un mes terminaron la instrucción y transmitieron los procesos al fiscal militar, que los transmitió a su vez al Consejo de guerra.

Visiblemente, los gendarmes habían acabado con los “cuervos negros” y en lo sucesivo podían ocuparse de los socialde-

mócratas.

Recibí la libertad con alegría. Ya tenía bastante de casamata, que aunque cerca de la ciudad, estaba muy lejos de la vida humana. Aunque mi vestido y mi calzado no estaban en buen uso (los había usado mucho en la prisión), corrí a la ciudad desde el primer día de mi liberación. Me parecía que veía Odessa por primera vez. Me maravillaba de contemplar el mar. Durante la estancia de un año en Odessa, antes de ser detenido, no había tenido la posibilidad, ni las ganas de venir a admirar el mar y visitar la ciudad. Ese día tenía la sensación de ser el más dichoso de los hombres. Pero desde el segundo día tal nostalgia se apoderó de mí, que traté de emprender febrilmente el contacto con los bolcheviques.

Después de esta sucesión de detenciones, la situación de la organización de Odessa no era muy brillante. Los bolcheviques estaban dispersos y el Comité del partido estaba sometido a mencheviques inveterados como Frederic (llamado Iéréma, Anatole Schneierson) y Lioubov Rabtchenko.

Restablecido el contacto con los obreros del tabaco, empecé a buscar cuantos bolcheviques quedaban en Odessa. Me enteré que todavía eran bastantes los militantes, pero que no estaban agrupados. El camarada Constantino Ossipov (Lévitski, antiguo odessista, bolchevique regresado de la deportación), en cuya casa había estado varias veces, encontró alojamiento para reunir a los bolcheviques militantes de Odessa. Se dispuso los nombres de los camaradas que serían convocados y se fijó la fecha de la reunión. Esta tuvo lugar. Hubo camaradas que yo no había visto nunca, especialmente militares. Estos últimos me causaron bastante miedo. Llegaron juntos a la reunión, y entrando en el cuarto donde estábamos sentados gritaron: “¿Qué es esta asamblea? ¡Quedan ustedes detenidos!” No tenía los menores deseos, después de dos o tres días de libertad, de encontrarme de nuevo en una casamata. Pero mi temor se disipó enseguida cuando oí al dueño del alojamiento invitarles a ocupar su puesto.

La asamblea, después de haber oído las informaciones sobre

la situación de la organización, decidió encargar algunos camaradas el convocar periódicamente a reuniones de este genero, que serían en lo sucesivo las reuniones de la Fracción Bolchevique de Odessa.

Resolví no comparecer en el proceso y salir de Odessa, ya que estaba claro (esto ocurría después de la disolución de la primera Duma) que estábamos delante de un periodo de negra reacción. Para saber a donde debía dirigirme, escribí a Nadejda Kroupskaia, que habitaba en San Petersburgo, como secretario del Centro Bolchevique (éste continuaba existiendo después del Congreso de Estocolmo al mismo tiempo que el partido socialdemócrata “unificado”).

Poco tiempo después de haber escrito a San Petersburgo, recibí una carta de Goussiev que me invitaba a Moscú en nombre del Comité del partido.

Decidí salir para Moscú.

Era necesario que saliese de Odessa enseguida (mis coindicados convocados ya, yo no sé por qué, por el Consejo de Guerra) y yo no había recibido todavía de Moscú la dirección de las residencias secretas. Por otro lado, para dirigirme a Moscú no tenía vestidos convenientes. Por lo que decidí ir a Vilkomir, a casa de mis padres.

La represión que se empezaba a sufrir en los otros grandes centros obreros todavía no había tenido tiempo de llegar a Vilkomir. Continuaban reuniéndose en el centro de la ciudad. Además del Bund, que comprendía dos organizaciones, de los adultos y de jóvenes, la cual era designada con el nombre de “Joven Bund”, existía una organización bastante fuerte del partido obrero socialdemócrata con la cual me puse en relación enseguida. Esta se componía de obreros rusos, polacos, lituanos, judíos. Algunos intelectuales se aliaron también. Estaba dirigida por un antiguo suboficial retirado, el camarada “Ossipov” (olvidé su nombre; en 1907 lo volví a ver en Petrogrado).

La organización estaba fuertemente ligada con los obreros agrícolas de las propiedades cercanas y con los obreros y aldea-

nos de las localidades y aldeas vecinas. Participé activamente en el trabajo de la organización, dirigiendo la palabra en las asambleas generales y en los mítines al aire libre.

Cuando recibí las direcciones que esperaba y el dinero para el camino, salí para Moscú.

V

Mi trabajo en Moscú 1906 – 1908

Llegué a Moscú a principios de septiembre de 1906. Al llegar me enteré que la residencia secreta cuya dirección me había enviado Goussiev la habían “quemado”, y el mismo Goussiev no estaba en Moscú (lo habían detenido). No obstante, conseguí ponerme rápidamente en contacto con el Comité del partido, por casualidad encontré en la calle a Bour y Niena Zvier (M. Rosenberg-Essen). Me enteré por ellos que me había hecho venir para ocuparme de la secretaría del Comité de Moscú pues el camarada Víctor (Taratouta) había sido designado para otro trabajo. Fueron ellos quienes me dieron la dirección de la residencia del Comité de Moscú donde se encontraba Víctor. Éste me comunicó la decisión del Comité de fiarme el cargo de secretario técnico secreto de la organización de Moscú.

Después de todo, la clase de trabajo importaba poco; lo esencial era que yo fuese útil al partido.

Empecé a trabajar intensamente. En Moscú era muy necesario hacerlo así. Mis brazos resultaron insuficientes.

El estado de espíritu de los cuadros directores de la organización de Moscú, con los cuales yo debía concertarme todos los días, era excelente y combativo. Esto me recompensaba del abatimiento y depresión que se había apoderado de los camaradas de Odessa.

La organización de Moscú estaba dividida en ocho sectores: el sector central (urbano), los sectores de Zamoskooiéchié Rogjski, Léfortovo, Sokolniki, Boutirki, Ressnia-Khamov-Nitchski y los sectores de ferroviarios. Algunos de éstos estaban divididos en secciones. Los sectores, como las secciones (allí donde las había) estaban enlazados con las Asambleas de fábrica (hoy las células), a los Comités o a las Comisiones de fábrica (hoy las oficinas de las células). Los delegados de los Comités de fábrica del sector asistían a los comunicados que hacían el Comité de Moscú, elegían el Comité de sector y enviaban los delegados a las Conferencias locales, en la cuales, en 1906 y casi hasta el final de 1907, designaba todavía el Comité de Moscú.

Las conferencias de sector, lo mismo que las conferencias urbanas, se reunían en aquella época periódicamente. El Comité de Moscú y los Comités de sector ponían una gran atención al enlace con los obreros de las fábricas y de las manufacturas. Esta unión era muy fuerte. Los Comités de sector y de sección, estando en contacto estrecho con los miembros del partido, trabajan en las fábricas, en las imprentas y otros establecimientos industriales de su sector y de su sección.

Frecuentemente, tuve que llamar a los miembros del partido para procurarme material de imprenta o cualquier otra clase de material. Me bastaba con dirigirme a la organización de cualquier sector de Moscú para que enseguida fuese puesto en relación con los miembros del partido que trabajaban en el establecimiento del que yo tenía necesidad. Al lado del Comité de Moscú había también una organización militar que publicaba un periódico: *La vida del Soldado*. Esta organización estaba fuertemente ligada a los soldados de casi todos los Cuerpos de tropa, donde con frecuencia los miembros del partido y los simpatizantes formaban grupos. La organización local. Sólo la dirección de la organización militar estaba en contacto estrecho con el Comité de Moscú, y en algunos casos extraordinarios con ciertos Comités de sector. El Comité de Moscú se entregaba todavía a una acción sistemática en los pocos numerosos sindicatos locales,

sindicatos de obreros textiles, de empleados de tranvías, etc. Gracias a sus esfuerzos, había constituido en Moscú una oficina central de sindicatos entonces. La influencia de los bolcheviques en los sindicatos que pertenecían a la Oficina central era muy grande.

Al lado del Comité de Moscú había una oficina técnica militar encargada de inventar, experimentar y producir en gran cantidad, llegado él momento, armas fáciles de fabricar (bombas, etc.). Esta oficina trabajaba aparte de la organización local, y sólo estaba en contacto con el Comité de Moscú por el secretario de éste.

Había, además, al lado del Comité, una organización central socialdemócrata de estudiantes, que estaba en contacto con todos los establecimientos de instrucción pública superior y con muchos establecimiento secundarios de Moscú.

Por ultimo, el Comité de Moscú tenía a su lado una oficina de conferenciantes y periodistas, una Comisión financiera y un aparato técnico central de imprimir, de difusión de la literatura, de propaganda y de fabricación de pasaportes para militantes activos de la organización de Moscú. Este aparato técnico central era el que yo debía dirigir.

El Comité de Moscú trabajaba únicamente en Moscú. En la provincia de Moscú trabajaba el Comité provincial, cuya residencia estaba también en Moscú. Había además en la ciudad la oficina regional de la región central industrial, que agrupaba, además de las organizaciones de Moscú y de la región, toda una serie de organizaciones de provincias (Iarosnav, Kostroma, Nijni-Novgorod, Ivano-Voanessensk, Tambov Voroneje, etc.). Aunque la oficina regional y el Comité provincial funcionasen independientemente uno del otro, la actividad de las tres organizaciones se armonizaba frecuentemente¹⁶.

¹⁶ Después de la revolución de febrero, un poco antes de la revolución de octubre de 1917, las tres organizaciones mencionadas volvieron a funcionar bajo la misma base. Hasta 1919-1920 no fue disuelto el grupo regional, y la organización provincial fue refundida en la organización local de Moscú.

Mi memoria no ha conservado los nombres y los seudónimos de todos los camaradas que militaban durante mi estancia en Moscú, al final de 1906–1907 y a principio de 1908. No obstante enumeraré algunos de los que me acuerdo. Como secretario del Comité de Moscú hubo sucesivamente: Victor (Taratouta), aproximadamente hasta oct. de 1906 (fue enseguida organizador del sector de ferroviarios); J. Karpov, que estuvo en la secretaría hasta el momento de su detención, en mayo de 1907, Marcos (Lioubimaouy); estos camaradas han muerto. Marcos tuvo por sucesor al camarada André Konlichia (éste no tardó en ser detenido y deportado; allá abajo, fue asesinado no se sabe cómo.

El Comité de Moscú estaba integrado por los camaradas Innokenti (Dobroveinski), muerto en la deportación; Makar (Noguine), éste militaba en los sindicatos y en el movimiento obrero legal y semilegal de Moscú; tomó parte activa en los trabajos del Comité; Noguine murió en 1924; Vlass (Ikhatchev), organizador del sector de Sokolniki o del sector de Boutirki; Likhatchev, muerto en 1924; Timofei (Vladimir Savkov), organizador del sector de Zamoskvortche, poco tiempo después de su detención renunció a la acción; Michel Mironovich (Nmandelstan), organizador del sector de Lefortovo, actualmente miembro del Comité de Moscú; Poltora (Isgorov Radouss-Zenkovitch), organizador del sector de Rogojeski, actualmente miembro de la Comisión central de control. En este mismo sector militaba Iegor Paviovitch (Kanatchikov), Leónidas Bielski, organizador del sector del Centro, y Emilio Iaroslavki, dirigente de la organización militar. A Sokolniki como delegado permanente, militaba Leónidas (Sokounnicov), comisario del pueblo en las finanzas de la U.R.S.S. En la oficina regional militaban los camaradas A. Kviatkovski y Stepan (Poseme), y en el Comité provincial los camaradas Nicodeme (Chestakov) y Olga (Zelikson-Dovrovskaja). En Moscú militaban todavía activamente Psmidovitch (me encontré con él en el sindicato de empleados de tranvías) y Odyssée (Mandelstan). No recuerdo si éstos, en aquella época, formaban parte del Comité de Moscú.

Familiarizándome con la vida de la organización de Moscú, existente entre esta organización y la del campo, por más que la primera cosa que me llamó la atención fue la estrecha unión entre esta organización y la del campo, por más que la acción del Comité de Moscú se extendiese exclusivamente a Moscú. En los ocho meses de existencia de su imprenta, el Comité de Moscú publicó cuatro manifiestos por un total 140.000 ejemplares, destinados especialmente a los campesinos, y el programa agrario del partido obrero socialdemócrata de Rusia, que fue tirado en 20.000 ejemplares. Además de estos manifiestos se expidió y se transportó a la campaña una enorme cantidad de literatura de propaganda y manifiestos tratando las cuestiones palpitantes de entonces. Esta literatura era expedida o transportada por los obreros y las obreras de Moscú, que se iban en grandes masas a las aldeas en el período de las grandes fiestas. (En previsión de estas fiestas, el Comité de Moscú publicó manifiestos especiales, y el servicio técnico preparaba la literatura que interesaba a los aldeanos.) No recuerdo si en Odessa, durante el tiempo de mi presencia en el Comité del partido, la unión con los campesinos de la provincia de Odessa hubiera sido prevista una sola vez.

En 1906, y en la primera mitad de 1907, todo el trabajo de la organización de Moscú transcurrió bajo la idea del movimiento obrero y campesino de masa, que aumentaba y que debía transformarse en lucha armada contra el zarismo. Los manifiestos y las resoluciones del Comité de Moscú, del Comité provincial y de la oficina regional de esta época estaban llenos de combatividad. En esta atmósfera tuvo lugar el final de las dos campañas de 1906 y el comienzo de 1907 –las elecciones de a la segunda Duma y la campaña antimilitarista–, en la ejecución de las cuales tomé parte desde mi llegada. En lo que concierne a la campaña antimilitarista, el Comité de Moscú elaboró un modelo de declaración para la negativa al servicio militar que las asambleas rurales debían adoptar. Se decía en la declaración “el Gobierno zarista, que arruinó al país y que no quiere dar la tierra y la libertad al pueblo, recluta este año soldados para dirigirlos contra sus

hermanos. En estas condiciones, la asamblea rechaza proporcionar reclutas al Gobierno zarista. Si los reclutas son llevados a la fuerza, la asamblea rural les da la orden de no tirar sobre sus hermanos, obreros y campesinos, y de pasarse con armas y bagajes al lado del pueblo; todos aquellos que tirasen sobre el pueblo serían expulsados de las aldeas a su regreso. El Comité de Moscú daba una gran importancia a esta campaña. ¿En qué medida esta declaración fue adoptada por las asambleas rurales y cuáles fueron de una manera general, los resultados de esta campaña? No recuerdo. Por el contrario, recuerdo que en las manufacturas y la fábricas de Moscú los reclutas de quinta 1906 fueron enérgicamente “trabajados” por los Comités de sector y de sección de la organización local. Fueron constituidos grupos del zarismo y la actitud que debían adoptar, como soldados, en el caso de que no consiguieran rehusar colectivamente el servicio militar. En Moscú, entre obreros llamados a filas, la campaña antimilitarista tuvo seguramente un gran alcance práctico.

La primera cosa que tuve que hacer al principio de mi trabajo en Moscú fue familiarizarme con la organización de la imprenta clandestina. El enlace con la imprenta estaba asegurado por el camarada “Helene” —olvidé su nombre—. “Helene” me presentó al patrón de la imprenta, el camarada Archaka (Iakoubov); en 1919, en misión a Tcheliabinski, volví a encontrar a Archaka, que trabajaba con el nombre de Iakoubov como delegado del Comisario de aprovisionamiento.

Archaka, después de examinarme minuciosamente para asegurarse si yo servía para llevar la dirección de los servicios técnicos secretos de la organización de Moscú, me puso en relación con el camarada Sandro (Iachvli) y G. Stouroua, que eran el alma de la imprenta, en la cual ellos mismos trabajaban como compositores tipográficos e impresores. Nos entendimos enseñada y se establecieron entre nosotros buenas relaciones de camaradería.

Habiéndose conferido la dirección de la imprenta, fui a inspeccionar la disposición de los lugares y no salí satisfecho. La

imprenta se encontraba en una tienda de la casa Iurassov en el pasaje del bulevar Rojdestvenski (en la derecha de la calle Sretenka), calle muy animada; además enfrente de la tienda había una casa desde donde se veía todo lo que pasaba en el interior. Por otra parte, desde el bulevar podía ejercerse fácilmente la vigilancia. En fin, hasta enfrente de la tienda, un agente tenía su puesto de servicio.

Después de haber examinado el exterior, entré a comprar en la tienda, en la que vendían fruta (el rótulo causaba mejor impresión que el contenido de los estantes); la tienda se llamaba *Almacén de frutas del Cáucaso* (creo que también se vendía al por mayor). En el almacén encontré a Archaka ocupado en llevar las cuentas, y a Voulpé como empleado. Pasé a la trastienda y bajé a la cueva. Que yo recuerde la cueva era más pequeña que la tienda; en su interior encontré a Sandro (Iachvili), actualmente Comisario adjunto del Trabajo en Georgia. La cueva estaba llena de cajas que no se habían desembalado todavía. La máquina y las cajas ya estaban dispuestas para el trabajo (es muy probable que ya las hubieran utilizado).

Al subir a la tienda noté que se oía perfectamente el ruido de la máquina. Era necesario que en el momento que entrase un comprador, el dueño o el dependiente lo hiciesen saber al de abajo. Para facilitar las cosas decidimos instalar un timbre que diese la señal de continuar o de parar en el trabajo.

Al enterarme de todos los detalles de organización de la imprenta, supe que la tienda estaba alquilada con un falso pasaporte (a nombre de Lassoulidzé) y que nadie habitaba con ese nombre. Este pasaporte, no estaba inscrito en la Comisaría de Policía, por lo que no era posible descubrir que era falso. Sin embargo, a nombre del que figuraba en el pasaporte estaban inscritas las patentes, se suscribía la hoja de los impuestos, etc. Archaka estaba inscrito con otro nombre.

En la trastienda habitaba el “dependiente”, Voulpé, que se había inscrito con falso pasaporte a nombre de P. Lapychcev. Como la policía podía en cualquier momento descubrir el carácter

ficticio de este pasaporte, propuse no inscribir a nadie habitando en el almacén, y me puse activamente a buscar un camarada que sirviese para el sitio de Voulpé.

Sólo estaba en contacto con el aparato técnico, por medio del “patrón” del almacén, el camarada Archaka. En los casos verdaderamente urgentes, cuando era imposible esperar a la noche, hora en que podía encontrar a Archaka en su casa, iba a la imprenta, pero tomando las mayores precauciones. Entraba como comprador y salía con un paquete de fruta debajo del brazo.

Antes de familiarizarme con la ciudad, tuve que ocuparme en buscar un comercio donde comprar en gran cantidad, y según el formato deseado, el papel necesario. La cosa no era fácil, ya que una vez comprado el papel era necesario transportarlo, teniendo cuidado que su uso y destino no fuesen sospechosos para el vendedor.

Ya no recuerdo quién fue el camarada que me entregó una carta de recomendación para el gerente de una agencia de manufactura de papel, en la cual rogaba que se me concediese crédito. Me entendí con este gerente, que me surtió de todo el papel de que tenía necesidad. El papel comprado era expedido a casa de un encuadernador de la calle Pimenovski (un camarada que me lo habían indicado igualmente, recomendándome a él). En el taller de la encuadernación, el papel era cortado según el formato deseado, y de allí transportado por un dependiente al almacén donde trabajaba la imprenta. A medida de las necesidades, el papel era entregado a nuestra imprenta en forma de frutos del Cáucaso.

Por suerte, recibimos directamente de la agencia talones de entrega dirigidos a ciertos depósitos de papel, pasábamos los órdenes, y el mismo depósito enviaba el papel al almacén de la imprenta. En esta agencia fue donde nos aprovisionamos de papel todo el tiempo que existió nuestra imprenta.

Recuerdo que durante las elecciones de la segunda Duma había comprado en esta agencia una gran cantidad de papel rojo para imprimir los pequeños manifiestos invitando a votar por los

candidatos del Comité de Moscú. Cuando a la semana siguiente me presenté para hacer un nuevo pedido, el gerente me enseñó el manifiesto impreso sobre su papel rojo y me dijo: “Ustedes trabajan pronto y bien; me han traído este manifiesto.” Le respondí que, aparentemente, otras casas fabricaban el mismo papel, puesto que yo no me ocupaba de estas historias. No pude llegar a comprender si él quería hacerse agradable elogiando nuestro trabajo o si estaba descontento porque su papel sirviese para este menester. Después de esto, yo me pregunté si debíamos continuar comprando el papel en esta agencia. Redoblamos la vigilancia e hicimos enviar el papel, no al almacén de la imprenta, sino al domicilio de un particular, desde donde hacíamos las expediciones. Establecimos un servicio de vigilancia alrededor del alojamiento del encargado de transportarlo. No habiendo observado nada sospechoso, abandonamos nuestras precauciones.

La imprenta trabajaba todo el tiempo de una manera intensa; todos los días había de dos a tres manifiestos sobre el mármol esperando su turno. Cada manifiesto se tiraba a un promedio de 35.000 ejemplares, y alguno de 40 a 50.000. Los pequeños manifiestos publicados con ocasión de las elecciones de la Duma y del primero de mayo pasaban de los 100.000 ejemplares.

Lo más difícil en una imprenta clandestina no es trabajar, sino procurarse el papel y llevarse los impresos. De tal modo, que tengo interés en familiarizar al lector con la manera en que organizamos su transporte y difusión. Los impresos se transportaban en cestos (de los que se servían los almacenes de frutas para transportar su mercancía) por nuestro empleado en las panaderías Philipov (no se trata de N. Philipov, sino de I. Philipov); este último también poseía en Moscú varias panaderías.

En la familia Philipov, los dos hijos más jóvenes (Alexander y Basili) y la hija Eudoxia simpatizaban con nosotros y nos ayudaban activamente. Nos prestaban sus panaderías para almacenar nuestra literatura, pero ignoraban de dónde la transportábamos. Entre las panaderías que utilizábamos, me acuerdo de las de la plaza Troubnai, de la Rojdestvenka y la de la calle Bolchoi

Zlatooustinski. Tan pronto como la literatura se llevaba, a una de esas panaderías, el camarada encargado de su difusión (durante cierto tiempo V. Philipov asumió esta tarea) la hacía llevar a su domicilio, donde le esperaban los camaradas que debían difundirla en todos los sectores de Moscú. Así, en el espacio de un cuarto de hora, los manifiestos eran retirados del alojamiento y transportados a los sectores, que a su vez los repartían a las manufacturas y fábricas de Moscú.

En las elecciones de la segunda Duma, la organización de Moscú llegó a un acuerdo con los socialistas revolucionarios, los socialistas populistas, la liga campesina y algunas otras organizaciones revolucionarias de aquella época. Una lista común de electores para Moscú fue constituida. Tuvimos que imprimir no solamente lo que publicaba la organización bolchevique de Moscú, sino también todos los materiales publicados por las organizaciones mencionadas de acuerdo con el Comité de Moscú. Tuve que recorrer la ciudad buscando una imprenta que pudiese imprimir nuestra literatura electoral. Acabé por encontrar una.

Una pequeña imprenta situada en la calle Pervaia Breteskaia, que nos imprimió varias cosas importantes. Pero como nos despegaban materialmente, y como el Comité de Moscú no era rico, tuvimos que buscar otros medios. Hice un llamamiento a los tipógrafos miembros del partido que trabajaban en las grandes imprentas: Iakaoviev, en la calle Salikov, y Sytin y Kouchnaerev, en la calle Pimenovski. Combiné el trabajo de la manera siguiente: en una de esas imprentas se componía el manifiesto y se moldeaba el clisé; nuestra imprenta clandestina hacía la impresión, o bien una imprenta componía el manifiesto y la otra lo imprimía. De esta manera, el Comité de Moscú salía con fortuna de una situación difícil.

Las elecciones de la tercera Duma fueron más modestas. La organización bolchevique era menos fuerte; no hubo que imprimir tanto; además, las probabilidades de las elecciones no eran grandes. Todas las fuerzas fueron dirigidas en los sectores obreros para elegir el colegio electoral, donde estábamos seguros de

ser vencedores¹⁷, y lo fuimos, en efecto.

Además de la literatura de propaganda que imprimíamos para Moscú, el Centro bolchevique de Petersburgo nos había enviado (antes de las elecciones de la segunda Duma) mucha literatura electoral y de otra clase.

El Comité Central del partido obrero socialdemócrata de Rusia se componía, en aquella época, en mayoría de mencheviques, partidarios de un acuerdo con los cadetes en las elecciones de la segunda Duma. Convocada en noviembre de 1906 la primera Conferencia panrusa del partido, por 18 votos (mencheviques y bundistas) contra 14 votos (bolcheviques, socialdemócratas polacos, lituanos y letones), se decidió en esta cuestión por la opinión del Comité central. Los bolcheviques, los socialdemócratas polacos y letones defendían este punto de vista: que nuestro partido debía llevar la campaña electoral con toda independencia, admitiendo en ciertos casos que el acuerdo se hiciese con los partidos y organizaciones partidarias de la lucha armada contra el zarismo: socialistas revolucionarios, liga campesina, etc.

Como entre los bolcheviques, que en el Congreso de Estocolmo habían estado en minoría, y los mencheviques continuaban existiendo serias divergencias sobre la importancia de la Duma, la insurrección armada y la actitud respecto a los partidos burgueses, los dirigentes de la fracción bolchevique en el partido, Lenin a la cabeza, constituyeron un centro bolchevique, que en numerosos escritos explicó el punto de vista bolchevique sobre la Duma, e intervino en la campaña electoral con su propia plataforma, vigilando su aplicación por las organizaciones locales, que aprobaban la política de los bolcheviques. Los Comités de Petersburgo y Moscú rechazaron el bloque con los liberales en las elecciones de la segunda Duma, y en nombre del Colegio urbano presentaron listas comunes de electores con los socialistas revolucionarios, la liga campesina y los socialistas populistas.

¹⁷ Las elecciones para la Duma se hacían en dos grados. Cada categoría de electores debía designar su colegio; los colegios, reunidos, elegían los diputados.

Al principio, la literatura que venía de Petersburgo era transportada por camaradas. Pero arrastraban casi siempre detrás o con ellos una “escolta” de Policía, y la organización de difusión pagaba esto con algunas detenciones (R. Cholomovitch transportó la literatura “quemada”; ello hizo que se descubriese una residencia secreta y detener a V. Philipov. Desde entonces pedimos a los camaradas de Petersburgo que metieran la literatura en paquetes en forma de cajas de mercancías y nos enviaran simplemente los talones. Provistos de estos talones, equipábamos dos camaradas; uno de ellos alquilaba un camión, al cual entregaba los recibos de las mercancías. Le daba una dirección falsa para transportar la falsa mercancía. El otro camarada seguía de lejos el camión y no le quitaba la vista de encima. Si todo iba bien, el camarada que seguía al camión prevenía al camarada que lo había alquilado; éste salía al encuentro del conductor del camión y esta vez le daba la verdadera dirección.

Cuando estábamos seguros de no ser vigilados, tres camaradas tomaban parte en la operación: uno alquilaba el camión, otro le seguía a la ida y a la vuelta; en la estación, el tercero servía de agente de enlace con el segundo. Era necesario poner en conocimiento del camarada que había alquilado el camión si debía salir al encuentro o no. Entonces se tomaban las precauciones siguientes: aunque dos camaradas no hubiesen observado algo anormal en la estación, en la ruta se cambiaba la dirección, pero ésta que se daba era todavía ficticia (la mayor parte de las veces se daba simplemente la dirección de algún punto de destino donde teníamos conocimiento). Enviábamos el camión, y un poco más tarde, cuando todo estaba en orden, transportábamos la literatura al depósito y de allí a los sectores.

Sucedía a veces que los de los camiones, después de haber presentado el talón de las mercancías, eran conducidos directamente a la gendarmería de la estación. En ese caso, el camarada que seguía al camión prevenía al otro de no salir al encuentro de este último, y él continuaba observando. Otras veces, los gendarmes dejaban salir el camión con la mercancía y lo hacían seguir

por un equipo de policías y gendarmes; pero la dirección dada al del camión, siendo imaginaria, los gendarmes fracasaban. Gracias a estas precauciones, nadie fue detenido.

Me detuve en detalles —pueda ser que no fuese necesario para el lector de la Rusia soviética— sobre la organización del enlace de nuestra imprenta clandestina con el “mundo exterior”, y sobre los métodos de recepción y de difusión de la literatura; pero en el extranjero muchos partidos comunistas están por primera vez situados en la ilegalidad, y entonces la experiencia adquirida por nuestro partido bajo el régimen zarista puede serles muy útil.

Ocupándome únicamente del trabajo secreto, no tomaba parte en la acción cotidiana de las células y de los sectores. No tenía por qué y no estaba en contacto más que con un pequeño círculo de camaradas dirigentes y el secretario del Comité de Moscú. Una sola vez tomé parte en una Conferencia del partido que tuvo lugar en otoño de 1906, en la Escuela Técnica Superior, cerca de la calle Niemtskaia, hoy calle Bauman —Conferencia ante la cual el camarada Mirón (Khintchouk) hizo una exposición en nombre del Comité central— (como ya he dicho, en su mayoría mencheviques). La Conferencia se componía en su mayor parte de bolcheviques. Solamente el barrio de Presnaia había enviado algunos mencheviques. Los debates fueron muy apasionados, pero inútiles, ya que en el fondo no existía enemigo. Toda la Conferencia, a excepción de algunos votos, estaba contra el Comité central.

Con el secretario del Comité de Moscú, Karpov, y más tarde con Marc (Lioubimov), me entrevistaba todos los días en su residencia. Si no podía ir a la residencia del Comité de Moscú, el secretario del Comité tenía el medio de encontrarme en los lugares que yo acostumbraba a frecuentar. Frecuentemente, el Comité de Moscú se limitaba a decidir si un manifiesto o un llamamiento sobre determinado objeto debía ser publicado. Me incumbía dar curso a estas decisiones y tratar de asegurar no solamente la impresión, sino también un texto adecuado.

De este modo conocí a M. Pokrovski (en su casa, por primera vez, encontré a L. Kamenev), al doctor Kanel, y de la misma manera volví a encontrar a Silvino, (Brodiaga), que no lo había visto desde mi evasión de la prisión de Kiev. Ellos y varios camaradas más (Lounts, I. Stepanov, etc.) formaban parte del grupo de conferenciantes y de periodistas del Comité de Moscú. Muchos de los manifiestos que fueron entonces publicados salían de su pluma. El Comité de Moscú, no teniendo órgano legal, publicaba manifiestos sobre todas las cuestiones políticas y económicas importantes de la época.

A principios de 1907, de acuerdo con el Comité de Moscú o por su mandato el camarada Chklovski, con el concurso de los miembros de conferenciantes y periodistas agregados a dicho Comité, Pokrovski y otros, hizo aparecer un semanario. *La Istina* (La Verdad), que fue suprimido después del cuatro números.

Un semanario que, bajo otro título, intentó aparecer después de la desaparición de *La Istina*, fue prohibido enseguida, y su redactor, deportado. Si mi memoria es fiel, no hubo mas tentativas para publicar una revista legal.

Tenía un trabajo enorme y, sin embargo, las condiciones exteriores no me eran favorables. Había llegado a Moscú sin pasaporte, y durante más de siete meses no pude procurarme un documento de identidad suficiente para poderme inscribir. Mis amigos me alquilaban las habitaciones, que yo debía cambiar todos los meses con el fin de poder alojarme sin estar inscrito en el Registro de Policía. Pero se dieron cuenta enseguida, no obstante mis precauciones de no alquilar más que en los grandes inmuebles o en las casas que no tuviesen portero. Esto me obligaba a tener que acostarme afuera, al azar, tres o cuatro veces por semana. Tenía que malgastar mucho tiempo y energía para buscar un rincón en donde dormir. En algunos sitios estaba obligado a ir a las ocho o nueve de la noche y a no poder salir hasta el día siguiente por la mañana. Excuso decir que no era muy cómodo, en estas condiciones, llevar consigo libros y documentos, perdiendo con ello mucho tiempo.

Había organizado un pequeño grupo, compuesto de jóvenes estudiantes y estudiantas de la Universidad, de la Escuela de Ingenieros de Caminos y de la Escuela Técnica. Bien entendido que trabajaban sin recibir la menor retribución; me procuraban alojamientos para la organización de las residencias secretas, el transporte y la difusión de la literatura, y a veces para pasar la noche. Con ellos hubiera podido irse al fin del mundo. Me acuerdo del nombre de algunos: Kitchin, Cherchakov (estudiantes de la Escuela de Caminos y Puentes), V. Philipov (fue detenido, pero estuvo poco tiempo en la prisión), Pourychev (detenido y condenado a dos años de prisión), Lissitsyne, Maléiev, P. Philipov y Korolev (éstos fueron detenidos después de haber sido descubierta la imprenta y juzgados al mismo tiempo que los que estaban encargados en este asunto).

Además de la imprenta y de la organización de recepción y de difusión de la literatura revolucionaria que acabo de describir, tenía bajo mi dirección una oficina de pasaportes que administraba A. Karnéiv (llamado Pakhomov). Esta oficina no funcionaba mal. Estaba en contacto con las organizaciones de Petérsburgo y de Rostov –sobre el Don–, con las cuales cambiaban copias de documentos de identidad. No obstante el buen funcionamiento de nuestra oficina, tuve bastante dificultad para proveerme de un pasaporte conveniente. La cuestión era que, por mi cara, necesitaba un pasaporte armenio o georgiano, y en Moscú no era fácil encontrarlo. En cuanto a habitar con un pasaporte falso, no se podía soñar, ya que la Policía contrastaba los documentos de identidad de las personas recién llegadas a Moscú.

A mediados de noviembre de 1906 ocurrió que el camarada Sandro o el camarada Stouroua, no recuerdo con exactitud, por enfermedad o por razones, no podía continuar trabajando en el servicio técnico. Le busqué un sustituto en Moscú, pero no pude encontrar uno a propósito, por lo que, a petición del Comité de Moscú, me dirigí a Petérsburgo a buscar un buen compositor tipógrafo. Allí fui a dar, no sé si en la permanencia secreta del Comité de Petérsburgo o en la del Centro bolchevique, en casa del

dentista Dora Dvoiress. Desde allí me dirigí en busca de Zagorodni, en el refectorio del Instituto de Tecnología. Allí encontré a Nadejda Kroupskaia y muchos camaradas más del partido. Me presentaron al camarada que dirigía todo el trabajo técnico del Centro bolchevique (y quizá el del Comité de Petersburgo); desgraciadamente, ya no recuerdo el seudónimo de este camarada. Este último me informó que había un camarada seguro, excelente obrero tipógrafo, pero que tenía gran necesidad de él.

Conseguí, con bastante dificultad, que me diesen ese tipógrafo, y como temía que por una decisión del Comité de Petersburgo o de algún otro organismo del partido me lo retirasen, desde el día siguiente, cuando este camarada me confirmó que él era, efectivamente, un tipógrafo muy enterado de su oficio, lo envié a Moscú a casa de unos conocidos (no quise enviarlo a una de las residencias o en la del Comité de Moscú por miedo de que lo detuviesen por casualidad). En cuanto a mí, estuve todavía un día en Petersburgo. Cuando regresé a Moscú me enteré que el tipógrafo de Petersburgo había insistido en que lo llevasen a mi alojamiento (pretendía que yo me había puesto de acuerdo con él para encontrarnos en mi casa).

Como yo no tenía paradero fijo, lo enviaron al domicilio donde yo iba con frecuencia a pasar la noche. Excuso decir que esto me disgustó; pero me tranquilicé: ¡no había sido recomendado como hombre seguro por un militante encargado de un trabajo de confianza! Cuando lo llevé a la imprenta, me apercibí que tenía que entendérmelas con un mal tipógrafo; es más: así que hubo empezado a trabajar, impuso tales condiciones que el Comité de Moscú no estaba en situación de soportar por falta de recursos. Finalmente, respecto del “patrón” de la imprenta, iba a menudo al domicilio de mis conocidos con objeto de verme.

Comprendí entonces que los camaradas de Petersburgo me habían endosado este sujeto para desembarazarse de él. Pero ya no tenía remedio; desde que había entrado en el servicio técnico, ya no se le podía alejar.

Me detuve largamente en esta desdichada elección, porque

desde el momento en que la Policía entró en la imprenta (ese día nadie trabajaba), este camarada desapareció y no dio más señales de vida; ni en la prisión ni fuera de ella, ni del examen de los autos judiciales relativos a esta imprenta, se ve que fuera molestado.

La marcha del camarada Sandro, a fines de 1906, fue precedida por la del dependiente Voulpé. Lo habíamos sustituido por un buen camarada, muy activo, de la organización de Moscú, Novikov; creo que fue detenido en la imprenta. Una vez, a mediados de abril de 1907, el camarada Archaka vino a verme en compañía de un camarada georgiano (que después me enteré era el camarada Gabeliv) y me propuso designar a este último para ocupar su puesto. Después de habernos informado minuciosamente Marx, secretario del Comité de Moscú, y yo, aceptamos a Archaka, tanto más que no había la menor dificultad para “vender” el almacén a otro “propietario”.

Enero y febrero fueron consagrados a la preparación del Congreso de Londres. En los sectores y células, las discusiones se entablaron sobre las cuestiones que figuran en el orden del día del Congreso conforme a la decisión del Comité central o del Comité de Moscú, ponentes; delegados por los bolcheviques y mencheviques, debían asistir a las reuniones del partido para comentar las principales resoluciones de los bolcheviques y mencheviques. Después de una buena preparación (en el punto de vista clandestino), reuní también a los militantes del servicio técnico del Comité de Moscú. En esta reunión los mencheviques delegaron, como ponente, a Yéjorov-Lyssi, que yo había conocido en 1903 ó 1904 como viejo bolchevique. Quedé estupefacto. Todas estas asambleas eligieron representantes para la Conferencia de Moscú, que a su vez designó sus delegados de Moscú en el Congreso de Londres. Si no me engaño, los delegados designados fueron Pobrovski, Kamenev, Victor, Innokenti y Noquin: todos bolcheviques.

En abril de 1907, el Comité del partido y toda la organización de Moscú se pusieron a preparar el primero de mayo. El Comité

del partido lanzó la orden de huelga general. Un manifiesto publicado para explicar el sentido o significado del primero de mayo y un pequeño cartel rojo llamando a los obreros para que abandonasen el trabajo, fue colocado.

A fines de marzo, por fin conseguí hacerme con un pasaporte armenio de un estudiante de la Universidad de Petersburgo. Por lo cual, mis amigos V. Volguein, Britchkina, Galperin (de los tres, dos habitaban legalmente en la calle 3a. Tverskaia-Iamskaia) cambiaron de domicilio a fin de que yo pudiese asociarme a su comunidad. Se mudaron al inmenso inmueble Kainkin, situado en la calle Vladimiro-Dolgoroukovski; desde mi regreso a San Petersburgo alquilé en casa de ellos un cuarto. Viví en “condiciones humanas” casi todo un mes, durante el cual no tuve que preocuparme, como cada día, en buscar un rincón para pasar la noche.

La tarde del 27 de abril me encontraba, como de costumbre, en mi residencia. Todo estaba normal, salvo que el jefe de difusión de literatura revolucionaria, el camarada Korolev, venía con retraso sin razón conocida. Lo esperé. Como no venía, envié a alguien a que telefonease a sus padres para saber si estaba en casa de ellos; pero allí tampoco le habían visto. Esto me parecía inquietante. Visiblemente, alguna cosa había sucedido. Pero ¿qué? Sabíamos que antes del primero de mayo detenían los gendarmes a capucho; pero me pareció que esto era todavía un poco pronto (estábamos en 27 de abril). Me fui directamente a mi casa, convencido de que le había sucedido cualquier cosa a Korolev.

En mi cuarto yo no tenía nada que me comprometiese. No obstante, antes de acostarme advertí a los camaradas de alojamiento que no abriesen la puerta sin despertarme antes. A media noche oigo llamar con grandes golpes a la puerta de la cocina. Me levanté, destruí los signos convencionales indicando la dirección de los camaradas, y fui a abrir la puerta. A mi pregunta: “¿Quién está ahí?”, una voz respondió: “El telegrafista”. Adiviné enseguida que teníamos la visita de huéspedes que no juegan.

Apenas hube abierto la puerta cuando vi meterse a un comisario, policías de paisano, agentes seguidos del muchacho del patio de la casa. Además, la habitación se llenó de gente. Me preguntaron dónde habitaba V. Volguin y Tselikovo. Yo enseñé su habitación y volví a acostarme. Pero quedé vigilante. Finalmente, llamaron a mi puerta y toda la comitiva penetró en mi habitación. Me hice cargo enseguida que sobre mi mesa se encontraba un folleto titulado: *Proceso verbal de la Conferencia de las organizaciones y de las organizaciones de combate del partido obrero socialdemócrata de Rusia*. Me quedé turulado, excuso decir que yo no tenía ese libro en mi casa. ¿De dónde venía?

Por último, un agente, vestido de paisano, dirigiéndose a un guardia, le dijo: “Recoja este folleto”. Habiéndolo examinado, éste respondió: “Usted ya ve que está en venta en todos los quioscos y lleva el nombre del impresor”. La comitiva se alejó. Cogí entonces este folleto y lo coloqué con los otros libros. Al cabo de algunos minutos los policías regresaron. El agente recogió el folleto, queriendo, sin duda alguna, enseñarlo al comisario; pero el otro lo contuvo y le dijo; con aire de disgusto, que recogía aquello que no servía para nadie.

Como el policía no cedía, fueron a ver al comisario para zanjar la cuestión. Pero éste dio la razón al guardia. Hacia la mañana, fui llamado por el comisario. Me hizo declarar mi identidad, me preguntó qué es lo que yo hacía en la ciudad y si hacía mucho tiempo que vivía en Moscú. Visiblemente, mis respuestas le satisficieron, ya que él se excusó de haberme molestado. Regresé a mi habitación y esperé el final. Habiendo terminado el registro, los policías se fueron, llevando con ellos dos camaradas que vivían legalmente y dejando a tres que vivían ilegalmente. Ante este resultado hubimos de estallar en risa. ¿Cómo era aquello, que habían detenido a dos camaradas que, prácticamente, no militaban en el partido? Volguin era socialdemócrata, pero en esta época no militaba en la organización; en cuanto a Tsélikova, no era ni miembro del partido. Esta detención era un enigma para nosotros.

A la mañana siguiente recibí la visita de Archaka, el cual, aunque conocía mi dirección, nunca venía a mi casa. Me admiré de verlo, sobre todo después del registro. Me enteré por él que la imprenta estaba ocupada por la Policía. Convinimos a volvernos en ver durante el día, y yo salí a darme cuenta de la importancia de las detenciones. Encontré que fue en el momento en que se traían los últimos manifiestos del primero de mayo, para repartirlos entre los sectores, cuando la Policía había hecho irrupción en una de nuestras permanencias. Solamente algunos sectores habían conseguido llevarse su literatura. Sobre los representantes presentes en el momento del registro, lo mismo que en su domicilio, se habían descubierto direcciones. Las detenciones eran numerosas, pero las organizaciones esenciales –las células, los Comités de sector y el Comité de Moscú– estaban intactas.

El 28 de abril por la mañana, el antiguo propietario del almacén, Archaka, se dirigió a su tienda para continuar en la transmisión de sus funciones al nuevo gerente de la imprenta. Al llegar a la puerta le sorprendió verla cerrada. Habiendo mirado por la ventana al interior, había visto a la Policía. Su primer cuidado había sido correr a prevenir a los camaradas que trabajaban en la imprenta (me acuerdo que la imprenta no trabajaba ese día; la impresión de los manifiestos del primero de mayo se había terminado, y los camaradas habían recibido permiso hasta el día 2). Archaka había tenido suerte. Se aproximó al almacén donde todos los porteros, los agentes y vecinos le conocían, y había podido alejarse sin que fuese visto. Después se había dirigido a mi casa, terminado ya el registro que habíamos tenido. Y allí todavía no había caído en una trampa.

Que yo recuerde, sólo el dependiente fue detenido en la imprenta (probablemente, ésta estaba ya vigilada). En cuanto al patrón, había sido detenido en el momento de salir del almacén. Lo que me intrigaba era el saber cómo la imprenta había podido ser descubierta; todo se había llevado tan secretamente, que sin el concurso de un confidente de la Policía jamás hubiese podido descubrirse. El resultado del registro que había tenido lugar en

mi casa me pareció extraño. Como dedujimos en consecuencia, la Policía se había presentado primeramente para registrar en la 3. Tversakaia–Iamskaia, donde habitábamos antes de mudarnos para el inmueble Kalinnkin.

A este alojamiento venía el sujeto de Petersburgo. En la portería, la Policía se había enterado de la nueva dirección de Volguin (el piso estaba alquilado a su nombre); de ahí el por qué tan pronto llegó a nuestra casa la Policía: había preguntado por Volguin y Tsélikova (sólo ellos figuraban en el registro de la casa como habiéndose mudado de la anteriormente mencionada). Galperin, aunque se hiciese reservar una habitación, no estaba inscrito. Había salido de viaje para legalizarla. Otros dos camaradas y yo habíamos cambiado de pasaporte. Dedujimos que la Policía ignoraba a quien buscaba, que únicamente sabía que este alojamiento tenía algo que ver con la imprenta. Estaba convencido de que el sujeto de Petersburgo había denunciado la imprenta. Esto fue lo que yo escribí a los camaradas de allá, pero no pudimos determinarlo de una manera segura.

Hoy mismo, en posesión del sumario relativo al asunto de la imprenta, tampoco puedo decir de qué manera había sido descubierta, sobre una diligencia del sumario se lee este pasaje: “gracias a los esfuerzos combinados de nuestro servicio de información y vigilancia, la imprenta ha sido descubierta”. Es cierto que en noviembre de 1906 Galperin había llevado a su casa al provocador Jitomirsiki, que conocía muy bien a todos los que habitaban en el alojamiento. Si fue Jitomirski quien nos denunció, hubiera podido dar, como lo hizo después (ya lo veremos más adelante) una descripción precisa de cada uno de nosotros. La Policía entonces no nos hubiera buscado por nuestro nombre, sino por nuestras señas. No estando fichados, la Policía no se hubiera dirigido a nuestro antiguo alojamiento hasta el día en que puso la mano sobre la imprenta. La imprenta existió desde septiembre de 1906 hasta abril de 1907; en total, ocho meses. Imprimió 45 manifiestos, periódicos y carteles. Los manifiestos de 3.000 a 45.000 ejemplares; los pequeños carteles rojos, antes de

las elecciones de la primera Duma y antes del primero de mayo de 1907, fueron tirados por centenas de millares de ejemplares. En la lista de los manifiestos y otros impresos (en total 43) que figuraba en el proceso, no figura el pasquín del primero de mayo anteriormente mencionado, impreso en papel rojo (que tuvo una tirada de 350.000 ejemplares; debíamos imprimir 500.000, pero no recuerdo si es que no hubo tiempo en la imprenta o si fue que faltó papel) y un folleto: *¿Cuál es el verdadero defensor de los trabajadores?*

La imprenta inscribía efectivamente en sus libros los títulos, lo mismo que la cantidad de los manifiestos y periódicos impresos; pero sin duda la llegada de la Policía impidió mencionar el cartel de primero de mayo y el folleto. No contando estos dos últimos impresos, los otros 43 se repartían de la manera siguiente: sobre cuestiones políticas y económicas, siete manifiestos fueron tirados, con un total de 174.000 ejemplares; estos manifiestos trataban principalmente de actitudes políticas y de la actitud del partido ante las diversas cuestiones de la vida del país; cuatro manifiestos dirigidos a los campesinos fueron tirados en número de 140.000; el programa agrario de nuestro partido, en número de 20.000; dos manifiestos dirigidos a los soldados, en 10.000; un manifiesto para los ferroviarios, en 10.000; dos números de la revista *La Voz del Ferroviario* y un manifiesto del sindicato de ferroviarios (10.000 ejemplares), fueron tirados en número de 20.000; un manifiesto dirigido a los centros políticos (para socorrer a los presos), se tiraron 6.000; en fin, cuatro extractos del Comité de Moscú para noviembre–diciembre, un proyecto de resolución para el quinto Congreso del partido y un proyecto de manifiesto dirigido a la fracción parlamentaria socialdemócrata, fueron tirados en número de 14.000 ejemplares. En total, cerca de millón y medio de ejemplares de diversos manifiestos salieron de esta imprenta.

Después del golpe de hacha que precedió al primero de mayo, la Policía empezó a desmembrar el Comité de Moscú. El camarada Carpov (miembro del Comité) fue detenido en los pri-

meros días de mayo. En lo sucesivo, la Policía hizo frecuentes apariciones en los locales anexos a la Escuela Politécnica, donde se encontraban las permanencias y las reuniones del Comité de Moscú. Como muchos miembros del partido (Philipovitch, Bogdanov y otros) habitaban allí, la Policía no consiguió hacer buenas redadas; estando prevenidos a tiempo de su llegada, podíamos siempre dispersarnos por las habitaciones. Además, la Policía temía operar en una redada en los locales de la Escuela Politécnica o de establecer una ratonera. En la segunda eventualidad los estudiantes hubieran prevenido a los que llegaban, y en la primera, la Policía tenía demasiado miedo a las bombas. Visiblemente, la Okhrana sabía que las bombas se fabricaban en los talleres de la Escuela. Sin embargo, ninguna detención se realizó en dichos locales; pero decidimos abandonarlos, ya que la Policía estaba constantemente allí.

El Comité de Moscú no podía pasar sin imprenta. La reacción cada vez era más fuerte. Ni una imprenta legal aceptó imprimirnos cualquier cosa que fuese, a no importa qué precio (el Comité de Moscú estaba muy lejos de ser rico). Me ingenié para montar una nueva imprenta. Bien entendido que no se podía soñar en comprar una máquina. El camarada Kitchiné, que trabajaba conmigo, puso una serie de bastidores, sobre la cual el cilindro rodaba sin hacer el menor ruido como sobre rieles. Lo hicimos construir por encargo a un ciudadano llamado Zootolov, que tenía un taller de cerrajero en la calle Karretno–Sadovaia.

Durante el verano de 1907 alquilamos en Sokolniki un pabellón. Varios obreros que trabajaban en el parque de tranvías se instalaron en él (habitaban separadamente y con independencia del local ocupado por la imprenta), de modo que dos camaradas, Victor (cuyo nombre yo ignoraba) y un compositor tipógrafo muy bueno, Raikin (deportado, escapó a América, donde todavía se encuentra). El y su mujer, B. Faiguére hoy miembro del partido comunista ruso y militante de los clubs de Moscú, habían trabajado constantemente en las imprentas clandestinas; por casualidad habían venido de Toula después de haber sido descu-

bierta nuestra imprenta.

Para transportar el papel que comprábamos en la ciudad, como los manifiestos que imprimíamos, alquilamos, no lejos de la imprenta, una vivienda en la cual se instaló el camarada Faiguére. Allí era donde los obreros, al dirigirse al trabajo, llevaban el papel destinado a la imprenta y pasaban a recoger, terminada su jornada, los manifiestos impresos. La imprenta empezó a funcionar. Tuvimos que entrevistamos con la casi totalidad de los miembros del partido que trabajaban en la industria del libro, para procuramos en gran cantidad los caracteres y el material de imprenta necesarios.

Al poco tiempo, después del registro que hubo en mi casa (el 28 de abril de 1907), dejamos la vivienda (enviamos un pariente del camarada Volguin a decir al propietario que liquidaba la vivienda y que se llevaba los muebles). Los tres nos fuimos de “vacaciones” a Lossinoostrovskoié. Tomamos la primera casa de campo que encontramos. El mes de mayo fue muy frío, y nos helábamos en esta casa más que en invierno, Pudimos, sin embargo, pasar el verano. En otoño me procuré una buena copia de un pasaporte, extendida a nombre de Pimen Sanadiradzé.

Gracias a este pasaporte me instalé con dos amigos en una vivienda de la calle Kozikhinski (este documento me sirvió hasta el momento en que fui detenido en 1914, de lo que hablaré más adelante), teniendo buen cuidado de no dar esta dirección, a nadie. No obstante, mi situación era delicada; Halperin había sido detenido a su regreso a Moscú. Por tanto, vivía legalmente. Se llevaron a los porteros del inmueble de la casa Iorassov, donde se había descubierto la imprenta del Comité de Moscú. En el interrogatorio se dijo que yo era quien dirigía todos los servicios técnicos del Comité de Moscú, incluso la imprenta. Desde la prisión escribió que yo debía salir de Moscú sin tardanza.

Un día, en la calle Dolgoroukovskaia, noté que era seguido. Apreté el paso y conseguí saltar a un ómnibus que iba a la Soukharéva. El policía subió a su vez. El cobrador le dio un billete, pero él no lo cogió. De pronto sacó unas fotografías del bolsillo.

Miré: era la foto de Halperin (muy probablemente la Policía no tenía la mía). Salté del ómnibus y me lancé a toda prisa a la calle Likhaova, y el policía salió a mi alcance. Yo conocía Moscú mejor que él y mis piernas eran mejores que las suyas. Así, pude desembarazarme de él.

En el otoño de 1907 detuvieron al camarada Faiguére; en su casa sólo descubrieron papel destinado a la imprenta; nada más. No obstante, era arriesgado dejar la imprenta en el mismo sitio. Decidimos transportarla al barrio de la Zamoskvorietchié. Alquilamos una vivienda situada en el último piso de una casa inmensa, todavía en construcción. Dos camaradas provistos de pasaportes irregulares se instalaron allí. Lopatin y Lidia Aizman, así como el tipógrafo Raikin, éste sin estar inscrito. La camarada Aizman¹⁸ tenía el enlace entre el mundo exterior y yo; en cuanto a los otros dos, trabajaban en la imprenta. Se imprimieron menos manifiestos y en menos cantidad; pero, en revancha, se publicaba regularmente el *Boletín* de la organización militar del Comité de Moscú y, me parece que también, el *Boletín* de la oficina regional del partido.

A fines de 1907 volví a encontrar en la residencia a Marx, secretario del Comité de Moscú, y a Leónidas Bieiski, que acababa de ser puesto en libertad. Este me dijo que en la Seguridad general le habían dicho todos mis sobrenombres, lo mismo que mi verdadera identidad, y que estaba convencido que un día u otro sería detenido en la calle. Leónidas enumeró todos mis sobrenombres y mi nombre. Quedé confuso. En Moscú sólo había dos o tres camaradas que conocían mi verdadero nombre. Yo lo había casi olvidado, ya que después de 1902 nadie me había llamado por mi nombre¹⁹.

¹⁸ Deportada por consecuencia del asunto de la imprenta, consiguió huir a París. Cuando La Fargue y su mujer pusieron fin a sus días, ella se suicidó.

¹⁹ Leónidas fue tachado de sospechoso por haber tenido relaciones con la Okhrana. En 1921 vino al segundo Congreso de la Internacional Comunista como delegado de un grupo comunista americano. La Comisión central de control del partido comunista de la U.R.S.S. lo hizo comparecer ante ella. Re-

Las detenciones continuaron y aumentaron. Se detenía a los militantes activos por montones. La organización de Moscú se resentía cada vez más. La vigilancia policiaca sobre la organización de difusión de la literatura revolucionaria se hizo cada vez más insoportable; varias veces tuve que suprimir residencias descubiertas por la Policía. Pero no impidió que le echasen mano a ciertos colaboradores de mis servidos técnicos.

Una vez, saliendo de una permanencia que estaba en una calle que daba a la Srétenka, caí en medio de varios policías. Por la Srétenka, un tranvía iba a toda velocidad. Salté en marcha. Descendí en la primera parada como si nada hubiese sucedido, sin “cola” detrás de mí.

El secretario del Comité de Moscú, Marx, fue detenido en enero de 1908. A causa de esta detención, tuve que tomar una gran cantidad de precauciones para encontrarme con los camaradas de los servidos técnicos. Me volví tan receloso, que en cada individuo veía un policía. No entraba en mi casa si había alguien parado en la calle o caminando tras de mí. Había llegado a tal punto que una noche, habiendo oído ruido y voces en la escalera, y creyendo que era un registro, salté de la cama y destruí diversos papeles. Como nadie entraba, salí al descansillo; era simplemente una partida de borrachos que esperaban que el portero les abriese la puerta.

El camarada André (Koulich), llegado de Petersburgo, fue nombrado secretario del Comité de Moscú. Le indiqué la necesidad para mí de salir de Moscú, puesto que un día u otro debía esperar que me detuviesen. No participó de mi opinión. Tuve que continuar mi tarea.

Una vez, en febrero, me aproximaba a una casa situada en la Bojédomka, donde se encontraba una permanencia. Se veía que

conoció, en efecto, haber estado en relación con la Okhrana; pero declaró que no había denunciado a nadie; por el contrario, había tratado de informarse todo lo posible a fin de informar a los camaradas. La Comisión central de control no poseía pruebas que demostrasen que hubiese entregado a nadie. Se limitaron a expulsarlo de Rusia.

el inmueble estaba alquilado. Entré e hice salir a todos los que estaban allí. También estaba el camarada Zépahir (Mois-seiev), que venía a verme por el Comité central del partido. Sin tiempo para hablar con él, le di otra dirección donde podía encontrarme la misma noche. Cuando salimos, los policías se dispusieron a nuestra persecución. Hube de ocuparme en desembarazarme de ellos hasta una hora avanzada de la noche. Tuve que tomar varios coches, cosa que yo no hacía nunca, ya que no me fiaba de los cocheros.

Por causa de los policías no pude ir a la vivienda donde me esperaba Zefir más tarde me informó André que Zefir me invitaba en nombre del Comité central a partir inmediatamente para el extranjero, y a ponerme a la disposición de la oficina exterior del Comité central (en el Congreso de Londres, los bolcheviques, con el partido socialdemócrata polaco y lituano y una parte de los delegados de la socialdemocracia letona, fueron los dueños; la mayoría del Comité central estaba formada por los bolcheviques y sus aliados revolucionarios: el partido socialdemócrata polaco y lituano y la socialdemocracia letona). El Comité de Moscú no me retuvo más. Suspendí mis funciones durante el mes de marzo de 1908, y me dirigí a Penza para desembarazarme de los policías y de mi obsesión, así como para descansar. Estuve tres semanas. Aunque yo no hubiese visto por allí a nadie perteneciente a la organización, empecé, no obstante, a sentirme vigilado.

De allí fui a Rostov. Al principio me instalé bastante bien, y pude descansar. Me puse en relación con la Oficina del Comité central en el extranjero y con los camaradas locales. Un poco antes del primero de mayo, la casa en donde yo habitaba empezaba a ser vigilada. Me mudé a otra casa; pero allí no escapé tampoco a la vigilancia de la Policía. Viendo esto, cesé de inscribirme en la Policía y empecé a pasar las noches al azar. Cómo no tenía relaciones en la frontera para pasar al extranjero clandestinamente, y yo no poseía pasaporte para salir legalmente, mi viaje fue con retardo. Había resuelto marchar utilizando mis anti-

guas relaciones; pero anteriormente escribí a mis padres, que me propusieron ir a verlos, prometiéndome encontrar un pasaporte que me permitiera irme legalmente al extranjero. Salí de Rostov con toda clase de precauciones. Pero en Taganrog corrí el riesgo de ser cogido. Tuve suerte y salí.

VI

Detención estúpida 1908

En 1908, me encontré en mi ciudad natal. La reacción de 1908, que había puesto la garra sobre todo aquello que había de viviente en el movimiento revolucionario de las grandes ciudades, reinaba allí dueña y señora. La ciudad estaba llena de guardias móviles que acababan su expedición punible en las campañas lituanas. No pasaba día sin que los guardias móviles trajesen a la ciudad campesinos del distrito de Vilkomir. En la ciudad todo estaba muerto. Aun la organización del Bund, que se había mantenido en el período de reacción más violenta anterior a 1905, también había desaparecido.

Los camaradas que todavía pertenecían a una misma organización evitaban el encontrarse. Desde que me vi allí me di cuenta de la falta que había cometido viniendo a este agujero, donde una gran cantidad de gente del pueblo me conocía en 1906. Sentí haber hecho caso a mis padres, que me habían prometido procurarme un pasaporte para el extranjero, olvidándose decirme lo que pasaba en la ciudad. Era demasiado tarde para reparar mi error. En cuanto a mis padres, recorrían la ciudad buscándome el pasaporte que yo necesitaba para salir.

Diez días después de mi llegada, de madrugada, oí llamar violentamente a la puerta. A la pregunta: “¿Quién está ahí?”, una voz

desconocida respondió que se trataba de un telegrama urgente a nombre de mi cuñado. Dije que lo trajesen por la mañana; pero desde fuera empezaron a forzar la puerta de la habitación donde yo dormía (tenía una salida a la calle). Comprendí enseguida, de qué “telegrama urgente” se trataba. Abrí la puerta, por la que entraron los dos gendarmes que había en la ciudad, los guardias móviles, el comisario de Policía y sus ayudantes. Se echaron sobre mí diciéndome: “¿Tu eres un tal... ?” (dijeron mi verdadero nombre). Les dije que me llamaba Pokémounski (nombre con el cual había vivido en Odessa).

Anteriormente, desde que me di cuenta de la situación, pensé como debía llamarme si llegaba a ser detenido. Me parecía imposible dar mi verdadero nombre, ya que la Okhrana de Moscú lo conocía, lo mismo que mi trabajo, y desde entonces yo debía esperar ser juzgado en Moscú y seguramente condenado a la deportación o trabajos forzados.

Por eso resolví dar el nombre con el cual yo había sido encarcelado en Odessa, pensando, con razón, que la Dirección de la Gendarmería no se había dirigido a mí en 1906 y a la sociedad que en 1905 (por cien rublos) me había dado un pasaporte que, dicho sea de paso, me había proporcionado un gran servicio en Odessa. Los gendarmes me pidieron el pasaporte; excuso decir que yo no lo tenía. En mi casa todo el mundo, excepto mi madre, sabía el nombre que yo debía dar. Pero, en el preciso momento del registro que fue atrozmente largo, mi madre entró. Quedé parado. Pensé enseguida qué por inadvertencia ella iba a llamarme. Pero no hizo nada. Ella estuvo allí silenciosa, viendo el registro y cómo me llevaban.

Por la mañana empezaron las atribulaciones. El comisario me interrogó; después me llevaron ante el jefe de Policía del distrito; al día siguiente, de mañana, el oficial de Gendarmería Sviatchkin llegó de Kovno, trayendo mi fotografía, tomada en la prisión de Kiev en 1902. Se me condujo solemnemente al despacho del jefe de Policía, donde estaban el comisario, el oficial de Gendarmería y otro personaje. El gendarme Sviatchkin me dijo

que se sabía todo, que se me espiaba desde hacia tiempo, pero que esta vez ya me tenían. Y para impresionarme más sacó mi fotografía. Habiéndola visto, me dirigí inmediatamente a él y le pregunté si no se daba cuenta que no era la mía, porque, agregué, yo quisiera saber si la cabeza de un hombre se achica a medida que envejece. (En 1908 yo gastaba una gran barba que me daba un aspecto sólido que no correspondía a mi edad, mientras que en la foto, hecha en la prisión de Kiev, tenía el aspecto de un chiquillo con una cabeza enorme). Los policías quedaron confusos. El mismo día dos gendarmes me llevaron a Kovno y empezaron a remover la ciudad. El oficial de Gendarmería hizo venir a mis padres y a varios habitantes y los interrogó. Otro gendarme dio un salto de algunos centenares de kilómetros para interrogar a mi hermana y enseñarle mi foto. No obstante, los gendarmes no consiguieron obtener confirmación de sus acusaciones. Los gendarmes de Kovno vinieron al hotel, donde interrogaron a todos los que convocaban. Los mozos del hotel se mostraron astutos; escuchaban la conversación de los gendarmes, y así sabían a quién iban a interrogar. Comunicaban todo lo que oían a mis padres, y éstos hacían lo necesario para que las personas convocadas no me molestasen. Mis padres también previnieron a mi hermana para que ella no me reconociese en la foto. Los muchachos del hotel se enteraron en qué condiciones yo había sido denunciado. El delator, un curtidor, era un antiguo militante bundista: Verel Gruntvagen. El día de mi detención lo había encontrado en la calle; todo eso lo supe después.

Los detenidos de la celda en que yo fui encerrado en la prisión de Kovno me recibieron con hostilidad. Cuando quise conocer las razones de esta actitud me declararon en términos muy vivos que yo estaba allí para provocarlos. Cuando los más serios de los detenidos vieron que yo estaba sinceramente sorprendido de su nerviosidad y hostilidad, me dijeron, mostrándome las provisiones que yo llevaba, que ellos habían declarado la huelga de hambre para protestar contra el riguroso régimen de la prisión, y que esto era una provocación por parte de la prisión al ponerme

con ellos.

Que el régimen de la prisión era riguroso me di cuenta enseguida; al llegar tuve que desnudarme completamente, y los guardias me registraron minuciosamente. Desde que conocí las razones del “caluroso” recibimiento que me habían hecho los habitantes de la celda, arrojé todas mis provisiones y me agregué a la huelga. Todos los presos de nuestro corredor se unieron a su vez, y después todos los detenidos políticos. Nos quitaron las camas, los jergones y todos nuestros objetos (como en el calabozo); tuvimos que acostarnos sobre el suelo, no solamente la noche, sino el día ya que muchos de nosotros, y yo entre ellos, al cabo del tercer día estábamos postrados.

La huelga del hambre duró sin efecto y el régimen de Kourlov fue aplicado, y esto por la simple razón de los elementos poco seguros, especialmente campesinos, que no estaban acostumbrados a tener hambre por su propia voluntad, y fueron encerrados con los detenidos políticos. La prisión de la actual capital de la “República popular democrática” lituana encerraba entonces muchos intelectuales llenos de sentimientos nacionalistas, y muchos campesinos detenidos por tomar parte en levantamientos agrarios contra los propietarios rurales polacos; entre otros estaba el presidente secreto de la “República lituana” de entonces y su hijo. Todo el Gobierno de Kovno estaba invadido por los guardias móviles.

Los comisarios de Policía rural se habían convertido en jueces de instrucción en materia política. Con todo, los métodos de instrucción eran lo mismo de simples y de uniformes: llevaban a uno o varios campesinos de una aldea y les daban de palos hasta que éstos habían declarado todo lo que se quería. Desde que los campesinos así “interrogados” habían designado sus cómplices, éstos eran inmediatamente detenidos, y se hacía un proceso monstruo. Todas las prisiones del distrito y del Gobierno, todos los locales de encarcelación de las oficinas de Policía estaban llenos de campesinos. El sostén de una turba de guardias móviles “reportaba” bastante. El trabajo no les faltaba. Además de

una muchedumbre de campesinos, la prisión, encerraba muchos obreros lituanos, polacos, judíos y rusos. La mayor parte estaba allí por casualidad y por denuncia de enemigos personales. También había camaradas lituanos, denunciados por los provocadores que se encontraban en sus organizaciones. Desgraciadamente no recuerdo sus nombres. Después de mi salida de la prisión de Kovno no los volví a ver.

A poco de mi llegada fui llamado para el interrogatorio. Los gendarmes que habían llamado declararon reconocerme perfectamente. ¡Hacían frecuentes investigaciones en casa de mi hermano, y es allí, según parece, donde me habían visto! El absurdo y la mentira de sus declaraciones eran evidentes, ya que yo no había estado en casa de mi hermano desde 1899. El mismo Viatzhkin, que había llegado después de mi detención trayendo mi fotografía, quiso asustarme amenazándome con enviarme a las secciones de prisioneros como vagabundo, de confrontarme con mi hermano, etc.; a decir verdad, yo no me encontraba contento, puesto que ignoraba cómo reaccionaría mi hermano al verme. No obstante, el interrogatorio se terminó sin resultado; yo esperaba en cada momento una confrontación, que en definitiva no tuvo lugar, pues los gendarmes habían manifiestamente perdido la esperanza de demostrar que era yo el que buscaban.

Me dejaron tranquilo durante dos meses. Pero estuve constantemente en la incertidumbre de mi suerte. En el fondo yo me inquietaba poco; me era indiferente ser relegado bajo mi nombre verdadero o de ser enviado enseguida a las secciones de presos con los vagabundos. Pero otra idea me torturaba: si se llegaba a demostrar quién era yo, mis padres, que habían afirmado que yo me llamaba Pokémounski, serían detenidos y probablemente enviados a Siberia sin otra forma de proceso.

Finalmente, se me llamó de nuevo al interrogatorio. Cuando me vi en medio de qué aparato debía tener lugar el interrogatorio, comprendí que los gendarmes fraguaban alguna cosa contra mí, y me puse en guardia. Al llegar observé que había testigos judiciales detrás de la puerta. Después de haberme preguntado

varias cuestiones, Sviatchkin me preguntó en qué ciudades de Rusia había estado. Como yo no respondiese, él se puso a enumerarlas. Al final nombró a Kherson. Le respondí categóricamente no haber estado allí nunca.

El gendarme saltó de gozo, ya que en la oficina de reclutamiento de Vilkomir se había encontrado la antigua hoja de matrícula de Pokémounski. Sin reflexionar mucho le respondí que, siendo hijo único, yo estaba exceptuado del servicio militar, y es más, que no había pasado del Consejo de revisión. Esta hoja matrícula no era seguramente la mía, esperando que sin hoja no se habrían aceptado los documentos que demostraban que no me beneficiaba de la excepción; y como en ese momento yo no estaba en Vilkomir, era la tarjeta de otro la que habían metido allí. El gendarme me dijo que me daba un plazo de tres días para hacer conocer mi verdadera identidad; pasado ese plazo, sería enviado ante los tribunales como vagabundo. Al cabo de una semana se me hizo partir por etapas, sin decirme a dónde iba. Era a Vilkomir a donde me expedían de nuevo. Iba a pie desde Ianov; paisanos que me vieron avisaron a padres.

En las cercanías de la ciudad me esperaban conocidos. Tan pronto entré en el cuerpo de guardia de la Dirección de la Gendarmería, mi cuñado vino a verme y me entregó un paquete de cartas de Moscú, de Rostov y del extranjero. (Aquellos tontos de gendarmes corrían por todos lados para buscar la prueba de que yo no me llamaba Pokémounski, pero ellos olvidaron totalmente en ver las cartas a nombre de mi cuñado. Entre ellas las había cifradas, y esto era bastante para inculparme de nuevo). Él me informó que todas las pesquisas de los gendarmes habían sido vanas, y tan pronto como él supiese la razón por la cual se me había llevado allí, me lo comunicaría. (Mi cuñado había conseguido verme por un rublo.) Me sentí algo más confortado. Por la noche recibí un pequeño recado en el cual me informaban que iban a confrontarme con los padres de Pokémounski, pero que se haría todo lo necesario para que ellos declarasen que me reconocían.

A la mañana siguiente, yo y un obrero fuimos conducidos por la ciudad en dirección de Dvinsk. En el camino vi por mis propios ojos las cámaras donde se sometían a los campesinos y a los criminales a la tortura para obligarlos a reconocer que se habían sublevado, que habían tomado parte en ligas, en robos, etc., ¡cuándo eran inocentes! En una de esas cámaras de tortura nos detuvimos, y los mismos que acababan de sufrir los horrores del “interrogatorio” nos hicieron el relato de los métodos de instrucción judiciales en vigor. Por un momento creí que se me había llevado allí para obligarme a declarar mi identidad. Después de haberme llevado a casa del comisario de Policía y de su adjunto, nos condujeron más allá, cosa que estaba lejos de desagradarme. Mi compañero de camino y yo ignorábamos todavía que iríamos a dar con un oficial de Policía que era el terror de la región.

Estuvimos en camino tres días y dos noches. En la noche del tercer día, un sábado, llegamos a la desagradable aldea de Outsani, por donde pasa el ferrocarril de vía estrecha Poneveje-Sventsiani. El comisario de Policía tenía su despacho en un patio; un poco más lejos, separado, se percibía una pequeña casucha que había servido en otro tiempo de sala de baños, y que la habían transformado en “prisión”. Esta última estaba vacía.

Nos metieron a los dos en una celda estrecha, oscura, que no tenía más abertura que un tragaluz. El domingo hubo juerga en casa del comisario, ecos de voces embriagadas, de cantos y de danzas; llegaban hasta nosotros. El mismo día, el guardia que trajo nuestra comida nos puso al corriente de todos los delitos cometidos por el comisario y su adjunto. Los detenidos eran fustigados y torturados en la primera sala que habíamos atravesado para llegar a nuestra celda. El guardia nos enseñó sobre un banco huellas de sangre que provenían de detenidos fustigados, y agregó que por más que hubiesen denunciado al comisario y alguno hiciese abrir una encuesta, las torturas continuaban como antes.

El domingo por la noche nos estremecimos. La celda estaba oscura; en el patio, voces de hombres embriagados parecían

acercarse a nuestra casucha. Toda la noche esperábamos una agresión; pero, no sé por qué, no nos tocaron. El lunes al anochecer llamaron a mi compañero. Apenas había cerrado la puerta de nuestra celda se oyeron gritos desgarradores. El desgraciado había sido molido a palos porque la dirección de la prisión de Kovno le había dado un falso itinerario: en lugar de expedirlo por el ferrocarril a Dvinsk, vía Vilna, lo habían enviado a Vilicomir. El “sutil” comisario había deducido en seguida que mi involuntario compañero había él mismo escogido esta ruta para escaparse. Le pegaron hasta que cayó sin sentido. Cuando lo trajeron a la celda me llamaron. Resolví defenderme. Subí el cuello y estuve mirando en la oscuridad de dónde podía venir la agresión. Pero sin incidente me condujeron a una sala alumbrada.

Allí estaba el comisario de Policía, y a lo largo del muro cinco viejos, entre ellos algunos lituanos. El comisario me ordenó callar y se puso a interrogar a los viejos; éstos declararon que yo era efectivamente el hijo de Polcémounski, que había emigrado a América mientras que yo había quedado en Rusia; que ellos me conocían bien, y que yo me parecía mucho a mi padre. No volví a ver a estos bravos hombres. Por otra parte yo estaba tan seguro que se me llamaba para torturarme, que en el primer momento, cuando estuve delante del comisario, no comprendí nada de lo que pasaba. A la mañana siguiente, el comisario me dijo que yo había tenido la suerte de ser conocido, que si no, no habría salido vivo de sus manos. Mientras me llevaban, un desconocido se acercó a mí y me dio cinco rublos; entonces comprendí que algunos de mis amigos habían hecho lo necesario para que yo fuese reconocido.

Después de que los testigos hubieron declarado que yo era Pokémounski, los gendarmes me abandonaron; pero en revancha caí en manos del comisario. Me acusó de haber enviado al Consejo de revisión una tercera persona, delito castigado por la ley (La acusación pretendía que Pokémounski había respondido en efecto al llamamiento, ¡pero yo, no!). Me llevaron a la oficina de reclutamiento. Esta decidió enviarme al Tribunal, que me puso

en libertad bajo fianza de cien rublos. Así terminó este encarcelamiento estúpido. Fue el más corto de mi vida revolucionaria. Pero también el que me costó más caro de nervios y de dinero. Físicamente estaba agotado. Después de mi liberación me dirigí a Kovno. Cogí un pasaporte para ir a Odessa a ver al camarada Orloski (V. Voroski), a quien me había enviado la oficina del Comité central en el extranjero. Me entendí con él respecto a la recepción y difusión de la literatura. A este efecto le presenté a mi antiguo coacusado, el camarada Levit.

En noviembre de 1908 dejé Odessa para dirigirme, por Kamenets-Podolks, a Lemberg, donde me enviaba el Comité central.

VII

De nuevo al extranjero 1908 – 1912

Tenía orden de hacerme cargo de la organización del transporte de la literatura que funcionaba en Lemberg; los camaradas de allí se proponían abastecer el Sur de Rusia de literatura socialdemócrata publicada en el extranjero. Me fue bastante difícil encontrar los camaradas de Lemberg, ya que la dirección de la residencia que me había enviado Nadejda Konstantinovna durante mi detención en la prisión de Kovno había sido descifrada inexactamente (calle Sénatortché en lugar de Lenartovitché). Estudiando la cuestión del transporte, vía Lemberg, de nuestra literatura, encontré que el *poud* no saldría demasiado caro, y que esta vía necesitaría en Rusia una organización demasiado vasta y complicada. Además, no había la menor garantía de que la literatura llegara rápidamente a Rusia. Habiendo comunicado mi opinión a Ginebra, la oficina del Comité central del extranjero, fui llamado. En camino, me detuve en Krakovia, en casa de camaradas polacos.

Si mi memoria no se engaña, fue allí donde vi a Kanetski, al cual comuniqué el encargo que me habían dado para los camaradas polacos. En Krakovia encontré a Gourski, que no había vuelto a ver desde nuestra evasión de la prisión de Kiev. A Viena llegué por la mañana. Como mi tren no salía para Suiza has-

ta la tarde, fui a casa de Leva (Vladimirov), que había establecido sus cuarteles en Viena; por él supe cuáles eran nuestros conocidos comunes que se encontraban en el extranjero y lo que ocurría en nuestros centros. Me enteré que entre los bolcheviques empezaban a manifestarse divergencias en cuanto a la participación de los socialdemócratas en la tercera Duma.

Antes de las elecciones de la tercera Duma los bolcheviques no estaban de acuerdo en esta cuestión. Recordaba que en 1907, antes de la segunda Conferencia panrusa del partido, una colección de artículos había sido publicada por y contra la participación de los socialdemócratas en las elecciones. Lenin estaba por la participación; Vogdanov en contra. Cuando el partido hubo tomado la decisión, los bolcheviques participaron con el mismo entusiasmo en las elecciones. Por lo tanto, yo no comprendía el porque, existiendo en la Duma la fracción socialdemócrata desde hacía largo tiempo, esta cuestión fuese tratada de nuevo.

En el camino de Viena a Ginebra atravesé las montañas del Tirolo. En años sucesivos tuve ocasión de pasar varias veces al pie de estas majestuosas montañas, que me atraían por su belleza grandiosa y su calma apacible. Pero en otoño de 1908, al dirigirme a Ginebra, después del trabajo extenuante y agotador que había tenido que asumir en Moscú y el último encarcelamiento particularmente penoso que había sufrido, los montes del Tirolo hacían brotar en mí una especie de pesadumbre. Me preguntaba si era cierto que la humanidad no podía vivir sin la explotación del hombre por el hombre, sin guerras y sin luchas de clases. Pero este estado de espíritu no me duró largo tiempo. Al llegar a Ginebra olvidé las montañas del Tirolo y me puse al corriente de los acontecimientos del partido durante los últimos seis meses.

En Ginebra encontré a Vladimiro Ilitch, Nadejda Constantinovna, María Ilitchna, Zinoviev (no lo conocí hasta este momento), Inokenki, Víctor Taratouta (éste era entonces secretario de la oficina del Comité central en el extranjero) y Otsovo-Jitomirski. Este habitaba en París, y se le hizo venir solamente para que me transmitiese sus funciones. Fui amigo íntimo de Jitomirski. En

Berlín, cuando tuve que dejar mi habitación por la vigilancia que se ejercía sobre mí durante la preparación del segundo Congreso del partido, fue a su casa a donde me mudé. Me ayudaba en el trabajo de expedición, le dictaba cartas en alemán, y frecuentemente en ruso, porque yo tenía mala letra. En 1905, antes de salir para Rusia, le había confiado, lo mismo que a Gustov, toda nuestra red de enlace para la expedición de nuestra literatura.

Cuando hubo que trasladar de nuevo al extranjero la publicación de los órganos del partido, Jitomirski fue encargado antes de mi llegada de restablecer la antigua organización del transporte. No pudo conseguirlo, ya que él no tenía relaciones personales. Pasados dos años, ya no se expidió más literatura. Ya no se podía reconstruir la red de enlaces sino por contactos personales con los alemanes, así como con los campesinos rusos. Intentó sin éxito hacer un viaje a la frontera. Por más que declaró que había trabajado conmigo, no le sirvió de nada. En Ginebra, Jitomirski me acogió cordialmente, ayudó a instalarme, y mientras tanto me informó de todo lo que él había hecho para restablecer la organización de transporte.

Cuando le pregunté por qué no residía en Berlín, pues estando más cerca de las fronteras era más fácil trabajar, me contó lo que había pasado en Berlín durante su estancia en Rusia. La Policía berlinesa había hecho una visita a una reunión de socialdemócratas rusos. Uno de éstos había arrojado por tierra la dirección del depósito donde se encontraba nuestra literatura, y un paquete que contenía revólveres y la dirección del hotel donde habitaba el camarada Kamo. En casa de éste la Policía había descubierto una maleta de doble fondo que contenía dinamita²⁰ En

²⁰ En una nota que figura al final de una carta de Axlerod a Martov, de fecha 7 de diciembre de 1907 número 62, lo mismo que en otra nota de una carta de Martov a Axlerod, fechada en 5 de enero de 1908, número 65, los editores de las cartas de Axlerod y Martov escriben que la dinamita había sido preparada para atacar las oficinas de la Banca Mendelsson. Esta información es falsa. Como aclaré más tarde, esta dinamita estaba destinada al Cáucaso. Kamo estuvo detenido largo tiempo en las prisiones prusianas. Para no ser en-

casa de Kamo se había encontrado –según Jitomirski– su tarjeta de visita, por lo cual había tenido que salir de Berlín. Jitomirski me aconsejó no instalarme en Berlín, donde la Policía se había vuelto muy severa; en un hotel, Papacha había sido detenido y expulsado; en cuanto a mí, yo era buscado. Hoy no me cabe la menor duda que todas las detenciones que se ejecutaron en el extranjero entre los bolcheviques fueron obra de Jitomirski; pero en aquella época estaba todavía por encima de toda sospecha.

Algunos días después de mi llegada fui a una conferencia de Aleixinski. No recuerdo el tema, pero sí que habló mucho de la tercera Duma y de la actividad de la fracción parlamentaria socialdemócrata. Según él, la fracción parlamentaria no seguía una línea política proletaria de clases, sino, al contrario, por sus manifestaciones, los miembros de la fracción no hacían más que desacreditar nuestro partido. Sacó en conclusión que se debía presentar un *ultimátum* a la fracción intimándola a hacer la política del partido. Si la fracción no quería conformarse con nuestra indicación, era necesario retirarla de la Duma. La conferencia fue seguida de una viva controversia, en la cual tomaron parte los mencheviques.

El camarada Innikenski combatió con mucha fuerza a Aleixinski. Podemos decir que fue la primera manifestación pública del Comité central, o del centro bolchevique, contra los bolcheviques (Aleixinski, Lounatcharski, Bovdanov, Liadov y otros) que se constituyeron en grupo distinto, teniendo su periódico, *Vpériod* (Hacia adelante), cuando el centro bolchevique hubo desautorizado y condenado el *otsovismo-ultimatismo*²¹, el ma-

tregado a las autoridades zaristas, simuló la locura a la perfección. Los médicos alienistas más reputados de Alemania lo declararon anormal. No obstante, fue extraído por el Gobierno zarista, que lo internó en un hospital de psiquiatría, de donde consiguió escaparse. Kamo participó activamente en la guerra civil. Murió recientemente en el Cáucaso en circunstancias trágicas.

²¹ Antes de las elecciones de la tercera Duma del Imperio (1907) hizo su aparición una tendencia entre ciertos bolcheviques en favor del boicot de las elecciones; los motivos invocados para justificar esta táctica se inspiraban mecánicamente en la experiencia del Periodo de la primera Duma y del Bou-

chismo y el *deísmo* de estos camaradas. Esto ocurría a mediados de 1908. En su intervención, el camarada Innokenki reconoció que la actividad de la fracción parlamentaria era débil, y condenó su deseo de independencia respecto del partido; pero estimaba que era necesario llevar a la fracción parlamentaria a cambiar de actitud, no por un *ultimátum* o por su retirada, sino por una dirección de su línea política por el Comité central y una crítica abierta de su conducta.

En cuanto a la negativa de participar en la Duma, tendría repercusiones perjudiciales a los intereses de la clase obrera rusa; la utilización de la tercera Duma como tribuna era de una real importancia para el partido. Después, la experiencia demostró que al final de su mandato la fracción de la tercera Duma había en cierta medida recompuesto su línea política, y que algunos bolcheviques que formaban parte (por ejemplo, el camarada Poletaiev) han prestado eminentes servicios al partido (Poletaiev trabajó mucho para levantar la *Cviezda* y la *Pravda*).

Cuando me puse al tanto de la organización de transporte, se decidió que en lo sucesivo me dedicaría a ese trabajo en Alemania y que me instalaría en Leipzig. Me dieron un pasaporte extranjero a nombre de un tal Rachkovski, estudiante, pero que tuve que deshacerme de él tan pronto llegué a Leipzig y enterarme que Rachkovski vivía en aquella ciudad, y que para inscribir mi pasaporte en la Policía tenía que dar ciertos detalles que yo ignoraba sobre mis pretendidos padres. Si al llegar a Leipzig por casualidad no me dicen que Rachkovski vivía allí, hubiera corri-

lignin. Después de las elecciones, dos corrientes dividieron a los bolcheviques: la tendencia *otspvist*, que era adversaria de utilizar la tribuna de la Duma y partidaria de la retirada socialdemócrata; la tendencia *ultimatista* reclamaba que un *ultimátum* fuese inmediatamente dirigido a la fracción para que ella manifestase más espíritu revolucionario en la Duma o que fuese retirada si rechazaba este *ultimátum*. Estimando que la tarea esencial del partido después de la derrota de 1905 consistía “en reunir las fuerzas revolucionarias del proletariado y utilizar con ese objeto todas las posibilidades legales, entre ellas la tribuna de la Duma, los bolcheviques, con Lenin a la cabeza, combatieron con toda energía las desviaciones indicadas.

do el peligro de que me detuviesen por inscribirme con un nombre falso.

A fines de diciembre de 1908, en viaje por la frontera prusiana, me detuve en Leipzig. Como tenía relaciones entre los alemanes, me fue fácil encontrar una habitación y una dirección, que envié inmediatamente a Ginebra para que me enviaran mi correspondencia. En Koenisberg estuve en casa del secretario de la organización socialdemócrata, el camarada Linde. Me enteré por él y por Hasse de los cambios que se habían producidos en las organizaciones socialdemócratas de la frontera, y, provisto de recomendaciones para los socialdemócratas que no me conocían, me dirigí a los diferentes puntos fronterizos que utilizaba otras veces. Conseguí rápidamente y sin dificultad restablecer los antiguos enlaces para pasar la literatura, así como camaradas que venían de Rusia y los que regresaban.

De regreso en Leipzig, me puse a trabajar. Me dieron un desván en el edificio del periódico socialdemócrata la *Gaceta popular de Leipzig*, donde constituí un depósito para nuestra literatura y un taller de embalaje. Todos los artículos que yo necesitaba me los procuraba por los servidos de expedición del periódico. Los jefes de los servidos técnicos de la *Gaceta popular de Leipzig*, Max Seifert y Lehman, me autorizaron a dirigir a su nombre la literatura que yo recibía de Ginebra, y más tarde de París. Recibía también a su nombre giros y cartas que venían del extranjero. Para las cartas de Rusia me dieron una gran cantidad de direcciones de militantes socialdemócratas de Leipzig; la mayor parte trabajaban en la *Gaceta popular de Leipzig*. Tan pronto recibían las cartas de Rusia los camaradas a quienes iban dirigidas, las entregaban a Max Seifert, a casa de quien yo iba a recogerlas todos los días, a menos que no me las trajese el dueño de la casa en que yo vivía, que era un militante socialdemócrata que iba varias veces al día a casa de Seifert por razón de negocios. Sólo me faltaba encontrar residencias a donde pudiese recibir a los camaradas del extranjero y de Rusia y habitaciones para alojarlos.

Pronto terminé esta tarea. Instalé una permanencia en la Casa

del Pueblo. Allí había una especie de hotel reservado para los camaradas que venían por un día o dos. Era un buen hotel. Pero para los que estaban algo más de tiempo, un poco caro. Por eso yo disponía de varias habitaciones en varias casas particulares que sólo pagaba cuando instalaba alguno. Las permanencias para los camaradas que venían de Rusia estaban en esas habitaciones. Estaba en comunicación con ellos por el teléfono que poseía el dueño de mi casa. En Leipzig, desde 1909 a 1912, pasó por mi casa una multitud de camaradas que son actualmente militantes activos de nuestro partido y del poder soviético. Es necesario hacer constar que nuestra organización de transporte dependía de los Tribunales de derecho común; por lo tanto, las nueve décimas partes de los camaradas que pasaban por mi casa, para la Policía sajona eran elementos criminales. Habitaban allí sin inscribirse lo mismo que yo había hecho en otros sitios durante bastante tiempo, mientras no tenía pasaporte.

Estuve constantemente al margen de la colonia rusa de Leipzig, que era relativamente numerosa y compuesta principalmente de estudiantes de las minorías nacionales de la Rusia zarista. Sólo con Marc y Alexandra Saveviev, que en aquella época hacían sus estudios en Leipzig, me encontraba frecuentemente.

En Rusia la organización del transporte de la literatura era muy defectuosa: recibir la literatura de la frontera ruso alemana, expedirla a alguna gran ciudad rusa y de allí enviarla en diversas formas a las organizaciones locales, era en 1909 muy difícil. El Comité central me puso en relación con un grupo de camaradas que se encontraban en Vilna (Sacha-Alexandre Stroumin, detenido recientemente bajo la inculpación de haber formado parte, antes de 1917, de la Okhrana de Vilna, y Sonia Kringel), que se encargó del trabajo aquí mencionado. Los puse en contacto con las personas que debían pasarle la literatura que yo comenzaba a expedir sin esperar a que la organización de transporte en Rusia estuviese preparada.

Por diversas razones, los camaradas de Vilna no pudieron asumir la tarea que les había sido confiada, y tuve que ponerme

a expedir la literatura a Rusia por pequeñas cantidades, por medio de “corazas” y de maletas de doble fondo que yo confiaba a los camaradas que se iban; por estos medios conseguí enviar bastante literatura. Los camaradas la dejaban en Petersburgo, en Moscú o en grandes ciudades. Frecuentemente dirigíamos la literatura a los camaradas de Vilna, que se ocupaban de expedirla a toda Rusia.

Finalmente, yo insistía para que me diesen en Rusia un camarada seguro, teniendo iniciativa, que no esperase a que las cosas se hiciesen ellas mismas, y que se dirigiese a la frontera con los contrabandistas, con los cuales estábamos en relación. Así fue designado Elie Zephir (Sergio Moisseiev), que al principio del verano de 1909 vino a verme a Leipzig. Elaboramos el plan de trabajo ulterior, después de lo cual regresó a Rusia para reorganizar la recepción de la literatura revolucionaria. En junio de 1909 fuimos juntos a Tilsit, donde nos esperaban personas que se encargaban de transportar la literatura en Rusia. Zephir tomó las direcciones de los contrabandistas rusos y salió enseguida. Todas las cosas fueron mejor en adelante.

De todos los enlaces que entonces teníamos a nuestra disposición, sólo guardamos los más seguros: el campesino contrabandista lituano Ossip (tenía una exportación agrícola bastante importante) y un burgués de Suwaiki, Nathan. El primero, por medio de sus hombres, hacía recoger los paquetes de literatura en la imprenta de Mauderot, de Tilsit, y nos la transportaba a las aldeas de las proximidades de las estaciones de Chavliid Radzivilichki. Allí, los camaradas del grupo encargado del transporte de la literatura en Rusia venían a recogerla. Ossip no cobraba caro: de 18 a 22 rublos por *poud*; pero, en cambio, no cogía menos de cuatro *poud* y medio a la vez (tres paquetes de un *poud* y medio, hechos como los he descrito en mi período antes de 1905). Esto era su *mínimum* (en 1904–1905 transportaba diez paquetes y aun más a la vez).

Pero el transporte de Tilsit hasta una aldea rusa alejada de la frontera necesitaba mucho tiempo. Por más que así trabajase sin

entorpecimientos, esta frontera no tenía para nosotros tanto precio cómo las otras. Nos servíamos para transportar nuestro periódico *El Proletario*, que, aunque apareciese irregularmente, perdía, no obstante, importancia estando mucho tiempo en la frontera.

Por el contrario, Nathan aseguraba un transporte más rápido, pero se contentaba cada vez con un paquete de un *pound* y medio. Le llamábamos “el expreso”, ya que en algunos días hacía llegar nuestros paquetes de Holdap (Prusia), desde donde los enviábamos a Grodno (no lejos de la ciudad). No sentíamos pagar por este transporte de 35 a 40 rublos por *poud*. Nathan, a quien veía de cuando en cuando, daba la impresión de ser mitad un hombre de ideas, mitad contrabandista. Trabajaba honradamente con nosotros y nos era de un concurso eficaz. Por más que para franquear la frontera en un sentido como en otro tuviésemos un excelente punto de paso en Choutchin–Graiévo, recurrimos con frecuencia a los servidos de Nathan para hacer pasar camaradas por Grodno y Augustovo, puntos muy frecuentados, que nuestros camaradas podían atravesar sin ser vistos.

De los dos lados de la frontera indicados, nuestra organización trabajaba con poca gente. Para el transporte “expreso”, que era el que funcionaba principalmente, una camarada había sido instalada en Grodno (K. Levit, compañera de P. Levit, con quien había estado en prisión en Odessa; él mismo, en 1910, trabajó durante varios meses en la organización del transporte de Grodno). La organización, como el sistema de enlace que acabo de describir, subsistieron sin alteración hasta 1913, por más que en Rusia la *Pravda*, semanario, apareció en ese momento legalmente.

La literatura del partido publicada en el extranjero llegaba a Rusia en gran cantidad irregularmente. El transporte funcionó sin tropiezos hasta mediados de 1910. Zephir residía en Minsk (en las cartas lo designábamos con el nombre de Morchanski); Pero él tenía que dirigirse con frecuencia a Petersburgo y Moscú para tratar toda clase de cuestiones. En Moscú fue detenido en el verano de 1910. Después de su detención, nos pusimos en

busca de un camarada para reemplazarle, ya que la organización del transporte continuaba intacta.

En esta situación recibimos una carta de Matvei Brindiski (resultó un provocador), en la que anunciaba que salía para el extranjero por orden de Noguín (éste formaba parte en aquella época de la oficina del Comité central en Rusia). La carta de Matvei me desagradó (escribía con tinta simpática, sin cifrar la carta que él dejaba Petersburgo en tal fecha, pidiendo que le saliesen a su encuentro; para que la reconociesen, daba sus señas). Comunicué esta carta a Marx (Youvimov), que se encontraba en París (este último era entonces el jefe de todos los servicios técnicos de la oficina del Comité central en el extranjero. Marx respondió que, en su opinión, Matvei había escrito esta carta por inexperiencia. Cuando llegó Matvei nos enteramos que a Makar (Noguín) le habían destinado como sucesor de Zephir. Además de la recomendación de Noguín, tenía la de María Tomskaia y otros camaradas. (Matvei militaba como revolucionario profesional desde 1909, fecha de su evasión de Toboisk, adonde había sido deportado.

En Petersburgo y en Moscú primero, había sido secretario, y organizador de varios sectores; después había sido colocado a la cabeza del servicio de pasaportes del Comité central, y más tarde, después de la defunción de Zephir, la oficina rusa del Comité central lo había puesto a la cabeza de la organización del transporte en Rusia). Transmitía Matvei los nombres de los camaradas de Rusia que trabajaban ya en la organización del transporte. De regreso allí, tomó como adjunto al camarada Valeriano (Zalejski), que prácticamente dirigió toda la tarea mientras que Matvei aseguraba la correspondencia conmigo y la oficina del Comité central de Rusia o de sus delegados. Matvei residía en Dvinski; Valeriano habitaba en Homel y Novozybkov. En los primeros tiempos, las cosas no marchaban mal, la literatura llegaba y era regularmente expedida por Rusia. Pero más adelante, por más que enviábamos la literatura a la frontera, y de allí fuese transportada a Rusia (yo enviaba dinero para los contraban-

distas después que ellos, y Matvei me informaba que la literatura había sido recogida), las organizaciones de Rusia no la recibían o la recibían raramente.

Por esto convoqué varias veces a Matvei en el extranjero. Allí confeccionábamos planes sobre la manera mejor y más rápida de expedir la literatura. Después del regreso de Matvei a Rusia, las cosas fueron mejor al principio; pero enseguida la literatura empezó a desaparecer (más tarde nos enteramos que Matvei la expedía en su mayor parte a la dirección de gendarmería de Moscú y al departamento de Policía). En 1911 le escribí que, si el manifiesto de 1° de mayo, publicado por el órgano central del partido no llegaba a tiempo a determinadas organizaciones, disolvíamos la organización de transporte en Rusia por inactividad. La amenaza hizo su efecto, y el manifiesto fue recibido a tiempo. A fines de 1911, basándome sobre los hechos que yo había recogido contra Matvei, exigí que se le retirasen sus funciones y que no se le admitiese en la Conferencia del partido de 1912, adonde él manifestaba deseos de venir. Al mismo tiempo, por más que yo no tuviese pruebas precisas, presenté contra él la acusación de ser un provocador.

Creo que no será inútil decir a los camaradas que lean estas líneas cómo terminé por saber que Matvei era un agente de la Okhrana. Ya hice alusión a una carta extraña que me había enviado desde Petersburgo. Esta carta me había dejado una mala impresión. Por otra parte, me parecía extraño que la organización del transporte en Rusia no fuese detenida; la literatura llegaba regularmente, pero desaparecía inmediatamente; había sido suficiente con amenazar de disolver este organismo para que el manifiesto de 1° de mayo llegase sin retraso a las organizaciones. Me extrañaba igualmente que Matvei pudiese obtener un pasaporte legal para dirigirse al extranjero; en los años de peor reacción zarista, raros eran los militantes ilegales que podían permitirse ese lujo.

En agosto de 1911. Matvei vino a verme a Leipzig. Marx llegó de París al mismo tiempo para que conferenciáramos juntos.

Antes de regresar Matvei, me rindió cuentas. En los gastos figuraba una suma de cien rublos que Matvei había entregado a no sé quién. A mi observación de que esos cien rublos debían haber sido dados con recibo, Matvei, sin inmutarse, recogió sus cuentas, y al día siguiente esos cien rublos eran mencionados en los ingresos; pero, en cambio, los gastos habían aumentado en ciento cuarenta rublos. Me indigné. No acepté esas cuentas y exigí que me las mandase con los documentos justificativos. Era para mí evidente que estaba tratando con un bribón, por lo que fui a ver a Rykov, de paso en Leipzig para Rusia en compañía de Matvei, y le comuniqué el incidente respecto de las cuentas. Le dije que era opuesto a su salida con Matvei. A Matvei le dije que Rykov quedaba en Leipzig.

Rykov fue detenido al llegar a Moscú. Direcciones cifradas que le encontraron fueron descifradas por la Okhrana, y de ahí que fueran ejecutadas muchas detenciones (los periódicos de Moscú escribieron entonces que Rykov había sido detenido llevando documentos comprometedores y que sería llevado ante la justicia). Enseguida de esta detención, Matvei me escribió que Rykov sería deportado administrativamente a Siveria. Después de la salida de Rykov para Rusia, Zagorski me informó que Matvei había ayudado a Rykov a cifrar las direcciones. Creí en aquella época que después de haber vendido a Rykov, Matvei probablemente habría tenido miedo a las consecuencias que esta detención habría de tener para él y que él había debido insistir con la Okhrana para que Rykov fuese simplemente deportado a Siberia. En fin, cuando me enteré por un delegado de las organizaciones de Vilna y de Dvinsk en la Conferencia del partido de enero de 1911, el camarada Gourvitch, que Matvei había sido detenido en Dvinsk y puesto enseguida en libertad, de lo que él no me informó adquirí la certidumbre de que era un agente provocador, y yo telegrafíé a Nadejda Kroupskaia que no se le admitiese en la Conferencia. Incidentalmente, me enteré que se había dirigido a París para desde allí meterse en la Conferencia. Dándose cuenta de que yo sospechaba de él, había evitado el pa-

sar a verme. Claramente, la carta que envíe a París después de mi telegrama, y en la cual exponía los hechos, fue juzgada suficientemente convincente, ya que Matvei no fue admitido. Ante las protestas que elevó contra mis acusaciones, el asunto fue confiado a Bourtsev, que concluyó, después de un expediente, con un ha lugar de mis acusaciones. Antes de salir para Rusia en 1913, Zephir (Moisseiev) y yo fuimos interrogados por Bourtsev respecto al asunto de Malvei. Zephir, lo mismo que yo, estaba convencido que Matvei era un agente provocador.

En 1917, por los documentos de la Okhrana de Moscú que publicó M. Tsiavlovski con el título *Los bolcheviques*, se pudo deducir que a partir de 1909 Matvei había desempeñado un papel muy importante como provocador de los más peligrosos. No se contentaba con transmitir cantidades de literatura revolucionaria a la Okhrana, de hacer detener un gran número de miembros del Comité central del partido y de las organizaciones de Rusia, sino que todavía escribía comunicaciones políticas sobre el bolchevismo. Al presente, yo creo que éstos últimos eran redactados por los gendarmes más que por él, sirviéndose de sus informaciones, porque me parece que los conocimientos de Matvei en materia política no le permitían redactarlos él mismo.

Sólo el policía Matvei destruyó una gran parte de los recursos del partido, aniquiló mucho trabajo del esfuerzo de los militantes y puso a los obreros en la imposibilidad de leer su literatura revolucionaria.

Cuando a fines de diciembre de 1911 Matvei fue eliminado, me puse en comunicación con el camarada Valeriano. Cambiamos las permanencias, reemplazamos a algunos camaradas y la organización del transporte funcionó de nuestro agrado. A partir de 1912, cuando el movimiento obrero se animó en Rusia y la Pravda se convirtió en diario, la expedición y el transporte de la literatura revolucionaria del extranjero perdieron su importancia y fueron en disminución.

Ya que hablo del trabajo que hice en Leipzig de 1909 a 1912, no está de más decir algunas palabras sobre la formación de la

actividad del grupo de apoyo de Leipzig durante este período.

Ya he dicho que llegando a Leipzig me había puesto al margen de la colonia de estudiantes rusos (había muy pocos emigrados; la mayor parte eran obreros que trabajaban en las fábricas, con los cuales entramos enseguida en estrecha relación), y, sin embargo, la colonia tenía su club, su biblioteca y su restaurante asiduamente frecuentado por los rusos. Los Saveleiv eran los únicos camaradas que hubieran podido ponerme en relación con los estudiantes; pero poco tiempo después de mi llegada se fueron a Munich por un período de seis meses. A mediados del verano de 1909, el camarada N. Marchak llegó a Leipzig y empezó a frecuentar las organizaciones estudiantiles rusas. De este modo me enteré que entre los estudiantes había partidarios de la mayoría y de la minoría del partido obrero socialdemócrata de Rusia, miembros del partido socialdemócrata Polaco y del Bund.

Por iniciativa de N. Marchak, se constituyó un grupo en el cual entraron los Saveliev, Marchak y yo, y los estudiantes Brahman y Brodski, lo mismo que dos mencheviques *partiitsi*²², London y Riazanski. En los bundistas y en la socialdemocracia polaca y lituana, los grupos de apoyo existían ya. El grupo del Bund comprendía: Spectatos (Nakhimnson, los Bakst (ella y él), Rabinovitch y otros; el grupo polaco comprendía: Radek, Bronski, Moukha y otros. Después de la constitución de nuestro grupo, los mencheviques formaron también el suyo, al cual se afiliaron Pedro (Ramichvili), Kaploun, Dabaiev (Kavkazez) y otros. Después de las sesiones del Comité central del partido, que se celebraron en el extranjero a principios de 1910, y donde se llegó a la coincidencia de todas las fracciones del partido, los miembros del grupo menchevique, a excepción de Pedro Ramichvili, entraron en nuestro grupo. Después de su adhesión nos pusimos de acuerdo para enviar los fondos que el grupo recogía, no a la oficina del Comité central en el extranjero, sino directamente a Rusia.

²² Miembros del Partido obrero socialdemócrata de Rusia.

Así, había en Leipzig tres grupos socialdemócratas. Como cada uno de ellos no tenía consigo más de la mitad de los estudiantes necesarios para ganar influencia en los Comités elegidos de estudiantes y hacer entrar candidatos socialdemócratas, que todos los socialdemócratas se entendiesen para presentar una lista única. Esto necesitó la creación de un Comité permanente compuesto de representantes de todos los grupos y encargado de concentrar las acciones que se emprendían en la colonia, ya que, sin las organizaciones de estudiantes, los grupos de apoyo no podían existir, no era posible, en efecto, organizar lícitamente veladas, conferencias, etc., sino bajo el pabellón de estudiantes rusos. Entre los estudiantes también había un grupo importante que defendía la autonomía de las organizaciones estudiantiles respecto a los grupos socialistas. Una vez constituido el grupo de apoyo bolchevique, tomé en su trabajo una parte activa; pero yo iba muy raramente a las organizaciones de estudiantes y jamás tomé la palabra.

¿Qué hizo el grupo de apoyo por el partido? Seguía la vida del partido, discutía las cuestiones que se debatían, organizaba controversias abiertas a todos los socialdemócratas (recuerdo las conferencias de Rycov sobre el liquidacionismo en 1911, y de Lounatcharski sobre las cuestiones interiores del partido, en 1912), las conferencias (en febrero de 1912, Lenin dio una conferencia sobre Tolstoi; el mismo mes, Lounatcharski dio otra sobre la literatura), las reuniones de todos los socialdemócratas con ocasión del primero de mayo, del 9 de enero, etcétera; en fin, el grupo vendía entre los estudiantes, y por mediación de los camaradas alemanes, en las librerías, la literatura revolucionaria publicada por el partido (folletos, El Proletario y el socialdemócrata, la Zvizda de Petersburgo) y organizaba veladas que reportaban siempre un suplemento de ingresos a la caja del partido. Además, hacía suscripciones en favor de los presos y emigrados. Los tres grupos socialdemócratas de Leipzig ejercían sin duda alguna una gran influencia ideológica sobre los estudiantes rusos que hacían sus estudios.

Tengo que añadir que por los estudiantes, miembros del grupo o simpatizantes, yo expedía a Rusia en las “corazas” que les confeccionaba la literatura revolucionaria (tan pronto nos llegaron las primeras informaciones de la Conferencia de enero de 1912, las hice llegar a Rusia por un miembro del grupo, el camarada B. London) y me servía de los pasaportes dados a los estudiantes para enviar a Rusia militantes bolcheviques. Al grupo de apoyo de Leipzig se afiliaron, desde su llegada, Zagerski, Pilatskaia y Lazar (Zélikson), hoy miembro de la Comisión central del control y director de la Inspección obrera y campesina de Leníngrado. El grupo de apoyo de Leipzig tuvo siempre una mayoría compacta de antiguos bolcheviques, y sirvió de contacto con el centro bolchevique, y otros grupos de apoyo en el extranjero de los bolcheviques.

VIII

El desacuerdo ideológico y la desorganización en las filas del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia. 1908 – 1911.

Antes de la revolución de 1905, las divergencias entre mencheviques y bolcheviques sobre las cuestiones tácticas principales eran profundas. Los sucesos de octubre, el impulso y el ataque revolucionario de 1905 zanjaron algunas divergencias, como la cuestión de saber si los socialdemócratas debían participar en las elecciones de la Duma Bouligin, o si era necesario boicotear las elecciones, como pedían los bolcheviques. La Duma consultiva Bouligin fue barrida; una nueva ley relativa a la convocatoria de la Duma del Imperio se promulgó. Pero los principales puntos de desacuerdo entre mencheviques y bolcheviques continuaron. Ni el cuarto Congreso de Estocolmo ni el quinto Congreso del partido en Londres pudieron hacerlo desaparecer. Estos desacuerdos afectaban al carácter de la revolución rusa y al papel que el proletariado debía asumir, lo mismo que la cuestión que se deducía de la actitud de los socialdemócratas, vanguardia del proletariado, respecto a la burguesía liberal. He mencionado ya que en las elecciones de la segunda Duma los bolcheviques en Petersburgo y Moscú fueron con todos los partidos revolucionarios de entonces (los socialistas revolucionarios, los socialistas populistas y la liga campesina), mientras que los menchevique y Pléjanov invitaban a los electores socialdemócratas a vo-

tar por los cadetes.

Después del aplastamiento de la segunda Duma, cuando el régimen stolypiniano se consolidó, los desacuerdos se acentuaron. Afectaron esta vez a la existencia misma de nuestro partido, Plékhánov declaraba ruidosamente que no era necesario tomar las armas (había visto la insurrección de diciembre de 1905 en Moscú y en las otras ciudades de Rusia); los mencheviques nos acusaban en la Prensa de haber asustado a los cadetes presentando reivindicaciones como la jornada de ocho horas, etc. Resultaba que la revolución de 1905 se había perdido por culpa de los bolcheviques. El peso de las acusaciones que los bolcheviques recibían de los mencheviques había aumentado por el hecho de que, según éstos, no había en el horizonte esperanzas ni indicios de una nueva recrudescencia revolucionaria; el régimen stolypiniano estaba asentado por largo tiempo.

Partiendo de este razonamiento, los mencheviques proponían adaptarse al régimen stolypiniano. Dicho de otra manera el partido obrero socialdemócrata de Rusia debía obrar y militar legalmente en el cuadro de las leyes zaristas, y con este objeto arrojar por la borda el programa y la táctica del partido; es decir, liquidar éste en tanto fuese partido socialdemócrata revolucionario. Los bolcheviques tenían otra manera de ver las cosas. Declaraban que los problemas fundamentales que habían provocado la revolución de 1905 no se habían resuelto. La clase obrera no había recibido satisfacción; no había obtenido el derecho de asociación y de coalición, ni la libertad de palabra y de reunión; la jornada de trabajo era la misma que antes de la revolución; los seguros sociales eran inexistentes; los salarios eran todavía más bajos que antes de la revolución. El campesino tampoco había obtenido nada; la tierra continuaba perteneciendo a los propietarios rurales; los impuestos no habían disminuido; el campesino estaba tan esclavizado como antes de la revolución. Por lo tanto, la revolución no estaba muerta y los antagonismos subsistían. La revolución de 1905 —decían los bolcheviques— ha sufrido una derrota momentánea, pero ella volverá con más fuerza. Basándose

en esta perspectiva revolucionaria, los bolcheviques insistían no sólo en mantener las organizaciones socialdemócratas ilegales del partido, sino en continuar el programa y la táctica revolucionaria socialdemócrata.

Hoy todos los obreros de Rusia saben que los bolcheviques tenían razón, y que su paciente trabajo en el dominio ideológico y en la práctica no ha sido perdido. Pero fueron necesarios más de diez años de esfuerzos y de sacrificios considerables para defender el partido contra esos pretendidos amigos de la derecha (los liquidadores) y de la izquierda (los otsovistas).

En el momento de mi llegada al extranjero en 1908, las dos principales corrientes del partido —los mencheviques liquidadores y los bolcheviques— tenía cada uno su órgano en el extranjero y formaban ya dos fracciones determinadas (los mencheviques hacían aparecer el *Goloss socialdemokrata* (la “Voz del socialdemócrata”) y los bolcheviques el *Proletari* (el “Proletario”). Las dos fracciones estaban en contacto estrecho con las organizaciones rusas. Además, un órgano popular fuera de fracción, la *Pravda*, se publicaba en Viena. Alrededor de este periódico se agrupaban los camaradas del extranjero y de Rusia que no querían adherirse a los bolcheviques ni a los mencheviques. En realidad, este grupo estaba más cerca de los liquidadores que de los bolcheviques.

La prueba está en que después de la conferencia panrusa de Praga (enero de 1912) convocada por los bolcheviques, este grupo se afilió al “bloque de agosto”, que fue prácticamente dirigido contra los bolcheviques (el “bloque de agosto” comprendía, además del grupo de la *Pravda*, de Viena, los liquidadores, los partidarios del *Vpériod*, el Comité regional del Cáucaso, los letones y el Bund). El grupo de la *Pravda*, de Viena se componía de los camaradas Trotsky, Ouritski, Siemkovski y otros. En cuanto al grupo de *Vpériod*, entonces empezaba a formarse. Se componía, después de la Conferencia ampliada de la redacción de *Proletari* en 1909, de camaradas de concepción diferentes: los unos, como Alexinski, eran opuestos a la participación de los

socialdemócratas en la Duma; los otros estaban descontentos de que se hubiese eliminado de las filas bolcheviques a los “otsovistas”, como se llamaba entonces a los camaradas partidarios de la retirada de la fracción socialdemócrata de la Duma. Al grupo de *Vpériod* se adherían igualmente los adeptos (Bogdanov–Riadovoi y Otros), de la filosofía de Mach²³, filosofía incompatible con la doctrina de Marx, y los deístas²⁴ (Lounatcharski y otros), de quienes los bolcheviques se separaron. Este grupo no tenía influencia en la masa obrera de Rusia. Utilizaba sobre todo los antiguos enlaces bolcheviques con las organizaciones de Rusia, pe-

²³ El machismo es una corriente filosófica fundada por el físico Mach. En su esencia, el machismo admite el carácter Idéntico de la existencia y de la conciencia, a diferencia del materialismo que admite la unidad de la existencia y de la conciencia. Los machistas pretenden que el espíritu y la materia no son más que dos variedades diferentes de los mismos fenómenos fundamentales del mundo: las intuiciones. El machismo encontró adeptos entre una pequeña fracción de bolcheviques (Bógdanov–Riadovoi y otros), que considerándose marxistas y materialistas, cayeron en el idealismo, al mismo tiempo que desnaturalizaban la esencia de la concepción del mundo de los fundadores del socialismo científico, Marx y Engels. Como lo ha dicho con precisión Lenin, como naturalista, Mach, inconscientemente tiene que venir al punto de vista materialista. Y cada vez que viene cae en contradicción lógica con el principio idealista de su propia filosofía. Y más adelante: “En Mach viven dos almas”.

En 1908–1910, en el decrecimiento del movimiento obrero fue cuando aparecieron en nuestro partido diversas desviaciones de marxismo revolucionario; el Centro bolchevique combatió vigorosamente a los machistas.

²⁴ El deísmo, en 1908–1910, tuvo un pequeño número de adeptos entre los bolcheviques. Partían de la idea de que “existen otros medios de atraer las masas laboristas al socialismo científico, además del proceso económico que proletariza estas masas y las lleva a la manera de ver del proletariado”. Por eso, “digan lo que quieran los fundadores “del socialismo científico, suponen que puede darse al socialismo una forma más aceptable para las clases sociales semiproletarizadas”. A este efecto, los deístas han cubierto la doctrina socialista bajo una forma mística, como más accesible a las capas sociales no proletarias, y la adaptaron a la mentalidad religiosa de estas últimas. Ésta desviación funesta la combatió con ardor el núcleo fundamental de los bolcheviques”. (Tomamos esta cita de un artículo de Kamenev que apareció en el número 42 del Proletari, del 12 de febrero de 1909, dirigido por Lenin, Zinoviev y Kamenev.)

ro tan pronto se enteraron los camaradas del partido que los vperiodistas y los bolcheviques no eran lo mismo, se pasaron enseñada a los bolcheviques. (Los vperiodistas organizaron una escuela de partido en la isla de Capri. Hicieron venir de Rusia obreros miembros del partido. Terminados los cursos, casi todos los alumnos se volvieron a reunir con los bolcheviques.) El grupo de *Vpériod* comprendía: Alexinski, los camaradas Liadov, Bogdanov, Lounatcharski y otros. Prácticamente, este grupo, aunque él se considerase más a la izquierda que los bolcheviques, formó un bloque con los liquidadores y participó con ellos en el “bloque de agosto” y en la Conferencia que éstos convocaron al mismo tiempo.

En los años siguientes (de 1910 a 1914, hasta la declaración de la guerra), en la fracción rusa del partido obrero socialdemócrata de Rusia, dos grupos se constituyeron en el extranjero: los mencheviques *partiitsi*²⁵ o los *plékhanovistas*, teniendo a la cabeza a Pléjanov, y a los bolcheviques *partiitsi*. Plékjanov y los *plekhanovistas*, aun siendo bolcheviques, eran opuestos a la liquidación del partido ilegal y a la adaptación al régimen stolypiniano, y partidarios de la unión de todos los elementos del partido contra el liquidacionismo. Los bolcheviques *partiitsi* declaraban continuar siendo bolcheviques, pero no podían aceptar la táctica de intransigencia casi escisionista de Lenin y los leninistas. Este grupo comprendía a los camaradas Leva, Marc, Liuvi-

²⁵ Los bolcheviques *partiitsi* (los conciliadores) acusaban a Lenin y al Centro bolchevique de escisionismo y de intolerancia con adversarios de ideas, porque los bolcheviques se separaron en su centro de los otsovistas, de los ultimatas, machistas, deístas; desenmascaraban a los conciliadores (que habían propuesto conciliar lo inconciliable, y que después del fracaso de sus tentativas se alejaron prácticamente de los bolcheviques) y combatían a los liquidadores y expulsaron del partido en la Conferencia de 1912.

Hoy todo obrero de la Rusia soviética puede decir claramente que gracias a la lucha que durante varios años los bolcheviques sostuvieron en el seno del partido obrero socialdemócrata de Rusia, contra todas las deformaciones del comunismo revolucionario, nuestro partido venció en octubre de 1917 y ha consolidado esta victoria.

mov, Losovski y otros. Los bolcheviques partiitsi no tenían influencia alguna sobre las organizaciones del partido en Rusia. En la Conferencia de enero de 1911, ni uno solo hubo de sus militantes. En 1912–1914, los dos grupos mencionados se fusionaron y publicaron juntos en el extranjero *Za Partiu* (“Por el Partido”) y otro en Rusia, *Edinstvo* (“La Unidad”)²⁶.

El desorden no era menor en los “nacionales”, que se adhirieron formalmente después del Congreso de Estocolmo al partido obrero socialdemócrata de Rusia. Entre los letones, dos corrientes fundamentales se combatían: la corriente bolchevique y la corriente menchevique. Tan pronto dominaba la una como la otra. En el Bund, la corriente menchevique liquidadora predominaba, pero allí también había una minoría que defendía los principios bolcheviques. En cuanto a los socialdemócratas de Polonia y Lituania, si bien estaban próximos de los bolcheviques, no sostenían la política de organización de éstos²⁷. Entre ellos tam-

²⁶ La alianza de los dos grupos se terminó después de la declaración de guerra. El camarada Leva fue adversario de la guerra; Marx se fue con Pléjanov y se hundió en el pantano hasta ahogarse. No puedo acordarme sin pena de Marx Llubimov. Era un camarada excelente y honrado, al mismo tiempo que un militante activo y enérgico.

²⁷ La oposición en la socialdemocracia polaca y lituana, conocida con el nombre de rozlaumovtsi, hizo su aparición en 1911, debido al centralismo excesivo del Comité central del partido socialdemócrata de Polonia y Lituania respecto a sus organizaciones locales, centralismo que se tradujo en una serie de medidas de organización; y por el hecho de que el Comité central no daba cuenta a las organizaciones locales de su actitud respecto a las divergencias que se manifestaban en el partido obrero socialdemócrata de Rusia, y la situación en éste. El Comité central tuvo una posición equivocada a partir de la segunda mitad de 1911 respecto a la reorganización de los organismos centrales del partido obrero socialdemócrata de Rusia. Aunque él no se hubiese adherido al bloque antibolchevique de agosto, el Comité central no tuvo una actitud menos hostil respecto de la Conferencia que los bolcheviques tuvieron en enero de 1912 y de los organismos centrales elegidos en esta conferencia.

La oposición tenía a la cabeza la organización de Varsovia, que se pronunció contra los métodos de organización del Comité central del partido socialdemócrata polaco y lituano en su Conferencia de 1911. Una parte de la orga-

bién había una oposición, los *rozlounovtsi*, que tenía al frente a Radek, Hanecki, Ounchliht, etc.

Me he extendido sobre todo lo anterior para que se tenga una idea clara de lo que pasaba entonces en las filas del partido. Diez años han sido necesarios para demostrar y hacer admitir lo que para el partido fue la misma evidencia. Diez años durante los cuales los bolcheviques, teniendo a Lenin a la cabeza, defendieron la pureza de los principios revolucionarios marxistas, mantuvieron y crearon organizaciones ilegales rigurosamente disciplinadas y una *élite* de adeptos hechos en la acción revolucionaria.

A mediados de 1909, Marx me llamó a París. Vinieron de Rusia Davidov–Golouvkov, secretario del Colegio del Comité central de Rusia; Miiéchkovski–Goldenberg, miembro del Comité central; Mitchel Tomski, Donatte Chouliatkov (de Moscú) y otros camaradas; me había precedido Lenin, Nadejda Constantinovna, Zinoviev, Kamenev; Marx e Innikenki residían entonces en París. Al día siguiente de mi llegada tuvo lugar en casa de Lenin una conferencia no oficial de la redacción ampliada del *Pro-létari*, a la que asistieron los camaradas mencionados. De hecho era una reunión del Centro bolchevique con los delegados de Petersburgo y Moscú y algunos otros camaradas, como yo, especialmente invitados. Me parece que esta conferencia duró dos días. Se discutieron las cuestiones ligadas a la acción ulterior que se debía desarrollar en Rusia y la actitud a observar respecto a los otsovistas, ultimativistas y deístas que se encontraban en las filas bolcheviques.

La conferencia se pronunció por unanimidad contra todas las

nización de Czehtokowo y toda la organización de Lodz se unieron a la organización de Varsovia. Las divergencias entre el Comité central y la organización de Varsovia se agrábaron hasta tal punto que el Comité central constituyó organizaciones Paralelas en Lodz y en Varsovia.

La oposición tenía su órgano ilegal, *Gazeta Rabotnitcha* (“Gaceta obrera”) y su Comité central. Los rozlounovtsi marchaban de acuerdo con los bolcheviques. La oposición se unificó en el partido socialdemócrata polaco y lituano en 1917.

corrientes de desviación del marxismo y del bolchevismo. Cuando todas las resoluciones fueron previamente discutidas y adoptadas, se abrió la Conferencia oficial a la que asistieron, además de los camaradas indicados, Bogdanov, Marat (Chantser) y alguno más que yo no recuerdo. (Yo no asistía a la Conferencia oficial de la redacción ampliada del *Prolétari*. Las resoluciones de la redacción ampliada del *Prolétari* trazaron, de una manera neta y precisa, la línea de conducta de los bolcheviques en lo que concierne a la táctica y a la organización del partido, línea de conducta que éstos siguieron hasta la Conferencia de 1912, donde muchas de estas resoluciones fueron confirmadas. En esta época había todavía en las grandes ciudades de Rusia organizaciones del partido. La oficina del Comité central de Rusia, compuesta únicamente de bolcheviques, ya que los mencheviques no tomaban parte en estos trabajos, funcionaba igualmente sin intermitencias.

En los periódicos del partido publicados en el extranjero, la lucha contra el liquidacionismo no dejó de agravarse. En enero-febrero de 1910, el Comité central fue convocado para sesión en París. Ya no recuerdo quiénes fueron los bolcheviques llegados de Rusia que tomaron parte en la sesión, puesto que yo no asistí. Yo fui solamente informado por Noguín. Entre los bolcheviques miembros del Comité central hubo divergencias sobre la unificación de todas las corrientes del partido. Noguín e Inno-kenli, que tenían la mayoría de los bolcheviques miembros del Comité central, hicieron votar (de palabra) por la unificación, al mismo tiempo que hacían elegir un Comité central y un órgano central único, compuesto de representantes bolcheviques, mencheviques y “nacionales”, conforme a las resoluciones de la sesión del Comité central, los mencheviques liquidadores tuvieron que suspender la publicación de *Goloss socialdemokrata*, que aparecía en el extranjero; enviar al Comité central de Rusia tres de sus delegados, y ayudar a restablecer las organizaciones ilegales del partido.

Por otra parte, los bolcheviques debían cesar en la publica-

ción de su órgano de fracción, el *Prolétari*; entregar su imprenta, su organización de transporte y todos sus fondos al Comité central, que creó una oficina en el extranjero compuesta de delegados (a razón de uno por organización y fracción) de bolcheviques, de mencheviques, del partido socialdemócrata letón (como en el Comité central del partido socialdemócrata letón los bolcheviques tenían entonces la mayoría, éstos fueron prácticamente dueños de la oficina del Comité central en el extranjero).

En la sesión del Comité central se designó a cinco miembros para el Comité de redacción del órgano central del partido, el *Socialdemócrata*: dos bolcheviques (Lenin y Zinoviev), dos mencheviques (Martov y Dan) y un representante del partido socialdemócrata lituano (Varski). Fue en esta misma sesión cuando se decidió acordar una ayuda financiera a la *Právda*, de Viena, como periódico obrero popular, la redacción del cual envió un representante (Kamenev).

Noguín me comunicó las resoluciones de las sesiones, manifestando su alegría por la idea de que finalmente se había conseguido llegar a hacer la unidad de los bolcheviques y mencheviques para una acción práctica en Rusia (la sesión condenó categóricamente al liquidacionismo y al otsovismo) e interesar a las “nacionales” en esta acción. La única cosa que le turbaba era que Lenin se hubiese mostrado adversario decidido de las resoluciones indicadas de la sesión, por más que se inclinase ante la decisión de la mayoría de los bolcheviques miembros del Comité central. Noguín me dijo con amargura que Lenin no comprendía hasta qué punto era necesaria la unidad en la acción en Rusia.

Los bolcheviques obedecieron a la decisión de la sesión: cesaron la publicación de su órgano, entregaron una gran cantidad a tres camaradas extranjeros (Kautski, Mehring y Clara Zetkin) designados por la sesión para guardar los fondos bolcheviques y su organización técnica en la oficina del Comité central en el extranjero. Pero los mencheviques no suspendieron la publicación de su órgano, y ni uno de ellos entró en la oficina del Comité central en Rusia.

Es más: los partidarios en Rusia del *Golos Socialdemokrata* atacaron abiertamente al partido ilegal, al Comité central y otros organismos. El *Golos* no continuó después. Después de la sesión del Comité central, los liquidadores empezaron en Rusia y en el extranjero una cruzada contra el partido ilegal, y en particular contra los bolcheviques. En Rusia persiguieron a los partidarios del partido ilegal en todas las organizaciones obreras legales que tenían a su cabeza mencheviques liquidadores. La actitud conciliadora de una parte de los mencheviques miembros del Comité central complicó la lucha entablada contra los liquidadores.

Los bolcheviques tuvieron que depender, de una parte, del delegado del partido socialdemócrata polaco y lituano, que entraba como quinto miembro en el Comité de redacción del órgano central, para que el *Socialdemócrata* adoptase su línea política, y, por otra parte, de la oficina del Comité central en el extranjero para las cuestiones de dinero y transporte (los fondos de los bolcheviques quedaban entre las manos de los camaradas extranjeros designados por la sesión del Comité central, cuando ellos hubieran podido ser muy útiles a los bolcheviques). No tuve ocasión de volver a ver a Noguín hasta 1917. Por lo tanto, no pude saber qué impresión produjo sobre él las resoluciones de la sesión del Comité central de 1910; pero los bolcheviques conciliadores residentes en el extranjero no fueron turbados en lo más mínimo por el resultado de estas decisiones.

Al final de diciembre de 1910, estaba de nuevo en París. Allí encontré, venidos de Rusia, a Mitchel Mironovitch (N. Mandelstam) y a A. Rikov. No recuerdo con qué objeto, Marc, Leva, Rikov, Michel Mironovitch, Losovich y yo nos reunimos en el café. En esta reunión indiqué que sería conveniente enviar a las organizaciones del partido militante en Rusia, antes del primero de mayo o del 9 de enero, o en cualquier otra ocasión, manifiestos impresos o simplemente manuscritos. En este último caso, organizaciones más fuertes podían encontrar medios de reproducirlo. Yo me comprometí a hacerlos llegar regularmente y a tiempo a las organizaciones rusas.

Mi proposición fue adoptada, y se hizo una lista de redactores. A esta lista, Marx, Leva, y Losovski llevaron, redactores pertenecientes a todas las tendencias, entre ellos Martov, pero no pusieron a Lenin ni a Zinoviev. Esto sucede siempre a los conciliadores. Empiezan por conciliar lo inconciliable y terminan por unirse a sus adversarios. Así fue con el Comité central conciliador de 1904, lo mismo ocurrió con los bolcheviques conciliadores del período que describimos. Me irrité porque Lenin ni Zinoviev no hubiesen sido puestos en la lista de redactores, y se lo comuniqué a Nadejda Constantinovna y a Lenin. Excuso decir que mi proposición quedó en letra muerta. Después del regreso de Noguín a Rusia, se intentó varias veces constituir la oficina del Comité central de Rusia; pero hasta el final de 1911 todas estas tentativas terminaron en detenciones.

El centro bolchevique en el extranjero tomó todas las medidas posibles para constituir una oficina del Comité Central en Rusia. Una vez envió un camarada a Hanecki, miembro polaco de la oficina interior del Comité Central; éste debía acompañarlo a Moscú y ponerlo en contacto con los miembros de la oficina con los cuales debían entrar en relación habían sido detenidos. Los bolcheviques hicieron esfuerzos increíbles y sacrificios considerables para defender y reconstruir, tanto en Rusia como en el extranjero, después de numerosas detenciones, los organismos locales del partido y el Comité central de Rusia, y por otra parte dirigir en la Prensa y en las raras asambleas del partido una lucha ideológica contra los liquidadores que los desintegraban.

A fin de cuentas, los esfuerzos de los bolcheviques fueron coronados por el éxito. Antes de partir para Leipzig fui a casa de Lenin. Hablando de los asuntos del partido en el extranjero y en Rusia, la conversación versó sobre la ausencia en Rusia de un centro del partido con autoridad capaz de agrupar todas las organizaciones existentes, alrededor del cual todos los bolcheviques residentes en el extranjero vendrían a agruparse. Lenin sonrió y dijo a Nadejda Constantinovna, que había entrado en la habitación durante la conversación: "Piatnitzky propone formar un

centro para reconstruir los organismos centrales del partido”. Me enteré que Lenin y los camaradas que trabajaban entonces con él proyectaban convocar una Conferencia del partido.

Durante mi estancia en el extranjero fui frecuentemente de Berlín a Ginebra y de Leipzig a París, cuando desacuerdos agudos, intensos, estallaban en el partido. Llegando allí, me dirigí siempre a casa de Lenin. Cuando le preguntaba: “¿Por qué razón me han convocado?”, la respuesta era invariable: “¡Quédese aquí unos días, vea a los camaradas y enseguida hablaremos!” Y cuando antes de marchar iba a verle, me decía: “Y bien, ¿qué posición toma usted?” Hasta después que yo le dije lo que pensaba de la situación, no me expuso su manera de ver y sus proposiciones.

Antes de la guerra yo estaba en correspondencia constante con Nadejda Constantinovna y con Lenin; pero, desgraciadamente, no he conservado sus cartas. Cuando en el verano de 1905 salí para Rusia, dejé mis archivos con las cartas de Lenin y de Nadejda Constantinovna en Ginebra, en casa de Liadov (donde se perdieron al mismo tiempo que las tuyas). En 1913, antes de mi salida para Rusia, destruí toda mi correspondencia.

IX

La preparación y la convocatoria de la Conferencia Panrusa del Partido. Final de 1911 y principios de 1912

El 9 de junio de 1911 fue convocada una reunión de los anti-liquidadores (bolcheviques y partido socialdemócrata polaco y lituano), miembros del Comité central del partido obrero socialdemócrata de Rusia, que comprobó la imposibilidad de reconstruir organismos centrales del partido elegidos en el Congreso de Londres, teniendo en cuenta que todos los miembros de la oficina del Comité central en Rusia estaban detenidos, y que los mencheviques y los liquidadores habían obtenido la mayoría de la oficina del Comité central en el extranjero (en esta época, el Comité central del partido socialdemócrata letón se había pasado a los liquidadores).

Se decidió en esta reunión constituir una Comisión de organización para preparar la convocatoria de la Conferencia del partido, y una Comisión exterior para ocuparse de cuestiones técnicas, compuesta de tres camaradas: un bolchevique (el camarada Kautski, me parece), un bolchevique *partiitsi* (Leva) y un representante del partido socialdemócrata polaco y lituano (Ledre). En junio o julio llegaron a mi casa, en Leipzig, Simón Schwartz y Zakhar (Breslav). Me enteré por ellos que se dirigían a Rusia, con objeto de la preparación de la Conferencia del partido. Les di las indicaciones necesarias para que los delegados a la Confe-

rencia pudiesen atravesar la frontera para dirigirse al extranjero, y yo los pasé a Rusia.

Para organizar la Conferencia se llamó también a los antiguos alumnos de la escuela del partido que, habiendo terminado sus cursos poco tiempo antes, estaban repartidos por Rusia. El camarada Sergo (Orjonikidzé) regresó también. Con el mismo objeto se constituyó en Rusia una Comisión de organización. Comisión que se encargó de convocar la Conferencia y que fue calurosamente acogida. Todas las organizaciones de Rusia y del Cáucaso se agruparon instantáneamente alrededor de ella. Pero mientras en Rusia la Comisión de organización trabajaba con éxito en la preparación de la Conferencia, en el extranjero, los antiliquidadores del partido socialdemócrata polaco y lituano, y los bolcheviques *partiitsi* suscitaban dificultades. Resultaron rozamientos entre la mayoría de la Comisión técnica exterior y los representantes de la Comisión de organización interior.

El representante del partido socialdemócrata polaco y lituano dejó la redacción del órgano central (después de la conferencia de los miembros del Comité central antiliquidadores del 5 de junio de 1911, los liquidadores de Martov y Dan fueron eliminados de la Redacción de *El Socialdemócrata*. Cuando el camarada Leva, miembro de la Comisión técnica, se dio cuenta que *El Socialdemócrata* aparecía sin la colaboración del delegado del partido socialdemócrata polaco y lituano, me apremió en términos categóricos para que cesase de enviar el órgano central a Rusia y expedir el *Boletín de Información* que empezaba a publicar la Comisión técnica exterior (en total, aparecieron dos números).

Excuso decir que, me negué a obedecerle y escribí con este objeto una carta a la Redacción de *El Socialdemócrata*, que la insertó.

En otoño de 1911, Leva, de paso por Leipzig, vino a verme. Venía de París y de Berlín, donde, probablemente, había conferenciado con los camaradas que guardaban los fondos de los bolcheviques para que cesasen de dar el dinero necesario para la impresión de *El Socialdemócrata* y para el transporte. Cuando se

convenció de que yo no suspendería la expedición de *El Socialdemócrata*, me dijo que la Comisión técnica me retiraba los fondos que me adjudicaba para la organización del transporte.

A principios de noviembre recibí de Lenin una carta urgente, en la cual me indicaba que saliera inmediatamente para Praga y hacer todos los preparativos necesarios para que la Conferencia del partido pudiese reunirse. A esta misma carta había agregado algunas palabras que Lenin dirigía al socialdemócrata checo Némets. Salí inmediatamente. Némets me presentó a dos socialdemócratas checos —el gerente de la Casa del Pueblo y su adjunto—; reunidos, hicimos los preparativos que necesitaba la Conferencia. Me entendí con los checos respecto a las permanencias, en dónde debían presentarse los camaradas que iban a llegar de París y Leipzig, lo mismo que respecto a las conversaciones telefónicas que tendría con ellos desde Leipzig. Terminados los preparativos, regresé a Leipzig y avisé a Lenin. Por mi parte, tomé mis disposiciones para recibir en Leipzig a los delegados que venían de Rusia.

En muchas ciudades de Rusia, los delegados estaban ya designados y los esperábamos de un día o otro. A mediados de diciembre recibe una carta de Nathan, expedida desde Suwaiki, en la cual me informaba que cuatro personas se presentarían en nuestra permanencia secreta con nuestra consigna, y que habían atravesado la frontera. Esperé un día, dos días, y no aparecían. Iba varias veces al día a la permanencia donde aquéllos debían presentarse²⁸. Finalmente, su retraso empezó a inquietarme se-

²⁸ En Alemania, cerca de la frontera rusa, pululaban los agentes de las Compañías marítimas alemanas, que obligaban a los emigrantes rusos, con el apoyo de los gendarmes alemanes, a tomar sus billetes a ellos. Los gendarmes cogían a emigrantes y los metían en cuarentena (los emigrantes designaban a esta cuarentena con el nombre de “baños”), donde los retenían de seis a ocho días. Los que, efectivamente, se dirigían a Londres o América, eran enviados por grupos enteros a los cuartos alemanes, mientras que los que no tenían pasaporte y no querían ir a Londres ni a América, eran arrojados a Rusia. En 1903, el camarada Nockov fue detenido en estas condiciones en la frontera prusiana. En los años siguientes, muchos camaradas sufrieron esa

riamente. Pregunté la hora de llegada del tren de Berlín, y decidí ir a la estación, con la esperanza de que los camaradas extrañados quizás hiciesen su aparición. Al llegar a la estación vi salir cuatro hombres. Reconocí, enseguida, por su aspecto, que eran rusos; marchaban juntos, calzados con polainas, cuando nadie las usaba en Leipzig, con gruesos gabanes y casquetes de piel. Entre ellos, tres eran de talla pequeña; el cuarto (Zaloutski) era un gran mocetón.

Pensé que eran seguramente los camaradas que esperaba. Pero antes de acercarme los examiné de pies a cabeza. Se aperci-bieron. Finalmente, me aproximé a ellos y les pregunté cuál era la calle que ellos buscaban. Me respondieron que no me importaba. Viendo esto, les pregunté si ellos no buscaban la Tseitsens-trass (la calle de la permanencia donde ellos debían presentarse); uno de ellos me respondió que no. Decidí, de todas maneras, no dejarlos y seguirles los pasos. Una discusión empezó entre ambos. Uno de ellos decía que yo era un policía; los otros pretendían que yo había venido a su encuentro. Finalmente, Pablo Dogadov, me parece, se aproximó a mí y entabló conversación. Vimos seguida que nos buscábamos mutuamente y fuimos juntos al domicilio de Zagorski, en el cual había preparada una habitación para ellos. Estos cuatro camaradas eran delegados a la Conferencia.

Dos eran obreros de Petersburgo: Spepan Onououfrieu y Zaloutfki; uno era de Kazan, Pablo Dogadov, y uno de Nicolaviev, Serepriakov. Claro está que yo informé inmediatamente Lenin de su llegada. En respuesta, recibí de él una carta, en la cual me decía que muy probablemente el delegado de Moscú se habría hecho prender, y que con la ausencia de un delegado Moscú era difícil abrir la Conferencia. También Lenin me pedía enviara con urgencia a alguien allí abajo para tratar que se designase un nue-

misma suerte. Yo temía que estos cuatro camaradas hubiesen caído en el “baño”, por más que, al pasar la frontera, hubiesen recibido un itinerario a través de ciudades alemanas que no tenían gendarmes ni Compañías marítimas.

vo delegado. Al recibir esta carta decidí enviar a Moscú al camarada Lázaró Zelikson, que trabajaba entonces en Leipzig en calidad de pulidor de madera. Lázaró aceptó, y el 1° de enero de 1912 salió de Leipzig.

Algunos días después de su salida, Nathan me informó había hecho pasar la frontera a dos personas que se habían presentado en nuestra permanencia, y que habían salido directamente para París (Nathan me tenía regularmente al corriente de los pasajes, puesto que era yo quien los pagaba y no los camaradas; esto lo hacía para evitar que nuestros camaradas fuesen robados por los contrabandistas). Al mismo tiempo, Nathan me informaba que un gendarme estaba encargado de vigilar las habitaciones amuebladas a donde iban las personas que deseaban pasar la frontera. Se trataba justamente de nuestra permanencia. Nathan me dio una nueva dirección y una nueva consigna, y agregó que si alguien se presentaba en la antigua dirección no había por qué temer, ya que el gendarme no detendría a nadie.

Efectivamente, nadie fue detenido. Me enteré que el delegado de Moscú extraviado, Felipe Golotchtchekine, y el esbirro Matvei, se habían dirigido a París. Este último, sin duda, había dado a conocer la dirección de nuestra permanencia en la frontera. Me enteré, por una carta que me escribió Nadejda Konstinova, que el delegado de Moscú “perdido” había sido seguido y que le había costado mucho trabajo llegar hasta Dvinsk, donde habitaba su hermana. En casa de ella se había encontrado con Matvei, que también se dirigía a la Conferencia con la autorización de Simón Schwartz, desde ese momento encarcelado, entregado muy probablemente por el mismo Matvei. Cuando me enteré por Nathan que nuestra permanencia era “quemada” y que Matvei había pasado la frontera para dirigirse a la Conferencia, me apresuré a enviar el telegrama de que ya hablé más arriba, en el cual pedía que se eliminase a Matvei.

Lázaró me informó que había podido reunir a los camaradas que militaban en las organizaciones obreras legales en Moscú, y que éstos habían designado un delegado a la Conferencia; pero

que después de las últimas detenciones no había llegado a tocar la organización clandestina. Lázaro dio al delegado las direcciones y la consigna, después de lo cual fue detenido, probablemente con el concurso del mismo delegado, que no era otro sino el agitador Malinovski.

Malinovski hizo conocer su llegada al extranjero por un telegrama que expidió desde Alemania a la dirección de nuestra permanencia secreta. En este telegrama pedía que no se empezase la Conferencia antes de que él fuese.

Después de la llegada de los cuatro primeros delegados, llegó a Leipzig M. Gourvich (llamado también Matvei), delegado por las organizaciones del partido de Vilna y de Dvinsk. La Conferencia había ya empezado, y yo ya estaba en Praga cuando se me informó de Leipzig que un delegado de las organizaciones ilegales de Toulá, Alia (Jorge Romanov, un provocador), acababa de llegar. Romanov, que no tenía la dirección de mi permanencia, se había dirigido a casa de Boujkarin, que se encontraba entonces en Alemania, en Hannover. Muy probablemente, Boujkarin había escrito a París, de donde le habían comunicado mi dirección de Leipzig. La Comisión de organización decidió admitir a Romanov. Además de Felipe, se dirigieron directamente a la Conferencia: Valentín (Borovski), delegado de Saratov; Sava (Zevin), delegado de la organización menchevique de Kiev; Sergio (Orijkitze), delegado de Baku. Estos dos últimos formaban parte de la organización de la Comisión.

Cuando llegué a Praga, la Conferencia había ya comenzado, y la discusión giraba sobre el dictamen de la Comisión de organización. Esta proponía a los delegados constituirse en Conferencia panrusa, con el derecho de elegir las instituciones centrales del partido realmente existentes (la Comisión había invitado a Plekjanov, a Gorki, al grupo de Vperiod, al partido socialdemócrata polaco y lituano y a las otras tendencias antiliquidadoras). Contra la constitución de la Conferencia en Conferencia panrusa, el delegado de Ekaterinoslav (Zevin) se opuso con vehemencia. Malinovski declaró que en lo que a él concernía vota-

ría en contra, habiendo recibido mandato imperativo de sus electores de Moscú (lo que no le impidió votar al día siguiente la proposición de la organización). Que yo me acuerde, Sava se abstuvo en el momento de votar.

Además de los camaradas que he mencionado ya, asistían a la Conferencia: Lenin, Zinoviev, como redactores del órgano central (Zinoviev tenía además un mandato de la organización de Moscú); Nadejda Kroupskaia, Kamenev (éste llegó cuando la Conferencia había comenzado) y el camarada Alexandrov (Semachko); estos últimos, delegados por el Comité de organizaciones de apoyo bolchevique en el extranjero.

La Conferencia se celebró en la Casa del Pueblo de los socialdemócratas checos (después de la escisión de 1920, los socialdemócratas checos, con el concurso de la Policía, se apoderaron de la Casa del Pueblo, aunque la aplastante mayoría de partido se había adherido a la Internacional comunista). Los delegados tomaron igualmente sus comidas en el restaurante la Casa del Pueblo, y se alojaron en casas de los obreros checos, miembros del partido socialdemócrata.

La Conferencia se prolongó dos semanas. No recuerdo exactamente el orden del día. Me acuerdo que se discutió la cuestión de los liquidadores, que la Conferencia excluyó del partido; la cuestión del momento actual y de las elecciones de la cuarta Duma; la cuestión de la fracción parlamentaria (la Conferencia comprobó que la acción de ésta había mejorado); la cuestión de organización; la campaña de seguros sociales (en su resolución sobre esta cuestión, la Conferencia examinó con detalle la ley votada por la tercera Duma sobre las cajas de enfermedad, etc., y formuló las reivindicaciones de la socialdemocracia revolucionaria para el seguro de los obreros, reivindicaciones que el Poder soviético realizó efectivamente); la cuestión de la Prensa socialdemócrata ilegal; las formas de las organizaciones de apoyo en el extranjero; la cuestión del hambre; la política de bandolerismo del zarismo en Persia y en China; la cuestión del órgano central y de las elecciones en las instituciones centrales del par-

tido. La Conferencia escuchó con atención los dictámenes de los delegados de provincias, que subrayaron la necesidad de reforzar el trabajo para constituir células ilegales y unir las con los socialdemócratas revolucionarios de las organizaciones obreras legales, agrupando aquéllas por profesiones.

Los dictámenes de los delegados de provincias y del representante de la Comisión de organización en Rusia para la convocatoria de la Conferencia, dieron un cuadro preciso de los esfuerzos hechos por las poco numerosas organizaciones locales bolcheviques para guardar el contacto con los obreros de las fábricas. Entre estos últimos, la Okhrana trataba de hacer penetrar sus enviados disfrazados de bolcheviques *duros*, que entregaron a los mejores camaradas de las organizaciones desde que estas empezaron a funcionar bien. Los camaradas que quedaron en libertad tuvieron que empezar a volver de nuevo.

Los bolcheviques de la vieja guardia leninista, revolucionarios profesionales, escapados de cárceles y de la deportación, regresaron a Rusia para venir en su ayuda. El trabajo fue entusiasta, y las detenciones se repitieron. Esto se hizo bastantes veces y en muchas ciudades.

De todos modos, la Okhrana jamás pudo destruir completamente las organizaciones bolcheviques locales, en que los obreros del país tenían una gran confianza, como lo demostraron más adelante los años 1913 y 1914.

Los obreros no se fueron a los mencheviques y liquidadores, aunque la Policía raramente había hecho uso de la violencia sobre este aspecto.

Muchos de los delegados a la Conferencia por las organizaciones regionales (Ural, Siberia, etc.), no pudieron dirigirse, y ellos mismos y las organizaciones que los habían designado fueron detenidos.

La Conferencia se celebró en una época en que los síntomas de una recrudescencia del movimiento obrero eran ya evidentes. Me acuerdo del vivo eco que encontró en la Conferencia la noticia, aparecida en los periódicos alemanes de Praga, que habían

tenido lugar en Riga colisiones entre la Policía y los obreros. Los periódicos anunciaban que en una fábrica donde trabajaban mujeres, había cesado el trabajo; la Dirección no había querido abrir las puertas; de modo que las obreras huelguistas se habían tenido que quedar dentro de la fábrica. Cuando los obreros de las fábricas vecinas se enteraron, se dirigieron ante la fábrica de huelga, forzaron las puertas y pusieron en libertad a las obreras. Intervino la Policía, y los obreros se defendieron.

Por la mañana, antes de que se abriese la sesión de la Conferencia, enseñe el periódico a Lenin. Cuando la sesión se abrió, éste comunicó la noticia a los delegados, y agregó que los síntomas denotaban que los tiempos de negra reacción se mantenían vivos.

He de hacer notar dos hechos sin gran importancia, que me han quedado presentes en la memoria. Cuando la cuestión del órgano central se puso a discusión; me dirigía vivamente al Comité de redacción y le reproché el olvidar que El Socialdemócrata existía, no solamente para los camaradas residentes en el extranjero, que están al corriente de todo lo que acontece en el partido, sino para los camaradas de Rusia. Como prueba, di lectura de algunos extractos del órgano central conteniendo violentos ataques personales contra el representante del partido socialdemócrata lituano en el Comité de redacción. Pregunté quién había introducido estas costumbres en el órgano central, el artículo que yo citaba no estaba firmado); el camarada Felipe presidía la sesión. Cuando terminé la lectura de mis citas, el presidente me llamó al orden por intervenir contra el espíritu de camaradería que yo acababa de invocar, sin darse cuenta de que las palabras que yo había pronunciado no eran las mías, sino las del órgano central. En este momento, Lenin se declaró autor del artículo. Los conferenciantes se morían de risa, mientras que el presidente quedaba confuso.

Propuso transformar el órgano central en revista teórica mensual, a la manera de la *Neue Zeit* ("Tiempos Nuevos"), órgano teórico del partido socialdemócrata alemán, ya que para el gran

público había en el extranjero *El Periódico Obrero Popular*, y en Rusia, *La Zaviezda* (“La Estrella”). Mi proposición fue desechada; pero, no obstante, la Conferencia votó que el órgano central insertase con preferencia los artículos de propaganda.

La elección del Comité central debía hacerse por escrutinio secreto; pero todos los delegados en la Conferencia conocían los candidatos designados. Cuando entre los candidatos apareció el nombre de Malinovski, me incliné contra esta candidatura (creo que en la Conferencia tomé la palabra contra Malinovski).

Lenta la sostenía. Cuando antes del escrutinio la sesión fue suspendida, Lenin se aproximó a mí y me preguntó por qué estaba yo contra esta candidatura.

Le respondí que Malinovski estaba muy alejado del trabajo del partido, que la organización ilegal de Moscú no le había designado, que había venido a la Conferencia por casualidad y que, a fin de cuentas, se le conocía poco. Además, indiqué a Lenin que en 1903 se había engañado haciendo entrar en el Comité Central como bolchevique *duro* a Kniaguin, que en 1904 se volvió un conciliador furibundo. Lenin no fue de mi opinión. Tenía a Malinovski por un militante activo y capacitado. Excuso decir que en aquel momento nadie creía que éste sería con el tiempo un provocador.

Después de la Conferencia, Lenin, Serbo, Timotcei, Felipe, Víctor y Malinovski (elegidos todos, lo mismo que Zinoviev, para el Comité central) se dirigieron a Leipzig, adonde yo regresé después que hice salir de Praga a todos los delegados.

Después de mi regreso a Leipzig se recibió la noticia que Poletaiev y Choarkanov, miembros de la tercera Duma, habían llegado a Berlín. La fracción parlamentaria socialdemócrata había sido invitada a la Conferencia; pero sus delegados no habían llegado a tiempo. No habían dado su dirección; pero se les podía escribir a la lista de Correos. Cuando Lenin se enteró de la llegada de los dos diputados, me rogó que los invitara a Leipzig. Como no me parecía posible comunicarles, en una carta dirigida a la lista de Correos, la dirección de nuestra permanencia en

Leipzig, envié a Berlín a Zagorski, que encontró a los delegados y los trajo al día siguiente por la tarde a Leipzig. Después de su llegada, empezaron las complicaciones. Lenin no quería que Chourskanov (era entonces menchevique *partiitsis*) supiese que Malinovski había entrado en el Comité central. Fue necesario celebrar las sesiones del Comité central unas veces con Poletaiev, sin Chourskanov, y otras con éstos sin Malinovski. Chourskacov seguramente no sabría que el Comité central se reunía sin él. Las sesiones tenían lugar en la imprenta de *Leipziger Volkszeitung*, en el despacho del director, el camarada Seifert.

La primera noche que me encontré en el café con los diputados Poletiev y Chounkanav, me di cuenta que estábamos vigilados. Me inquieté seriamente.

En ese momento se encontraba en Leipzig todo el Comité central ruso y la mayor parte de los delegados de la Conferencia, que esperaban su salida para Rusia. Antes de mi regreso a Praga, ya no estaba vigilado. La vigilancia había sido provocada, por consiguiente, por la Conferencia. Pero, además de los que habían asistido y de tres camaradas solamente, que de una manera o de otra habían venido a ayudarme, nadie estaba al corriente de mi existencia. Al día siguiente me dirigí a casa de Malinovski y de Timocei, que vivían en casa de un socialdemócrata de los alrededores de Leipzig, en un pequeño hotel. Tan pronto descendí del tranvía, me di cuenta que el hotel estaba vigilado.

Cuando salimos los tres (debíamos ir a una reunión del Comité central, a la cual asistirían los dos diputados de la Duma), un policía nos siguió. Tuvimos que dar muchas vueltas antes de poder desembarazarnos de él. A medida que caminábamos, Malinovski no cesaba de expresar el placer de que Leipzig le recordase Rusia, ya que era necesario deshacerse de un policía, lo mismo que en Rusia. No obstante esta vigilancia, yo estaba convencido que la Okhrana ignoraba dónde se había celebrado la Conferencia y quiénes habían asistido. Nadie se figuraba que dos provocadores se habían filtrado.

Las reuniones de los representantes del Comité Central con

los diputados de la Duma se terminaron sin incidentes. Después de lo cual, los diputados de la Duma, Timocei y yo, según decisión del Comité central, salimos para Berlín, en donde debíamos dirigirnos a casa del que guardaba los fondos bolcheviques, Kautski. Nuestra delegación tenía el encargo de informar a éste de que se había celebrado una Conferencia panrusa del partido, que en ella habían elegido Comité central, al cual había transmitido todo el haber del partido, comprendido los fondos que los bolcheviques habían dejado en depósito a los “depositarios”, conforme a la decisión de la sesión del Comité central de 1910. Lenin se dirigía también a Berlín para conocer el resultado de la gestión con Kautski. La misma tarde, la delegación fue a ver a Kautski. La discusión fue bastante larga, pero no dio resultado. Kautski quiso conocer la actitud que tendrían respecto a la Conferencia de enero los otros concurrentes del partido obrero socialdemócrata de Rusia antes de responder a la petición del Comité central. Por la noche nos encontramos con Lenin en un restaurante, y le comunicamos nuestra entrevista con Kautski, después de lo cual tomó el tren para París.

Los diputados de la Duma quedaron en Berlín. Timocei y yo regresamos a Leipzig. Todos los delegados de la Conferencia consiguieron entrar rápidamente en Rusia sin dificultad. Me lo comunicaron; pero el más puntual fue el provocador Alia Romanov; desde la frontera me envió una carta anunciando que había llegado bien. La Conferencia de enero tuvo un gran alcance. Reconstruyó las instituciones centrales del partido, que subsistieron hasta la Conferencia de abril de 1917. El Comité central y el Comité de redacción del órgano central, elegido en la Conferencia de enero, se pusieron en contacto con todas las organizaciones de Rusia, crearon su periódico diario en Petersburgo (*La Pravda*) y dirigieron la actividad de seis diputados de la cuarta Duma. Hasta 1914, el Comité central y el Comité de redacción del órgano central, elegidos en la Conferencia de enero de 1912, asumieron de hecho la dirección (en el terreno ideológico como en el terreno de organización) del movimiento obrero de Rusia.

En el verano de 1912, Lenin y el Comité de redacción del órgano central se trasladaron de París a Cracovia para estar mejor y seguir los acontecimientos de Rusia y obrar enseguida. Camino de Cracovia, Lenin, Nadejda Constantinovna y su madre, pasaron algunos días en Leipzig, durante los cuales se trató entre nosotros largamente de la socialdemocracia alemana. Yo la defendía con todas mis fuerzas, mientras que Lenin era ya muy escéptico. Después de 1917, Lenin se burlaba con frecuencia de las maniobras de “mis amigos”, los socialdemócratas alemanes.

X**Mis relaciones con el movimiento obrero alemán. 1909 – 1913**

Cuando en 1902 me puse en contacto por vez primera con el obrero alemán, éste me hizo el efecto de vivir soberbiamente. Los obreros que yo veía en las reuniones estaban excelentemente vestidos (en comparación, desde luego, con los obreros rusos), bebían gran cantidad de cerveza y comían muchos *sandwichs*. Los alojamientos de los militantes socialdemócratas que yo acababa de visitar eran bastante agradables. Si a esto se agrega las libertades de que gozaban, tenemos el “ideal” con que yo soñaba entonces para el proletariado ruso. Sin embargo, mi “ideal” no tardó en quedar desvanecido. Pude advertir, cuando comencé a frecuentar los barrios y los alojamientos obreros, que éstos en nada se parecían a los que había visto anteriormente; estos alojamientos se componían de una entrada que hacía las veces de cocina y de un cuartito donde vivía una familia de cuatro o cinco personas. El ajuar distaba mucho de ser confortable.

A pesar de la prosperidad industrial, una multitud de cesantes (obreros parados), naturales de Berlín o llegados de otros puntos, se prensaban materialmente en la Casa del Pueblo donde radicaban todos los sindicatos de Berlín. Los “asilos de noche” estaban repletos de gente sin domicilio.

No estaban mucho mejor las libertades prusianas. En los mí-

tines convocados por los socialdemócratas, el comisario de Policía, sentado entre los miembros de la Junta, disolvía frecuentemente la reunión por el más mínimo motivo, sobre todo cuando el presidente se negaba a hacer salir a las mujeres y a los jóvenes que, según la ley, no podían asistir a las reuniones públicas de carácter político. Los procedimientos seguidos y la rapidez con que obraba la Policía para hacer evacuar la sala eran, por otra parte, asombrosos.

Con todo, a pesar del derrumbamiento de mi ingenuo “ideal”, a medida que iba aprendiendo a conocer el movimiento obrero alemán, experimentaba una profunda impresión.

El partido socialdemócrata alemán era, antes de la guerra, el único partido político del proletariado alemán. Su organización se extendía no sólo a las ciudades de población obrera, sino también a los campos. En toda la región fronteriza rusoprusiana que hube de frecuentar, región habitada por población rural, encontrábame por doquier con pequeñas organizaciones del partido, a las cuales me dirigía siempre para que me ayudasen en mi labor.

Ya en 1903, el partido socialdemócrata alemán contaba con algunos centenares de miles de asociados y algunos millones de suscriptores a su Prensa diaria. Cada ciudad de Alemania, por poco industrial que fuese, tenía su diario. El partido poseía grandes imprentas y casas editoriales que, a su vez, disponían de sucursales repartidas por toda Alemania. La socialdemocracia alemana tenía un ascendiente enorme sobre la clase obrera y sobre los elementos pobres de las ciudades; en 1903 logró obtener más de tres millones de sufragios en las elecciones para el Reichstag, a pesar de que las mujeres y los soldados fueron privados del derecho al voto y de que la ley electoral se restringió muchísimo, sobre todo para los obreros.

Todos los mítines que organizaban los socialdemócratas por las causas más diversas se veían concurridísimos, llegando a tener lugar, en Berlín, un centenar de mítines en el mismo día. La socialdemocracia tenía sus representantes en todas las instituciones electivas, comenzando por el mismo Parlamento del imperio

(una cuarta parte de los diputados del Reichstag) y acabando por los Parlamentos de Estado y las municipalidades rurales y urbanas de toda Alemania.

La socialdemocracia estaba a la cabeza de un movimiento sindical de tres millones de trabajadores que dirigía de hecho, no solamente en los organismos centrales, sino en el país y en las fábricas. (Los sindicatos designaban sus delegados, a razón de uno por determinado número de sindicalizados que trabajasen en la fábrica. Estos delegados se encargaban de recoger las cotizaciones. Eran escogidos, principalmente, entre los militantes socialdemócratas.) Los socialdemócratas tenían igualmente, entre sus manos, las cooperativas obreras de producción y de consumo con sucursales en todas las ciudades de Alemania, y competían, victoriosamente con el comercio privado, dando productos de la mejor calidad.

Por medio de los sindicatos, y sobre todo por sus delegados, los socialdemócratas alemanes se hallaban excelentemente unidos con los obreros de las fábricas. Por otro lado, la Prensa diaria del partido, las Casas del Pueblo, con sus cafés y sus restaurantes, la innumerable cantidad de cervecerías-restaurantes al cargo de militantes del partido, rendían grandes servidos a la socialdemocracia y le aseguraban un constante contacto con las masas obreras. Se hace preciso decir que los alemanes, comprendidos los obreros, pasan casi todo su tiempo libre en los restaurantes, cervecerías y cafés. En estos lugares es donde se celebran las reuniones de los sindicatos, de las cooperativas, del partido, entre otros, y ahí mismo los obreros cambian conversaciones sobre sus ideas, discuten, leen los periódicos y pasan el rato.

En esta época, la burguesía luchaba contra los socialdemócratas, negándoles, entre otras cosas, locales que necesitaban para celebrar sus mítines o sus reuniones de partido, pues al aire libre estaba prohibido hacerlo. El partido socialdemócrata se vio así en la obligación de construir sus Casas del Pueblo, haciendo un llamamiento a los recursos de los obreros. Las cooperativas, los sindicatos, las organizaciones todas del partido dieron comienzo

a la construcción de Casas del Pueblo. Al propio tiempo, el partido incitaba a sus afiliados a abrir cervecerías-restaurantes. Los propietarios eran preferentemente aquellos miembros del partido boicoteados por los fabricantes. Estos dueños de cervecerías socialdemócratas son hasta hoy un serio apoyo para la socialdemocracia, domesticada por la burguesía alemana.

Si se considera que en ningún otro país —excluyendo a Rusia— existía un movimiento obrero tan potente como en Alemania, se comprenderá el porqué yo me convertí en un ardiente defensor de la socialdemocracia alemana en el período de antes de la guerra. Confieso que más de una vez he soñado con ver en Rusia un movimiento obrero de tanta fuerza.

Se sobreentiende que yo también advertía los defectos del movimiento obrero alemán. Los sindicatos firmaban contratos a largo término con los patronos sobre la duración de la jornada de trabajo, los salarios y las condiciones de trabajo que ataban de pies y manos a los obreros. Además, en 1905, el Congreso nacional alemán de los sindicatos, compuesto en su mayor parte por delegados socialdemócratas, se pronunció en contra de la huelga general política como medio de lucha (las grandes huelgas rusas de 1905 plantearon esta cuestión en Alemania); bien es verdad que algún tiempo después de esto el Congreso de la socialdemocracia alemana se pronunció, por una enorme mayoría, partidario de la huelga general. Entre el grueso del partido y los socialdemócratas militantes en los sindicatos se formó una profunda fisura.

Es preciso reconocer que los oportunistas alemanes que se encontraban a la cabeza de los sindicatos se habían aprovechado; pero yo estaba absolutamente convencido que, mientras el partido socialdemócrata fuese fuerte y tan grande su autoridad sobre la masa obrera, podría llevar a ésta al combate y vencer al oportunismo en toda la línea. Hubiera podido hacerlo, bien seguro, si hubiera querido; pero no quiso. El partido, absolutamente legal, se hallaba hasta tal punto adaptado a esta legalidad, que no organizaba manifestaciones que hubiesen sido prohibidas por la Po-

licía, y se inclinaba muy cuerdamente ante sus arbitrariedades cuando en Prusia, por una futilidad cualquiera, se disolvían por la fuerza sus mítines.

Era doloroso ver a los socialdemócratas berlineses renunciar a manifestarse en el cementerio de Frederiksheim, donde fueron inhumadas las víctimas de la revolución de 1848, en la celebración del aniversario de los funerales, simplemente porque la Policía no autorizaba la manifestación. En estas jornadas de aniversario, los visitantes más fervientes del cementerio eran los socialdemócratas rusos que en aquella época vivían en Berlín.

Por su ciego respeto a la ley, los socialdemócratas alemanes han educado a la clase obrera en un ambiente de legalidad excesiva. Raros eran los miembros del partido que recordaban la ley de excepción dirigida contra los socialistas²⁹; en cuanto a estos que se recordaban y que la habían vivido, se consideraban casi como unos mártires, bajo pretexto de que el granero de la casa en que habitaban había sido registrado minuciosamente y de que la Policía prusiana los había expulsado la misma víspera de Navidad, haciéndoles trasladarse de Prusia a Saxe (estos dos hechos, que han quedado grabados en mi memoria, fueron entresacados de algunas conversaciones que sostuve que dos militantes de la organización berlinesa del partido socialdemócrata: el pre-

²⁹ El canciller Bismarck, el 19 de octubre de 1878, hizo votar por el Reichstag la ley contra los socialistas.

El motivo que dio lugar a esta ley fueron los dos atentados dirigidos contra el emperador Guillermo por el obrero hojalatero Herdel, el 11 de marzo de 1878, y por el doctor Nobel, el 2 de junio del mismo año (este último hirió gravemente al emperador); pero estuvo claro para el mundo que Bismarck tomó pretexto del atentado para paralizar la influencia de la socialdemocracia sobre los obreros.

La ley de excepción recluía al partido socialdemócrata alemán en la acción clandestina. Se les prohibía publicar sus diarios, convocar a reuniones públicas y a las asambleas del partido; difundir los escritos socialdemócratas y recibir fondos para el partido, de otra parte se defendía la no adhesión al partido y sus organizaciones.

El partido publicó su órgano central en el extranjero, y allí celebró sus Congresos. A pesar de las persecuciones, trabajó con mucho éxito, como lo

sidente del sindicato de la encuadernación, Silber, y el grabador Peterson).

El hecho de que los miembros del partido socialdemócrata alemán fueran educados en la legalidad, destaca a los miembros del partido comunista alemán procedentes de la socialdemocracia. Aun hoy se habitúan difícilmente a la existencia ilegal del partido. Muchos de ellos, por sus actos desprovistos de toda prudencia, perjudican al partido seriamente. Cuando son detenidos, tanto en el sumario como ante el Tribunal, es su deber de honrado ciudadano de la República alemana el decir todo lo que saben.

Yo me iba dando cuenta de muchos otros prejuicios de la táctica de la socialdemocracia alemana. Para no ir en contra de la ley, los socialistas no militaban, antes de la guerra (y con mayor razón durante la guerra), entre los soldados del imperio alemán, bajo pretexto de que la socialdemocracia podía hacer su propaganda entre los jóvenes antes y después de su servicio militar. Además, nosotros, rusos, estábamos indignados ante la actitud de los militantes del partido y de los obreros llamados bajo las

demuestran las elecciones al Reichstag, qué tuvieron lugar en el periodo en que la ley contra los socialistas estaba en vigor.

Este cuadro da el número de puestos y de sufragios obtenidos por los socialdemócratas durante este periodo:

	Número de puestos	Número de sufragios	% en relación al total de sufragios
Antes de la aplicación de la ley	12	493.447	6
Julio 1878, después de atentado contra el emperador	9	437.158	8
1881, bajo la ley de excepción	12	311.961	6,1
1884, " " " " "	24	599.990	9,7
1890, " " " " "	35	1.427.248	20

El 25 de enero de 1890, el Reichstag abolió la ley de excepción (por 169 votos contra 98). En esta época, a pesar de estar en la ilegalidad la socialdemocracia alemana, desplegó una enorme actividad en la clase obrera de tal suerte, que forzó a la burguesía a abolir la ley contra los socialistas.

banderas del ejército imperial; consideraban los días pasados en el servicio militar como los más dichosos de su vida; hablaban de ello con orgullo, como si se tratase no del ejército imperial, sino de su ejército rojo —el ejército del proletariado alemán que hubiera conquistado el Poder—.

A pesar de todas las faltas que yo encontraba en la dirección del movimiento obrero alemán, me hallaba convencido que la lucha de clases que iría desarrollándose incesantemente en Alemania rectificaría la táctica de los socialdemócratas, pues consideraba a los militantes y a los jefes de la socialdemocracia, detrás de los cuales marchaban las masas obreras, como adeptos sinceros del marxismo revolucionario y hombres abnegados del movimiento obrero.

Únicamente en Leipzig, de 1909 a 1912, pude aprender a conocer al detalle la organización local del partido y su acción militante. La asamblea general de la circunspección elegía el Comité local. Este era el único permanente. El secretario estaba secundado por tesoreros, que eran los encargados de visitar las casas de los afiliados al partido y recoger sus cotizaciones. Las conferencias y folletos eran distribuidas a domicilio. Determinados miembros del partido tenían a su cargo la repartición o difusión de folletos en las calles.

La campaña electoral de 1911 para las elecciones del Reichstag fue organizada de una manera verdaderamente interesante. Cada grupo, llevando a la cabeza a un delegado del Comité del partido de Leipzig, recibió una lista indicando la profesión y la dirección de los electores residentes en las calles que el grupo debía visitar. De esta lista, el grupo seleccionaba los obreros, los artesanos y los modestos empleados, dirigiéndoles, bajo sobre, todos los folletos que hacían referencia a la campaña electoral. El sobre era enviado por correo o entregado a mano por los miembros del grupo. Días después, los miembros del grupo pasaban por el domicilio de los destinatarios y les explicaban los detalles y el sentido y orientación de los folletos que habían recibido.

Hablo de esta campaña electoral porque tuve ocasión de tomar parte en ella.

Muchos partidos comunistas de Occidentes podrían hoy todavía, paralelamente con la existencia de las “células de fábrica”, aplicar este método de agitación en sus diferentes campañas.

La organización socialdemócrata de Leipzig llevó, desde esta época, la dirección única de todas las organizaciones movimiento obrero de Leipzig y su circunspección.

El Comité convocaba reuniones confidenciales de militantes. Estas reuniones se mantenían en secreto, no solamente para la Policía, sino también para las organizaciones del partido. Ante estas asambleas, los elementos directivos de los sindicatos, de las cooperativas, los delegados obreros en las cajas de seguros de enfermedades y los representantes del Comité del partido, presentaban sus informes. Se designaban candidatos en todas organizaciones precitadas y se tomaban resoluciones sobre asuntos presentados. Se decidía quién habría de tomar la palabra en las reuniones del partido, quién debería proponer la composición o, mejor dicho, los componentes de la oficina y los candidatos al Comité del partido; quién tendría que dar lectura a las resoluciones en las reuniones y en las conferencias oficiales, etc. En Leipzig, estas reuniones secretas las denominaban “Carbonería”.

Muchos camaradas rusos que pasaban a Leipzig criticaban a los socialdemócratas alemanes; pero me parecía que los criticaban porque no apreciaban exactamente su obra.

En el verano de 1912, cuando Lenin vino a Leipzig en sus conversaciones conmigo me manifestó sus reproches sobre el partido socialdemócrata, al que acusaba de inercia, de no combatir más que con palabras a los oportunistas que se cruzaban en su camino, y de no hacerlo, en todo caso, más que la víspera de los Congresos. Le reprochaba igualmente el no llevar a la práctica las resoluciones votadas por estos últimos. Lenin estimaba desde esta época que la socialdemocracia estaba demasiado a fondo impregnada de oportunismo e integrada por la Alemania burguesa. En esto ya no estaba yo de acuerdo. Luego hubo de

verse que el partido socialdemócrata alemán estaba hasta tal punto integrado por la Alemania burguesa imperialista, que se agarró a ella en el momento en que, en noviembre de 1918, el proletariado alemán, sublevado, se colocó a la cabeza de la revolución. Desde luego, si esto hubiera dependido de él, y no de la clase obrera alemana, Alemania estaría aún bajo el régimen monárquico.

Cuando, en agosto de 1914, en la prisión de Samara, supe por un gendarme que Plekhanov se indignaba por la guerra y que la fracción socialdemócrata del Reichstag había toda ella votado los créditos de guerra, experimenté un verdadero sentimiento doloroso. Confieso que la actitud de Plekhanov me sorprendió menos que la del partido socialdemócrata alemán. Este partido y sus Congresos, ¿no habían constantemente condenado a las fracciones socialdemócratas de los *landtag* del gran ducado de Baden y de la Hesse por su propensión a votar los presupuestos locales. Y he aquí que toda la fracción socialdemócrata del Reichstag votaba los créditos de guerra o, dicho de otra manera: votaba por la guerra, aun entonces que la “defensa” de la patria no dependía del voto de los socialdemócratas, ya que los partidos burgueses disponían de las tres cuartas partes de las plazas del Reichstag.

Comprendí entonces que la socialdemocracia no era de hecho ni internacionalista ni revolucionaria. Ahora creo que, aun no habiéndose inclinado por la guerra, la socialdemocracia alemana hubiera terminado, como hoy, por colaborar con todos los partidos burgueses. Un partido tan considerable y tan fuerte como era la socialdemocracia alemana antes de la guerra, tenía dos caminos a seguir: luchar por la conquista del Poder en beneficio del proletariado, o pactar con la burguesía. La socialdemocracia renunció a seguir el primer camino, aun cuando en 1918 el Poder cayó en sus manos.

XI

París 1912 – 1913

En el verano de 1912, la situación parecía disponer mi regreso a Rusia. A causa de la transferencia de los organismos centrales del partido de Austria (Cracovia formaba entonces parte del Imperio austriaco), Leipzig había perdido toda importancia. Pero yo quería reintegrarme a Rusia para mezclarme con la multitud obrera y trabajar en la fábrica. Mi oficio, que, por supuesto, había tenido suficiente de olvidar, no convenía para esto, pues los talleres de confección en Rusia eran generalmente de poca importancia. Yo quería aprender de prisa algo que me permitiera, por una parte, ganar mi vida, y por otra, entrar en la fábrica.

Por un momento pensé en utilizar mis conocimientos de la estereotipia, que había aprendido en la *Gaceta Popular Leipzig* (órgano de la organización socialdemócrata de esta ciudad), creyendo que algún día precisaríamos en Rusia también de grandes imprentas, como en 1903–1906, cuando imprimíamos la antigua *Iskra* y *Vperiod* con los clichés que recibíamos del extranjero. Pero yo no sabía si en Rusia se empleaban los mismos procedimientos de estereotipia que en Alemania.

En este punto era imposible aprender rápidamente alguna cosa que pudiera convenirme; por esta causa hice una solicitud de

ingreso como aprendiz en una escuela de instalaciones eléctricas, organizada en París con los fondos de cierto ricachón ruso en beneficio de los emigrados que carecían de oficio y que, es preciso decirlo, debían en Francia apretar su cinturón algunos puntos para contener sus necesidades estomacales. No hallándome yo en París, mi admisión se hizo a costa de mil dificultades, aumentadas al resultar del formulario que me fue preciso llenar que yo tenía un oficio muy lucrativo en París.

La escuela en la cual ingresé llevaba el nombre de “Rachel”, correspondiente al de una hija muerta del ricachón. La escuela estaba muy mal de útiles, pero la enseñanza práctica que se daba estaba bastante bien organizada. Algunos emigrados dirigían los trabajos: el electricista Milkhailov, un excelente práctico, bien al corriente de su trabajo, y el montador electricista Roudzinski, que no conocía demasiado mal la teórica de la técnica eléctrica. El trabajo en el torno, en la forja y en la instalación de alumbrado eléctrico era seguido de conferencias que pronunciaban ingenieros rusos empleados en fábricas de París. Los aprendices adultos eran generalmente intelectuales, que hacían grandes esfuerzos por tomar la enseñanza que se les daba, cosa que no todos lograban. En cuanto a mí, estudiaba seriamente, y en ocho meses, desde noviembre de 1912 hasta principios de junio de 1913, aprendí no pocas cosas. Antes de terminar los cursos, se me envió, con otros aprendices, a efectuar instalaciones eléctricas en un establecimiento. Una vez terminados los cursos, Zéphir, Kotov y yo instalamos la electricidad, por nuestros propios medios, en el alojamiento de Jitomirski.

Durante mis ocho meses de estancia en París tomé una parte activa en los trabajos del grupo bolchevique (yo era miembro de la Oficina del grupo).

El grupo de sostenimiento, de París, adquirió una gran importancia en la vida de las organizaciones del partido en el extranjero (verlo en el movimiento socialdemócrata ruso) a partir del momento en que, en 1909, el Centro bolchevique dirigido por Lenin, fue trasladado de Ginebra a París. No es preciso de-

cir que en esta ciudad, donde se encontraban los organismos centrales de nuestro partido en el extranjero, se encontraban los elementos más activos del movimiento socialdemócrata ruso, que lograban escapar de la deportación, de las cárceles, de las persecuciones, o bien que eran delegados por las organizaciones del partido.

A pesar de que estos últimos no vinieran más que algún tiempo, daban mucha animación a los medios parisienses de nuestro partido, informándoles sobre lo que pasaba en Rusia, en las organizaciones centrales y en las provinciales. La continua afluencia de nuevos camaradas llegados de diferentes puntos de la inmensa Rusia establecían una corriente de aire fresco en el grupo de sostenimiento bolchevique de París, dándole a conocer. Se comprende perfectamente que todos los miembros del Centro bolchevique que vivían en París formaban parte del grupo de sostenimiento, lo que, evidentemente, daba a este último importancia y autoridad. Es preciso todavía tener en cuenta que en París se encontraban, en 1909–1912, las organizaciones centrales, para el extranjero de los mencheviques, de los periodistas, de los socialistas revolucionarios y otras organizaciones. Desde entonces, la lucha ideológica que se desarrolló entre los socialdemócratas y los socialistas revolucionarios, por un lado, y en el *seno mismo* de la socialdemocracia por otro, no podía menos de reflejarse sobre la vida y la actividad del grupo de sostenimiento bolchevique de París. Todo el grupo, en conjunto, y algunos de sus miembros militantes, tomaban una parte activa en esta lucha ideológica.

Con frecuencia, los miembros del Centro bolchevique (miembros del Comité de redacción del órgano central, del Comité central y de la Oficina en el extranjero de éste) pronunciaban en el grupo de París conferencias sobre los asuntos destinados a presentarse ante las instituciones interesadas del partido o a ser publicadas. Igual se procedía para la exposición detallada de las secciones del Comité central, de las reuniones del Comité de redacción del *Proletari* y de las Conferencias del partido:

se hacían conocer del grupo antes de que las decisiones tomadas, a su respecto, fuesen publicadas.

El grupo de París organizaba conferencias sobre los temas más diversos; los “leaders” de todas las tendencias del partido socialdemócrata de entonces y de los otros partidos tomaban parte en las discusiones. Por su lado, los miembros del grupo de sostenimiento bolchevique de París tomaban una parte activa en las discusiones suscitadas en las Conferencias organizadas por las otras tendencias socialdemócratas y los otros partidos. Durante el tiempo que yo pertencí al grupo (finales de 1912 y primer semestre de 1913), éste ya no tenía las características enunciadas, puesto que después de la Conferencia panrusa de París, el órgano central del partido había sido trasladado a Cracovia. En París ya no quedaba más que Kamenev.

En esta época el grupo estaba compuesto por los camaradas Vladimirski (Kamski), Miron Tchernomasov (después de la revolución de febrero se comprobó que éste era un agente agitador), los hermanos Bielenki (Abraham y Gricha), Zephir, Konstantniiovitch, Idotov, Mantsev, Ludmila Stal, Antonov (Britmann), Sviaguine, N. Kouznetsov (Sapojkov), Natacha Gopner, Nadejda Semachko, Michel Davydov, Abraham Skovno, Goloub, Isaac (Raskine), los Morozov, los Chapovalov, Kamenev, Diogott, Iliine, Jitomirski y otros más cuyo nombre he olvidado.

En 1912–13, el grupo de sostenimiento de París se diferenciaba mucho de los restantes grupos establecidos en el extranjero, a causa de su composición social y de su actividad. En Alemania, en Bélgica y aun en Suiza, en los grupos de esta época, la mayoría de los mismos estaban formados por estudiantes; entre ellos, sólo algunos aislados eran de antiguos miembros del partido, escapados de las cárceles, de la deportación y de las persecuciones. Sin embargo, estos grupos militaban sobre todo entre los estudiantes rusos. Según esto, el grupo bolchevique de París se componía casi enteramente de viejos revolucionarios, que se habían visto obligados a huir de Rusia y que podían en todo momento, si los organismos del partido lo decidían, volver

allí. Hasta los nuevos miembros de este grupo casi exclusivamente camaradas salidos de las cárceles rusas y de la deportación. El grupo de París no tenía contacto, en el período a que me refiero, con los estudiantes rusos, y no militaban entre ellos. Su actuación militante se extendía a los obreros y a los emigrados políticos rusos, muy numerosos en París.

Además de la venta de la literatura (folletos) del partido, organización de conferencias, suscripciones en beneficio del partido y discusión de asuntos que se exponían ante éste, el grupo de París cooperaba, por mediación de sus representantes, en los ingresos de la caja de los emigrados, que ayuda mucho a los camaradas necesitados, al Soviet, a la biblioteca, al gabinete de lectura de la Sociedad de socorros a los deportados y encarcelados, así como a otras organizaciones rusas, relacionadas con todas las organizaciones revolucionarias rusas en el extranjero durante aquella época.

El grupo bolchevique de París, al igual de los otros grupos de los restantes partidos socialdemócratas de Rusia, de Polonia, etc., no se adhería a la organización parisiense del partido socialista francés. Pero algunos miembro del grupo de París, por su voluntad, formaban parte de él (yo mismo pertenecía a la sección alemana de la Federación socialista del Sena, de la que formé parte hasta mi marcha a Rusia). Pero no se había decidido por el partido francés ni por el partido ruso, incluyendo a los rusos, la adhesión al partido socialista francés. Únicamente ahora es cuando los estatutos de la Internacional comunista obligan a los comunistas que llegan a un país extranjero a prestar inmediatamente su adhesión al partido comunista de este país.

El 1º de mayo de 1913, por iniciativa del grupo bolchevique de París, tuvo lugar un gran mitin internacional, seguido de un festival, al que asistieron obreros y socialdemócratas rusos, italianos, alemanes, franceses, etc. El mitin se celebró en medio del mayor entusiasmo. Si mi memoria no me engaña, Kamenev tomó la palabra en nombre de nuestro grupo.

Los bolcheviques de París festejaron al unísono, y con la más

franca cordialidad, el nuevo año 1913. Se apreciaba ya que éste debía ser un año de intensificación revolucionaria, y desde este momento aparecía la justa exactitud de la táctica de los bolcheviques. En 1911, de paso por París, yo había festejado ya la aparición del nuevo año con los bolcheviques. Sin embargo, y a pesar de hallarse presentes todos los miembros del centro bolchevique, con Lenin a la cabeza, la fiesta se desarrolló sin entusiasmo de ninguna clase.

La fiesta de 1913 había sido completamente diferente. Con nosotros festejaron el nuevo año el camarada Isyperovitch, que, por aquel tiempo, estaba alejado de nuestro grupo de París; Stekllov y Chliapnikov (yo veía a este último por vez primera; los camaradas me lo presentaron como un sindicalista). Su presencia entre los bolcheviques en la fiesta organizada con motivo del nuevo año fue entonces considerada por nosotros como un indicio de la victoria del bolchevismo en el movimiento ruso.

Inmediatamente de mi llegada a París fui agregado al Comité de las organizaciones del sostenimiento bolchevique en el extranjero, que estaba formado por los camaradas Vladimirski (Kaniski), N. Kouznetzov (Sapojkov), Semachko (estaba desplazado entonces) y Miron Tchernomazov. Ya no recuerdo nada absolutamente de la actividad del Comité de las organizaciones de sostenimiento en el extranjero, aun cuando asistí a todas sus reuniones.

En el momento de mi llegada a París, algunos camaradas recibían personalmente *La Pravda*, de Petersburgo. En el Comité de las organizaciones de sostenimiento en el extranjero y en la oficina del grupo bolchevique expuse varias veces la necesidad de difundir en masa *La Pravda* entre los rusos de París. Sé haber tomado varias resoluciones en ese sentido; pero habían quedado sin efecto. En vista de eso, decidí ocuparme yo mismo del asunto, aun cuando no tuviese amistades en París.

Supe que existía en esta ciudad una agencia que recibía la Prensa rusa y la trasladaba a los quioscos. Fui allí y llegué a un acuerdo con el depositario respecto a la recepción y difusión de

La Pravda. Después de esta gestión, escribí a la Administración de *La Pravda* rogándoles el envío diario a París de la cantidad de ejemplares convenida con el depositario. El periódico comenzó a llegar; pero habiendo el depositario “olvidado de poner al corriente” sus cuentas con la Administración del diario, me vi precisado a renunciar a sus servicios y encargarme de este trabajo yo mismo. Hice que me enviasen *La Pravda* (al principio recibía diariamente cien ejemplares) a la escuela donde hacía mi aprendizaje. Una parte iba a los quioscos; el resto lo vendían Zephir y otros aprendices en un restaurante ruso de la calle de la Gladere, donde los aprendices y gran cantidad de rusos iban a comer.

En consecuencia, las cosas marcharon tan bien que, desde los rincones más apartados de París, los lectores de *La Pravda* se dirigían a mí constantemente para que les enviase el periódico. De repente, mi cuarto se transformó en oficina de expedición de *La Pravda*. Al terminar la jornada de mi trabajo, los días en que llegaba el periódico (no sé por qué, la edición para el extranjero sufría menos confiscaciones de las que se hacía objeto al periódico en Petersburgo), doblaba los ejemplares, les ponía su faja correspondiente y los enviaba por correo. Entré en correspondencia con la Dirección de *La Pravda*, y como yo le enviaba puntualmente el importe de los periódicos vendidos, la Administración me remitía tantos ejemplares como yo solicitaba.

Conforme ya he dicho antes, había en París un considerable número de emigrados políticos rusos. Junto a estos elementos, en contacto con los partidos revolucionarios, había bastantes emigrados que habían sido detenidos o deportados casualmente. La angustia de casi todos estos emigrados era inmensa. Encontrarles trabajo a todos era imposible, pues la mayor parte de ellos no sabían hacer nada (los obreros, por el contrario, ellos mismos se procuraban trabajo). El desconocimiento del idioma dificultaba la situación de los emigrados rusos. Aprenderlo no era tan fácil, debido a que existían en París muchos establecimientos donde se hablaba ruso y que frecuentaban los emigra-

dos, que al no estar en contacto con los franceses mal podían aprender su idioma.

Cuando yo estaba en París había un centro sindical para los obreros rusos; este centro estaba relacionado con el movimiento sindical francés. Si no me equivoco, este centro había organizado cursos de francés para los obreros rusos. Muchos de los militantes de nuestro partido se veían obligados, para atender a su subsistencia, a emplearse como lecheros, a fregar los escaparates de los almacenes, a servir de mozos de mudanza; pero no todos querían ganar su vida de esta forma, y muchos de los emigrados llegaban hasta el punto de no buscar. Era mucho mejor vivir a costa de los otros, y por todos los medios imaginables se apropiaban del dinero de los que trabajaban, engañando frecuentemente a los rusos y a los franceses (por esta causa se comprende perfectamente que el conocimiento del idioma no era indispensable). Las cosas habían llegado a tal punto que en cualquier festival organizado en la colonia rusa en beneficio de la caja de socorros para los emigrados o de un partido revolucionario indeterminado, se producían escándalos o riñas, provocados por los holgazanes de la inmigración ocasional.

A pesar de la caducidad de una parte de los emigrados, un considerable número de emigrados políticos de nuestro partido soportaba estoicamente la emigración, y al regresar a Rusia se situaban convenientemente en el partido. No obstante, del pensamiento de los emigrados forzosos que figuraban a la cabeza de nuestro partido iba saliendo una obra creadora. Esta fracción de los emigrados políticos estaba en relación con el movimiento obrero socialista de Europa y de América, en el que impulsaba lo que era aceptable y rechazaba lo que en él había de inútil y de nocivo.

Es posible que sea en parte solamente por lo que los bolcheviques han podido aplicar el marxismo revolucionario con vistas a forjar un partido de acero, conocido por su firmeza y su actividad, lo que ha colocado bajo su dirección todas las diferentes formas del movimiento obrero ruso, y que ha evitado los

errores que han cometido los partidos socialdemócratas de los otros países.

Cuando hube terminado en la escuela mi aprendizaje de montador electricista, hice mis preparativos de marcha para dirigirme a Rusia. Fuera de la oficina del Comité central en el extranjero, los camaradas Kotov y Zeplir eran los únicos que estaban al corriente de mis proyectos. Manifesté a Jitomirski, a quien veía diariamente, que regresaba a Alemania para trabajar en la fábrica Siemens-Schuckert. Ahora, Jitomirski no tenía ya mi confianza de antaño, puesto que había llegado a mi conocimiento que una Comisión informadora, compuesta por tres miembros del Comité central bolchevique, un bundista y un menchevique, había examinado los informes referentes a él proporcionados por Bourtsev.

Este último informó al Comité central de nuestro partido (en 1910 o 1911) que había recibido confidencias, de fuente que le merecía confianza, indicando que en 1904, cuando Jitomirski se trasladó de Alemania a Rusia, los agentes de la Okhrana en el extranjero habían enviado con este motivo un telegrama, concebido en los términos que ellos empleaban ordinariamente, para señalar el paso de uno de ellos. La comisión informadora, habiendo examinado los informes de Bourtsev, decidió que ello no era suficiente para acusar a Jitomirski de ser un provocador, y permitió que continuara en el partido. Sin embargo, después de esto, Jitomirski no volvió a recibir ninguna otra misión de confianza, y se alejó casi por completo del partido aun cuando continuó afiliado al grupo de París.

Los informes de Bourtsev referentes a Jitomirski, nos hicieron inquirir la procedencia del dinero que gastaba para vivir en París, en un bonito departamento particular, entonces, que, por falta de práctica, no ejercía su profesión de médico. En enero de 1911 hablé de esto con Lenin, quien sabía que Jitomirski era un antiguo conocido mío. Para conocer más de cerca su forma de vivir, acepté ir a su casa, conforme él me había invitado, por mediación del camarada Abraham Skovno, en los primeros días

de mi llegada a París. Se puso muy contento con mi visita, instándome a que me instalara en su casa. No acepté su invitación; pero iba a visitarle casi todos los días.

Después de mi llegada a París, Jitomirski se interesó de nuevo por los trabajos del grupo y comenzó a trabajar activamente. Fuera de mí, Zephir, Kamenev y otros camaradas iban a su casa. Yo no sé si Jitomirski interrogaba a los camaradas sobre su trabajo o sobre el de otros; por lo que a mí respecta, no me lo preguntó más que una sola vez. En enero de 1911, Jitomirski me invitó a visitar su casa de los alrededores de París, me dijo que el camarada Leiteisen (Lindov) habitaba allí nuevamente, y me preguntó si yo sabía dónde se encontraba en aquel momento. Esta pregunta me pareció extraña. Le respondí que no lo sabía (efectivamente, ignoraba dónde estaba Lindov; pero me había dejado tan estupefacto su pregunta, que, aun cuando lo hubiera sabido, no se lo hubiera dicho).

Escogí para salir de París el día 14 de julio, cuando de todos los rincones de Francia la multitud invade la capital. (La modesta burguesía parisiense festeja la toma de la Bastilla bailando en las calles, en las proximidades de los cafés y de los restaurantes.) Estaba persuadido de que ningún policía podría ese día fijarse en mí. Zephir y Kotov fueron a la estación a despedirme. Un poco antes de la salida del tren apareció Jitomirski. Se despidió de mí calurosamente y me abrazó, invitándome a hospedarme en su propia casa cuando en mi próximo viaje regresase a París. Llegó a emocionarme.

En el camino me detuve en Baden-Baden y en Leipzig. No encontré ninguna fábrica de hilaturas. A decir verdad, en Baden-Baden me pareció que alguien me vigilaba; pero pensé que se trataba, sin duda, de algún policía local. En Leipzig no observé nada que me pareciese anormal. El mismo día en que debía salir para Rusia, provisto de un pasaporte legal que no me pertenecía, el camarada en cuya casa me hospedé en Baden-Baden, y que debía acompañarme en mi regreso a Rusia, recibió una carta de la alemana en cuya casa vivía, donde le manifesta-

ba que había ido a visitarla un policía, interrogándola acerca de mí. Éste la había asustado al decirle que yo había robado en un Banco de París. Añadía en su carta que el policía había marchado en seguimiento mío, y facilitaba sus señas personales, rogando que le aguardase con el fin de aclarar esta interpretación, pues estaba convencida de que yo no era la persona que buscaba el policía.

Al salir de mi cuarto, mis miradas cayeron sobre un individuo sentado en una taberna vecina, detrás de una ventana ordinariamente cerrada. Este individuo correspondía punto por punto a las señas proporcionadas por la alemana de Baden-Baden. Volví a casa de Zagorski, donde me esperaba un telegrama de Lenin instándome a marchar a Poronin. Resolví hacerlo. Con Zagorski lo arreglamos de esta manera: enviamos a un comisionado en busca del equipaje de un camarada cuyo pasaporte estaba en regla, a propósito para transportarlo a la estación de Eilenbourg, de donde salían los trenes para Rusia, vía Kalisz; la camarada Pilatskaia fue detrás del comisionado.

El polizone siguió a los equipajes. Durante este tiempo, Zagorski retiraba los míos y los llevaba a la nueva estación de Leipzig. Aquella tardé, Zagorski fue a despedir a nuestro camarada y observó que el polizone marchaba en el mismo tren. Conforme supe más tarde, el policía llegó hasta la frontera, donde mi compañero, después de haber sido registrado minuciosamente, fue interrogado por los gendarmes, confundiéndolo conmigo.

Extremando las precauciones, la camarada Filatskaia tomó el tren con mi equipaje y yo me uní a ella en la estación siguiente. Me entregó mi billete y mi equipaje y descendió del tren para marchar en busca de Zagorski, que estaba aguardándola. Así pude llegar sin dificultad hasta la misma casa de Lenin.

Cuando le conté que había sido vigilado y lo que había de cierto sobre Jitomirski, Kamenev, que asistía a la entrevista, me dijo que todo ello no podía ser más que una impresión personal. Al día siguiente de mi llegada a Poronin se recibió una carta de

Zagorski en la que decía que durante la misma noche de mi salida se había registrado la casa en que me hospedé en Leipzig. En resumen, cuando el gran duque Nicolás fue a inaugurar la iglesia rusa de Leipzig, se hizo una nueva requisa en mi antiguo alojamiento; pero esto sucedía mucho después de mi salida de aquella población. Se decidió decir a Jitomirski que la oficina del Comité central en el extranjero me había llamado a Cracovia, donde debía continuar mis trabajos. El día de mi salida para Rusia le envié mi pretendida dirección de Cracovia. Al propio tiempo, los camaradas polacos de aquella ciudad debían vigilar la casa cuya dirección enviamos a Jitomirski, para comprobar si la Policía recibía confidencias —no podía facilitarle más que Jitomirski—. En este caso se comprobaría con exactitud las relaciones de éste con la Okhrana.

Nuestros cálculos eran exactos. Cuando en 1915, encontrándome deportado, escribí a Kamenev, que se encontraba en el mismo distrito que yo, que en el momento de mi detención en Samara pude comprobar sin duda alguna que Jitomirski era un agente provocador, me respondió que lo sabía hacía algún tiempo. Así fue desenmascarado un importante espía que a nosotros los bolcheviques, nos hizo muchísimo daño.

XII

Una semana en Poronin. Fines de junio de 1913

En Poronin fui durante siete días el huésped de los camaradas Lenin y N. Kroupskaia. Estos ocupaban una casa de campo de dos pisos. En la planta baja se alojaban Lenin, Nadejna Constantinovna y se madre; en el segundo piso había una o dos alcobas destinadas a los camaradas transeúntes, pues antes de mi llegada Kamenev ya estaba instalado allí y a mí se me instaló a la vez. En el otro extremo de Polonia vivían Zinoviev y Liliana.

En Polonia, lo mismo que en Londres, Ginebra y París, donde tuve ocasión de verle, Vladimir Ilitch trabajaba y se paseaba a horas determinadas. A pesar de que durante mi permanencia en Polonia no cesó de llover, Vladimir Ilitch daba todos los días largos paseos a pié y en bicicleta por los alrededores, que son muy pintorescos. Desde Poronin se contempla las montañas de Zacopan.

Muy a menudo yo acompañaba a Lenin en sus paseos. Una vez fuimos a Zakopan, que está próximo a Poronin. Desde allí nos internamos, durante todo un día, en las montañas, con el fin de ver, si mal no recuerdo, el “Ojo de mar” Estaba con nosotros un tercer camarada, pero no puedo acordarme si era Hanecki, que entonces vivía en Poronin, o Kamenev. Recuerdo solamente que este camarada no nos acompañó hasta el final del viaje.

La lluvia caía a torrentes, pero de vez en cuando reaparecía el sol. Estábamos calados hasta los huesos. Para evitar la lluvia, nos guarecíamos alguna que otra vez, en unas cabañas muy parecidas a las que se encuentran en Siberia, en algunos caminos, y que estaban construidas especialmente para que los turistas pudieran cobijarse en ellas.

Estuvimos trepando durante mucho tiempo para escalar los peñascos, agarrándonos como podíamos a los salientes de las rocas. Durante la mayor parte del camino nos vimos precisados a seguir un sendero que bordeaba un inmenso precipicio. El panorama era grandioso. Pero cuando nos aproximábamos al “Ojo de mar”, las nubes ocultaron su vista. Por tres veces descendimos y volvimos a subir la montaña, pues el sol tan pronto salía como se ponía. Por último, pudimos ver, en el circo profundo formado por las elevadas montañas, el fondo cubierto de nieve inmaculada. Ya de noche, muy tarde, regresamos a Poronin helados y cansadísimos.

Este paseo ha quedado grabado en mi memoria. Lenin, por su parte, tampoco lo había olvidado. En 1918-19, cuando tuvo, algunas tiranteces con el Comité de camineros del radio de Moscú y el Comité central del sindicato de los camineros donde yo trabajaba, Ilitch, lamentándose, me decía a menudo que hubiera sido preferible haberme arrojado al fondo del barranco en el curso de nuestra excursión por las montañas de Zakopan.

Durante uno de estos paseos, Lenin me expuso el plan de preparación del Congreso del partido. La cuestión debía debatirse ante la Conferencia de otoño de 1913, para asistir a la cual tenía yo que invitar a los camaradas del sur de Rusia. Conforme al plan de Lenin, se debía solicitar la asistencia a ese Congreso de la socialdemocracia letona y de la oposición del partido socialdemócrata polaco y lituano (*razlomovtsi*). Con este objeto, Lenin enumeraba los nombres de nuestros camaradas que podrían ser delegados cerca de los letones. Por mi parte, no me oponía a la presencia en el Congreso de la oposición polaca; pero hube de insistir fuertemente para que se invitase al Comité

central del partido socialdemócrata polaco y lituano.

Al mismo tiempo rogué que la invitación se hiciese extensiva a las organizaciones locales de los Comités citados, con el fin de que estos últimos pudieran darse perfecta cuenta de que no era culpa de los bolcheviques si su Comité central no asistía al Congreso y se colocaba, por esta causa, fuera del partido obrero socialdemócrata de Rusia. (Los bolcheviques y el Comité central del partido socialdemócrata polaco y lituano no estaban de acuerdo sobre los principios de organización, y tenían una concepción distinta de los métodos a seguir para la reconstitución del partido obrero socialdemócrata de Rusia). Sobre esto, Lenin me declaró que no se trataba de “hacer diplomacia”, sino sencillamente de crear un partido capaz de combatir. Desde luego, si el Comité central del partido socialdemócrata polaco y lituano asistía al Congreso, sería únicamente para presentar dificultades y complicaciones.

Como yo creía que si los delegados provinciales venían de Polonia a nuestro Congreso, podría ejercerse alguna presión sobre el Comité central del partido socialdemócrata polaco y lituano para decidirle a colaborar, de una manera seria y efectiva, en los trabajos de las instituciones centrales del partido obrero socialdemócrata de Rusia, no pude inclinarme ante los argumentos de Lenin; y en vista de mi actitud, éste me dijo que, en esas condiciones, no era posible que yo continuase mi trabajo en las instituciones centrales del partido. Como ello coincidía con mi deseo de trabajar en la fábrica, quedó convenido que yo marcharía a Petersburgo o Moscú, a fin de militar en el plan local. Se me facilitó la dirección de un local de reuniones secreto en Petersburgo, en casa del camarada Abel Ienuzkidé (yo estaba personalmente en relaciones con la organización de Moscú), y marché al sur de Rusia para cumplir la misión que me había confiado el departamento del Comité central en el extranjero.

XIII

Volsk 1913 – 1914

Crucé la frontera con el pasaporte del estudiante B. Londou, Zagorski me envió a Varsovia el pasaporte que había utilizado yo mismo durante mi estancia en Moscú, en 1907, extendido a nombre de Pineu Sanadiradzé, noble del Gobierno de Koutais. Este documento de identidad no era demasiado caro, pero no tenía otro. No recuerdo bien si estaba comisionado para organizar en Varsovia el partido socialdemócrata polaco y lituano (esta organización era en favor de los Razlomovtsi); de lo que sí me acuerdo es de que allí celebré una visita con varios camaradas (particularmente con Brouski y Kamski). De Varsovia me trasladé a Kiev, donde debía visitar a los camaradas Petrovski y Rozmirovitch. Mientras aguardaba que abriesen las puertas de un establecimiento donde vendían instrumentos de música y cuyo dependiente debía facilitarme la dirección de Rozmirovitch, pasó Olga Kanmeneva. Supe por ella que el dependiente que yo esperaba había sido detenido, y al mismo tiempo me indicó la dirección de los que buscaba.

Aquella misma tarde logré encontrar a Rozmirovitch, al que transmití la indicación de que Petrovski debía marchar a Poronin, puesto que a finales de septiembre de 1913 se celebraría una Conferencia del Comité central a la que asistirían los dipu-

tados socialdemócratas de la Duma y los militantes responsables regionales. Le dije, además, el número de camaradas que Petrovski debía escoger, en las organizaciones de Kiev y de las ciudades vecinas, para que le acompañasen a la citada conferencia, y las ciudades que debían designar sus camaradas representantes para seguir los cursos de la escuela del partido que se proyectaba inaugurar en Galitzia, en los alrededores de Poronin (Petrovski se hallaba ausente de Kiev).

Ya de noche, salí para Poltava, yendo al domicilio del camarada Lioubitch (Sammer), que militaba en los *zemstvos*. Estaban en Kharkov, y no pude verle. De Poltava marché a Kharkov a visitar al camarada Mouranov, entonces diputado del Gobierno de Kharkov en la cuarta Duma del Imperio. Tuve que aguardar más de una semana antes de poder entrevistarme con él, en el mayor secreto, pues el camarada Mouranov estaba rigurosamente vigilado. Para entrevistarme con él hube de pasar la noche en una montaña muy próxima a la vía férrea (si la memoria no me es infiel, salió de la ciudad en una locomotora; antiguo ferroviario, mantenía buenas relaciones con sus anteriores compañeros). Le transmití las instrucciones que tenía para él (eran análogas a las que había hecho comunicar a Petrovski).

A la mañana siguiente salí para Moscú, pasando por Penza, en cuyo punto deseaba quedarme uno o dos días con mis amigos Itine. Por el camino tuve un ataque de disentería, y gravemente enfermo, a duras penas pude llegar hasta su casa. Esta enfermedad que por poco me manda al otro mundo, me retuvo en cama durante más de mes y medio.

Una vez ya en Moscú, por mediación de Krassin, director técnico de la casa Siemens-Shuckert, ingresé en esta fábrica en calidad de montador electricista. Se me envió a efectuar la instalación eléctrica de la fábrica de cementos “Asserine”, enclavada a siete *verstas* de Volsk. Experimenté algún temor en ir a trabajar a dicha fábrica, pues no tenía seguridades de hacerlo bien. Yo había hecho instalaciones eléctricas en casas particulares; pero esto ya no era lo mismo. Sin embargo, decidí aprender es-

te oficio, costase lo que costase, y debía intentarlo. Cuando me presenté a Krassin para solicitar trabajo me preguntó si yo pensaba ganar mi vida solamente o aprender seriamente a trabajar. Según él, si yo no intentaba más que lo primero, podía quedarme en Moscú; pero si deseaba lo segundo, era preciso absolutamente realizar trabajos de instalación en algún rincón perdido, con el fin de que nadie viniese a importunarme, distrayéndome con el trabajo.

Aun cuando mi intención fuese la de quedarme en Moscú, prefería, desde luego, que me destinasen a un “agujero” cualquiera donde pudiese aprender mi oficio a conciencia. Krassin tenía razón. La fábrica donde me enviaron estaba provista de los útiles más perfectos de la técnica extranjera y el trabajo se hallaba en su apogeo. Habíanse contratado muchos montadores electricistas —rusos y alemanes—. Para todos los trabajos delicados de la técnica eléctrica había montadores especializados, dirigidos por un jefe de equipo, más conocedor del asunto, que distribuía el trabajo y decía lo que era preciso hacer. En la fábrica Siemens-Shuckert todo este trabajo se hallaba bajo la dirección del técnico alemán Hasser. Los ingenieros vivían en Volsk, pero rara vez venían a visitar la fábrica. Nunca se me había ocurrido que la fabricación del cemento exigiera una instalación tan complicada. Todo el proceso de fabricación exceptuando el transporte de la cal que alimenta el molino húmedo, la manipulación de los toneles vacíos y la colocación de la tapa cuando estaban llenos, era efectuado mecánicamente.

Yo procuraba estudiar a fondo la fábrica, pues a mí, casi exclusivamente, me estaba encargado dotarla del fluido eléctrico. Trabajaba día y noche y, al contrario de los demás montadores, no me limitaba a dirigir el trabajo, sino que intervenía personalmente en su ejecución, encaramándome a los sitios de mayor peligro para realizar los trabajos más difíciles. Tenía a mi cargo cincuenta obreros no calificados y obreros aserradores que preparaban las grapas, los tacos de madera, etcétera, que eran precisos. Hube de trabajar con materiales que hasta entonces des-

conocía en absoluto.

Pero trabajaba muy animado y con interés. El técnico Hasser, viendo que en mis ratos libres me dedicaba a examinar los otros trabajos, me encargó de instalar, bajo su dirección, pequeños motores y dínamos, etc. Nicolás Mandelstam, que trabajaba allí en calidad de jefe montador y yo, fuimos los últimos en dejar la fábrica. Yo había permanecido en ella desde octubre de 1913 hasta primeros de abril de 1914. Mi jornal era bastante elevado: percibía 18 kopecks por hora, y durante las horas extraordinarias entre semana o los días festivos, una vez y media más, o sean 27 kopecks, aparte de 1,50 rublos por día para gastos de desplazamiento.

Mi estancia en la fábrica me benefició extraordinariamente; aprendí a trabajar y pude darme cuenta de la forma en que vivían, trabajaban y pasaban su tiempo los campesinos y los obreros rusos, de quienes, tanto tiempo, habían estado separado mientras residí en el extranjero. Por otra parte, en la fábrica Asserine, igual que en otras fábricas de cemento vecinas, Seifert y Gloukhoozerski, aquéllos vivían en condiciones pésimas. Había en la fábrica obreros temporeros y obreros permanentes en la elaboración de los productos de la fábrica. Cuando yo llegué, la fábrica estaba ya en marcha. Los obreros temporeros los primeros se ocupaban en construir la fábrica; los segundos, trabajaban con los montadores de diferentes casas; pero habían sido contratados y los pagaba la fábrica Asserine. No pertenecían, por tanto, a las empresas que se encargaban del montaje de la fábrica.

Los obreros temporeros eran, por regla general, muchachos jóvenes y campesinos de los Gobiernos de Penza. Estos últimos eran numerosísimos. Recibían por diez horas de trabajo, 50 kopecks diarios. Muy a menudo, Nicolás Maudelstam y yo permitíamos a los obreros temporeros que trabajasen de noche —sabíamos que no habían de hacer nada—, con objeto de que obtuviesen mayor salario. El trabajo de noche se les pagaba doble. Los obreros de las cercanías vivían en malísimas condiciones de higiene. Era imposible pasar a su lado, por el mal olor que despe-

dían. Para una parte de los obreros calificados que trabajaban en la fabricación se habían construido unos barracones, donde todos los montadores estaban, asimismo, alojados.

En la fábrica no había organizaciones ni establecimientos culturales; sin embargo, me parece que tampoco los había en Volsk, a menos de que se cuente como establecimientos de este género a los cinematógrafos. De éstos habría tres o cuatro en Volsk en aquella época. Los domingos y otros días feriados, los cantos y los juramentos de los borrachos llenaban el ambiente. La juventud local y los obreros forasteros se “bebían” no solamente su jornal, sino también sus botas y sus vestidos. Después de lo cual se veían obligados a trabajar varios meses antes de poder comprarse otros.

Un buen día, la administración de la fábrica decidió reducir 10 kopecks el jornal de los peones y limitar sus horas extraordinarias. Bajo la dirección de los obreros que trabajaban con los montadores miembros del partido (éramos cuatro; tres bolcheviques: N. Mandelstam, Petrov, yo y un menchevique, cuyo nombre he olvidado), los peones se declararon en huelga. Decidimos no trabajar con los “amarillos”. Declaramos a nuestros jefes que no podíamos trabajar con obreros a los cuales fuese preciso instruir previamente, puesto que los obreros en huelga conocían ya su trabajo. La Policía hizo su aparición, pero los obreros ganaron la huelga.

Desde Volsk me puse en contacto con la Oficina de Rusia y el departamento del Comité central en el extranjero. Sostuve correspondencia seguida con Natdejda Constantinovna. Recibía *La Pravda*, nuestra revista *Prosviechtchenie* (La Instrucción) y toda la literatura bolchevique de Petersburgo, que era enviada a la redacción de la *Volskaia Jizu* (La Vida de Volsk), a la que más tarde haré referencia.

Por esta época, en toda Rusia se hallaba en su apogeo la campaña proseguros sociales. (La tercera Duma había votado la ley sobre el seguro —enfermedad de los obreros, etc.—. Esta cuestión de los seguros daba lugar a profundas divergencias entre bol-

cheviques y mencheviques, hasta el punto de que unos y otros libraban verdaderas batallas desde las columnas de la Prensa diaria. Gran cantidad de folletos y aun de periódicos fueron publicados, con este objeto, por ambas tendencias.)

En una reunión de los tres bolcheviques de nuestra fábrica se decidió convocar una asamblea de todos los obreros calificados empleados en la Asserine, con el fin de examinar el asunto de los seguros. La asamblea se celebró en mi cuarto. Entregué a los más ilustrados de los obreros presentes *La Pravda* y algunos folletos referentes a los seguros sociales. Estos obreros se dirigían a mí con alguna frecuencia y a N. Manadelstam para que les explicásemos algunas dudas sobre determinados puntos. Establecimos con ellos, por tanto, un estrecho contacto. Desgraciadamente, no pudimos hacer con ellos una organización del partido, pues una vez terminados nuestros trabajos de montaje hubimos de abandonar Volsk. Si no me equivoco, pusimos en comunicación algunos de ellos con Vardine, quien, junto con Antochkine, vivía en Volsk, bajo la vigilancia de la Policía.

En las tres fábricas de Volsk trabajaban veinte montadores electricistas, enviados de Moscú por la casa Siemens-Shuckert. Fuera de nosotros cuatro, miembros del partido, había dos cuyas ideas casi coincidían con las nuestras los días festivos. En cuanto a los demás montadores, eran seres vulgares y pequeños burgueses. Pasaban su tiempo en los restaurantes. Como ganaban todos buen jornal, el restaurante era el único sitio donde podían gastar. A veces nos reuníamos todos los montadores electricistas, pero las conversaciones sobre actuación política no tenían calor alguno, a pesar de que en este momento el movimiento obrero en Rusia no cesaba de desarrollarse, ampliándose.

El tema de la conversación entre los montadores era lo que sucedía en la fábrica y los incidentes surgidos con la dirección, etc. Los montadores de Moscú, hartos de las malísimas condiciones en que se trabajaba en las fábricas de cementos (hubo varios accidentes mortales a causa de la falta de barreras divisorias y otros dispositivos protectores alrededor de las máquinas, que

trabajaban día y noche sin descanso), comenzaron a mandar notas cortas a la *Volskaia Jizn*, periódico modesto que, según creo, aparecía diariamente. De esta forma entramos en relación con la redacción del citado periódico, que, para ese rincón de provincia, tenía un carácter bastante radical. Un día, hojeando la *Volskaia Jizn* (la administración había tomado a su iniciativa el enviármelo), encontré un artículo muy extenso y repleto de elogios para la fábrica Asserine.

Al mismo tiempo que hacía la descripción de nuevas máquinas, se daban detalles falsos, a todas luces, sobre la falta de polvo en la fábrica; diciendo que estaba dotada de una escuela, de una enfermería, de baños—duchas y de excelentes alojamientos para los obreros. Comprendimos de sobra que el artículo procedía de la dirección de la fábrica, pues un redactor honrado no hubiera afirmado nunca que en la fábrica no había polvo. Bastaba con pasar junto al molino húmedo para verse rodeado, de pies a cabeza, de un líquido grisáceo, o al lado del molino de carbón para quedar transformado en un deshollinador por la espesa polvareda que se desprendía del molino de cemento y que lo llenaba todo, a pesar de varios aspiradores que funcionaban en aquel sitio continuamente, y sin los cuales habría sido absolutamente imposible respirar. Tan sólo el cuarto de máquinas era de una limpieza ejemplar. En lo que respecta a la escuela, a la enfermería, a los baños—ducha, etc., todo ello, todavía en proyecto, consistía en unos “maravillosos” barracones.

Este artículo nos asombró, pues hasta entonces el periódico, máxime teniendo en cuenta el momento político, había estado siempre muy correcto. Escribimos a la redacción para poner las cosas en su verdadero lugar. La redacción no quiso insertar esta rectificación sin hablar previamente con nosotros, y, en consecuencia, Petrov y otro camarada menchevique fueron a visitarla. A su regreso supe que Mgueladzé (Vardine) y Antochkine formaban parte de la redacción. Yo no conocía a Vardine; en cuanto a Antochkine, recordaba de él por haber visto su nombre en la Prensa del partido, en 1905—1906, pero no le conocía per-

sonalmente. Desde que Vardine tuvo noticias de mi existencia quiso verme. Esto no me hacía gracia alguna, pues sabía que era georgiano. Suponía que le bastaría hablar conmigo para darse cuenta de que yo no era georgiano (que él fuese miembro del partido yo no lo sabía; y aun siendo así, no hubiese cambiado gran cosa, ya que todos los que yo veía, a excepción de R. Mandelstam, que había conocido personalmente en el partido de 1906 a 1913, ignoraban que Sanadiradze no era mi verdadero nombre). Yo iba muy poco a la ciudad para no encontrarme con Vardine. Pero esto no me sirvió de socorro.

Un día Vardine vino a verme a la fábrica. Su primer cuidado fue hablarme en georgiano en presencia de otros camaradas. Le advertí que los camaradas rusos no entendían el georgiano y que era mejor hablar en ruso. No podré decir que aquella tardé me encontrase muy a gusto; pero, al fin, todo terminó bien. Vardine me habló de los artículos apareados en la Prensa georgiana del partido (Jordania había escrito en aquella época varios artículos contra los liquidadores). Como yo estaba al corriente de la Prensa y de los asuntos del partido, me fue muy fácil sostener la conversación. A fin de cuentas, fui a verlo a su casa, donde conocí a Antochkine, y por más que estuviésemos en continua relación, Vardine estaba convencidísimo de que yo era georgiano³⁰. En cuanto a la *Volskaia Jisn*, hicimos visitar la fábrica a sus redactores, que se dieron cuenta de vista que nuestra aclaración era justa.

En 1914, terminados los trabajos de instalación eléctrica, regresé a Moscú. En ese momento estábamos en vísperas de la fiesta de Pascua. Gracias que en el mismo día los servicios de

³⁰ En 1916 Vardine, entonces deportado, se encontró con un camarada georgiano, de Mitri Guélladzó, de quien había sido vecino en mi deportación. Este último tenía una fotografía representando al grupo de deportados de Fédino, al cual se habían agregado algunos deportados que estaban en visita de las localidades vecinas. Vardine me reconoció. Guéliadzé y Vardine me llamaron de diferente modo. En ese mentó, Vardine se convenció de que yo no era georgiano.

Siemens–Shuckert quisieron enviarme a hacer trabajos de instalación en la región textil de Moscú (las fábricas textiles cerraban sus puertas por algunos días con ocasión de las fiestas de Pascua, los que había que aprovechar para reparar las máquinas antiguas e instalar nuevas). Me negué a salir, ya que yo había residido bastante en rincones perdidos. Petersburgo, donde se batía en plena lucha, me atrajo. Resolví partir para allá; pero me era penoso abandonar una plaza en la que yo había aprendido varias cosas y aun podía aprender mucho. Puse como condición que se me enviase a una gran ciudad; si no, yo pedía la cuenta.

La dirección me propuso ir a Sámara en compañía de un técnico alemán, Haser, con el fin de equipar los tranvías urbanos. Acepté. Quedé algunos días en Moscú. A fin de ver a los camaradas de Moscú, me dirigí a una conferencia de pago o a un concierto, no recuerdo más, organizado en beneficio del Comité de Moscú. Efectivamente, allí encontré antiguos conocidos y amigos: Anna Karpova, Zénaide Yachnova, Konstantinovitch, que había conocido en París, y, en fin, al provocador Romanov (alias “Georges”), que de sopetón me preguntó si yo había venido a Moscú para militar, etc. No pude encontrar a Glebe (Mantsev), que yo hubiera querido ver (su mujer había venido sola a la velada). Durante el poco tiempo que estuve en Moscú conseguí ver todavía a algunos camaradas: Karpov, Vogdanov, se había escapado conmigo de la prisión de Kiev, Maltsman³¹; pero nadie pudo ponerme en comunicación con la organización bolchevique de Sámara. Tuve que contentarme con algunas direcciones cuidadas.

Después de haber cambiado de instrumental para el trabajo que tenía que efectuar, salí para Sámara.

³¹ Este “revolucionario”, que en 1918 se burlaba de mi porque yo quedaba y continuaba militando en el partido. “No hay más que imbéciles como usted que militen todavía, me decía; ¿usted no ve que la situación no tiene salida?”

XIV

Sámara 1914

Llegué a Sámara el 16 de abril de 1914. El mismo día me puse a trabajar en la estación eléctrica de la ciudad donde se procedía a la instalación de máquinas destinadas a proporcionar corriente a los tranvías. El trabajo era para mí muy interesante; pero al mismo tiempo muy duro, puesto que tenía uno que hacer de cerrajero, ajustador, etc., (los obreros auxiliares, siendo pagados por la firma Schuckert y no por el cliente, se encontraban en número insuficiente). Además, era la primera vez que yo hacía este trabajo. Tuve que ocuparme de máquinas transformadoras de la corriente alterna en corriente continua para la alimentación de los tranvías (conmutatrices), de transformadores (desmontaje), cocimiento del aceite para su secamiento (montaje) y manipular los accesorios de construcción muy complejos y que no había visto en mi vida.

Aunque no trabajaba más que diez horas diarias, me fatigaba mucho, ya que una vez terminada la jornada me ocupaba de la organización del partido, lo que me obligaba a acostarme tarde y tenía que levantarme temprano para ir al trabajo. Por esta razón rehusé hacer horas suplementarias, aunque el trabajo fuese urgente. Conseguí que contratasen con nosotros a Valvilkin y a otros camaradas despedidos como revolucionarios en la fábrica de tubos.

Mi detención inesperada no me dejó terminar los trabajos de instalación eléctrica, gracias a los cuales había podido asimilar-me los métodos de trabajo empleados por los montadores alemanes venidos especialmente para proceder a la instalación de las máquinas³².

A causa de esta detención, hablaré de mi acción militante en Sámara.

Tan pronto se fijó mi salida para Sámara, escribí a Nadejda Kroupskaia que Grigori (Zinoviev) o Lenin hiciesen saber a la redacción de la *Zaria Povoljia*. (La Aurora del Volga), semanario que veía la luz en Sámara, que podían fiarse de mí y que se me pusiese en relación con los partidarios de *La Pravda* de Petersburgo (Gregori y Lenin publicaban a veces artículos con seudónimos diversos en la *Zaria Povoljia*).

Al llegar a Sámara empecé por buscar a los camaradas cuya dirección me habían dado antes de mi salida de Moscú. Pero estos camaradas no pudieron ponerme en contacto con la organización local. Unos no estaban en relación con ella, los otros temían darla a conocer, ya que yo no tenía la dirección de las permanencias secretas y nadie me conocía.

Aunque el local ocupado por la redacción de la *Zaria Povoljia* estuviese constantemente vigilado, iba todos los días, para ver si de Poronin se había recibido carta respecto a mí, de Gregori o de Lenin. Pronto los camaradas de la redacción empezaron a tratarme como sospechoso y a preguntarme con detalle quién era yo, de donde venía, por qué estaba allí, etc. Como ignoraba de quién se componía la redacción —de bolcheviques o

³² La técnica eléctrica me interesaba mucho. Deportado, continué, en la medida de lo posible, estudiando las obras técnicas publicadas con este objeto. Cuando, en marzo de 1917, regresé a Moscú contaba trabajar en ese ramo; a este efecto, me dirigí a la primera asamblea de montadores electricistas, que tuvo lugar en la Bolsa de granos, y se discutió la cuestión de saber si era necesario organizar un sindicato separado de montadores electricistas o adherirse al sindicato de metalúrgicos. Pero el Comité de Moscú del partido comunista fue de otra opinión, confiándome un trabajo entre los ferroviarios, que absorbió todo mi tiempo.

mencheviques—, evidentemente que dudaba en darles datos precisos, lo que hacía aumentar sus sospechas. Viendo esto, fui cada vez menos a la redacción. Con el fin de entrar más pronto en contacto con los camaradas de Sámara escribí a Malinovski, miembro de la sección socialdemócrata de la Duma, rogándole que me pusiese en relación con algunos.

Finalmente, la carta tanto tiempo esperada de Poronin llegó. La actitud de los bolcheviques que trabajaban en la redacción, respecto a mí, cambió enseguida. Stépan (Biélov), bolchevique secretario de la redacción (durante la guerra se volvió hasta menchevique y más tarde actuó en la Asamblea constituyente de Sámara)³³, me puso al corriente de los asuntos locales del partido. La situación no era brillante. No había en Sámara organización del partido, lo mismo entre los bolcheviques que entre los mencheviques, aunque en muchas fábricas hubiese grupos mixtos de unos y de otros.

Los mencheviques habían organizado una sociedad legal de “diversiones intelectuales”, de la cual también formaban parte los bolcheviques. Se hacían charlas sobre cuestiones instructivas y había también una biblioteca, etc. Fue allí, en sus rincones, donde se entablaban las discusiones entre bolcheviques y mencheviques; el presidente de la sociedad era un abogado de Sámara cuyo nombre no recuerdo. Las personas responsables, respecto a las autoridades, del carácter político de la sociedad vigilaban para que no ocurriese nada de ilícito en el local que aquélla ocupaba. Sólo los miembros de la sociedad podían asistir a las reuniones y a las charlas. No obstante estas restricciones, los obreros venían en gran número, y allí se encontraban los nuestros. Pero no se tenía ninguna reunión secreta, porque era casi seguro que la Okhrana de Sámara tenía ojos y orejas.

³³ En 1918 los socialistas, apoyados por las legiones checoeslovacas, formaron en Sámara un Gobierno contrarrevolucionario cuyo primer cuidado fue convocar la Asamblea constituyente, disuelta por el poder soviético. Este Gobierno se debatió en la impotencia, y no tardó en ser derribado por el almirante Koltchak.

La *Zaria Povoljia* era otro centro alrededor del cual se agrupaban verdaderos elementos revolucionarios de la clase obrera; pero este periódico tampoco tenía fisonomía política bien definida. La redacción se componía de dos mencheviques y de dos bolcheviques que, de común acuerdo, designaban el quinto miembro de la redacción, al cual se confiaban las funciones de secretario. En abril de 1914, el bolchevique Biélov ejercía estas funciones. Dan, Martov, Zinoviev y Lenin colaboraban en el periódico.

En Petersburgo la *Pravda* y el *Loutch* se hacían una guerra a muerte, mientras que en Sámara, en las columnas de un solo periódico, escribían los líderes de la tendencia revolucionaria proletaria, lo mismo que los líderes de una pseudoconcepción revolucionaria en realidad servilmente burguesa.

Después de haber visto algunos bolcheviques de Sámara la conveniencia, la necesidad y la posibilidad de crear una organización ilegal bolchevique distinta, se iniciaron las negociaciones preparatorias para crearla. Por mediación del periódico y de la sociedad de ‘distracciones intelectuales’, los bolcheviques aislados estaban en contacto con los grupos obreros de las fábricas; pero temían formar una organización so pretexto de que los provocadores no tardarían en infiltrarse y que la Gendarmería y la Okhrana la liquidarían enseguida.

En los primeros días de mayo, un domingo, en un barranco situado cerca de la fábrica de tubos, se reunieron los bolcheviques. De la fábrica de tubos asistían a esta reunión: Biedniakov, Vavilov y un obrero cuyo nombre no recuerdo; la redacción de la *Zaria Povoljia*, Biélov y algunos camaradas que tampoco recuerdo. En esta reunión constituyente expuse la situación del partido, y Biélov o Biedniakov dio las informaciones sobre la situación en Sámara. Después de un cambio de impresiones se decidió crear un Comité bolchevique provisional, emprender una acción militante y ponerse en relación con el Comité central y el órgano del partido. En el Comité provisional entraron Biédniakov, Biélov, yo, el oficinista Beniamin y un obrero de la fábrica de tubos. Fui encargado de establecer el contacto con los organismos centrales

del partido y organizar la difusión de la *Pravda*, de Petersburgo, y de nuestra revista *Prosviéchtchénié*.

Como Malinovski no había respondido a la carta que le había enviado en abril, informé a la oficina del Comité central del extranjero, en la persona de N. Krupskaja, de la situación de Sámara. Establecí con N. Kropfskaia una correspondencia constante. Le escribía cartas cifradas a las direcciones que yo conservaba del extranjero, y yo las recibía de ella por Penza, desde donde Itine, con quien yo había militado en Berlín y en Odessa, me las hacía llegar. Este último me había procurado una excelente dirección en Penza, en la Banca agraria, lo que garantizaba que mi correspondencia no sería interceptada. De Penza a Sámara las cartas corrían ya menos riesgo.

Cuando Malinovski se fue de la Duma perdí todo contacto con la Oficina del Comité Central de Rusia, ya que yo estaba en relaciones con ella por mediación de Malinovski. Por otra parte, yo no podía escribir a los otros miembros de nuestra fracción en la Duma, ya que ellos no conocían mis sobrenombres. Tuve que limitarme a escribir al extranjero y a no hablar más que de cuestiones rusas.

En lo que concierne a la difusión de la *Pravda* y del *Prosviéchtchénié*, los camaradas de Sámara me pusieron en relación con un camarada que se ocupaba en repartir la prensa legal del partido en los talleres y las fábricas. Me dirigí a Miron Tchernomasov, en la *Pravda*, y a Max Saleviev, en el *Prosviéchtchénié*, rogándoles enviaran a Sámara, a la dirección del camarada indicado, tantos números como le pidiese. Los miembros del Comité provisional del partido se veían frecuentemente en la sociedad de “diversiones intelectuales”. En cuanto a las reuniones del Comité, se celebraban en los barcos y en los parques. El enlace del Comité con los camaradas del partido en las fábricas se extendía cada vez más, y por ellos estaba al corriente del estado de espíritu de los medios obreros.

La dimisión de Malinovski como miembro de la Duma el 8 de mayo de 1914 causó entre los obreros desconcierto e irrita-

ción. De tal modo, que el Comité provisional condenó la conducta de Malinovski y votó contra él una orden del día muy precisa, que yo envié a la Oficina del Comité central en el extranjero para su inserción.

En el transcurso de mayo se trató de que apareciese la *Zaria Povoljia* varias veces por semana. El Comité de redacción del periódico decidió convocar una reunión ampliada de la redacción con los delegados de los grupos de fábrica del partido. Ni el secretario de redacción, Viélov, ni los otros bolcheviques —miembros del Comité de redacción— presentaron la cuestión de la preparación de esta reunión ampliada en la sesión del Comité provisional del partido. Un sábado, por la noche, un poco antes de esta reunión, encontré a Viélov, que me puso al corriente de la reunión proyectada, y de la cual yo oía hablar por primera vez. Cuando le pregunté quién había tenido la iniciativa de esta reunión y cuáles eran las cuestiones que figuraban en el orden del día, me respondió que emanaban de los mencheviques —miembros del Comité de redacción— que habían propuesto convocar esta reunión a fin de examinar los medios de mejorar la difusión de los periódicos y de hacerlo aparecer con más frecuencia.

Le pregunté si los mencheviques no buscaban con tal motivo la reelección del Comité de redacción; pero Viélov me aseguró que esto no era de temer. Es más, agregó que yo era muy desconfiado sin duda, porque me figuraba siempre tratar con los mencheviques de Moscú y Petersburgo. Esta conversación entre Viélov y yo tuvo lugar en presencia de Ana Nikiforova. Dos días más tarde, después del trabajo, volví a ver a Viélov en el sitio convenido, y mis primeras palabras fueron preguntarle cómo se había terminado la reunión ampliada del Comité de redacción. Viélov me contó que las grandes fábricas no se habían hecho prepresentes en la reunión y que los mencheviques se habían aprovechado para proponer la reelección del Comité de redacción. Habiendo sido aceptada la proposición, los mencheviques habían hecho designar para el Comité de redacción tres de los suyos y dos bolcheviques, de ellos Viélov mismo; pero él había

rehusado categóricamente aceptar, ya que los mencheviques no habían obrado de una manera leal.

El descuido de los bolcheviques miembros del Comité de redacción, que no habían ni llevado ante la Comisión provisional del partido la cuestión de esta reunión, me sublevaba. Pero yo estaba todavía más indignado de que Viélov hubiese rehusado entrar en el Comité de redacción y que él hubiese abandonado las funciones de secretario sin aconsejarse de nosotros, tanto más que, por su salida, el Comité de redacción pasaba sin combate a manos de los mencheviques. En la sesión del Comité provisional siguiente se decidió reconquistar el periódico, costase lo que costase, no obstante Viélov, que proponía que publicásemos un semanario para nosotros y que lo opondríamos a la *Zaria Povoljia*. Su proposición fue categóricamente rechazada. Por el contrario, empezamos la agitación contra la tendencia menchevique del periódico en las fábricas y talleres, y para la transformación de la *Zaria Povoljia* en periódico bolchevique. Cada vez que tomábamos la palabra durante nuestra agitación, nos llamábamos los *pravdistas*; los mencheviques eran los *loutchistes*. Y los obreros comprendían perfectamente que en la persona de unos y otros se desenvolvía la lucha entre bolcheviques y mencheviques.

No obstante las frecuentes confiscaciones de que era objeto la *Zaria Povoljia*, no tenía déficit, ya que los obreros la sostenían materialmente. Pero cuando pasó a manos de los mencheviques, cuando Dan, Martov y compañía inundaron las columnas del periódico, ya que los bolcheviques rehusaron colaborar y los obreros cesaron de sostener el periódico con su dinero. Desde la primera semana los ingresos semanales cayeron de 89 rublos a 15 (no estoy absolutamente seguro de estas cifras, pero son éstas las que me han quedado siempre en la memoria, y expresan bien la situación de entonces).

Cuando nuestra agitación tuvo bien preparado el terreno, exigimos la convocatoria del Comité de redacción ampliado de la *Zaria Povoljia*, con el fin de decidir la tendencia del periódico, lo que equivalía a preguntar la opinión de los miembros de nues-

tro partido y de simpatizantes que trabajaban en la fábrica. Con este objeto tuvieron lugar reuniones de miembros del partido y de simpatizantes, en las cuales los mencheviques, lo mismo que los bolcheviques, expusieron los puntos de vista de las dos tendencias del partido obrero socialdemócrata de Rusia sobre las cuestiones tácticas y las cuestiones de organización. Al final de las reuniones se puso a votación la cuestión de la tendencia que se había de dar al periódico de Sámara: la de la *Pravda*, de Petersburgo, o la de *Loutch*, después de lo cual se nombraron los delegados a la Conferencia que debía resolver definitivamente esta cuestión.

El 8 de junio, los delegados de los grupos de fábrica y de taller del partido se reunieron en una casa de campo de los alrededores de Sámara; pero hubo que disolver la Conferencia, porque la Policía había hecho su aparición en la vecindad. En cuanto al Comité provisional del partido, no pudo reunirse antes de la convocatoria de la reunión del Comité de redacción ampliado, ya que todos sus miembros tomaban parte en las reuniones de empresa, como portavoces de los bolcheviques; en estas condiciones no sabíamos exactamente quién tenía la mayoría. Pero después que la Conferencia de los grupos de fábrica y de taller del partido fue disuelta, nosotros hicimos un cálculo que mostró que teníamos una mayoría de votos de dos tercios. La Conferencia se fijó para el domingo siguiente.

Desde que el Comité provisional del partido hubo decidido empezar la campaña para reconquistar el periódico, me dirigí a la Oficina del Comité central en el extranjero para preguntarle si podría proporcionar a la *Zaria Povoljia* los colaboradores necesarios para los artículos de política general, ya que en Sámara los periódicos eran muy raros entre nosotros. En respuesta recibí una carta de Lenin, en la cual aprobaba enteramente nuestro plan y anunciaba la colaboración de los bolcheviques. Pedía que, en el caso en que hubiéramos triunfado, le expidiésemos un telegrama convencional, y prometía enviar enseguida artículos para nuestro primer número. En su carta Lenin subrayaba la impor-

tancia de la *Zaria Povoljia* para todas las ciudades de la cuenca del Volga. Además de esta correspondencia con el Comité central, yo me puse todavía en relaciones con un bolchevique que estaba alejado de la organización, y de quien me habían dado la dirección en Moscú. Aceptó colaborar en el periódico. Trabajaba en el *Zemstvo* de Sámara, pero ya no recuerdo su nombre.

La segunda Conferencia, señalada para el 15 de junio en el bosque, no pudo tener lugar; los destacamentos de vigilancia nos informaron, antes de que se hubiese abierto, por un canto convenido, que la Policía rondaba por la vecindad. Se decidió pasar en barca al otro lado del Volga para celebrar la Conferencia, ya que no se podía aplazar por más tiempo la solución de la cuestión del periódico. Una vez allí, nos instalamos en una pequeña colina, en un soto, desde donde se veía lo que pasaba por el Volga. Por más que la Conferencia se celebró lejos de la ciudad y que se cambió de lugar, casi todos los delegados bolcheviques asistieron. El camarada Koukouchfein, ex miembro del Comité de redacción, hizo una exposición de la situación. Después de él, un redactor menchevique expuso la naturaleza de nuestras divergencias. Terminadas las exposiciones, hubo un intercambio de opiniones muy animado. Al votar, los tres cuartos de los votos se pronunciaron por que se diese al periódico una tendencia bolchevique.

Es característico que los delegados de las fábricas de tubos y otras grandes fábricas votaran por los bolcheviques, mientras que los delegados de los panaderos y otros pequeños talleres votaron por los mencheviques: cuatro redactores y un candidato. Los mencheviques fueron autorizados para designar un redactor, pero ellos rehusaron. En el Comité de redacción entraron: Viélov, Biébniakov, el compositor tipógrafo Koukouchkin y el bolchevique que trabajaba en el *Zemstvo*; Beniamin, miembro del Comité provisional del partido, fue designado como candidato.

Al regresar de la Conferencia expedí a Lenin él telegrama convenido para informarle de nuestra victoria. Detenido al día siguiente, fue en prisión cuando yo, vi el primer número de la *Zaria Povoljia*, contenía un buen artículo de fondo: "Reforma o

reformas”, que anunciaba que el periódico sería redactado con espíritu pravdista.

Los obreros acogieron con alegría la nueva tendencia del periódico, como demostraron las cartas de felicitación que llegaron en masa al Comité de redacción. Además, los rendimientos aumentaron. Cuando, en la víspera de la guerra, la ola revolucionaria tomó amplitud, el periódico fue suprimido, lo mismo que la *Pravda*, de Petersburgo, y se realizaron detenciones entre los bolcheviques.

No obstante sus defectos, la *Zaria Povoljia* desempeñó un papel muy importante por aquella época en el movimiento obrero de Sámara.

A fines de mayo o principios de junio de 1914 fui encargado por la Oficina del Comité central del extranjero de convocar una Conferencia de la región del Volga y de preparar las elecciones para el Congreso socialista internacional de Viena, que debía tener lugar el 15 de agosto de 1914, y para el Congreso de nuestro partido. Recibí como instrucciones el hacer designar el mayor número posible de obreros que hubiesen participado en las diferentes formas del movimiento obrero.

Como yo no podía recorrer la cuenca del Volga (yo trabajaba en las instalaciones del tranvía, y el trabajo era muy urgente), me entendí con Koukouchkin y Anna Nikiforova (esta última trabajaba en Sizran y venía frecuentemente a Sámara, donde yo la veía) para que se encargasen. Debían hacer recorrido por las ciudades del Volga y darse cuenta de las organizaciones existentes, establecer el contacto con ellas, después de lo cual se celebraría la Conferencia del Volga, que había de elegir la oficina regional y los delegados al Congreso del partido. En la misma ocasión debían proceder en todas las ciudades a las elecciones para el Congreso internacional de Viena. No sé cuáles fueron los resultados de la excursión, ya y ese momento yo estaba en prisión. Pero los acontecimientos de los últimos días de julio de 1914 hicieron imposible la convocatoria del Congreso de Viena, lo mismo que la del Congreso del partido.

XV

Mi última detención, la prisión y la estepa 1914 – 1915

El 16 de junio, al regresar a mi trabajo después de haber comido, oí en el pequeño parque cercano a la catedral de Sámara que alguien iba detrás de mí a pasos rápidos, y decirme: “Señor, un momento...” Al volverme vi un oficial de Policía que venía todo sofocado y que corría detrás de mí; inmediatamente puse pies en polvorosa; pero llegando a la puerta, que daba a una calle desierta, dos policías de paisano que yo había visto frecuentemente los últimos días entre los obreros que colocaban los rieles cerca de mi alojamiento me cortaron el paso. Habiéndome alcanzado, el policía me preguntó cómo me llamaba. Le respondí que “desde el momento que corría detrás de mí, lo de menos era que supiese mi nombre”. No lejos de allí estaba estacionado un coche, en el cual me metieron; no tardó en parar ante la Dirección de la Gendarmería.

Ni sobre mí ni en mi habitación había nada ilícito. En mi habitación no había más que números de la *Pravda* y del *Pros- viéchtchénié* (un ejemplar). Si hubiese sido cogido en la calle el sábado y no el domingo, los gendarmes hubiesen encontrado sobre mí cartas cifradas de N. Kroupskaia que me era difícil poner en claro, y con las cuales me habrían atormentado en vano, durante dos días, las direcciones que contenían. Resolví tomar con

los gendarmes un tono de noble indignación para protestar contra la detención de un hombre inocente, enteramente absorbido por su trabajo. Al principio me salió bien. El jefe de la Dirección de Gendarmería, Poznanski, dudó y a poco me suelta.

Finalmente, todo se estropeó. Por consecuencia, me hizo pagar duramente su exceso de confianza del principio.

Tan pronto se me llevó delante de Poznanski, le dije que debía haber error, que seguramente me tenían por otro, que yo trabajaba en la instalación de los tranvías, que este trabajo era muy urgente y que los obreros no esperaban. Los gendarmes ignoraban mi nombre y pretendían identificarme con una fotografía. Esta se me parecía poco, sobre todo en traje de trabajo. Pero esta foto me causó estupefacción; la frente, los ojos y la nariz eran los míos; los cabellos y la barba no lo eran; jamás me había peinado de aquella manera y llevado semejante barba. Además, esta foto me vestía con un *smoking* que en mi vida había puesto. Reconocí el trabajo de Jitomirski.

La colocación que se me daba en la foto lo denunciaba. Poco tiempo antes de mi salida de París, Jitomirski se había agarrado a Kotov, Zephir, Andronnikov, Kamanev, yo y otros para que nos hiciéramos fotografiar en su casa todos juntos, pretextando que tenía un buen aparato. Rehusamos mucho tiempo el hacernos fotografiar; pero un hermoso día de sol, que el azar nos había a todos reunido en su casa, insistió de nuevo. Accedimos, y nos hizo un grupo. Todavía se colgó de mí para que me hiciese fotografiar solo. Yo acepté, pero exigí que me entregase los negativos, cosa que hizo. Poznanski me enseñó una de estas fotos. La reconocí, aunque Jitomirski me hubiese vestido con *smoking* y me hubiese hecho otros cabellos y una barba. Jitomirski, que dibujaba bastante bien, lo hizo con facilidad. Además, no sólo reconocí el “trabajo” de Jitomirski en la foto: la descripción de cuerpo (como médico, me asistió varias veces) y de mi manera de vestir llevaban también señal de sus indicaciones.

Todos estos retoques hacían que la foto fuese poco parecida.

Esto me daba ánimos y al mismo tiempo descorazonaba a Poznanski. Mientras que me examinaba por la foto, un gendarme de Bougourouslan entró. Poznanski le enseñó la foto y le preguntó si había alguien en el cuarto (donde se me interrogaba) que se pareciese. El gendarme respondió negativamente. Viendo esto, me dispuse a hacer una comedia; pero Poznanski pidió todas las circulares pedidas para mi respecto, y después de esto dijo mi verdadero nombre.

Cuando leyó en alta voz las circulares que me concernían comprendí que no me dejaría escapar. Declaró que no había lugar a apresurarse y que había tiempo de ponerme en libertad si se confirmaba que yo no era el que se buscaba. Se me envió a la cárcel, donde algunos días después Poznanski vino a enseñarme el telegrama recibido de Koutais, donde se decía que Sanadirabzé existía efectivamente, pero que habitaba en Koutais. Me invitó a declarar mi identidad, diciendo que de otra manera yo podría luego arrepentirme. Pensaba que el telegrama era un truco de su parte, y dejé de responderle.

Algunos días después se presentó de nuevo en la prisión para proceder otra vez al interrogatorio. Me enseñó un extracto de los registros de estado civil expedidos en Koutais, de donde resultaba que Sanadirabzé tenía hermanos y hermanas. El día de mi detención yo había declarado no tenerlos. El nombre patronímico del padre, lo mismo que el nombre y apellido de la madre, que yo había dado, tampoco correspondían a la realidad.

Viéndome descubierto, ya no rehusé mi verdadero nombre. Poznanski me respondió que yo había hecho muy bien en desmascaramme, ya que, no habiendo pruebas contra mí, él podría ponerme en libertad. Como yo le preguntaba por qué no lo hacía, me respondió que sería necesario para eso que pasase a su bando. Conociendo las costumbres de la prisión, yo sabía muy bien que los gendarmes proponían con frecuencia a los detenidos políticos el entrar a su servicio; es decir, convertirse en provocadores y traidores. Era la primera vez que se me hacía una oferta.

Yo no me la esperaba por parte de Poznanski, y le respondí, conservando toda mi sangre fría (hoy no comprendo de dónde me había venido esta sangre fría), que yo prefería quedar neutral (ni con los gendarmes ni con los revolucionarios). Mi respuesta puso a Poznanski fuera de sí. Empezó a gritar que él sabía que yo era miembro del Comité central de la tendencia de Lenin, que yo había venido para convocar la Conferencia del partido de la región del Volga, que yo me hacía llamar Iérmar en Sámara, que yo había dirigido toda la campaña para apoderarme de la *Zaria Povoljia*, etc. A fin de cuentas, me anunció que yo sería entregado al Tribunal, aunque no se me hubiese encontrado nada, y que con ese objeto no dudaría en lanzar contra mí a su informador.

Terminado el interrogatorio, me puse a reflexionar en los datos que el gendarme había dejado escapar. Que tenía debajo la mano del provocador, no lo dudaba un instante. Yo me había hecho llamar Iérman dos veces solamente: en la reunión de la cooperativa obrera que precedió a las elecciones de la Conferencia ampliada del Comité de redacción de la *Zaria Povoljia*, donde había tomado la palabra bajo este nombre, y en la Conferencia del Comité de redacción, a la cual yo asistía con este mismo nombre. En cuanto a la Conferencia del partido de la región del Volga, sólo Koukouchkin y A. Nikeforova conocían. Si uno de ellos había sido el provocador, no hubiera dejado de dar las informaciones sobre el Comité provisional del Partido.

Pero el gendarme no había dicho nada. Sobre todo, lo que me intrigaba era su afirmación de que yo era miembro del Comité central. Mi candidatura había sido lanzada en la Conferencia de enero de 1912; pero como yo no podía dirigirme rápidamente a Rusia, no había sido mantenida. Como en la Conferencia el resultado de las elecciones para el Comité central se había tenido en secreto, el provocador, que visiblemente asistía a la Conferencia, no sabía exactamente quién había sido elegido, y me había designado con ese fundamento. Así, me decía yo después del interrogatorio: “Los gendarmes de la Okhrana están al co-

rriente de todo lo que pasó en la conferencia del partido”³⁴. Era un pensamiento muy penoso. De hecho, ¿no es espantoso encontrarse con camaradas, examinar con ellos las cuestiones que trae la lucha de clases, cuando en realidad estos camaradas son unos Judas que traicionan los intereses de su clase? Lo peor es que en todo camarada se empieza a ver un traidor.

La venganza de Poznanski no se hizo esperar. Poco tiempo después de mi interrogatorio me envió a la Dirección de Policía y de allí a una oscura de la Policía judicial, “con el fin de aclarar mi identidad”, aunque Poznanski la hubiese aclarado de una manera certera. Después de toda clase de ultrajes, se me trasladó a la casa de detención de la Policía, donde estaban encarcelados los ladrones, los chulos, encubridores, etc. Allí hice conocimiento con los bajos fondos de la sociedad. Todas las categorías de ladrones y de estafadores estaban representadas. Allí había rateros, ladrones del tirón, *pick-pockets*; algunos que sólo operaban en los Bancos, otros que esperaban a los aldeanos en los caminos para venderles “oro” y cambiar ventajosamente billetes falsos por buenos, etc. La promiscuidad y la sociedad eran espantosas.

Yo me quedaba noches enteras sentado sobre el rebote de la ventana, contra los barrotes. Los policías eran de la más baja insolencia; nos injuriaban por cualquier cosa. En esta fecha desagradable, yo era el único detenido político. Así, me aparté de todos estos grupos de pensionistas de la casa de detención, los cuales hablaban de sus “especialidades” con sus “jefes” particulares. Poco faltó para que éstos, acordándose de las afrentas que

³⁴ Hasta después de la revolución de febrero, que yo vi por los documentos de la Okhrana, por M. Tsavlovski, que el Comité central, en su reunión de 1° de noviembre de 1913, celebrada en el extranjero, había decidido autorizar a la oficina del Comité central de Rusia para designarme, lo mismo que a V. Iakovieva. En las reuniones del Comité central se decidió qué misiones se confiarían a tal o cual militante. Como Malinovski asistía a estas reuniones, el departamento de la Policía estaba al corriente de todo. ¡Pero nosotros sólo nos enteramos después de la revolución de febrero de 1917!

les habíamos inflingido los detenidos políticos en 1905 más tarde, no me jugasen una mala partida.

Cada vez que me trasladaba de un sitio a otro, me veían los camaradas de Sámara. Pude cambiar algunas palabras. Me aconsejaron declarar al juez de paz, ante el cual, yo debía comparecer por la inculpación de uso de falso nombre, que yo recurriría. De esta manera, me decían ellos, sería trasladado a la casa de detención de la “nobleza”, donde se podía recibir libremente los periódicos, recibir visitas y hablar por la ventana. Todavía me prometieron enviar un abogado al juez de paz para obtener, bajo caución, mi libertad provisional.

Por último, comparecí ante el juez de paz. Sin preguntarme nada, me dijo que estaba condenado a tres meses de prisión por haberme servido de un pasaporte que no era el mío. Las personas detenidas por el delito político eran raramente conducidas por uso de pasaporte falso. Cuando lo eran, no se les hacía vestir ropa de preso, y se les dejaba con los detenidos políticos. Por lo tanto, había respecto a mí una venganza de Poznanski. Este no me dijo, aun cuando yo dependía, después que se hubo notificado que yo estaba condenado a ser deportado a Siberia, de las autoridades penitenciarias.

El juez se había negado a ponerme en libertad bajo caución, trasladándome a la casa de detención de la “nobleza”. Allí me enteré del contenido de los últimos números de la *Zaria Povoljia*. La *Pravda*, lo mismo que el órgano de Sámara, usaban públicamente un lenguaje revolucionario. Supe la noticia de la huelga de Bakou y las repercusiones que ella tenía en el país. Los camaradas que venían a la ventana me informaron que el Comité provisional de Sámara, del que yo era miembro, se había convertido en Comité permanente por decisión de una importante reunión de militantes del partido; que la unión con las fábricas no dejaba de extenderse; que se esperaba la llegada de Mourlanov, y que la transformación de la *Zaria Povoljia* en órgano bolchevique había sido acogida con mucha simpatía, no solamente en Sámara, sino en toda la región del Volga, de don-

de se recibían cartas, abonos y suscripciones. Con el corazón angustiado seguía la huelga de Petersburgo y las barricadas de principios de 1914.

Una vez observé desde la ventana que cuando uno de los camaradas se aproximaba para hablarme, alguien se oculta en los arbustos del parque, situado frente de mi ventana, escuchaba nuestra conversación y tomaba nota. Advertí a los camaradas y les rogué que no volvieran, ya que se exponían a ser detenidos.

El juez de paz declaró al abogado que los gendarmes tramitaban una instrucción contra mí y que él no podía liberarme antes de conocer el resultado. Habiendo comenzado los rigores en la casa de detención de la “nobleza”, yo desistí de ningún recurso, y se me trasladó a la prisión. Esto fue para mí el principio de nuevas pruebas. Se me separó de los detenidos políticos, con los cuales, encarcelados en un mismo departamento, yo podía, no obstante el rigor del régimen penitenciario, encontrarme y hablar.

Fui trasladado al departamento de presos de derecho común, y tuve que pasearme con ellos. Se me pasó a la peluquería y se me hizo vestir la ropa de preso, que conservé hasta el cumplimiento de mi pena. Lo peor de todo fue que mi celda la cerraban a las seis de la mañana hasta la llamada de la tarde, que para mí era muy tarde, por el hecho de que los presos iban a trabajar al exterior. Además, la limpieza de la celda era extenuante. El suelo, la parte inferior de la pared y la vajilla tenían que brillar. Por el menos descuido lo mandaban a uno al calabozo. Era necesario hacer esta justicia a la Dirección de la inmensa prisión de Sámara entonces: que la limpieza exterior era ideal, aunque es necesario decir que era obtenida haciendo sufrir a los presos toda clase de persecuciones.

En los dos meses y medio que duró mi reclusión leí un gran número de libros científicos y de obras de nuestros clásicos rusos y extranjeros.

Durante mi detención tuve que sufrir varios interrogatorios. Una vez recibí la visita de un joven gendarme sin gran experien-

cia. Me enteré por él que la guerra se había declarado. Además, me dio lectura de todo mi proceso y de las proposiciones que los gendarmes habían enviado al departamento de Policía a mi respecto. Pedían que se me condenase a cinco años de deportación a Siberia. Apoyándome en algunos datos inexactos que figuraban en las piezas del proceso de la Okhrana, demostré que muchos motivos de acusación eran forzados completamente, y que yo declaraba dudar de la exactitud del conjunto de cargos acumulados contra mí. Esto me fue de cierto alivio, y sólo se me impusieron tres años de deportación en la provincia de Iénis-séisk. Se me trasladó al departamento de deportados, donde se encontraban encarcelados los condenados políticos.

A causa de la guerra, los convoyes de prisioneros ya no salían, y tampoco se me autorizó a hacer el viaje por mí cuenta. Habían concentrado en Sámara una muchedumbre de prisioneros que esperaban para partir a que los convoyes fuesen restablecidos. Allí, durante un paseo, encontré al camarada Kartachev, antiguo miembro de la Liga del Norte, que no había vuelto a ver desde 1903.

Finalmente, los convoyes de prisioneros empezaron a salir; pero yo nunca formaba parte. Los camaradas de Sámara condenados después que yo habían sido expedidos en el primer convoy que había seguido a la notificación de su condena. No obstante esto, se continuaba guardándome. Todas mis protestas ante el director de la prisión habían quedado sin efecto. Sólo cuando hube repetido aquéllas ante el inspector penitenciario y el fiscal, se decidió expedirme. ¡Desde la fecha en que, después de haber terminado mi pena de prisión, se me había notificado mi condena a la deportación, hasta el día en que llegué a mi destino, habían transcurrido seis meses!

El último acto de venganza de Poznanski que tuve que sufrir en la prisión de Sámara fue el registro de que fui objeto en el patio de la cárcel en el momento en que la escolta se hacía cargo de mí. Con un frío glacial, bajo pretexto de que doce años antes me había escapado de la prisión, se me dejó desnudo para exa-

minar las costuras de mi vestido y asegurarse que no había ocultado dinero ni finas sierras de cinta.

Yo era tan dichoso de estar desembarazado de la prisión de Sámara, que el trayecto por etapas en los vagones celulares hasta Tchéliabinsk me pareció el paraíso, del que me sacó la prisión de Tchéliabinsk y la de Krasnoiars. En Tchéliabinsk y la de Krasnoiars. En Tchéliabinsk, la escolta que debía conducir los prisioneros a Novonikolaievsk no había llegado; se nos paseó todo un día de un penal a otro, y la noche se nos encerró en la prisión. Después de habernos registrado minuciosamente (éramos 85 deportados), se nos amontonó en una celda sobre cuya puerta se destacaba esta inscripción: “28 hombres”. Estábamos amontonados unos sobre otros. Era imposible extenderse, estar de pie o sentarse. El calor era a tal punto sofocante, que los detenidos se desvanecían. Hacia la mañana nos metieron todavía en un convoy que acababa de llegar de Novonikolaievs, y fue materialmente imposible respirar. Los detenidos que se encontraban cerca de las ventanas las abrieron (esto pasaba a fines de noviembre de 1914). El resultado fue que casi todo el mundo cogió frío. La ronquera y la tos duraron todo el viaje; también hubo casos de pulmonía. Aquello no era el paraíso, sino el infierno.

Llegamos a Krasnoiarsk sin incidentes, no siendo que una mujer, condenada de derecho Común, dio a luz en nuestro vagón, en el que nadie tenía la menor noción de medicina. En la prisión de etapa de Krasnoiarsk tuvimos que esperar nuestra vez para Iénisseisk hasta fines de enero de 1915.

Ya he dicho que me había enterado de la declaración de guerra por un joven gendarme que vino a visitarme. En Sámara, en los últimos tiempos de mi estancia en la casa de detención de la “nobleza”, los periódicos no decían todavía nada concreto sobre la eventualidad de una guerra. En prisión, hasta tal punto estaba aislado (yo estaba encarcelado con los presos de derecho común), que durante toda mi detención no vi a nadie con quien hubiera podido hablar; el régimen de la prisión de Sámara era muy severo.

El gendarme me había contado que la guerra había estallado entre Rusia, Francia e Inglaterra, de una parte, y Austria y Alemania, de otra, y que esta última había atacado a Rusia. Agregó que, en su opinión, la guerra no podía durar más de seis meses, ya que ella absorbía masas de hombres considerables y paralizaba la vida normal de los países beligerantes. Me había anunciado que Plekjanov estaba por la guerra contra Alemania y que la socialdemocracia alemana había votado los créditos de guerra, a excepción de Liebknecht, que por esto había sido fusilado por orden de las autoridades militares. Hablando de Rusia, me dijo que un gran entusiasmo patriótico animaba al país. En Odessa, Pourichkévitch se había abrazado en plena calle con los judíos; manifestaciones patrióticas se producían en todos lados, y las huelgas que habían estallado antes de la declaración de guerra estaban completamente terminadas.

Lo creí cuando él me dijo que la guerra estaba declarada; en cuanto al resto, estaba convencido que era pura invención por su parte, por más que yo no tuviese la menor posibilidad de comprobar sus palabras. Durante varios días recorrí mi celda de un lado a otro lleno de una profunda agitación; yo me preguntaba qué es lo que pasaba en el mundo, qué habría sido del Congreso internacional de Viena, qué habían hecho los socialistas para combatir la guerra, ya que, después de todo, ¿no había las resoluciones del Congreso de Basilea? Todas estas cuestiones quedaron por mí sin respuesta. En una de estas jornadas de ansiedad, se me trasladó a otra celda. Conseguí comunicarme con mi vecino, un funcionario de la Administración penitenciaria detenido por malversación. Como él trabajaba en la cancillería de la prisión, estaba perfectamente al corriente de lo que pasaba afuera. Me confirmó lo que me había dicho el gendarme. Agregó que la ejecución de Liebknecht no estaba confirmada, pero que los socialistas franceses y alemanes sostenían a su Gobierno.

Ninguna protesta había sido elevada contra la guerra: al menos los periódicos no habían hecho mención. Cuando le pregunté cuál era la actitud de los socialistas rusos respecto a la gue-

rra, no pudo darme una respuesta satisfactoria (la opinión de Plekjanov, cuyo papel en nuestro partido yo conocía, no era para mí una autoridad). No tuve que reflexionar mucho para comprender que el Gobierno zarista no hacía la guerra en interés de los obreros y de los campesinos, y que la derrota de la Rusia zarista sería más útil a la revolución que su victoria, ya que el zarismo saldría debilitado y sería más fácil combatirlo. La revolución de 1905 había estallado después de la derrota de Rusia en la guerra Ruso-Japonesa, y la Comuna de París había sido proclamada después de la derrota de Napoleón III. En ese momento era mi manera de analizar la guerra.

Frecuentemente, en la iglesia de la prisión tenían lugar, por la tarde, ceremonias religiosas. Se cantaba el himno nacional zarista y yo pensaba que se celebrarían las victorias de las armas rusas. Esas horas eran para mí muy penosas. Más adelante me enteré que estas ceremonias tenían lugar para celebrar las victorias, como la reconquista de Augustovo y otras ciudades rusas ocupadas por los alemanes. Finalmente, se nos informó sobre la marcha de las hostilidades, distribuyéndonos diariamente los telegramas de la agencia telegráfica rusa, en los cuales teníamos una confianza muy limitada. Me enteré directamente cuál era la actitud del Comité central de la Pravda y de Lenin respecto a la guerra leyendo estos telegramas; la detención, el 14 de noviembre de 1914, de los cinco diputados bolcheviques de la Duma, de Kamenev y otros camaradas.

Deduje que, desde el momento en que se les detenía, es que ellos estaban contra la guerra. Por lo demás, yo no tenía sobre esto ninguna duda. En camino para la prisión de etapa de Krasnoiarsk, tuve ocasión de ver muchos bundistas, socialdemócratas letones y polacos y muchos afectos a otros partidos. Ninguno de los grupos mencionados tenían punto de vista sobre la guerra tan neto y tan generalmente compartido como los bolcheviques que yo encontré, aunque éstos fuesen originarios de diferentes regiones de Rusia y que no se conociesen entre ellos. En la prisión de Krasnoiarsk encontré a los camaradas Boulia-

no, de Sámara; Tountoul, de la región báltica; Maslianikov y otros. Hasta la salida para el destino que nos estaba asignado, nos cansamos de discutir con los mencheviques, bundistas y otros oportunistas de nuestro partido y de otros partidos revolucionarios.

En la región de Angara encontré muchos bolcheviques, que también allí el estado de espíritu era el mismo: todos estaban contra la guerra. Lo mismo en la aldea, adonde fui a pasar aunque allí hubiese anarquistas, socialistas revolucionarios, maximalistas, socialdemócratas polacos y bolcheviques; todos eran adversarios de la guerra, y sólo se diferenciaban ligeramente de opinión en la apreciación de sus consecuencias. Completamente por casualidad, restablecí el contacto con Zefír, que yo había dejado en París en el verano de 1913. Estaba en el frente francés, como otros muchos emigrados políticos rusos, entre los cuales había allí, desgraciadamente, bolcheviques. Me acuerdo que quedé muy sorprendido y apenado al enterarme que Zefír, aquel bolchevique *duro* enteramente consagrado al partido, se había enrolado en el ejército francés.

Por mas que me enviase largas cartas para explicarme su acto, no llegaba a comprenderlo: estaba contra la guerra y al mismo tiempo no sentía haberse alistado en el ejército francés. Es cierto que los conocimientos militares que adquirió como cabo le sirvieron en la lucha contra los blancos, Zefír vino a verme en octubre de 1917, en el momento en que en Moscú se desarrollaban las batallas en las calles, en las cuales tomó parte inmediatamente. Gracias a las cartas que Zefír me envió del frente francés durante la guerra, estuve al corriente del estado de espíritu y de las iniciativas de nuestro centro en el extranjero, con el cual estuvo siempre en contacto.

XVI

La vida de los deportados políticos en las aldeas de Angara. 1915 – 1917

El 30 de enero de 1915, Tountoul, Badin, yo y unos quince deportados políticos, a los cuales se habían añadido presos de derecho común y “criminales” de guerra (alemanes, austriacos y turcos que habitaban en Rusia), judíos de la zona del frente: en total sesenta personas, fuimos enviados por etapas de Krasnoiarsk a Ienisseisk (próximamente cuatrocientas verstas). El convoy hacía el camino a pie. Sólo las mujeres débiles o enfermas tenían derecho a subir a las carretas que transportaban los bagajes de los deportados. El convoy avanzaba a la velocidad de 15 o 20 verstas, según la distancia de la aldea donde se encontraban las barracas de etapa, donde nos deteníamos para pasar la noche.

Estos barracones, cuyas ventanas estaban enrejadas, eran malas *isbas* de un piso, oscuras, frías y horriblemente sucias; no se empezaba a calentarlas hasta que llegaba el convoy. Es necesario decir que los prisioneros no estaban más limpios que los barracones. En la prisión de etapa de Krasnoiarsk no se lavaba la ropa. Y cuando los prisioneros se arreglaban para lavar un poco, con los que les quedaba del agua hirviendo que se distribuía para el “the”, los carceleros la confiscaban; por consiguiente, eran numerosos los que debían esperar así largos me-

ses antes de formar parte de un convoy.

La situación financiera de los prisioneros no era mejor.

La Comuna que formaban los prisioneros políticos vivía con la soldada de 10 kopecks por día que se les daba. Los vestidos eran insuficientes. Hacía un frío glacial, al cual venían a agregarse frecuentes tempestades de nieve que hacían el camino impracticable e impedían avanzar. Los criminales de guerra del extranjero eran los que más sufrían de la temperatura. Un obrero alemán de la fábrica Poutilov o Oboughov, Klain, cogió durante el cambio una pulmonía y murió antes que se hubiese podido encontrar un hospital.

Llegamos con gran trabajo a Ienisseisk. Allí se nos encerró en la sombría fortaleza de piedra, cuyas espesas murallas hubiesen podido servir, durante el carnaval, de magníficas pistas a las troikas de los comerciantes rusos de otras veces. No enviaba la suerte de los pensionistas de la prisión de Ienisseisk. Afortunadamente, no estuvimos mucho tiempo. Nuestro grupo de 22 personas fue expedido con escolta a la región de Angara, en el burgo de Bogoutchany, situado a 700 verstas de Ienisseisk. En marcha, no encontrábamos en las aldeas más que uno o dos antiguos deportados. Pero a medida que nos alejábamos del camino de Ienisseisk encontrábamos con más frecuencia deportados políticos, la mayor parte llegados recientemente.

Desde que dejamos el camino de Ienisseisk, empezamos a detenemos en las isbas campesinas para pasar la noche. Excuso decir que por cualquier sitio que pasábamos donde había deportados políticos, nos apresurábamos a hacerles una visita. Sobre el trayecto de Ienisseisk a Pintthouga atravesamos tres aldeas con nombres extraños: Pokou-koui, Po-toskoui y Pogorioui³⁵. Estas aldeas, sin duda, habían recibido su nombre de los deportados de otros tiempos; pero ellas lo habían conservado, aunque una, no recuerdo cuál, se llamó también oficialmente Byk. Pero este nombre no se empleaba nunca. Los nombres de

³⁵ Desesperación, tristeza, desgracia.

estas tres aldeas hablan de ellas mismas. Es muy cierto que se puede en cada una de ellas desesperarse, entristecerse y ser desgraciado a la vez. Estas aldeas no se componían más que de algunas casas de gran pobreza. Los habitantes se dedicaban a la pesca y a la caza. Se hacía venir de otros lugares. Como era difícil procurarse pan en estas aldeas, los convoyes pasaban raramente y nunca por grupos de más de 22 personas. Al atravesar las aldeas experimentábamos una sensación penosa.

Cada uno de nosotros se preguntaba si no lo dejarían (de las 22 personas que componíamos nuestro convoy no hubo dos que los destinaran la misma aldea como lugar de residencia). Respiramos más fácilmente cuando llegamos a la vista de Pientchoga y de Irkmeieva. En cada una de estas aldeas había muchos deportados políticos que nos acogieron calurosamente. Encontré allí a Anna Nikiforoba, que había conocido en Sámara; Malychev y otros bolcheviques. En el burgo de Bogoutchany, donde se encontraba el comisario que debía designarnos nuestro lugar de residencia, nos detuvimos en la casa de los deportados políticos, construida por éstos.

Desde allí, después de habernos albergado y alimentado, se nos envió a nuestras aldeas respectivas. Es necesario haber pasado uno mismo durante más de un mes, con frío, medio hambriento, agotado y cubierto de suciedad, el trayecto de Krasnolarks a Ienisseisk y de allí al burgo de Bogoutchany, para comprender la alegría de cada uno de nosotros al recibir el acogimiento y los ciudadanos con que se nos rodeó cuando llegamos. Sólo en este ambiente puede explicarse que socialistas revolucionarios, anarquistas, bolcheviques y mencheviques, que en libertad no cesaban de combatirse o de querellarse sobre los métodos de lucha a emplear contra los enemigos de la clase obrera, hayan podido convivir cordialmente.

En Ienisseisk me habían asignado como residencia la aldea de Fédino. Había sido avisado oficialmente por el comisario, pero se retardó mi salida. Fédino era la aldea más alejada de la región de Tfhounsk, distrito de Ienisseisk. Como se decía en mi

proceso que yo tenía tendencia a escaparme, se me enviaba lo más lejos posible. Por más que en el mapa del distrito de Ienisseisk sea el más alejado, Fédino, que está situado en el límite de los distritos de Ienisseisk y de Kansk, en realidad es el punto más aproximado a la vía férrea. El comisario de Bogoutchany, que conocía la geografía de la región mejor que el mapa, quiso reparar el error que se había cometido en Ienisseisk. Me invitó a quedar en Bogoutchany mientras no recibiese de Ienisseisk respuesta a su proposición de asignarme otro lugar de residencia.

Bogoutchany era más alegre, ya que los deportados eran numerosos. Los convoyes de deportados llegaban allí continuamente; había una oficina de correos, un hospital, una escuela, y todos los intelectuales del distrito; en cambio, la Policía era severa. Dos veces al día los gendarmes pasaban lista a los deportados, y estaba prohibido salir del muro de la aldea (en esta región, las aldeas están rodeadas de una empalizada para impedir que el ganado vaya a la *taiga*). Los deportados estaban bajo la vigilancia continua de los gendarmes.

El ejército y la Policía del distrito, en visita de inspección, nos sacó de allí. Tomó la defensa de sus subordinados, a los que el comisario acusaba de ignorar la geografía de su distrito, y dio orden de dirigirme inmediatamente a Fédino. Me enviaron tan aprisa, que tuve que coger mojada la ropa que yo había dado a lavar después que el comisario me había invitado a instalarme en Bogoutchany. Un gendarme me acompañó hasta la aldea de Karaboul. La tarde la pasé con los deportados políticos locales, y la noche en casa de uno de ellos: el camarada Zimmermann. Por la mañana temprano, el gendarme me confió a un campesino de la localidad para que me llevase, a quien le había correspondido el turno de prestar su atalaje. Por la noche ya estaba en la aldea de Lar, en la vivienda del camarada Guélikdzé. Allí era él el único deportado. El 6 de marzo de 1915 atravesé la aldea de Khaia, que se parecía mucho a una de las aldeas de Pokoukoui; en Khaia no había deportados. Al anochecer llegué a Fé-

dino.

No estará demás detenerse un poco en la descripción de la vida y de las condiciones de existencia de los campesinos de la aldea de Fédino, en que yo debía residir dos años. Esta descripción es tanto menos que superflua, ya que esas condiciones de existencia son con pequeñas diferencias típicas en la vida de los campesinos en las regiones de Angara y de Tchounsk, a excepción hecha de las tres aldeas de Eokoukoui, donde muy pocos deportados políticos tuvieron ocasión de habitar.

En Fédino había unos cuarenta hogares, donde tres o cuatro podían pertenecer a campesinos pobres; los otros pertenecían a campesinos de clase media, hasta koulaks. Todos los habitantes de la aldea descendían de una misma familia: Roukossouiev; sólo había una familia que llevaba otro nombre: Brioukhanov. Alrededor de Fédino había bastantes tierras laborables; pero estaban lejos de la aldea y con la falta de caminos se hacía su cultivo difícil. Casi todas las familias explotaban sus tierras con sus únicas fuerzas, suficientes en Fédino, aun durante la guerra, ya que no sé por qué no había reclutamiento en esta región (en la época de las cosechas, toda la aldea, hasta los niños, salían a los campos y no regresaban sino los días de fiesta; todos los viejos impotentes quedaban en casa con los niños de pecho).

Cada familia poseía un número imponente de caballos, vacas, carneros, cerdos y aves de corral. Si en Rusia un campesino hubiese tenido tantos caballos y ganado se le hubiese considerado ciertamente como un gran propietario. En la *taiga*, en los alrededores de la aldea, había toda la madera que se quisiese para la construcción de las isbas, la calefacción y la navegación. En primavera, en otoño y en invierno, los campesinos de la localidad se dedicaban a la pesca o salían semanas enteras a la caza de alce, oso, zorro y ardillas. En la primera quincena de mayo, cuando se abría la navegación, muchos aldeanos enviaban sus granos y harinas mal molidas a Ienisseisk (antes de la guerra vendían el centeno a 14 *copecks el poud*, y a ese precio difícilmente encontraban comprador; en 1915, muchos labrie-

gos tenían todavía grandes reservas, pero en 1916 el centeno se vendía ya en Ienisseisk a un rublo diez el *poud*). Los *tourouskhantsi* lo compraban con preferencia. Los campesinos fabricaban ellos mismos la tela y el paño necesario para su uso y aun tenían medios de vender una parte; trabajaban también en las pieles, de las cuales se servían para confeccionar sus calzados de verano e invierno y los artículos de cuero de que ellos tenían necesidad.

Durante la semana se vestían con prendas que ellos confeccionaban con los tejidos de su fabricación. Los días de fiesta, los hombres adultos llevaban un traje y botas de ciudad, de que se surtían de un tártaro que venía una vez al año por el canal y que compraba a los labriegos lienzo, tela, pieles, huevos, etc., a cambio de lo que ellos necesitaban. Casi todos los campesinos amontonaban el oro que atesoraban (durante la guerra, compradores de moneda de oro pasaban por las aldeas de Siberia; por un rublo oro pagaban un rublo veinte, un rublo cincuenta papel, cuando en Rusia el rublo había perdido en esta época los dos tercios de su valor); en las familias, los hombres y las mujeres hacían bolsa aparte y no se ayudaban. El producto de la venta de tela, de género, huevos, leche, manteca y otras cosas pequeñas eran para las mujeres; el resto, para los hombres.

Toda la aldea estaba compuesta de analfabetos. Los muchachos se dedicaban muy pronto al trabajo y las chicas “no tenían necesidad de saber leer y escribir”. La escuela estaba a 50 *versetes* de Fédino, en la aldea de Iiar. Que yo recuerde, ni un habitante de Fédino enviaba sus hijos. El gendarme era la única persona que, fuera de los deportados; supiese leer y escribir. En Fédino no había capilla ni iglesia. Dos veces al año, el *pope* y su acompañamiento hacían su aparición. De un solo golpe cantaba la misa de los muertos, bautizaba a los niños, etc. Durante estas raras visitas, el *pope* no se olvidaba; embolsaba todo lo que podía: pieles de *petit-gris*, telas, etc.

La gente de Fédino no rezaba nunca. Tener un *ikono* y hacer el signo de la cruz antes y después de las comidas era toda su

religión. El interior de las *isbas* era, en apariencia, de una admirable limpieza. Los habitantes de Fédino fregaban los pisos, las paredes y el techo; pero en las mamas, en las paredes y en las uniones del techo (la mayor parte de ellos dormían sobre el suelo) pululaban las pulgas. En invierno como en verano, los habitantes de Fédino dormían vestidos, cosa que no decía nada en favor de su limpieza, aunque ellos tuviesen costumbre de lavarse frecuentemente en sus “baños”.³⁶

Durante mi estancia en la aldea, muchos niños de pecho murieron de diarrea, ya que desde su nacimiento se la hacía absorber leche ordinaria. Por el contrario, no recuerdo que un solo adulto haya muerto. Todos alcanzaban una extrema vejez; un oficial de sanidad, que pasaba una vez al año, daba los cuidados médicos necesarios.

En otoño y en invierno, los domingos y días de fiesta, todo el mundo se emborrachaba. Los campesinos, con sus mujeres y los niños, iban los unos a casa de los otros, llevando consigo algunos litros de alcohol que fraudulentamente fabricaban ellos mismos en Plakino, donde no había gendarme. La juventud, completamente embriagada, no hacía más que chillar. Debo hacerles la justicia de decir que durante toda mi estancia en la aldea no los vi ni una vez llegar a las manos en los peores momentos de embriaguez.

De cuando en cuando, la aldea se reunía para elegir el *starost* y su adjunto, repartir los impuestos entre cada casa y fijar el turno de cada uno para proporcionar su atalaje para el caso que lo necesitase la Policía o el cantón. En las asambleas de la aldea, todo el mundo hablaba, gritaba, chillaba a la vez; jamás pude comprender qué decisión se había tomado. En fin de cuentas, los ricos y los *koulaks* se distinguían ocultando la cantidad de caballos y ganados que poseían, para pagar menos im-

³⁶ Casi todos los campesinos rusos tienen su “baño” en una especie de hangar, en el interior del cual se encuentra una cuba y baldes. Estos sirven al bañista para echarse el agua de la cuba sobre el cuerpo.

puesto y hacer que se redujese su parte en las prestaciones de carruajes.

Los campesinos de Fédino trabajaban sus explotaciones de la peor manera. En invierno dejaban sus bestias fuera, sin abrigo y medio hambrientas, ¡cuando en los alrededores había tal cantidad de madera! En invierno apenas tenían leche bastante para los niños y se negaban a venderla. Afortunadamente, cerca de allí, a Potchett, había una pequeña explotación dirigida por el polaco Koroltchouk, deportado a perpetuidad, que en invierno nos enviaba toda la leche helada que queríamos, lo mismo que manteca y queso. Los campesinos veían progresar su explotación; pero esto no les impedía dejar sus vacas fuera con 45 y 48 grados de frío (para darles de beber se las llevaban al río).

Los campesinos eran muy conservadores. No tenían inconveniente en sostener buenas relaciones con los deportados políticos, darles confianza, dejarlos venir a sus casas, verlos y llamarlos, prestarles dinero; esto no impedía que para ellos fuesen criminales.

En el momento de mi llegada a Fédino, había, como deportado de derecho común, un obrero alemán de la fábrica Pórokhov, de los alrededores de Petersburgo, un “criminal” de guerra y cuatro deportados políticos.

Uno de ellos, Khaimber, intelectual originario de Odesa, condenado en el proceso de los socialistas revolucionarios, estaba atacado de enajenación mental y se encontraba en estado lastimoso; habitaba sobre el horno de una *isba* medio deshecha. El segundo, sucio y cubierto de andrajos, se llamaba Jaques Harvets. Era un antiguo obrero tintorero de Polonia, condenado en el proceso del partido socialdemócrata polaco y lituano. Era imposible diferenciar su manera de vivir y la de los campesinos más salvajes. El tercero, un letón llamado Paist, era originario de las provincias Bálticas y vivía separado de los deportados. El cuarto era una obrera anarquista enviada a trabajos forzados a Fédino poco tiempo antes de mi llegada. Se llamaba

Ida Zilberblat. De todos los deportados políticos de la aldea era ella lo único interesante. El alemán era un horrible pequeño burgués. Aunque él habitaba en Rusia desde hacía veinticinco años, no conocía el ruso e ignoraba la vida política de Rusia, como la de su país.

Para guardar todos los deportados políticos, había en Fédino un gendarme llamado Román Blacodatski, que era, por así decirlo, el “camarada” de todos los deportados; en los primeros días de mi llegada le di derecho a venir a mí casa a cualquier hora del día, hasta que tuve que rogarle finamente no pusiera más los pies en mi casa.

La vida de los deportados no tenía nada agradable. En los últimos días de marzo, la camarada Zilberblat se fue a Dogouchany y Paist, dejando definitivamente Fédino. Los deportados del Fédino quedamos así hasta el final del desmero, durante el cual, por causa de la crecida, las comunicaciones con Dogouchany estaban cortadas (el deshielo empieza a mediados de abril y dura hasta fines de mayo).

Mi primer cuidado fue instalar el enfermo Khaim Ber con un viejo deportado en una pequeña isba heredada de los antiguos deportados políticos. El viejo debía cuidar al enfermo. Escribí a Odessa a los padres de Ber, que eran gentes con fortuna, pidiéndoles que le enviaran dinero para que pudiese vivir y vestirse. Finalmente, les proponía dirigirse al gobernador de Ienisseisk para rogarle que trasladase a su hijo a un hospital. Al mismo tiempo pedí al gendarme pusiera en conocimiento el estado de Ber a las autoridades competentes. Después del deshielo, Ber fue hospitalizado en Krasnoiars.

En el distrito de Kansk, cantón de Abane, que toca a la aldea de Fédino, se encontraban dos aldeas no lejos de la nuestra; Plakhino, situada a doce verstas, y donde no había deportados, y Potchett, situado a treinta y cinco verstas. En Potchett había tres deportados políticos: un ruso, Nikita Goubenko y dos camaradas polacos, Forma Goborek y Pedro Koroltchouk. Este último había organizado una explotación agrícola y se había

instalado allí a vivir. Me hice dirigir a su nombre los periódicos y mi correspondencia de Rusia, puesto que con Potchett estábamos en relaciones constantes, aun durante la mala estación. Los periódicos, los libros y las cartas que yo recibía me ayudaban a combatir el aburrimiento y la quietud, que eran espantosos, y habituarme a mi nueva situación, ya que en la aldea no había con quién hablar.

La situación cambió seriamente enseguida, después del deshielo; el verano de 1915, cada convoy nos traía uno o dos deportados. Los primeros que llegaron fueron el estudiante de la Universidad de Petersburgo, Petrikovoski (Petrenko), y el empleado Knychovki; después Sokhati, miembro del partido socialdemócrata polaco y lituano, acompañado de su mujer (no deportada); después de ellos, los socialistas revolucionarios Bois Orlov y Paúl Koziov. Llegaron todavía el maximalista Alexis Feophilactov y su mujer (ella fue deportada a Plakhino); pero como allí abajo no había gendarmes, venía frecuentemente a Fédino; un tipógrafo de Homel, David Tregouvbov, condenado en el proceso de los socialistas revolucionarios; el tolstoyano Juan Vikhvatniouk, por negarse a tomar las armas el obrero alemán Adán Stankevitch, etcétera.

En breve, la colonia de deportados se compuso muy pronto de veintitrés personas, de las cuales, catorce eran detenidos políticos. Allí había deportados administrativos, que tocaban a ocho rublos por mes, y deportados a perpetuidad, que no tocaban a nada. En Fédino era muy difícil encontrar trabajo. Cuando se encontraba un poco, era necesario trabajar por diez kopecks de una de la noche a nueve de la mañana (a golpear el trigo), con 30 o 40 grados de frío. La situación material de los deportados a perpetuidad era todavía agravada por el hecho de que, lo mismo que los deportados administrativos, tenían derecho a ausentarse de la aldea.

En condiciones materiales diferentes, dada la promiscuidad de esta cantidad de hombres en una pequeña aldea, hubiera podido dar lugar entre deportados a resentimientos y desacuerdos.

De tal modo, la colonia de Fédino decidió organizar una mesa común, donde cada deportado debía, a su vez, preparar la comida de todos. Los alimentos necesarios para el desayuno, para la comida y cena eran comprados en común y repartidos entre todos en igual cantidad, que fijaba la asamblea general. Lo mismo sucedía con el petróleo, el jabón, el azúcar, etc. Todos los productos necesarios se compraban en Aban por mediación de Koroltchouk, que nos aprovisionaba de queso, manteca, tocino y leche en invierno de la que obtenía de su explotación. Para alojamiento, el pan y el agua hirviente, cada uno de nosotros pagaba al principio tres rublos por mes a los campesinos del lugar.

Quedaba por resolver la cuestión del vestuario y la del dinero. Adoptamos esta solución: todo el dinero que recibían los deportados adheridos a la comuna era entregado al tesorero, que lo utilizaba para hacer las compras necesarias. Cada miembro de la comuna tenía su cuenta. Todas las noches, la totalidad de los gastos era repartida entre los miembros de la comuna. Aquellos cuyo saldo era acreedor, el tesorero les cargaba en cuenta la cantidad correspondiente; los que su cuenta era ya deudora, el exceso de gastos era llevado al debe. Cada tres meses se procedía a la liquidación general; los camaradas que tenían dinero en su cuenta entregaban a la caja la suma debida por tres meses para los camaradas sin recursos. Después de lo cual se reanudaban las cuentas para los tres meses siguientes.

Los camaradas que tenían más de 20 rublos en su cuenta tenían derecho a gastar dos rublos sin informar al Comité de la comuna. Este último estaba compuesto del tesorero, asistido de dos camaradas. Los tres desempeñaban todavía las funciones del centro político para todos los deportados. Los camaradas que tenían menos de 20 rublos no podían hacer gastos personales sin autorización del Comité. Este último se ocupaba igualmente de vestir a los camaradas sin recursos. Gracias a esta organización, la colonia de Fédino se evitó las críticas y las murmuraciones a que dieron lugar las cuestiones materiales en mu-

chas colonias de deportados.

Los deportados a perpetuidad que no recibían socorros del Gobierno, trataban de ganar lo estrictamente necesario a su mantenimiento, empleándose en diferentes trabajos. En invierno, cogiendo lotas y nueces de cedro, que luego vendían. A veces conseguían matar un petit-gris; pero como los deportados no estaban autorizados para tener armas de fuego, esos casos eran bastante raros. En verano la vida era más fácil.

Durante la guerra, las aldeas del distrito de Kansak quedaron sin trabajadores; casi todos habían sido movilizados (más allá de Angara, los campesinos no eran llamados a las armas). Los deportados a perpetuidad se marcharon para ganar su vida (en 1916, a causa de la falta de mano de obra, los deportados a perpetuidad recibieron la autorización de trasladarse, unas veces en los límites del Gobierno y otras en los del distrito).

En verano, muchos deportados talaban los árboles, que luego conducían por los canales a Ienisseisk. Por cada tronco de árbol se podía recibir de uno a veinte rublos; pero en cambio era necesario regresar en barco por Ienisseisk, pues subir en barca el Angara, a contra corriente, y hacer el resto del camino a caballo, era un viaje caro. En primavera, los labriegos de Fédino se ocupaban también del transporte de maderas; pero ellos regresaban por Kansk, lo que estaba más cerca y más barato, ya que podía hacerse una gran parte del recorrido en barco y ferrocarril.

Así, de una manera o de otra, los deportados encontraban medios de arreglarse para no ser gravosos unos a los otros.

La existencia que acabo de describir costaba en 1915 un día, de seis a siete rublos por mes, sin contar los vestidos, y en 1916, de diez a doce rublos.

Cuando empezaron a enviar a Fédino austriacos, alemanes, turcos y judíos deportados por “razones militares”, empezaron a asfixiarnos. Los campesinos intentaron aumentar los precios de los alquileres, y lo que es peor, quisieron disponer a su antojo de las habitaciones ocupadas por los deportados políticos;

viendo esto, compramos por doce rublos una mala isba al camarada Paist y otra a un campesino, que transportamos nosotros mismos cerca de la otra. La levantamos, ensanchamos las ventanas y la amueblamos nosotros mismos. De esta manera podíamos, en tres isbas, alojar a ocho camaradas.

Recibíamos los periódicos y las revistas publicadas en Moscú y Petersburgo, lo mismo que libros: de modo que pudimos constituir una biblioteca bastante buena. El tiempo no faltaba para las lecturas, sobre todo en invierno, y los deportados no dejaban de leer. Organizábamos conferencias y charlas, a las que seguían vivos cambios de impresiones, ya que había entre nosotros camaradas afiliados a diversos partidos y tendencias diferentes. Organizábamos reuniones solemnes con ocasión 1° de mayo, 9 de enero y 4 de abril, o en el aniversario de la insurrección de diciembre de 1905, y también para festejar el nuevo año. A estas reuniones acudían ordinariamente los deportados de las regiones vecinas, en un radio de 50 a 80 verstas.

Alexis Feophilaktov (murió durante la guerra de partidarios, combatiendo las tropas de Koltchak, en la provincia de Ienisseisk) se descubrió como un genio de director de música. Organizó una coral con los camaradas que no creían tener voz. Conseguíamos así matar el tiempo. Cuando nos invadía la tristeza, cosa que nos sucedía con frecuencia, íbamos de visitar la casa de los deportados de las aldeas vecinas, no obstante nuestro ángel guardián, el gendarme Blakodatski, que se lanzaba a nuestra persecución y nos inculpaba de ausencia voluntaria.

El 16 de febrero de 1917 fui condenado, por ausencia voluntaria, a estar encerrado durante tres días. ¿Cómo no tener tristeza cuando no se ven nunca verdaderamente vivientes, cuando no se dedica a un trabajo activo, aunque se está en “libertad”, mientras que alrededor de uno la nieve cubre el suelo durante ocho meses del año, una nieve que hace daño a la vista y sobre la cual no se puede aventurar uno sin riesgo de hundirse metro y medio? Después viene el verano tan esperado que trae consigo tal nube de mosquitos que no se puede ir a ninguna parte sin

un velo alrededor de la cara.

En la región de Angara, los deportados políticos tenían su organización, cuyo objeto era proporcionar una ayuda material a los deportados sin recursos, organizar las evasiones, informar a los deportados de la vida política en Rusia, etc. Esta misma organización zanjaba los conflictos que estallaban entre deportados, completaba la biblioteca y enviaba a las colonias de deportados escritos revolucionarios recientes, legales e ilegales. Ella englobaba todas las aldeas de los cantones de Pintchoug y de Kiejm.

Todas las aldeas que se encontraban alrededor de este centro en que se había convertido Fédino formaban la sección de Tchounsk, de la organización de los deportados de Angara.

Durante mi ausencia en Siberia hubo dos Congresos de deportados de Angara, en los cuales participaron casi todas las colonias existentes. Un Comité general de deportados de Angara fue designado en este Congreso. Todos los miembros de esta organización pagaban una cuota mensual de diez copecks. Fui elegido secretario de la sección de Tchounsk, y con este título sostuve una correspondencia abundante y seguida con el delegado del Comité general.

En 1916, las funciones de delegado estaban asumidas por Georges Aronchtan, con el cual tuve ocasión de trabajar largo tiempo, después de la revolución de febrero, en el sector de ferroviarios de Moscú. El Comité de deportados nos enviaba la literatura ilegal, extractos financieros y comunicaciones sobre las cuestiones referentes a la organización.

Como Fédino se encontraba en la ruta de Dogoutchany a Kansk, los fugitivos, lo mismo que los camaradas que habían terminado su condena, pasaban por allí. En el invierno de 1916, Ida Zilberblat huyó al extranjero, y durante el verano, Petrikovski y Knychevski fueron movilizados. En cuanto a los deportados a perpetuidad, muchos hicieron uso del derecho de trasladarse para ir a trabajar a Kansk o en la vecindad. De nuevo no quedaron en Fédino más que algunos deportados políticos.

En otoño de 1916, y al principio de invierno de 1917, el tedio era insoportable. Como me era imposible leer sin parar, me puse, en secreto, a enseñar la lectura y escritura a los niños de una familia campesina (los deportados políticos no tenían el derecho de enseñar) y a tomar parte en la indigente vida pública de la localidad, especialmente en la organización de una Cooperativa, ya que los campesinos de Fédino sentían los efectos de la guerra, por la escasez, cada vez más grande, de algunos artículos de consumo que ellos pedían a la ciudad: petróleo, jabón, azúcar, loza y municiones para la caza.

El hecho siguiente vino todavía a estimular la fundación de una Cooperativa: no había en Fédino tiendas, pero en otoño, los koulaks se habían opuesto firmemente. Pero nosotros, los deportados políticos, nos pusimos enérgicamente a la obra y se fundó la Cooperativa. Un campesino y yo fuimos elegidos por la asamblea de la aldea como delegados a la Conferencia cooperativa de la sección de Tchounsk, que se celebró en Iar, la cual envió a su vez un deportado a perpetuidad a la Conferencia de la provincia.

En cuanto a la falta de cultura, de orden y de organización que se observaba en los campesinos, puede preguntarse ¿cómo es que los deportados políticos no habían podido ejercer sobre los campesinos una influencia más bienhechora? Esto, desgraciadamente, es cierto. El colmo es que sucedía frecuentemente que los deportados políticos adoptaban la “cultura” de sus vecinos los campesinos. Ciertamente éstos venían constantemente a nuestra casa y nosotros charlábamos mucho con ellos, sobre todo con la juventud. Nos escuchaban atentamente; pero seguida iban a ver al gendarme para preguntarle si todo lo que decían los deportados políticos era verdad. Obraban así porque, como ya he dicho, nosotros éramos para ellos unos criminales.

Es característico que después de la revolución de febrero los campesinos me entregaron el sello de su aldea y todos los atributos del gendarme, pidiéndome que hiciese el uso que quisie-

ra. A partir de éste momento, dejamos de ser criminales a sus ojos.

Bajo Koltchak, los campesinos de Fédino, teniendo al frente a los deportados políticos que habían quedado allí, tomaron una parte activa en la guerra de partidarios contra los guardias blancos.

XVII

Como nos enteramos de la Revolución de Febrero de 1917

La noche del 9 de marzo de 1917 yo tenía una tristeza espantosa. Ese día lo había visto yo todo negro. No había salido de mi habitación. Estaba tendido en mi cama, sin fuego, y no abrí a nadie. Ya tarde, se oyeron pasos rápidos, seguidos de golpes repetidos contra la puerta. Sin esperar a que le respondiese, el deportado político Goborek, que no vivía en nuestra aldea, me anunció con vos agitada que la revolución acababa de estallar en Rusia. Le pedí que me dejase tranquilo, que no tenía humor para bromas. Viendo que yo lo tomaba así, me aseguró que la mujer de un deportado de Potchpt, que regresaba de Kansk, había visto allá un gran mitin, al cual asistían los mismos soldados. Los habitantes se felicitaban los unos a los otros con ocasión del advenimiento de la libertad y las casas estaban engalanadas con banderas rojas.

Convocamos enseguida a todos los deportados y examinamos de qué manera podríamos saber lo que pasaba en Rusia y en las grandes ciudades de Siberia. Decidimos enviar deportados a todos los caminos a fin de preguntar a los campesinos que iban de paso sobre lo que ellos habían visto en Kansk o en Aban, y de enterarse por los periódicos, si ellos los llevaban consigo. Si durante la noche no conseguíamos enterarnos de algo, se con-

vino que Foma se dirigiera a Kansk para enterarse con detalles.

Por la tarde, un manifiesto publicado por los socialistas revolucionarios y los socialdemócratas libertados de la prisión cayó en mis manos. Estos invitaban a agruparse alrededor del Comité de salud pública. El manifiesto indicaba que el Zarismo había sido derrocado y que el Poder estaba en las manos del Comité de la Duma del Imperio.

Aquella noche ni un deportado durmió. Se discutió el desarme de los gendarmes, la detención del jefe de la Policía del distrito, ya que desde hacía más de una semana el gendarme y los campesinos esperaban día y noche, y de lo que convenía hacer en la asamblea de la aldea. Pero la cuestión más candente era saber cómo salir lo más pronto posible de este agujero para unirse en Rusia al movimiento revolucionario. Todas estas cuestiones dieron lugar a las más absurdas proposiciones. Algunos proponían ir a las aldeas para detener y degollar a los gendarmes que había. Lo más curioso es que estas proposiciones eran hechas por camaradas que antes de la revolución retrocedían ante el menor conflicto con nuestro inofensivo pandora.

Por la mañana llegaron manifiestos que indicaban la composición del Gobierno provisional. Enseguida, el aislamiento del “socialista” Kerenski, perdido en medio de filibusteros, cadetes y optimistas del género Goutchkov y Milioukov, me salto a la vista. Me dije que Kerenski era llamado a desempeñar entre nosotros el papel de pararrayos contra las masas revolucionarias, papel que Luis Blanc había desempeñado en Francia durante la revolución de 1848.

No pude creer que los obreros revolucionarios de Petersburgo hubiesen puesto por delante a Kerenski, a quien ellos conocían muy poco. Para mí era claro que en lo sucesivo era necesario combatir, no ya el zarismo, sino a la burguesía. La única cosa de que yo no me daba cuenta bien en ese momento era hasta qué punto la burguesía había conseguido fortificarse era durante la guerra y si se podría organizar rápidamente nuestro partido bolchevique, ya que sólo él era capaz de agrupar a su alrededor

a las grandes masas del proletariado y de guiarlos por buen camino en la lucha contra la burguesía. La principal cuestión que yo me proponía era saber quién se organizaría más pronto: ¿el partido, y alrededor de él, el proletariado o la burguesía? No concebía que los socialistas revolucionarios hicieran de primeros violines después de la revolución de febrero, y que los mencheviques harían bloque con ellos. Por tanto, era necesario esperar a que la cuestión de la hegemonía del proletariado o de la burguesía en nuestra revolución fuese planteada de nuevo ante la socialdemocracia.

Nuestro partido se organizó más pronto; su táctica agrupó alrededor de él, no solamente a los obreros, sino, además, a los campesinos. Venció no solamente a la burguesía, sino también a la pequeña burguesía, que personificaba a los mencheviques, los socialistas revolucionarios, los populistas y otros “socialistas”.

En Fédino estábamos tan separados del mundo que ignorábamos cuál era la situación real en los frentes. De ahí el por qué muchos deportados políticos no se daban muy exactamente cuenta de la manera cómo se terminaría la guerra después de la revolución de febrero. Pero, aun después de esta revolución, continué siendo un adversario de la guerra. A medida que me aproximaba a Kansk veía que los soldados se iban para su casa, por todos los caminos. De Kansk a Moscú, las estaciones y los trenes estaban repletos de soldados que desertaban del frente. Escuchaban con avidez a los deportados políticos de regreso de Siberia que hablaban contra la guerra; se iban tan pronto como un orador hablaba de continuarla hasta un final victorioso. Comprendí entonces que la masa tenía bastante de guerra, que ésta se había vuelto odiosa y que desde entonces no duraría más tiempo.

El 10 de marzo pedí prestado dinero para el camino y dejé la aldea de Fédino. Toda la aldea me acompañó. Cuando llegué a Potchett encontré allí dos telegramas, uno de Penza y otro de Moscú, informándome que la amnistía había sido acordada y pidiéndome venir para ponerme al trabajo. Un giro venía con es-

tos telegramas. Fui a caballo hasta Kansk, adonde llegué en la mañana del 12 de marzo. En Kansk había ya un Soviet de diputados y soldados. El Soviet de diputados obreros debía reunirse la tarde de mi llegada.

En Kansk la ciudad estaba revuelta. Los soldados, conducidos por comisarios, penetraban por todos lados, registraban y llevaban gente detenida. En el Soviet era el barullo más completo. El Comité ejecutivo del Soviet de diputados-soldados actuaba de la mañana a la noche. Me dije: Si en este rincón perdido la efervescencia podía llegar a este grado, ¿qué no debía pasar en Retrogrado y Moscú? Decidí dirigirme a Moscú. Sin esperar más, tomé un tren lleno de amnistiados que salía por la noche. Durante el camino escribí al Comité central para preguntarle a dónde debía dirigirme y a qué trabajo debía consagrarme.

El 18 de marzo, el día de mi llegada a Moscú, me dirigí al Soviet, donde encontré enseguida a antiguos camaradas: Smidovitch, Noguín y muchos otros; en el Comité del partido encontré a Zemliachka y a la oficina regional del Comité central. Todas estas organizaciones se encontraban en el mismo edificio: la escuela de Kaptsov. Cuando recibí la respuesta del Comité central que me invitaba a ir a Retrogrado, yo militaba ya entre los ferroviarios de Moscú. Decidí no partir con el fin de continuar la acción que yo había comenzado.

La revolución de febrero marcó el principio de una nueva etapa en la lucha que tuvo que sostener nuestro partido para combatir la influencia de los mencheviques y de los socialistas revolucionarios sobre la clase obrera, para instaurar la dictadura del proletariado y poner fin a la guerra mundial. Con todas mis fuerzas y con toda mi energía cooperé a la realización de la tarea que la revolución acababa de asignar a nuestro partido y a la clase obrera.

Cincuentenario del Camarada Piatnitzky

1932. El 30 de enero último se ha festejado el cumpleaños del camarada Piatnitzky. La vida política de nuestro compañero de combate es un ejemplo luminoso de actividad proletaria revolucionaria, una vida bolchevique.

Desde el siglo pasado, no hay ninguna rama de la actividad revolucionaria en la que el camarada Piatnitzky no haya participado en colaboración íntima con Lenin. Entregado enérgicamente a la organización de un partido centralizado, que disponía de una tesorería casi vacía, mientras el Iskra debía dirigir la lucha más difícil contra los economistas; Piatnitzky fue un organizador ejemplar del transporte de la literatura y de los militantes ilegales del partido al través de las fronteras estrictamente vigiladas por los polizontes del zar.

En tiempo de la revolución de 1905, este ensayo de la gran revolución de octubre, el camarada Piatnitzky se contó entre los militantes dirigentes que organizaron y dirigieron la lucha revolucionaria de las masas de Odesa. Cuando el movimiento de las masas disminuyó, como consecuencia de la más negra reacción, Piatnitzky se colocó nuevamente como organizador, en Rusia, del aparato ilegal del centro bolchevique que operaba en el extranjero.

En estos últimos años, ha sido miembro de las instancias más elevadas del P. C. de la U.R.S.S. de la Comisión Central de Control, primero, y del Comité Central, después. Actualmente, es el dirigente del trabajo de organización de la I. C., miembro del C. E. y uno de sus secretarios. Y estos no son sino los momentos más importantes de la vida del camarada Piatnitzky.

Describir su actividad en la I. C. no es una cosa fácil. El trabajo que ha proporcionado y que proporciona todavía en el Partido Comunista mundial, no llega a la publicidad sino en proporciones íntimas. Todos los detalles de su trabajo se hallan penetrados del espíritu del revolucionario profesional salido de la escuela de Lenin.

Nuestro camarada Piatnitzky es un bolchevique de una firmeza de roca, un jefe ejemplar del movimiento comunista internacional.

THOREZ (P.C.F.); W. PIECK (P.C.A.); MANUILSKI (P.C.U.S.); WAN MINQ (P.C. Chino); BROWDER (P.C.U.S.A.); SLAWINKI (P.C. Polaco); OKANO (P.C. Japonés); HT-HAWAY (P.C.U.S.A.); SCHVAROVA (P.C. Checoeslovaco); (siguen muchas firmas).

SEGUNDA PARTE

**S. OBOLBNSKAIA
KAMO LA VIDA DE UN VERDADERO
BOLCHEVIQUE**

**S. CHERNOMORMK
LOS BOLCHEVIQUES ANTE LOS JUECES**

* * *

ALGUNOS TIPOS DE CONFIDENTES

**B. VASILIEV Y M. KEDROV
LENIN MILITANTE ILEGAL**

**O. PIATNITZKY
CÓMO FORJAR UN PARTIDO BOLCHEVIQUE**

NOTA DEL AUTOR

El objeto del presente ensayo biográfico es dar a conocer al lector la heroica figura del camarada bolchevique Kamo, cuyo trabajo de partido esta estrechamente ligado no solamente con el movimiento obrero ruso, sino también con la lucha revolucionaria de los obreros y campesinos georgianos, llena de romanticismo y de fervoroso entusiasmo.

Los comienzos del triunfal camino de la lucha de la clase obrera, se remontan a muchas décadas y la ruta de la victoria ha sido larga y penosa.

En los preliminares de la victoria tomaron parte no pocos combatientes, que constituyen un ejemplo de perseverancia revolucionaria, de insólita fuerza de voluntad, de una gran objetividad y discreción conspirativas, de una ilimitada abnegación hacia su partido.

Uno de estos combatientes fue el camarada Kamo.

Cierra esta segunda parte un documento de suma importancia, debido también a la pluma de O. Piatnitzky "Cómo Forjar un Partido Bolchevique".

S.O.

PREFACIO

Lenin escribió:

En todos los países, incluso los mas "libres", los más acostumbrados a la "legalidad", los más "pacíficos" en el sentido de la menor agudeza de la lucha de clases, ha llegado el momento en que es absolutamente necesario a todo Partido Comunista ligar la acción legal y la ilegal, la organización legal y la clandestina. Porque, en los países mas civilizados y más libres, en los de la democracia burguesa más "estable", los gobiernos levantan ya, multiplicando las declaraciones hipócritas y embusteras, listas negras de comunistas, violan en todo momento sus propias Constituciones, alentando más o menos secretamente a los guardias blancos y asesinan en todos los países a los comunistas, al mismo tiempo que preparan en la sombra las detenciones de comunistas y meten provocadores entre ellos.

Sólo el espíritu pequeñoburgués más reaccionario, cualesquiera que sean las bellas frases "democráticas" y pacíficas con que se revista, puede negar ese hecho y la conclusión obligada que de ello resulta: la formación inmediata por todos los Partidos Comunistas, de organizaciones clandestinas con el fin de pasar a una acción sistemática ilegal y de estar enteramente dispuestos para el momento en que la burguesía comience a perseguir a los comunistas. La acción ilegal en el ejército, en la flo-

ta, en la policía, se impone, muy especialmente desde la gran guerra imperialista, pues todos los gobiernos del mundo, por temor al servicio obligatorio³⁷ y al ejército abierto a los obreros y campesinos, recurren en secreto a todos los procedimientos para formar tropas seleccionadas del seno de la burguesía y especialmente provista de un armamento perfeccionado.

Por otra parte, es igualmente necesario, en todos los casos sin excepción, no limitarse a la acción ilegal, sino continuar también la acción legal, venciendo a este efecto todas las dificultades, fundando periódicos y organizaciones legales bajo las denominaciones más variadas, y si es necesaria, cambiándolas frecuentemente. Es esto lo que hacen los Partidos Comunistas ilegales de Finlandia, Hungría, y en cierta medida, en Alemania, en Polonia, en Lituania, etc. Es lo que deben hacer los Trabajadores Industriales del Mundo (I. W. W.) en América, lo que deberán hacer todos los Partidos Comunistas, hoy legales, si se les antoja a los fiscales perseguirles pretextando resoluciones de Congresos de la Internacional Comunista, etc.

La absoluta necesidad —en principio— de combinar la acción legal y la ilegal no está determinada únicamente por el conjunto de la situación actual, víspera de la dictadura proletaria; lo es también por la necesidad de mostrar a la burguesía que no hay ni puede haber dominio y campo de acción que los comunistas no sepan conquistar; y sobre todo, por la existencia en todas partes de grandes capas del proletariado y de masas no proletarias, laboriosas y explotadas, más vastas aún, que se fían hasta ahora en la legalidad de la democracia burguesa y que nos interesa en el más alto grado desengañar.

Más particularmente, el estado de la prensa obrera en los países capitalistas más avanzados, hace resaltar en forma singularmente palmaria, tanto la mentira de la libertad y de la igualdad en la democracia burguesa, como la necesidad de unir sistemáticamente la acción legal y la ilegal. En la Alemania ven-

³⁷ Literalmente “el ejército popular.

cida como en la América victoriosa, todas las fuerzas del aparato gubernamental de la burguesía y toda la insolencia de los reyes del oro, son utilizadas para despojar a los obreros de su prensa: persecución y detenciones (o asesinatos cometidos por mercenarios) de redactores, negación de los envíos postales, confiscación del papel, etc. Además, el material de información indispensable para los diarios está en las manos de las agencias burguesas; los anuncios, sin los cuales un gran diario no puede cubrir sus gastos, están a la “libre” disposición de los capitalistas. En resumen, la burguesía despoja al proletariado revolucionario de su prensa, por medio de la mentira y por medio de la presión del Capital y del Estado burgués.

A fin de luchar contra este estado de cosas, los Partidos Comunistas deben crear un nuevo tipo de prensa periódica destinada a la difusión en masa entre los obreros, comprendiendo: 1) publicaciones legales que enseñarían, sin declararse comunistas y sin hablar de su pertenencia al Partido, a explotar las menores posibilidades legales, como hicieron los bolcheviques bajo el zarismo después de 1905; 2) hojas ilegales, aunque editadas irregularmente y en pequeña cantidad, pero reproducidas por los obreros en un gran número de imprentas (clandestinamente o, si el movimiento se ha afirmado, por la toma revolucionaria de imprentas) y dando al proletariado una información libre, revolucionaria y consignas revolucionarias.

Sin incorporar las masas a la lucha revolucionaria por la libertad de la prensa comunista, la preparación de la dictadura del proletariado es imposible³⁸.

Estas líneas fueron escritas por V. I. Lenin, en 1920. Pero en el periodo actual parecen de una actualidad aun más palpitante que hace doce años.

Hoy más que nunca la acentuación de la aguda crisis de todo el sistema capitalista, la creciente radicalización de las masas y el desarrollo de un nuevo ascenso revolucionario, impelen

³⁸ Lenin: “Obras completas”, ed. rusa.

a las clases dominantes a la persecución cada vez más feroz de las organizaciones revolucionarias obreras y campesinas, y de los Partidos Comunistas en particular. Al mismo tiempo, la situación general exige de todos los Partidos Comunistas de los países capitalistas reforzar al máximo la lucha por las masas, a pesar de la creciente intensificación del terror policial, fascista y socialfascista.

De esta manera, ante los Partidos Comunistas se plantea en la forma más concreta el problema siguiente: conquistar la mayoría de la clase obrera, combinando los diversos métodos de acción. Este folleto que ofrecemos a la atención del lector y que está compuesto de extractos de las obras de Lenin sobre cuestiones relativas a la ilegalidad, sobre la estructura de la organización y los métodos de trabajo de los partidos ilegales y que se basa en recuerdos de Lenin como militante ilegal, ayudará a los miembros de los Partidos Comunistas en su lucha por el Octubre mundial, a pesar de todas las astucias y artimañas de la policía, secreta o no y de sus agentes de la II Internacional.

Es claro que todo verdadero revolucionario no puede ni debe contentarse únicamente con los materiales que damos aquí, para reafirmar su calidad de bolchevique. Deberá remontar a la fuente, pues los extractos no pueden agotar todas las directivas riquísimas de la materia que se trata, directivas que contienen las obras de Lenin, legadas en herencia al movimiento obrero internacional.

Los autores de este folleto consideran su tarea como cumplida, si este primer ensayo de presentar una obra de conjunto sobre Lenin, organizador y militante ilegal, sirve de guía a los militantes comunistas que tienen que luchar en condiciones clandestinas, para mostrarles cómo, apoyándose en la experiencia de los bolcheviques rusos, el proletariado puede romper la tenaza del salvaje terror blanco, y a pesar de este terror, preparar sistemática y metódicamente su victoria definitiva.

B.V. y M.K.

Kamo, vida de un bolchevique

Por S. Oldenskaia

I

Infancia y adolescencia

Kamo, Semeno Archakovich Ter-Petrosian, nació el 15 de mayo de 1882, en la ciudad de Gori, provincia de Tiflis. Su padre fue un acaudalado contratista.

Su madre era mucho más joven que su padre; apenas había cumplido los dieciséis años cuando nació Kamo.

Cuando el chico tenía once años, lo llevaron a la escuela de la ciudad, donde se daba la enseñanza en ruso, idioma extraño y completamente desconocido para el niño.

Esta circunstancia, así como el riguroso régimen escolar y la enseñanza mecánica y árida, alejaron del estudio a Kamo, capaz y aplicado sin embargo.

Como su inteligencia viva y observadora no se satisficiera en la escuela, se orientó hacia las pequeñas cosas prácticas. Senko remplazaba en su casa al carpintero y al cerrajero. Inventó y fabricó un magnífico molinillo de mano, construyó nuevos gallineros, desvió los desagües de lluvia en el patio y arreglaba e inventaba otras muchas cosas el ingenioso Senko, en los interva-

los entre los juegos ruidosos y las osadas incursiones en las huertas vecinas.

A los catorce años fue expulsado de la escuela a instancias del pope, por su mala conducta y su audaz ateísmo. Su mala conducta consistía en complacerse en hacerle al pope preguntas embarazosas. Una vez, por ejemplo, le preguntó si Jesucristo había efectivamente existido y descendido a la tierra después de su muerte. Bajo el régimen autocrático zarista, esta pregunta bastaba para perder el derecho a asistir a la escuela.

Su familia quería y mimaba mucho a Senko; pero el padre le consideraba un vago inútil y le molestaban especialmente las inclinaciones democráticas del niño en la elección de sus amigos.

Senko correspondía a su padre con la misma frialdad. No podía perdonarle su mezquina actitud con su madre, su avaricia con la familia y los parientes pobres, mientras que no escatimaba el dinero para las invitaciones a los huéspedes “prominentes”.

Por defender a su madre, Senko reñía frecuentemente con su padre, el cual, indignado por el carácter desenfrenado e independiente del hijo, solía decir: “¿Pero quién es aquí el amo, ese tigrecillo o yo?” Un día el padre decidió dar una lección a su indócil hijo, pero Senko cogió un hacha y le hizo comprender que no se podía esperar sumisión de su parte.

Senko amaba hondamente a su madre y ella le correspondía con un amor ilimitado. El niño procuraba hacer más luminosa la lúgubre existencia de su madre, ayudándola en todos sus trabajos. Durante la larga enfermedad que llevó a la tumba a su madre dio pruebas de un desvelo conmovedor. El padre estaba entonces arruinado, la familia pasaba privaciones y Senko se desesperaba a veces por no poder conseguir las medicinas para la enferma o los alimentos necesarios.

A la muerte de su madre, se fueron a vivir, Kamo y sus hermanos, a Tiflis, a casa de una tía.

II

El trabajo de Partido

Senko había ya estado otras veces en Tiflis, pasando largas temporadas en casa de su tía.

En Tiflis cayó bajo la influencia de sus paisanos de Gori, Dyugashvili (Stalin) y Vardaryants, que le iniciaron en los principios del marxismo revolucionario y comenzaron a atraerle hacia los trabajos del partido. El camarada Chadroshvili recuerda que en 1897 su amigo Zacro le presentó en su taller a un joven de dieciséis o diecisiete años:

– Aquí tienes, hermano, un camarada más, lleno de energía.

– En su conversación con Chadroshvili, Kamo habló con entusiasmo de sus deseos de trabajar en el partido. Y cuando le indicaron los peligros que amenazan a un revolucionario, contestó:

Mientras tenga la cabeza en su sitio, no me acobardaré.

Aquel mismo día comenzó a ocuparse de llevar literatura a los alrededores de Tiflis, Najalovka, Naulazadivi, secciones revolucionarias de la región.

Al principio, Senko realizó varias pequeñas comisiones, desplegando una gran osadía y habilidad. Enseguida estuvo en condiciones de desempeñar trabajos más complicados e importantes.

En 1904 trabajó en el transporte de la literatura ilegal para el Comité Bolchevique del P.O.S.D. del Cáucaso y participó en la organización de imprentas clandestinas. En esta época fue cuando comenzó a ser llamado, por sus amigos, camarada *Kamo*. En la escuela no aprendió a pronunciar correctamente las palabras rusas y sus camaradas se burlaban frecuentemente y amistosamente de su bárbara pronunciación.

Una vez preguntó: “–¿*Kamo otnesti?*”–, en vez de “¿*Kamu otnesti?*” (¿A quién hay que entregarlo?)

“—¡Tú sí que estás hecho buen Kamo!—” respondió riendo Stalin.

Desde entonces fue conocido por el sobrenombre de Kamo. Muchos camaradas que trabajaron con él en el Cáucaso, en Petersburgo y en el extranjero, no le conocieron más que por este nombre.

A veces le indicaban a Kamo las difíciles condiciones materiales en que vivían su tía y sus hermanas, y de las cuales no parecía ocuparse mucho. Respondía siempre:

— Hay decenas y millares de muchachas proletarias a quienes el hambre echa al arroyo. ¿Es que mis hermanas son mejores que las demás? ¡Es este malvado régimen el que debe ser destruido!

En el transporte de literatura y de tipos de imprenta, Kamo empleaba procedimientos extraordinariamente ingeniosos. Usaba disfraces tan hábiles, que burlaba fácilmente la vigilancia de la policía y de los confidentes, y escapaba incluso al reconocimiento de sus propios amigos.

He aquí, por ejemplo, un vendedor ambulante que corre. En su cabeza se balancea una canasta de legumbres. Se abre camino a empujones entre el gentío abigarrado y ruidoso del mercado georgiano. Gritos, maldiciones, groseras bromas acompañan su camino.

Pero nuestro *hinto* (vendedor ambulante) tiene lista una réplica para cada broma. Con aire imperturbable pasa atareado entre soplones y policías. Kamo pasa así su literatura y sus tipos, corriendo venturosamente cada riesgo.

En otra ocasión, un atildado joven estudiante de ingeniero, resplandeciente con su nuevo uniforme, entra en un vagón de ferrocarril de segunda clase. Señoras y señoritas miran interesadas a su atractivo compañero de viaje y se estrechan para dejarle sitio. El tiempo pasa rápidamente en amena y trivial conversación. Ya llegan. Kamo estrecha las manos de todos y se va con su maleta llena de literatura ante los ojos de los gendarmes que sonríen afablemente a su paso.

Ha aprendido a disfrazarse tan bien, que no le reconocen ni sus amigos cuando le encuentran.

Un día, en verano, en un tren que vuelve a la ciudad lleno de gente, se ve montar en un coche de segunda a un campesino pobremente vestido, portador de una enorme cesta llena de huevos. Las señoras lanzan un grito de horror:

— ¡Oh, qué hombre tan sucio! ¿Cómo se atreve a montar aquí? ¡Interventor, interventor, échele de aquí!

— ¡Dios mío! ¿Van ustedes a echar a un pobre hombre! En tercera van como sardinas, me van a aplastar los huevos y no tendré nada que vender.

Luego de largas discusiones, el interventor permite bondadosamente que la cesta de huevos vaya en la plataforma y Kamo (pues claro que se trata de él), no reconocido por sus amigos que se hallaban en el mismo coche y que se pusieron de su parte, hizo llegar los “huevos”, sin dificultad, a su destino.

En su calidad de conspirador experimentado, Kamo goza de una plena confianza de sus camaradas. Se le consulta, se le informa de las acciones más secretas. Kamo es el único camarada a quien Barón (Bibineichvili) dio a conocer la dirección del gran depósito de literatura ilegal del Comité del Partido en Kutais. Este depósito fue organizado por el camarada Barón en una fábrica de limonada y la policía no llegó a descubrirlo en todo el tiempo de su existencia.

Pero Kamo no siempre se deja absorber por el trabajo secreto. A veces sale por un breve lapso de tiempo de la vida subterránea y participa en el movimiento organizado públicamente.

El 27 de abril de 1903 se le ve en la manifestación del Primero de Mayo en Tiflis. El sindicato obrero socialdemócrata del Cáucaso, decidió que la manifestación del Primero de Mayo se hiciese en la misma fecha en Bakú, Tiflis y Batum. Las manifestaciones, de un carácter combativo, se desarrollaron en medio de gran entusiasmo. Kamo andaba por la plaza en medio de las patrullas cosacas y decía con aire de desafío a sus camaradas:

– La próxima vez compraré unos cuantos cuervos, les ataré cintas rojas al cuello y cuando llegue el momento los echaré a volar. ¡A ver si entonces dispersan a esos manifestantes!

A mediodía, cuando hubo que izar la bandera roja, Kamo realizó lo que había prometido hacer y a pesar del ataque de los cosacos, supo salvar la bandera y evitar hábilmente la detención.

Poco después toma una parte activa en el envío de delegados al segundo congreso del Partido.

Grande fue también su participación en la organización de imprentas clandestinas. El Boletín de la gendarmería le atribuyó la organización de once imprentas ilegales. Fue Kamo quien organizó la imprenta de Avlabar. Para eso, buscó en el barrio obrero de la ciudad una vieja casa con una cochera y un pozo en el patio.

Una “planchadora” (la revolucionaria Babé) viene a instalarse en la casa. Toma ropa, la lava y la seca en la cochera cuando llueve.

Pero, por la noche, en la pared del pozo, a algunos metros de profundidad, se abre una galería hasta la pieza donde quiere instalarse la imprenta. El trabajo de perforación, el hacer desaparecer la tierra, la organización de la ventilación, la instalación de los puntales, todo esto es un trabajo difícil y peligroso; pero, por fin, el local está dispuesto.

La instalación de los “instrumentos de producción” necesita también muchos cuidados. Pero este obstáculo es vencido a su vez y la imprenta comienza a funcionar.

La “planchadora” revela una gran capacidad de trabajo; los cestos de “ropa” van y vienen continuamente. La patrona es alegre, comunicativa, hay siempre a su alrededor muchos jóvenes que encuentran cómodo el patio para jugar a la pelota. Las cosas están, pues, bien arregladas y la imprenta justifica las esperanzas que en ella se habían puesto.

Kamo toma también una parte activa en la organización de la imprenta ilegal de Kutais, que desempeñó un papel, extraordinario e importante en el movimiento revolucionario de la Geor-

gia occidental en 1904–06. Esta imprenta fue instalada en la casa del agrónomo Vaso Goguiladze.

Goguiladze había colocado en una taberna un anuncio ofreciendo en alquiler una habitación. Al día siguiente, el camarada Valiko Lejava fue a pedir informes. Alquiló la habitación por cuatro rublos al mes, declaró llamarse André Nemsadze. Puesto inmediatamente a la obra, pronto se vio que no era bastante prudente y salía frecuentemente de la imprenta manchado de tinta, de polvo de plomo. Entonces se intentó hacerle cumplir las reglas de la acción clandestina.

Y, por fin, se decidió a trasladar la imprenta a un lugar más secreto.

Se abrió una fosa especial del lado oeste de la pared de la habitación. Detrás de ese muro había un pasillo de una longitud de tres metros y medio y cerca de un metro de ancho. Se tiró la pared del fondo de la alcoba, se hizo un sólido marco de madera y se le sujetó a un madero de encina. El marco fue recubierto de ladrillos y cemento, se le pusieron dos cerraduras de resorte y dos pestillos de acero, de modo que la puerta cerraba herméticamente sin que en la alcoba se viese otra cosa que una pared blanqueada.

Se ató a los pestillos de la puerta un cordón inglés que pasaba por unas pequeñas poleas y cuyos extremos estaban disimulados en la otra pared del pasillo.

Cuando Valiko salía de la casa, cerraba la puerta secreta. Para abrirla tenía que entrar en la cueva, encontrar el cordón a oscuras –le estaba prohibido encender cerillas– y tirar de él con fuerza.

Era difícil trabajar en este estrecho nicho donde se ahogaba uno, a pesar de lo cual se exigía a la imprenta, un enorme rendimiento. Una simple máquina movida a brazo, no podía hacer todo el trabajo, aunque se trabajasen veinticuatro horas diarias. Se decidió entonces instalar una “americana”, que habría que traer de Tiflis. Era esta una empresa muy arriesgada. Pero no parecía sino que Kamo había sido especialmente creado para

asuntos de este género. Un buen día, con su destreza habitual, hizo llegar a su destino la “americana” tan impacientemente esperada.

Entonces se decidió construir, especialmente para esta nueva máquina, una cocina contigua a la casa, y bajo ella una vasta cueva derribando una pared del lado del pasillo, de manera que se ensanchase la “sala de máquinas”.

Goguiladze supo arreglar tan hábilmente todo esto, que los obreros que construían la cocina no tuvieron nunca la menor sospecha. En los detalles secretos de la construcción trabajaron exclusivamente Vasso y Valiko. En la nueva construcción se hizo una boca de aire para la ventilación. Aquí era donde más tarde se quemaba el papel inútil.

– No olvidaré jamás –decía Goguiladze– el rostro resplandeciente de Valiko, cuando vio que Kamo no lograba encontrar el camino para entrar en la imprenta. Valiko se regocijaba extraordinariamente, puesto que si Kamo no había logrado descubrir la imprenta, con mayor razón fracasarían los gendarmes en su busca.

Valiko era un trabajador incansable. Por la noche ocupaba el puesto de Goguiladze. Uno de los trabajadores de la imprenta estaba siempre en su puesto, y cuando se veía venir a alguien, la “americana” se detenía a una señal convenida.

En esta imprenta fue donde se guardó por mucho tiempo el dinero confiscado a la tesorería de Kviril. Más tarde estas sumas fueron trasladadas al extranjero, para la compra de armas.

Pero la policía comenzaba a husmear la imprenta. Conocían de su existencia muchos camaradas. Era peligroso dejarla donde estaba. Barón, miembro del Comité del Partido en Kutais, se hallaba entonces en la cárcel de esa ciudad. Él encargó a Vano Lomtadidze que arreglase este asunto.

Cuando fue puesto en libertad, halló en su casa la imprenta, que se había instalado en su propia habitación y que estaba en pleno trabajo. Se habían infringido las reglas más elementales de la acción ilegal, pero los camaradas tal vez no habían podido

hallar otra salida. Habían pensado, sin duda, que como Barón estaba encarcelado, los gendarmes no vendrían a registrar su domicilio.

A fines de 1903, Kamo fue detenido en la estación de Batum con una maleta llena de folletos ilegales.

Inmediatamente pensó en un plan de evasión. Pero se pasaron nueve meses antes de que consiguiese escapar. Durante el paseo de los detenidos, había observado, a una altura de tres metros, una piedra que sobrepasaba imperceptiblemente el muro de la prisión. Aprovechando un momento en que el centinela le volvió la espalda, Kamo toma carrera, salta como un gato sobre esta piedra, se levanta a fuerza de brazos hasta la altura del muro y salta a tierra. Su estancia no fue advertida hasta pasados unos minutos, pero a nadie se le ocurrió que el preso se había fugado por encima del muro. Mientras se le buscaba con toda calma en el patio, desapareció sin dejar huellas.

Una vez en libertad, Kamo se hundió de nuevo en el trabajo del Partido.

Estaban todavía en la cárcel cuando llegaron las primeras noticias de la escisión que se produjo en el segundo congreso, e inmediatamente se adhirió a los bolcheviques. Cuando estalló la lucha entre bolcheviques y mencheviques, sobre la convocatoria del tercer congreso y los mencheviques hicieron excursiones para visitar las organizaciones y separarlas del Comité bolchevique del Cáucaso, Kamo se levantó enérgicamente contra su acción desorganizadora y funesta para el Partido.

En aquella época dirigía la imprenta ilegal el Comité de la ciudad de Tiflis que pasó a los mencheviques y éstos quisieron apoderarse de la imprenta, Kamo les opuso una enérgica resistencia y la conservó para los bolcheviques.

En la época del rápido desenvolvimiento del impulso revolucionario general en el país, en 1904–1905 sobre todo después del 9 de enero y de las derrotas del zarismo en Manchuria, las olas del flujo revolucionario se precipitan, ascienden cada vez a mayor altura en Georgia. Gracias al carácter de masa del movi-

miento, las organizaciones revolucionarias trabajan en una atmósfera de simpatía general, lo que asegura el éxito incluso a las acciones más audaces, a las más temerarias.

La administración y la policía están de tal modo aterrorizadas que evitan toda cuestión con la población y casi cesan de existir como órganos de poder.

El movimiento obrero y campesino se difunden como un impetuoso torrente y toda Georgia está en ebullición.

En el punto culminante de la revolución de 1905, varios distritos y regiones de Georgia instauran, por propia decisión, un *self-government revolucionario*. Más tarde, en los años de creación, se emprendieron persecuciones contra las repúblicas de Guri, de Senack, de Kviril, de Sotchi, etc.

El “presidente” de cada una de ellas era un Comité del Partido y el legislador, el pueblo revolucionario sublevado en favor de una radiante y nueva vida.

La más importante, la más original de todas estas repúblicas, fue la de Guri, donde el movimiento revolucionario se apoderó de toda la población trabajadora. Aquí, la conciencia política, el grado de organización, la disciplina revolucionaria alcanzaron el más alto nivel.

Se decidió poner en el índice a las instituciones gubernamentales y a la Iglesia.

La población trabajadora vertía cotizaciones mensuales en especie. El dinero así recogido era empleado en la compra de armas. El pueblo revolucionario confiscaba las armas de los agentes de los antiguos poderes públicos, de las administraciones gubernamentales. En resumen, se armaban por todos los medios posibles. Un estado mayor revolucionario anexo al Comité del Partido de Guri, dirigía el desarme de las autoridades caídas y el armamento del pueblo.

El tribunal de los funcionarios del zar fue reemplazado por jueces elegidos por el pueblo revolucionario y la administración del distrito por una nueva administración democrática. Para la administración de las escuelas se designó una oficina escolar.

Los campesinos se negaron a pagar los arrendamientos a los grandes terratenientes y éstos fueron boicoteados.

El pueblo revolucionario atacó implacablemente a los espías, a los provocadores y a los ladrones. El resultado fue que hubo en Guri un orden perfecto, ni robos, ni agresiones, los antagonismos nacionales se debilitaron, las relaciones mutuas de los diversos grupos nacionales de trabajadores tomaron un carácter de ayuda y de confianza mutuas.

Guri había conquistado tal libertad, que los “criminales políticos” de Tiflis, de Kutais y de Batum, se dirigían allí en lugar de refugiarse en el extranjero. Allí estaban en seguridad.

En octubre de 1905, el movimiento revolucionario de las diferentes partes del imperio zarista se unió en un poderoso torrente; una huelga general política se apoderó de todo el país. El zar se vio obligado a ceder, a lanzar el manifiesto del 17 de octubre, que contenía la promesa de las libertades constitucionales. Pero, a pesar de esta promesa, al día siguiente mismo de la publicación de este manifiesto, el gobierno emprendió los pogroms de las bandas negras y matanzas nacionales en el centro y localmente.

En el Cáucaso, el conde Vorontsov–Dachkov, gobernador general, se vio obligado a entregar a los obreros de Tiflis, con la fianza de dos líderes mencheviques, Isidoro Ramichvili y Silvestre Djibladze, seiscientos fusiles para impedir los pogroms y las matanzas nacionales que su propia policía había preparado, pero que amenazaban con exceder los límites que convenían a los intereses del gobierno.

Este gesto democrático del gobernador general le descartaba de la acusación de querer preparar pogroms, y, por otra parte, esto no comprometía a nada. Los viejos fusiles que se dio a los obreros, no podían de ningún modo resistir a los fusiles de nuevo modelo, ni a la artillería.

La reacción levanta la cabeza en Georgia y pasa poco a poco a la ofensiva. Es proclamado el estado de sitio en los ferrocarriles de Transcaucasia, en Tiflis y en muchos otros lugares. Las

autoridades de Tiflis exigen que los obreros desarmen y devuelvan los fusiles que les han sido distribuidos.

Los trabajadores, dirigidos por un grupo bolchevique (Eliaeva, Kamo y otros), se niegan y organizan la resistencia en Najalovka, barrio obrero de Tiflis.

El estado mayor revolucionario, compuesto de bolcheviques (Kamo entre ellos), pero del que formaban parte también los mencheviques, distribuyó las fuerzas previendo el ataque de tres lados; del cuarto lado había montañas y se pensó que por allí no podía venir el peligro.

Kamo se agitaba, trataba de demostrar que eso era un optimismo poco fundado, y, finalmente, acompañado de algunos obreros, comenzó a trepar la montaña.

Los cosacos llegaron por ese lado. Los intrépidos revolucionarios les opusieron una resistencia furiosa; nueve de los hombres, de este destacamento fueron heridos a sablazos y Kamo herido y arrestado.

Durante tres horas, ocho cosacos le infligieron toda clase de torturas, le destrozaron a culatazos, por dos veces le colgaron para hacerle decir donde estaba el almacén de armas y los nombres de los miembros del estado mayor. En el intervalo entre las dos veces que le colgaron, se obligó a Kamo a cavar su propia tumba. Como se le condujera casi desnudo y ensangrentado a través de calles de Tiflis, los transeúntes se detenían, conmovidos y gritar de indignación.

Las cárceles estaban repletas por aquellos días. En todos los rincones de la ciudad se detenía sin más ni más a multitud de gente, se hacían listas interminables de nombres y apellidos cuyas desinencias eran incomprensibles para los funcionarios rusos.

Kamo tenía ya en su haber una larga actividad revolucionaria, una evasión de la cárcel de Batum, y, en fin, su última acción, la participación en la batalla con los cosacos. Esto no hacía esperar nada bueno. Por eso se decidió aprovechar del desorden para hacerle cambiar de nombre, dándole el de una víctima

fortuita del celo policiaco, el de Chanchiachvili, estudiante de la escuela de enfermeros.

En el interrogatorio, Chanchiachvili se negó a declarar, mientras que el pseudo Chanchiachvili desempeñó el papel de un mozo necio y charlatán. Cuando se le preguntaba si conocía a Kamo, respondía sonriendo:

– ¿Cree usted que soy tan tonto como para no conocer a Kamo? Claro está que le conozco.

– ¿Dónde le ha visto usted?

– ¿Dónde le he visto? Pero si hay tanto como se quiera en campos. (En georgiano, Kamo es el nombre de una planta campestre.)

Se vio que este Chanchiachvili era un muchacho insignificante y se le dejó. Así fue como, después de haber pasado dos meses y medio en la cárcel, Kamo se hallaba de nuevo en libertad; pero le acompañaba un guardia para conducirlo al comisariado de policía del distrito en que Chanchiachvili estaba domiciliado. Esto era peligroso, en el comisariado podían darse cuenta del cambio. Había que evitarlo. Tomaron un coche. En el camino, el joven que parecía ser un muchacho muy correcto, comienza a rogar a su guardián que no le comprometa a los ojos de los respetables burgueses, que le tomarán por agitador político o por un ladrón, si le ven en el coche en compañía de un guardia. Y apoya su petición con algunas monedas. Y después de haber ordenado severamente al cochero que se dirija directamente a la comisaría, el representante de la autoridad descende del coche. El cochero sigue su camino, pero cuando llega a la comisaría comprueba la desaparición de su cliente, sin comprender dónde y cómo lo había perdido. Esta evasión incomprensible y tan hábil, de un individuo a quien nada amenazaba, pone en conmoción el puesto de policía. Se avisó a la cárcel. ¡Ya puede imaginarse la cólera y la indignación de las autoridades al comprobar su error!

III

En el combate

*“La provincia de Kutais está, de hecho, en manos de los revolucionarios; hay guarniciones en Poti, Ozurgete y Kutais, pero no son lo bastante fuertes para restablecer la autoridad y asegurar el ferrocarril. No se podrá dominar la provincia de Kutais, más que si se desembarca una división de infantería acompañada de artillería, y es del lado del mar de donde hay que asegurar el aprovisionamiento. Esta operación debe ser ejecutada antes de la primavera, porque es en la primavera cuando el movimiento revolucionario va a tomar una amplitud todavía mayor en la provincia y en las demás partes de la región.”*³⁹

En estos términos apreciaba el alto representante del zar en el Cáucaso, conde Vorontsov–Dachkov, la situación en Georgia occidental, en su informe al Ministro de la Guerra a fines de diciembre de 1905.

En aquellos momentos, la gravedad de la derrota de la revolución no estaba todavía clara para ninguna de las dos partes; el gobierno no se había repuesto de su reciente pánico y se inclinaba a sobreestimar las fuerzas del adversario.

Pero la situación no tardó en aclararse y el gobernador general se creyó en el deber de “pacificar” la Transcaucasia comenzando por las regiones menos afectadas por el movimiento revolucionario.

Una expedición militar mandada por el general Alijanov-Avarski se dirige a Guri. El gobernador general le da órdenes de ser implacable de exterminar a todas las organizaciones revolucionarias, a todos los que opongan la menor resistencia. La reac-

³⁹ Informe del general ayuda de campo, conde Vorontsov–Dachkov al Ministro de la Guerra, con fecha 31–XII–1905. Transcaucasia. (Crónica de los acontecimientos, documentos y materiales, pág. 142).

ción crece y pasa a la ofensiva general.

Las organizaciones del Partido se ven de nuevo reducidas a mantener una vida subterránea, modifican su estructura, adoptan una nueva táctica adecuada a las nuevas condiciones caracterizadas por una victoria provisional de la contrarrevolución.

Los mencheviques, desmoralizados por la derrota, propusieron en la conferencia de Kutais devolver al gobierno los 200.000 rublos expropiados a la tesorería de Kviril. Pero esta proposición fue rechazada gracias a los bolcheviques y se decidió emplear este dinero en la compra de armas en el extranjero, por medio del Comité Central del Partido.

Las tropas del general Alijanov restablecían el “orden” con los métodos elocuentemente descritos en 1920 por Kaliko–Djugueli, con la diferencia de que en aquella época no se les llamaba todavía *democráticos* ni estaban aún recomendados para uso general por Kautski y la II Internacional.

Pero era igual. En Guri, en todas partes llameaba el cielo iluminado por el resplandor de los incendios. No solamente ardían los pueblecitos, sino también una capital de distrito, Ozurgeti.

Se exigía a la población que entregase las armas a las autoridades, que denunciase a los agitadores y a los desertores, que pagasen los impuestos por dos años y que diesen una nueva promoción de soldados para el ejército. Pero la población no se entregaba a nadie, ni devolvía más que armas inservibles. Los campesinos jóvenes y valientes se refugiaban en las montañas y desde allí acosaban a las tropas con ataques de guerrillas.

Se establecieron tribunales y los cosacos, de acuerdo con las órdenes del gobernador general, asesinaban sin piedad a todos los sospechosos.

Las organizaciones revolucionarias, los Comités del Partido fueron destruidos. Pero los comités bolcheviques sufrieron menos que los otros, porque en los “días de libertad” habían conservado su estructura ilegal.

El trabajo del Partido se hacía en condiciones extraordinariamente difíciles. Kamo, que volvió a la acción ilegal, trabajaba

como revolucionario profesional. Estaba obligado a rodear su actividad de las precauciones más minuciosas.

La ciudad era recorrida por patrullas que detenían a los transeúntes, a los viajeros sospechosos. En estas condiciones es donde la aptitud de Kamo para “reencarnar” le rindió sus mayores servicios. Conseguía disfrazarse de tal modo, que ponía en un compromiso a sus mismos camaradas y gracias a cualquier ingenioso truco burlaba a los que le seguían.

Kamo no se turbaba nunca y sus gestos temerarios e imprevisos le sacaban frecuentemente de situaciones peligrosas. Un día, por ejemplo, se fue al teatro sin cambiar su aspecto exterior. En el pasillo encontró al director de la cárcel, que le reconoció. Con una encantadora sonrisa infantil en su rostro franco e intrépido, Kamo le aborda y le dice:

– Sí, sí; en efecto soy yo.

Un instante los dos hombres se escrutan con la mirada, después el director le dice en voz baja y colérica:

– ¡Váyase inmediatamente o le mando detener!

Kamo se veía obligado a llevar una vida literalmente de perro. ¡Cuántas veces durmió al aire libre, debajo del banco de coche de tercera, en lugares infectos! Se quedaba sin comer, fingiendo que rezaba en un sombrío rincón de una iglesia armenia, en espera de una cita secreta. Había perdido el hábito del sueño e incluso cuando dormía guardaba una actitud que le permitía, a la menor alarma, ponerse en pie de un salto y escapar.

En este período se ocupó eficazmente del transporte de armas y organizó algunas evasiones. Entre otras, concibió y llevó a cabo brillantemente la evasión de treinta y dos camaradas.

Fue así: El castillo de Metej (antigua fortaleza construida por los reyes georgianos) alza sus muros en la escarpada orilla del Kura. Está bañada por el río por dos lados; un tercer lado le costea una calle, mientras sobre su cuarto costado se apoyan algunas pequeñas casas de la ciudad. En una de estas casas se cayó una galería subterránea, por la cual, en plena noche, escaparon de la prisión treinta y dos camaradas.

Al mismo tiempo, Kamo tomaba una parte activa en la preparación del congreso de unificación de Estokolmo, del Partido Socialdemócrata Ruso.

Al poco tiempo se dirigió a Petersburgo para pasar allí varios meses. Sueña con ocuparse de cuestiones teóricas, porque se siente bastante preparado en esta cuestión. Pero la hora de los estudios no había sonado todavía. A su alrededor la lucha era ardiente, se libraban violentas batallas con el absolutismo, hacían falta hombres. Se quería poner a Kamo en la brecha de la región industrial central, pero la conferencia de las organizaciones caucásicas del Partido, a pesar de las protestas de los mencheviques, le envían al extranjero para la compra de armas destinadas a la Transcaucasia.

Este servicio estaba confiado, en el extranjero, a un delegado especial del Comité Central, y el grupo de camaradas caucásicos al que se unió Kamo trabajó bajo su dirección.

Se compraron varios millares de fusiles, algunas decenas de ametralladoras, cartuchos y una buena cantidad de armas pequeñas.

Kamo, que inspiraba respeto a los vencedores, estaba bien al corriente de la técnica de las armas.

Era la primera vez que el Partido procedía a la compra de un gran stock de armas. Se tenía la intención de cargarlas en un vapor que se enviaría hacia el litoral turco del Cáucaso, donde acudirían los camaradas caucásicos en pequeños barcos de vela, a los que se transbordarían las armas en alta mar. El delegado general del Comité Central visitó casi todos los puertos de Holanda, de Bélgica, de Francia, de Italia y de Austria-Hungría, sin poder hallar un navío ni un capitán que osara encargarse del transporte de armas de contrabando, con trasbordo en alta mar.

Además, era extraordinariamente difícil burlar la vigilancia de las autoridades aduaneras, que exigían la declaración del puerto de destino.

Finalmente, procediendo por eliminación, fue preciso detenerse en Bulgaria. Pero aquí surgieron nuevas dificultades, por-

que desde Bulgaria las armas no podían ser expedidas directamente más que a Rusia. Toda la trama secreta se descubría. Al fin se halló una solución. Un representante del comité revolucionario macedonio (organización revolucionaria pequeño-burguesa) se encargó de obtener del gobierno búlgaro autorización para transportar las armas a Varna, declarando que pertenecían al comité macedonio y estaban destinadas a la Armenia turca, para la preparación de una revuelta de los armenios contra el enemigo común, Turquía. La autorización fue obtenida, las armas se hallaban en Varna, pero también era preciso fletar un barco.

Entonces se compró, a un precio bastante modesto (30,000 francos), un pequeño yacht que había hecho la travesía de América a Europa. Se hicieron algunas reparaciones y se adaptó el yacht al transporte de mercancías. La tripulación debía venir de Rusia.

A fines del verano de 1906, todo estaba dispuesto para aparcar cuando surgieron dificultades de orden financiero.

Las compras de armas habían sido efectuadas por orden del Comité Central bolchevique, que suministraba regularmente el dinero necesario. Pero después del congreso de Estokolmo, en el que los mencheviques tuvieron la mayoría, el nuevo Comité Central confirmó el mandato anteriormente dado, pero los envíos de dinero comenzaron a ser muy irregulares.

El delegado general del Comité Central enviaba cartas y telegramas, pero las respuestas tardaban en llegar y las peticiones de dinero eran infructuosas.

Protestaba, juraba, demostraba que el éxito del negocio dependía del envío de las armas en tiempo de calma, antes de las tempestades de otoño en el Mar Negro, etc. ¡Inútilmente! El dinero no llegaba, ni la tripulación que debía venir de Rusia.

Viendo que de aquel modo corrían el riesgo de fracasar, el delegado se vio obligado a ir a Petersburgo, donde, no sin esfuerzos logró arrancar del Comité lo que todavía restaba del dinero caucasio, muy disminuido.

Pero se había perdido la ocasión favorable. No se pudo hacer el cargamento hasta bien entrado el otoño. La tripulación enviada de Odesa no inspiraba gran confianza, pero era imposible reemplazar al capitán poco seguro, por otro camarada. Además, la carga debía ir acompañada por militares de confianza, entre los cuales un revolucionario tan experimentado como Kamo.

Sea por culpa de la tempestad, o por inexperiencia del capitán, el yacht naufragó cerca de la costa rumana. La tripulación se dispersó; en cuanto a las armas, los pescadores rumanos se la repartieron. Fue imposible salvar las armas porque la embajada rusa, informada de lo ocurrido, se apresuró a tomar medidas.

Después de este fracaso, Kamo, desesperado, pasó secretamente la frontera rumana. Esta excursión dio lugar a peripecias dramáticas; los viajeros perdieron la dirección y estuvieron a punto de caer en manos de los gendarmes. A fines de 1906, Kamo volvió al Cáucaso.

En el verano de 1906 estallaron revueltas militares (Sveaborg, Cronstadt) que provocaron insurrecciones locales. A través de todo el país se libraron escaramuzas y batallas entre el Gobierno ultra reaccionario y la población. Los tribunales militares funcionaban a pleno rendimiento. La crisis económica y política se agravaba y la lucha de clases se transformaba, en algunos lugares, en abierta guerra civil, con guerrillas formadas contra el gobierno.

En octubre de 1906, Lenin escribía:

“La lucha de guerrilleros es un método inevitable en un período en que el movimiento de masas llega efectivamente a transformarse en insurrección y cuando se producen intervalos más o menos largos entre las grandes batallas de la guerra social en el curso de la guerra civil”.

Y explicaba inmediatamente el lugar que le corresponde a la guerra de guerrilleros en el arsenal de los medios proletarios de lucha, y en qué condiciones el proletariado podrá utilizar mejor para sus intereses. Decía:

“Se nos dice que la guerra de guerrilleros acerca el proleta-

riado consciente a los bajos fondos, a los harapientos, a los borrachos. Es verdad. Pero de esto se desprende solamente que nunca el partido del proletariado debe considerar la guerra de guerrillas como el único o el principal medio de lucha; que este medio debe estar subordinado a otros, que debe ser empleado en una medida justa con relación a los medios principales y que debe ser ennoblecido por la influencia educadora y organizadora del proletariado. Si esta última condición no se cumple, todos los medios de lucha sin excepción, en la sociedad burguesa, acercan el proletariado a las capas no proletarias por encima y por debajo de él, si se deja arrastrar por la corriente fatal de las cosas, se usan, se desnaturalizan, se prostituyen. Para evitar este peligro en la lucha de guerrilleros, en que el proletariado se halla en contacto con los elementos desclasados, los vagabundos, es preciso que la vanguardia del proletariado consciente, el Partido, cree organizaciones capaces de dirigir a las masas en estas grandes batallas, incluso, si es posible, en estas escaramuzas.

La social democracia debe educar y preparar sus organizaciones para llegar a obrar efectivamente en beligerantes, sin dejar escapar una sola ocasión de infligir pérdidas al enemigo”.

Por consiguiente, los bolcheviques estimaban que las acciones de guerrilleros, admisibles y útiles en esta etapa de la lucha contra el gobierno, debían ser controladas por el Partido y sometidas a la observación de condiciones de ideología y de organización estrictamente determinadas⁴⁰.

La lucha de guerrilleros tenía por objeto suprimir a los agentes del gobierno y los jefes activos de las bandas negras, expro-

⁴⁰ Estas condiciones son enumeradas en el proyecto de resolución sobre las acciones de guerrilleros sometidos a los bolcheviques, en el congreso de Estokolmo del Partido socialdemócrata ruso en 1906. Hélas aquí; 1) tener en cuenta el estado de espíritu de las masas; 2) tomar en consideración las condiciones del movimiento obrero de la región; 3) vigilar para que las fuerzas del proletariado no se malgasten inútilmente.

piar los bienes del Tesoro para las necesidades de la revolución y, ante todo, para la insurrección.

De vuelta en Tiflis, Kamo entró en un grupo técnico clandestino, que se proponía aumentar los recursos del Partido, organizar las evasiones, comprar y guardar armas, etc. El primer acto de este grupo fue la expropiación de Kutais en 1907, que dio a la caja del partido 15.000 rublos oro.

La policía encargada del asunto de la expropiación desplegó todo su celo por apoderarse de Kamo, pero el “bandido caucásico”, como le llamaba burlescamente Ilitch, permaneció inencontrable.

Todos los camaradas que le conocieron en esta época, dicen que les asombraba su susceptibilidad en todo lo que se refería al dinero del Partido. A pesar de manejar fuertes sumas, jamás se permitía gastar para sus necesidades personales más de 50 copeks diarios y daba la misma cantidad a cada uno de los miembros de su grupo de combate.

Todavía no se ha hecho un estudio completo de los trabajos de Kamo en el combate. Nosotros no hacemos más que citar algunas de sus hazañas, pero tomó parte en otras muchas expropiaciones y combates, organizó laboratorios para la fabricación de bombas, el transporte y conservación de armas, etc.

Al grupo Kamo le faltaban armas y explosivos. Para conseguirlos, Kamo se dirigió a Finlandia. Necesitaba un pasaporte. Se lo dio la oficina de pasaportes organizada por el Comité del Partido de Kutais para el servicio de toda la Transcaucasia. Y, en muchos casos, hasta las organizaciones rusas se servían de esa oficina por el canal del Comité Central del Partido. Así, por ejemplo, casi todos los miembros del grupo socialdemócrata de la Duma, tenían pasaportes de Kutais, “por si acaso”.

Esta oficina de pasaportes existió durante cuatro años, y fue descubierta por la traición de un provocador.

Para su viaje a Finlandia, se entregó a Kamo un pasaporte a nombre del príncipe K. Dadiani, gran terrateniente y jefe de la nobleza del distrito. Kamo se instaló en un coche de primera

clase vestido con la “tcherkeska” de oficial caucasiano. En Finlandia tuvo una entrevista con Lenin y volvió sin dificultad a Tiflis, con armas y explosivos.

Antes de partir para Petersburgo, Kamo visitó, cómo príncipe Dadiani, el alojamiento secreto alquilado para su grupo de combate, situado en una casa suntuosa y aristocrática. La dueña de casa acogió respetuosamente al príncipe Dadiani, representante de una de las más ilustres familias de Georgia. Esta visita realzó el prestigio de los nuevos inquilinos y fue incluso una garantía contra la sospecha política.

¿Cómo organizar la expropiación en gran escala? Esta cuestión fue largamente discutida en el grupo. Cuando se guardaban grandes sumas de dinero en alguna institución, había siempre todo un vasto y complicado sistema de custodia. Era absolutamente preciso hacer la expropiación durante el transporte del dinero, cosa de la que Kamo y sus camaradas se daban perfecta cuenta al examinar los detalles de su plan. Faltaba saber dónde y cuándo se haría el ataque.

Gracias a los enérgicos esfuerzos de Kamo, el grupo no tardó en recibir informes sistemáticos sobre las sumas depositadas en tal o cual establecimiento y su destino.

Muy pronto logró descubrir los tres principales caminos que seguía el dinero: a Djulfa (había tropas rusas de ocupación en Persia), a Batum (para las minas de Tchiatur, etc.), y en el mismo Tiflis desde la casa de Correos a la sucursal del Banco de Estado.

Hubo tres tentativas consecutivas. La primera abortó porque Kamo fue gravemente herido por el estallido de una bomba.

Se consiguió ocultar a la policía este suceso; un médico amigo le hizo entrar, con un nombre supuesto, en una clínica privada. Se destrozó la carne de la muñeca izquierda y del antebrazo, y sufrió una quemadura grave de la que estuvo a punto de morir; un casquillo le alcanzó en el ojo izquierdo y se temía incluso una repercusión en el ojo derecho. Pero tenía una salud inquebrantable. Al cabo de unas semanas ya estaba de nuevo en

pie. El ojo derecho estaba indemne; pero del ojo izquierdo no conservó más que la décima parte de su potencia visual. Tan pronto como estuvo en pie, se puso de nuevo al trabajo.

La segunda tentativa comenzó en buenas condiciones. Los miembros del grupo de combate se hallaban en el tren que transportaba el dinero, pero en el último momento hubo que renunciar a la expropiación; los guías que después de la agresión debían llevar a nuestros camaradas por senderos montañosos conocidos solamente por ellos, huyeron llenos de miedo. Nuestros camaradas volvieron desesperados a Tiflis. En esta expedición habían gastado todos los explosivos y el dinero. Pero la misma noche de su regreso, se supo que iban a transportar, de la casa de Correos al Banco del Estado, 250.000 rublos. Rápidamente se tomó la decisión que, al fin, fue coronada de éxito.

Al día siguiente, 23 de junio de 1907, aproximadamente a las diez de la mañana, Kurdumov, cajero del Banco del Estado, y el contable Golovnia, tomaron en la casa de Correos los 250,000 rublos y se dirigieron al Banco en dos coches y rodeados de dos guardias y cinco cosacos.

Las primeras explosiones no alcanzaron el coche en que iba el dinero; los caballos se desbocaron y se precipitaron hacia el Mercado de los soldados. Al final de la plaza de Erivan fue lanzada otra bomba, el coche se detuvo y Datiko, apoderándose de los sacos de dinero, huyó por la calle Veliaminovskaia.

¿Dónde estaba mientras tanto Kamo, el organizador y animador de la agresión? Vestido con un uniforme de oficial, pálido todavía, mal repuesto de sus heridas, había recorrido por la mañana la plaza, alejando al público con hábiles y misteriosas alusiones (su uniforme militar descartaba toda sospecha) para evitar toda inútil efusión de sangre. Kamo montó en un coche cuando sonaron las primeras explosiones. Tenía que tomar en este coche el dinero y transportarlo a un lugar seguro. Cuando desembocó, según el plan establecido, en la plaza procedente de la calle Galavnovskaia, le pareció que el plan había fracasado una vez más.

– No importa, ahora hay que ayudar a los camaradas a salir de ahí antes de que lleguen las tropas– tal fue el primer movimiento de Kamo. Se irguió y comenzó a disparar su revólver, jurando y gritando como un verdadero militar y dirigió su caballo hacia la calle Veliaminovskaia. Allí tropezó por casualidad con Datiko, que llevaba los sacos del dinero. Kamo los llevó a casa de Mika Botcharidze, y de allí, cosidos en una colchoneta, se transportaron a un lugar menos peligroso, al gabinete de trabajo del director del Observatorio.

Cuando las tropas bloquearon la plaza, no encontraron a nadie. Todos los que habían tomado parte en la expropiación, encargados de cambiar este dinero en el extranjero, fueron sorprendidos con cantidades poco importantes. Pero los gobiernos extranjeros se negaron a extraditarlos.

IV

Detención.– Simulación de locura

En agosto de 1907, Kamo fue a Berlín. Llevaba en el bolsillo un pasaporte a nombre de Mirski, agente de una sociedad de seguros. A principios de noviembre le detuvo la policía alemana. Le cogieron una maleta de doble fondo en la que había instrumentos para la fabricación de explosivos de una gran potencia. Un registro hecho en la habitación que ocupaba, permitió a la policía encontrar una caja con armas y acumuladores para la preparación de explosivos a distancia.

Kamo sospechó que había sido víctima de un confidente; pero es posible que el motivo del registro fuese la imprudencia de un camarada en cuya casa se había encontrado la dirección de Kamo durante un registro policíaco.

Kamo fue encerrado en *Alt Moabit Kriminal Gericht*.

No hablaba alemán y fingía entender mal el ruso, lo que hacía muy difíciles los interrogatorios. Se permitió a un abogado,

Oscar Kohn, que se pusiera en relación con el detenido. Hecho notable: desde la primera entrevista de estos dos hombres, que no tenían la posibilidad de entenderse, tuvieron uno del otro una excelente impresión. Kamo presintió que podía confiar en Kohn y éste vio que se hallaba ante una personalidad original y atractiva, por cuya suerte se interesó vivamente. Llegaron a comprenderse bastante bien por medio de gestos, y así pudieron prescindir de la ayuda de un intérprete, cuyo concurso convenía evitar por prudencia.

Kamo fue acusado de terrorista–anarquista. El asunto tomaba mal aspecto. Había en su pasado dos evasiones y actos que merecían la pena de muerte. El proceso que iba a tener lugar en Berlín amenazaba con terminar, entregándole en manos del gobierno ruso.

Kamo, de acuerdo con los consejos de L. B. Krassin, que le envió una carta por medio de Kohn, comenzó a simular una locura furiosa.

Es sabido qué, de todas las simulaciones, la más difícil es la del desequilibrio mental. Hay muchas formas de enfermedades psíquicas y a cada una corresponden síntomas determinados y diversos aspectos de estos síntomas. Y es muy frecuente que todos los que quieren simular la locura furiosa, que exige una terrible tensión de fuerzas, no tarden en agotarse completamente, lo que les imposibilita para seguir desempeñando su papel.

La historia de la medicina legal conoce casos en que la aventura fue intentada por hombres armados de instrucción médica, y que, sin embargo, no pudieron llevar a cabo su penosa tarea.

Y es que, en un asilo de alienados, todo el ambiente ejerce una acción deprimente sobre el sistema nervioso y una tensión agotadora de la voluntad y de la atención, que no puede relajarse ni de noche ni de día y que conduce rápidamente a hacer perder al simulador el dominio y el control de sí mismo. Rara vez los más obstinados, los más tenaces, llegan a engañar a los médicos. Habitualmente, a las seis semanas, o dos meses todo lo más el simulador es desenmascarado.

Después de lo que acabamos de decir, es evidente que la suerte de cualquiera que no hubiera sido Kamo, se hubiera decidido en algunas horas, en algunos días.

Pero Kamo hizo el milagro de simular la locura durante cuatro años, sin dejarse sorprender un momento. Este esfuerzo no pudo ser realizado más que gracias a sus excepcionales cualidades. Tenía una salud a toda prueba, una abundante reserva de fuerzas físicas. Su sistema nervioso era de una potencia y de un temple magníficos. Pero, sobre todo, tenía una voluntad de hierro, llevaba en sí mismo un odio ardiente, intratable, contra sus enemigos políticos. Y es de este odio de donde sacó el valor necesario para soportar todos los sufrimientos, antes de permitir que triunfasen sus enemigos.

Tuvo no pocas veces que sacrificar su amor propio por la causa de la revolución y todas las comedias que tuvo que desempeñar durante cuatro años, fueron una terrible humillación para esta orgulloso naturaleza.

Desde el primer día de su ficticia enfermedad, comenzó a armar escándalo, a gritar, a destrozarse sus ropas, a tirar al suelo los platos llenos de comida, a pegar a los vigilantes. Se le encerró en una celda, una cueva donde la temperatura estaba bajo cero. Allí se le dejó, desnudo, durante nueve días.

Para no enfriarse, para no caer enfermo, tenía que estar siempre en movimiento, correr, saltar, sin concederse un minuto de tregua.

Al cabo de nueve días se le volvió a su celda ordinaria, donde se le concedió una entrevista con Kohn, al que le hizo comprender hábilmente, con una seña imperceptible, que se encontraba perfectamente.

Kamo fue trasladado como loco furioso, a la sección psiquiátrica del hospital, por un período de prueba. Se accedió a la demanda de Oscar Kohn, que quiso ser nombrado tutor de este detenido loco furioso.

Esta prueba duró seis meses. Durante estos seis meses Kamo no se acostó, permaneciendo en pie día y noche. No descansaba

más que poniéndose de cara a la pared y levantando sucesivamente una pierna tras de otra. Finalmente, se negó a tomar todo alimento; entonces se le alimentaba por medio de un tubo que se introducía por el esófago, separándole a la fuerza las mandíbulas. En esta operación le rompieron varios dientes. Más tarde, Kamo afirmó que éste régimen de alimentación lácteo (porque era leche lo que le hacían absorber) le había sido muy útil.

Nunca se agotaba su ingeniosidad, siempre tenía en reserva otras pruebas, a las cuáles se sometía.

Un día se arrancó la mitad de su cabellera y la alineó en pequeños haces, simétricamente, encima de la cama. Al ver esto, los médicos y el vigilante lanzaron un grito de horror.

Otro día se colgó, previamente seguro de que la administración vigilaba. En efecto, fue arrancado indemne del nudo corredizo.

Una vez halló un huesecillo en su plato de sopa; le afiló y por la noche se rompió las venas de su puño izquierdo. Cuando acudieron en su ayuda, se le detuvo la hemorragia y el moribundo recobró el conocimiento, se vio que toda la cama y hasta el suelo de la celda estaban inundados de sangre.

Es muy probable que los médicos creyeran que tenían que habérselas con un simulador y la larga prueba de estos seis meses lo testimonia. Pero el ver todos los sufrimientos que el detenido se infligía, llevó a los expertos a concluir que “los rasgos característicos de su conducta no pueden ser simulados mucho tiempo. Estas manifestaciones no pertenecen más que a un enfermo verdaderamente víctima de enajenación mental. Se trata, en este caso, de una forma de enfermedad psíquica que debe considerarse entre los aspectos histéricos de este mal.”

A fines de junio de 1908, Kamo fue trasladado al asilo de dementes de Buch, cerca de Berlín, donde residió hasta marzo de 1909. Kamo tenía penosos recuerdos de su vida en este establecimiento, pero allí tampoco le abandonaron su buen humor y su intrepidez.

En el asilo de Buch se le instaló en una sala donde había diez

locos furiosos. La vigilancia debía ser bien negligente; porque pasaban el tiempo mordiéndose, arañándose, pegándose unos a otros. Kamo tuvo que pasar varios días en esta agradable compañía, que no dejaba de ser peligrosa y después fue instalado en una sección más tranquila. Pero también allí la estancia entre estos seres insensatos, a veces miserables, a veces cómicos, frecuentemente espantosos y siempre dispuestos a alguna escena imprevista y penosa, era una dura prueba. No había ninguna posibilidad de evasión y Kamo se esforzaba inútilmente en buscar y combinar; tuvo que renunciar a la esperanza de salir de allí.

Durante toda su estancia en el asilo de Buch, Kamo no se cansó de observar, de estudiar a los enfermos que le rodeaban. Había entre ellos un médico morfinómano, que sus parientes habían dejado allí, porque para comprar la morfina no solamente se gastaba todo lo que tenía, sino que se procuraba dinero por cualquier medio. Este médico hablaba frecuentemente con aquellos de los enfermos más aptos para comprenderle, les daba a conocer las diversas formas de las enfermedades psíquicas, sus síntomas y rasgos característicos. Kamo trataba de retener todas estas explicaciones.

En marzo de 1909, la administración del manicomio de Buch anunció que el estado de salud del anarquista-terrorista Petrosian, víctima de una enfermedad psíquica, era satisfactoria, que estaba absolutamente tranquilo y consciente y que podía incluso realizar diversos trabajos de horticultura.

Se reintegró a Kamo al depósito de la prisión *Alt Moabit*. Pero entonces hubo una “recaída” y esta vez fue un enfermo conforme a todas las reglas de la ciencia. El 16 de abril era de nuevo instalado en el manicomio de Buch.

Se simuló víctima de una enfermedad psíquica crónica, caracterizada por insensibilidad de algunas zonas de la epidermis. Es este un caso al que se le da el nombre de anestesia.

Kamo reprodujo a la perfección la expresión, los andares, los movimientos, el delirio, toda la conducta del enfermo.

Los médicos, intrigados, deseosos de descubrir los posibles

artificios de este enfermo, le hacían sufrir pruebas crueles. Se le hundían alfileres entre las añas, se le aplicaban al cuerpo puntas ardiendo, etc., etc.

Muchos años más tarde, Kamo conservaba todavía en la cadera una cicatriz procedente de una herida causada de ese modo.

Soportó con la mayor calma estas torturas, que fueron renovadas frecuentemente, sin gemir, sin pestañear.

– Aquello apestaba a chamusquina– decía más tarde.

Los médicos y sabios profesores no habían jamás visto un hombre dotado de una sensibilidad normal, soportar con tal estoicismo aquellos sufrimientos. De buena o de mala gana, a despecho de la reacción reveladora de las pupilas, tuvieron que reconocer que el individuo sometido a su examen era realmente víctima de la enfermedad cuyos síntomas manifestaba. (La sensación de dolor provoca en el hombre y en los animales superiores una dilatación de la pupila que es imposible frenar con un impulso de la voluntad.)

Tenemos, para informarnos de este trágico periodo, no solamente los recuerdos y relatos de Kamo y Oscar Kohn, sino también documentos, como las hojas clínicas de los hospitales donde Kamo fue examinado. Citaremos algunos extractos, porque caracterizan muy bien la atmósfera en que tuvo que luchar para conservar la vida:

“7 de febrero de 1908.– *Se ha entregado a violencias, se mantiene en un rincón; no responde.*

10 de febrero.– *Se ha desnudado. No responde. Rechaza todos los alimentos.*

13 de febrero.– *Suspira y gime. Rechaza la comida.*

4 de junio.– *Se pasea cantando.*

19 de junio.– *Se queja de dolor de cabeza. Repite frecuentemente “cuando uno se muere, ya no vive”.*

23 de junio.– *Se ha arrancado una parte del bigote, expresando el deseo de enviárselo a sus camaradas. Lloro frecuentemente, injuria a la policía berlinesa en ruso y en alemán, dice que le torturan inquisidores españoles.*

29 de Junio.— *Traslado a Buch.*

PREGUNTA: *¿Su nombre?*

RESPUESTA: *Semión Archaovitch Ter Petrossov.*

PREGUNTA: *¿Cuál es su religión?*

RESPUESTA: *Soy armenio, nuestra religión no difiere mucha de la ortodoxa.*

PREGUNTA: *¿Ha habido en su familia casos de enfermedad psíquica?*

RESPUESTA: *En mi infancia era un ardiente patriota. Una tía, hermana de mi madre, era muy nerviosa.*

PREGUNTA: *¿Qué enfermedades tuvo usted en su infancia?*

RESPUESTA: *Cuando era pequeño me gustaba mucho el vinagre y tosía mucho.*

PREGUNTA: *Diga usted el nombre de un río de Siberia que corre hacia el norte.*

RESPUESTA: *El Amur, el Tobol. Todo se me ha olvidado. Antes podía indicar en el mapa todo lo que se me preguntara, con los ojos cerrados.*

PREGUNTA: *¿Cuántas provincias tiene Rusia?*

RESPUESTA: *No contesta.*

PREGUNTA: *Diga usted el nombre de una ciudad regada por el Volga.*

RESPUESTA: *Astraján.*

PREGUNTA: *¿Cuántos habitantes tiene Rusia?*

RESPUESTA: *Dos millones. (Rompe a reír.) No, es una broma; tiene doscientos millones.*

PREGUNTA: *¿Qué sabe usted de Catalina?*

RESPUESTA: *No quiero hablar de ese monstruo.*

PREGUNTA: *¿Qué sabe usted del zar Pedro el Grande?*

RESPUESTA: *Era un zar ruso.*

PREGUNTA: *¿Iba usted antes a la iglesia?*

RESPUESTA: *No, yo tengo un dios para mí y rechazo el dios policiaco. Mi religión es el Estado socialista. No creo más que en Carlos Marx y Federico Engels.*

Los hospitales y asilos de la región dependían de la *Armeen*

Direktion. Esta institución, cediendo a la presión de la policía alemana, insistió en la entrega de Kamo a las autoridades rusas, con el pretexto de que el mantenimiento de este enfermo extranjero no debía ser pagado por el pueblo alemán. A pesar de las medidas tomadas por Oscar Kohn, a pesar de todos los esfuerzos que hicieron para impedir que las autoridades entregasen Kamo a Rusia, se le puso en manos de los gendarmes rusos el 4 de octubre de 1909, en la estación de Wreschen Streikowo. Fue trasladado a Tiflis para ser juzgado allí por un tribunal militar y encerrado en el castillo de Metekh.

Ante todo se trataba de proteger a Kamo contra el peligro de una venganza inmediata y cruel del gobierno ruso. Kohn hizo aparecer en el *Vorwaerst* un artículo, del que se hizo eco la prensa liberal alemana; Hervé, a su vez, dirigió contra el gobierno alemán una violenta diatriba, reprochándole haber entregado a la Rusia reaccionaria, como criminal político, un hombre manifiestamente loco. Se hizo mucho ruido y en estas condiciones era difícil, por muchas ganas que tuviese el gobierno ruso, colgar sin otra forma de proceso a este peligroso revolucionario.

Los dirigentes tuvieron que ocuparse del asunto, indudablemente no por piedad hacia el pobre enfermo, sino para evitar un gran escándalo político en Occidente. Estos temores hallaron su expresión en una carta del Ministro del Interior, P. Stolipin, al conde Vorontsov–Dachkov, gobernador general del Cáucaso.

Confidencial

Señor conde:

Por una carta fecha el 27 de abril de este año, número 42, el Ministro de Asuntos Extranjeros me informa que la prensa mocrática de Alemania se apasiona por la suerte del súbdito ruso Archakov (alias Mirski y Ter Petrossov) que va a ser juzgado en Tiflis por agresión contra un transporte de fondos del Estado, cometido en 1907.

Los órganos radicales Vorwaerst y Frankfurter Zeitung atacan a la policía alemana por haber entregado a Mirski–Ar-

chakov cuando salió de un hospital de enfermos psíquicos, a las autoridades de nuestro país. Los ataques de que es objeto el gobierno alemán, no dejarán de redoblar en violencia, si Mirski es condenado a muerte, y el Ministro del Interior teme que esto tenga consecuencias molestas para los intereses rusos, desde el punto de vista de la cuestión de la extradición de los anarquistas.

Aprovecho la ocasión para testimoniar a Su Excelencia mis respetuosos sentimientos,

P. Stolipin.

7 de mayo de 1910, número 91.104.

V

La evasión del Manicomio

Los testimonios de la enfermedad mental crónica de Kamo habían sido enviados a Tiflis. Estos documentos llevaban firmas ilustres y los médicos legistas del tribunal militar estaban obligados a tenerlas en cuenta.

El día de la audiencia, la sala del tribunal y los pasillos que conducían a ella, estaban repletos de gente. Tiflis se había puesto en movimiento. Todo el mundo quería ver al famoso héroe nacional, al que tanto había luchado por la clase obrera. Pero, ¡ah!, el espectáculo era desconsolador. Flaco, vestido con una blusa de hospital toda destrozada, con el rostro demacrado y grandes ojos, cuya mirada erraba de una parte a otra sin reconocer a nadie. Kamo parecía infinitamente desgraciado. Mucha gente lloraba.

Se le hizo entrar en la sala y avanzar hacia la mesa donde se instalaron majestuosamente los jueces. El no hacía caso a nadie. Sacó de su bolsillo el gorrión Vaska, al que había domesticado durante su estancia en la enfermería de la cárcel y le dejó que

paseara sobre la mesa. Se le hacen algunas preguntas, pero no responde; le da miguitas a su gorrión. Poco después levanta la cabeza y tiende un pedazo de pan a uno de los jueces, con una sonrisa idiota.

Esta escena produjo una penosa impresión en el público. La tía Lisa y las hermanas del acusado estaban allí y se persuadieron de que su querido Kamo había perdido la razón.

Se hizo salir al acusado. El tribunal militar juzgó necesario someterle a nuevas pruebas en la sección de psiquiatría del hospital de la cárcel de Metekh. Allí permaneció un año y cuatro meses. (Las pruebas fueron, poco más o menos, las mismas que en Berlín.)

Las hojas clínicas de este período muestran el curioso cuadro siguiente:

“El individuo ha sido conducido del castillo de Metekh a la sección, con escolta, el 21 de diciembre de 1910, y con grillos en los pies. Llevaba en la mano un pájaro al que llamaba Pedrito y del que no quería separarse. El individuo es de mediana estatura, parece haber estado alimentado de manera satisfactoria, su rostro tiene una expresión pasablemente estúpida, apática, las respuestas a las preguntas que se le dirigen, son incoherentes, no parece comprender donde se halla, ni por qué razón. Ha sido colocado en una habitación aparte. El pájaro le ha sido recogido.

23 de diciembre.— El individuo está tranquilo, apático. Tiene una fuerte disminución de la sensibilidad de la piel, algunas zonas han perdido completamente el sentido del dolor. Cuando los músculos se contraen fuertemente, el sujeto no siente ningún dolor y de una manera general se muestra completamente indiferente a la investigación a que se halla sometido.

24 de diciembre.— El sujeto va y viene durante todo el día en su celda, canta, silba, se ocupa de llenar de tabaco cartuchos de cigarrillos, no se interesa por nada. Ha pedido al médico de servicio que le dé un libro en el que se trate de la guerra; se le

ha dado, pero no le lee.

Cuenta que tiene cuatro millones enterrados en las afueras de Tiflis, pero se niega a descubrir su escondite. Por la noche permanece mucho tiempo sin poder dormir, da vueltas con agitación, se queja, entre otras cosas, de que le hayan separado de su gorrión Pedrito, pide que se lo devuelvan porque quiere hablar con él de un asunto muy importante.

5 de enero.— Durante la visita medica de la mañana, el sujeto ha declarado al médico que vienen a verle en su celda muchos jóvenes —hombres y mujeres— que le inquietan y turban su reposo. Pide al médico que tome medidas, porque de otro modo se encargará él mismo de arreglar cuentas con ellos. Por el día, va y viene en su celda silbando, se muestra alegre, fuma mucho, no parece inquietarse lo más mínimo de verse en la sección de locos. Al contrario, sus grillos le entretienen, los hace sonar para acompañarse cuando canta. Ha comido. No ha dormido en toda la noche.

9 de enero.— El sujeto se muestra nervioso, no está quieto un momento, canta, silba, dice que cantando bien llama a sus pájaros, a los que quiere mucho y que le comprenden perfectamente. Se calla un momento para reanudar enseguida sus canciones y volver a pasear por su celda. Por la noche se mete en la cama, pero permanece toda la noche sin dormir. Pretende que está absorbido por el establecimiento del presupuesto de la guardia de combate que ha organizado y que se halla en las afueras de Tiflis. No lee libros ni periódicos y, en general, no le interesa nada.

13 de enero.— Humor triste, parece deprimido, a veces empieza a sollozar, gime, suspira, habla frecuentemente de la muerte. “Mis guardias de combate han sido aplastados por los bandidos que me tienen encerrado aquí. Ya no vale la pena vivir. Yo debía vivir más de cien años, pero ahora estoy dispuesto a morir.”

21 de enero.— Humor desigual, tan pronto triste como alegre. Pasa el día en su celda, canta, silba, se habla a sí mismo, pre-

para cigarrillos, aplasta miga de pan para modelar animales, se acuesta pronto, pero está mucho tiempo sin dormir, murmurando. Fuma.

2 de marzo.— El sujeto está tranquilo. Ha dicho al médico que iba a atravesar Siberia en un 10 H.P. para dirigirse a América, que había entre Siberia y América un río cubierto de hielo. Se ha asombrado de que hayan sabido su nombre, que han pronunciado en voz alta, te ha oído a través de la pared: “He oído claramente una voz de mujer que pronunciaba mi nombre.”

Llegado el término del período de prueba, Kamo fue trasladado al hospital psiquiátrico de Mijailovski. Los médicos de Tiflis le declararon incurable. Y allí fue donde Kamo concibió y puso en práctica su proyecto de evasión.

Se puso en relación con el mundo exterior por medio de un Joven guardián de la prisión, Juan Braguin. Este había sido conquistado por el encanto que se desprendía de toda la persona de Kamo y por la aureola que rodeada su nombre. Este guardián sirvió de intermediario para la transmisión de las cartas que se cambiaron entre Kamo y Kote Tzintzadze, que dirigió la evasión, activamente ayudado por la hermana preferida de Kamo, Djivaira.

Poco a poco, Braguin se transformó en huésped habitual de las hermanas de Kamo, que influyeron fuertemente en su decisión de intervenir en la organización de la fuga.

En cuanto a Kamo, con la lealtad y la elevación de alma que le eran peculiares, advirtió, desde el comienzo, a Braguin de todos los riesgos que corría haciéndose cómplice suyo. Cualquiera que fuese el resultado de la tentativa, Braguin no podía esperar salir bien del asunto. No se puede creer que le tentase el dinero (algunos centenares de rublos), porque, de haber traicionado a Kamo, Braguin hubiera podido hacer seguramente una brillante carrera.

La sección psiquiátrica del hospital Mijailovski está situada a orillas del Kura, no lejos del puente Vereiski. La ventana del

retrete del piso superior, provista de una reja de hierro como las demás ventanas del hospital, da sobre el río. Por allí era por donde había que rugarse y para eso era preciso hacerle unas pequeñas manipulaciones a la reja.

Kamo se puso al trabajo. El personal no se asombró de prolongada y frecuente ausencia de Kamo en aquel sitio. Todos los que hayan custodiado locos conocen su costumbre de entregarse durante horas a ocupaciones repugnantes y solitarias. Kamo había estudiado las costumbres de estos desgraciados y desempeñó tan bien su papel, que nunca fue sorprendido. Y en los minutos libres de control, con la ayuda de una pequeña lima que le había llevado Braguin, limó la reja de la ventana. Este trabajo duró tres meses.

El día fijado para la evasión, Tzintzadze envió a Kamo un pastel en el que había metido un soporífero para adormecer a sus guardianes.

A la hora en que todo el hospital, aplastado por el tórrido calor de un día de verano, se hallaba sumido en la pereza de la siesta, Kamo se libró de sus grillos, previamente limados, cambió de ropas poniéndose las que Braguin le había llevado, y, a una señal convenida enviada desde el otro lado del Kura, sale por la venta del retrete y desciende por medio de una cuerda. Pero la cuerda está vieja, se rompe, y Kamo cae desde una altura de tres metros y medio sobre un montón de piedras. Se levanta rápidamente, atraviesa un brazo del río para llegar a un banco de arena que le permite llegar al puente y, por fin, a la orilla, donde Kote le recibe para conducirlo a la habitación preparada de antemano.

Algunos días más tarde, Kamo era conducido a otro refugio más seguro, una casita rodeada de viñedos en la montaña. El dueño de la casa era un antiguo funcionario; un original que llevaba una vida retirada y que inspiraba una absoluta confianza. Aparte de él y de Kamo, no había nadie en los alrededores.

Kamo pasó allí un mes. Antes de partir, preocupado por evitar a su huésped cualquier molestia, Kamo hizo desaparecer cui-

dadosamente, metódicamente, todas las huellas de su estancia en la casa. Pero el secreto había sido bien guardado y el propietario no fue molestado.

Informado de la evasión, el procurador militar se puso furioso, dirigió una severa amonestación al médico-jefe del hospital, que invocó, para justificarse, la extraordinaria habilidad de este simulador que había conseguido engañar hasta a los sabios profesores de Berlín. Pero, como quiera que fuese, el preso se había escapado y se trataba de pescarle. Se pusieron en práctica, para lograrlo, todos los medios posibles. La ciudad fue sitiada, se estableció un riguroso y complicado control en las estaciones y en las puertas de la ciudad.

Pero no hay vigilancia que no pueda ser burlada. Todos los días, en una calle que desembocaba en la carretera de Mizjet, se veía aparecer un pequeño grupo de escolares y de muchachas en bicicleta. Los soldados de la guardia podían distraerse observando las evoluciones de estos jóvenes. A veces, uno de los ciclistas se olvidaba y pasaba el límite. Se le hacía volver a gritos: “Atrás, está prohibido.”

Una escena que se ve repetirse todos los días, acaba por aburrir la atención. Los Soldados no se ocupan ya de los ciclistas, y cuando un día, uno de los cinco, después de pasar el límite reglamentario, desaparece en una vuelta de la carretera y vuelven a la ciudad solamente cuatro, nadie presta atención.

Disfrazado de colegial, Kamo corre hacia Mizjet, donde es acogido esta vez también por Kote.

Hay una fiesta en el pueblo, se celebra una boda y los huéspedes que vuelven de las viñas del Señor, recorren las calles cantando y bailando al son de sus instrumentos nacionales.

La costumbre autoriza a cada invitado a llevar un amigo. Kamo cambia su vestido de colegial por el traje nacional y vedle ya entre la multitud regocijada. Por la noche, los invitados se dispersan, muchos de ellos se dirigen en grupos a la estación. Kamo sube sin dificultad en un coche y parte para Batum. Un último obstáculo que vencer: se trata de introducirse a bordo de

un barco sin ser visto, y de llegar a un puerto extranjero. Un grupo de militantes de Batum oculta a Kamo, con la ayuda de los marineros, en la cala del navío, entre las cajas y los barriles y así escapa a la mirada escrupulosa de los gendarmes.

Kamo se dirige a París para celebrar una entrevista con Lenin y ponerse al corriente de la situación cerrada durante los años de su reclusión. Lenin le informa.

Krupskaia describe así la visita que les hizo Kamo:

“Kamo me rogó que le fuese a comprar almendras. Instalado en nuestra sala-cocina parisién, comía sus almendras como si estuviese en su pueblo natal y nos contaba su detención en Berlín, sus años de simulación, nos hablaba de su gorrión domesticado que le distraía en la cárcel.

Lenin le escuchaba con un sentimiento de infinita piedad por este hombre intrépido, ingenuo como un niño, de ardiente corazón, dispuesto a realizar los mayores actos de heroísmo, y que, ahora, una vez evadido, no sabía qué trabajo emprender.

Hacia fantásticos proyectos de trabajo. Lenin no le objetaba, trataba de hacerle imperceptiblemente volver a las cosas de la tierra, le hablaba de la necesidad de organizar el transporte de la literatura del Partido, etc.

Finalmente se decidió que Kamo iría a Bélgica para operarse. Bizqueaba y los confidentes podían reconocerle fácilmente.

Ilitch examinó el abrigo de Kamo y le preguntó: “¿No tiene un gabán de más abrigo? Porque paseando en el puente del barco va usted a sentir frío.” El propio Ilitch, cuando viajaba en barco, iba incansablemente en el puente de un lado a otro. Cuando supo que Kamo no tenía otro abrigo, le trajo su abrigo gris, bien forrado, que su madre le había regalado en Estokolmo y que le gustaba mucho. La conversación con Ilitch, su cordial acogida, calmaron un poco a Kamo.”

VI

Detención en Tiflis – Trabajos forzados

Kamo no pudo vivir mucho tiempo en el ambiente del Occidente pacífico. La atmósfera de la vida de emigrado no le convenía. Tenía sed de trabajo, de lucha, no se creía vencido y quería continuar combatiendo con las mismas armas.

Al cabo de algunos meses, su salud, más o menos restablecida, volvió Kamo de nuevo al Cáucaso.

Halló el movimiento revolucionario en una nueva etapa; la reacción no estaba todavía vencida, pero se advertía ya un impulso revolucionario, la clase obrera se levantaba vigorosamente para una nueva lucha; estallaban en todo el país huelgas generales, como los relámpagos que iluminan el cielo antes de la tormenta.

La matanza de obreros de Lena, en abril de 1912, encendió de indignación el corazón de millones de trabajadores y fue el punto de partida de un nuevo movimiento obrero de masa, enriquecido con la experiencia de las victorias y las derrotas sufridas.

En esta época, los bolcheviques habían fortalecido sus filas por medio de una enérgica lucha contra los conciliadores de todas clases; habían roto todo lazo orgánico con los oportunistas en la conferencia de Praga, en enero de 1912, y se habían constituido en Partido independiente.

Al mismo tiempo, el Partido agrupaba a su alrededor, bajo su dirección, la mayoría de la clase obrera, aplicando hábilmente la táctica de las formas ilegales de la lucha, combinadas con la utilización de todas las posibilidades legales, comenzando por la tribuna de la Duma, por la conquista de todos los sindicatos y de todas las demás organizaciones obreras legales; y terminando por la creación de un periódico bolchevique legal.

Las nuevas formas de lucha hacían surgir del seno de las ma-

sas nuevos militantes. La clase obrera había dado numerosos nuevos cuadros al Partido bolchevique, pero, sin embargo, no era fácil hallar hombres para la acción de combate, porque el movimiento de masa que se había difundido ampliamente, no había llegado, sin embargo, a su punto culminante, a la insurrección armada, a la guerra civil abierta. Kamo se vio obligado, pues, a buscar combatientes, ante todo, entre sus antiguos compañeros de armas. Pero quedaban pocos: unos habían abandonado la acción revolucionaria, otros habían muerto, otros estaban en el destierro o en la cárcel.

Kamo recluta camaradas jóvenes que no tenían la experiencia de la lucha de guerrilleros. Con ellos organiza, en septiembre de 1912, en la carretera de Kodjor, una agresión contra un coche postal cargado de dinero. Fracasó el hecho y Kamo fue encerrado de nuevo en el castillo de Metekh. Poco tiempo después es condenado a la pena capital. ¡Cuatro condenas de muerte! Una por haber tomado parte en la insurrección armada de 1905, otra por la expropiación de la plaza de Erivan, la tercera por la evasión del hospital de Mijailovski y la cuarta por el intento de expropiación de la carretera de Kodjor. Como siempre, el veredicto tenía que aplicarse al cabo de un mes. Jamás Kamo estuvo tan tranquilo, alegre y despreocupado como aquel mes.

El camarada Tzintzadze estaba también encerrado en el castillo de Metekh con Kamo. Pudo hacerle llegar una carta en el hueco de una vela. Kamo respondió con el siguiente billete:

“He adivinado, encontrado la carta, estoy resignado ante la muerte, absolutamente tranquilo. La hierba podrá muy bien brotar a seis metros de altura sobre mi tumba. No siempre quiero tentar la suerte una vez más. Mira a ver si te es posible preparar una evasión. Tal vez podemos burlarnos una vez más de nuestros enemigos. Estoy encadenado. Tu harás lo que quieras, lo acepto todo.”

Pero todos los proyectos de evasión resultaron irrealizables. Sin embargo, la salvación llegó, aunque de una manera muy difícil de prever.

Estábamos en vísperas del 300 aniversario de la dinastía de los Romanov y el manifiesto imperial conmutó la pena de muerte pronunciada contra Kamo por veinte años de trabajos forzados.

Kamo fue trasladado, en 1915, al presidio de Jarkov, donde se le puso con los presos de derecho común. El régimen que reinaba allí era espantoso. Los prisioneros hacían todos los días largas horas de trabajo forzado: costura de vestidos, de ropa blanca, confección de calzados. Kamo se vio obligado a vivir en la sociedad de representantes típicos del mundo de los “miserales”. Se producían penosas escenas en el taller y en el patio, que testimoniaban las brutales costumbres de la cárcel.

Por otra parte, se podía temer, en cualquier momento, una colisión entre Kamo y la administración, porque indudablemente, hubiera respondido a cualquier insulto con un golpe mortal, cuyas consecuencias se adivinan fácilmente.

Los presos no tardaron en tomar estimación por Kamo. Le llamaron el “Gran Juan”. Este “título” hacía menos penosa su situación. Para evitar los conflictos con la administración, Kamo salía siempre descubierto, incluso en los grandes fríos, para no tener que negarse a quitarse el sombrero delante de los “jefes” y evitar, al mismo tiempo, esta humillación.

Tenía una continencia alerta y alegre durante las raras entrevistas que tuvo con sus parientes; pero sus ojos descubrían la huella de una tristeza insondable. Se advertía bien que el presidio le mataba. Hasta parecía que su lucidez y buen sentido, tan sólidos siempre, le abandonaban, porque comenzaba a fabricar proyectos fantásticos de evasión. ¡Quién sabe el desenlace que hubiera tenido este martirio, si la revolución no hubiera roto los hierros de la prisión de Kamo!

VII

Últimos años

La revolución de febrero le aportó a Kamo la libertad; pero también penosas pruebas. Después de residir en Moscú, en Petrogrado, después de lanzarse en el impetuoso torbellino de la vida política, Kamo tuvo, por primera vez, conciencia de la inmensa brecha abierta en sus fuerzas. Se sentía enfermo, herido, había perdido el gusto de vivir y se necesitaron las insistentes instancias de Lenin para obligarle a cuidarse.

Su estancia en las aguas del Cáucaso le repone, su admirable organismo se vivifica al sol del mediodía.

Los largos años de intenso trabajo clandestino, en los sectores de combate más importantes, en la acción del Partido, no permitieron a Kamo adquirir conocimientos teóricos, llenar las lagunas de su modesta instrucción general. La prisión, que fue una especie de universidad para muchos militantes de la acción ilegal, no le dio nada, sino inauditos sufrimientos. Pero, sin embargo, un justo instinto revolucionario de clase y un espíritu claro y despierto, permitían a Kamo orientarse correctamente, en general, en los acontecimientos políticos del día.

Se le ofrecieron elevados puestos, pero los rechazó siempre; su modestia era muy grande, y, además, estaba seguro de no estar lo suficientemente preparado para dirigir, en unas condiciones tan complejas del desenvolvimiento de la revolución proletaria de nuestro país.

Kamo, que había cumplido siempre brillantemente las misiones que el Partido le había confiado, parecía de pronto no estar muy seguro de sí mismo. Se adaptaba difícilmente a las nuevas relaciones, a los nuevos métodos de trabajo.

Incluso en el frente de la guerra civil no lograba hallar una ocupación a su gusto, capaz de darle el sentimiento de ser tan indispensable, tan irremplazable como en otro tiempo. Por eso

se sentía siempre atraído hacia las antiguas formas de lucha, hacia la aplicación, en las nuevas condiciones, de los antiguos métodos de acción ya experimentados.

En 1919, durante el avance de Denikin sobre Moscú, Kamo recibió autorización del C. C. del Partido para reclutar un grupo de combate y operar en la retaguardia de Denikin. Escogió cuidadosamente a sus compañeros, les hizo sufrir toda clase de pruebas, trató de conocer de cerca a cada uno de ellos y terminó por tener un grupo de combate bien constituido. Se hizo seguir a estos combatientes un curso sumario destinado a habituarles a la acción ilegal, a enseñarle el manejo de explosivos, a ejercitarles en la fabricación y manejo de bombas.

Kamo tuvo largas entrevistas con sus camaradas, les enseñó los “secretos” de la acción de los grupos de combate y les contó en el camino episodios de su experiencia revolucionaria que los jóvenes escucharon encantados.

El grupo se aprovisionó de accesorios para disfrazarse, de ropas, de afeites y se dirigió a Bakú, pasando por Astraján.

En Astraján se equipó un sólido barco de pesca, que se cargó de armas, de fusiles, de ametralladoras, de cartuchos y se dieron a la mar en su velero, arriesgando en cualquier momento encontrarse con algún barco de guerra de Denikin.

La travesía se hizo sin dificultad y los miembros del grupo, llegados a Bakú, se dispersaron por los barrios obreros cambiando de domicilio de vez en cuando, para sustraerse al ojo inquisidor de la policía.

Les estaba prohibido hacer ningún trabajo, de propaganda en su retiro subterráneo. Kamo les prohibió también aparecer en la calle; la mayor parte de ellos no conocían la vida local y corrían el riesgo de ser detenidos a la menor imprudencia.

Mientras tanto, el Ejército Rojo había ocupado Rostov y se disponía a atacar Armavir. La principal tarea del grupo, desorganizar la retaguardia de Denikin, era imposible de realizar porque éste se había replegado sobre Novorossisk.

Pero Kamo no quería renunciar al objeto que se había pro-

puesto. Condujo con él un pequeño grupo de cuatro hombres y decide llegar con ellos a Novorossisk, pasando por la Georgia y el Mar Negro.

Kamo se atribuyó el nombre del príncipe Tzulukidze. Una soberbia “tcherkeska” (ropa usada en el Cáucaso), botas caucásicas de flexible cuero, un gorro de karakul guarnecido de adornos de oro en forma de cruces, una barba magistralmente colocada, le aderezaban un aspecto majestuoso e imponente.

Después del tercer toque de campana, los gendarmes hicieron parar el tren y detuvieron a todos los hombres morenos que podían parecerse a Kamo. Pero el príncipe Tzulukidze no inspiró ninguna sospecha y el jefe del puesto de la gendarmería incluso le presentó sus excusas por el retraso del tren. Kamo partió para Tiflis, pero, deseoso de burlar a la policía, se bajó en la primera estación y regresó a Bakú.

El gobierno menchevique de Bakú había olfateado este viaje. Kamo y sus camaradas fueron detenidos a la bajada del tren, en Batum, y encarcelados en el castillo de Metekh, tan familiar para Kamo. Encerrado en una húmeda celda, contrajo una inflamación del nervio ciático.

Los presos no fueron libertados hasta dos meses más tarde, con la condición expresa de que abandonaran Georgia en veinticuatro horas.

La expedición a Novorossisk ya no era posible y Kamo volvió a Bakú. Las victorias del Ejército Rojo habían mejorado sensiblemente la moral en los barrios obreros. El Comité regional decidió utilizar el grupo de combate para la preparación de una insurrección, de un golpe de Estado bolchevique. Kamo recibe la misión de organizar grandes grupos haciendo entrar en ellos a la juventud obrera. Confió la dirección a los miembros de su grupo de combate, encargados de enseñar a los nuevos reclutas el arte de la insurrección.

Esto era, para él, la resurrección de su vida de antaño, con todas las sensaciones que da una actividad desbordante. No tenía un momento libre, estaba en todas partes, no se le escapaba na-

da y estaba al corriente del trabajo de cada radio, tan bien como el militante a quien le correspondía. El aprendizaje daba buenos resultados, pero no había bastantes armas. Se arregló este asunto por medio de algunas barcas cargadas de ametralladoras, de fusiles, de granadas y de cartuchos que se hicieron venir de Astorján.

Cuando el gobierno musavatista⁴¹ lanzó su manifiesto llegando a la población, “a los obreros y a los ciudadanos” a defender la ciudad de Bakú contra el Ejército Rojo, se distribuyeron armas a los obreros. Se comenzó por darles a los grupos de combate organizados por Kamo y después a los obreros de las fábricas.

En la noche del 23 de abril de 1920, los miembros del gobierno musavatista huían para refugiarse en Georgia. Al despuntar el día, el parlamento y la casa del gobernador eran ocupados, se desarmó a algunos cuerpos militantes hostiles, sin disparar un solo tiro y se izó la bandera roja en los cañoneros Kark y Ardoján, que eran los más fuertes navíos de guerra del mar Caspio.

Al día siguiente llegaron trenes blindados y dos días más tarde la caballería de Budioni.

Después del golpe de Estado, el C. C. del Partido Comunista de Azerbeidjan disolvió el grupo de combate.

Kamo volvió a Moscú y decidió realizar, por fin, su sueño de tanto tiempo: instruirse. Siguió el consejo de Lenin y comenzó a estudiar para entrar en la Academia general del Estado Mayor. Pero no pudo poner en práctica su proyecto. Pereció de una manera imprevista, en un accidente.

Barón escribe en sus memorias:

⁴¹ Gobierno contrarrevolucionario del Partido burgués turkmeno federalista. Primero adoptó una orientación turca; más tarde, como Turquía capituló ante Inglaterra, invitó a los imperialistas ingleses a Bakú. En 1920, el Gobierno respondió con una negativa a la proposición del gobierno soviético de atacar a Denikin, y cuando las tropas de Denikin se batían en retirada ante el Ejército Rojo y pasaban la frontera de Azerbeidjan, hallaron un refugio entre los musavatistas.

“El día que debía serle fatal, el camarada Kamo se había retrasado en su cuarto de trabajo. Hablábamos del pasado. El trabajo indispensable en las cuestiones económicas no le satisfacía. Estaba hecho para las tormentas revolucionarias. Quería tomar parte en la preparación de la revolución en cualquier país de Oriente o de Occidente. “Me reservo para esta tarea –decía justamente– aunque tenga que vivir y luchar todavía cien años. Porque me vigilo, no bebo vino, evito las noches de insomnio. He guardado intactas mis fuerzas, mi salud. ¿Qué es lo que me impedirá vivir?” ¡Quién hubiera pensado que este hombre, este verdadero héroe revolucionario que había resistido las más horribles persecuciones y había conservado su vigor y su salud, iba a morir algunas horas más tarde en un accidente banal!”

El 14 de julio de 1922, a las once de la noche, Kamo bajaba en bicicleta la rápida pendiente de la carretera Vereyskaya. Al oír a los lejos la bocina de un automóvil, Kamo, que veía mal de un ojo, hizo un falso movimiento y cayó desgraciadamente sobre una piedra puntiaguda que le alcanzó el cerebelo. Dos horas más tarde Kamo expiraba a causa de una hemorragia cerebral, sin haber recobrado el reconocimiento.

El proletariado de Tiflis hizo a su héroe, tan popular y tan querido, grandiosos funerales seguidos de un inmenso cortejo de trabajadores.

Se ha escrito, y habrá de escribirse todavía mucho más, sobre Kamo. Representaba admirablemente el tipo de militante de combate del Partido, del revolucionario dotado de excepcionales cualidades de intrepidez y presencia de ánimo. Era uno de los mejores representantes del movimiento de guerrilleros de la primera revolución rusa.

Ejercía sobre sus compañeros una inmensa influencia y su grupo de combate fue siempre una potente arma en manos del Partido.

En Kamo se unían felizmente una loca audacia, fanatismo re-

volucionario, altas cualidades morales, una voluntad de hierro y el espíritu disciplinado de un miembro probado del Partido.

El temple bolchevique de Kamo fructifica 25 años después (*)

Pero luego, Kovpak aniquiló con su artillería a la guarnición alemana de la ciudad de Krolevets, y desde aquella noche, la expedición del destacamento se asemejó a una avalancha rodando desde una montaña. Noticias espeluznantes corrían por los cables alemanes, desconcertando a los Gobernadores fascistas e incitándoles a pedir auxilio, a huir, a ponerse a salvo.

“En la mente del pueblo, escribe Vershigora, nos habíamos convertido en un ejército que avanzaba. Según esos rumores, éramos ya treinta o cuarenta mil hombres, llevábamos con nosotros tanques y nos acompañaban aviones. Y los gruesos Gaulteiers no podían dormir por las noches, les agitaba la fiebre, saltaban de sus asientos y se lanzaban en coche hacia Chernigov o hacia Kiev. Y Kovpak, que al principio había marchado con suavidad, recorriendo quince o veinte kilómetros por noche, se adelantaba ahora a los oficiales de Estado Mayor, recorría hasta sesenta kilómetros en un tirón y aceleraba el ritmo de su incursión. Con nuestro movimiento dábamos alas al pueblo y le estimulábamos a la lucha. A lo largo de nuestro camino, como una estela, iban naciendo grupos guerrilleros. Algunos nos alcanzaban y se unían a nuestro destacamento; a otros los perdíamos de vista, pero seguían actuando allí por donde había pasado Kovpak. Unos y otros levantaban al pueblo, porque Kovpak cumplía la orden de Stalin de hacer “lo que el pueblo quiere”.

(*) Fragmentos de “Memorias de un General Cuerrillero”, Por I. Gringer.

Los guerrilleros de Kovpak liquidaban a las guarniciones alemanas y derrotaban a los grupos de castigo compuestos de unidades de las S.S. que marchaban contra ellos. Volaron magistralmente, con un solo golpe, todas las vías férreas que llevaban a la importante estación de Sarni, inutilizando así ese importantísimo centro de las comunicaciones alemanas. Arrasaron la gran base de resistencia fascista de Lelchitsi, situado entre inmensos bosques y pantanos, y limpiaron de tal modo el terreno, que se hizo posible la creación de un nuevo territorio guerrillero en el curso del río Pripet. A miles de kilómetros hacia el este, el Ejército rojo debía terminar aquellos mismos días en Stalingrado el cerco de la agrupación alemana que mandaba el Mariscal de Campo von Paulus. Así se llevó a cabo el genial plan estratégico de Stalin, en que figuraban golpes demoledores de las unidades regulares del Ejército Rojo, en combinación con la actividad de los guerrilleros.

El primero de enero de 1943, al cabo de tres meses y medio, el destacamento de Kovpak había recorrido mil seiscientos kilómetros por territorio ocupado por los hitlerianos. Los guerrilleros cruzaron el río Pripet y llegaron al gran lago de Chervoni, sobre cuya capa de hielo aterrizaban los aviones que les traían de Moscú medicamentos y otras cosas necesarias. Así terminó la gran incursión que los guerrilleros de Kovpak bautizaron con el nombre Stalin, el hombre que les alentó a tan gloriosa hazaña militar.

Moscú, abril de 1946.

LOS BOLCHEVIQUES ANTE LOS JUECES

Por: **S. Chernomordik.**

Los Bolcheviques en los interrogatorios y ante la justicia de la burguesía

Antes de predominar, el partido bolchevique ha recorrido un largo camino de actividad clandestina. La victoria de octubre le exigió un gran esfuerzo. Durante decenas de años combatió tenazmente la autocracia zarista, luchó por la causa de la clase obrera, por su liberación. Inspirándose mucho en otras concepciones teóricas (la doctrina de Marx y de Engels), apoyándose mucho en otra base social (el capitalismo en marcha en Rusia y el movimiento obrero ruso en crecimiento) el partido bolchevique continuó la obra del movimiento revolucionario ruso precedente, del cual heredó la experiencia en cuanto a la lucha contra el zarismo.

En esta larga guerra contra el implacable enemigo de los trabajadores, nuestro partido sufrió numerosas pérdidas; muchos combatientes sucumbieron antes de la victoria del proletariado, gloriosamente muertos en una lucha abierta, en los patíbulos, en trabajos forzados, en presidio, torturados y martirizados, o a causa de las duras condiciones del trabajo ilegal.

Pero a despecho de los innumerables sacrificios, a pesar de los sensibles golpes que el gobierno zarista le asestó, a pesar de las derrotas transitorias, nuestro partido no depuso las armas ni un instante. Después de los momentáneos fracasos, reconstituía sus filas para recomenzar la lucha en nuevas condiciones. Avanzaba constantemente hacia la victoria. Las bases de la experiencia de nuestro partido en materia de organización, que facilitan hoy su intensa lucha por la edificación del socialismo en nuestro país, fueron forjadas por él en el período de su acción clandestina. La riqueza de esta experiencia provenía de la variedad de los métodos de organización de la lucha contra el zarismo. La complejidad de esta lucha exigía del militante bolchevique flexibilidad, iniciativa, ingenio, la incesante rebusca de nuevas formas para la más juiciosa utilización de su energía revolucionaria.

* * *

Los bolcheviques rusos tomaron mucho de la abundante y larga experiencia de lucha contra el zarismo de las generaciones revolucionarias precedentes. Y si renegaron la herencia ideológica del *narodnitchestvo* y de la *Narodnaia Volia*⁴² de los años 70, si prescindieron de su teoría, de su programa y su táctica, para colocarse enteramente en el terreno del socialismo revolucionario proletario procedente de la doctrina de Marx y de Engels, en cambio, a la actividad clandestina y a la conducta a seguir durante los interrogatorios, cada vez que caían en manos de sus enemigos, los bolcheviques aprovecharon la experiencia de sus predecesores, especialmente la de los hombres de la *Narodnaia Volia*. En el espacio de varias decenas de años antes de la revo-

⁴² El *narodnitchestvo*, conocido con el nombre de populismo, es un vasto movimiento revolucionario cuyos orígenes remontan a comienzos del siglo XIX y que continuó hasta los umbrales de la revolución de 1905. El partido de la *Narodnaia Volia* es una de sus ramificaciones. (*Nota del Ed.*).

lución de octubre apenas cambiaron en Rusia las condiciones de la actividad conspiradora de los partidos revolucionarios. Los métodos de lucha de los organismos zaristas contra el movimiento revolucionario eran, en suma, uniformes, no variaban más que con las condiciones locales y las particularidades individuales del jefe de la Okrana⁴³.

De los archivos del antiguo departamento de la Policía, las Okranas y de las secciones de gendarmes, de que disponemos hoy, se desprende que son muy raros los militantes bolcheviques clandestinos que escaparon a la vigilancia sistemática de los agentes de la Okrana. Sus informes hormigean de detalles que establecen de una manera indudable que los confidentes vigilaban literalmente cada movimiento de sus víctimas.

Pero esta “observación exterior” no era lo esencial de los métodos de acción de los órganos de la policía política. Desde fines de la década del 70, para combatir el movimiento revolucionario, el gobierno zarista inauguró el sistema de la provocación. Con el crecimiento del movimiento proletario revolucionario, el departamento de la policía comenzó a aplicar este gran sistema. Para la “observación interior” de organización y para el descubrimiento de los revolucionarios más activos, la Okrana introducía frecuentemente sus hombres en los organismos dirigentes del partido, o, empleando amenazas, arrastraba a entrar a su servicio, por medio de una retribución, a los miembros moralmente caídos de la organización.

Se desprende de los documentos sacados de los archivos de la Okrana zarista que los provocadores que figuran en los informes con apodos policíacos (la mayor parte de los cuales han sido descifrados después de minuciosas investigaciones), proporcionaban informes bastante exactos sobre el estado de las organizaciones usando, para el secreto impuesto en los servicios de la Okrana, pseudónimos de Partido en sus informes sobre su acción personal en la organización. La provocación en masa era

⁴³ Okrana, policía secreta.

un arma temible en manos del zarismo, en su lucha contra el movimiento revolucionario. Complicaba nuestra lucha, provocando frecuentes traiciones a nuestra organización y dificultando la acción de masa. Esto nos obligaba a reforzar nuestros métodos de conspiración y a amurallarnos en los cuadros estrechos de la organización.

Sin embargo, ni las delaciones de los agentes exteriores de la Okrana, ni las informaciones de los provocadores no podían proporcionar, ni aun en las condiciones de este infame y sangriento régimen que era la autocracia zarista, una documentación suficiente para poner la mano en toda la organización o para montar un proceso judicial con el fin de justificar legalmente la larga detención de los militantes bolcheviques o la liquidación de la organización. En virtud del reforzado reglamento sobre la vigilancia (en vigor casi hasta la revolución de febrero) los organismos de la policía política podían arrestar a todo militante de la organización caído en su campo de visión, guardarlo en prisión durante mucho tiempo, deportarlo, sin conseguir, sin embargo, desorganizar enteramente la organización, ni fabricar un proceso judicial que condujese a la pena capital, a trabajos forzados o a una larga detención, como ellos hubieran deseado.

Aunque, para servirnos de la expresión de un revolucionario de la década del 70, “la justicia zarista sea más sumisa que una casa de tolerancia (discurso de Mychkin en su proceso), sin embargo, esta justicia tenía necesidad de algunas razones formales para conseguir la detención deseada por el gobierno. No bastaban ni las delaciones de los confidentes, ni los informes de los provocadores. Los primeros porque no eran testimonios directos, buenos todo lo más para ser utilizados por la Okrana como pruebas directas fáciles de refutar en justicia; en cuanto a los informes de los provocadores, no figuraban en los procesos porque tenían garantizado el secreto inviolable. Además, ni los confidentes ni los agentes provocadores podían elucidar el conjunto de la actividad de la organización, ya que no estaban al co-

rriente, a causa de los métodos secretos en vigor en el Partido, sino de algunos episodios o algunos aspectos del trabajo.

Así, el principal trabajo de las Okranas y de las secciones de gendarmes no comenzaba hasta después de las detenciones, después de la destrucción de las organizaciones. Basándose en la documentación obtenida durante el interrogatorio, era preciso descubrir toda la organización y confeccionar un proceso judicial o limitarse a la detención preventiva de los encarcelados, a su deportación en virtud del reglamento administrativo e incluso libertar algunos. Esta última solución exasperaba a los agentes de la Okrana; significaba un gran número de esfuerzos malgastados en vano.

Era entonces cuando hacía su aparición en la escena en la investigación judicial, que a veces duraba años enteros. Oficiales de gendarmería y jueces de instrucción en misión especial, recurrían a todo su ingenio para arrancar a los detenidos durante los interrogatorios, detalles para una información completa sobre la organización y para alimentar el proceso.

En cuanto al revolucionario, era este el momento más peligroso de su actividad. Era mucho más fácil combatir a un enemigo invisible de múltiples caras. Por primera vez ahora tropezamos cara a cara con el agente de la policía política, astuto, experto en su oficio, que trataba por todos los medios de derrotar a su víctima. Conviene añadir que los agentes provocadores conseguían a veces arrancar los informes deseados a los revolucionarios a quienes faltaba experiencia o que no se daban suficientemente cuenta de las eventuales consecuencias de su actitud durante el interrogatorio.

Por eso, la cuestión de la conducta que debían mantener durante los interrogatorios adquirió en el movimiento revolucionario ruso, tan grande importancia.

* * *

Como consecuencia de una larga experiencia adquirida bajo el zarismo, los bolcheviques rusos llegaron a la conclusión de que la táctica más racional durante los interrogatorios era la negativa a toda deposición. Para comprender la razón de esta actitud, es preciso considerar los procedimientos empleados por los agentes de la Okrana para obtener de los detenidos los informes para “nutrir” el proceso.

Figuraos el estado del revolucionario caído en manos del enemigo. Aislado del mundo exterior, languidecía en la prisión un mes, dos meses, esperando el interrogatorio. Esto era, por decirlo así, la preparación moral del interrogatorio. Mientras tanto, los agentes de la policía política, ayudados de documentos, se entregaban a un estudio de la personalidad del revolucionario. Con alusiones a la triste suerte reservada a su hijo, a su hermano, a su hermana, trataban de influenciar a la familia y de empujarla a aconsejar al detenido que hiciese “confesión completa”, único medio de dulcificar su suerte.

Uno o dos meses después, según la documentación recogida, se llamaba por fin al detenido al interrogatorio. Los procedimientos aplicados por los agentes instructores de la Okrana variaban con la situación social y la personalidad del detenido. Para un obrero, los procedimientos del interrogatorio eran bastante primitivos. A causa de la grosería de las costumbres de la Rusia zarista y del concepto que las clases dirigentes tenían del obrero, al que consideraban como un ser inferior, el agente provocador trataba de aterrorizar al detenido desde el comienzo. “Si no confiesas, hijo de una perra, te dejaré pudrir en la cárcel, no te dejaré salir vivo de aquí”. Esta era la amenaza clásica de los hombres de la Okrana. Y solamente ante un obrero revolucionario experimentado que hubiese hecho ya prisión, el agente provocador se hacía más “suave”. En este caso se aplicaban al obrero los procedimientos que se empleaban con los revolucio-

narios profesionistas.

Eran éstos, procedimientos “refinados”. El detenido se hallaba en presencia, no de un enemigo implacable, no de un verdugo que iba a martirizarle, no de un adversario burlón deleitándose a la vista de su víctima, sino de un hombre “humano”, lleno de compasión por la “desgracia” del detenido. Se entablaba una “conversación”. Su tono era excesivamente educado, el rostro del hombre de la Okrana expresaba su solicitud por la suerte del detenido. Le ofrecía excelentes cigarrillos (el detenido no había fumado desde hacía tiempo), le hacía traer té con bizcochos, a veces una buena comida del restaurante próximo.

“Es usted todavía joven, le decía, tiene toda su vida por delante. Un pecadillo podía echar a perder su existencia. Pero a pesar de la simpatía que siento por usted, me es difícil socorrerle, porque pesan contra usted graves cargos. Todos los documentos de que disponemos testimonian contra usted. Le espera un castigo severo.

Su salvación está en una deposición sincera y verídica. Si la hace usted, tal vez podamos libertarle completamente. El otro día ha venido a verle su madre. ¿No tiene usted piedad de ella? La pobre mujer está agobiada de pena a causa de sus locuras revolucionarias. Si es usted condenado a trabajos forzados, morirá de dolor.”

Este era el preámbulo. Si no surtía efecto, el hombre entablaba una conversación desordenada para incitar al detenido a la franqueza. En caso de éxito, el agente de la Okrana podía llegar a definir por las concepciones teóricas del detenido, el partido al que estaba afiliado. En estas conversaciones, los provocadores (claro está que se trata de confidentes de especie superior) daban frecuentemente pruebas de un gran conocimiento de las cuestiones políticas. Claro que este conocimiento era superficial, pero bastaba para su estricta especialidad. Como disponían de toda la literatura ilegal, estaban mejor situados que los revolucionarios para mantenerse al corriente. En este orden de ideas se distinguió el jefe de la policía política de Moscú, Zubatov⁴³,

que creó una escuela de confidentes “ilustrados”. En sus anzuelos mordieron, por falta de experiencia, muchos revolucionarios a quienes llegó a convencer con su fingida sinceridad. De las “discusiones” con los revolucionarios encarcelados, sacaba para la Okrana una preciosa documentación que le permitía conocer los efectivos de las organizaciones revolucionarias.

Después de estas conversaciones “libres”, el agente provocador entraba en “el fondo de la cuestión”. Comenzaba el interrogatorio. Si el detenido había “conversado” con el agente provocador antes del interrogatorio, se había consumado ya la mitad del asunto. El detenido continuaba la conversación sin darse cuenta. El agente trataba de desconcertar a su interlocutor con la precisión de sus informes: “Tal día a tal hora estuvo usted en tal lugar, portador de un paquete de tales dimensiones, envuelto en

⁴³ Zubatov, antiguo jefe de la policía política de Moscú, iniciador y “fundador” del socialismo policíaco conocido con el nombre de socialismo a lo Zubatov. Con el apoyo del gobierno zarista y del aparato de la Okrana, Zubatov creó hacia 1890 una serie de organizaciones obreras dirigidas por agentes de la policía política y destinadas a combatir el movimiento obrero revolucionario que tomó en esta época una extensión considerable. La “plataforma” de estas organizaciones reclutadas entre los obreros políticamente inconscientes, que no habían roto todavía sus lazos con el campo, se limitaban en sustancia a esto: “La revolución y las ‘libertades’ políticas son necesarias a los intelectuales; en cuanto a los obreros lo que necesitan es mejorar su situación material. Y esto es perfectamente posible en los marcos de la autocracia, capaz de defender los intereses de los trabajadores”. Para consolidar su popularidad entre las masas obreras, Zubatov y sus agentes estaban obligados o recurrir a la organización de huelgas, lo que no dejó de producir conflictos con la burguesía, que se negaba a que se hiciesen experiencias policíacas en su costa. El sistema de Zubatov sufrió en estos conflictos el primer golpe. Pero la derrota le fue infligida la víspera de la primera revolución, en la que los cuadros de las organizaciones de Zubatov no pudieron resistir el asalto del movimiento revolucionario de clase del proletariado y en la que estas organizaciones comenzaron objetivamente a servir a la revolución. La “gaponiada” (*) fue el canto de cisne del sistema de Zubatov. Después del 9 de enero las ilusiones del Socialismo Policíaco se disiparon completamente.

(*) Gaponiada, de Capón, famoso agente provocador que dirigió el movimiento obrero de la jornada del 9 de enero de 1905 en Petersburgo.

papel de periódico, permaneció usted allí tanto tiempo, salió usted acompañado de fulano de tal y se dirigieron ustedes a tal lugar”. El prisionero queda desconcertado. “Tal día tomó usted parte en tal conferencia a la que asistieron tales personas y donde se discutieron tales cuestiones.” El detenido se desconcierta todavía más. “Haría usted mal persistiendo en su actitud, lo sabemos todo. Estas informaciones las tenemos por sus propios camaradas”.

Aplastado por estas “pruebas”, el detenido, una vez caído en el cepo del provocador, se ve obligado a deponer. O entra por el camino de las confesiones completas, sin cuidarse de sus camaradas ni de sí mismo, haciéndose así involuntariamente traidor, o proporciona “explicaciones” para refutar los cargos, pero entonces se embrolla en sus deposiciones cuyo carácter contradictorio aumenta el grado de certitud de las pruebas de la Okrana. En los dos casos se consiguen informes complementarios que deben dilucidar el asunto y alimentar el proceso.

La táctica de las deposiciones y las “explicaciones” francas tenía molestas consecuencias. Permitía a los agentes provocadores aclarar la complicada madeja del asunto, proporcionándoles el hilo conductor necesario para proceder a nuevas detenciones y para destruir completamente la organización, conducía a implicar a los camaradas del detenido en la acusación y, en el caso de falsas deposiciones, a la contradicción y al descubrimiento indirecto de la participación del detenido en la organización revolucionaria.

Las deposiciones francas fueron frecuentemente el comienzo de la muerte política de su autor. Los hombres de la Okrana las utilizaban para comprometer al revolucionario a los ojos de la organización, o para tratar de hacer de él un colaborador de la Okrana. “Usted afirma que no conoce a fulano y que nunca se ha visto con él, decía el agente provocador al interrogado, pero N., implicado en el mismo asunto, desmiente su afirmación, lea usted su deposición”. Vuelto a su celda, X, creyéndose traicionado, se apresuraba a dar parte a todos los camaradas de la pri-

sión. “N. traiciona, tened cuidado”. Y el camarada caía por imprudencia en las redes de la Okrana, se hacía separar del movimiento revolucionario y arrastraba toda su vida el estigma de la traición. Había también casos en que el encarcelado, agobiado por la delación del que había confesado, no hallaba otra salida que la de confirmar o rectificar estas confesiones. Algunas veces, empujado por móviles absolutamente leales, el interrogado asumía toda la responsabilidad y trataba de descartar a los demás camaradas. Pero de esta conducta se aprovechaban los agentes de la Okrana. El interrogado no conseguía jamás disculpar a los demás y se embrollaba en contradicciones, o, en caso de confirmación de la delación, corría el riesgo de pasar por traidor o al menos de comprometerse a los ojos del partido.

A principios de 1900 se produjo el caso siguiente en Harkov. El obrero Voeikov, muy popular entre los trabajadores, deportado por participación activa en la manifestación de 1º de mayo en Jarkov y traído del destierro para declarar en el proceso intentado a la organización socialdemócrata de Jarkov, se arrepintió y proporcionó informes exactos. En recompensa fue indultado y puesto en libertad.

Pero he aquí que uno de los camaradas complicados en este asunto, arguyendo la traición de Voeikov hizo una confesión completa. Y obrando por su cuenta y riesgo, basándose en las deposiciones de Voeikov, confirmó en parte sus afirmaciones refutando otra parte con la esperanza de engañar a los gendarmes y disculpar a los camaradas. En resumidas cuentas, sus deposiciones proporcionaron una abundante documentación a la Okrana y él estuvo a punto de hacerse cómplice de Voeikov y cargar para toda su vida con la deshonra de la traición. Sólo una aclaración de este incidente le salvó del oprobio e impidió que su nombre figurase en la lista de los traidores.

Pero hubo casos en que las declaraciones francas condujeron a la traición directa de la causa de la revolución. Los agentes de la Okrana recurrían al chantaje. “Por candidas que sean sus declaraciones, el tribunal, admitiendo que le conceda circunstan-

cias atenuantes, no podrá absolverle. Le espera un severo castigo. Por otra parte, cuando sus camaradas se enteren de sus declaraciones, porque el tribunal no puede ocultarlas, le comprometen a los ojos de los revolucionarios que tratarán de vengarse de usted, tal vez de asesinarle. Sí, su situación es muy delicada... Pero hay una salida. Basta que acepte usted hacerse nuestro colaborador. No le pediremos mucho. Seguirá usted en la organización, trabajará usted allí teniéndonos al corriente de todo lo que pase en ella. Si consiente usted, estamos dispuestos a mantener secretas sus declaraciones, a perdonarle y a ahorrarle un doloroso destino”.

“Atascada la uña, se pierde el pájaro entero”. En estas condiciones, no pocos jóvenes revolucionarios mordieron el anzuelo de los agentes provocadores, astutos e hipócritas. Su error consistió en tomar a un enemigo implacable, por un hombre con el cual se puede “hablar”, haber dejado extinguir un instante la llama del odio y del desprecio al enemigo. Es este el primer paso hacia la decadencia moral del revolucionario.

Sin embargo, incluso revolucionarios expertos lucieron, frecuentemente, confesiones sinceras, movidos por las más puras intenciones. A veces, el revolucionario declaraba para favorecer los intereses de la organización, no para disculparse. Algunos revolucionarios se endosaban toda la culpa con el fin de descartar a un jefe de la organización especialmente precioso. Pero solamente aplicada por revolucionarios expertos daba resultados positivos esta táctica. En resumen, los agentes de la policía política sabían demasiado bien quién era su enemigo más peligroso y disponía de bastantes medios para no dejarle una vez que caía en sus manos. Pero lo que más le importaba a la Okrana eran las propias deposiciones, porque le permitían hacer luz en el asunto, montar un proceso y liquidar legalmente la organización.

El revolucionario no tenía interés en secundar a sus enemigos en la justificación “jurídica” de la violencia que iba a sufrir. No tendría nada que ganar en ayudar al enemigo a poner la ma-

no en la organización revolucionaria. Le dejaba este cuidado al enemigo. El revolucionario caído en la prisión burguesa es un prisionero de guerra a merced de su enemigo. Por tanto, su deber es resistir todo lo que le sea posible a la violencia de que es objeto. Así, en la época zarista el partido bolchevique recomendaba a sus miembros que se abstuvieran de declarar durante los interrogatorios. Además de su experiencia en esta materia, el partido poseía la de las generaciones revolucionarias anteriores. Recordaba el testamento del eminente organizador y conspirador revolucionario de fines de la década del 70, miembro del partido *Narodnaia Volia*, Alejandro Mijailov: “Os lego, hermanos, este consejo: estableced una forma única de declaración ante los tribunales y os recomiendo que rehuséis toda explicación durante la investigación, por netas que sean las alegaciones o los informes de la policía política. Esto os ahorrará bien de faltas”.

Es preciso advertir que la negativa a declarar provocaba molestas consecuencias al militante bolchevique. No era tan fácil como parecía, era preciso aceptar valerosamente las consecuencias de esta actitud. Militar en las condiciones ilegales o semi-legales, para el militante bolchevique, era generalmente cosa muy incómoda y doblemente penosa cuando el bolchevique se dejaba detener por sus enemigos. Pero el bolchevique es un revolucionario y debe seguir siéndolo en todas las circunstancias.

Como hemos dicho más arriba, la Okrana zarista recurría a todo para arrancar informes a los revolucionarios encarcelados. Sin embargo, para obtenerlos, no siempre empleaba la manera suave ni afectaba siempre actitudes “delicadas”. Sobre todo, en las primeras fases del interrogatorio, los agentes provocadores empleaban la mansedumbre con la esperanza de hacer caer al detenido en la trampa. A causa de la larga experiencia del movimiento bolchevique, esta táctica de los provocadores comenzó a dar resultados. Los cepos atrapaban cada vez menos víctimas. Entonces era cuando mostraban su verdadera faz. Después de la revolución de 1905, los agentes de la policía política que

discutían con los bolcheviques la doctrina marxista, la táctica de bolcheviques y de los mencheviques, los problemas políticos, son cada vez más raros.

Después de la ola de pogroms que irrumpió en toda Rusia la víspera y durante la primera revolución y que estaba dirigida por el departamento de la Policía y por las Okranas locales, después de la sangrienta represión de la revolución de 1905 por el gobierno zarista, la Okrana no podía ya contar con inducir a error, con su táctica hipócrita de los interrogatorios, ni siquiera a los revolucionarios menos expertos. El sistema de Zubatov fracasó totalmente. El propio Zubatov fue revocado y expulsado de Moscú. Comenzó a descubrir su juego y el hombre implacable del movimiento revolucionario. Durante la siniestra reacción que siguió al aplastamiento de la primera revolución, los provocadores abandonaron la táctica de las “conversaciones” y de las “exhortaciones”, por la del terror. Sabiéndose vencedor, el adversario intentaba consolidar sus posiciones por el terror.

En esta época de la revolución rusa, el agente de la policía política recurre sobre todo, durante los interrogatorios, a la violencia física para arrancar informes a los revolucionarios. Se erige en sistema la tortura. Suspensión por los dedos, torsión de los brazos y de las piernas, ingurgitación de grandes cantidades de agua mezclada con petróleo, mutilación de los miembros, castigos corporales, procedimientos practicados hoy en las prisiones “democráticas” de Europa y América con los comunistas, extraído todo esto del arsenal de las torturas de la Okrana zarista. (Es sabido que muchos de los agentes de ésta, que se quedaron sin empleo después de la revolución de Octubre, han emigrado a los países limítrofes de la U.R.S.S.) Los horrores de las prisiones capitalistas modernas, que hacen gemir al mundo llamado civilizado, son, para los bolcheviques rusos, cosas vividas. Muchos bolcheviques caídos en aquella época en manos de la Okrana, conservan todavía hoy las huellas de las torturas infligidas en los calabozos zaristas.

Las torturas de los revolucionarios encarcelados revestían

formas cada vez más salvajes, porque los bolcheviques se negaban cada vez con mayor frecuencia a toda deposición.

Esta táctica estaba impuesta por la situación política de la época. Para liquidar lo más rápidamente posible el movimiento bolchevique, el gobierno del zar se consagró a llevar a los bolcheviques a los Tribunales marciales y a los de los representantes de las castas, que aplicaban los artículos que significaban la pena capital y los trabajos forzados. La deportación en virtud de los reglamentos administrativos, sin sentencia de los tribunales ordinarios a las provincias lejanas de la Siberia oriental, no daban ya los resultados deseados, ya que los bolcheviques no gustaban de eternizarse en el destierro y organizaban evasiones incluso durante el camino hacia el destierro.

El gobierno zarista estaba firmemente decidido a colocar a los bolcheviques en condiciones de que no fueran nocivos.

En estas condiciones, toda palabra imprudente pronunciada durante el interrogatorio podía causar un perjuicio irreparable no solo a la organización, sino incluso al propio interesado. Los intentos de algunos revolucionarios pusilánimes de disculparse haciendo confesión completa, no condujeron jamás al resultado deseado, no se evitaba una larga detención o los trabajos forzados.

La negativa a declarar ocasionaba a los bolcheviques sufrimientos incalculables, pero eran sufrimientos puramente corporales. Las palizas, los malos tratos y las torturas inflingidas por los verdugos, no afectaban al honor revolucionario del militante bolchevique. Al contrario la negativa a declarar bajo la amenaza de torturas denotaba valor revolucionario y desprecio hacia los enemigos de la revolución. Con su negativa a declarar durante el interrogatorio, el bolchevique que afirmaba su voluntad de sustraerse a toda participación en el “esclarecimiento” del asunto. Claro es que los agentes del gobierno zarista disponían de bastantes recursos para desembarazarse pura y simplemente de los bolcheviques desarmados caídos en sus manos, así como en nuestros días los agentes de los gobiernos capitalistas están

suficientemente provistos de medios para usar de ellos con los detestados comunistas. Pueden matarlos a tiros “por intento de fuga”, estrangularlos en la prisión, asesinarlos en la esquina de una calle. Sin embargo, el gobierno zarista, a semejanza de los gobiernos fascistas de los países capitalistas modernos, se esforzaban por arreglarles las cuentas a los bolcheviques por la vía “jurídica”, por un proceso en regla.

Los bolcheviques negaban su concurso a esta parodia de justicia. Y en el momento supremo, mientras que el bolchevique podía todavía manifestar su actividad revolucionaria, se negaba a declarar, manteniendo así en alto la bandera revolucionaria y hacía temblar de espanto, aun desarmado, a sus enemigos.

* * *

La vigilancia del bolchevique no cesaba con su detención. La Okrana utilizaba su estancia en la cárcel, e incluso su actitud, para procurarse informaciones utilizables en la instrucción. A este efecto, colocaba en la prisión sus agentes, con apariencias de revolucionarios, con los bolcheviques si ocupaban una celda común a al lado, si el bolchevique estaba en régimen celular. Se confiaba en la inexperiencia del novicio o en su imprudencia para conocer sus secretos. El agente de la Okrana trataba de captarse la confianza y la amistad del detenido con el fin de informarse sobre el asunto. A veces, después de una larga estancia en la misma celda, si el agente conocía su oficio y no despertaba sospechas con su conducta, esta maniobra tenía éxito. La necesidad de sociabilidad del revolucionario privado de libertad, le incitaban frecuentemente a la franqueza con sus co-detenidos haciéndole olvidar la necesidad de guardar el secreto hasta en la prisión. Y es que los novicios se imaginaban que el secreto era inútil una vez franqueado el umbral de la prisión. Los agentes provocadores sabían aprovechar este sentimiento. Además de las conversaciones intentaban que el detenido le diese documentos. El se encargaba de la transmisión fuera de la prisión de

cartas que se fotografiaban para unir las inmediatamente al expediente como pieza de convicción contra el bolchevique.

Pero si el bolchevique no se dejaba arrastrar a la franqueza, los provocadores se limitaban a vigilar a sus víctimas. Espiaban la conversación de los bolcheviques, anotaban los golpes por medio de los cuales los bolcheviques se comunicaban en las distintas celdas. En ambos casos se procuraban datos para informar a la Okrana.

En los casos, más frecuentes, en que el bolchevique era colocado en una celda aislada, el provocador ocupaba la celda vecina. Desde su entrada en ella, el bolchevique detenido oía golpes en el tabique (alfabeto de los encarcelados), preguntando: ¿cuál es tu nombre? ¿por qué estás aquí? ¿en qué circunstancias te han detenido? ¿quién ha sido detenido contigo? Los novicios en la acción ilegal tomaban a este “corresponsal” por un camarada y caían así en la trampa. Después, si el bolchevique no había recibido a tiempo la advertencia: “camaradas, desconfiad, fulano, celda tal, es un agente provocador”, el provocador llegaba a ganar la confianza del detenido, a encargarse de su correspondencia, de la transmisión de sus cartas al exterior.

Es preciso observar que además de los agentes de la Okrana, que no eran introducidos más que en casos excepcionales, toda la administración penitenciaria (jefes de prisión, oficiales, vigilantes) espiaban a los bolcheviques y daban parte de sus observaciones a los servicios de la policía política.

Por eso se adoptó la regla siguiente: el bolchevique debe mantener en la cárcel un secreto tan estricto como en libertad.

* * *

El bolchevique es un revolucionario. Pone por encima de todo, los intereses de la revolución, los de su clase, de su partido. Si se negaba a declarar durante el interrogatorio para ser útil así a su partido, en el curso del proceso judicial, por el contrario, hacía de la audiencia una tribuna desde lo alto de la cual denun-

ciaba a sus enemigos de clase, exponiendo a las masas el programa y la táctica de su partido. Aunque las vistas a puerta cerrada eran de rigor en los procesos políticos, aunque los jueces eran funcionarios zaristas y representantes de la nobleza y de la burguesía, y las actas de los procesos no apareciesen jamás en la prensa, los discursos de los revolucionarios eran publicados en los periódicos clandestinos y difundidos entre las masas. Estos discursos formaban un excelente material de agitación y sirvieron durante mucho tiempo para educar a generaciones de revolucionarios. En los procesos, como en los interrogatorios, los bolcheviques se inspiraban en la experiencia de las generaciones revolucionarias del pasado.

Hacia la década de 1870 a 1880, el gobierno zarista no se había decidido todavía a aplicar procedimientos simplistas para desembarazarse de los revolucionarios. La deportación por vía “administrativa” a las provincias “lejanas” o “no muy lejanas” no se puso en práctica hasta más tarde. En esta época, el gobierno zarista se esforzaba por dar a los procesos políticos la apariencia de procesos judiciales. Es conocido el abortado intento del gobierno zarista de enviar el asunto de Vera Zasulitch, que había atentado contra la vida del general Trepov, al tribunal más democrático de la Rusia zarista, la audiencia. Vera Zasulitch fue absuelta, lo que quitó las ganas al gobierno zarista de recomenzar semejantes experiencias. Los asuntos “políticos” fueron en lo sucesivo sometidos a la jurisdicción de las cortes marciales, o a los tribunales de los representantes de las órdenes, es decir, a los enemigos más determinados de trabajadores.

Para mostrar las enseñanzas sacadas por los bolcheviques de la experiencia de los revolucionarios de la década del 70, en cuanto a la táctica a seguir durante el proceso, reproducimos algunos párrafos de los discursos tan elocuentes como cáusticos de los revolucionarios de aquella época, el intelectual de origen popular Hipólito Mychkin y el tejedor Pedro Alexeiev.

Mychkin fue detenido con varios centenares de revolucionarios, por propaganda entre los campesinos, propaganda que ha-

cia el año 75, tocó numerosas regiones de Rusia. El gobierno se apoderó en diversos puntos del país de centenares de propagandistas y fabricó un proceso judicial con el fin de liquidar el movimiento revolucionario de entonces. Fueron implicadas en el proceso 193 personas (de donde tomó el nombre de proceso de los 193, con el que ha entrado en la Historia). Fue éste el primer gran proceso político cuyos participantes recibieron el bautismo revolucionario y desempeñaron como consecuencia un papel extraordinario en el movimiento revolucionario. Pero los detenidos no formaban una única organización dirigida por un centro único. Bajo la influencia de las ideas bakuninistas que dominaban entonces los espíritus, la juventud intelectual abandonaba las escuelas, el hogar doméstico, renunciaba a su vida acostumbrada para ir “al pueblo”, al campo, donde realizaba un trabajo (maestro, enfermero, obrero) que le permitiese vivir entre los campesinos hundidos desde siglos en la miseria y en la opresión y despertarlos a la conciencia política. Pero toda esta multitud de jóvenes no estaba agrupada en una organización de un movimiento ligado por la comunidad de las ideas que reinaban entre los intelectuales de la época. Hipólito Mychkin fue un portavoz elocuente de estas ideas y de la intransigencia revolucionaria con el enemigo del pueblo.

Ha transcurrido desde entonces más de medio siglo. No pocos acontecimientos de importancia mundial han sucedido desde entonces, y hoy todavía, al leer el discurso de Mychkin no se puede menos de admirar el valor revolucionario apasionado de Mychkin en el curso de este proceso. En lugar de un “detenido” se veía un temible juez estigmatizando a los “jueces” que, desde lo alto del estrado ejercían su venganza. A pesar de la encarcelada resistencia del presidente, un senador (los debates transcurrieron durante una sesión especial del Senado), que le interrumpía a cada instante, Mychkin llegó a exponer lo esencial de sus ideas.

El presidente del tribunal quería imponer a Mychkin el marco de la acusación formulada contra él, sin dejarle atacar en na-

da al gobierno zarista y establecer la situación real del país y de los campesinos: Mychkin se esforzó por vencer estos obstáculos y por informar al país de las ideas del movimiento revolucionario, por desenmascarar la política del gobierno autocrático y por esbozar un cuadro de los sufrimientos del pueblo. Se entabló una áspera batalla entre el detenido y el presidente, que debía terminar con la expulsión de Mychkin y la suspensión de la sesión.

Esta lucha comenzó desde el principio del interrogatorio de Mychkin. A la fórmula tradicional del presidente:

– Detenido Mychkin, es usted acusado de haber participado en una sociedad secreta ilegal cuyo fin era derribar y modificar, un porvenir más o menos próximo, el régimen político del país.

Mychkin respondió:

– Confieso haber sido miembro no de una sociedad ilegal, sino del partido social–revolucionario.

Y prosiguió:

– Nosotros formamos una parcela del gran partido social–revolucionario tan numeroso en estos momentos en Rusia, si se entiende con esta palabra la multitud de gentes que comparten nuestras convicciones, en sus grandes líneas si no en sus detalles, gentes entre las cuales existe una ligazón interna, bastante real sin embargo, determinada por la unidad del objetivo y por la más o menos grande uniformidad de los medios de la acción práctica.

Enseguida, Mychkin, venciendo la resistencia del presidente que le interrumpía a cada palabra y trataba de mantenerle en el marco de la acusación, describe la desgracia del pueblo, su explotación, su opresión política, la historia de los movimientos populares y se consagró a probar que el programa y la táctica del “Partido social–revolucionario” responden enteramente a las aspiraciones y a las necesidades del pueblo.

Según la costumbre establecida, la requisitoria imputaba a los detenidos: ataque a la religión, negación de la ciencia. Mychkin repudió con indignación estas acusaciones:

– En el ideal social cuya realización constituye el objeto de mi actividad –declaró– no hay sitio ya para los castigos por difusión de ideas, por nocivas que sean, incluso las ideas religiosas, por conversión a la herejía, por observación o inobservación de los ritos prescritos por tal o cual confesión, etc. En una palabra, no hay sitio para la violencia contra el pensamiento o la conciencia individual. Según nuestra concepción, no debe haber fuerza que obligue, bajo amenaza de castigo, a mentir y hacer el hipócrita.

El presidente declaró: “En este momento, como antes, nada os obliga a mentir ni hacer el hipócrita. Absténgase de semejantes insinuaciones.” Mychkin respondió:

– Según nuestras leyes en vigor, no puedo, so pena de ser tratado como criminal de derecho común, abjurar la ortodoxia por otra religión, por consecuencia la ley me obliga a la hipocresía.

El presidente no halló nada mejor que declarar al detenido que no tenía derecho a criticar las leyes existentes.

De la actitud cada vez más furiosa del presidente, que detenía a Mychkin a cada frase, se desprendía claramente que era inútil continuar. Todo lo que tenía que decir lo había dicho ya. Se dieron clara cuenta de esto cuando Mychkin hizo una declaración respecto a las torturas de que le hicieron víctima durante el interrogatorio. El presidente calificó esta declaración desnuda de todo fundamento y cuando Mychkin alegó sus declaraciones escritas al procurador el presidente respondió que esto era de la incumbencia del estrado que no está sometido a la jurisdicción del tribunal. Entonces Mychkin pronunció su último discurso que el gendarme no le dejó terminar. He aquí este discurso:

Después de las numerosas interrupciones con que he sido honrado por el señor presidente, no me queda más que hacer una declaración que será probablemente la última. Hoy he adquirido definitivamente la convicción de que mis camaradas tenían razón de negarse por anticipado a toda explicación al tribunal, en la idea de que a despecho de la ausencia de publicidad

de los debates no se nos dejaría hacer toda la luz sobre el verdadero carácter del asunto. Ahora es evidente para todos, que a cada palabra sincera se le cierra aquí la boca al detenido. Ahora puedo, tengo perfecto derecho a afirmar que esto no es una justicia, sino una comedia, incluso algo de peor, de más repugnante, de más vergonzoso... de llegar a estas palabras los gendarmes se apoderaron de Mychkin, cerrándole violentamente la boca, pero él logró terminar con voz ahogada) que una casa de citas. Allí las mujeres, empujadas por la miseria, venden su cuerpo, aquí, jueces hundidos en la ignominia, en el servilismo, movidos por el cebo de los ascensores y de más altos salarios, venden la vida de otro prostituyendo la verdad y la justicia, lo que hay de más sagrado para la humanidad.

Mychkin fue retirado a viva fuerza; estalló un escándalo en las tribunas y la sala fue evacuada.

El discurso del tejedor Fierre Alexeiev, pronunciado en 1877 (proceso de los 50) está impregnado de conciencia de clase. Ya no es el intelectual que “va al pueblo” para incitar a la revuelta, ni el justiciero de los sufrimientos del pueblo, sino un auténtico proletario que ha despertado y comprendido los intereses y las tareas de su clase. Su instinto de clase prepondera sobre los dogmas populistas en los que había sido iniciado entre las amistades de Sofia Bardina y en el curso del proceso se vio, por primera vez en la historia del movimiento revolucionario, erguirse un proletario consciente de los intereses de su clase, que pagó con su persona para conocer todos los horrores de la desmesurada exploración del capitalismo ruso y de la opresión política del zarismo. En el tribunal, frente a los jueces del zar se levantaba, no un obrero embrutecido por la explotación, sino un proletario revolucionario que presentaba a sus enemigos de clase cuentas a liquidar.

Describía en términos de una simplicidad conmovedora la situación del obrero. Diecisiete horas de trabajo diarios, salario diario de 40 copecs, de los que se descontaban multas por cualquier futilidad. Por otra parte, el embrutecimiento moral de los

obreros, las humillaciones que les inflingían los explotadores que les trataban como bestias de carga. Declaró:

– En las condiciones actuales los obreros están colocados en la imposibilidad de satisfacer sus necesidades más elementales.

¿Es que tenemos ocasión de instruirnos? ¿Es que se nos da, a nosotros, pobres, alguna instrucción en nuestra infancia? Nos faltan libros útiles y accesibles para el obrero. ¿Dónde podemos aprender? Examinad la literatura popular rusa. Nada más desconazonador que los libros que se editan para uso del pueblo. Libros como Bova Korolevitch, Yeruslan Lazarevitch, Vanka Kain. El novio en la tinta y la novia en la sopa de colores, etcétera⁴⁴. Por eso en el pueblo obrero se han formado extrañas concepciones sobre la lectura: “Los libros son divertidos o piadosos”. Esta es la realidad. Y el gobierno se equivoca creyendo que los obreros no se dan cuenta.

¿No vemos que a nuestro alrededor todos se enriquecen y se divierten a costa nuestra? ¿Somos tan bestias para no comprender por qué estamos tan mal pagados y dónde va el fruto de nuestras penas? Unos viven sin trabajar en la opulencia y en la riqueza. El pueblo obrero, aunque dejado en el estado primitivo y privado de toda instrucción, mira todo esto como un mal pasajero, y, al gobierno, como el poder político transitoriamente usurpado por la fuerza.

¿Cuál es la salida de la situación? Fierre Alexeiev estima que ante todo es preciso derribar la autocracia que hace causa común con los capitalistas. Este pensamiento de Fierre Alexeiev fue una audaz innovación en una época dominada por el bakunismo que rechazaba como inútil la lucha por la libertad política y predicaba la revolución social.

– El pueblo trabajador de Rusia –terminaba en su discurso– no tiene que contar más que con sus propias fuerzas. No espera ayuda de nadie, excepto de la juventud intelectual... (El presidente exclama: “Cállese”. Pierre Alexeiev levanta la voz) y el

yugo del despotismo protegido por las bayonetas de los soldados será destrozado.

Según el abogado que asistió al detenido, el discurso de Pierre Alexeiev produjo en el público y hasta en los guardianes del acusado, una impresión tan fuerte, que casi todo el mundo se quedó estupefacto. “Si Pedro Alexeiev –dice el abogado– se hubiera dirigido hacia la salida, nadie le hubiera detenido, todo el mundo había perdido la cabeza”.

El discurso de Pedro Alexeiev fue difundido durante decenas de años en millares de ejemplares como el mejor folleto de agitación.

Los bolcheviques han heredado de los revolucionarios del 70 el valor y la intransigencia revolucionaria. Durante los procesos, los bolcheviques atacaban en lugar de “justificarse”. Pero ellos también innovaron en relación con la situación política que se hizo más compleja en Rusia hacia el 1900. No bastaba flagelear en los tribunales el régimen gubernamental y la explotación del capitalismo en Rusia. Era preciso exponer en público el programa y la táctica de los otros partidos revolucionarios clandestinos. Las requisitorias y los discursos de los procuradores confundían todos los partidos a los que aplicaban un mismo artículo de código penal afirmando que “tienden al derrumbamiento, en un porvenir más o menos próximo, del régimen existente”. Para el procurador, bolcheviques, socialistas revolucionarios, mencheviques, eran todos “criminales” de la misma especie más o menos peligrosa. La diferencia era en cierto modo cuantitativa. Esto complicaba sensiblemente la tarea del bolchevique durante el proceso. Su alegato tomaba el carácter de un discurso político en el que debía enunciar claramente el programa, la táctica y los objetivos políticos corrientes del partido. Lo que se le pedía al bolchevique durante el proceso no eran discursos elocuentes, sino un cuadro sobrio y preciso de las tendencias del partido.

Es este el rasgo esencial que caracteriza a los bolcheviques, en los que esta particularidad resalta con más relieve en vispe-

⁴⁴ Cuentos populares de una futilidad desconcertante.

ras de la primera revolución. Como ejemplo adecuado, vamos a reproducir algunos párrafos de dos discursos: uno de León Goldmann, afiliado al grupo *Iskra* e implicado en el asunto de la imprenta clandestina de Kichinev; el otro de Bogdad Knu-nianz, pronunciando en el proceso del Comité de Moscú del partido bolchevique (1904).

En 1901 los agentes de la Okrana descubrieron en Kichinev la imprenta clandestina del grupo socialdemócrata *Iskra*, cuya ala izquierda debía más adelante dar nacimiento el partido bolchevique. La policía se apoderó en la imprenta de un grupo de militantes socialdemócratas que tenían al frente a León Goldmann. Después de una investigación judicial de dos años, durante la cual los Tenidos fueron sometidos al régimen celular, el asunto llegó por fin a los tribunales. Los debates tuvieron lugar a puerta cerrada.

Conforme al uso establecido, la requisitoria identificaba el “crimen” con un “motín contra el poder supremo” y consideraba desde este punto de vista las obras literarias incautadas durante el registro de la imprenta. Los incapaces agentes del incapaz gobierno zarista, se preocupaban menos de analizar el movimiento revolucionario, que de aplicar el asunto determinado tal o cual artículo de la ley pronunciando la fecha de un largo encarcelamiento o la deportación a Siberia oriental. Claro está que entonces todo el movimiento revolucionario de Rusia revestía, en la interpretación del procurador, un color único, admitiendo algunos ligeros matices, determinado no por el carácter de tal o cual partido revolucionario, sino por el grado de “culpabilidad” de los revolucionarios sentados en el banquillo de los acusados, a veces detenidos al azar. En estas condiciones, la tarea del militante socialdemócrata, más tarde del bolchevique, era volver a colocar el asunto en el tribunal sobre el terreno de los principios y dar a conocer al país el verdadero carácter de su partido, formular su programa y su política. En resumen, el bolchevique ante la justicia debía hacer lo que hacía en la vida real: propagar las ideas y el programa de su partido y llamar a las ma-

sas a combatir por las reivindicaciones inscritas en su bandera.

Es en este punto de vista en el que se colocó en su discurso, León Goldmann.

– Confieso –declara– haber participado en los trabajos de la imprenta clandestina de Kichinev que imprimía obras socialdemócratas. Pero me ha sorprendido extraordinariamente saber por la requisitoria, que estaba acusado de “excitación a la rebelión”. Rechazo categóricamente esta acusación. La socialdemocracia no tiene nada de común con el motín. Soy socialdemócrata y afiliado al Partido socialdemócrata obrero de Rusia.

León Goldmann abordó enseguida la exposición del programa y de los objetivos del partido.

Es preciso advertir que la posición de León Goldmann ante la justicia, era más favorable que la de nuestros predecesores de los años 70 y 80. En esta época, el ala revolucionaria de la socialdemocracia agrupada alrededor de la *Iskra* donde Lenin desempeñaba un papel dirigente, triunfaba en la lucha contra los elementos oportunistas (“economismo”) en el seno de la socialdemocracia. En esta lucha se forjaron los elementos esenciales del programa y de la táctica de la socialdemocracia revolucionaria. Paralelamente a este proceso interior, tenía lugar un proceso *exterior*. El partido se separaba del neo-populismo (partido socialista revolucionario) y del movimiento liberal, lo que requería una viva lucha sostenida de frente por el grupo *Iskra*, con Lenin a la cabeza. En el curso de esta lucha entablada en varios frentes, la socialdemocracia revolucionaria elaboró su cuerpo de doctrina y creó la corriente llamada a ser más tarde el bolchevismo.

L. Goldmann estaba suficientemente documentado para tomar la palabra en el proceso. Tenía la posibilidad de mostrar en toda su amplitud el programa de la *Iskra*, de probar que no se trataba de “un motín”, sino de la *revolución* cuya hegemonía pertenece al proletariado dirigido por la socialdemocracia.

El discurso de L. Goldmann ofrece otro aspecto que le diferencia de los discursos de nuestros predecesores en los procesos

políticos. Era el revolucionario de la época de la aurora de la revolución en marcha.

Goldmann declaró:

– Se nos arroja al banquillo de los acusados; pero nosotros no somos criminales, somos prisioneros de guerra, el gobierno lo prueba con toda su amplitud hacia nosotros. El gobierno nos ha arrancado al ejército revolucionario activo y al entregarnos al tribunal, después de una detención preventiva de dos años, trata de hacernos cargar con la responsabilidad del incendio revolucionario que ha abrazado toda Rusia. Pero, ¿cuál es la verdad? Al publicar manifiestos y folletos en la imprenta clandestina que creamos, queríamos así protestar contra el silencio forzoso al que el gobierno ha condenado al país; íbamos así ante una necesidad acumulada desde hace tiempo en el pueblo, la de la palabra libre que se hace sentir tan vivamente en las capas más amplias del pueblo y de la sociedad. Y si, desde el punto de vista del gobierno autocrático, hemos cometido un crimen, la responsabilidad no nos incumbe a nosotros solos, sino a una enorme porción de la población de Rusia cuya voluntad hemos ejecutado. Pero todo un pueblo no puede cometer un crimen.

La voluntad del pueblo es una ley. Y cuando un gobierno quiere juzgar al pueblo, quiere decir que ha sonado la hora de que el pueblo debe poner a su gobierno en el banquillo de los acusados. Al declarar a casi toda Rusia en estado de redoblada vigilancia, el gobierno ha proclamado con ello sospechosos a todos sus ciudadanos en el aspecto político. Y todos los sospechosos, es decir, todos aquellos en quienes la sumisión servil ha dejado el sitio al sentimiento del deber ciudadano, deben adherirse al movimiento revolucionario y ganar las filas de los combatientes por la liberación de Rusia del yugo de la autocracia que edifica su bienestar sobre torrentes de sangre del pueblo. Esto es lo que yo he hecho como ciudadano leal de mi patria, he abrazado la causa de este ejército de combatientes. A esta causa sagrada le he dado todas mis fuerzas y todas mis facultades.

* * *

Solamente el portavoz de un partido para el que las vías y las perspectivas de la revolución estaban claramente trazadas, de un partido que conducía a las masas a la lucha y a la victoria, podía tener ese lenguaje.

El discurso, notable de sobriedad y de penetración, del bolchevique Bogdan Knunianz es un síntoma de la revolución ascendente.

El proceso tuvo lugar el 30 de marzo, viejo estilo, es decir, después de los acontecimientos del 9 de enero.

A Bogdan Knunianz se le halló encima al ser detenido el manuscrito de un manifiesto firmado: “El Comité de Moscú del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia”. Era este el único cargo jurídico levantado contra él. Si Bogdan Knunianz se hubiera colocado en el punto de vista de su defensa judicial, no le hubiera costado mucho, teniendo en cuenta la fragilidad de las “pruebas”, reducir a la nada la incriminación de afiliación al Comité de Moscú y de hacerse absolver. Hay que tener en cuenta el desconcierto que se había apoderado de los agentes del gobierno zarista después del 9 de enero. Pero no emprendió este camino. Revolucionario y bolchevique, había decidido utilizar la sala de audiencias para la causa de su partido.

Cuando el presidente del tribunal dio lectura al decreto del ministro de Justicia ordenando la celebración a puerta cerrada y hubo respondido con la negativa a la pregunta de Knunianz: “¿Puede el Tribunal prescindir de ese decreto”, Bogdan Knunianz hizo la siguiente declaración:

– La celebración a puerta cerrada hace imposible el control de la opinión pública, único juez en el litigio entre los revolucionarios y el gobierno, estimo inútil mi participación en los debates judiciales y advierto que no responderé a las preguntas. Me reservo el derecho de pronunciar la última palabra, creyendo un deber mío revolucionario aprovechar todas las ocasiones

que se presenten para propagar mis ideas.

La experiencia del movimiento revolucionario no dejó de ejercer su influencia sobre los fiscales del zar. En el proceso de Bogdan Knunianz, el fiscal pronunció una requisitoria mejor o peor construida. Definió la fisonomía política del Partido obrero socialdemócrata de Rusia, mostró su carácter internacional, la analogía de su programa y de sus concepciones teóricas con las de los partidos socialistas de Occidente, sus objetivos socialistas que está llamada a realizar la revolución social. Pero la socialdemocracia rusa, a diferencia de la socialdemocracia occidental que se entrega a la agitación y a la propaganda pacífica de sus ideas, invita, según el fiscal, a los obreros a multiplicar los motines y las violencias de masa. Para el fiscal, esto es la reanudación del movimiento sedicioso de Pugatchev⁴⁵.

En su análisis de las características de la socialdemocracia hecho por el fiscal, Knunianz declaró:

– Él (el fiscal) tenía perfecta razón al decir que nuestro programa y el conjunto de nuestras concepciones teóricas tenían un carácter internacional y que tienen sus orígenes en los fundadores del socialismo internacional Marx y Engels. Ha indicado acertadamente nuestro objetivo principal, el socialismo, y el único camino de su realización, la revolución social a la que conduce, según nuestra evolución económica. Tenemos la certidumbre de que ni las reformas especiales ni los mejoramientos parciales conducirán en el régimen burgués al proletariado al socialismo, sino una lucha sin piedad contra las bases de ese régimen, la propiedad de los medios de producción y que únicamente el paso de estos últimos a manos de la colectividad pondrá un término a la explotación de unas capas sociales por otras. La dictadura del proletariado, la toma del poder político por la clase obrera es la condición indispensable de esto.

⁴⁵ Pugatchev, célebre insurrecto ruso del siglo XVII, tomó la cabeza de un basto movimiento popular dirigido contra los señores de la autocracia. Decapitado en 1775. (*N. del E.*)

En los momentos en que tenían lugar los debates del asunto Knunianz, hervía desbordante la vida política en Rusia. El fracaso del zarismo en la guerra ruso-japonesa, el recrudescimiento del movimiento campesino, la intensificación del movimiento liberal burgués, todo esto había desmoralizado al gobierno Burocrático a quien se le escapaba el terreno bajo los pies. El zarismo tenía quebrantada su seguridad de antaño. La revolución se aproximaba al monstruo que iba a estrangular.

El discurso de Knunianz esbozó un deslumbrante y fiel cuadro de la época.

– El señor fiscal –declaró– insiste con un celo especial en las últimas líneas del manifiesto, que contiene llamamientos y esta exclamación: ¡abajo la autocracia! Pero, ¿existe en nuestro país un hombre honrado que no se dé cuenta de que sólo la abolición de la autocracia es susceptible de sacar a nuestro país del callejón a que la ha conducido la política rapaz de la burguesía y de imprimir un impulso al desenvolvimiento de las fuerzas culturales? Después de la heroica acción del proletariado de Petersburgo, después de las huelgas revolucionarias que se han desencadenado en todo el país, después de la unánime huelga de protesta de los estudiantes de todas las grandes escuelas del país, después de las conmociones incesantes, y, en fin, después del movimiento que ha afectado a capas sociales hasta ahora inertes, no es un secreto para nadie que la autocracia toca a su fin. En uno o dos meses, la temible ola de la revolución popular barrerá definitivamente esta supervivencia de nuestro pasado bárbaro. Y entonces, señores jueces, ¿no es un contrasentido este proceso? Si fuesen ustedes consecuentes con ustedes mismos, hubieran debido colocar en el banquillo de los acusados a todo el pueblo ruso. Pero entonces, ¿quién sabe quién sería el juez y quién el acusado?

Nuestra justicia no tiene la certeza de que sus sentencias son ejecutables y de que todo su trabajo no es una pura pérdida de tiempo. Tomemos por ejemplo el proceso actual. Según los artículos 126 y 129 que el fiscal aplica a mi caso, debo ser casti-

gado con ocho años de trabajos forzados o la deportación perpetua a Siberia. Pero ¿no es ridículo, señores jueces, hablar hoy de semejantes penas? ¿Hay entre ustedes alguno que piense seriamente que la autocracia se mantendrá, no digo ocho años, sino uno o dos? ¿No hace falta ser un matalas callando para reclamar la deportación perpetua cuando nadie de entre ustedes tiene la certeza del mañana? Toda Rusia es presa de una hirviente efervescencia. De un día al otro no quedará piedra sobre piedra, ni del antiguo gobierno ni de todo este fárrago de sentencias y veredictos judiciales y los que habéis arrojado hoy sobre el banquillo de los acusados, serán entonces los más activos militantes de la joven Rusia. ¿Cómo pueden ustedes entonces, señores jueces, perder el tiempo en tomar resoluciones de papel?

Los jueces comprendieron probablemente todo lo ridículo de su situación. A pesar de su ardiente y audaz discurso, Knuniaz no fue condenado más que a cuatro meses de prisión.

* * *

Nos quedan ahora que decir algunas palabras sobre el papel de los defensores durante los procesos de los bolcheviques.

Puesto que el bolchevique en lugar de defenderse atacaba, ¿para qué servía entonces el defensor? ¿No hay en esto una incongruencia?

El defensor era muy útil en los procesos políticos. Primero, por su mediación el revolucionario detenido, aislado durante mucho tiempo del mundo exterior, podía reanudar el contacto con la calle y con los representantes del partido. Los defensores que simpatizaban con el movimiento revolucionario, se prestaban a esto de buen grado. Este contacto se facilitaba por el hecho de que el defensor tenía, tanto en la prisión como durante el proceso, un acceso relativamente libre cerca del detenido, con el cual podía hablar sin testigos. Los que han estado en régimen celular saben toda la importancia del contacto del detenido con el mundo exterior. Esto sostenía el valor del compañero arran-

cado al medio revolucionario activo, le permitía a veces participar desde la prisión en el movimiento por la correspondencia y por la acción literaria. A veces le era necesario al preso para preparar su evasión.

En segundo lugar, le importaba al revolucionario, arrojado al banquillo de los acusados y contra el cual el gobierno iba a ensañarse a favor de las audiencias secretas, tener un hombre que tuviese el derecho de intervenir en el curso del proceso, que pudiese tomar la palabra y obligar a los jueces a conformarse al procedimiento cuyos reglamentos dictados por el gobierno eran sistemáticamente violados por sus agentes judiciales cuando se trataba de revolucionarios. Estos reglamentos, desconocidos la mayor parte de las veces del detenido, eran susceptibles de revelar más fácilmente los crímenes del zarismo y de definir la fisonomía de propio partido.

Y, en fin, a causa de la falta de control público en el tribunal, los debates de los asuntos políticos transcurrían a puertas cerradas, el defensor era en cierto modo el representante de la sociedad y quien llevaba inmediatamente a conocimiento de esta última todo lo que había ocurrido durante los debates. El gobierno no lograba así disimular la verdad a la sociedad, ocultar los misterios de sus calabozos judiciales, ni todas las circunstancias y los detalles del proceso. Gracias al defensor todo esto se hacía público.

Sin embargo, al invitar a un defensor, el bolchevique le ponía una serie de condiciones restrictivas.

El defensor debía tratar únicamente el aspecto jurídico de la cuestión. No debía consagrarse a la defensa política de su cliente ni analizar las concepciones del partido bolchevique para disculpar a su cliente y dulcificar su pena. Su tarea era más modesta. Durante la investigación judicial, debía atenuar jurídicamente los cargos, desmentir las declaraciones de los policías y de los confidentes y mostrar la fragilidad de la documentación judicial. En su alegato debía dar una apreciación jurídica del asunto y minar los argumentos adversos en el aspecto jurídico. Cla-

ro es que su discurso tenía por objeto no solamente comprometer jurídicamente al tribunal, sino también obtener con una firme argumentación jurídica la absolución o la reducción al mínimo de la pena.

En cuanto al lado político del asunto, el cliente concedía al defensor el derecho de esbozar en su alegato el cuadro de la situación política general del país sobre cuyo fondo pudo surgir el proceso, sin entrar en los detalles de las concepciones del partido bolchevique. El bolchevique no podía dar mandato a un defensor sin partido o que perteneciese a otro partido, de hablar en nombre del partido bolchevique. Esta tarea era asumida por el detenido bolchevique.

Las reservas impuestas al papel del defensor político se desprenden con una claridad y una precisión suficientes en la respuesta de Lenin⁴⁶ a la camarada Stassova y a los bolcheviques encarcelados, a su demanda de instrucciones sobre la actitud que debían guardar en los interrogatorios y en los tribunales.

⁴⁶ Damos a continuación, como epílogo, la carta de Lenin a Stassova.

Carta a H. D. Stassova y a los encarcelados de Moscú

Queridos amigos. He recibido vuestra pregunta acerca de la táctica a seguir ante los tribunales, por una carta de Absoluto⁴⁷ y por un billete que me ha “transmitido literalmente” un desconocido. Absoluto expone dos puntos de vista. En el billete se trata de tres puntos. Tal vez se tienen en cuenta los tres matices siguientes, que me esfuerzo por restablecer. 1. Negar el derecho del tribunal y boicotearle. 2. Negar el derecho del tribunal y no participar en la instrucción. No tomar abogado más que con la condición de que hable exclusivamente de la incompetencia del tribunal desde el punto de vista del derecho abstracto, hacer en el discurso final su *profesión de fe* y exigir el juicio por jurados. 3. Sobre el discurso final. Usar del tribunal como de una posi-

⁴⁷ La copia de esta carta manuscrita lleva ese título. Absoluto era uno de los pseudónimos de la militante del partido Elena Dmitrievna Stassova. Tres camaradas son nombrados al fin de la carta. Son Kurtz (F. V. Lengnik), Rubén (S. M. Knunianz) y N. E. Bauman. Estos militares del Secretario del Norte del Comité Central habían sido detenidos en Junio de 1904. El 20 de Junio de 1904 una nueva ley había introducido modificaciones al procedimiento judicial aplicado a los criminales políticos. La nueva ley sustituía en un cierto número de casos el procedimiento judicial por las medidas administrativas. Era preciso entonces revisar la táctica de los socialdemócratas ante los Jueces. (*N. de la R.*)

bilidad de agitación y participar con este fin en la instrucción con el concurso de un abogado. Mostrar la ilegalidad del tribunal y llamar incluso testigos (establecer coartadas, etc.).

Otra cuestión ¿es preciso afirmar únicamente sus ideas socialdemócratas o declararse miembro del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia?

Me escribís que haría falta un folleto sobre estas cuestiones. Yo no creería cómodo publicar inmediatamente, cuando todavía no tenemos indicaciones de la experiencia, un folleto. Tal vez tratemos con cualquier motivo de alguna manera este problema en el periódico ¿No nos podría dar algunos de los encarcelados un pequeño artículo (de 5 a 8.000 letras) Esta sería sin duda la mejor manera de abrir el debate.

En cuanto a mí, todavía no tengo opinión bien determinada y preferiría, antes de expresarme firmemente, hablar un poco más largamente con los camaradas encarcelados y con camaradas que hubieran sido ya juzgados. Para entablar esta conversación, yo expondría mis reflexiones. Muchas cosas dependen, a mi juicio, *de la naturaleza* del tribunal. En otros términos, ¿se podrá o no servirse de él para la agitación? En el primer caso, la táctica número 1 no es aplicable; en el segundo, es oportuna, pero solamente después de una abierta protesta, determinada, enérgica y de una declaración. Si hay medio de servirse del tribunal para la agitación, es deseable la táctica N° 3. Las profesiones de fe son en general muy deseables, muy útiles, a mi juicio y en la mayor parte de los casos tendrían la posibilidad de desempeñar un papel en la agitación.

Los socialdemócratas deberían, sobre todo al comienzo de la utilización de los tribunales por el gobierno, de tomar la palabra y exponer su programa y su táctica. Se dice que es incómodo reconocerse miembro del partido y sobre todo de la organización, que vale más limitarse a declarar convicciones socialdemócratas. Me parece que hay que descartar en nuestros discursos las cuestiones de organización, declarar en otros términos que se abstendrá, por razones bien comprensibles, de tratar de las rela-

ciones de organización, pero que es socialdemócrata y que se hablará de *nuestro* partido. Esta manera de proceder tendría dos ventajas: primero, sería neta y francamente precisado que no se puede hablar de cuestiones de organización (se pertenece a una organización, a cual, etc.) y después que se habla de *nuestro* partido. Esto es necesario para que los discursos socialdemócratas ante los tribunales, sean discursos y declaraciones del partido, para que el partido se aproveche de la agitación. En otros términos: mis relaciones de organización me abstendré de examinarlas, me las callo, me guardo de hablar formalmente en nombre de una organización, pero, como socialdemócrata, les hablo de *nuestro* partido y les ruego que consideren mis declaraciones como un intento de exponer precisamente las opiniones socialdemócratas que han sido defendidas en todas nuestras publicaciones socialdemócratas, es decir, en nuestros folletos, en nuestros manifiestos y nuestros periódicos.

La cuestión del abogado. Los abogados deben ser inflexiblemente controlados, colocados bajo los rigores del estado de sitio, porque esta canalla de intelectuales juega frecuentemente bromas pesadas. Declararles por anticipado: Si te permites, viejo cochino, la menor inconveniencia o *caer en el oportunismo político* (hablar *de la violencia por los socialdemócratas*, del carácter pacífico de su enseñanza y del movimiento, etc., o de algo por este estilo) te interrumpiré inmediatamente en público, yo, el acusado, te trataré de miserable, declararé rechazar tu defensa, etc. Poner estas amenazas en ejecución. No tomar más que abogados inteligentes, no necesitamos otros. Declararles de antemano: límitese exclusivamente a criticar, a desconcertar a los testigos y al juez sobre la verificación de los hechos y la estructura de la acusación, límitese exclusivamente a desacreditar los aspectos del tribunal. Incluso un abogado liberal e inteligente es archi-inclinado a hablar del carácter pacífico del movimiento socialdemócrata cuyo papel cultural ha sido reconocido por hombres como A. D. Wagner, etcétera, o *a hacer alusión a esto*.

Toda tentativa de este género debe ser ahogada en el huevo. Los juristas son las gentes más reaccionarias, creo que decía Bebel. Ocupa tu sitio, amigo mío. No seas más que jurista, pon en ridículo a los testigos de la acusación y al fiscal, todo lo más opón este tribunal al jurado de los países libres, pero no toques las convicciones del acusado, pero ten mucho cuidado de no decir lo que piensas de él o de sus actos. Porque, como un pequeño liberal que eres, comprendes tan poco de estas convicciones que no podrías hacer su elogio sin decir tonterías. Claro es que se puede exponer todo esto al abogado sin la menor grosería, suavemente, flexiblemente, prudentemente, con fingidas concesiones. Pero lo mejor es, sin embargo, temer a los abogados y no creerlos, *sobre todo*, si se presentan como socialdemócratas y miembros de vuestro partido en virtud del artículo I de los estatutos!!!

La cuestión de la participación en la instrucción esta, me parece, solucionada con la del abogado. Tomar un abogado es participar en la instrucción. ¿Por qué no participar en ella para atrapar a los testigos y hacer agitación contra el tribunal? Claro es que se debe ser muy circunspecto para que no parezca que uno se justifica de manera inoportuna. No vale la pena insistir en esto. Lo mejor es declarar inmediatamente, incluso *antes* de la instrucción, en respuesta a las primeras preguntas del presidente. Soy socialdemócrata y diré en mi discurso lo que esto significa. La decisión concreta sobre la participación en los debates, depende enteramente de las circunstancias siguientes: supongamos que la acusación logra confundir a los acusados, que los testigos dicen la verdad, que todo está probado por documentos incontestables. Tal vez entonces no es preciso participar en los debates y habría que concentrar toda la atención en la exposición de principios. Si, por el contrario, los hechos son contestables, los testimonios de la policía confusos y embusteros, sería sin duda una equivocación privarse de la ocasión de hacer alguna agitación contra el tribunal. Esto depende también de los acusados, si están muy fatigados, enfermos, cansados, si no hay

entre ellos hombres tenaces acostumbrados a las justas verbales y a hacer frente a los jueces, puede ser racional renunciar a la participación en los debates, declararlo y consagrar toda la atención a la exposición de principios que conviene preparar por anticipado. En todo caso, la exposición de principios, del programa y de la táctica de la socialdemocracia en el movimiento obrero, los fines socialistas y la insurrección es lo que más importa.

Repito, para concluir, una vez más: mis reflexiones anticipadas que acabo de exponer no deben de ningún modo ser consideradas como un intento de solución del problema. Es preciso esperar a que la experiencia nos haya ilustrado un poco. Y, en la elaboración de esta experiencia, los camaradas tendrán frecuentemente que inspirarse de las circunstancias concretas y *del instinto del revolucionario*.

Saludos, muchos saludos a Kurtz, Rubén, Bauman y a todos los amigos. No os desalentéis. Nuestros asuntos marchan bien. Por fin hemos roto con los que armaban escándalo. Hemos roto con la táctica de las retiradas. Ahora tomamos la ofensiva. Los comités de Rusia empiezan también a romper con los desorganizadores. Hemos logrado poner en pie un periódico. Tenemos prácticamente nuestro centro (secretariado). Han aparecido dos números del periódico, el tercero aparece en estos días. Esperamos aparecer semanalmente. Os deseo salud y valor. Nos volveremos a ver seguramente y tendremos ocasión de batallar en condiciones mejores que las de las mezquinas ruindades de aquí y las bajas querellas como los congresos de la Liga!

ALGUNOS TIPOS DE CONFIDENTES⁴⁸

El confidente número uno: Kaplinski

Atemorizado por el vasto desarrollo del movimiento obrero ruso en los años de 1900, el gobierno zarista se dedicó a buscar los medios susceptibles de desviar de las bellezas de la autocracia, la atención de las masas obreras despiertas para la lucha política.

Los métodos progromistas predilectos, que tendían a levantar las nacionalidades una contra otra, resultaron insuficientes, y como era preciso hallar medios complementarios, se vio aparecer la figura del famoso agente de la policía zarista Zubatov, con su teoría del socialismo policíaco, sus intentos de hacer desviar el movimiento obrero revolucionario por la vía de la legalidad, por el camino de la pseudo-lucha de las reivindicaciones económicas, por irrisorios aumentos de salarios.

⁴⁸ Al presentar en este breve folleto un grupo de provocadores que se filtran en tiempo del zarismo en los medios bolcheviques, no nos proponemos analizar con todo detalle cómo tal o cual provocador pudo “llegar a serlo”.

Nuestra tarea, mucho más modesta, se limita a describir la fisonomía, el género de vida, la manera de ser de los confidentes con los que el autor tuvo

De 1900 a 1902, Zubatov instala en Petersburgo, Moscú, Jarkov, Odesa, etc., sociedades obreras legales, subvencionadas con los fondos especiales del departamento de policía. En las reuniones de estas sociedades “zubatovistas”, vienen a predicar no solamente los curas, sino también profesores economistas burgueses, que demuestran a los obreros reunidos, con argumentos científicos, la sensatez, el carácter inquebrantable, eterno, del régimen capitalista.

Al mismo tiempo que atiborraba el cráneo del obrero más inculto con su socialismo policíaco, Zubatov, además de los procedimientos de intimidación de que usaba habitualmente con los detenidos políticos más timoratos, resuelve aplicarlos un nuevo “tratamiento caritativo”. Comenzó a visitarlos personalmente en sus celdas, les llevó libros, incluso hasta el primer tomo de “El Capital” de Marx.

Durante sus visitas a las cárceles, así como en los interrogatorios a que procedía en su casa, en su despacho personal, no en las oficinas de la prisión, ofrecía al detenido aromático, café, té, bizcochos de chocolate y cigarros, Zubatov provocaba a los de-

personalmente que tratar en diversos momentos de sus largos años de trabajo ilegal en el Partido, durante el régimen zarista.

La literatura proletaria de los países capitalistas nos ofrece muy pocas páginas consagradas al estudio de la provocación, esta arma terrible, envenenada, de la que se sirve el enemigo y a la cual recurren cada vez más los gobiernos burgueses de todos los países y sus agencias, los partidos políticos, desde los fascistas francos hasta los socialdemócratas, a medida que se hace más tangible el “espectro del comunismo”, que aterroriza no solamente a Europa, sino, como es bien notorio, al mundo entero.

Es absolutamente evidente que la primera condición del éxito en la lucha, es conocer al enemigo, los métodos que emplea para sembrar la desorganización en nuestras filas, conocer las armas de que se sirve.

Por mes que no sea posible arrancar el arma de la provocación de las manos del enemigo de clase, hasta el día en que haya sido definitivamente vencido, se puede sin embargo, a condición de estar constantemente en guardia, debilitar en el curso de la lucha, el efecto de esta arma mortífera. Por eso cada página destinada a arrancar la máscara de que se cubría y se cubre el provocador de mil caras, agente vil del enemigo de clase, es de una grande utilidad.- (N. del R.)

tenidos revolucionarios a discusiones de principio sobre los destinos de la revolución rusa, empeñándose en demostrarles la utilidad saludable de sus sociedades obreras, etc.

En esta discusión, los menos avisados se dejaban prender en el anzuelo, se comprometían a sí mismos y a sus camaradas, después de lo cual Zubatov, los reclutaba para agentes de la Oj-rana zarista. Entre éstos figuró, como supimos más tarde, el provocador Kaplinski, designado aquí, en el orden de mis encuentros, con el número uno.

* * *

Comienzos de la primavera de 1902. Después de un año bastante duro de encierro en la prisión de Jarkov y de la huelga del hambre que tuve que hacer, fui enviada a una pequeña ciudad perdida de mi país natal, donde estaba obligada a esperar la sentencia, es decir, mi deportación a Siberia.

Necesitaba aprovechar esta semi-libertad entre la prisión y la deportación, ya que sería difícil fugarse de Siberia. Pero, el trabajo del Partido no espera, la moral de las masas, obreras no deja de subir y al Partido le hacen falta hombres. Decido huir inmediatamente al extranjero para unirme allí al centro del Partido, la dirección de la *Iskra*, dirigida por Lenin. En el extranjero podría tomar una tregua, leer la literatura del Partido procurarme un pasaporte, recibir instrucciones y hacerme dar una misión para trabajar en el centro proletario de Rusia.

Yo no tenía relaciones directas con los “iskristas” para pasar ilegalmente la frontera, por lo tanto me dirigí al “Bund”⁴⁹ que me envió a Dvinsk, a casa de su representante permanente Kaplinski, encargado especialmente de la entrega de las mercancías para las imprentas clandestinas y del transporte de literatura y de hombres más allá de la frontera.

Llegué a una casa obrera de dos habitaciones pobremente

⁴⁹ Unión socialdemócrata de los obreros judíos de Polonia y Lituania.

amuebladas, donde me acogió una mujercilla, baja, agotada, negligentemente vestida, la compañera de Kaplinski. Este estaba ausente para asuntos secretos del Partido y no volvería hasta dentro de tres o cuatro días.

Kaplinskaia me invitó a quedarme con ella para esperar a su marido, en vista de que yo no poseía ningún papel para inscribirme en un hotel. Me quedé allá dos días, ocupándome de los niños, mientras Kaplinskaia trabajaba. Era modista. Entablamos amistad y, al tercer día, me contó una triste historia, el drama ocurrido en la vida de esta mujercilla.

Los dos, ella y Kaplinski, habían sido detenidos al descubrirse las organizaciones bundistas. Ella, era débil, sin instrucción. Los gendarmes la aterrorizaron durante el interrogatorio, amenazándola con la horca. Así fue como un día, atemorizada, habló demasiado y comprometió a un camarada.

Cuando la noticia fue conocida en las células próximas, los camaradas encarcelados se aislaron de ella; pero su marido, Kaplinski, influyente, supo demostrar a los camaradas que debían perdonarle a causa de su ignorancia. Y así lo hicieron todos, y ante todo, su marido, Kaplinski.

Poco después fueron puestos en libertad, primero ella y después Kaplinski.

A pesar de que esta historia me hizo una impresión muy penosa, no se suscitó en mi ánimo ninguna duda, ¡la habitación, el tren de vida eran tan miserables! Cómo hubiera yo podido pensar que habitaba allí un agente generosamente pagado por el Tesoro?

Kaplinski no tardó en llegar. Vi a un hombre de alta talla, de rostro ampliamente abierto que predisponía en su favor, vestido con ropas obreras, muy usadas. Sonriendo afablemente, me estrechó vigorosamente la mano, en camarada. Me informó que había algunas dificultades para pasar la frontera, porque, olfateada la Conferencia del Partido en Bielostok, se había interrumpido momentáneamente la comunicación con el extranjero, pero que se restablecería en breve.

Me quedé algunos días en casa de estas hospitalarias gentes que dieron prueba de una gran susceptibilidad. Rechazaron mi dinero. Kaplinski, que trabajaba en un pequeño banco en un rincón de la pieza, (era cerrajero), me preguntó sobre el trabajo del Partido en Jarkov, sobre mis impresiones de la cárcel y mis planes para el porvenir.

Yo no dude ni un solo instante de Kaplinski; sin embargo, conforme a mi costumbre, fui extraordinariamente prudente. Al hablar de la organización del Partido en Jarkov lo hice con gran cautela, no nombré a nadie. En cuanto a mis planes para el futuro me contenté con decir que me dirigía al extranjero y que allí ya vería.

El día convenido Kaplinski me envió a un pueblecito fronterizo, a casa de unos camaradas que se hallaban en relaciones directas con los contrabandistas; al alba, éstos me hicieron pasar sin inconvenientes la frontera de Prusia, después de lo cual me dirigí a Suiza. Y así, sin otro incidente, me uní a la redacción de la Iskra.

Aparentemente, Kaplinski no tenía ningún interés en traicionarme, al contrario, este acto relativamente anodino consistente en ayudar a un revolucionario a pasar la frontera, daba al provocador una probabilidad más, de una parte a los ojos de los revolucionarios, y de la otra, a los de la Ojrana zarista, a la que informaba de la partida al extranjero de un revolucionario encargado de una misión secreta del Partido, lo cual permitía dar libre curso a su fantasía.

En los quince años de su actividad provocadora, Kaplinski, este hombre de rostro franco, claro, de sonrisa afable, causó la pérdida de centenares de combatientes revolucionarios; destruyó decenas de organizaciones proletarias constituidas en aquella época a costa de dificultades y sacrificios enormes.

En 1917, cuando fue derribada la autocracia y cayeron en manos de los revolucionarios los documentos de la Ojrana zarista Kaplinski desapareció. No fue reconocido hasta 1922, viviendo con un nombre falso en Samara. Entonces se abatió so-

bre su cabeza criminal el acero vengador de la justicia proletaria. Fue fusilado.

— • — • — • —

Número dos: Yitomirski

Verano de 1904. Vivía provisionalmente en Berlín, esperando mi turno de ser enviada a trabajar a Rusia.

Frecuentaba los camaradas bolcheviques ocupados en hacer pasar la frontera a nuestra literatura y a nuestros compañeros.

La situación era grave. Se acercaba el gran año de 1905. Nuestros “transportadores” están cargados de trabajo; reina una atmósfera de nerviosidad. Uno solo, de entre todos los camaradas encargados de este trabajo absorbente, permanece invariablemente tranquilo, Yitomirski. Era un estudiante de medicina, de la Universidad de Berlín, adherido al grupo berlinés de ayuda a la *Iskra*. Después de la escisión de este grupo, en 1904, en bolcheviques y mencheviques, Yitomirski se unió a los primeros. Es de los nuestros, un bolchevique abnegado, duro como el mármol. Sin embargo, al verle, se sorprendía uno desagradablemente por su excesiva elegancia, sus cuellos duros que le montaban hasta las orejas, sus corbatas abigarradas, todo su aire de fatuo. Pero cuando empezábamos a burlarnos de su persona perfumada, Yitomirski responde invariablemente que si vestía con tanto cuidado, es en interés del Partido, que su elegancia no le cuesta un céntimo al Partido, que sus padres son ricos comerciantes⁵⁰ y que le envían tanto dinero como les pide.

Teníamos confianza en Yitomirski: El hecho de que camara-

⁵⁰ En aquella época, numerosas personas procedentes de la burguesía, especialmente entre la juventud estudiantil, se adherían a los partidos revolucionarios.

das enviados a Rusia vía Berlín, fuesen descubiertos en tal o cual ciudad, era considerado por nosotros como cosa normal. Toda la Rusia zarista hormigueaba de espías y los camaradas habían podido ser simplemente vigilados en el lugar de trabajo. Por eso no había ninguna razón para sospechar que Yitomirski hubiese advertido al departamento de policía del viaje de tal o cual bolchevique destinado a una ciudad determinada.

Últimamente, al consultar los expedientes de esta honorable institución, encontré un documento muy curioso. Una comunicación de Yitomirski al director del departamento de policía, informándole del viaje a Rusia de un bolchevique que llevaba oculto en el tacón de su bota una instrucción cifrada del centro extranjero a las organizaciones bolcheviques de Rusia. Y sigue el texto de la carta oculta en el tacón de la bota del camarada.

Se desprende del mismo expediente del departamento de policía que Yitomirski era muy considerado entre las autoridades de la Ojrana, que le eran asignadas fuertes cantidades de dinero, que la dirección de la gendarmería hacía gestiones para conseguirle pasaporte, que se estimaba útil, en vista de los señalados servicios que rendía, convocarle a Petersburgo para hacer un informe, etc.

Después del aplastamiento de la insurrección de Moscú en diciembre de 1905, cuando la reacción momentáneamente victoriosa, levantaba la cabeza, Lenin se veía obligado una vez más a emprender el camino de la emigración y el centro bolchevique era de nuevo trasladado al extranjero, Yitomirski se infiltró una vez más en los medios bolcheviques, ofreciendo sus servicios para restablecer las antiguas relaciones con las fronteras con el fin de organizar el transporte a Rusia de la literatura bolchevique ilegal. Su proposición fue aceptada.

Las organizaciones bolcheviques, con el benévolo concurso de Yitomirski, eran descubiertas unas tras otras; en cuanto a él, se imponía cada vez más a la comisión técnica del C.C., de la que había llegado a ser miembro, lo que le abría vastas posibilidades de una actividad provocadora más amplia, más peligrosa.

Una de las hazañas del provocador Yitomirski merece especialmente ser retenida.

Ocurría esto en 1909, en el momento de la más negra reacción en Rusia.

Un conocido bolchevique, detenido de nuevo, después de varias evasiones del destierro, fue amarrado con grillos en los pies y las manos por las autoridades, deseosas de hacerle llegar sin incidentes hasta el lugar de su nueva deportación. La dura marcha por etapas, había agotado terriblemente al camarada. Al llegar a su destino tenía una fuerte tos, acompañada de fiebre y tenía en los pies llagas profundas causadas por los hierros. Sin embargo, a despecho de su mal estado de salud, este camarada tenía una tal fuerza de voluntad que decidió evadirse otra vez sin perder un minuto. A costa de un esfuerzo colosal consiguió huir al extranjero y llegó casi agonizante a París, donde se hallaba entonces el centro bolchevique.

En aquella época Yitomirski había tenido tiempo de terminar sus estudios. Era médico y poseía en París una habitación y una consulta. Propuso instalar al enfermo en su casa diciendo que de este modo podría ayudarlo como médico, y como camarada. De esta manera, el enfermo iba a beneficiarse de la solicitud del provocador.

El estado del enfermo era muy grave; las llagas que tenía en los pies se habían envenenado durante su viaje a París. Físicamente estaba totalmente destrozado. En este momento fue cuando Yitomirski, deseoso de complacer a sus amos de la Ojrana zarista, resolvió expedir al otro mundo a un bolchevique activo. Para ello recurrió al siguiente medio: en su calidad de médico se creyó en el deber de convencer al enfermo de que sus heridas de los pies eran de origen sifilítico, que no tenía salvación posible, que estaba irremisiblemente perdido.

Ante este veredicto, el camarada, suponiendo que había contraído realmente en la prisión esa terrible enfermedad y creyéndose impotente para resistir el mal, decidió morir y tomó un veneno. Pero como la dosis fue insuficiente se le pudo salvar. Du-

rante su convalecencia fue examinado por otros médicos que, claro está, no hallaron la menor huella de sífilis, y las llagas del enfermo cicatrizaron rápidamente.

Yitomirski salió del apuro diciendo que le faltaba experiencia de médico. Además, reconocía su falta de tacto al revelar al enfermo el carácter del mal de que le creía víctima. No hubo nada que decir, ya que la cosa era perfectamente verosímil.

La actividad provocadora de Yitomirski duró unos ocho años. Hasta 1911 no se descubrió por primera vez. Se consiguió establecer que en el momento en que él partía para Rusia, la agencia zarista del extranjero había enviado al departamento de policía un telegrama como los que expedía ordinariamente a la partida de alguno de sus agentes.

La larga actividad provocadora de Yitomirski no fue enteramente establecida hasta 1917, después de la caída de la autocracia. Yitomirski evitó la justicia proletaria, por hallarse en el extranjero.

— • — • — • —

Número tres: Olga Nicolaievna Putiata

Principios de 1907. El doloroso proceso del retorno de la organización bolchevique de Moscú a la ilegalidad, había terminado mejor o peor, a costa de inauditas dificultades. El aparato ilegal del Partido, descuidado en las cortas jornadas de libertad de 1905, se había reconstituido, pero débilmente. El número de viviendas secretas era reducido, así como nuestros puntos de apoyo en los medios intelectuales. Todos aquellos abogados y doctores no simpatizaban con nuestra causa. Los bolcheviques ya no estaban de moda a causa de su momentánea derrota. La moda es ahora para los poetas decadentes, con sus versos de esta especie:

“Llego a ti del país de los monstruos.”

No conservábamos más que algunas relaciones aisladas en los medios intelectuales, por eso nos consagramos tan tenazmente a la criatura etérea, mujer de un escritor semidecadente. Olga Nikolaievna nos era de una gran utilidad para esconder la literatura ilegal, proporcionamos direcciones para nuestra correspondencia cifrada, etc.

Y he aquí que llega a Moscú un lote de literatura bolchevique, editada ilegalmente en Finlandia. Es preciso retirar esta literatura, previa la presentación de un talón de equipajes, transportarla al depósito, clasificarla, repartirla por radios y de allí, expedirla a las empresas.

Me dirigí a casa de Olga Nikolaievna; no teníamos más que ella.

Olga Nikolaievna me recibe en el suntuoso gabinete de trabajo de su marido, el escritor. Las paredes desaparecen detrás de las baldas de una biblioteca guarnecida de obras concernientes a todos los dominios de la ciencia. Semejante gabinete estaba hecho verdaderamente para impresionarnos. Olga Nikolaievna es muy amable. Agradece la confianza que se le hace, acepta gustosa ir inmediatamente a buscar los paquetes a la estación y para no despertar ninguna sospecha en los policías del ferrocarril, dice “Llevaré a mi madre conmigo, es muy vieja y tiene el aspecto muy respetable”. Inmediatamente me presenta a una dama de mucha edad, que acaba de entrar; su madre.

Así, todo se arregla del mejor modo posible. La entrego el talón e indico la dirección del depósito donde hay que transportar el paquete. Cuando Olga Nikolaievna me pregunta si no puede ser útil para distribuir la literatura, sin sospechar el menor cepo, simplemente por una vieja costumbre que tengo de mantenerme en guardia constantemente, la respondo que el reparto no se hará el mismo día, sino al día siguiente, a pesar de saber que no es prudente dejar toda una noche en un solo y mismo lugar una cantidad tan grande de literatura ilegal.

Dos horas más tarde, el paquete es entregado sin dificultad por Olga Nikolaievna en la dirección indicada y antes de la noche algunos camaradas y yo conseguimos clasificar y expedir a su destino toda la literatura.

Aquella misma noche los gendarmes llegan al depósito, pero no encuentran nada y se vuelven chasqueados.

Cosa curiosa: A nadie se nos ocurrió sospechar de Olga Nikolaievna, seguros como estábamos de que simplemente había sido vigilada cuando transportaba el paquete, de aquí el registro al depósito.

Yo misma fui a advertir a Olga Nikolaievna del sedicente peligro de registro y tal vez de detención que la amenazaba, ya que la policía había registrado por la noche nuestro depósito. Ella me aseguró que no había motivo para inquietarse, que a los ojos de la policía ella era una dama de sociedad, que no se sospecharía de ella un trabajo revolucionario, tanto más cuanto que todos los literatos decadentes que la rodeaban se ocupaban de la “revalorización de valores”, no creían ya en la revolución, no querían servirla, circunstancia que no podía dejar de ser tomada en consideración por los gendarmes. Pero si, por desgracia, le ocurría algo, si fuese detenida, declaró estar dispuesta en su fuero interno a padecer su parte de sacrificios por la causa de la revolución, etc.

Estas frases adormecieron mi vigilancia. Tuve confianza en la provocadora, como la tuvieron durante años numerosos camaradas, hasta que empezaron a correr rumores sobre ella y se fugó con destino desconocido.

Los documentos de la Ojrana moscovita confirman plenamente la actividad provocadora de la Putiata-Strajeva durante varios años consecutivos.

Número cuatro: Romanov

Fines de 1907. Trabajo en la región de Moscú del Partido, que comprende las fábricas y talleres situados en el territorio del antiguo departamento de Moscú.

La fábrica de Kolomna es el centro principal de nuestra actividad. Pero cualquiera que sea la conferencia que se convoca en Moscú, ampliada con los representantes de la base, el delegado de Kolomna no es nunca un obrero de fábrica, sino siempre el encuadernador Romanov. En el Partido es conocido con el nombre de “Georges.”

“Georges” es de poca estatura, de aspecto deslucido, la cara delgada, muy desenvuelto cuando se trata de poner en práctica una decisión del Partido, jamás interviene en la discusión de los problemas políticos.

Personalmente Georges no despierta ninguna sospecha, pero uno se siente involuntariamente mortificado al ver que la enorme fábrica de Kolomna, en la que hay una masa de metalúrgicos calificados, de proletarios de vieja cepa por decirlo así, se hace representar en Moscú, en las reuniones y conferencias del comité del Partido bolchevique por este pequeño artesano, el encuadernador Georges.

Poco después es descubierta en una conferencia celebrada en un bosque, una parte de los cuadros de la organización moscovita; pero solamente algunos de estos camaradas son detenidos, los otros consiguen huir por el bosque. Entre los fugados está Georges, el representante de Kolomna.

Pasan cuatro años.

Después de haber sido encarcelada y deportada, regreso a Moscú.

En el invierno de 1911, en los pasillos de la Universidad popular (antiguamente Cheniavski) encuentro a Georges, que aunque conservando su aspecto deslucido de otro tiempo, no está tan andrajoso como antes. Sus gestos se han afinado, su hablar

es firme. Me da a entender que está al corriente de todas las cuestiones del Partido y tiene estrechas relaciones con el extranjero, de donde, ha vuelto hace poco y donde ha hecho sus estudios en Capri en la escuela del Partido.

Primero yo me asombré de que Moscú no hubiese podido encontrar un proletario más calificado, más capaz, para enviarle al extranjero, a la escuela del Partido, a esta primera universidad comunista que Máximo Gorki había organizado en Capri; después me dije que habían transcurrido cuatro años, que Georges había podido formarse, desarrollarse, hacerse un verdadero bolchevique profesional. Y a esto se redujeron mis reflexiones.

En nuestro encuentro en los pasillos de la Universidad popular, Georges me declaró abiertamente que comprendía con qué fin me había hecho inscribir en los cursos nocturnos, sin duda no para escuchar las charlas de los cursos nocturnos, sin duda no para escuchar las charlas de los profesores liberales, sino seguramente para utilizar el lugar para mis entrevistas con los camaradas.

Al hablar de él me dijo que se había inscrito intencionalmente en el ciclo de conferencias sobre cooperación, que le habían dado un billete de entrada a la Universidad, pero que no soñaba con frecuentar estas conferencias. En cambio podría ver allí numerosos camaradas.

Cuando yo le pregunté sobre la literatura nuestra que aparecía en el extranjero y le dije si me la podría procurar más regularmente, Georges aceptó gustoso. Después, llevándome a un oscuro rincón del pasillo me susurró al oído que él era el hombre de confianza del C. C. de nuestro Partido, encargado de distribuir nuestra literatura y de transmitir las directivas de nuestro C. C. en toda la región de Moscú.

Desde aquella noche, mis entrevistas con Georges se hicieron más frecuentes. Me transmitía regularmente los materiales del Partido, me informaba del estado del trabajo en Moscú y en otras partes; me proporcionaba amplios informes sobre la conferencia bolchevique celebrada en Ivanovo-Voznessensk a la que él ha-

bía asistido en calidad de hombre de confianza del C. C.

La policía vigilaba de cerca mi habitación y a mí cuando salía; pero yo no establecía ninguna relación entre este hecho y mis encuentros con Georges. Vuelta hacía poco del destierro, no podía dejar de estar bajo la vigilancia secreta de la Ojrana. Lo que yo necesitaba era ser muy prudente en mis entrevistas con los camaradas, no visitar a nadie en su casa, para no poner a la policía en la pista. Por eso fijaba todas mis entrevistas en la Universidad.

Un día veo llegar muy agitado a mi casa a un camarada bolchevique, viejo obrero metalúrgico de Moscú, al que conocía por haber militado con él en el Partido, mucho tiempo antes de la revolución de 1905. Me dijo que estaba a punto de suicidarse, porque en los medios del Partido alguien había hecho correr el rumor de que era un provocador al servido de la Ojrana.

Yo me propuse ayudarle y me empeñé en poner en claro este asunto.

Los dos sabíamos que después de los últimos descubrimientos, el comité bolchevique de Moscú no existía, en tanto que organización del Partido regularmente constituida. Pero era imposible esperar su reconstitución, cada minuto es preciso cuando se trata del honor político de un camarada. Decidí ir a ver a Georges, el hombre de confianza del C. C. para pedirle que se nombrase una comisión de encuesta a la que yo debía ser citada como testigo.

Le pido una entrevista a Georges. Le digo que en general no se puede responder más que de sí mismo, pero que todo lo que yo sabía de la vida del camarada en entredicho habla en su favor y le muestra como un excelente militante del Partido, abnegado y sin desmayos.

Georges conocía también desde hacía mucho tiempo a este camarada. Se escandalizaba de la audacia de los que propagan estos rumores; se encarga de convocar en un breve plazo la comisión de encuesta y me aconseja que espere tranquilamente a ser llamada a título de testigo.

Pasa un lapso de tiempo bastante largo al cabo del cual fui por fin convocada en el domicilio de dos buenos camaradas bolcheviques que habían sabido hacer de suerte que su padre, un viejo, consintiese en ayudarnos en nuestro trabajo ilegal. Estos camaradas, hermano y hermana, estaban a la sazón deportados.

Llego. Encuentro sentado a la mesa un hombre de edad, el propietario de la habitación, dos camaradas a quienes no conozco, miembros de la comisión, Georges que preside y el camarada acusado, pálido como un muerto. Georges le hace algunas preguntas.

Terminado el interrogatorio se ruega al camarada que se retire. Sale con paso vacilante. Se comienza a interrogarme como testigo.

Yo digo todo lo que sé del asunto. Un breve cambio de impresiones y todos unánimemente concluimos que el acusado es perfectamente inocente y que el rumor difundido es una provocación. Georges estableció el veredicto de absolución y fustigó a los que propagan rumores provocadores.

Es claro que todo este asunto, todos estos falsos rumores difundidos a costa de un excelente obrero bolchevique consagrado a la causa revolucionaria, le eran necesarios a Georges para desviar la atención de su propia actividad provocadora. Y es que en aquella época las organizaciones bolcheviques que se constituían todos los días, eran diariamente descubiertas; todos se daban cuenta de que el provocador estaba muy cerca; los hilos comenzaban a tenderse hacia Georges que, en su calidad de hombre de confianza del C. C estaba al corriente de todo. Por eso escogió como víctima a un viejo camarada abnegado, conocido de la organización de Moscú y que podía también estar al corriente de todas las disposiciones del Partido.

Romanov operaba en la Ojrana de Moscú con el apodo de "Pelagia".

Ahora que tenemos toda la posibilidad de registrar los documentos, vemos que "Pelagia" fue durante diez años por lo menos cotizado como uno de los agentes más preciosos del depar-

tamento de la policía zarista y que estaba espléndidamente pagado por el Tesoro.

Cuando estalló la guerra imperialista a fines del verano de 1914, encontré a Georges en una reunión ilegal en la que los bolcheviques moscovitas formulaban por primera vez su actitud frente a la guerra y Romanov, de acuerdo con nosotros, votó por la derrota del ejército ruso y el más rápido advenimiento de la revolución para la que debíamos prepararnos activamente.

Después de esta reunión, según se desprende de los informes de “Pelagia”, Georges se dirigió a la Ojrana de Moscú a la que dio la lista completa y las características de todos los que habían asistido al informe sobre la guerra. La Ojrana, claro está, no tardó en hacer desaparecer de la circulación algunos de entre ellos. “Pelagia”, que había tenido la suerte de permanecer indemne hasta la revolución de febrero, fue detenido antes de que emprendiese la huida. Después de la revolución de Octubre fue juzgado por el tribunal proletario y, condenado a muerte, fue fusilado.



Número cinco y seis: Malinovski y Poskrebujin

Fines de 1911. Sigo frecuentando la Universidad Cheniavski, donde soy incesantemente vigilada. Cuando salgo de mi casa por la noche, soy literalmente asediada por la policía. Pero aquí que llega mi hermano del extranjero de parte de V. I. Lenin, encargado de organizar la representación de Moscú en la conferencia panrusa del Partido que debe celebrarse en Praga. Yo quiero ayudar a mi hermano a cumplir esta misión. Con muchas dificultades le arreglo una entrevista en el instituto de bacteriología, con el obrero metalúrgico Malinovski.

Imposible convocar una asamblea regular del Partido que eli-

giese a Malinovski para la conferencia de Praga, porque en aquella época toda la organización de Moscú estaba destruida por la policía. Así, un restringido grupo de bolcheviques decide enviar, sin ninguna elección, a Malinovski a representar a los bolcheviques de Moscú en la conferencia de Praga.

¿Quién es este Malinovski?

Es un obrero metalúrgico muy culto, muy inteligente, excelente orador, que sabe imponerse, dotado de un ardiente temperamento, tal vez demasiado presuntuoso. En todo caso, es uno de esos hombres que no pueden pasar inadvertidos. En resumen, una figura prestigiosa en todos los aspectos. Malinovski no es un viejo habitante de Moscú. Vive allí solamente desde hace muy poco tiempo. Precedentemente era presidente del sindicato metalúrgico de Petersburgo y es originario de Polonia, donde, según dice, ha sido perseguido por su actividad política, detenido, deportado, etcétera.

Personalmente, yo no veía a Malinovski más que raras veces, pero había oído hablar mucho de él como de un excelente obrero en todos los aspectos, como de un futuro tribuno popular. Por eso no tiene nada de extraño que en cuanto se presentó la ocasión fuese presentada la candidatura de Malinovski para la cuarta Duma del Imperio.

Añádanlos que fue admitido en la Doma, según dan fe todos los documentos que poseemos, no sólo por haber sido escogido por los obreros de Moscú, sino también gracias al apoyo del departamento de la policía zarista de la que era en aquella época un agente indicador.

Después de la revolución de octubre ha sido establecido con pruebas patentes, que Malinovski había entrado al servicio de la Ojrana zarista en 1910. Después, cuando con ayuda del departamento de policía fue elegido diputado obrero a la Duma del Imperio, entregó sucesivamente a todas las organizaciones bolcheviques. El fue el que denunció a la Ojrana a Stalin y Sverdlov, evadidos del presidio siberiano. Por este “trabajo” percibía primero 500, después 700 rublos mensuales, sin contar los “ex-

tras” que le daban “por cabeza”.

El departamento de policía estaba hasta tal punto interesado en que su agente llegase a ser elegido por los obreros de Moscú, que hizo desaparecer del expediente Judicial de Malinovski el hecho escandaloso de haber sido en su juventud condenado lo más prosaicamente del mundo por robo.

Estas delicadas circunstancias no fueron descubiertas hasta después de la revolución de octubre.

Pero, en aquella época, Malinovski, que había recibido de mi hermano las direcciones y los lugares de encuentro en el extranjero, partió para Praga. Dos días después mi hermano era detenido en Moscú en plena calle. En el mismo momento yo tuve una visita domiciliaria de la policía que no encontrando nada después de un cuidadoso registro, organizaron a pesar de todo una “ratonera” en mi casa durante doce días consecutivos.

Me dirigí a las oficinas de la Ojrana para pedir que se levantara el “estado de sitio” de mi domicilio.

Agitada, le dije al oficial de la gendarmería que me había recibido: ¿Cree usted que somos imbéciles? ¿Le parece a usted que si hubiera sido necesario no hubiéramos avisado a nuestras gentes?

Muy “amable” el oficial me rogó que me calmara, diciéndome:

“Nos comprendemos perfectamente, usted y yo. Yo soy un policía experimentado y usted una revolucionaria avisada. Tiene usted que comprender que nuestra “ratonera” tiene su razón de ser, porque hay gentes que pueden ir a verla y a las que usted no habrá tenido tiempo de advertir. No es imposible, por ejemplo, que alguien vuelva del extranjero, o que un evadido de Siberia vaya a su casa. Nosotros no la tocamos a usted, la dejamos en libertad. Acaba usted de volver del destierro, pero en lo que se refiere a sus numerosas relaciones, tenemos mucho interés en vigilarlas”.

No me quedaba más que agradecer al gendarme su franqueza y aproveché sus sensatas recomendaciones para advertir al

mayor número posible de camaradas que evitasen al menos dirigirse directamente a mi casa.

Ya en mi primera visita a mi hermano, en la cárcel, consiguió advertirme en voz baja: “Tener cuidado, desconfiad. Hay un confidente bien cerca en la organización de Moscú. Me ha dado esta convicción el carácter de mi primer interrogatorio. Lo saben todo”.

Pero estábamos a mil leguas de creer que fuese Malinovski el que nos traicionaba. Se hubiera sospechado de todo el mundo antes de pensar en él, en este astro naciente, cuyos discursos pronunciados desde lo alto de la tribuna de la Duma, debían poco después llamar la atención general.

En los dos últimos años que precedieron a la guerra imperialista, la ola revolucionaria, en plena y vigorosa ascensión, comenzaba a desbordarse. Durante todo este período, a pesar de todas las prohibiciones policíacas; se había desarrollado fuertemente la prensa ilegal bolchevique. Los editores de todos estos nuevos periódicos y revistas, diariamente prohibidos por la censura zarista y que reaparecían de nuevo con otros títulos, eran formalmente, miembros de la fracción bolchevique de la Duma del Imperio.

A comienzos de la primavera de 1914, Malinovski, llegado a Moscú, me convoca para anunciarme que, de acuerdo con el centro bolchevique, íbamos a hacer aparecer el periódico *Rabatchi Trud*. Si yo no veía ningún inconveniente, él, Malinovski, editor oficial del futuro periódico, me confiara la gestión, en vista del que a él le era indispensable quedarse en Petersburgo y el periódico tendría que ser editado en Moscú.

Yo no podía menos que suscribir esta proposición de Malinovski. Decidimos volver a vernos al día siguiente en un restaurant para estudiar los detalles del asunto. De allí iríamos a ver a un notario que extendería el contrato.

Cuando a la hora de la cita, llegué al restaurant convenido, Malinovski estaba ya allí, instalado en una mesa con dos cubiertos. A mí me asombró la alegría que Malinovski mostraba al ver

fijas en él las miradas de todos los concurrentes de las mesas vecinas. Los retratos de los miembros de la Duma del Imperio eran frecuentemente reproducidos en los periódicos y los pequeños burgueses tenían la curiosidad de ver de cerca a un diputado.

Malinovski nadaba en plena beatitud al verse objeto de la atención general. Me hablaba en alta voz, mucho más alta de lo que yo hubiera deseado, riendo a carcajadas por cualquier motivo. En general, la desenvoltura de su actitud me era bastante desagradable.

Terminada la comida subimos a un coche para ir a casa del notario. Malinovski sacó de su bolsillo una proclama aparecida recientemente en Petersburgo. Dijo en voz alta que en Moscú se continuaba la gente ocultando, mientras que en Petersburgo el trabajo bolchevique se hacía ya casi a plena luz. Cuando yo le pedí que bajase la voz, en vista de que de los dos solamente él disfrutaba de inmunidad, como diputado que era, Malinovski, riendo a carcajadas, comenzó a burlarse de mi, a reprocharme mi cobardía, la costumbre que teníamos de enterrarnos continuamente en la ilegalidad.

Las maneras de Malinovski me eran extraordinariamente desagradables y esto no por haber concebido la menor sospecha a su respeto —yo estaba lejos de toda duda—, sino porque, personalmente, Malinovski me era antipático como hombre sin ninguna moderación. Me acuerdo todavía de haber tenido la idea inofensiva de que nuestro querido diputado estaba muy infatuado de su persona.

Una vez firmado el contrato en casa del notario, Malinovski partió para Petersburgo y yo me consagré al trabajo preparatorio que necesitaba el lanzamiento del periódico que apareció poco después.

* * *

Los redactores del periódico, así como sus principales colaboradores habían sido designados previamente por la organización de Moscú. Entre ellos había un cierto Poskrebujin, empleado de comercio, que figuraba en aquella época como miembro de la fracción bolchevique ilegal del sindicato legal de los empleados de comercio. Yo conocía a Poskrebujin. Desde hacía dos años le encontraba con frecuencia. Estaba empleado en la caja de enfermos de un barrio obrero muy populoso. Por su mediación, se podía siempre lograr el contacto con los obreros de toda una serie de empresas, cosa de un gran valor en una época en que las detenciones se sucedían sin interrupción y en que la ligazón con las fábricas era constantemente interrumpida.

Por medio de Poskrebujin me puse en contacto con determinados obreros de fábrica, especialmente dos eminentes bolcheviques revolucionarios profesionales, evadidos de Siberia, llegados en 1913 – 1914 a Moscú, para ayudar allí a la organización del Partido.

Es preciso decir que estos camaradas no estuvieron mucho tiempo sin ser molestados. Muy pronto fueron detenidos. Pero la cosa era demasiado habitual para despertar sospechas contra Poskrebujin. Los camaradas detenidos eran viejos bolcheviques, encarcelados numerosas veces, de suerte que cualquier confidente podía reconocerlos en la calle.

Otra vez presenté a Poskrebujin a un tercer bolchevique evadido y cuando este camarada, después de su entrevista con Poskrebujin se dirigía a Petersburgo para asuntos personales, fue detenido en la calle. Tampoco entonces se suscitó en nosotros ninguna sospecha de Poskrebujin ya que el camarada detenido había trabajado en otro tiempo en Petersburgo y podía fácilmente haber sido reconocido por alguien de la Ojrana. Este camarada tuvo un fin trágico, cayó enfermo en la prisión y murió.

Todos estos hechos aislados no daban lugar a ninguna sospecha en lo que concierne a Poskrebujin, que continuaba “floreando”, justa expresión cuando se evoca esta figura. De treinta años de edad, resplandeciente el rostro, de color encendido, al-

to de estatura, torso bombeado, espaldas de atleta, estaba siempre alegre, exuberante, se hubiera dicho un haz de energía vital.

Más tarde, trabajando con Poskrebujin en la redacción, adonde íbamos todos los días —él en calidad de inspector de los trabajos, yo como gerente y redactor de la crónica obrera—, yo le observaba. Me asombraba que con solo sesenta rublos mensuales que ganaba, se ingeniase para vestir con aquella elegancia y se permitiese el lujo de pagarse comidas costosas.

Una vez le pregunté de donde le venía el dinero para comprar caviar, jamón y frutas para la comida. Sin titubearse lo más mínimo, me respondió que yo era un intelectual, procedente de una familia de intelectuales y que, por consecuencia, no podía tener la menor idea del arte de vivir bien con pocos recursos.

Los intelectuales rusos no han sabido jamás hacer uso del dinero; mientras que él, un mujik, hijo de campesinos, hombre del campo, lo sabía. He aquí por qué, a pesar de que ganábamos los dos el mismo salario, yo estaba siempre corta de dinero, y en cambio a él no le faltaba jamás.

Durante los varios meses de existencia de nuestro periódico (prohibido por la policía en vísperas de la declaración de la guerra), Poskrebujin tomó una parte muy activa en la difusión de los ejemplares secuestrados.

Hay que decir que eran denunciados casi todos los números. Pues bien, cosa extraña, los otros camaradas eran constantemente pescados por la policía en el momento en que intentaban expedir a las fábricas los ejemplares denunciados. Sólo Poskrebujin conseguía escapar a la policía.

Nosotros le felicitábamos por todas sus proezas y le poníamos como ejemplo a los demás menos hábiles. Los éxitos de Poskrebujin se armonizaban tan bien con toda su silueta aventajada de hombre a quien todo le sale bien, que teníamos una absoluta confianza en él.

Un día Malinovski llega de Petersburgo, se presenta en la redacción, nos distribuye golpecitos amistosos por la buena marcha del trabajo y me ruega que convoque, en el domicilio de los sas-

tres, a los bolcheviques de esa organización y de los demás sindicatos a los que tenía la intención de explicar una conferencia.

Le hice observar que en virtud del reglamento policíaco, no pueden reunirse en el domicilio de un sindicato legal, más que los miembros del sindicato de que se trate. Como la policía viene a meter las narices casi todas las noches en el sindicato de los sastres, donde nosotros tenemos una fuerte fracción bolchevique, todo hace creer que la reunión sería descubierta, registrados los nombres de los asistentes y como muchos de ellos no serían miembros del sindicato, sería un pretexto suficiente para provocar clausura, lo que haría perder a nuestra organización de Moscú la cubierta legal que tan ampliamente utilizábamos para realizar nuestra acción clandestina.

Malinovski se enfureció, se irritó y llenó de injurias y de insultos a la organización de Moscú en general y a mí en particular. A pesar de todo, me negué en redondo a convocar la reunión en domicilio del sindicato y propuse reunirnos ilegalmente en una habitación. Poskrebujin se puso de mi parte. Malinovski quedó encolerizado.

Al llegar al día siguiente a la redacción, supe por Poskrebujin que Malinovski había conseguido a pesar de todo convocar la víspera una reunión en el domicilio del sindicato de sastres. Que para eso había sido ayudado por un obrero sastre, que la reunión había sido descubierta por la policía y detenidos unos veinte camaradas bolcheviques activos del sindicato de metalúrgicos, plomeros, pavimentadores, etc.

Malinovski en su calidad de diputado de la Duma, había sido libertado. En cuanto a Poskrebujin, como no supo hasta muy tarde en la noche, que la reunión había de tener lugar, se dirigió allí, pero al llegar a la altura del domicilio del sindicato, viendo allí una insólita animación, se había guardado bien de entrar librándose así de ser atrapado.

Poco después, la víspera de la declaración de la guerra, como ya he dicho más arriba, nuestro periódico fue prohibido. En el momento en que la policía entraba en la imprenta donde el pe-

riódico se había compuesto, Poskrebujin y yo estábamos en la oficina del patrono. La policía, sin reparar en nosotros, ordenó al patrono que retirase de las máquinas la edición que estaba en prensa.

Cuando el comisario de policía, acompañado del patrono se dirigía a la sala de máquinas, Poskrebujin y yo nos apresuramos a marcharnos.

Yo me encaminé a la redacción para hacer desaparecer de los cajones de mi mesa algunos papeles que guardaba allí y que no debían caer en manos de la policía cuando fuese a registrar.

Poskrebujin me acompaña. En el camino comenzó a insistir para que volviese a mi casa en lugar de ir a la redacción, ofreciéndose a ir él mismo y a hacer desaparecer todo lo que allí hubiera de comprometedor. Sin sospechar de su parte ninguna celada, me negué sin embargo a volver, con el pretexto de que con toda probabilidad, la policía ocupaba ya la redacción y podía detener al primero que se presentase. Poskrebujin se arriesgaba, pues, por mi causa, a dejarse coger, lo que yo no quería de ningún modo, prefiriendo correr yo misma ese riesgo.

Poskrebujin empezó entonces a protestar de sus buenos sentimientos hacia mí, declarando que si había riesgo a él le sería más fácil salir del apuro, ya que nunca había estado encarcelado, que, incluso si era detenido, sería muy pronto libertado, por ser la primera vez que caía.

Y añadió que, en cambio para mí sería al contrario, ya que mi expediente policíaco estaba muy cargado con varios encarcelamientos y deportaciones. Esto haría que me encerrasen por mucho tiempo, lo que perjudicaría a la causa y además yo dejaba en mi casa un niño de corta edad, mientras que él, Poskrebujin, estaba libre, sin lazos de ninguna especie.

Todas estas frases eran dichas con el ardor que le era habitual. Me dejé convencer y volví a la casa, mientras Poskrebujin, tomaba el camino de la redacción.

Tampoco esta vez rozó mi espíritu ninguna sospecha. Al contrario, le estaba agradecida por su insistencia, considerándole un

excelente camarada.

Y cuando al día siguiente vino a verme a mi casa para anunciarme que había destruido todos los manuscritos, que no había habido ningún registro policíaco en la redacción, me alegré sinceramente y tomamos juntos el té como buenos amigos, haciendo planes para la organización de un nuevo periódico con otro título.

El rumor de la provocación de Poskrebujin no se difundió en los medios del Partido hasta 1915-1916, rumor muy vago, es cierto, pero que, sin embargo, hizo que no pocos camaradas se separasen de él.

Su provocación no fue definitivamente probada hasta 1917, cuando tuvimos la posibilidad de consultar todos los papeles de la Ojrana zarista.

A pesar de todo nos fue imposible establecer durante cuánto tiempo perpetró Poskrebujin sus traiciones.

Poskrebujin, así como Romanov y Malinovski, fue fusilado después de la revolución de octubre.

* * *

Estas son algunas de las máscaras con que se disfrazaba esta “gloriosa pléyade”.

LENIN MILITANTE ILEGAL

Por: Vasiliev y Kedrov

I. Lenin y la acción clandestina

Vladimir Ilich fue no solamente el creador y el jefe del gran Partido Bolchevique, sino también un notable revolucionario práctico, y su larga experiencia en el trabajo revolucionario. En este capítulo hemos aprovechado la rica literatura de las memorias sobre el camarada Lenin que caracteriza su actividad de militante ilegal y, sobre todo, los recuerdos de las personas de su intimidad: N. K. Krupskaja y las hermanas de Lenin, María y Ana.

Las memorias de la camarada Krupskaja demuestran que ya en el comienzo de su actividad revolucionaria, Vladimir Ilich concedía una gran importancia a todo lo concerniente a la acción clandestina.

En nuestro grupo –escribe Krupskaja– Vladimir Ilich era el que mejor sabía trabajar desde el punto de vista conspirativo; conocía los patios con doble salida, sabía engañar de un modo magnífico a los espías, nos enseñaba a escribir en los libros por medio de procedimientos químicos, por medio de puntos, a emplear signos convencionales, inventaba todos los sobrenombres imaginables... (Krupskaja, “Recuerdos sobre Lenin”, Ediciones Europa América, pág. 22).

Hay que hacer constar, sin embargo, que en aquel tiempo, es

decir, durante los años de la “Unión de Luchas” a los cuales se refiere la cita anterior, y durante los años que siguieron (1903), la técnica del trabajo clandestino y, en general, todo lo que se refiere a la conspiración, era todavía bien primitivo.

Al releer ahora la correspondencia con Rusia, sorprende la candidez de la conspiración de aquella época. Todas esas cartas sobre los pañuelos de bolsillo (pasaportes), con esas alusiones a la “cerveza” y a las “pellizcas” (literatura ilegal), todos esos nombres de poblaciones que empezaban con la misma inicial del verdadero nombre (Odesa – Osip, Tver – Terenti, Poltava – Petia, Pskov – Pacha, etc.), toda esa sustitución de nombres masculinos por femeninos y viceversa, todo eso era extremadamente transparente, no podía engañar a nadie. Entonces, no parecía ingenuo y, hasta cierto punto, sin embargo, contribuía a despistar. En un principio no había una tal abundancia de confidentes como hubo más tarde. Los militantes se conocían todos entre sí, se podía tener confianza en todos. (Krupskaia, “Recuerdos sobre Lenin”, página 106, Ediciones Europa América.)

Sin embargo, en la mayoría de los casos, incluso una clandestinidad como esa alcanzaba sus fines. He aquí un ejemplo que mostrará hasta qué punto podía servir hasta un código tan ingenuo como el lenguaje convencional de que habla Nadiejda Konstantinovna, porque los agentes de la seguridad política, incluso los jefes, eran fundamentalmente ignorantes.

En 1905, se halló sobre un camarada detenido en Tiflis, una correspondencia que trataba de la compra y venta de patatas, nueces y avellanas, etc. Como no existía ninguna relación entre la persona arrestada y el comercio de frutas, y como, por el contrario, el detenido había sido ya perseguido por cuestiones políticas, la Ojrana, no sin razón, hizo esta suposición sugerida por la carta: “Las patatas designaban las bombas (se las llamaba frecuentemente naranjas); las nueces, balas de fusil; las avellanas, balas de revólver. No obstante, el jefe de la gendarmería rechazó esta suposición diciendo que había que tener verdaderamente demasiada imaginación para tomar las patatas por bombas y

las nueces por balas y puso al detenido en libertad.

En el conflicto surgido a este respecto, el Departamento de Policía dio la razón a la Ojrana, pero “el comerciante en frutas había ya tenido tiempo de desaparecer sin dejar rastro” (Exp. del Departamento de Policía, núm. 3.755).

En la mayor parte de los casos, la policía descubría los rastros de las organizaciones revolucionarias, no porque éstas últimas empleasen métodos de conspiración muy primitivos, sino porque algunos miembros del Partido los utilizaban a veces sin prestar la atención y la seriedad debidas.

Había miembros del Partido (que tienen también actualmente sus semejantes en todos los Partidos Comunistas clandestinos) que pensaban que ellos no debían ocuparse más que de los grandes problemas políticos y que todo lo concerniente a la técnica, a la conspiración, etc., no eran más que “futilezas” que no merecían su atención.

Si las circunstancias les obligaban, no obstante, a ocuparse de estas cuestiones, cumplían su cometido de cualquier manera, con tal de terminar lo más pronto posible. Admitamos, por ejemplo, que es necesario cifrar en un libro una carta urgente e importante. Este trabajo puede ser hecho a la ligera en una media hora, pero toma de dos a tres horas para ser hecho cuidadosamente (cifrar la carta y controlar lo escrito). Si el encargado de ese trabajo no quiere emplear su “precioso” tiempo en tales “futilezas”, puede resultar que la carta sea indescifrable o, lo que es peor aún, que el secreto contenido en la correspondencia sea descubierto por los gendarmes.

En ninguna parte, en ningún trabajo, la estricta observación de los detalles menudos que exige la conspiración tiene una importancia tan inmensa. Como veremos más adelante, V. Ilich consagraba la más seria atención y gran parte de su tiempo –realmente precioso– a estas “menudencias”, dando así el ejemplo a los activistas de todos los Partidos Comunistas legales o semilegales.

Métodos de maquillaje del Camarada Lenin

Una de las importantes condiciones que garantizaban más o menos a un revolucionario contra la detención, era su capacidad de disfrazarse, de confundirse con el medio ambiente, dando a su figura y todo su exterior el aspecto habitual en los medios o en las clases en las que debía trabajar. El revolucionario se perdía de este modo en la masa de otros individuos semejantes a él, haciendo más difícil su vigilancia.

Era igualmente importante para un miembro del Partido saber ocultar su verdadero nombre a los numerosos camaradas con los cuales realizaba el trabajo ilegal, y ser conocido por ellos sólo por su seudónimo o sobrenombre de Partido. Este disimulo hacía considerablemente más difícil el trabajo de los confidentes en el seno de la organización. Es verdad que mientras más importante era el papel desempeñado por un miembro de la organización, más difícil era observar esta regla de la conspiración; y, naturalmente, para el líder, para el jefe, esto era más difícil aún.

No era una simple curiosidad, sino la admiración, el orgullo y el amor por su jefe lo que empujaba al afiliado a hacer preguntas, a enterarse de algo de la vida de éste, y en muchos casos esto fue la causa de que se descubriese el secreto.

El hecho siguiente demuestra hasta qué punto Vladimir Ilich sabía observar las reglas de la conspiración. Durante un cuarto de siglo, el verdadero nombre de Vladimir sólo era conocido por un círculo relativamente reducido de camaradas. Sólo en el período que siguió a febrero, y en las jornadas victoriosas de octubre, Lenin Ulianov fue conocido por todos los miembros del Partido y de la clase obrera. Ya en el primer período de su actividad revolucionaria, en Petersburgo, Vladimir Ilich recurría a diversos seudónimos y algunos de ellos eran conocidos en los círculos de obreros avanzados y de intelectuales. Así, en los círculos obreros era conocido como “Nicolás Petrovich” y también

como “Starik” (el Viejo); en un círculo más restringido de camaradas, se le llamaba “Ilich”; en los periódicos marxistas legales, como, por ejemplo, en el “Novoie Slovo” (La Nueva Palabra), escribía bajo los seudónimos literarios de “Tulin”, “Vladimir Ilin”, “Karpov”. De año en año el número de sus apodos y de los nombres que llevaba en los pasaportes falsos, iba aumentando considerablemente.

A pesar del cuidado excepcional y de las precauciones de Vladimir Ilich en todo lo concerniente a la conspiración, tampoco él lograba llevarla hasta el final, y ocurría que en el curso de los acontecimientos se descubría casualmente lo que él ocultaba con tanto cuidado.

He aquí lo que relata a este respecto en sus memorias el obrero Kniasiev:

En 1893, mi abuela murió y yo tenía que recoger su herencia... Pedía consejo a los camaradas sobre lo que yo debía hacer para obtenerla. Ellos me enviaron a ver al abogado V. I. Ulianov, recomendándome no anotar su dirección.

Llegado a la casa número 7 de la callejuela de los Cosacos, con ayuda del plano que me habían dado, encontré el departamento 13; llamé. La portera de la casa vino a abrirme y me dijo que Ulianov no estaba en casa, pero que volvería muy pronto, permitiéndome esperarle en su cuarto. La habitación tenía dos ventanas. El mobiliario era extremadamente modesto. Una cama de hierro, un escritorio, tres o cuatro sillas, una cómoda. Después de mirar todo esto, me quedé cavilando, preguntándome qué clase de abogado podría ser éste, y si aceptaría ocuparse de mi asunto... El timbre se dejó oír, y muy pronto un hombre con sombrero de copa (por la ilegalidad, naturalmente) entró en el cuarto. “Ah, usted me espera ya”, dijo quitándose rápidamente el gabán y alisando las arrugas de su levita “un minuto, me cambio de ropa y examinaremos su asunto”. Al levantar la vista me quedé asombrado: – Pero... si es Nicolás Petrovich!...

Contando en sus memorias su viaje al extranjero para buscar a Vladimir Ilich, Nadejda Konstantinovna relata la forma cómo

Lenin, que residía en Munich, al comienzo del período de la “Iskra” (1901–1902), ocultaba su nombre y el lugar en que vivía.

Me dirigí a Praga, donde suponía que vivía Vladimir Ilich, con el apellido de Modratschek.

Antes había mandado un telegrama. Llegué a Praga; no me esperaba nadie en la estación. Esperé inútilmente. Muy confundida, tomé un coche, cuyo conductor lleva sombrero de copa, cargué mis maletas y nos pusimos en marcha. Llegamos a un barrio obrero, a un callejón estrecho, a una casa enorme en muchas de cuyas ventanas se aireaban los colchones.

Subí al cuarto piso. Me abrió la puerta una checa rubia. Pregunté por Modratschek, herr Modratschek. Salió un obrero y dijo: “Modratschek soy yo”. Estupefacta balbuceo: “No, Modratschek es mi marido”. Por fin, Modratschek adivinó de lo que se trataba. “¡Ah, seguramente es Ud. la esposa de herr Rittmeyer; vive en Munich, pero por mediación mía le mandaba a usted cartas y libros a Ufa”, dijo. Modratschek se paso todo el día conmigo, le hablé del movimiento obrero ruso, él me habló del austriaco, su mujer me enseñó las piezas de ropas confeccionadas por ella y me nutrió de albondiguillas checas.

Al llegar a Munich iba ataviada con un abrigo de pieles, y en aquel momento en Munich todo el mundo iba ya, sin abrigo. Aleccionada por la experiencia dejé mis maletas en la estación, en la consigna, tomé un tranvía y me fui en busca de Rittmeyer. Encontré la casa; el número 1 resultó ser una cervecería. Me acerqué al mostrador, detrás del cual se hallaba un alemán regordete y, presintiendo de nuevo que no había ido a parar donde convenía, pregunté tímidamente por el Sr. Rittmeyer. El cervecero contestó: “Soy yo” Completamente anonadada bulbucí: “No, Rittmeyer es mi marido”.

Y nos miramos uno al otro como dos imbéciles. Al fin llegó la esposa de Rittmeyer y después de echarme una ojeada, adivinó de lo que se trataba. “¡Ah!, seguramente es la mujer de herr Meyer. Herr Meyer espera a su mujer que debe llegar de Siberia. Venga usted conmigo.

Sigo a la señora Rittmeyer hacia un patio posterior de la enorme casa, hacia un piso inhabitable. Se abre la puerta y alrededor de una mesa se hallan sentados Vladimir Ilich, Martov y Anna Ilitchina. Olvidándome de dar las gracias a la patrona, empiezo a regañar:

“- ¡Diablo! ¿Por qué no has escrito dónde se te podía encontrar?”

“- ¿Cómo que no he escrito? Tres veces al día iba a recibirte a la estación. ¿De dónde vienes?”

Resultó que el individuo a cuyo nombre había sido enviado el libro con la dirección, se había quedado con él para leerle.

(.../...)

Vladimir Ilich, Martov y Potresov, habían hecho su viaje al extranjero con pasaportes legales, pero, así y todo, en Munich, decidieron vivir con documentos ajenos y alejados de la colonia rusa con objeto de no hacer caer en manos de la policía a los compañeros llegados de Rusia y expedir más fácilmente la literatura ilegal a nuestro país en maletas, cartas, etc.

Cuando llegué a Munich, Vladimir Ilich vivía sin registrarse en casa de ese Rittmeyer, con el nombre de Meyer. El cervecero Rittmeyer era socialdemócrata y ocultaba a Vladimir en su casa.

(.../...)

Cuando llegué tomamos el pasaporte de un búlgaro, de un cierto doctor Iordanov; añadimos al documento el nombre de la supuesta esposa del doctor, Maritsa, y nos instalamos en una habitación que vimos anunciada en los periódicos, en casa de una familia obrera. Antes de que yo llegara, desempeñaba el cargo de secretaria de la redacción de la “Iskra”, Inna Hermorevna Smidovich–Lehmann, la cual vivía también con pasaporte búlgaro y se llamaba Dimka.

(.../...)

Las cartas de Rusia eran mandadas a distintas ciudades de Alemania a nombre de compañeros alemanes, los cuales remitían la correspondencia al Dr. Lehmann, quien, a su vez, nos las enviaba nosotros.

Poco antes había ocurrido un incidente gracioso. En Rusia se había conseguido organizar, al fin, en Kichinev, capital de Besarabia, para la impresión de folletos, una imprenta dirigida por Akim (León Goldmann, hermano de Liber). Este mandó a la dirección de Lehmann una almohada en la cual había cosido varios ejemplares de los folletos publicados en Rusia. Sorprendido, Lehmann, se negó en correos a recibir la almohada, pero cuando los nuestros se enteraron de ello y llamaron la atención del doctor, éste recibió la almohada y declaró que en lo sucesivo tomaría todo lo que llegara a su nombre, aunque fuera un tren entero.

No estaba todavía organizado el transporte de la “Iskra” a Rusia.

La “Iskra” se mandaba principalmente en maletas de doble fondo por medio de distintas personas que las llevaban a Rusia a un sitio convenido.

(.../...)

Como vivíamos de un modo absolutamente ilegal, no nos veíamos en absoluto con los compañeros alemanes. (Krupskaia, “Recuerdos”, páginas 71 y siguientes, Ediciones Europa América.)

No llamar la atención

Uno de los rasgos característicos de Lenin era que, a pesar de ser el animador, el inspirador de todo el movimiento obrero, exteriormente parecía quedar en un segundo plano, esforzándose en no llamar la atención de los que le rodeaban, ni por su exterior, ni por sus palabras, ni por sus actos. El camarada Ilin me contó que un día fue en compañía de Lenin a una reunión obrera ilegal. En esta reunión, Vladimir Ilich tuvo que hablar mucho, mientras que Ilin, que tenía un exterior realmente imponente, había permanecido callado. Después de la reunión, algunos obreros expresaron su asombro de que “el pequeño” hubiera hablado todo el tiempo y tan bien, mientras que “Lenin” había callado. He aquí, por otra parte, cómo V. Kniasev (Colección sobre Ilich, edición de “Istpart”, de Leningrado) describe la llegada de Vladimir Ilich a la primera reunión del Círculo obrero (en 1891–1892), que tenía lugar en el cuarto de Kniasev.

A la hora convenida, alguien llama a mi puerta. Abro y veo un hombre de unos 30 años, con una pequeña barba rojiza, de cara redonda, de mirada penetrante, con una gorra calada hasta los ojos, con un abrigo de media estación con el cuello levantado, aunque estábamos en verano. Nada que pudiera revelar a qué medio pertenecía. Al entrar, me pregunta: “Vive aquí Kniasev?” A mi respuesta afirmativa, continúa; “Yo soy Nicolai Petrovich”. “Os esperamos”, respondí. “No he podido venir directamente, dijo, y por eso me he retrasado.”

Vladimir Ilich seguía teniendo en 1907 el mismo aspecto indefinido, el aspecto que tienen millones de empleados y obreros. He aquí lo que dice Vinogradov (ídem):

Llevaba una vieja americana de doble forro, a rayas finas, una camisa de satín azul oscuro con pequeñas pintas blancas. Los pantalones con rodilleras, negros, con los bordes raídos, botas engrasadas, que se habían vuelto rojizas.

En el extranjero, Vladimir Ilich se vestía a la europea, ya que las botas engrasadas y los pantalones con flecos se encuentran solo muy raramente entre los proletarios. Con esa indumentaria no hubiera podido escapar a la atención y a la desconfianza de la policía y de la masa de habitantes filisteos de las ciudades. El 14 de julio de 1910, el agente de la policía en el extranjero, Krapilnikov, envía desde Berlín al Departamento de Policía un informe, número 694, “absolutamente confidencial”, sobre las características de 40 emigrados políticos rusos, agregando que hasta entonces había sido imposible procurarse fotografías de ninguno de ellos. He aquí la filiación de Lenin y de su mujer, que data de 1909:

1. *Lenin*: estatura inferior a la mediana, de 40 a 42 años, pelirrojo, una enorme calvicie que abarca toda la cabeza, el resto de los cabellos cortados bien cortos, ojos grises, pequeños, astutos, nariz ligeramente remangada, tipo de cara kalmuk, pequeños bigotes rojos, recordados, barba afeitada, porte distinguido pero simple.

2. *La mujer de Lenin*: alta, de unos 40 años, cabellos castaños, delgada, inclinada hacia adelante, ojos grises, nariz pequeña, labios finos, porte siempre descuidado. (Colección editada por el “Istpart”, de Leningrado.)

Vladimir Ilich no se contentaba con ser extraordinariamente prudente y previsor: enseñaba a los demás a serlo y exigía que lo fueran. He aquí un caso característico a este respecto, que se refiere a la llegada de Vladimir Ilich a Ufa en 1900, contado por

A. Petrenko (“La Revolución Proletaria”, núm. 3/26):

Al día siguiente encontré a Vladimir Ilich y me fui con él al cuarto amueblado donde se había instalado. No recuerdo exactamente la conversación que tuve con él. Pero recuerdo claramente que cuando, en el corredor, pronuncié en voz más alta de lo habitual: “Nuestras divergencias”, Vladimir Ilich, con dulzura, pero en forma expresiva, me dijo: “Hay que ser más prudente, camarada; pueden escucharnos.” “¿Qué hay en esto de imprudente, Vladimir Ilich? Puede muy bien haber divergencias entre nosotros”. (En realidad, se trataba del libro clandestino de Pléjanov: “Nuestras divergencias.”) “No, dijo, no es así como hay que hablar, si no quiere llamar la atención sobre usted del ojo que vigila. Hay que esperar siempre lo peor de parte de los adversarios y pensar que nuestras palabras serán interpretadas en el sentido menos favorable; vale más figurarse el peligro mayor de lo que es en realidad y tomar las medidas correspondientes.”

Cualquiera que fuese el trabajo a que Vladimir Ilich se dedicase y por muy abstraído que pudiese estar, siempre estaba en guardia, observando lo que pasaba a su alrededor. He aquí por qué Vladimir Ilich no podía ser pillado de improviso, caer en una celda, y por eso mismo vigilar, arrestar a un revolucionario tan hábil, tan prudente, era para los gendarmes una tarea superior a sus fuerzas.

El camarada Adoratski cita un pequeño hecho que, sin duda alguna, debió reproducirse mil veces en la vida de Vladimir Ilich con pocas variaciones. Sucedió durante el período de emigración del camarada Lenin.

Una noche (en 1908), fui a ver a Vladimir Ilich, y me invitó a una cervecería. Nos instalamos en una mesa, pedimos cerveza y entablamos conversación. Vladimir Ilich se interesaba por mis ocupaciones. De súbito, Lenin interrumpió la conversación, y dijo: “Ese hombre es sospechoso”, e hizo un gesto imperceptible hacia un sujeto que acababa de colocarse cerca de nosotros y que sin duda era un espía. Acto seguido nos levantamos y salimos...

He aquí otro episodio de la vida de Vladimir Ilich del tiempo en que estaba obligado a ocultarse, en diferentes ciudades de Finlandia, de las persecuciones del gobierno “democrático” de Kerenski. Este episodio deja ver la importancia que el camarada Lenin atribuía a las exigencias de la clandestinidad.

El camarada en cuya casa Vladimir Ilich se ocultaba entonces en Helsingsfors, relata lo que sigue:

En los primeros tiempos, Vladimir Ilich no salía a la calle, permaneciendo en casa. Pero una noche, muy tarde, se decidió a salir conmigo a dar un pequeño paseo. Marchábamos en una profunda oscuridad (en 1917, en Helsingsfors, las calles no eran alumbradas a causa de los zepelines alemanes que podían volar sobre la ciudad). En el curso de la conversación, se me escapó su nombre sin darme cuenta. Lenin me llamó inmediatamente al orden indicándome que prestase más atención a las reglas de la ilegalidad. (Idem, pág. 67.)

A despecho de la clandestinidad

Hubo, sin embargo, casos en la vida de Vladimir Ilich en que obró violando los requisitos de la conspiración. Esos casos fueron muy raros. Y ocurría por lo común, a causa de los errores de los camaradas “especialistas”. Vladimir Ilich recuerda, por ejemplo, en forma ligeramente humorística, cómo vivió en 1906–1907, con el pasaporte de un georgiano (Rovio).

Nadieja Konstantinovna cuenta el viaje de Vladimir Ilich desde Petrogrado a Moscú en el invierno de 1905:

Tan pronto regresé a Petersburgo fui a verle. Me asombró el número de espías que acechaban desde todas partes. ¿Por qué ha empezado la vigilancia tan estrecha?, pregunté a Vladimir Ilich. Este no había salido aún de casa desde su llegada y no había observado nada. Al poner en orden las maletas, inesperadamente descubrí en las mismas unas grandes antiparras azules. ¿Qué es esto? Resultó que en Moscú le habían puesto esas antiparras, le habían dado una de esas maletas finlandesas azules tan características y le habían sentado en el tren rá-

pido en el último momento. Todos los policías, tomándole evidentemente por un expropiador, se habían puesto a seguirle. Era necesario marcharse sin pérdida de tiempo. Salimos cogidos del brazo y haciéndonos los indiferentes, tomamos una dirección contraria a la que nos convenía, cambiamos tres veces de coche, atravesamos las puertas de varios patios y llegamos finalmente a casa de Rumiantsev sin ser seguidos de nadie. Dormimos, si no ando equivocada, en casa de Vitmerman, un antiguo amigo mío. Pasamos en coche por delante de la casa en que vivía antes Vladimir Ilich. Los espías seguían en su puesto. Ilich no volvió más a ese piso. Dos semanas después mandamos a una muchacha a recoger las cosas y a pagar la cuenta a la patrona.

Cambio del aspecto exterior

A pesar de los rasgos característicos de su rostro y de su cabeza, Vladimir Ilich sabía, cuando era necesario, modificar su exterior hasta el punto de hacerse desconocido. Así, cuando regresó en 1907 del Congreso de Londres, su aspecto, según Nadiejda Konstantinovna, era completamente extraordinario, el bigote recortado, la barba afeitada, llevaba un gran sombrero de paja...

Es en 1917, sobre todo después de las jornadas de julio, cuando Vladimir Ilich se caracterizó de una manera particularmente notable. Ni sus amigos y parientes hubieran podido reconocerle al primer golpe de vista en “el obrero Ivanov, de la fábrica de Sestroretzk”. Reproducimos algunos extractos describiendo los tres meses de la vida clandestina del camarada Lenin en 1918:

Después de los acontecimientos de julio, Vladimir Ilich logró huir de Petrogrado, a pesar de las desenfrenadas persecuciones de los diversos órganos del gobierno y de los junkers (alumnos de las escuelas militares) inspirados por los social-traidores Aleksinski, Burtzev, et-cétera....

Algunos días más tarde, cuenta el camarada Sergio Ordjonikidze,

Stalin propuso ir a casa de Lenin para informarle de lo que sucedía, y recibir de él las directivas necesarias.

Me dieron la dirección del camarada Emilianov, que vivía no lejos de Sestroresk y el santo y seña. Obré con gran precaución, temiendo ser seguido por un espía y revelar así el retiro de Vladimir Ilich. Llegué de noche a la estación. Después de haber errado algún tiempo, encontré la casa del camarada Emilianov. Este no estaba en casa, y me recibió su mujer. Le dije el santo y seña. Pero resulta que yo no conocía el de la respuesta, y nos confundimos. La mujer de Emilianov no supo ocultar que conocía el retiro de Lenin, pero se negó categóricamente a decir dónde se encontraba. Traté de persuadirla de que yo era enviado por el C. C., pero ella seguía inflexible. Yo estaba extraordinariamente molesto. Tenía que ver a Ilich, insistía en verle, y al mismo tiempo sentía que obraba mal al tratar de persuadir a mi interlocutora de que violase las reglas de la clandestinidad. Perdí toda esperanza, y me disponía a partir, cuando ella me retuvo, llamó a su hijo, de unos 10 años, y me hizo partir en su compañía. Nos dirigimos hacia el lago, tomamos un bote y llegamos a la otra orilla, marchamos a través de los matorrales; yo me decía, que sin duda el camarada Lenin habitaba en una “dacha”⁵¹ y caminaba dócilmente tras mi joven guía.

De pronto nos detuvimos cerca de un prado, donde la siega había comenzado y donde se elevaba una parva de heno. El niño se puso a llamar a alguien; yo no comprendía nada, un hombre vino hacia nosotros. Era el padre del niño. Al saludarle, le expliqué el motivo de mi venida, pensando que sería él quien me conduciría más lejos. En ese momento, un hombre con el bigote y la barba afeitados, se me aproximó y me saludó. Yo le respondo simple y secamente. Entonces, golpeándome el hombro me dice: “Y bien, camarada Sergio, no me reconoce Ud.?” Era el camarada Lenin. (S. Ordjonikitze, “A la caza del jefe”, extracto de la colección “Primer aniversario”).

Tras una permanencia de tres semanas en la parva de heno, Vladimir Ilich se trasladó a Finlandia, pasando la frontera como fogonero de locomotora, “con las mangas recogidas, echaba una paletada tras otra” (Shotman).

⁵¹ Casa de campo.

Justamente en vísperas de la revolución de octubre Lenin regresó a Petrogrado, pasando la frontera finlandesa también disfrazado de fogonero. Partió de Viborg, disfrazado de pastor finlandés (Uho Latuka: “Sobre Ilich”). “Lenin preparaba su partida con gran cuidado. Todo había sido previsto hasta en sus más mínimos detalles: la peluca, la tintura para las cejas, el pasaporte finlandés, etc. Hasta había aprendido algunas palabras y algunas frases en finlandés...” (Rovio).

Correspondencia clandestina

Se entiende por esto la correspondencia en lenguaje convencional o por medio de signos convencionales (cifras), escrita, además, con un compuesto químico especial llamado tinta simpática, la cual es sólo visible después de un baño revelador.

Hay varias clases de tintas simpáticas, pero por buenas que sean, no pueden ser consideradas como garantía del secreto de la correspondencia y pueden ser descubiertas en cuanto, gracias a otros indicios, la carta parezca sospechosa y se realice un peritaje.

La correspondencia del camarada Lenin es notable por el siguiente hecho: por más que Vladimir Ilich empleara procedimientos completamente primitivos, y esto durante largos años, ni una sola de ellas reveló su secreto. Esto se explica por el extraordinario cuidado que concedió a los más mínimos detalles de su correspondencia (dirección, forma del sobre, contenido legal de la carta, etc.).

Así, en su carta a María Ilichnaia, Vladimir Ilich escribía desde el destierro, el 24 de febrero de 1898, lo que sigue:

Envíame además, Maniascha, los siguientes objetos: 1) un lápiz Hardmuth, N 6; 2) una caja de lacre y un sello cualquiera para lacrar las cartas. No hace falta que lleve nombre ni iniciales... (Cartas de Vladimir Ilich a sus parientes, publicadas por M. I. Ulianova, en “La Revolución Proletaria”, número 5/88.)

Cerrando sus cartas con ese sello, Vladimir Ilich hacía mucho más difícil a los gendarmes el trabajo de censura y permitía reconocer si una carta había o no pasado por las manos de los gendarmes.

Lenin logró hasta en prisión, ponerse en comunicación con las organizaciones del Partido y establecer una correspondencia legal.

La camarada A. I. Ulianova–Elizarva describe minuciosamente la forma como Vladimir Ilich escribía, mientras estaba en la prisión preventiva de Petersburgo (de 1895 a 1897):

La primera carta que escribió desde la prisión, el 2/1/1896, habla del plan de trabajo que más tarde dio por resultado su obra “El desarrollo del capitalismo en Rusia”. Se dirige más bien a los camaradas; que seguían en libertad, lo que va indicado en la carta: “Quizá encontraréis útil comunicar esta carta a alguien que pudiera aconsejaros.” El tono serio de toda la carta y la larga lista de libros científicos, colecciones de estadísticas que adjuntaba, ocultaban su objeto con arte. La carta llegó intacta. Y no obstante, Vladimir Ilich preguntaba en ella, ni más ni menos, quiénes eran los que habían sido arrestados con él. Aunque nada hubiera estado convenido de antemano, lo hizo con tanta maestría que los camaradas comprendieron y le respondieron inmediatamente, sin que los astutos policías se percatasen de nada.

Desgraciadamente, sólo la primera parte de esta carta nos ha quedado, faltando la lista de libros que llevaba adjunta; esta lista, evidentemente, se perdió mientras se buscaban los libros. Una gran parte de los libros citados en la lista eran en realidad necesarios a Vladimir Ilich para su trabajo, de manera que su carta corría a la vez dos liebres y, contrariamente a lo que dice el proverbio, mató las dos. Guardo en mi memoria sólo algunos de los títulos que Vladimir Ilich introducía con arte en su lista, combinándolos, magistralmente con los nombres de los camaradas por cuya suerte se interesaba. Estos títulos iban acompañados de un signo de interrogación, como si Ilich, al escribir, quisiese indicar que el título, citado de memoria, no era quizá completamente exacto. En realidad, cada signo de interrogación colocado después del título de un libro, indicaba que no se trataba de un libro, sino que Vladimir Ilich quería ser informado de la suerte de un

camarada. Para ello se servía del sobrenombre de los camaradas. Así, para informarse sobre V. V., Starkov, apodado Vevé, escribía en su carta: V. V. “Los destinos del capitalismo en Rusia”. Para tener noticias de Vaneev y Sylvin (de Nijni Novogorod), apodados Minin y Poysarski, escribía: Kostomarov “Los héroes del tiempo turbulento.” Sin embargo, se trataba de un libro científico histórico. No podía exigirse naturalmente de los que verificaban el contenido de las pilas de cartas, notar esta falta de concordancia; hubiera sido pedirles demasiada perspicacia.

No obstante, no todos los sobrenombres en cuadraban tan bien en los títulos de libros de ciencia. Uno de los títulos siguientes, deslizado entre los de las obras que Vladimir Ilich necesitaba realmente para su trabajo decía; Brehm: “Los pequeños roedores.” Aquí el signo de interrogación que seguía preguntaba claramente a los camaradas qué es lo que había sido de Krjijanovski, apodado “el musgaño”. El título, escrito en inglés, “The lamprey”, designaba a Krupaskaia, apodada pescado o lamprea. Estas denominaciones hubieran podido, al parecer, llamar la atención de la censura, pero el tono serio de la carta, el gran número de libros citados y además la frase escrita en la segunda página: “La diversidad de los libros servirá para compensar la uniformidad del medio”, adormecieron la vigilancia de los argos.

Desgraciadamente, no he guardado en mí memoria más que esos pocos títulos, que en su tiempo nos hicieran reír mucho. Recuerdo además el nombre Goutchoule, escrito intencionalmente, según la difícil y complicada ortografía francesa, nombre imaginado de no se que libro histórico del cual no recuerdo el título. Quería designar a Gutsul, es decir, a Zaporoyetz⁵².

Todavía mucho tiempo después, Vladimir Ilich encontraba que aquella forma de conspiración era cómoda y permitía alcanzar su objeto, y en ciertas ocasiones la recomendaba a los camaradas.

Vladimir Ilich, escribe Adoratski, me dio, además, un consejo útil (era en 1903, N. K.) Viendo que mis libros llevaban a veces al mar-

gen acotaciones en inglés, me hizo notar, sonriendo maliciosamente, que esas frases a veces tenían una ortografía extraña y me aconsejó hacer, como acotaciones al margen, extractos de resoluciones, etc., que parecieran citas de Dickens, de Thackeray o de la Biblia, y efectivamente, los gendarmes no les prestaban atención. (“La Revolución Proletaria”, número 3/26).

Pero, junto con la correspondencia legal, Vladimir Ilich estableció igualmente desde su prisión una correspondencia secreta, con ayuda de signos convencionales en los libros o con tinta simpática.

En cada paquete de libros, escribe A. I. Elizarova, había siempre uno que contenía una carta cifrada, puntos o trazos de lápiz en las cartas. De esta manera, manteníamos correspondencia durante todo el tiempo de la prisión de mi hermano. Cuando él recibía un paquete de libros buscaba inmediatamente el que contenía la carta (lo reconocía por algún signo convenido). El envío de libros por intermedio del fiscal se hacía sin ningún retardo; habitualmente los presos los recibían al día siguiente de haber sido enviados. Recuerdo que a veces, impaciente por comunicar ciertas noticias o por pedir ciertos informes a Ilich, yo le llevaba libros en la tarde del miércoles y recibía la respuesta, cifrada en los libros que él me enviaba, al día siguiente, por intermedio del guardián de la prisión.

Es así como por medio de la ligazón con el exterior, Ilich, convenía en la correspondencia interior de la prisión, indicando donde había que buscar, durante el paseo, el pequeño billete escondido en una bolita de pan.

El paseo se hacía en lo que llamaban “el establo” o “el cercado”, es decir en el patio, donde se elevaba una construcción en forma de estrella, hecha de planchas más altas que la talla de un hombre. Cada ángulo de la estrella era ocupado por un preso que paseaba allí. El guardián cuidaba de que los presos no tuvieran ninguna comunicación entre sí.

Una indicación detallada del lugar en que se encontraba el billete (en qué punta de la estrella, entre qué planchas y en que extremo, fijaba al mismo tiempo el lugar de éste para las veces siguientes).

⁵² “La revolución proletaria”, num. 3

Además, mi hermano se comunicaba con los camaradas de la prisión por medio de puntos en los libros de la biblioteca de la prisión. Entonces era por medio de los parientes como había que transmitir el consejo de leer, tal o cual libro...

El camarada Krjiyanovski, arrestado al mismo tiempo que Lenin y encerrado en la misma prisión, hace el siguiente relato, mostrándonos la seriedad y el cuidado que Lenin ponía en su correspondencia:

Logramos por intermedio de la biblioteca de la prisión y de las personas que venían a visitarnos, establecer relaciones activas los unos con los otros. Esto no pasó siempre sin incidentes. Una vez ocurrió que en lugar de mi primera carta cifrada según una cierta poesía en un libro convenido, Vladimir Ilich encontró en otro libro de la biblioteca de la prisión, otra carta cifrada igualmente por puntos. Él me contó, más tarde, que no pudiendo descifrarla usando la cifra convenida, se indignó de mi embrollo inadmisibles. Pero Lenin no era hombre que retrocediese: El que había cifrado la carta era, en todo caso, persona sin experiencia. Vladimir Ilich reflexionó sobre la situación, e hizo muy pronto deducciones simples y justas.. Los signos a que habría recurrido el que cifró la carta en su repetición, corresponderían, sin duda, a la repetición que tienen las letras en todo texto ordinario.

Entonces se puso a contar el número de veces que se repetía tal o cual letra y ver en qué relación se repetía; luego buscó a qué cifra correspondía en la correspondencia cifrada. Después de dos días de trabajo, la carta fue descifrada. Era la correspondencia de un criminal a otro la que descifró Vladimir Ilich.

No obstante, si el lector ensaya hacer un trabajo análogo, se vencerá bien pronto que para eso es necesaria una fuerte dosis de energía; pero Vladimir Ilich no escatimaba nunca su energía cuando se trataba de cualquier cosa referente a su deber de camarada. (Colección "El Primer Aniversario", artículo "Ilich en prisión".)

Ni siquiera, en prisión, Vladimir Ilich podía perder de vista el trabajo clandestino, se puso a escribir cosas ilegales y encontró el medio de transmitir las al exterior. Es, sin duda, la página más interesante de su vida en prisión. Las cartas del exterior le informaban de las hojas y otras ediciones clandestinas que aparecían y expresaban el pesar de

que no escribiera él mismo. Huelga decir que no le faltaban deseos. Naturalmente, era completamente imposible obtener un reactivo químico cualquiera en la prisión. Pero Vladimir Ilich recordó, me lo contó más tarde, un juego infantil que le enseñó su madre: escribir con leche y luego hacer aparecer la escritura calentando la hoja sobre una bujía o una lámpara. Todos los días recibía leche en la prisión. Lenin se confeccionó pequeños tinteros con migas de pan llenándolos con algunas gotas de leche, y se puso a escribir entre las líneas de un libro que sacrificó. Al efecto, se le enviaba literatura que podía utilizar sin pena para ese fin. De este modo, las cartas cifradas por medio de puntos, fueron reemplazadas por ese procedimiento mucho más expeditivo. Por medio de una carta cifrada con puntos, Ilich hizo saber que en tal página había una carta química que había que someter a la acción del calor, colocándola sobre una lámpara.

Lenin empleó ese procedimiento mucho más que nosotros a causa de las dificultades que había para calentar la carta en la prisión. Nadiejda Konstantinovna cuenta, sin embargo, que bastaba para revelar la sumergir la carta en el té caliente y que se comunicaban en esa forma Lenin y ella por medio de cartas escritas con leche o limón en la época en que se encontraban en la prisión preventiva (otoño de 1896).

En general, Ilich, que se proponía siempre ser de una escrupulosa precisión y economizar fuerzas, estableció un signo especial que indicaba en qué página se encontraba la carta cifrada, para que no fuera necesario hojear todo el libro y buscar en todas partes. Ante todo, había que buscar el signo en la página 7. Era un ligero trazo de lápiz; la multiplicación del número de líneas por el número de letras que señalaba el trazo, indicaba la página. Por ejemplo, si era la séptima letra de la séptima línea, había que buscar la carta en la página 49. De esta manera, nos era fácil, a él y a mí, encontrar rápidamente en la pila, a veces bastante grande, de libros, el libro y la página donde estaba la carta.

Ese modo de indicación (la página cambiaba de vez en cuando) ha sido constantemente empleado por nosotros, y es así como yo determiné el lugar en que se encontraban las últimas cartas que precedieron a la Revolución y que fueron en gran parte escritas por la mano de Nadiejda Konstantinovna en 1915 y 1916.

Intencionalmente, Vladimir Ilich confeccionaba tinteros minúsculos, pues así eran fáciles de tragar al menor movimiento del guardián,

al menor ruido sospechoso.

Al comienzo, cuando no se había habituado aún a las condiciones de la prisión preventiva y cuando la administración de la prisión no se había acostumbrado todavía a considerarle como un preso bien equilibrado, serio, amante del estudio, le ocurrió a menudo tener que tragarse sus tinteros. Riendo, contaba que un día se había visto obligado a tragar seis. Recuerdo que en esos años, antes y después de su prisión. Ilich se complacía en repetir “No hay astucia que no pueda desbaratarse” e inventivo como era, se ejercitaba en ello en la prisión.

Desde su prisión, Ilich escribía volantes, el folleto “Sobre las huelgas”, luego el programa del Partido y una “Nota explicativa” bastante detallada (A. D. Elizarova, *idem.*) “Así como en libertad, Ilich era el centro del trabajo revolucionario, en la prisión era el centro de las relaciones con el exterior” (M. K. Krupskaja, “Recuerdos sobre Lenin”)

Por otra parte, no solamente en prisión, sino también durante los años que siguieron, Vladimir Ilich empleaba toda clase de medios preventivos para que sus cartas lograran su objeto sin perjudicar a nadie, engañando a los gendarmes. M. I. Ulianova, al publicar ‘Las cartas íntimas’, hace notar en el prefacio las particularidades características de la correspondencia de su hermano:

Las cartas de Vladimir Ilich, dirigidas directamente a su madre, a sus hermanas o a su hermano, no contenían casi ningún nombre o apellido, eso podría haber acarreado molestias a las personas cuyo nombre hubiese sido mencionado. Había que hablar por medio de imágenes acerca de las ediciones clandestinas, de la correspondencia conspirativa, de los libros conteniendo cartas cifradas, etc...

A fines de diciembre de 1900, la que escribe estas líneas envió a Vladimir Ilich, del extranjero, el “Manifiesto del Partido socialista revolucionario”, por intermedio de Krassin, que le ocultó en un álbum de fotografías. El envío agradó mucho a Vladimir Ilich, y en su carta del 16 de enero de 1901, escribe: “Os agradezco mucho los libros enviados y sobre todo las fotografías tan hermosas e interesantes enviadas con el primo de Viena. Sería deseable recibir más a menudo regalos semejantes...” (“La Revolución Proletaria”, núm. 11/94.)

La compañera Elizarova cuenta también casos semejantes:

Y durante todo ese año (1898) mantuvimos con Vladimir Ilich una activa correspondencia química. Cuando él hacía notar, enumerando los libros recibidos, que tal “Revista del Congreso de técnicos” o que cual “prueba del archivo” eran especialmente interesantes, quería decir, evidentemente, que la carta química había sido recibida. (“Rev. Prol., número 4/87.”)

La “Iskra” así como otras ediciones ilegales, eran enviadas a Rusia en sobres, a direcciones legales y “limpias”. Indicábamos igualmente direcciones semejantes para recibir nuestra literatura. Y así en esas cartas legales, se nos informaba del envío de un paquete, para que oportunamente pudiéramos informarnos en casa del destinatario.

Al comienzo de su permanencia en el extranjero, Vladimir Ilich, por razones de clandestinidad, no nos daba su dirección personal y cuando vivía en Suiza o en Munich, nosotros le escribíamos a París o a Praga. (M. Ulianova, *ídem.*)

De la carta de Vladimir Ilich a P. B. Axelrod, fechada el 29-17 de septiembre de 1897, y enviada por intermedio de la camarada Elizarova, a su paso por Berlín, se desprende que Vladimir Ilich no conocía ni empleaba entonces más que una forma de correspondencia, la que se hace por medio de la tinta simpática, revelándose bajo la acción del calor.

No conozco más que un medio —se dice en esa carta a Axelrod—, el que empleo para escribir estas líneas. Se trata de saber si puede encontrarse alguien para copiar y que se encargue de este trabajo que no es fácil. Usted encuentra, evidentemente, que es imposible, y que, por otra parte, este modo de correspondencia no es conveniente pero yo no conozco ningún otro. Por sensible que esto sea, yo no me desanimo: si no tenemos éxito inmediatamente, lo tendremos quizás más tarde... (“Ilich en la deportación”, art. A. I. Elizarova. “La Revolución Proletaria”, t. 2-3, 85-86.) Se trataba del establecimiento de relaciones entre el camarada Lenin y el extranjero y del envío de artículos.

Transportes ilegales

Durante su vida errante a través de Rusia y el extranjero, Vladimir Ilich tuvo ciertamente más de una vez que transportar consigo literatura y otros materiales ilegales. En la mayoría de los casos, terminaba felizmente, y muchos de estos casos habituales en la vida de un revolucionario quedaron sin dejar huellas, ni en la memoria del que había asegurado el transporte, ni en la de sus colaboradores más próximos. Pero otra cosa era cuando no todo iba bien; ese caso no se olvidaba y su conocimiento debía servir para evitar su repetición.

Los camaradas Krupskaja y Elizarova, en sus “Recuerdos sobre Lenin”, nos relatan un caso semejante:

El verano de 1895, Vladimir Ilich lo pasó en el extranjero, en parte en Berlín, donde asistía a las reuniones obreras, y en parte a Suiza, donde vió por primera vez a Plejánov, Axeirod y Zazulich. Regresó lleno de impresiones y con una maleta de doble fondo llena de literatura ilegal.

Vladimir Ilich fue detenido, no en la frontera, sino en Petersburgo. Poco tiempo después de su arresto, Vladimir Ilich, en una carta cifrada, pedía que se advirtiese inmediatamente a su familia de que a la pregunta: “¿Dónde está la maleta traída del extranjero, había contestado que la dejó en casa en Moscú. Que compren una maleta parecida y que la hagan pasar por la mía, pero pronto, de lo contrario, habrá detenciones...” Esta maleta inquietó mucho a los camaradas en los primeros tiempos de la detención; si bien se había dejado pasar a Ilich con esa maleta, sin duda, había sido notada. La pregunta hecha en el momento de la detención, o inmediatamente después, lo probaba; después de haberle dejado pasar la frontera, quizás intencionalmente con objeto de obtener una copiosa cosecha, habían sin duda perdido su pista en Petersburgo y se buscaban sus rastros. Ilich contaba que en la frontera no sólo habían registrado la maleta, sino que aun habían golpeado contra el fondo, de lo cual deducía que la presencia del doble fondo había sido notada y que él había sido descubierto. (A. I. Elizarova, “Vladimir Ilich en prisión”, “La Revolución Proletaria”.)

Krupskaja escribe:

Inmediatamente la policía empezó a vigilar de cerca a Vladimir Ilich y a su maleta. En aquel entonces, una prima mía estaba empleada en la “oficina de direcciones”. Dos días después de la llegada de Vladimir Ilich dicha prima me contó que por la noche, cuando estaba de servicio, llegó un agente de policía, y mientras manejaba displicentemente las fichas de las direcciones, dijo en tono jactancioso: “Hemos seguido a un delincuente político importante, Ulianov; su hermano fue ahorcado; ha llegado del extranjero, ahora no se nos escapará”. Mi prima, sabiendo que yo conocía a Vladimir Ilich se apresuró a comunicarme esta noticia. Yo, naturalmente, advertí sin pérdida de tiempo a Vladimir Ilich. (Krupskaja, “Recuerdos”, página 27, Ediciones Europa América.)

Naturalmente, la maleta permaneció invisible para los gendarmes, y esta vez Vladimir Ilich fue muy pronto puesto en libertad. En 1900, antes de partir para el extranjero.

Poco antes de salir para el extranjero estuvo a punto de que fracasaran todos los planes de Vladimir Ilich. Llegó a Petersburgo, de Psokov, al mismo tiempo que Martov. Se les siguió y fueron detenidos. En el chaleco, Ilich llevaba dos mil rublos, recibidos de la “Tía” y notas con direcciones del extranjero, escritas por procedimiento químico en una hoja de papel de carta, en la cual, para despistar, se había escrito con tinta una cuenta cualquiera. Si a los gendarmes se les hubiera ocurrido calentar la hoja, Vladimir Ilich no hubiera podido fundar el periódico en el extranjero. Pero tuvo suerte y diez días después se le puso en libertad. (Krupskaja, “Lenin”. págs. 67–68, Ediciones Europa América.)

Se sabe muy poco de la manera cómo Vladimir Ilich guardaba la literatura clandestina:

En el año de 1890, le servía de depósito clandestino, una mesita que construyó un ebanista conforme a los planos de Vladimir Ilich. La bola torneada en que terminaba el único pie de la mesa se abría, y en

el espacio libre podía colocarse fácilmente un paquete bastante voluminoso. Es allí donde yo ocultaba por la noche la parte del trabajo que había copiado, mientras que las hojas del original que habían sido reveladas al calor de una lámpara eran cuidadosamente destruidas. Esa mesita prestó servicios importantes. Durante los registros en casa de Vladimir Ilich y de Nadiejda Konstantinovna, la mesita no fue abierta. La parte del programa que había sido copiada en último término, no fue tocada y me fue entregada al mismo tiempo que la mesa por la madre de Nadiejda Konstantinovna. Su aspecto no despertaba sospechas y sólo más tarde el escondrijo no cerraba bien por haberse desgastado la rosca. (A. I. Elizarova.)

En la deportación, Vladimir Ilich ponía menos cuidado en ocultar las obras clandestinas. No se imponía, por otra parte, una prudencia particular. Un registro inesperado hecho poco antes del término de su deportación estuvo a punto de desbaratar el grandioso plan de trabajo esbozado por Vladimir Ilich. Sólo gracias a su presencia de espíritu y a su astucia, el registro no logró ningún resultado.

Durante las horas de insomnio forjó su plan en todos los detalles, lo discutió después con Krjijanovski y conmigo, escribió a propósito de él a Martov, a Potresov, y se puso de acuerdo con ellos para marchar al extranjero. Cuanto más tiempo iba pasando, más se iba apoderando de Vladimir Ilich la impaciencia, más se sentía impulsado por el afán de entregarse al trabajo. Por añadidura, en aquellos momentos, fuimos objeto de un registro. El resguardo de una carta dirigida a Vladimir Ilich fue a parar a manos de los gendarmes. En dicha carta se hablaba de un monumento a Fedoseiev⁵³ Los gendarmes se aprovecharon de la ocasión para verificar el registro. La carta la encontraron; resultó que era inofensiva, examinaron correspondencia y tampoco hallaron nada interesante. Según nuestra vieja costumbre petersburguesa, guardábamos por separado la correspondencia legal e ilegal. Esta última, a decir verdad, se hallaba en el estante inferior del armario. Vladimir Ilich dió una silla a los gendarmes para que empezaran

⁵³ Militante de gran valor por quien Lenin sentía un profundo respeto.

el registro por los estantes superiores, donde había varias publicaciones de estadística. Los gendarmes se fatigaron tanto que el estante inferior ni siquiera le examinaron, dándose por satisfechos con mi declaración de que en dicho estante no había más que mi biblioteca pedagógica. (Id., págs. 59–60.)

El paso de la frontera

Más de una vez Vladimir Ilich tuvo que pasar clandestinamente la frontera rusa. Más arriba hemos recordado ya con qué precauciones excepcionales y con qué arte había pasado por dos veces la frontera después de las jornadas de julio de 1917, a pesar de los enormes riesgos de tal viaje. Pero la vida de Vladimir Ilich estuvo en un peligro mucho mayor todavía, cuando, diez años antes, se vio obligado a emigrar de nuevo y de abandonar su último asilo en Finlandia. Krupskaja cuenta:

Mientras yo arreglaba mis asuntos en Petersburgo, faltó poco para que Ilich pereciera al salir para Estocolmo. La vigilancia era tan estrecha, que marcharse por la vía habitual, tomando el vapor en Abo, equivalía a una detención segura. Había habido ya casos de detención en el momento de tomar el vapor. Uno de los compañeros propuso tomarlo en la isla próxima. Esto no ofrecía peligro en el sentido de que la policía rusa en dicho punto no podía proceder a la detención, pero hasta la isla había que marchar durante tres verstas por el hielo, y éste, aunque estuviéramos en diciembre, no era firme en todas partes. No había nadie que se prestara a arriesgar la vida. Finalmente se comprometieron a acompañar a Ilich dos campesinos que habían bebido más de lo necesario. Y he aquí que mientras por la noche emprendían la marcha por el hielo, faltó poco para que perecieran los tres: en un sitio el hielo empezó a hundirse y consiguieron salvarse con grandes trabajos.

El compañero finlandés Bolgo, fusilado más tarde por los blancos, y con ayuda del cual me trasladé a Estocolmo, me explicó después lo peligroso que era el camino escogido y me dijo que solo la casualidad había podido salvar a Ilich de la muerte. Ilich decía que cuando el hielo empezó a ceder bajo sus pies, pensaba: ¡Qué modo más estúpido de perecer!

Participación en las reuniones clandestinas

Basta recordar un solo episodio de la vida de Vladimir Ilich, que se refiere a su participación en la Conferencia del Comité Central y del grupo dirigente de los bolcheviques, precedente a las jornadas de octubre, para comprender el sentido y la importancia de las reglas de la clandestinidad que cada uno debe seguir puntualmente, con el fin de no hacer fracasar las reuniones.

El camarada Chetman nos describe detalladamente esta reunión que tuvo lugar en Petrogrado el 20 de Octubre de 1917:

Vladimir Ilich, que vivía desde fines de septiembre en Lesnoie... encontraba de vez en cuando a algunos miembros del Comité Central, en casa de M. I. Kalinin (hoy presidente de la U.R.S.S.) o de N. Koko, obrero de la fábrica "Aivaz". Habitualmente, Vladimir Ilich salía al anochecer; el bigote y la barba afeitados, con peluca, hubiera sido difícil reconocerle. Llegado a Petrogrado, él mismo se había encargado de la preparación de Octubre... El día de la Conferencia, a eso de las seis de la tarde, Eino Rajia y yo, nos separamos no lejos de la estación Lanskaia. Rajia fue a buscar a Vladimir Ilich y yo al camarada Zinoviev; nos habíamos puesto de acuerdo para encontrarnos a las siete en el cruce de la carretera de Viborg y la perspectiva Murinsk. Estaba muy oscuro, caía una lluvia fina y soplaban un viento brusco, y violento. Exactamente a las siete, Zinoviev y yo nos encontrábamos en el lugar convenido, Rajia y Vladimir Ilich llegaron algunos minutos después. Rajia tomó la delantera con Zinoviev, mientras que nosotros les seguíamos a algunos pasos. Un poco antes de llegar a la Duma de radio, tomamos por una pequeña callejuela, y nos decidimos a inspeccionar los alrededores de la casa para ver si no había nada sospechoso, y darnos cuenta del número de participantes que habían llegado ya. Mientras estábamos los cuatro en la pequeña callejuela, Rajia nos contó lo que acababa de pasar a Vladimir Ilich; después de abandonar su departamento, cuando iban cruzando una calle, una ráfaga de viento le quitó la gorra y con ella la peluca. Felizmente, estaba oscuro y no había nadie cerca de ellos. Sólo el pañuelo del cual se sirvió Vladimir Ilich para quitar el barro a su peluca, sufrió de ese pe-

queño accidente...

Dejándolos en la callejuela, fui a inspeccionar los alrededores de la casa y no encontré nada sospechoso; entré, sólo había 5 o 6 personas. Quince minutos más tarde, Rajia nos dijo que había 10 personas, luego volví otra vez, y más tarde Rajia. Esto continuó así durante una hora. Vladimir Ilich estaba furioso a causa de la poca puntualidad de los camaradas de responsabilidad, y hubo un momento en que propuso regresar a casa y resolver la cuestión de la Revolución, prescindiendo de esa Conferencia.

Solo 23 personas asistieron a esta histórica conferencia...

Vladimir Ilich y Zinoviev fueron los primeros en abandonar la reunión. Rajia y yo les conducimos hasta sus casas... (Sobre Lenin, Colección de recuerdos, 1925.)

Nos limitamos a estos testimonios que nos pintan con colores suficientemente vivos a Vladimir Ilich como militante ilegal, como revolucionario proletario práctico, y pasaremos ahora a la herencia literaria que nos legó Lenin sobre la estructura de organización y los métodos de edificación de un partido ilegal.

II

Lo que dice Lenin sobre la estructura orgánica y los métodos de edificación de un Partido ilegal.- “¿Qué Hacer?”

Las ideas de Lenin sobre la estructura orgánica y los métodos de edificación de los partidos ilegales, son expuestas con perfecta precisión en su célebre folleto. “¿Qué hacer?”. Este folleto, a pesar de estar escrito hace treinta años, conserva todavía todo su valor de actualidad. Ni que decir tiene que sería simplemente estúpido querer aplicar en forma mecánica a las condiciones contemporáneas de los países capitalistas las indicaciones contenidas en este folleto, correspondientes a las condiciones de la Rusia zarista de antes de 1905.

Pero “¿Qué hacer?” puede ser recomendado a todo miembro activo de los Partidos Comunistas de esos países, para que puedan estudiar y comprender con su ayuda cómo deben abordarse y cómo deben resolverse las cuestiones fundamentales relativas a la edificación del Partido Bolchevique y al trabajo de masa del Partido en las condiciones de un feroz terror policíaco.

Apenas aparecido “¿Qué hacer?”, los oportunistas de todos los colores y matices se lanzaron al asalto, acusando a Lenin de tergiversar los principios esenciales del marxismo y de querer subrepticamente suplantar el partido proletario de masas, por círculos estrechos de conspiradores “revolucionarios profesionales”. El órgano central de los *socialimperialistas franceses*,

Le Populaire, en 1931 exhuma de nuevo esta arma menchevique de los archivos, tratando de contrarrestar con argumentos de ese género el interés de los proletarios franceses por el leninismo y por el Partido Comunista francés.

Fue Lenin, en efecto, quien planteó bien categóricamente la cuestión de que el Partido socialdemócrata ruso de entonces, debía ser una organización de revolucionarios profesionales, que “debe comprender principalmente a gentes que tengan por profesión la actividad revolucionaria (por esta razón habló de una organización de revolucionarios, teniendo en cuenta a los revolucionarios socialdemócratas)”. Con esta definición, el camarada Lenin erigía una barrera infranqueable entre el concepto revolucionario bolchevique y el oportunista, reformista, del carácter del partido político del proletariado.

Para Lenin, el partido político del proletariado es la organización de los proletarios de vanguardia, que han *comprendido* la necesidad de la lucha revolucionaria contra sus enemigos de clase y que han *decidido* firmemente participar en forma activa en esa lucha, por sus promotores y organizadores. En las condiciones de existencia ilegal, una organización de esta índole tiene que ser inevitablemente una organización estrecha, y este principio debe ser considerado, como una de las reglas esenciales de la edificación de los Partidos Comunistas ilegales.

Los Partidos Comunistas ilegales deben ser organizaciones estrechas. El enrolamiento de nuevos miembros en las filas de los Partidos Comunistas ilegales, debe efectuarse inevitablemente con una prudencia muy grande, tanto para no dejar introducirse en ellas a agentes de la policía, como para no debilitar al Partido con elementos que son incapaces de sostener una lucha revolucionaria. Esos elementos, leyendo libros, pueden comprender teóricamente que la lucha revolucionaria por la dictadura del proletariado es inevitable, pero, en la realidad, resultan a menudo incapaces de tomar una participación activa en esta lucha, incapaces de sacrificarse en aras del ideal revolucionario, incapaces de resistir y vencer las represiones de las clases

dominantes y de sus agentes de toda clase, secretos o declarados.

Resumiendo su polémica con los elementos oportunistas del movimiento obrero ruso, Lenin fija ya en 1903 “¿Qué hacer?” los siguientes principios de la edificación del Partido estrictamente ilegal:

Principios de Organización de un Partido Comunista Ilegal

Yo afirmo: 1. Que no puede haber un solo movimiento revolucionario sólido, sin una estable organización de dirigentes que mantenga la continuidad; 2) que mientras más numerosa sea la masa arrastrada espontáneamente a la lucha, constituyendo su base y participando en ella, más indispensable es esa organización y más sólida debe ser, pues de otro modo sería fácil a los demagogos arrastrar a las capas atrasadas de la masa; 3) que esta organización debe componerse principalmente de revolucionarios profesionales; 4) que, en un país autocrático, cuanto más reduzcamos los efectivos de esta organización, hasta el punto de no aceptar en ella más que algunos revolucionarios profesionales iniciados en la lucha contra la policía política tanto más difícil será “coparla”; 5) que tanto más numerosos serán los obreros y los elementos de las demás clases que podrán militar en el movimiento, y militar en él activamente.

¡Qué nuestros “economistas”, nuestros terroristas y nuestros “terroristas-economistas” refuten, si pueden, estas tesis!

Analizando este resumen de Lenin, vemos que para él la restricción del número de miembros, así como, en general, todo el sistema clandestino de la organización ilegal del Partido, constituye un medio de asegurar a la organización la posibilidad de desarrollar el trabajo de masas lo más intensamente posible, y de arrastrar a las más amplias masas de la clase obrera y de las otras clases trabajadoras a la lucha revolucionaria.

En la misma obra “¿Qué hacer?”, Lenin escribe lo que sigue, explicando esta regla fundamental de la estructura y de los mé-

todos de trabajo de una organización ilegal del Partido:

Centralización de la Dirección y descentralización de las funciones

La centralización de las funciones clandestinas de la *organización* no implica de ningún modo la de todas las funciones del *movimiento*.

Lejos de disminuir, la participación activa de las grandes masas en la literatura ilegal *decuplicará*, cuando “una decena” de revolucionarios profesionales centraliza en sus manos las funciones clandestinas de esa labor. Entonces, y sólo entonces, lograremos que la lectura de la literatura ilegal, la colaboración en las publicaciones ilegales y la difusión dejen *casi de ser un trabajo clandestino*, pues la policía comprenderá bien pronto el absurdo y la imposibilidad de las persecuciones judiciales y administrativas contra cada detentor y propagador de publicaciones difundidas por millares de ejemplares.

Y así, en todas las funciones del movimiento, incluso las manifestaciones. La más activa y más amplia participación de la masa en una manifestación, lejos de ser perjudicial, ganará mucho si “una decena” de revolucionarios probados, por lo menos tan bien instruidos profesionalmente como nuestra policía, centraliza todos los aspectos clandestinos de ella: edición de hojas volantes, elaboración de un plan aproximado, nombramiento de un Estado Mayor de dirigentes para cada barrio de la ciudad, para cada centro fabril, para cada establecimiento de enseñanza, etc.

La centralización de las funciones clandestinas por la organización de revolucionarios, enriquecerá y ampliará, lejos de debilitarla, la acción de una multitud de otras organizaciones destinadas al gran público (y, por consecuencia reglamentadas menos estrictamente y lo menos clandestinas posible); sindicatos obreros, círculos obreros de instrucción y de lectura de la literatura ilegal, clubs socialistas, círculos democráticos para *todas* las demás capas de la población, etc.

Esos círculos, asociados y organizaciones son necesarias en todas partes; es necesario que sean lo más numerosas y sus funciones lo más variadas posible, pero es absurdo y perjudicial *confundirlas* con la organización de *revolucionamos*, borrar el límite que las separa, extinguir en la masa el sentimiento, ya extraordinariamente pálido, de que

para “servir” al movimiento de masas hacen falta hombres que se consagren especial y enteramente a la acción socialdemócrata y que, pacientemente, tenazmente, hagan su *educación* de revolucionarios profesionales.

Hacen falta militantes para toda clase de trabajos y el éxito estará tanto más asegurado, las dificultades para los gendarmes y los espías para descubrir a los revolucionarios serán tanto mayores, cuanto más se especialicen estos militantes en las distintas funciones de la actividad revolucionaria, cuanto más profundamente reflexionen en los medios clandestinos de realizar y ocultar su trabajo, cuanto con mayor abnegación se consagren a un trabajo menudo, parcial, modesto. El gobierno desde ahora ya ha cubierto de una red de agentes, no solamente los actuales, sino también los probables focos de elementos antigubernamentales. El gobierno desarrolla, en forma constante, en todas direcciones, la actividad de sus domésticos que hostigan a los revolucionarios; inventa nuevos procedimientos, emplea nuevos provocadores y confidentes, usa medios de presión sobre los arrestados, *intimidándolos*, creándolos con testigos falsos, les presenta firmas falsificadas, falsos billetes fabricados, etc... Sin el refuerzo y el desarrollo de la disciplina, de la organización y de la clandestinidad revolucionaria, la lucha contra el gobierno es imposible. Una organización tan vigorosa puede ser llamada, por su forma, en un país autócrata, “complotadora”, y la forma conspirativa es necesaria en grado máximo. La conspiración es tan indispensable, que predetermina todas las demás condiciones (número, elección, funciones de los militantes, etc.) Por eso cuando nosotros, socialdemócratas, somos acusados de querer crear una organización conspirativa, seríamos ingenuos si nos espantáramos...

Pero, se nos objetará, una organización tan potente y tan estrictamente secreta, concentrando entre sus manos todos los hilos de la actividad clandestina, organización necesariamente centralizada, puede muy fácilmente lanzarse a un ataque prematuro, puede forzar irreflexiblemente el movimiento, antes de que sea posible y necesario por el progreso del descontento político, la fuerza de la fermentación y de la irritación existente en la clase obrera, etc.

A esto responderemos: Hablando en abstracto, no puede negarse que, claro está, una organización de combate *pueda* entrar a la ligera, sin reflexionar, en una batalla que, en otras condiciones, hubiera *po-*

*did*o no ser perdida. Pero no se puede, en este caso, limitarse a consideraciones abstractas, pues todo combate implica posibilidades abstractas de derrota y no hay otro medio de disminuirlas que prepararse bien, en forma organizada, para el combate. Pero si se plantea la cuestión en el terreno concreto de la situación rusa actual, se llega a la conclusión positiva, de que una organización revolucionaria fuerte es necesaria justamente para dar estabilidad al movimiento y *preservarlo* de la posibilidad de ataques irreflexivos.

Las organizaciones auxiliares próximas al Partido

Todo el arte de la organización conspirativa debe consistir en utilizar *a todos y a cada uno*, en dar trabajo a “todo el mundo”, conservando al propio tiempo la *dirección* de todo el movimiento, conservándola, se entiende, no por la fuerza del poder, sin por la del prestigio, de la energía, de la mayor experiencia, de la mayor amplitud de miras, del mayor talento. Esta observación tiene en vista la posible y habitual objeción de que una estricta centralización puede muy fácilmente hacer fracasar todo, si, *por casualidad*, en el centro se encuentra un incapaz armado de un poder colosal. Esto, naturalmente, es posible, pero el remedio no puede estribar en la descentralización, absolutamente inadmisibile y hasta formalmente perjudicial al trabajo revolucionario bajo un régimen de autocracia. Ningún estatuto puede remediar el mal. El remedio sólo puede encontrarse en medidas de “influencia amigable”, comenzando por resoluciones de subgrupos de todas clases, continuando por un llamamiento de éstos al C. C., para terminar (en el peor de los casos) con el *derrocamiento* del poder completamente inepto. El Comité debe tratar de obtener la más completa división del trabajo, recordando que los diferentes aspectos del trabajo revolucionario exigen capacidades diferentes, que a veces un hombre absolutamente incapaz como organizador, será un agitador irremplazable, y que el que no vale nada para la disciplina conspirativa será un excelente propagandista, etc...

La Célula de Fábrica

Cada fábrica debe ser para nosotros una fortaleza. Para ello, la organización obrera “de fábrica”, debe ser tan conspirativa interiormente, como “ramificada” exteriormente, es decir, en sus relaciones exteriores, debe ir tan lejos y en sentidos tan variados, como cualquier otra organización revolucionaria...

Vista la importancia de esos sub-comités de fábrica, debemos tender en la medida de lo posible, a que *cada* sub-comité posea una dirección ligada por el órgano central y un *depósito* de sus ligazones en lugar seguro, es decir, que los informes necesarios para el restablecimiento inmediato del sub-comité en caso de detenciones sean transmitidos tan regular y abundantemente como sea posible al Centro del Partido, para ser conservados en sitios donde los gendarmes sean incapaces de penetrar.

En fin, no será superfluo hacer notar que a veces, en lugar de un sub-comité de fábrica de varios miembros, será necesario o *más cómodo* limitarse a designar un agente del comité (con un suplente). Una vez formado, el sub-comité de fábrica debe ocuparse de crear toda clase de grupos y círculos de fábrica, cada uno en sus funciones, con su grado de conspiración, y de fijeza, por ejemplo, círculos de ligazón y difusión de publicaciones (una de las funciones más importantes que debe ser organizada de manera que tengamos un verdadero servicio propio de ligazones, que sean ensayadas y verificadas no solamente todos los medios de difusión, sino también la ligazón a domicilio, que se conozcan absolutamente todos los alojamientos y el medio de penetrar en ellos), círculos de lectura de las publicaciones ilegales, círculos para la vigilancia de los confidentes. (*Observación:* debemos inspirar a los obreros la idea de que la muerte de los espías, de los provocadores y de los traidores puede ser a veces una necesidad absoluta, pero que sería indeseable y falso erigirlo en un sistema; que debemos tratar de crear una organización capaz de hacer inofensivos a los espías, descubriéndolos y persiguiéndolos. No se puede destruir a todos los espías, pero *se puede y se debe* crear una organización que los desenmascare y que eduque a la masa obrera.)⁵⁴.

⁵⁴ Obras completas. Ed. rusa.

Más sobre la Centralización y descentralización de las Organizaciones ilegales del Partido

“Si la *dirección* ideológica y práctica del movimiento y de la lucha revolucionaria del proletariado, exige el máximo de centralización, por el contrario, la *información* del Centro del Partido (y por consecuencia de todo el Partido en general) sobre el movimiento exigen *el máximo de descentralización*. El movimiento debe ser dirigido por un mínimo de grupos, lo más homogéneo posible, con experiencia de revolucionarios profesionales. Pero deben participar en el movimiento el máximo de grupos, tan diferentes y heterogéneos como sea posible, salidos de las más diversas capas del proletariado (y de las otras clases del pueblo). Y el Centro del Partido debe tener siempre bajo sus ojos sobre cada uno de esos grupos no solamente datos exactos acerca de su actividad, sino también *los más completos datos sobre su composición*. Debemos centralizar la dirección del movimiento. Debemos también (y por eso mismo, pues sin información, no hay centralización posible) *descentralizar* todo lo posible *la responsabilidad ante el Partido*, de cada uno de sus miembros, de cada participante en el trabajo, de cada círculo adherente o adjunto al Partido. Esta descentralización es la condición indispensable en la centralización revolucionaria y su *correctivo imprescindible*. Justamente cuando la centralización se lleve a cabo y tengamos órgano central y comité central es cuando la posibilidad, y no sólo la posibilidad, sino la costumbre *regular* adquirida en una larga práctica de que el más pequeño de los grupos se dirija a ellos, eliminará las posibles malas consecuencias de un error fortuito en la composición de tal o cual comité local. Sobre todo, hoy, que nos acercamos a la unificación real del Partido y a la creación de un verdadero Centro dirigente, debemos recordar que *ese Centro será impotente* si al mismo tiempo no procedemos al máximo de descentralización en lo que concierne a su responsabilidad y a su información sobre todos los engranajes de la máquina del Partido. Esta descentralización no es otra cosa que el reverso de *la división del trabajo* que, según la opinión general, es una de las necesidades más imperiosas de nuestro movimiento”⁵⁵.

⁵⁵ Obras completas. Ed. rusa.

Lenin y los Sindicatos ilegales

En el mismo “¿Qué hacer?”, Lenin concede una gran atención a la cuestión de los sindicatos ilegales. Esta cuestión tiene un enorme valor de actualidad, pues en un número considerable de países la clase obrera está en la imposibilidad, no sólo de tener un Partido Comunista legal, sino ni siquiera de tener sindicatos de clase legales, y el número de esos países aumenta a medida que progresa el desmoronamiento del sistema capitalista. Y esta parte de “¿Qué hacer?” da también valiosas indicaciones prácticas a los dirigentes contemporáneos del movimiento obrero revolucionario.

Ante todo, Lenin se pronuncia categóricamente por el establecimiento, desde el comienzo, de una diferencia netamente marcada entre las organizaciones del Partido y las de los sindicatos. Lenin escribe:

La organización de un partido socialdemócrata revolucionario debe necesariamente ser de *otro género* que la organización de los obreros para la lucha económica. La organización de los obreros debe ser, en tercer lugar, lo menos clandestina posible (en esto y en lo que sigue me refiero solamente a la Rusia autocrática). Por el contrario, la organización de los revolucionarios debe englobar ante todo y principalmente a gentes cuya profesión es la acción revolucionaria (es ésta la razón, por otra parte, de que hable de una organización *de revolucionarios*, refiriéndome a los revolucionarios socialdemócratas).

Las organizaciones para la lucha económica deben ser organizaciones sindicales. Todo obrero socialdemócrata debe, en todo lo posible, sostener esas organizaciones y trabajar activamente en ellas. Es verdad. Pero no nos interesa exigir que sólo los socialdemócratas puedan ser miembros de las uniones “corporativas”: eso restringiría el alcance de nuestra influencia sobre las masas... Y mientras más amplias sean, más se extenderá nuestra influencia sobre ella no sólo por el desarrollo “espontáneo” de la lucha económica, sino también por la acción consciente y directa de los miembros socialdemócratas, de los

sindicatos sobre sus camaradas. Pero en una organización numerosa es imposible una conspiración estricta (pues exige mucho más preparación que la participación en la lucha económica). ¿Cómo conciliar la contradicción entre la necesidad de unos efectivos numerosos y el régimen clandestino? ¿Cómo lograr que las organizaciones corporativas sean lo menos clandestinas posible? Sólo hay dos medios: legalización de las uniones corporativas (que en algunos países ha precedido a la de las uniones socialistas y políticas) o el mantenimiento de la organización secreta, pero tan “libre”, tan poco fija, tan “lose”, como dicen los alemanes, que, para la masa de los miembros el régimen clandestino sea reducido casi a la nada⁵⁶.

Lenin se pronuncia categóricamente contra la tentativa de los elementos oportunistas de la socialdemocracia rusa de entonces, de dar a los sindicatos ilegales la forma de una organización completa con estatutos fijos:

Para encaminar el movimiento sindical incipiente por la vía deseada por la socialdemocracia, hay que comprender ante todo lo absurdo del plan que preconizan desde hace cerca de cinco años los “economistas”⁵⁷ de Petersburgo. Ese plan está expuesto en el *Estatuto de la clase obrera*, de julio de 1897, y en el *Estatuto de la organización obrera sindical* de octubre de 1900. Esos dos documentos tienen un defecto esencial: exponen todos los detalles de una vasta organización obrera, a la cual confunden con la organización de revolucionarios.

Pero lo más característico es quizás la pesadez de todo ese “sistema” que trata de ligar cada fábrica al “comité” por medio de una serie continua de reglas uniformes minuciosas hasta el ridículo, y que instituye un sistema electoral de tres grados. Oprimida por la concepción estrecha del economismo, la idea se desmenuza en detalles que tienen todo el aire de papeleos y burocratismo. En realidad, los tres cuartos de esos artículos no se aplican nunca, y en cambio, una organización tan “clandestina”, con un grupo central en cada fábrica, facilita considerablemente a los gendarmes una vasta vigilancia. Los po-

⁵⁶ Obras completas. Ed. rusa.

⁵⁷ Corriente oportunista de fines del siglo XIX y principios del XX, que negaba toda lucha política.

lacos han pasado ya por esta fase del movimiento; hubo un tiempo en que se entusiasmaban por las cajas obreras; pero renunciaron a ellas bien pronto. Si queremos amplias organizaciones obreras al abrigo de las grandes batidas y si no queremos procurar placer a la gendarmería, debemos proceder de modo que no sean organizaciones oficiales, reglamentadas...

Un pequeño núcleo compacto, compuesto de los obreros más seguros, más experimentados y mejor templados, con hombres de confianza en los principales barrios y ligado de manera rigurosamente clandestina a la organización de revolucionarios, el Partido, podría perfectamente cumplir, con el concurso de la masa y sin ningún reglamento, todas las funciones que incumben a una organización sindical y además cumplirlas en la forma más deseable para la socialdemocracia. Solamente así se podrá, a despecho de todos los gendarmes, *consolidar* y desarrollar un movimiento sindical *socialdemócrata*⁵⁸.

El Órgano Central

Al hablar de la edificación de un Partido Comunista ilegal, Lenin concedía una atención muy especial al órgano central del Partido. Insiste en esto, cada vez que estudia las cuestiones del refuerzo del Partido. En “¿Qué hacer?”, la cuestión relativa al órgano central del Partido es expuesta en las elocuentes líneas que siguen:

El contenido de la actividad fundamental de nuestro Partido, el foco de esa actividad debe consistir en el trabajo que es posible y necesario, tanto en los períodos de la más fuerte explosión como en los de calma completa, es decir, en una agitación política unificada para toda Rusia, tratando todos los aspectos de la vida y dirigiéndose a las más grandes masas. Ahora bien, ese trabajo *no podría concebirse* en la Rusia actual sin un periódico nacional que aparezca frecuentemente. La organización que se forma por sí misma en torno de ese periódico, la organización de sus *colaboradores* (en el amplio sentido de la

⁵⁸ Obras completas. Ed. rusa.

palabra, es decir, de todos los que se ocupan de él) estará precisamente pronta a todo, tanto para salvar el honor, el prestigio y la tradición del Partido en los momentos de la peor “depresión” revolucionaria, como para preparar, fijar y realizar la *insurrección armada de todo el pueblo*.

Figúrense, en efecto, el caso, muy común entre nosotros, de que todos nuestros militantes sean arrestados en una o en varias localidades. Como *todas* las organizaciones locales carecen de una regular obra común, a menudo sigue a esto una interrupción en la actividad por varios meses. Pero si contasen con *una* obra común, bastarían, en el peor de los casos, algunas semanas para que dos o tres hombres enérgicos ligasen al organismo central nuevos círculos de jóvenes, que, como es sabido, surgen muy rápidamente ahora, y que surgirían y se pondrían en relación con ese centro aun más rápidamente, si tuviéramos una obra común bien visible, conocida por todos.

Por otra parte, figúrense una insurrección popular. Hoy nadie negará, probablemente, que sea necesario pensar y prepararse a ella. Pero, ¿cómo? ¿Por un comité central que designaría agentes en todas las localidades para prepararlas? Aun si tuviéramos un comité central y llegara a tomar esa medida, no lograría nada en las actuales condiciones de Rusia. Por el contrario, una red de agentes que se hubiese formado por iniciativa propia, trabajando en la creación y en la difusión de un periódico central, no se contentaría con esperar “con los brazos cruzados” la consigna de la insurrección; esos agentes realizarían una obra regular que les garantizaría en caso de insurrección las mayores probabilidades de éxito. Es esta obra precisamente la que reforzaría el lazo con las masas obreras y con todas las capas de la población descontentas de la autocracia, lo cual es de tanta importancia para la insurrección. Los que realizasen esa obra son precisamente los que aprenderían por ella a apreciar exactamente la situación política general y, por consiguiente, a escoger el momento favorable para la insurrección. *Todas* las organizaciones locales aprenderían precisamente a reaccionar simultáneamente frente a los problemas, incidentes o acontecimientos que conmueven a toda Rusia, a hacerse eco de esos “acontecimientos” en la forma más enérgica, más uniforme y más racional posible, pues, en el fondo, la insurrección es la “respuesta” más enérgica, la más uniforme y la más racional de todo el pueblo al gobierno. Esto es lo que enseñaría, en fin, precisamente a todas las or-

ganizaciones revolucionarias, de todos los rincones de Rusia a mantener las relaciones más regulares y al mismo tiempo más clandestinas, relaciones que crean en la práctica la unidad del Partido, y sin las cuales es imposible debatir colectivamente un plan de insurrección y tomar, en vísperas de esta última, las medidas preparatorias necesarias, que deben ser mantenidas en el más estricto secreto.

En una palabra, el “plan de un periódico político para toda Rusia” no es una obra teórica de doctrinarios atacados de *literaturismo* (como pueden haber creído gentes que no han reflexionado suficientemente): es el procedimiento más práctico para ponerse a la obra en todas partes y prepararse para la insurrección, sin olvidar ni por un instante el trabajo cotidiano⁵⁹.

Resolución de 1908, relativa a la Organización

La revolución de 1905 y la reacción que la siguió confirmaron plenamente los principios de la edificación del Partido, formulados por Lenin en su “¿Qué hacer?”. La resolución sobre la organización adoptada por la colaboración de Lenin y a la cual más adelante nos referimos muchas veces, generaliza en la forma siguiente la experiencia de organización del Partido Bolchevique en este período.

Considerando que:

1. Aunque el triunfo de la contrarrevolución crea en la hora presente una indiferencia pasajera frente al Partido en el seno de las masas obreras, animadas de espíritu revolucionario pero todavía poco consciente desde el punto de vista socialista, el Partido continúa teniendo ante sí la tarea fundamental del desarrollo de la agitación política y económica y del trabajo de organización entre las más amplias masas obreras.

2. Que ese triunfo de la reacción, habiendo alejado la realización de las consignas democráticas del Partido, pone fuera del Partido a todos los elementos vacilantes formados por intelectuales y pequeño-

⁵⁹ Obras completas. Ed. rusa.

burgueses que se habían adherido al movimiento obrero principalmente con la esperanza de ver el triunfo próximo de la revolución.

3. Que las nuevas condiciones políticas hacen cada vez más imposible la organización de la actividad socialdemócrata en los marcos de las organizaciones obreras legales o semilegales.

4. Que las instituciones dirigentes del Partido se componen cada vez más de elementos conscientes del proletariado que profundizan su conciencia de clase bajo la acción de la experiencia vivida en los años revolucionarios.

5. Que las condiciones actuales del trabajo hacen imposible aplicar el principio de la construcción democrática de la organización en toda su plenitud.

La Conferencia estima que:

a) El Partido debe acordar una atención especial a la utilización y al refuerzo de las organizaciones existentes y a la formación de nuevas organizaciones ilegales, semilegales y, si es posible, legales, susceptibles de servir al Partido de punto de apoyo en el trabajo de agitación, de propaganda y en el de organización práctica entre las masas, como reuniones de fábrica, círculos de propaganda, clubs y toda clase de asociaciones obreras culturales y de sindicatos legales e ilegales, etc. Todo ese trabajo no será posible y fructífero más que si en cada empresa industrial existen comités obreros exclusivamente del Partido, aunque sean poco numerosos, pero estrechamente ligados a las masas, y si el conjunto del trabajo en las organizaciones legales es dirigido por la organización ilegal del Partido.

b) Para unificar el trabajo del Partido en la periferia es necesario:

a) Organizar en cada región centros regionales que deben no sólo prestar ayuda técnica a las organizaciones locales, sino también mediante la orientación ideológica y reconstituirlas en caso de ser descubiertas por la policía.

b) Establecer los más estrechos lazos entre las organizaciones locales y regionales y el Comité central.

c) Para asegurar el continuo y acertado funcionamiento de las organizaciones locales, es admisible que se recurra a la aplicación parcial del principio de cooptación: los miembros cooptados deben ser reemplazados en la primera ocasión por camaradas legalmente electos, según los estatutos. En cuanto al contenido del trabajo de organización, la Conferencia estima que, además de la agitación política y

económica, referente al momento actual de que habla la resolución sobre las tareas del Partido y sobre la fracción de la Duma, el Partido debe conceder una atención especial a la profundización de las concepciones socialdemócratas en el seno de amplios círculos de camaradas del Partido, y especialmente a la formación de dirigentes prácticos y teóricos del movimiento socialdemócrata tomados en los medios obreros.

Resolución de 1913, sobre Organización

Esta resolución sobre organización, adoptada por la Conferencia del Partido de 1908, es completada por las resoluciones de la Conferencia del Comité Central bolchevique celebrada en febrero de 1913, con la participación de los miembros activos del Partido. Esta Conferencia, que tuvo lugar igualmente bajo la dirección de Lenin, adoptó la siguiente resolución sobre la estructura de la organización ilegal:

1. Resumiendo el movimiento y el trabajo del Partido en el curso del año 1912, la Conferencia encuentra que la nueva ola del movimiento revolucionario de masas ha confirmado plenamente las decisiones anteriores del Partido Social Demócrata Obrero Ruso y particularmente las de la Conferencia que tuvo lugar en enero de 1912 sobre la construcción del Partido. El curso de las luchas huelguísticas en 1912, la campaña electoral de los socialdemócratas en ocasión de las elecciones a la VI Duma, la marcha de la campaña por el seguro social han patentizado de una manera evidente que el único tipo de estructura de organización que conviene a la época presente, es el partido ilegal, como conjunto de las células del Partido, en torno de las cuales se agrupa toda una red de asociaciones obreras legales y semilegales.

2. La adaptación de las formas de la organización ilegal a las condiciones locales, debe ser obligatoria. La diversidad de formas que permita encubrir las células ilegales, la mayor flexibilidad posible en la adaptación de las formas de trabajo a las condiciones y costumbres locales, son la garantía de la vitalidad de la organización ilegal.

3. La tarea principal en el dominio de la edificación de organizaciones, consiste en la hora actual en la formación de comités ilegales exclusivamente del Partido en todas las fábricas y empresas, que deberán comprender los elementos obreros más activos. El formidable desarrollo del movimiento obrero, crea las condiciones que permiten reconstituir los comités de fábrica del Partido y consolidar los existentes en la mayor parte de los casos.

4. La Conferencia considera que ha llegado el momento de constituir los pequeños grupos locales dispersos en organización dirigente en cada Centro.

5. Así en Petersburgo, el comité dirigente de la ciudad, creado combinando el principio de la elegibilidad de las células de radio y el de cooptación, resultó el tipo de una organización urbana.

Este tipo de organización permite establecer la más estrecha e inmediata ligazón entre el organismo dirigente y las células de base, y al mismo tiempo crear un órgano ejecutivo, reducido en cuanto a su composición, pero movable y muy secreto, que tiene el derecho de obrar en todo momento en nombre del conjunto de la organización. La Conferencia recomienda igualmente a los demás centros del movimiento obrero ese tipo de organización, con las modificaciones que se desprenden de las condiciones y costumbres locales.

III

Lenin y las formas superiores de la lucha de clases

En octubre de 1905, Lenin redactó un proyecto de artículo concebido en la siguiente forma:

a) Cómo preparar y organizar una insurrección. “El pueblo no es un ejército, los revolucionarios no son ‘jefes’”. (Estas palabras son extraídas de la proclama escrita por A. A. Bogdanov.) Es verdad, pero nosotros crearemos el ejército revolucionario a nuestra manera.

- 1) Los trabajos comienzan ya en todas partes de Rusia.
- 2) La experiencia de Polonia, del Cáucaso, los ataques de Riga.
- 3) Ver el número 14 de “Iskra”.
Nuestras propias patrullas revolucionarias
- 4) Destacamentos de 3 a 5 personas. Se arman ellas mismas como puedan (revólver, puñal, bomba, trapo empapado en petróleo).
- 5) Comienzo de las operaciones militares: muerte de los agentes de policía, asaltar las prisiones, asalto a los bancos, puestos de policía, de gendarmería, de las instituciones de censura y otras; exterminación de los caballos de los cosacos e incendio de sus cuarteles, etc...
- 6) Son deseables y necesarios los buréaus centrales; pero ellos no deben sobreestimar su papel durante una vasta in-

surrección popular. La actitud de los destacamentos frente al Partido.

- 7) Ataque contra los “Cien Negros”.
 - 8) Acción durante *las demostraciones y las huelgas*. Prepararse por anticipado.
 - 9) Antes de eso, organizar en los círculos conferencias sobre temas militares.
 - 1) Lectura y discusión de artículos sobre combates y barricadas. Busca y ocupación de alojamientos que han de servir de base a las acciones militares.
 - 2) Estudio del plano de la ciudad y de los radios.
 - 3) Conseguir los planos de las prisiones, etc...
 - 4) Conseguir las direcciones de las personas peligrosas y de las autoridades.
 - 5) Hacer maniobras, teniendo por objeto el descubrimiento del enemigo.
 - 6) Preparar las bombas.
 - 7) Preparar los planos técnicos para operaciones aisladas.
- Múltiples tareas del grupo de iniciativa.
- a) Consejos de Cluzer sobre la ocupación de las casas.
 - b) Objetivos de los destacamentos del ejército revolucionario.
 - 1) *Acción militar independiente.*
 - 2) *Dirección de la masa.*

“Los destacamentos podrán ser de diversas proporciones, a partir de 2 o 3 hombres.”

“Los destacamentos deben armarse por sí mismos, cada uno con lo que tenga a su disposición (fusil, revólver, bomba, porra, bastón, trapos empapados en petróleo para incendiar, cuerdas o escalas de cuerda, palas para la construcción de barricadas, cartuchos de piroxilina, alambre de púa, clavos, etc., etc.). En ningún caso hay que esperar ayuda de fuera de la organización superior inmediata, sino tratar de procurarse por sí mismos todo lo necesario.”

“Los destacamentos deben estar compuestos, a ser posible,

de personas que vivan próximas unas de otras o que se encuentran regularmente a horas fijas (lo mejor sería ambas cosas a la vez, pues los encuentros regulares podrán ser interrumpidos cuando surja la insurrección). Su tarea consiste en arreglarse de modo que puedan encontrarse todos juntos en los momentos críticos y en las condiciones más inesperadas. Cada destacamento, pues, debe establecer por adelantado los procedimientos y los medios para una acción simultánea, señales en las ventanas, etcétera, para reunirse lo más rápido posible, gritos o silbidos convenidos para encontrar a los camaradas entre la multitud, señales convenidas en caso de encuentros nocturnos, etc., etc.

Todo hombre enérgico puede, con 2 o 3 camaradas, encontrar toda una serie de reglas y procedimientos semejantes que hay que establecer, conocer bien y en cuya aplicación habrá que ejercitarse. No olvidemos que hay 99 probabilidades sobre 100, de que los acontecimientos surjan de improviso y que habrá que reunirse en condiciones terriblemente difíciles.

Y aun sin armas los destacamentos pueden desempeñar uno de los papeles más serios: 1) dirigir la multitud; 2) atacar oportunamente a un guardia municipal, un cosaco, aislado por azar de su compañía (casos en Moscú) quitándoles las armas; 3) salvar presos o heridos cuando la policía es poco numerosa; 4) apostarse en los tejados o pisos altos y arrojar piedras sobre las tropas; 5) verter agua hirviendo, etc. Un destacamento bien organizado y bien unido, representa una fuerza enorme. En ningún caso hay que renunciar a la formación de un destacamento, o aplazar su formación con el pretexto de carecer de armas.

Los destacamentos deben, a ser posible, repartirse las funciones de antemano, haciendo a veces previamente la elección del dirigente, del jefe del destacamento. Claro está que no se trata de ocuparse de jugar a nombramientos de jefes, pero no hay que olvidar la importancia gigantesca de la dirección uniforme, de la acción rápida y decisiva. La decisión, el impulso aseguran las 3/4 partes de la victoria.

Inmediatamente formados, es decir, ya desde ahora, los des-

tacamentos deben poner manos a la obra, que no sólo será teórica sino también práctica. El trabajo teórico debe comprender, a nuestro juicio, el estudio de las ciencias militares, el familiarizarse con las cuestiones militares, la lectura de informes sobre cuestiones militares, la invitación de oficiales y suboficiales a las conversaciones, etc., etc. Se debe invitar también a los obreros ex-soldados, leer, discutir y estudiar los folletos ilegales y los periódicos sobre combates de calle, etc.

Los trabajos prácticos, repetimos, deben comenzar inmediatamente. Se dividirán en trabajos preparatorios y en operaciones militares. Los trabajos preparatorios comprenden la recogida de armas y toda clase de proyectiles, la busca de alojamientos apropiados para facilitar los combates desde lo alto, para depósito de bombas y piedras, etc., o de ácidos para verter sobre los policías, etcétera, etcétera, así como para locales cómodos del Estado Mayor, para recoger informaciones, para ocultar a los camaradas perseguidos, para dar abrigo a los heridos, etc., etc. Las medidas preparatorias comprenden, además, los trabajos inmediatos de investigación y reconocimiento, la averiguación de planos de las prisiones, de los puestos de policía, de los ministerios, etc., el estudio de la distribución del trabajo de las instituciones del Estado, los Bancos, etc., el examen de las condiciones de vigilancia de esas instituciones, el establecimiento de ligazones, siendo útil aprovechar a empleados en la policía, en los bancos, en los juzgados, en las prisiones, en correos y telégrafos, etc. La localización de los depósitos de armas y de todos los almacenes de armas de la ciudad, etc. Hay ahí una infinita cantidad de trabajo, y de trabajo en el cual cada uno podrá ser de gran utilidad, hasta las personas completamente incapaces de participar en un combate de calle, las personas más débiles, las mujeres, los adolescentes, los ancianos, etcétera. Ya desde ahora, debemos agrupar en esos destacamentos, absolutamente y sin excepción, a todos los que *quieran* participar en la insurrección, puesto que *no hay* ni puede haber un solo hombre, que queriendo trabajo no sea de una inmensa utilidad, aunque esté

desarmado, aunque sea individualmente inepto para la lucha.

Luego, sin limitarse de ningún modo solamente a las actividades preparatorias, los destacamentos del ejército revolucionario deben pasar lo más rápidamente posible, a las acciones de combate, a fin de: 1) ejercitar las fuerzas de combate; 2) enterarse de los lados débiles del enemigo; 3) infligir al enemigo derrotas parciales; 4) libertar a los presos; 5) proveerse de armas; 6) hallar los medios financieros para la insurrección (confiscación de dinero al Estado), etc., etc. Los destacamentos pueden y deben inmediatamente aprovechar todo momento oportuno para un trabajo vivo, sin tratar de aplazarlo en modo alguno hasta el momento de la insurrección, puesto que sin una preparación en el *fuego*, no es posible adquirir la capacidad para la insurrección.

Es evidente, que todo extremismo es nocivo. Todo lo bueno y lo útil, llevado al extremo, puede convertirse, y en ciertos casos se convierte inevitablemente, en nocivo y peligroso. Un pequeño terror desordenado y sin preparación, llevado al extremo, no hará sino dividir y desparramar las fuerzas. Esto es exacto, y no debe, naturalmente, echarse en olvido. Pero, por otra parte, tampoco debe olvidarse de ningún modo, que la consigna de la insurrección armada está *ya* lanzada, que la insurrección *ya ha comenzado*. Empezar la ofensiva en condiciones favorables no es sólo un derecho, sino la obligación de todo revolucionario. La muerte de espías, policías, gendarmes, la explosión de los puestos de policía, la liberación de presos por la fuerza, el apoderarse de medios financieros del Estado para emplearlos al servicio de la insurrección, son operaciones que se llevan a cabo en todas partes donde la insurrección se extiende: en Polonia, en el Cáucaso, y cada destacamento del ejército revolucionario debe estar pronto para esas operaciones. Cada destacamento debe tener presente, que si hoy deja escapar una buena ocasión para una operación semejante, ese destacamento será el culpable de una *inactividad imperdonable* y de pasividad, y una falta semejante cometida en la época de la insurrección, es un crimen gra-

vísimo para un revolucionario y el oprobio más grande para todo el que aspira a la libertad no de palabra, sino de hecho.

En cuanto a la composición de los destacamentos se puede decir lo siguiente: la experiencia demostrará la cantidad de miembros deseables y la distribución de sus funciones. Es preciso adquirir personalmente esta experiencia, sin esperar indicaciones de fuera. Hay que pedir, naturalmente, a la organización revolucionaria local, que designe a un revolucionario-militar para las conferencias, conversaciones, consejos, etcétera, pero a falta de ese compañero, es imprescindible arreglarse con sus propios medios.

En lo que concierne a la diversidad de partidos, claro está que los miembros de un mismo partido preferirían hallarse juntos en un mismo destacamento. Pero no hay que poner tampoco obstáculos incondicionales a la admisión de miembros de otros partidos. Es precisamente aquí donde debemos realizar la unificación, el acuerdo práctico (sin ningún fusiónamiento de partido, se entiende) del proletariado socialista con la democracia revolucionaria. Todo el que quiera combatir por la libertad y demuestre en los hechos su decisión, podrá contarse entre el número de los demócratas revolucionarios; debemos tratar de trabajar con él en la preparación de la insurrección (naturalmente, en caso de tener plena confianza en dicha persona o grupo). Todos los demás “demócratas” deben ser separados categóricamente, como pseudodemócratas, como charlatanes liberales, a quienes no se debe tener en cuenta y respecto a los cuales sería criminal tener confianza.

Naturalmente, es deseable la unificación de los grupos. La determinación de las formas y condiciones para una actividad conjunta, es extremadamente útil. Pero en ningún caso se debe, al realizarla, caer en el extremo de elaborar planes complejos, esquemas generales, desdeñar la acción viva en aras de fantasías pedantes, etc. La insurrección estallará inevitablemente en condiciones en que los elementos inorganizados serán mil veces más numerosos que los organizados; serán inevitables los casos

en que habrá que obrar en el acto, entre dos, solos, y hay que estar prontos para obrar por cuenta y riesgo propios. Las pérdidas de tiempo, las discusiones, los aplazamientos, la indecisión es la pérdida de la insurrección. Una gran decisión, una gran energía, el aprovechamiento de todo momento oportuno, saber excitar inmediatamente las pasiones revolucionarias de la muchedumbre, dirigirlas, empujarlas *hacia las acciones más decididas, es el deber primordial de un revolucionario.*

La lucha contra los “Cien Negros” constituye una magnífica operación militar, que sirve de *entrenamiento* para los soldados del ejército revolucionario, es su bautismo de fuego, y es de una inmensa utilidad para la revolución. Los destacamentos del ejército revolucionario deben hacer un estudio inmediato de quiénes, dónde y cómo componen los “Cien Negros”, y luego, no limitarse solamente a la propaganda (que es útil, pero que por sí sola no basta), sino obrar por medio de las armas, golpear a los “Cien Negros”, matarlos, hacer volar sus cuarteles generales, etcétera, etcétera.

Carta del Camarada Lenin al Comité de Petersburgo

He aquí la respuesta que dio Lenin en Septiembre – Octubre de 1905, a los camaradas del Comité de Combate de Petersburgo con respecto a un informe enviado por ellos sobre la actividad del Comité:

“Queridos camaradas:

Muy agradecido por el envío: 1, del informe del Comité del Combate; 2, apuntes sobre la cuestión de la organización y preparación de la insurrección, y 3, esquemas de organización. Después de haber leído estos documentos, considero de mi deber dirigirme directamente al Comité de Combate para un cambio de opiniones entre camaradas. Huelga decir que no pretendo hacer un juicio sobre la forma de la organización práctica del asunto, que se hace todo lo posible en las difíciles condiciones actuales en Rusia, en esto (estoy seguro) no cabe

duda alguna. Pero, a juzgar por los documentos, el asunto amenaza degenerar en burocratismo. Todos esos esquemas, todos esos planes de organización del Comité de Combate dan la impresión de un papeleo burocrático, perdonad mi franqueza, pero confío que no me acusaréis de querer buscar camorra. En una obra semejante, los esquemas, las discusiones sobre las funciones y derechos del Comité de Combate son los menos convenientes. Lo que se necesita es una rabirosa energía, energía y, una vez más, energía. Con verdadero horror –palabra– veo que hace *más de seis meses* que se está perorando de bombas, pero que no ha sido fabricada hasta la fecha ninguna. Y, sin embargo, son hombres muy sabios los que hablan... ¡Diríjense a la juventud! Es ésta la sola, la única panacea universal. De lo contrario, les doy mi palabra, llegarán tarde (lo veo por todos los síntomas) y quedarán con las “sabias” notas, planes, esquemas, diseños, maravillosas recetas, pero sin organización, sin actividad palpitante. ¡Diríjense a la juventud! Creen enseguida destacamentos de combate en todas partes, entre los estudiantes y, *sobre todo, entre los obreros*, etcétera. Que se organicen inmediatamente destacamentos de tres, diez, treinta hombres. Que se armen inmediatamente por sí mismos, cada cual como pueda y con lo que pueda, quien con un revólver, quien con un puñal, quien con un trapo empapado en petróleo para el incendio, etc. Que esos destacamentos elijan ya sus dirigentes y se pongan, en lo posible, en relación con el Comité de Combate. Echen al cesto, por el amor de Cristo, todos esos esquemas, manden a todos los diablos las “funciones, derechos y privilegios”. No exijan la adhesión obligatoria el partido socialdemócrata; sería una exigencia absurda para una insurrección armada. No se nieguen a entrar en relaciones con cada círculo, aunque esté compuesto por tres personas, con la única condición de que sea de toda confianza y que esté decidido a luchar contra el ejército zarista. Que los círculos que lo deseen se adhieran al partido socialdemócrata, perfectamente; pero yo estimaría absolutamente erróneo *exigirles* eso como condición previa.

El papel del Comité de Combate anexo al Comité de Petersburgo debe ser el siguiente: *ayudar* a esos destacamentos del ejército revolucionario a servir de “bureau” de ligazón, etc. *Sus servicios* serán aceptados voluntariamente por todo destacamento. Pero si en una *actividad* semejante comienzan ustedes por los esquemas, discursos sobre los “derechos” del Comité de Combate, harán ustedes fracasar la

obra, se lo aseguro, la harán fracasar irremisiblemente.

En esto hay que obrar por medio de una vasta propaganda. Que cinco o diez personas recorran en una semana centenares de círculos obreros y estudiantiles, penetren donde sea posible y que expongan un plan claro, un plan breve, simple y concreto; formad inmediatamente destacamentos, armaos con lo que podáis, trabajad con todas vuestras fuerzas, nosotros os ayudaremos con lo que podamos, pero no *esperéis* de nosotros, trabajad por vuestra cuenta.

El centro de gravedad en una obra de esta clase es la iniciativa de la masa de los pequeños círculos. Ellos lo harán todo. Creo que se puede medir la efectividad del trabajo del Comité de Combate por el número de círculos con que esté en relación. Si en uno o dos meses el Comité de Combate no dispone en Petersburgo de un mínimo de doscientos o trescientos destacamentos, es un Comité de Combate muerto. En ese caso, hay que enterrarlo. Si en momentos de una efervescencia como el actual, no se consigue organizar un centenar de destacamentos, significa estar al margen de la vida.

Los propagandistas deben dar a cada destacamento breves y sencillas fórmulas de preparación de bombas, hacer una exposición elemental del conjunto de las operaciones y luego dejarlos trabajar por cuenta propia. Los destacamentos deben comenzar enseguida los ejercicios militares. Unos emprenderán la tarea de liquidar un espía, volar un puesto de policía, otros el asalto a un banco para la confiscación de medios para la insurrección; los terceros, una maniobra o la copia de planos, etc. Pero obligatoriamente comenzar a aprender ya, en la práctica, o tienen ustedes que temer estos ataques de ensayo. Naturalmente, pueden degenerar en excesos, pero este es un mal del día de mañana, mientras que hoy el mal está en la estrechez de nuestro espíritu, en nuestro apego a la doctrina, en la inmovilidad científica, en el miedo senil a la iniciativa. ¡Que cada destacamento haga su aprendizaje aunque sea en el aporreamiento de los guardias municipales: las decenas de víctimas no harán sino dar centenares de combatientes experimentados que mañana arrastrarán tras sí a centenares de miles!

Un fuerte apretón de manos y les deseo muchos éxitos. Lejos de mí la idea de insistir en que acepten mi punto de vista, pero considero un deber hacer uso de voz *deliberativa*.

Vuestro,

Lenin.”

Las enseñanzas de la Insurrección de Moscú

En un artículo sobre las enseñanzas de la insurrección de Moscú, Lenin da directivas sobre cómo hay que prepararse y dirigir una insurrección, que por su claridad y precisión no han sido jamás superadas por nadie. Ante todo, Lenin ataca el ala derecha del Partido (mencheviques) que afirmaba que “no se puede luchar contra el ejército de hoy, que hay que esperar que el ejército se revolucionarice”. Lenin plantea ante el Partido la tarea de luchar por la conquista del ejército: “No hay que limitarse a la simple ‘espera’ de que el ejército ‘pase’ a nuestro lado; no, nosotros debemos tocar a rebato sobre la necesidad de la más enérgica y decidida lucha por la conquista del ejército vacilante.”

Lenin consideraba como una de las más grandes enseñanzas de la insurrección de Moscú la “nueva táctica de barricadas”, la táctica de guerra de guerrillas sobre la base de destacamentos muy pequeños, de diez, de tres y hasta de dos personas.

Lenin terminaba su artículo sobre la insurrección de Moscú con las siguientes palabras:

Retengamos en nuestra memoria que la gran lucha de masas se está aproximando. Será una insurrección armada. Y debe ser, en lo posible, simultánea. Las masas deben saber que van a una lucha armada, sangrienta, desesperada. El desprecio a la muerte debe ser difundido entre las masas y asegurar la victoria. El ataque contra el enemigo debe ser lo más enérgico; el ataque y no la defensa debe ser la consigna de las masas; la exterminación despiadada del enemigo será su tarea; la organización de la lucha debe ser móvil y flexible. Los elementos vacilantes del ejército serán arrastrados a la lucha activa. El Partido del proletariado consciente deberá cumplir su deber en esta grandiosa lucha.

Las enseñanzas prácticas de la insurrección de Moscú fueron tratadas por Lenin en forma más detallada en el folleto “La di-

solución de la Duma y las tareas del proletariado”.

En dicho folleto, los capítulos IV y V son dedicados especialmente a las cuestiones de la insurrección armada. Lenin establece ante todo, que en los días de Octubre de 1905, los Soviets de Diputados Obreros fueron constituidos como órganos de lucha directa de masas.

Los Soviets como Órganos de la Insurrección

Lenin establece, que:

Los Soviets de Diputados Obreros surgieron como órganos de lucha huelguística y se convirtieron muy pronto, por la presión de la necesidad, en órganos de la lucha *revolucionaria general* contra el gobierno. Se transformaron forzosamente, como consecuencia del desarrollo de los acontecimientos y del paso de la huelga a la insurrección, en *órganos* de la insurrección.

Y puesto que es así —sigue más adelante Lenin— surge clara también la conclusión de que los “Soviets” y demás instituciones de masas semejantes, son *insuficientes* para organizar la insurrección. Son indispensables para la organización de las masas, para la unificación en el combate, para la difusión de las consignas del Partido (o de varios partidos, puestos de común acuerdo), para la dirección política, para suscitar el interés, para despertar, atraer a las masas. Pero son insuficientes para organizar las *fuerzas directas de combate, para organizar la insurrección* en el más estricto sentido de la palabra. A menudo, los Soviets de Diputados Obreros eran llamados parlamentos de la clase obrera. Pero ningún obrero aceptará la convocación de su parlamento para luego entregarlo en manos de la policía. Todo el mundo reconoce la necesidad de la *organización* inmediata de las *fuerzas*, la necesidad de crear una organización *militar* para la defensa de su “parlamento” en forma de destacamentos de obreros armados. Ahora, cuando el gobierno sabe por experiencia y comprende perfectamente adonde conducen los “Soviets”, ahora que se ha armado de pies a cabeza... debemos muy particularmente, explicar en nuestra agitación la necesidad de ver las cosas con toda claridad, la necesidad de crear una

organización militar al lado de la organización de los Soviets, para su defensa, para realizar la insurrección, sin lo cual serán impotentes todos los Soviets y todos los delegados de las masas populares.

Las Organizaciones Militares

En ese mismo folleto, Lenin da indicaciones detalladas sobre lo que deben representar esas “organizaciones militares”.

Deben tender a agrupar a las masas no por medio de las instituciones electas, sino reclutando los combatientes directamente comprometidos en combates de calle y en la guerra civil. Estas organizaciones deben tener como célula pequeñísimas uniones voluntarias de grupos de diez, cinco y hasta de tres personas. Hay que repetir sin tregua que se acerca el momento en que *todo* ciudadano honrado debe sacrificarse y luchar contra los opresores del pueblo. Menos formalismo, menos burocratismo, más sencillez dentro de la organización, que debe tener el máximo de movilidad y flexibilidad. Todos los que quieran colocarse al lado de la libertad, deberán formar enseguida un “quinteto” de combate –unión voluntaria de personas de la misma profesión, de la misma fábrica, de personas unidas por lazos de amistad o camaradería, o simplemente vecinos de una misma localidad (en una aldea) o caga (en la ciudad)–. *Estas uniones, tanto de miembros del Partido como de sin partido, debería estar ligadas por una misma tarea revolucionaria inmediata: la insurrección contra el gobierno. Estas uniones deben formar una red lo más amplia posible, constituirse antes de recibir arma alguna, e independientemente de la cuestión, de las armas.*

Ninguna organización del Partido podrá “armar” a las masas. Por el contrario, la organización de las masas en pequeñas uniones de combate fácilmente movibles, son las que prestarán un enorme servicio durante el movimiento en la provisión de armas.

Las uniones de combate voluntarias, “piquetes de milicia”, si tomamos el nombre que ha hecho tan gloriosas las jornadas de octubre en Moscú, serán de grandísimo provecho en el momento de la explosión. Un “piquete” que sepa tirar podrá desarmar al guardia munici-

pal, atacar de improviso una patrulla, conseguir las armas que necesite. Un piquete formado por personas que no sepan tirar o que no hayan conseguido armas, ayudará en la construcción de barricadas, en las exploraciones, organizar ligazones, tender una emboscada al enemigo, incendiar el edificio donde el enemigo tiene su guarida, apoderarse de locales que puedan servir de base para los insurrectos; en una palabra, miles de funciones de las más diversas pueden ser realizadas por esas uniones voluntarias, formadas por gentes dispuestas a luchar hasta la muerte, con excelentes conocimientos de la localidad, ligados estrechamente con la población.

Que en cada fábrica, en cada sindicato, en cada aldea, encuentre eco el llamamiento a la organización de esos piquetes de combate voluntarios... Las personas relacionadas entre sí, los formarán de antemano. Y los desconocidos no organizarán el día del combate o en vísperas del mismo los “quintetos” y los “decenios”, si la idea de la formación en esas uniones no se extiende ampliamente entre las masas y no es aceptada por éstas.

Así, pues, es necesaria la organización de los Soviets de Diputados Obreros, de los comités de campesinos y otras instituciones análogas, en todas partes, paralelamente con la propaganda y agitación más vasta por la necesidad de una insurrección simultánea con la preparación inmediata de la fuerza para la insurrección y la organización de destacamentos voluntarios de masas.

1917

Al dirigir mas tarde, en 1917, la preparación de la insurrección de Octubre, Lenin aprovechó plenamente toda la experiencia de la revolución de 1905. Tanto los Soviets como órganos de la insurrección, como los comités militares–revolucionarios, que preparaban directamente la parte técnica de la lucha del proletariado por el poder.

Todos los artículos y discursos de Lenin, referentes al período de preparación de la insurrección de Octubre, se refieren invariablemente, en una u otra forma, a las cuestiones de la insurrección armada, ya destrozando despiadadamente las argumen-

taciones teóricas de los adversarios, o dando indicaciones prácticas al Partido o a los obreros revolucionarios, sobre la forma en que deben obrar para armarse, organizar las fuerzas combatientes y desplegar el ataque contra el enemigo de clase.

De los documentos de Lenin referentes a ese período, hay que detenerse ante todo en su carta al Comité del POSDR (bolchevique) de Septiembre de 1917, publicada bajo el título de “El marxismo y la insurrección”.

De este documento, Lenin hace un análisis, magnífico por su precisión y claridad, de la insurrección armada tal como es comprendida por un marxista revolucionario, a diferencia de los blanquistas y demás “putchistas”, demostrando sobre la base de hechos concretos de aquel período, la causa de que fuera un error la insurrección armada en las jornadas de julio de 1917 y de que en septiembre del mismo año el cuadro fuere completamente distinto.

Lenin declara:

Para que sea coronada de éxito, la insurrección debe reposar, no en un complot, no en un partido, sino en la clase avanzada. Este es el primer punto. Debe apoyarse en el impulso revolucionario del pueblo. Segundo punto: La insurrección debe estallar en el apogeo de la revolución ascendente, es decir, en el momento en que la actividad de la vanguardia del pueblo es mayor, cuando las vacilaciones de los enemigos y de *los amigos débiles, equívocos e indecisos de la revolución, son más fuertes*. Este es el tercer punto.

En “Consejos de un ausente”, el 8 de Octubre de 1917, Lenin plantea de nuevo, y con una argumentación excepcional por su fuerza, la cuestión de la insurrección armada. Lenin escribe:

La insurrección armada es un aspecto particular de la lucha política supeditado a leyes particulares, leyes que hay que examinar atentamente... Carlos Marx ha puesto de relieve, muy notablemente, la idea de que la *“insurrección armada, como la guerra, es un arte”*.

El camarada Lenin recuerda las cinco reglas fundamentales de Marx sobre el arte de la insurrección armada:

1. Jamás *jugar* a la insurrección, y una vez empezada, saber firmemente que hay que *ir hasta el fin*.
2. Reunir *fuerzas considerablemente superiores* a las del enemigo en el lugar decisivo, en el momento decisivo; de lo contrario, el enemigo, poseedor de una mejor preparación y organización, destrozará a los insurrectos.
3. Una vez empezada la insurrección, hay que obrar con gran *decisión* y pasar, cueste lo que cueste, a la *ofensiva*. La defensiva es la muerte de la insurrección.
4. Sorprender al enemigo de improviso, escoger el momento en que sus tropas están dispersas.
5. Obtener *diariamente* (se puede decir cada hora, si se trata de una ciudad) victorias, por pequeñas que sean, a fin de mantener a toda costa la “superioridad moral”.

Marx ha resumido las enseñanzas referentes a la insurrección armada de todas las revoluciones, en las siguientes palabras de Dantón, el maestro más grande de táctica revolucionaria que ha conocido la historia: “Audacia, audacia y una vez más audacia”.

Lenin concreta más adelante esta regla con relación a Rusia:

Una ofensiva simultánea, lo más inesperada y rápida posible, sobre Petersburgo, sin falta, desde fuera y desde el interior, de los barrios obreros y de Finlandia, desde Reval y desde Cronstadt, una ofensiva en toda la flota, acumulación de una gigantesca superioridad de fuerzas en 15–20.000 (y más aún) sobre nuestra “guardia burguesa”, etc. (junkers), y nuestros vendeanos (parte de cosacos), etcétera. Combinar nuestras tres fuerzas fundamentales, la flota, los obreros y las unidades del ejército, de tal forma que sean ocupados inmediatamente y mantenidos a cualquier precio: *a)* teléfonos, *b)* el telégrafo, *c)* las estaciones ferroviarias, *d)* los puentes. Formar con los elementos más decididos (nuestros “destacamentos de choque”) y la *juventud obrera* (así como con los mejores marinos) pequeños destacamentos para la ocupación de los puntos estratégicos más importantes y pa-

ra la *participación* en todas las operaciones importantes... Formar destacamentos de los mejores obreros armados con fusiles, bombas para el ataque y el sitio de los “centros” del enemigo (escuelas de los junkers, telégrafo, teléfono, etc.) bajo la consigna, de perecer hasta el último, pero no dejar pasar al enemigo.

Es preciso analizar especialmente la importancia que Lenin atribuía a la preparación directa del propio partido para la insurrección. Al plantearse en el Partido la cuestión de la insurrección armada, tanto en la base como en los cuadros dirigentes, probados en el pasado, comienzan a manifestarse vacilaciones, aparecen tendencias oportunistas, que a medida que se aproximan los combates decisivos, intensifican la resistencia a la línea general con respecto a la insurrección.

En vísperas de los combates de Octubre, en las filas del P.C.R. (bolchevique) resultaron contagiados de esas tendencias algunos de los más responsables camaradas, como Zinoviev, Kamenev y otros. Estas tendencias y vacilaciones particularmente peligrosas en los umbrales de la insurrección, y justamente esta es la razón de que Lenin los condenase con tanta dureza, llegando a plantear la cuestión de la expulsión de Zinoviev y Kamenev del Partido, acusándolos de esquiroles.

Así entendía Lenin la “organización de la revolución” y así la organizó en Octubre.

COMO FORJAR UN PARTIDO BOLCHEVIQUE

Por: O. Piatnizki

Hay que arrancar las masas a los socialdemócratas

El XI Pleno del C. E. de la I. C. comprobó el retraso de las secciones de la Internacional comunista en los países capitalistas con relación al ascenso del movimiento obrero y campesino revolucionario. Ha pasado un año desde esa Asamblea. Es periodo suficiente para examinar sus resultados. ¿Se ha liquidado este retraso?

En los tres últimos trimestres del año 1931 y en el primer trimestre de 1932, se ha hecho palpable una seria agravación de la situación de las masas laboriosas, obreros y campesinos pobres y medios. Los partidos socialistas, los socialdemócratas y los burócratas sindicales a quienes siguen aún masas importantes de obreros y de empleados, se han puesto plenamente desde hace mucho tiempo del lado de la burguesía y traicionan diariamente los intereses de la clase obrera. En el transcurso de este período, el ascenso del movimiento obrero y campesino, no sólo no ha descendido en ninguna parte, sino que se ha acentuado en cierto número de países, (España, Polonia, Checoslovaquia, China, Japón, India, América, Francia). Sin embargo, en los principales países imperialistas (Inglaterra, América, Francia,

Alemania), los partidos comunistas se hallan retrasados como antes del Pleno del C. E. de la I. C. Cada país tiene sus razones objetivas para este retraso. No obstante, eso no quiere decir que el factor subjetivo —la incapacidad de aprovechar el descontento de las grandes masas de trabajadores determinado por la baja del nivel de la vida, el paro forzoso, el hambre, las cargas fiscales, la acción de los socialdemócratas, de los partidos socialistas y de los burócratas sindicales— no tenga una parte enorme en este retraso.

La fuerza de las tradiciones reformistas

¿Cómo se explica esta incapacidad de arrancar las masas obreras a los partidos socialdemócratas y socialistas y a los reformistas y agrupar, organizar y retener en nuestras filas a los que han pasado al Partido Comunista y al movimiento sindical revolucionario de los países capitalistas?

Principalmente por el hecho de que las tradiciones reformistas y socialdemócratas están aún profundamente arraigadas en todos los dominios de la actividad de los partidos comunistas, de los sindicatos rojos y de las operaciones sindicales. Comparando los métodos de trabajo entre las masas, las formas de organización, la apreciación de la situación dada y la táctica correspondiente de los bolcheviques y de los socialdemócratas, demostraremos más adelante que las secciones de la Internacional comunista en los países capitalistas se han saturado mucho en su nacimiento y aún hoy en día están bastante impregnadas de la práctica de los partidos socialdemócratas.

La autocracia y la pandilla de los feudales agrarios eran los amos del poder en Rusia zarista. No solamente la situación de los obreros, sino también la de los campesinos, era insostenible. La pequeña burguesía íntegra (e incluso la burguesía liberal naciente) estaba descontenta de la autocracia (de ahí, por otra parte, la amplia participación de los intelectuales y de los estudian-

tes en el movimiento revolucionario de 1905 contra el absolutismo). Como lo han confirmado los acontecimientos de 1905, Rusia marchaba hacia la revolución democrático-burguesa. A este respecto, Lenin escribía en marzo de 1905:

“La evolución objetiva de las cosas ha colocado al proletariado ruso ante el problema de una revolución democrático-burguesa... Este problema se erige ante todo el pueblo, inclusive las masas pequeño-burguesas y campesinas; sin esta revolución, el desenvolvimiento, por pequeño que sea, de una organización independiente de clase con vistas a la revolución socialista, es inconcebible. (“La dictadura revolucionaria-democrática del proletariado y del campesinado”. *Obras completas*, tomo VI, edición rusa.)

En 1890, ese período de la revolución democrático-burguesa ya había sido franqueado por los principales países extranjeros. Las revoluciones democrático-burguesas, realizadas por el proletariado y la pequeña burguesía, se habían desarrollado bajo la égida de la burguesía, a falta de partido obrero revolucionario.

Los partidos socialdemócratas y socialistas que en 1890 existían ya como partidos de masas en los principales países, se habían adaptado al régimen y a las legislaciones existentes. Antes de la guerra mundial, la lucha política librada por los partidos socialdemócratas era una lucha por las reformas en el terreno de la legislación social y por el sufragio universal. Y aun esta lucha era esencialmente librada por medio del boletín de voto.

Si de palabra no renunciaban al objetivo final de la lucha del proletariado, el socialismo, de hecho no emprendía nada serio y práctico para preparar y librar batallas revolucionarias, educar con este objeto a los cuadros necesarios, dar a las organizaciones del partido una orientación revolucionaria, romper en el curso de la lucha la legalidad burguesa, etc. Toda la orientación de los partidos socialdemócratas y socialistas tendía esencialmente a obtener por medio del sufragio universal, igual y secreto, la mayoría en el Parlamento, para “instaurar entonces el socialis-

mo”. Las mismas tentativas de adaptación, que el Partido bolchevique ilegal—combatió violentamente, hallaron igualmente su expresión en Rusia en la persona de los mencheviques liquidadores (y en la persona de Trotski), que calificaron al régimen de Stolypin de régimen burgués, y trataron de adaptarse a él, pasando a la actividad legal y luchando por reformas a imitación de los partidos socialistas de Europa occidental. Los mencheviques no tenían en cuenta el hecho de que las tareas de la revolución democrático—burguesa habían quedado sin resolver después de la revolución de 1905.

En Occidente, los sindicatos estaban voluntariamente reducidos al par de organizaciones auxiliares de las grandes masas obreras y a la defensa exclusiva de los intereses económicos inmediatos de la clase obrera, cosa importante, por cierto, pero ni siquiera se asignaban la tarea de derribar a la burguesía e instaurar la dictadura del proletariado. Abandonaban todo el dominio de la política “pura” al partido político. No se proponían otro fin que concluir contratos colectivos y declarar huelgas económicas. El papel de las cooperativas era todavía más reformista. Los sindicatos se hallaban a veces en desacuerdo, incluso con los partidos socialdemócratas, sobre la fijación de las fiestas revolucionarias y el desencadenamiento de huelgas políticas, pero las cooperativas estaban a su vez en desacuerdo con los sindicatos, que pedían su concurso en los períodos de huelgas económicas. Por esta razón, los partidos socialdemócratas y socialistas extranjeros con mucha tolerancia la revisión bernsteiniana de los principios fundamentales del marxismo, sin pensar ni siquiera en hacer la escisión, aun cuando algunos partidos socialdemócratas hubiesen adoptado resoluciones contra los oportunistas, los revisionistas y los reformistas. En verdad, casi toda la acción de los partidos socialdemócratas y de las organizaciones obreras que dirigían estaba impregnada de bernsteinismo.

Cómo luchaban los Bolcheviques contra las desviaciones del marxismo

Otra cosa ocurría en la Rusia zarista. En 1890, en todas las ciudades, sobre todo en los centros industriales del antiguo Imperio de Rusia, existían paralelamente a los grupos populistas, grupos y organizaciones socialdemócratas. Diferentes corrientes antagónicas se manifestaron en el seno de estos últimos a partir de su aparición: los “economistas”, los miembros del Bund, partidarios de estos últimos y de la economía nacional y cultural, los socialdemócratas revolucionarios, los oportunistas socialdemócratas que se ponían ya de un lado, ya del otro. El periódico socialdemócrata *Iskra*, que publicaron los socialdemócratas con Lenin a la cabeza, combatió desde el primer día todas las desviaciones del marxismo en general y el economismo en particular.

Lenin y los revolucionarios, después de haber obtenido la mayoría en el II Congreso del Partido (bolcheviques), prosiguieron en su acción ulterior la política socialdemócrata revolucionaria de la antigua *Iskra*. Librando una lucha infatigable contra el menchevismo, los liquidadores, los otsovistas, los trotskistas, la derecha, el oportunismo en la práctica, el sectarismo, los conciliadores en el seno del Partido y contra todas las desviaciones de la línea política del Partido, todo eso en nombre del advenimiento, del mantenimiento y del fortalecimiento de la hegemonía del proletariado en la revolución democrático—burguesa, en la lucha contra la autocracia zarista, en la lucha incansable contra la burguesía liberal que pactaba con la autocracia zarista y se esforzaba por hacer tomar a la revolución rusa “la senda prusiana”, en la lucha contra todo el régimen capitalista, en todas las etapas de la revolución democrático—burguesa, el partido bolchevique, dirigido por Lenin, forjó la estrategia y la táctica bolcheviques, los métodos de acción de masa y los principios de organización del Partido. Los bolcheviques rusos, a la

inversa de los partidos comunistas de los países capitalistas, no han tenido que librarse de antiguas tradiciones reformistas y oportunistas arraigados en la táctica, en los principios de organización y en los métodos de acción.

Por lo demás, los bolcheviques estudiaban minuciosamente para asimilárselas, las lecciones de las revoluciones democrático-burguesas y el papel jugado en estas revoluciones por la burguesía liberal. Despojaron de todo lo que tenía de nocivo a la teoría, al progreso y al trabajo práctico de los partidos socialdemócratas de Occidente y de las organizaciones obreras de masa apropiándose de lo bueno que encerraban.

¿Cuáles eran las condiciones en la Rusia zarista y en el extranjero?

Hasta 1905, no había ningún partido legal en la Rusia zarista. La misma burguesía liberal tenía que publicar su órgano *Osvobodjenie* (La emancipación) en el extranjero (en Stuttgart). En el extranjero, durante casi toda la existencia del movimiento obrero de masa (con raras excepciones temporales, tales como la ley de excepción contra los partidos socialistas en Alemania), los partidos socialdemócratas gozaron de libertad de acción hasta la guerra. En los principales países capitalistas (en Francia, en Alemania, en Inglaterra, en América, en Checoslovaquia y en muchos otros países), los partidos comunistas existen más o menos legalmente. Hablaré de estos partidos. Son ellos los que opondré y compararé al Partido bolchevique en la antigua Rusia zarista.

Antes de 1906 no existían en Rusia sindicatos legales de masa. Los que fueron creados después de 1905, por el partido obrero socialdemócrata de Rusia (bolcheviques y mencheviques) vegetaron hasta 1912. Los mencheviques se esforzaron por dar a los sindicatos que crearon un carácter y funciones análogas a los de los sindicatos de Occidente. Y si no lo lograron, se debe

a la lucha infatigable que los bolcheviques libraron contra esas tentativas en las organizaciones obreras de masa. Los mencheviques liquidadores trataron, en el período de reacción de sustituir los sindicatos al Partido. Durante la guerra y hasta la revolución de febrero, los sindicatos fueron prohibidos o colocados en tales condiciones de vigilancia policial, que no pudieron funcionar normalmente. En el extranjero, en los principales países (Inglaterra, América, Italia), los sindicatos precedieron a la organización de los partidos socialdemócratas. En Francia, el movimiento sindical estaba imbuido de un sindicalismo que quería ignorar los partidos políticos. En ciertos países (Inglaterra, Bélgica, Suecia, etc.), los sindicatos se adhieren colectivamente a los partidos obreros, hasta el punto que se puede decir que ciertos partidos han sido formados de sindicatos. Incluso en Alemania, el movimiento sindical es más antiguo que los partidos obreros *políticos* independientes. En 1860–70, los sindicatos, en diferentes centros obreros (tipógrafos, cigarreros de Berlín) aparecieron y funcionaron antes que los círculos de estudios obreros, de donde surgieron dos partidos obreros alemanes, los lasallianos y los eisenachianos⁵⁹ que se desprendieron del Partido progresista burgués, para formar más tarde el Partido socialdemócrata alemán. Las huelgas de obreros se proseguían fuera de los partidos políticos, sobre todo hacia los años de 1860–1870.

Para que se tenga una idea de la actitud frente a las huelgas de uno de los partidos políticos obreros más activos de esa época, citaré una resolución muy característica del congreso de Hamburgo, llevado a cabo en 1868 por la Asociación Universal de los Trabajadores (partido político dirigido por Lasalle, y después de su muerte por Schweitzer). Por 3.417 votos el Congreso se pronunció no por la dirección de las huelgas, sino por una actitud favorable respecto a éstas. Pese a la vaguedad de esa fór-

⁵⁹ Dos tendencias del movimiento obrero alemán. Los eisenachianos se llaman así porque en 1869 fundaron en Elsenach (Sajonia) el Partido socialdemócrata (con Bebel y Liebtnecht), como reacción contra la política colaboracionista de los lasallanos. (*N. del T.*)

mula, hubo 2.583 votos que la rechazaron. El congreso rechazó la proposición de convocar un congreso obrero alemán con el propósito de constituir una confederación sindical. Huelga decir que ciertos socialistas y en particular la Primera Internacional, dirigida por Marx y Engels, ejercieron una influencia muy grande en los sindicatos nacientes y en el desenvolvimiento de las huelgas. Pero es un hecho evidente que en esta época, incluso en Alemania, los partidos políticos no organizaban las huelgas ni dirigían los sindicatos. Más tarde, bajo la ley contra los socialistas, los sindicatos alemanes fueron menos lesionados que el Partido socialdemócrata. El desarrollo impetuoso del capitalismo reforzó el movimiento sindical, a pesar de las persecuciones.

En estas condiciones, los sindicatos no podían dejar de aumentar su independencia. La fracción socialdemócrata parlamentaria, que desempeñaba la función de Comité Central, no dirigía la lucha económica del proletariado y se ocupaba únicamente de la política parlamentaria. Así, desde los primeros momentos de la existencia de los partidos socialdemócratas y de las organizaciones sindicales, éstas tendieron a la independencia. En la Rusia zarista, por el contrario, las organizaciones bolcheviques dirigían tanto la lucha económica como la lucha política. En el extranjero, estas funciones eran compartidas por los sindicatos y los partidos socialdemócratas, los partidos se ocupaban de la política pura, los sindicatos de la lucha económica. Hay que observar que hasta el presente ciertos partidos comunistas de los países capitalistas estiman inútil ocuparse de la dirección de la lucha económica. Dejan eso al cuidado de la oposición sindical y a los sindicatos rojos. Estas tradiciones socialdemócratas se han transmitido, pues, a los partidos comunistas. Por el contrario, en los países donde los comunistas organizan las huelgas y se ocupan del movimiento sindical, se observan ciertas manifestaciones de sectarismo. A los partidos comunistas les cuesta mucho desembarazarse de estas desviaciones.

Las formas bolcheviques y socialdemócratas de organización del Partido

Hasta 1905 no hubo en la Rusia zarista elecciones ni campaña electoral. Ni los campesinos, ni los obreros participaban en las elecciones de los zemstvos o de las municipalidades urbanas. No poseían, el derecho de voto. Después de 1905, cuando en razón de las elecciones de la Duma se elaboraron condiciones especiales para los obreros, fueron creadas divisiones especiales y los obreros votaban por empresa y por fábrica.

Una situación ilegal de todos los partidos hasta 1905, una ausencia de campañas electorales y al mismo tiempo (lo cual es esencial) una posición justa de los bolcheviques en la cuestión de la organización del Partido (el reclutamiento para el partido de obreros de fábricas y de empresas, la creación de círculos de estudios políticos y generales, tales fueron en la Rusia zarista las particularidades de la formación del Partido bolchevique. La situación ilegal del Partido bolchevique, además de las razones ya mencionadas, lo impulsaba a crear los grupos del Partido en las empresas, por el hecho de que era más fácil y cómodo militar. La edificación del Partido empezó, pues, en las fábricas y las empresas. Eso dió brillantes resultados, tanto en los años de reacción y después de la revolución de febrero como, particularmente, en el curso de la revolución de octubre, en 1917, de la guerra civil y de la gran construcción del socialismo.

Durante la reacción, después de 1908, cuando los comités locales del Partido y su dirección (el Comité Central) eran aniquilados periódicamente, no por eso su base dejaba de mantenerse firme en las fábricas y empresas. Las células del Partido continuaban la acción. Después de la revolución de febrero, las elecciones de los Soviets de diputados obreros se hacían igualmente por fábrica y por empresa. Es interesante señalar que las elecciones a las dumas de las ciudades y de barriadas y a la Asam-

blea Constituyente tenían lugar no por empresa, sino por domicilio de los electores. Y sin embargo, después de las revoluciones de febrero y de octubre el Partido Bolchevique obtuvo los mismos éxitos a pesar de no tener organización de barriada y de concentrar su agitación en las empresas y en los cuarteles. Las células, los comités de radio y los comités de ciudades hicieron la campaña electoral sin constituir organizaciones especiales para las elecciones por barriada. El Partido Bolchevique tenía siempre sus organizaciones de base en el lugar de trabajo de sus miembros.

Otra cosa ocurría en el extranjero. Allí las elecciones tenían lugar no por empresa, sino por distrito, por domicilio de los electores. La tarea principal que los Partidos socialistas se asignaban era de organizar bien la campaña electoral y de luchar por el Boletín de voto. Por esta razón el Partido estaba igualmente organizado en el lugar de habitación de sus miembros, a fin de facilitar su agrupamiento para realizar la campaña en las circunscripciones electorales.

Ligazón de los Partidos Socialdemócratas con las empresas

Pero no puede decirse que los partidos socialdemócratas no estaban ligados a las fábricas y empresas. Estaban ligados por intermedio de los sindicatos, a la cabeza de los cuales se hallaban miembros del Partido socialdemócrata. A pesar de que los sindicatos no estuviesen organizados sobre la base de las empresas tenían en ellas sus delegados, sus tesoros, y siendo en su mayoría estos delegados y tesoreros sindicales socialdemócratas, los partidos socialdemócratas por intermedio de estos delegados, por los sindicatos, estaban ligados a las empresas. Cuando aparecieron los partidos comunistas (en ciertos países, a consecuencia de la escisión y de la salida de los partidos socialdemócratas; en otros, como en Checoslovaquia y en Francia después

que la mayoría hubo decidido adherirse a la Internacional Comunista, la minoría tuvo que organizarse en partido socialdemócrata), formaron sus organizaciones sobre el modelo socialdemócrata, Y eso, no obstante, haberse planteado los partidos comunistas a partir de su existencia, objetivos distintos que los partidos socialdemócratas. Ellos se proponían derrumbar a la burguesía y conquistar el poder por el proletariado, mientras que la socialdemocracia internacional, después de haber apoyado a la burguesía durante la guerra, se había convertido después de la guerra en su principal sostén social.

Y sin embargo, los partidos comunistas construyeron su organización como los socialdemócratas, por circunscripción electoral, por lugar de habitación de los miembros del Partido y de los lectores. Hay que añadir que no poseían sus organizaciones sindicales y que allí donde las crearon éstas no tuvieron ni tienen hasta ahora sólidos lazos de organización con las empresas. De este modo, las organizaciones del Partido comunista en los países capitalistas estaban organizadas sin ligazón permanente de organización con las empresas. He ahí el principal defecto de organización de los partidos comunistas, que debe ser subrayado claramente por los profesores que enseñan en las escuelas del Partido. Las tareas de los partidos comunistas eran otras, pero sus organizaciones tenían la misma estructura que las de los socialdemócratas. Si los socialdemócratas estaban ligados a las empresas por intermedio de los sindicatos, los partidos comunistas ni siquiera poseían una organización semejante, y esto es igualmente valedero, incluso para partidos comunistas que tienen una gran influencia en los sindicatos rojos (Partido Comunista checoslovaco, Partido Comunista francés). Desde su aparición, los partidos comunistas adoptaron las formas de organización del Partido bolchevique. Empero, durante e inmediatamente después de la guerra, en muchos países, los obreros nombraron delegados revolucionarios (en Alemania jugaron un gran papel en el curso de las huelgas durante la guerra), elegían comités de empresa (por ejemplo, los *shop ste-*

*words*⁶⁰ en Inglaterra), e incluso enviaban sus delegados a los Soviets. De esta manera pudieron convencerse de las ventajas de la organización de los obreros por lugar de trabajo con relación a la organización de los obreros por lugar de habitación. Pero cuando la tempestad revolucionaria se hubo calmado, las tradiciones socialdemócratas recuperaron su posición predominante sobre las formas de organización similares a las formas bolcheviques de trabajo en las empresas. Eso es lo que explica por qué los Partidos Comunistas, y en particular las organizaciones de radio y de base del Partido, las organizaciones sindicales revolucionarias y los cuadros que asumen de hecho el grueso del trabajo revolucionario y del trabajo del Partido, renunciaron entonces a los métodos casi bolcheviques de trabajo en las empresas. Y hoy en día, al no encontrar la resistencia necesaria en los dirigentes del Partido, se oponen a estos métodos, no obstante haberse demostrado su superioridad sobre los métodos socialdemócratas.

El ejemplo de 1923, cuando el partido no aprovechó la situación revolucionaria para derribar a la burguesía, no solamente porque faltaba una verdadera dirección revolucionaria, sino por carencia de ligazón amplia y sólida con los obreros de las fábricas y empresas, basta para probarnos que la ausencia de organización del Partido en las empresas influye poderosamente en el trabajo del Partido Comunista. En 1923, la socialdemocracia alemana se había debilitada considerablemente. Sus efectivos bajaban de una manera inaudita. Los sindicatos reformistas contaban, en 1922 con 9 millones de miembros... (7.895.065 en la Confederación del Trabajo y el resto en el sindicato de Funcionarios); en 1923, no conservaban más que 3 millones de miembros. El aparato de los sindicatos reformistas se disgregaba. No se pagaba ya a los funcionarios. En ese momento el Partido Co-

⁶⁰ En Inglaterra se llaman así los comités de fábrica, organizados durante la guerra imperialista en Escocia. En el Congreso de Greds (abril de 1921) los "Shop Steward Comités" se fusionaron con el Partido Comunista. (*N. del T.*)

munista alemán habría podido adueñarse del poder si hubiere tenido una dirección revolucionaria, si hubiera librado una lucha verdadera contra el Partido socialdemócrata y los reformistas, y si hubiere estado en contacto con las empresas, si las hubiese movilizado empleando la táctica revolucionaria del frente único en la lucha por la Dictadura del proletariado, en lugar del frente único de Brandler con los socialdemócratas sajones de "izquierda" y su gobierno Zeigner. La conferencia convocada en 1923 por la dirección oportunista de Brandler para decidir si era preciso obrar o no, reunió en su mayoría a funcionarios del Partido, a jefes del movimiento cooperativo y sindical entre los cuales figuraban buen número de oportunistas de derecha del tipo Brandler, Talheimer y Walcher sin ligazón con las masas. Ellos ignoraban la vida y el estado de ánimo de las masas obreras y fue esta conferencia la que decidió no intervenir.

Las Células de empresa y de calle

En la Rusia zarista las células (o los bolcheviques aislados en las empresas donde no había células), sacaban provecho de todas las reprimendas de los patrones: la brutalidad de los contra-maestres, los errores intencionales en el pago de los salarios, las multas, la negativa de pagar el subsidio por accidente de trabajo, etc. Se hacía propaganda en los talleres, se distribuían volantes, se organizaban mítines en el patio y en la puerta de las fábricas, así como reuniones de obreros simpatizantes y revolucionarios. Los bolcheviques –imputaban– los accidentes en las empresas al régimen autocrático, por cuanto los obreros experimentaban sobre sus espaldas el knut de los mercenarios del zar, el presidio y la deportación por sus protestas y sus huelgas contra los patrones. Al mismo tiempo las células, en su agitación, ligaban la autocracia al régimen capitalista y debido a ello es que, desde el comienzo mismo del movimiento, los bolcheviques ligaban las reivindicaciones económicas a las reivindicaciones

ciones políticas, y la lucha económica a la lucha política.

Cuando el estado de ánimo de los obreros era favorable a la huelga, las células bolcheviques se ponían a la cabeza del movimiento. Las huelgas se propagaban de un taller a otro, de una fábrica a otra, mientras que, bajo la dirección y la influencia de las organizaciones del Partido bolchevique, estos movimientos de huelga tomaban a menudo la forma de manifestaciones de calle. De este modo, las huelgas económicas se transformaban en una batalla política. La historia del movimiento obrero en la Rusia zarista, ha visto a más de una huelga aislada de empresa, transformarse en huelga de todas las empresas de una ciudad y extenderse a las otras ciudades. Todas estas huelgas, pese al trabajo clandestino de los bolcheviques, costaban enormes sacrificios de parte de éstos y de los obreros revolucionarios. Pero con el ejemplo de estas víctimas, se formaban sin cesar nuevos cuadros en la lucha y la acción cotidiana para continuar la batalla. Las células bolcheviques se convirtieron así en las organizadoras de la lucha de las masas en el terreno económico y político.

En 1921, el Tercer Congreso de la Internacional Comunista, formuló las primeras tesis sobre la organización de los partidos comunistas en los países capitalistas. Hasta 1924, los partidos comunistas hicieron oídos de mercader. Actualmente existen en todos los partidos comunistas células de empresa que, sin embargo, sobre todo en los partidos comunistas legales, se pasan el tiempo sin hacer ningún trabajo práctico en las empresas. Las tradiciones socialdemócratas en la estructura del Partido, se han arraigado de tal manera en las filas del Partido comunista que dominan a los miembros del Partido, incluso cuando aplican los principios de organización. Existen en muchos lugares células de empresa del Partido, pero se hallan lejos de modificar los métodos de su trabajo. Discuten las cuestiones del Partido, participan en las campañas de reelección de los comités de empresa, incluso editan a veces periódicos de fábrica, *pero no se ocupan de las cuestiones de la empresa*, no se dedican a una propaganda verbal individual en los talleres, en la puerta de las fábricas,

cas, en los trenes en que viajan los obreros. Organizan raramente mítines con ocasión de las reuniones convocadas por los comités obreros de empresa, donde toman la palabra los reformistas y los socialdemócratas y donde, más que en ninguna otra parte, se puede demostrar y probar su traición. Las células de empresa no dirigen ni controlan el trabajo de los comunistas en los comités sindicales de empresa dirigidos por los reformistas.

Dejan a los comités rojos sin dirección y es por esa causa que frecuentemente no trabajan mejor que los comités reformistas. Las principales campañas de los sindicatos y del Partido no son libradas por intermedio de las células de empresa. Incluso las campañas por las elecciones municipales, legislativas y las elecciones al Landtag que tienen lugar con bastante frecuencia, no son libradas, hasta ahora, por las células de empresa, sino por las de fábrica. A consecuencia de ello, ocurre a menudo que las células de empresa sólo conocen la declaración de las huelgas en los talleres e incluso en las fábricas donde trabajan sus miembros hasta después de que estallan. Incluso cuando las células de empresa, los grupos de oposición sindical y los sindicatos rojos preparan las huelgas, una vez elegido el comité de huelga, las células y los grupos sindicales abandonan la dirección y cesan de existir como organizaciones. Los reformistas aprovechan naturalmente esta situación.

Lo mismo puede decirse de la mayoría de las células de empresa de los países capitalistas. Eso no significa que no haya allí células que trabajan admirablemente y que demuestran que el sistema de las células de empresa, es superior a la estructura socialdemócrata de organización del Partido. Pero, desgraciadamente, esas células constituyen una minoría. La enorme mayoría de las células de empresa no funcionan y, en el mejor de los casos, funcionan mal. Un fenómeno bastante corriente hasta la fecha, es que la célula no agrupa los miembros del Partido en la empresa. El Partido bolchevique no conocía más que una sola forma de organización de base: la célula de empresa, de establecimiento público, de cuartel, etc. Teniendo en cuenta las condi-

ciones existentes en el extranjero, la Internacional Comunista, se vio obligada a adoptar una forma complementaria de organización: las células de calle. Estas células de calle estaban destinadas, a las sirvientas, a los pequeños artesanos, etc. Ellas debían llevar la acción comunista por barrio. Las células de calle debían comprender a los parados miembros del Partido hasta el momento en que hallasen empleo. No se podía obligar a un comunista parado a asistir a las reuniones de la célula de la empresa, donde había trabajado (admitiendo que esta célula existiera) cuando ni siquiera tenía el dinero necesario para el viaje. Las células de calle tienen tareas bien determinadas: ir de domicilio en domicilio, distribuir volantes, prestar su concurso en las campañas electorales, secundar desde afuera el trabajo de las células de fábrica.

En las grandes ciudades del extranjero, sucede que el obrero trabaja en la ciudad y vive en los suburbios. A veces incluso en un pueblo situado a algunas docenas de kilómetros de la ciudad. Por la noche y los días festivos, los miembros del Partido que residen lejos de su lugar de trabajo deben ser utilizados por las células de calle y los comités de radio para el trabajo del Partido en su barrio respectivo. Sin embargo, el trabajo fundamental de estos miembros del Partido sigue siendo el trabajo en las células de sus empresas.

Pero en lugar de hacer de ella una organización auxiliar, los Partidos Comunistas han dado su preferencia a la célula de calle. Se han dedicado a crear células de calle hasta el punto de que éstas agrupan en realidad el 80 por ciento de los efectivos del Partido y a veces más. En otros términos, los partidos comunistas han hallado una hendidura por la cual se esfuerzan en hacer pasar la antigua forma de organización y de conservar la organización anticuada de los miembros del Partido por lugar de habitación. Y toda la lucha librada por la sección de organización del C. E. de la I. C., durante cinco años, para que los partidos comunistas revisen la composición de sus células de calle y eliminen de ellas a los que trabajan en las empresas, no ha dado

ningún resultado. Si tomamos las cifras del Partido comunista alemán, vemos que poseía, a fines de diciembre de 1931, 1.983 células de empresa y 6.196 células de calle.

Basándonos en sus efectivos, puede decirse que son considerables, pero poco activos. En otros casos, para no organizar células en las empresas, se han constituido grupos de concentración. Se reúnen algunos comunistas de muchas fábricas y empresas y se constituye un grupo para realizar el trabajo en estas empresas. Esta forma de organización está muy difundida en Inglaterra, pero no da los resultados que habrían podido dar las células de empresa. En Francia, se procede de esta manera: a uno o dos obreros de una empresa se les agrega de doce a dieciséis miembros del Partido que trabajan fuera. Y a esto se llama una célula de empresa! Estos doce o dieciséis miembros del Partido, estimando las más de las veces que en la empresa se ocupan de futilidades, hacen que la célula se interese naturalmente de todo, salvo de la empresa.

Las dificultades del trabajo en las Células Comunistas en las empresas de los países capitalistas y los métodos para vencerlas

La acción en las empresas tropieza evidentemente con grandes dificultades que los profesores que enseñan los principios de organización del Partido, no deben ignorar. En la Rusia zarista, el Partido bolchevique era ilegal, lo mismo que las células. Estas no salieron de la ilegalidad sino cuando el Partido se hizo legal. Otra cosa ocurre en el extranjero. En los principales países capitalistas, los partidos comunistas militan legalmente, pero las células *deben trabajar clandestinamente*. Por desgracia no logran trabajar sin hacerse descubrir. Los patrones y sus espías vigilan constantemente a los obreros revolucionarios y los expulsan de las empresas sin la menor protesta de los sindicatos reformistas. Al contrario, estos últimos son muy a menudo los ins-

tigadores del despido de comunistas. Dado que por regla general, los comunistas despliegan una acción demasiado débil en las empresas, los obreros no toman la defensa de las comunistas despedidos (se dan, bien entendido, casos contrarios).

En tales condiciones, las células de empresa no hacen, las más de las veces, nada, o bien sus miembros son echados de la fábrica al menor gesto, siendo incapaces de hacer un trabajo clandestino por insignificante que sea. Ocurren a menudo que los comunistas son expulsados de la empresa sin que hayan librado en ella ninguna acción, simplemente porque son del Partido. Nuestros profesores de las escuelas comunistas internacionales, deben tener en cuenta esta dificultad, indicar a los alumnos, en el curso del estudio del trabajo en los partidos legales, cómo tales células pueden y deben organizar su acción, pues en ese dominio puede ser aplicada la experiencia bolchevique del trabajo ilegal en las fábricas bajo el zarismo, trabajo que a la sazón daba excelentes resultados. No debe mirarse eso como un simple detalle. No sabiendo el Partido Comunista hacer un trabajo clandestino en las empresas, se expone enormemente a perder a los comunistas y a los obreros revolucionarios despedidos.

Ciertos comunistas consideran extraño que los socialdemócratas, los nacionalistas y los miembros de otros partidos puedan nombrarse abiertamente, mientras que ellos, con ser legal el Partido comunista, deben disimular su pertenencia al Partido. Este disimulo ¿es poltronería u oportunismo de derecha? De ningún modo. Sería oportunismo o poltronería si los miembros de la célula o ciertos comunistas temiesen y evitaran tomar la palabra contra los socialdemócratas y reformistas en las reuniones de la fábrica, cuando estos proponen aceptar la reducción del nivel de vida de los obreros, aprobar su despido o las proposiciones de los reformistas y de los socialdemócratas, etc. Eso, desgraciadamente, se produce. Pero no es absolutamente necesario gritar por doquiera en las fábricas que se es comunista, tanto más cuanto que eso no va siempre acompañado de un tra-

bajo comunista. Se puede y se debe llevar a cabo un verdadero trabajo de partido ligando las consignas de este último a la lucha cotidiana en las empresas sin revelar su calidad de miembro del Partido o de la célula.

Para eso es posible siempre hallar fórmulas apropiadas. ¿Es acaso imposible decir: “He leído hoy tales noticias”, o bien: “Un obrero de nuestra fábrica o de la fábrica vecina me ha dicho esto...”, etc.? En una palabra, todo debe ser presentado dentro del espíritu de las decisiones de la célula y del Partido, pero bajo una forma velada, hasta “inocente”. Incluso si alguien por orden de la célula, interviene en la reunión general de los obreros de la empresa, no es siempre indispensable que declare hablar en nombre de la célula. Lo esencial es que su discurso sea dicho en el sentido de las decisiones de la célula y que sus proposiciones sean elaboradas o aprobadas por el buró de la célula. Los otros miembros y simpatizadores deben no solamente votar por las proposiciones hechas por los camaradas designados por la célula, sino, además, llevar a cabo una propaganda en favor de estas proposiciones entre los obreros. En los partidos ilegales, ocurre diferentemente, pues tanto el Partido como las células son ilegales. Pero incluso en los Partidos ilegales se disimula desgraciadamente muy mal la actividad de la célula.

Cómo defendía el Partido Bolchevique los intereses económicos de los obreros

En la Rusia zarista, el reglamento y el régimen de las empresas eran relativamente anodinos con relación al reglamento de las empresas de los grandes países capitalistas, sobre todo en las condiciones actuales, después de la Racionalización capitalista, que agota a los obreros, y de la aplicación del trabajo a la cadena. La burguesía, antes del derrumbamiento del zarismo, pagaba muy mal a los obreros. Pero estos libraban una lucha tan enérgica contra el rigor del reglamento interior de las empresas,

que los fabricantes debían, en fin de cuentas, renunciar a aplicar la taylorización⁶¹ y cualquier otro sistema de explotación de los obreros. Eso facilitaba el trabajo del Partido en las empresas. Además, los obreros, pertenecieran al partido socialista que fuese se plegaban con los obreros bolcheviques al frente de lucha económica y política (huelgas, manifestaciones y hasta insurrecciones).

Pero eso no quiere decir que el Partido bolchevique, que las células de empresa, que los bolcheviques aislados seguían la corriente y disimulaban en las empresas los principios bolcheviques. Al contrario, tanto en las fábricas como en los periódicos y los volantes ilegales, los bolcheviques llevaban a cabo una campaña encarnizada contra los mencheviques, los liquidadores, el trotskismo, los S. R.; los socialistas-populistas, etc. Los bolcheviques, por su agitación persuasiva, por sus argumentos en las discusiones con los miembros de otros partidos, por sus proposiciones motivadas y oportunas, por el conocimiento de la situación de los obreros en las empresas, por sus métodos de trabajo, por la atracción de los obreros a participar en la solución de los diferentes problemas, por una preparación minuciosa de la lucha, por sus métodos de organización, demostraban la justicia y la superioridad de su acción sobre la de los otros partidos. Es por eso que el Partido bolchevique logró constituir en las fábricas y en las empresas el frente único en la base con los obreros de todas las tendencias durante todo el período de la historia del movimiento obrero de Rusia, incluso en el momento en que, en 1913–1914, los mencheviques reprochaban a los bolcheviques que “jugaban a las huelgas”, incluso bajo Kerenski, en el mes de agosto de 1917, en ocasión de la huelga general organizada por los bolcheviques contra la Asamblea Gubernamental de Moscú en la que descollaban los mencheviques y los

⁶¹ El sistema Taylor o “racionalización de la producción” se introdujo primeramente en EE.UU. Consiste en la intensificación del trabajo y en su mayor rendimiento. (*N. del T.*)

S. R. y, más tarde, durante las jornadas de Octubre de 1917, cuando los bolcheviques desencadenaron la insurrección contra la burguesía, los mencheviques y los S. R.

Los partidos comunistas de hoy en día carecen de algunas de las condiciones favorables. Pero de este modo es como deben librar la lucha económica, y no solamente la lucha económica, contra los socialdemócratas, los burócratas sindicales reformistas, los fascistas, los amarillos, pues todos estos son aliados de los patrones. A la más mínima imprudencia que cometan, los comunistas, lo mismo que los miembros de la oposición sindical y de los sindicatos rojos, son arrojados a la puerta de las fábricas. Esto obliga a aplicar métodos de trabajo que deben dar en la lucha del proletariado revolucionario, el máximo de efecto y el mínimo de pérdidas.

Estos métodos no pueden ser más que los métodos bolcheviques experimentados. Los comunistas tienen el deber de salvar todas las dificultades. Cuanto más dificultades haya, tanto más debe llevarse a cabo un trabajo comunista perseverante y minucioso en la empresa, en sus puertas y allí donde haya obreros y parados. Los métodos y el contenido del trabajo deben ser bolcheviques. Es menester persuadir sistemáticamente, con argumentos convincentes y probantes, y no con injurias, a los que piensan de otra manera, sobre todo a los socialdemócratas y a los obreros reformistas. Es preciso desenmascarar sistemáticamente, prueba en mano, en términos simples e inteligibles, a la socialdemocracia y a los reformistas pero al mismo tiempo es necesario no olvidar a los nacionalsocialistas y en general a todos los partidos adversos que tengan una base obrera. Pero la propaganda sola no basta.

Hay que organizar la lucha, hay que probar a los obreros que los comunistas saben combatir y paralizar las maniobras de los socialdemócratas y de los reformistas. Se puede lograrlo aplicando métodos bolcheviques de trabajo y de organización, no de una manera mecánica, sino teniendo en cuenta la situación. Actualmente, en que la situación de los obreros de todos los paí-

ses capitalistas se ha agravado increíblemente cuando hay millones de parados, cuando todas las consecuencias de la crisis económica y financiera, a las que se añaden los gastos para la preparación de las guerras imperialistas y de la agresión contra la U.R.S.S recaen sobre los trabajadores, el Partido Comunista tiene la posibilidad y el deber absoluto de salvar todas las dificultades y de mejorar su trabajo.

El reclutamiento del Partido Comunista y la fluctuación de sus efectivos

¿Cómo se opera el reclutamiento en los partidos comunistas? Los bolcheviques reclutan y reclutaban los obreros revolucionarios en las empresas. Sólo después de la toma del Poder organizaron semanas de reclutamiento para el Partido, es decir campañas determinadas que se llevaban a cabo igualmente en las empresas. Antes de la revolución de octubre los bolcheviques reclutaban en el curso de la acción cotidiana, Los nuevos adherentes eran iniciados en el trabajo del Partido y asistían a los círculos políticos. ¿Cómo se efectúa hasta ahora el reclutamiento en los partidos comunistas de los países capitalistas?. El reclutamiento se hace en los mítines y en las reuniones. A veces hasta en la calle (en Inglaterra). Un orador ha sido muy elocuente, ha entusiasmado al obrero, que ha pedido su adhesión y ha entrado al Partido. Supongamos incluso que ha indicado su dirección. Sin embargo, nuestras organizaciones del Partido no se han afanado ni se afanan mucho más hoy en día por ligarse con tales camaradas, incluirlos en la organización del Partido, ir a verlos a domicilio, averiguar en qué fábrica trabajan, a fin de afectarlos a la célula de empresa o a la célula de calle más cercana.

Antes que los partidos comunistas se decidan a hacer este trabajo, muchos nuevos adherentes han tenido tiempo de desaparecer, cambiar de dirección, irse a otra ciudad o enfriarse en lo que respecta a la adhesión a la organización comunista. Es precisa-

mente porque el reclutamiento del Partido no tiene lugar en las empresas, sobre el trabajo de la base de la célula comunista en la empresa, por la creación de un medio de obreros sin partido activos que se destacan en la acción cotidiana y sobre todo en el momento de las huelgas y de las manifestaciones en que la célula debe ganar nuevos miembros, por lo que aquellos que hemos logrado atraer nos abandonan. Podría citar cifras sorprendentes que indican fluctuaciones de los efectivos en los partidos comunistas. En enero de 1930, el Partido Comunista alemán daba la cifra de 133.000 cotizantes, en 1930 ha registrado 143.000 adhesiones. Por consiguiente, en 1931, el Partido debía tener 276.000 adherentes. A fines de diciembre de 1930, no tenía más que 180.000. Eso quiere decir que en el transcurso de 1930, 95.000 adherentes han abandonado el Partido. En 1931, la sección de organización del C. E. de la I. C. según las estadísticas del Partido Comunista alemán, da la cifra de 210.000 nuevas adhesiones. Pero un contingente igual al de 1930 ha salido del Partido. ¿Habrían abandonado el Partido si esas organizaciones supieran trabajar bien, si se hubiesen ocupado de los nuevos miembros, si los hubiesen hecho participar en el trabajo del Partido, si se les hubiese procurado la literatura necesaria y constituido círculos donde hubiesen podido estudiar? ¿Habrían entonces salido de las filas del Partido? No lo creo.

En el momento en que los obreros y los empleados son despedidos en masa, el reclutamiento del Partido debe proseguirse sobre todo entre los obreros de las grandes empresas de las principales ramas de producción. Es absolutamente preciso ocuparse de los miembros del Partido de estas empresas y ramas de producción, y sobre todo de los nuevos adherentes. Es menester estudiar con ellos las múltiples cuestiones de la política corriente del Partido. Hay que ayudarles a elaborar, examinándolos con ellos, los discursos a decir en las reuniones públicas y en la propaganda verbal entre los obreros de empresa, y proveerlos de una abundante documentación contra los socialdemócrata, los reformistas, los nacionalsocialistas, el gobierno, etcétera. Un

trabajo similar debe ser hecho con los militantes activos encargados de la propaganda entre los parados y en los sindicatos reformistas. Si un trabajo semejante se hiciera, las deserciones de los antiguos y de los nuevos miembros del Partido disminuirían.

El hecho de que miles y decenas de miles de obreros se adhirieran a los partidos comunistas y a las organizaciones sindicales revolucionarias, demuestra que los obreros se solidarizan con las consignas, con la táctica y con el programa de los partidos comunistas y de las organizaciones en masa. Pero la vida interior de las organizaciones locales y su actividad no satisfacen a los obreros revolucionarios, y debido a ello es que una gran parte de los nuevos reclutas se marcha. Para los profesores que enseñan en las escuelas comunistas internacionales del Partido, lo mismo que para los militantes activos y los cuadros encargados del trabajo de Partido, estas cuestiones tendientes a reclutar nuevos adherentes y retenerlos, están lejos de ser secundarias. Es absolutamente preciso consagrarlas la mayor atención. Es posible que estos profesores tengan ya en cuenta los fenómenos que he indicado, pero yo me baso en la experiencia, en los resultados obtenidos. Y en este dominio, se comprueba que los partidos comunistas no han sabido educar, hasta ahora, a los cuadros indispensables para la edificación racional del organismo del Partido.

**Los Comités del Partido, la democracia interior,
la disciplina, los métodos de dirección, la autocrítica,
el centralismo democrático, los cuadros**

Tomemos los comités del Partido. Cuando los bolcheviques organizaban su Partido bajo el régimen zarista, y más tarde, los comités del Partido eran órganos colectivos, todos sus miembros tomaban parte en la solución de las cuestiones y cada uno de ellos tenía funciones determinadas.

Los comités del Partido de provincia y de ciudad, examina-

ban y zanjaban todas las cuestiones ligadas a la lucha económica y práctica del proletariado en el marco de las decisiones de los congresos, de las sesiones del C. C. del Partido, de las directivas del C. C., del órgano central y de las indicaciones de Lenin. No se contentaban con discutir y hacer sugerencias sobre el modo de aplicar en las provincias y en ciudades determinadas estas decisiones y estas directivas; también se encargaban de aplicar estas decisiones, de explicarlas y vulgarizarlas. Acordaban una atención especial a los Comités de radio directamente ligados a las células de empresa. Velaban por que todas las organizaciones del Partido, sobre todo las células examinaran las decisiones del Partido, las directivas de los comités, formularan sus resoluciones y fijaran los métodos de su aplicación.

Velaban porque, en las organizaciones del Partido, no se violara la democracia interior, pero que al mismo tiempo se observara una estricta disciplina. Las cuestiones eran debatidas antes que fuesen adoptadas las resoluciones. Pero una vez tomada la resolución, ésta debía ser aplicada sin discusión por todos los miembros del Partido, incluso aquellos que habían intervenido y habían votado en contra. Eso, bien entendido, no impedía a los comités del Partido de ser sometidos a una crítica rigurosa después de la aplicación de las decisiones, lo mismo que la autocrítica de los propios comités, etc. Pero la crítica y la autocrítica no hacían más que mejorar los métodos de trabajo de la dirección; la estrategia y la táctica, a continuación, eran trazadas más minuciosamente y las faltas cometidas eran rectificadas. La dirección del Partido, lo mismo que la dirección de los comités de provincia y de ciudad, no se ocupaban tan sólo de política "pura". También se ocupaban de las cuestiones de programa, de táctica y de organización. No separaban las cuestiones políticas de las cuestiones de organización, la adopción de resoluciones de su aplicación. Las más de las veces era una dirección justa, viva, revolucionaria, bolchevique. Debido a ello, la diferencia entre la influencia ideológica sobre las masas y las fuerzas organizadas del Partido, no era grande.

Otra cosa ocurre en los partidos comunistas de los países capitalistas. Se da el caso frecuente de que los comités locales del Partido no existen, y si existen no cuentan, en el mejor de los casos, más que con un secretario, a veces pagado, otras veces no. Y los comités del Partido no existen allí sino como apéndices, funcionando irregularmente, en tanto que órgano colectivo.

Allí donde los comités del Partido funcionan, ocurre a menudo que los secretarios hacen sus informes a las asambleas, que adoptan todo lo que ellos proponen, sin estar los comités del Partido (es decir, sus miembros) al corriente de los asuntos. Estos comités de radio y de ciudad no pueden naturalmente ni organizar el trabajo de las células ni imprimir una dirección justa. Es preciso conceder la mayor atención a los organismos de base.

Sucede con frecuencia que las decisiones de los congresos y de los Comités Centrales de los partidos comunistas de los países capitalistas, no sean discutidas en las células de empresa y de calle, en los grupos comunistas por lugar de habitación, que son aún numerosos. Estas decisiones son debatidas entre los militantes activos de las ciudades y de los radios, y las cosas terminan de esta manera.

Las directivas del Comité Central y de los comités regionales afectan raras veces a las células, permaneciendo en los comités de radio; y sin embargo, para citar un ejemplo, las directivas sobre la realización de las campañas de masa deben ser sobre todo transmitidas a las células, puesto que éstas precisamente están ligadas directamente a las masas. Las células, los grupos por lugar de habitación son, en la mayoría de los casos, pasivos. Carecen de la actividad que exigen las condiciones actuales. Esta es igualmente una supervivencia socialdemócrata. Estas organizaciones del Partido no se animan más que la víspera de las campañas electorales. Por esta razón ocurre frecuentemente que la democracia interior y la disciplina bolchevique se echen de menos en las organizaciones del Partido. En estas condiciones, no es sorprendente que las decisiones de los congresos, las directivas de la Internacional Comunista y del Comité

Central sean letra muerta. Tomemos por ejemplo las decisiones de los congresos de la Internacional Comunista y de diferentes partidos, las asambleas plenarias del Comité Ejecutivo y de los Comités Centrales sobre la traslación del centro de gravedad de la actividad del Partido y de los sindicatos a las empresas, sobre el mejoramiento del trabajo de las organizaciones de base y de los sindicatos, en particular en las empresas. Es evidente que la razón de la ausencia de método bolchevique de trabajo debe ser buscada en el concepto falso que tienen los cuadros dirigentes del Partido (centro, región, provincia y parcialmente radios).

En recompensa, tenemos “autocrítica” a voluntad. En ocasión de las huelgas, se hace una autocrítica abierta, cuando en realidad es indispensable reorganizar el trabajo en el acto, sin discursos; lo mismo se hace durante las campañas de masa, cuando es necesario organizar mejor los métodos y el contenido del trabajo, a fin de ampliar y acentuar la acción emprendida. También se hace autocrítica después de las huelgas y de las campañas, cosa justa. Pero, a renglón seguido, se repiten las antiguas faltas a la primera ocasión. Estos casos son frecuentes.

El verdadero Centralismo Democrático

En el Partido bolchevique, incluso bajo el zarismo, cuando el Partido era ilegal, se aplicaba el centralismo democrático. Las organizaciones del Partido no esperaban las indicaciones del Comité Central, de los comités regionales, provinciales o de ciudad (locales). Sin aguardar estas decisiones, obraban de acuerdo con las condiciones locales y con los acontecimientos, dentro del marco de las decisiones del Partido y de las directivas generales. La iniciativa de las organizaciones locales del Partido, de las células, era avivada. Si los camaradas de Odesa o de Moscú, si los de Bakú o de Tiflis hubiesen aguardado siempre las directivas del Comité Central, de los Comités de provincia, etc., que, a menudo en los años de reacción y durante la

guerra, no existían a causa de las detenciones, ¿qué hubiera ocurrido? Los bolcheviques no hubiesen conquistado a las masas obreras y no hubiesen tenido influencia sobre ellas. Los comités provinciales y locales publicaban sus manifiestos y volantes en todos los casos oportunos y por iniciativa propia.

En muchos partidos comunistas, existe, por desgracia, un ultra-centralismo, sobre todo en los partidos legales. El Comité Central debe suministrar volantes a las organizaciones locales, el Comité Central debe incluso pronunciarse de antemano sobre los acontecimientos de interés local para que despierten las localidades. Falta el espíritu de iniciativa que debe tener una organización del Partido para orientarse en la situación, y según las condiciones locales, en cualquier momento, poder tomar decisiones, que será preciso aplicar, por supuesto, sobre la base de las decisiones del Partido y de la Internacional Comunista, independientemente de la existencia o de la ausencia de directivas oportunas; éstas no tocan el grueso de los efectivos del Partido. No existe igualmente un control suficiente de la ejecución de las directivas de los órganos superiores. Hay que combatir todo eso y atraer, enseñando, la atención sobre ello. En el Partido bolchevique, el trabajo del Partido se efectuaba principalmente en las fábricas y en las empresas por intermedio de las células. La ligazón con las masas, su dirección por las células y las fracciones comunistas en las organizaciones de masas, eran vivas. La prensa del Partido, la literatura, la agitación verbal y escrita, se dirigían a las masas.

Además, en la antigua Rusia zarista, habiendo el Partido bolchevique permanecido ilegal hasta la revolución de febrero, el centro (el Comité Central) y las localidades (Comités de radio, locales y provinciales); no poseían grandes burós, no tenían ni podían tener locales permanentes indispensables para un aparato algo desarrollado. Además, los recursos financieros no habrían permitido el entretenimiento de muchos funcionarios. Debido a ello es que el centro de gravedad del trabajo del Partido (y no solamente el trabajo del Partido, sino también el trabajo de

los sindicatos legales e ilegales) se situaba, naturalmente, en las empresas. Estas condiciones de trabajo del Partido se mantuvieron en el período de febrero a octubre de 1917, cuando el Partido bolchevique se convirtió en un Partido legal, que se libraba a un trabajo enorme de masa, mientras que el aparato del Comité Central, de los comités regionales era muy restringido. La acción se llevaba a cabo sobre todo basándose en los comités de radio, en los subcomités de radio y las células de fábrica y de empresa.

En los partidos legales de los países capitalistas, la organización del aparato del Partido es exactamente lo contrario. Los partidos comunistas legales tienen a su servido locales suficientes, donde pueden fácilmente repartir sus funcionarios. Las fuerzas principales del aparato del Partido están concentradas en el Comité Central, en los comités regionales y en los provinciales (la sección de organización, de agitación, la sección femenina, la comisión campesina, el grupo parlamentario, etc.), mientras reina el vacío en los comités de radio y en las células. En muchos comités de radio de los centros industriales sin hablar de las células, no hay ni siquiera un secretario pagado, los comités deben recibir todo del centro. Debido a ello, la iniciativa de las organizaciones locales del Partido está paralizada. El C. E. de la I. C. combate resueltamente este estado de cosas.

La ligazón con las masas

Esta lucha es tanto más indispensable cuanto que no se trata tan sólo de las condiciones de organización legales o ilegales puramente exteriores. No, se trata de emprender la acción entre las masas, manteniendo una ligazón regular y estrecha con ellas. Las formas de organización deben obedecer a este objetivo: estar al servido de las masas, y no viceversa.

En los partidos comunistas legales de los países capitalistas, la ligazón con las masas y la dirección de éstas son casi siempre

convencionales y operadas por circulares; la prensa, la literatura, la agitación verbal y escrita son abstractas: no corresponden casi nunca a la situación concreta. La razón de ello está en que, en las condiciones caracterizadas más arriba, los cuadros indispensables, capaces de obrar directamente en el instante, por contacto vivo con las masas, no existen. Por consiguiente, se plantea la cuestión de los cuadros. En el Partido bolchevique, los cuadros se formaban en el curso del trabajo práctico entre las masas. Aprendían, en el curso de esta acción, a reaccionar frente a todas las cuestiones de la vida obrera. Ellos conocían no solamente la vida, el modo de pensar de los obreros, sino que también sabían responderles, organizar su lucha, indicarles la solución. Por esta razón, el Partido bolchevique tenía, incluso bajo el zarismo, una influencia tan grande entre las masas, una autoridad tan considerable entre la clase obrera.

Los cuadros superiores y medios en los partidos comunistas de los países capitalistas están en su mayoría compuestos de elementos revolucionarios salidos de los partidos socialdemócratas. Frecuentemente subsisten en ellos los antiguos métodos socialdemócratas. Muchos no se han liberado aún de las tradiciones socialdemócratas. Y hasta una parte importante de los nuevos cuadros jóvenes, que en transcurso de los últimos años la acción ha impulsado hacia adelante en los partidos comunistas, es inexperta. Estos jóvenes no saben trabajar concretamente e independientemente. En presencia de una centralización exagerada de la dirección (¡“todo” del centro!), no tienen la ocasión de educarse por una dirección independiente, plena de iniciativa y concreta en el trabajo local.

Las Fracciones Comunistas y sus relaciones con los Comités del Partido

En verdad les era más fácil a los bolcheviques que a los partidos comunistas de los países capitalistas establecer relaciones

normales entre las fracciones comunistas y los comités del Partido, pues las organizaciones del Partido hacían, en realidad, un trabajo multiforme. Llevaban a cabo la lucha económica, organizaban los sindicatos y las cooperativas, creaban toda clase de organizaciones obreras que tenían la posibilidad de existir bajo el régimen zarista, desde 1905 hasta la declaración de la guerra. Por este hecho, las organizaciones del Partido eran una autoridad reconocida por los militares, de todas las organizaciones, en su gran mayoría miembros del Partido, y los simpatizantes. Esta situación era completamente natural y nadie se oponía a este estado de cosas. Después de la toma del Poder, se manifestaron, entre ciertas fracciones comunistas de los Soviets, tendencias a querer sustituirse a los organismos del Partido, pero fueron manifestaciones efímeras. Antes, y sobre todo después de la toma del Poder, las relaciones entre las organizaciones del Partido bolchevique y las fracciones comunistas (o ciertos comunistas aislados) de las organizaciones obreras de masa sin partido, se presentaban de la manera siguiente: las organizaciones del Partido zanjaban las cuestiones importantes, y las fracciones comunistas, así como los comunistas aislados, en todas las organizaciones de sin partido sin excepción, aseguraban la explicación de las decisiones. Las mismas fracciones comunistas determinaban los métodos para ello. En su acción cotidiana, eran completamente independientes. Podían y debían dar pruebas de iniciativa en su trabajo en el seno de las organizaciones y de los organismos sin partido.

Las fracciones comunistas que militaban en los organismos dirigentes de las organizaciones sin partido, tenían la obligación no solamente de dar cuenta de su actividad a las conferencias y congresos que los habían nombrado, sino también a los comités del Partido. Antes, e incluso poco después de octubre, cuando en algunas organizaciones de masas sin partido subsistían aún mencheviques y S. R. los bolcheviques transformaban cada posición conquistada en punto de apoyo para conquistar la organización en la totalidad del radio, de la ciudad, de la región o del país. De-

mostraron que sabían trabajar mejor que los otros, preparar mejor las cuestiones, dirigir, cimentar y organizar mejor a las masas obreras. Fue por eso que lograron eliminar a los mencheviques, a los S. R. y otros elementos de los partidos “socialistas” y populistas de todas las organizaciones obreras en masa.

Si ocurre lo contrario en los partidos comunistas de los países capitalistas, es porque aun han conservado tradiciones socialdemócratas, mezcladas frecuentemente con concepciones sectarias. Los sindicatos y otras organizaciones proletarias de masa, como hemos dicho, han hecho su aparición mucho antes que los partidos socialdemócratas se hubiesen constituido en los principales países capitalistas. Estas organizaciones se han consolidado entre la clase obrera como organizaciones independientes que dirigen su lucha económica. Los miembros de los partidos socialdemócratas colocados a la cabeza de las organizaciones proletarias de masa tenían, pues, una cierta independencia. Los partidos socialdemócratas no solamente no combatían esta independencia, sino que ellos mismos sostenían la teoría de la equivalencia y de la igualdad de los derechos del movimiento sindical y de los partidos socialdemócratas y proclamaban la neutralidad de los sindicatos.

Como hechos dicho, la única excepción era el Partido bolchevique. Se podrían citar muchos ejemplos, sacados del movimiento socialdemócrata en Alemania, que demostrarían que las resoluciones de los congresos sindicales diferían de las de los congresos del Partido socialdemócrata. Aunque no fuese más que sobre la cuestión de la huelga general de 1905. Y eso a pesar de que en el congreso de los sindicatos participaban los mismos socialdemócratas, muy al corriente del punto de vista del Partido. La misma cosa se repetía respecto a la celebración del 1º de Mayo. Los partidos socialdemócratas de Europa Central lo celebraban, antes de la guerra, el día mismo, mientras que los sindicatos “libres” socialdemócratas lo sabotearan a fin de no tener que sacar de las cajas sindicales los subsidios acordados a los obreros despedidos de las empresas por haber holgado el 1º

de Mayo. Los sindicatos proponían posponer la fiesta del 1º de Mayo para el domingo siguiente. Estas relaciones, anormales para los bolcheviques, entre partidos socialdemócratas y sindicatos de anteguerra (después de la guerra reina entre los partidos demócratas y sus sindicatos una unanimidad enternecedora en la obra de traición de los intereses de la clase obrera de cada país), son intolerables en un partido bolchevique, pues impiden realizar la unidad de dirección de todas las formas del movimiento obrero revolucionario. Y los partidos comunistas de los países capitalistas han heredado estas relaciones de los partidos socialdemócratas.

Las relaciones anormales entre los Partidos y las Fracciones Comunistas

Las relaciones anormales entre los partidos y las fracciones de los sindicatos y de las organizaciones proletarias de masa en general, tienen dos orígenes: los comités del Partido, al sustituirse, a veces, a las organizaciones de masa, destituyen a los secretarios elegidos para nombrar a otros, publican abiertamente en la prensa las proposiciones que dirigen a los sindicatos rojos; dicho de otro modo: hacen lo que ni siquiera hace el Partido Comunista de la U.R.S.S. Las decisiones del Comité Central del Partido Comunista de la U.R.S.S. o de los comités locales del Partido son ejecutadas, en el interior, por las fracciones comunistas o los miembros aislados del Partido que militan en tal o cual organización sin partido. Otra de las causas de estas relaciones anormales es que ciertos miembros del Partido Comunista trabajan por su cuenta y riesgo, sin tener en cuenta las directivas de los organismos del Partido o sin obedecerlos. Hubo casos, especialmente en Francia, en que los organismos del Partido creían deber hacer absolutamente todo, suplantar al Socorro Rojo, a los sindicatos, a las cooperativas, a las organizaciones deportivas, desde el momento que podían desempeñar todas las

funciones de estas organizaciones. Este principio es completamente falso. Si incluso las direcciones de los partidos comunistas fuesen cien veces mejores que ahora, no podrían sustituirse a todas estas organizaciones.

Por otra parte, eso es superfluo, ya que tanto el Comité Central como las organizaciones locales del Partido deben solamente trazar la línea política, controlar su ejecución, dirigir las fracciones comunistas y a los miembros aislados que militan en las organizaciones de masa. El Comité Central y los comités del Partido deben hacer adoptar sus directivas a las organizaciones obreras de masa por intermedio de las fracciones comunistas o de los miembros aislados del Partido, a la falta de fracciones. Pero no deben ocupar su lugar. Me parece inútil extenderme más sobre el modo en que estas relaciones anormales entre el Partido, los sindicatos y las organizaciones de masa en general impiden devolver los lazos entre el Partido y las masas y de implantarse sólidamente entre las grandes masas. En los países donde existen sindicatos rojos, coexisten sindicatos de tendencias diferentes en las mismas ramas de producción. Sin embargo, los sindicatos rojos raramente han logrado ganar organizaciones enteras o grupos más o menos importantes de sindicatos pertenecientes a otras tendencias.

La oposición sindical en las organizaciones reformistas consigue con bastante frecuencia conquistar la mayoría en las secciones sindicales reformistas locales. Pero los partidos comunistas y las oposiciones sindicales no hacen de ello un punto de apoyo para propagar su influencia entre las otras secciones del mismo sindicato o de otros sindicatos aliados; lo mismo ocurre en las secciones conquistadas por la oposición sindical en los consejos sindicales locales. No es posible explicarlo más que por el hecho de que las mismas reacciones sindicales de oposición se deslizan a menudo hacia las posiciones reformistas. Esto es igualmente cierto para muchos consejos de empresa rojos. No se les asegura la dirección y la ayuda que necesitan para su trabajo.

La Prensa

En el período ilegal y en el período actual, la prensa del Partido bolchevique, intérprete de la opinión del Partido, ejecuta las decisiones de éste. La prensa moviliza, organiza y educa a las masas obreras. No es posible separar a la prensa del Partido de los Comités del Partido. En el extranjero, los partidos socialdemócratas hacían nombrar a los redactores de los periódicos del Partido en los congresos. Se ha visto a tal o cual Comité Central no poder hacer nada contra un periódico: este tenía su propia línea política, el Comité Central la suya. Tal fue el caso de Alemania con el *Vorwaerts* y en Italia con el *Avanti*. Evidentemente, los partidos comunistas han repudiado estas “excelentes” tradiciones. Pero esta “independencia” que poseía la prensa socialdemócrata antes de la guerra, ha dejado huellas profundas en los partidos comunistas. Por cierto que no se puede decir que los redactores de los periódicos comunistas sean designados por los congresos y sean independientes del Comité Central y de los comités del Partido. No es ése el caso. Pero sucede muy a menudo que el Comité Central y los comités del Partido acuerden muy poca atención a la Prensa del Partido: la prensa trabaja por su lado, el Comité Central y los comités del Partido trabajan por el suyo. La línea política del Comité Central y de los comités del partido difiere a menudo de la línea de los periódicos del Partido, y eso de ninguna manera porque el Comité Central, los comités del Partido o los comités de redacción lo quieran.

El Partido Comunista alemán posee 38 diarios. Si estos 38 diarios dispusieran de una dirección justa y racional, podrían ejercer una influencia mucho mayor que la que ejercen en realidad entre las masas obreras. El Partido bolchevique no poseía, desde 1912 hasta 1914, más que un solo diario legal, la *Pravda*. ¡Y qué proezas realizaba entonces la *Pravda* en Rusia! ¡Qué ayuda inapreciable aportaba este diario a los militantes locales, a pesar de que no pudiese decir todo lo que hubiera querido, a

causa de la censura! Trataba las cuestiones más importantes y más serias en un lenguaje popular, accesible a los obreros menos educados. La *Pravda* reservaba un espacio grande a la vida de las fábricas y de las empresas. En los países que he citado, los periódicos son legales. Pueden decir más o menos lo que es menester para expresar y aplicar la línea política del Partido. Los periódicos, como las organizaciones obreras de masa, son canales por donde los partidos comunistas pueden y deben ejercer su influencia entre los obreros, pueden y deben conquistar a los obreros. Pero es preciso saber utilizar y dirigir los periódicos del Partido.

Los diarios comunistas legales no se distinguen, en muchos países, ni por una exposición popular, ni por la acusación de los temas, ni por la concisión de los artículos. Los periódicos están llenos de artículos escritos en estilo de tesis, en vez de exposiciones populares y condensadas de las principales tareas actuales. La prensa es culpable de que los militantes activos, todos los miembros del Partido y los obreros revolucionarios no posean todos los argumentos necesarios para combatir a los partidos socialdemócratas, a los sindicatos reformistas, a los partidos nacionalsocialistas y otros a quienes siguen aún los obreros. La prensa del Partido debe no solamente trazar la línea política fundamental, citar los hechos concretos de la traición de los socialdemócratas y de los reformistas, de la demagogia de los nacionalsocialistas sino también indicar la manera de explotar estos hechos. La mayoría de los periódicos comunistas no tienen crónica de las fábricas y de las empresas, ¡Falta espacio en la prensa del Partido para este género de cosas!

Muchos partidos comunistas no han comprendido aún la importancia de la prensa del Partido, El cuerpo de enseñanza de las escuelas internacionales debe conceder una atención particular a la prensa del Partido en la formación de los alumnos. Muchos militantes formados en las escuelas internacionales del Partido se convierten enseguida en redactores. No se ve que hayan aportado algo nuevo y que hayan contribuido a renovar la prensa del

Partido, o que hayan roto con las tradiciones socialdemócratas en este dominio.

Agitación

Actualmente, el mundo capitalista atraviesa por una profunda crisis industrial y agraria, por trastornos financieros y por una guerra imperialista en Extremo Oriente que amenaza extenderse a otros países. Todo eso afecta no solamente a los obreros, a los campesinos pobres, sino también a la pequeña burguesía urbana (los empleados, los funcionarios, etc.). Es, pues, más fácil tocar a estas masas por la agitación comunista, hoy en día, que la estabilización capitalista ha terminado, que en el curso de su “florecimiento”. Desgraciadamente, la propaganda de los partidos comunistas es abstracta. Y lo es tanto en los periódicos, como en los manifiestos o en la agitación oral. Parte del punto de vista de que todos los obreros conocen la cuestión tan bien como los que escriben en los periódicos, redactan los manifiestos y hablan en público. Si se promulga un decreto-ley en Alemania que toca en lo vivo a cada obrero, sea que disminuya los salarios o aumente el impuesto, etc., en lugar de examinar punto por punto, de indicar cuánto deberá pagar al fisco cada obrero, en qué proporción serán disminuidos los salarios, a fin de que las masas comprendan, se prefiere escribir sencillamente: Protestamos contra el decreto-ley, reclamamos la huelga contra este decreto.

¿Cómo abordaban eso los bolcheviques para hacer agitación? La fuerza de los bolcheviques residía en el hecho de que hacían conocer su opinión sobre cualquier cuestión: baja de los salarios, lugares de recreo, reemplazo de los vidrios rotos en las fábricas, agua hirviendo para hacer el té, multas, calidad de los alimentos en la cantina de la empresa, etc. Ellos desarrollaban estas cuestiones y sacaban de ellas conclusiones políticas. Ved las huelgas que se desarrollaron en el sur de Rusia en 1903. Los

bolcheviques supieron transformar este movimiento de huelgas económicas provocado por los agentes de Zubatov, de Chaievics y compañía, en un movimiento político considerable que abarcaba a toda la Rusia meridional. Numerosos partidos comunistas no saben aún organizar el trabajo de agitación de una manera conveniente.

En cuanto a los camaradas dirigentes, redactores, propagandistas, etcétera, piensan que ya que ellos comprenden los acontecimientos y saben orientarse, todo es más o menos claro para los obreros. ¡Y de esta manera es como abordan a los obreros socialdemócratas! En lugar de tomar el menor hecho de traición, de indicar su lugar, su fecha, citar testigos, recordar los términos exactos del acto, la fecha en que los líderes reformistas y socialdemócratas han tenido conversaciones con los ministros y los fabricantes, han traicionado los intereses de la clase obrera, en lugar de explicar pacientemente todos estos hechos a los obreros socialdemócratas, reformistas y sin partido, nuestros camaradas no tienen en la boca más que socialfascistas y burócratas sindicales. Y eso es todo. Y piensan que habiendo dicho “socialfascistas” y “burócratas sindicales”, todos los obreros comprenden el sentido que se concede a estos términos injuriosos y creen que los líderes reformistas y socialdemócratas los merecen. De esta manera no se hace más que alejar a los obreros honestos, miembros de los partidos socialdemócratas y de los sindicatos reformistas, pues ellos no se consideran ni socialfascistas ni burócratas sindicales.

¿No debe la agitación ocupar un lugar enorme en la enseñanza que se da en las escuelas internacionales del Partido? Ved los artículos de Lenin en 1917. Tomad por ejemplo la acusación lanzada contra el Partido bolchevique de estar a sueldo del imperialismo alemán. Lenin podía decirse que, ante tal acusación, ante tal insinuación, no había más que responder: “Canallas, no os dirigiremos la palabra; estimamos inútil justificarnos delante de vosotros; pensad lo que queráis, nosotros seguiremos nuestro camino.” Muchos partidos comunistas habrían obrado por cier-

to así, ¡considerando que refutar acusaciones tan abyectas equivale a rebajar nuestra dignidad! ¿Qué hizo Lenin? Comenzó por demostrar lo que era Alexinski. Recordó todas las infamias cometidas por Alexinski en Francia y el hecho de que, en una reunión celebrada en ese país, había sido expulsado por embustero y falsario. De vuelta a Rusia, el Comité Ejecutivo Central, compuesto de mencheviques y de S. R., declaró a Alexinski: “No te aceptaremos hasta tanto no te hayas rehabilitado.” Fue entonces que Alexinski inició, en julio de 1917, una campaña de calumnias en la prensa contra los bolcheviques, acusándolos de trabajar para los alemanes y de estar a sueldo de ellos. Lenin exhibió a Alexinski en toda su desnudez.

Lo mostró tal como era en realidad. Y cuando hubo descrito su fisonomía moral y que lo hubo aniquilado de esta manera, examinó la posición de los mencheviques y de los S. R. en la ocurrencia. Los mencheviques y los S. R. sabían que se acusaba a los bolcheviques de espionaje. Tseretelli había telefonado a todos los diarios para que no se publicara este innoble documento⁶², que no era sino una vil maquinación. Después de eso, Lenin denunció un tercer hecho. El Gobierno provisional conocía esta maquinación. Y, sin embargo, no había detenido a ninguno de los militantes acusados, a pesar de haber tenido conocimiento de este documento desde el mes de junio. Por consiguiente, el mismo Gobierno provisional no creía en esta calumnia dirigida contra los bolcheviques. Lenin disecó, machacó en un estilo popular, todos estos hechos, y preguntó: “¿Quién está a la cabeza del gobierno? ¿Kerenski? No. ¿El Comité Ejecutivo Central? No. ¿La camarilla militar? Sí, la camarilla militar —decía él— es ella la que ha arrasado nuestra imprenta. ¿Quién ha to-

⁶² El periódico bulevardero **Yivoce Slovo**, núm. 51 del 18-5-1917, de Petrogrado, publicó la declaración de Alexinski y de Pankratov, quienes apoyándose en las deposiciones hechas por el suboficial Ennotenko en el interrogatorio a que le sometió el Estado mayor y el servicio de contraespionaje el 28-4-1917, acusaba a los bolcheviques de recibir dinero de Alemania para hacer agitación contra la guerra.

mado la decisión de saquearla? ¿El Gobierno provisional? No. ¿El Comité Ejecutivo? No. Existe otro poder, el de la camarilla militar, y es ella la que ha hecho saquear nuestra imprenta. Pero, ¿sabéis quién se oculta detrás de ella? El Partido Constitucional demócrata (los cadetes).

Y al día siguiente, citando, en otro artículo, las palabras pronunciadas por el socialista populista Chaifcovski en la sesión del Comité Ejecutivo Central, Lenin demostraba que los constitucionales demócratas y los imperialistas de occidente hacían causa común y que los imperialistas no querían dar dinero más que a los constitucionales demócratas. Lenin había comenzado por Alexinski y terminó haciendo el proceso del Poder y de su carácter de clase. No blasfemaba, no decía que refutar acusaciones tan innobles era rebajar nuestra dignidad, sino que demostró que estas insinuaciones y esta tarea de ladrones, que fueron al principio obra de la prensa de los renegados, fueron enseguida recogidas y ampliadas por el Gobierno provisional, por toda la prensa burguesa, menchevique, populista, y S. R.

Gracias a una agitación tan accesible y al mismo tiempo tan popular, los bolcheviques pudieron no solamente rechazar el ataque de los mencheviques, de los S. R. y de los cadetes en un período particularmente difícil para los bolcheviques, sino también desplegar durante tres meses una vasta agitación contra todos los partidos existentes, y en primer lugar contra los socialdemócratas, los mencheviques y los S. R., que tenían aun influencia entre las grandes masas de obreros, de campesinos y soldados. Con este objeto, los bolcheviques supieron explotar la doblez de estos partidos en todas las cuestiones que surgieron. En vísperas de la revolución de octubre, millones de obreros, de campesinos y de soldados fueron ganados por el movimiento. En el transcurso de las jornadas de octubre, los bolcheviques ya habían conquistado a toda la clase obrera, y la mayoría de los soldados y de los campesinos seguían las consignas de los bolcheviques relativas a la tierra y a la paz.

Hacer resaltar la traición de los socialdemócratas

¿Proceden de esta manera en su agitación los partidos comunistas de los países capitalistas? Los socialdemócratas han traicionado tantas veces a la clase obrera, en todos los países, que la sorpresa de los obreros de la Unión Soviética es bien comprensible cuando se les ocurre preguntar de qué materia están hechos los obreros en el extranjero. Vemos que los socialdemócratas traicionan cada día sus intereses, pero los obreros del extranjero continúan votando por los socialdemócratas y perteneciendo a su Partido. La causa de ello estriba en el hecho de que numerosos partidos comunistas no saben hacer agitación incluso en una situación tan favorable como la creada en el mundo entero por la crisis agraria e industrial actual. Una crítica detallada, paciente y persuasiva, es indispensable de parte de los partidos comunistas, pues los líderes socialdemócratas, a pesar de sus múltiples traiciones, descubren constantemente nuevos trucos para abandonarse a sus maniobras demagógicas. Los socialdemócratas alemanes han hecho lo imposible por obtener la aplicación de los decretos-leyes. Han ayudado a expoliar a los parados y a los obreros ocupados. Ahora depositan en el Parlamento una serie de proyectos de leyes demagógicas: reducción del paro, aumento de los subsidios a los parados, disminución de los alquileres, etc. En el instante mismo en que votan contra los comunistas en el Parlamento, en que los votos socialdemócratas y comunistas, en ausencia de los nacionalsocialistas, forman la mayoría⁶³, hacen adoptar las vacaciones del Reichstag, sin indicar la fecha de su convocatoria, sin solicitar la discusión de sus propios proyectos de leyes y, naturalmente, de las proposiciones de la fracción comunista. Desde ese instante, los parti-

⁶³ El autor se refiere al Reichstag de 1930, en el cual la composición política era la siguiente:

Comunistas: 76 diputados; Socialdemócratas, 143, Nazis, 107. (*N. del T.*)

dos comunistas deben tratar de coger a los especuladores socialdemócratas en flagrante delito, desenmascarar, con el apoyo de pruebas, cada una de sus maniobras, cada acto de traición.

El Partido bolchevique, antes y después de la toma del Poder, ha sabido siempre educar a sus miembros, darles directivas a fin de que todos, sea cual fuere su trabajo y en cualquier lugar que se hallen, dirijan sus golpes en la misma dirección. Y, sin embargo, frecuentemente los órganos locales del Partido no recibían directivas más que por la prensa. El Partido bolchevique obtuvo todo eso gracias a sus métodos de trabajo de que hemos hablado más arriba. Por desgracia, no puede decirse otro tanto de la mayoría de los partidos comunistas de los países capitalistas. Allí ocurre a menudo que los miembros del Partido obrero en direcciones diametralmente opuestas.

Acontecimientos, táctica, consigna, teoría del “menor mal” y Frente Único

Antes de la revolución de octubre, los mencheviques se burlaban de los bolcheviques, porque examinaban demasiado a menudo, en sus reuniones, los acontecimientos. Y, sin embargo, sin un análisis exacto de la situación y sin una apreciación del momento, es muy difícil determinar la táctica. Preconizar una táctica justa en cada situación dada y sobre todo saber aplicarla con habilidad, es un arte. Adquirir este arte, equivale a facilitar la lucha y a contribuir a la conquista de las masas. Otro arte consiste en hacer una elección juiciosa y oportuna de las consignas correspondientes a la situación y su consonancia con las necesidades del momento. Nadie puede negar que los bolcheviques sabían analizar magistralmente los acontecimientos que surgían, determinar una táctica justa, lanzar consignas precisas y adecuadas que las grandes masas acogían. Lenin se burlaba de los bolcheviques que permanecían aferrados a la táctica de ayer y que no comprendían que ella no correspondía ya a la etapa siguien-

te o a las condiciones nuevas (por ejemplo, la proposición de Kamenev y de Bogdanov de boicotear las elecciones a la tercera Duma, como los bolcheviques habían boicoteado la primera).

Es esta habilidad para analizar los “acontecimientos”, la situación, y para formular la táctica justa a seguir lo que les falta a menudo a los partidos comunistas de los países capitalistas (y eso aún cuando la Internacional Comunista, al revés de la II Internacional, determina a menudo las tareas y traza la táctica de sus secciones). Si sucede que ciertos partidos comunistas ven en la caída de un ministerio una “crisis política”, otros toman el hecho de que el Parlamento cese momentáneamente el examen de las cuestiones corrientes por la institución de la directiva fascista, y preconizan, en consecuencia, como consigna principal, la lucha contra el fascismo atenuando la lucha contra los socialdemócratas. Si se repara el error, es para combatir únicamente a los partidos socialdemócratas. En cuanto a los fascistas, dejan de existir. Las consignas son a menudo incoherentes. Ora son consignas de lucha solamente sobre las cuestiones interiores, ora consignas contra la guerra, pero sin ligazón orgánica con las cuestiones de política interior.

Desgraciadamente, estas consignas incoherentes las hallamos no solamente en la “alta” política, sino también en la lucha económica, donde no son menos nocivas. Es preciso estudiar muy minuciosamente las particularidades de la situación, seguir las fases y las tendencias de su evolución, ver cómo reaccionan los obreros, seguir los preparativos y las iniciativas de los adversarios, socialdemócratas, fascistas, etc., y observar la táctica que adoptan. Sólo mediante un análisis como ese y un examen semejante de los acontecimientos, es posible establecer una táctica justa, lanzar consignas oportunas, dar a la agitación el contenido indispensable y la nota requerida. Las cuestiones corrientes deben ser amplia y frecuentemente expuestas en la prensa del Partido, con objeto de armar, de educar y de preparar a los miembros del Partido a la lucha, analizando para eso la situación, refutando los argumentos y la propaganda de los adversarios y de-

senmascarando sus planes y trucos. Con el mismo objeto se discutirá lo más a menudo posible, en las reuniones del Partido, en las células, etc., los problemas del día y las tareas del Partido. Un debate tal permitirá no solamente a los miembros del Partido que asimilen la táctica y la línea política del Partido, que se orienten en las cuestiones actuales y que se armen de argumentos para la polémica y la agitación en las empresas, entre los parados, en los sindicatos, en la calle, sino que dará igualmente animación a las células y a las organizaciones locales del Partido.

La perniciosa teoría del “menor mal”

Los partidos socialdemócratas y los sindicatos reformistas preconizaban frecuentemente, en estos últimos años la teoría del “menor mal”. Los reformistas aconsejan a los obreros que acepten una reducción de los salarios del 8 por 100 en lugar del 12 por 100 que “exigen” (no sin previo acuerdo con los reformistas), los patrones. Representan enseguida como una victoria esta “ganancia” de 4 por 100 en provecho de los obreros. Los partidos socialdemócratas sostienen las leyes más odiosas, que oprimen a los trabajadores con contribuciones gravosas y roen el salario, so pretexto que el Gobierno y la burguesía tenían la intención de exigir a los obreros un tributo aún más elevado. Y presentan eso como una victoria de los obreros. Proponen votar por Hindenburg, a quien han combatido en las elecciones de 1925, como reaccionario y monárquico, so pretexto que Hindenburg es un “menor mal” con relación a Hitler. Los mencheviques rusos emplearon igualmente a teoría del “menor mal”. Así, en ocasión de las elecciones a la segunda Duma, so pretexto que Rusia estaba amenazada por la peor reacción, los mencheviques invitaban a votar por el Partido Constitucional demócrata.

Los bolcheviques reaccionaron con vigor contra los mencheviques y convencieron a los electores revolucionarios que votarían por los candidatos revolucionarios, haciendo ver que los

mencheviques, antes, durante y después de la revolución de 1905, sostenían a la burguesía liberal, del mismo modo que hoy en día los partidos socialdemócratas sostienen a la burguesía en todos los dominios. Los mencheviques combatían la hegemonía del proletariado y la revolución democrático burguesa. Sus gritos contra el peligro de la reacción de los Cien Negros no eran más que una escapatoria para desviar a la clase obrera del buen camino revolucionario. Los partidos comunistas no han logrado hasta la fecha desenmascarar las maniobras a que se libran los partidos socialdemócratas bajo el manto de la teoría del “menor mal”, recurriendo a los métodos empleados por los bolcheviques para desenmascarar la maniobra menchevique a propósito de la amenaza de reacción de los Cien Negros. Y hasta tanto no se descubra ante las masas, este engaño de los partidos socialdemócratas, será difícil sustraer a los obreros a su influencia.

La aplicación del Frente Único

Las grandes masas obreras aspiran a la unidad. Abundan en diferentes países los casos en que los agentes más fieles de la burguesía se sirven de las consignas de unidad para calentar la cabeza a los obreros. Los partidos socialdemócratas preconizan igualmente la unidad. El renegado Trotski les presta ayuda proponiendo el “bloque” de los comunistas y de los socialdemócratas, invocando para ello a los bolcheviques y a Lenin.

Antes me he esforzado por demostrar cómo realizaban los bolcheviques el frente único en la base en las fábricas y en las empresas.

Hay en la historia del bolchevismo casos en que la técnica del frente único por abajo y por arriba fue aplicada simultáneamente, pero fue solamente *en el curso de una lucha real*. Tal es el caso de 1905, en el momento de las huelgas, de las manifestaciones, de los pogroms, de las insurrecciones (en Moscú), en plena acción. Se creaban comités de unión, en el curso de la ac-

ción común. Se publicaban llamamientos en común. El frente único, al operarse en la base en el curso de la lucha práctica de las masas, obligaba a los jefes mencheviques a plegarse a la lucha dirigida por los bolcheviques. ¿Cuál era la situación, en 1917, durante las jornadas de Kornilov? El renegado Trotski quiere engañar a los comunistas. A fines de agosto de 1917, Kerenski, no sin haber recibido el asentimiento de los S. R. y de los mencheviques, invitó a Kornilov a venir con tropas leales para aplastar al Petrogrado bolchevique. Kornilov respondió a la llamada. Pero antes de entrar en Petrogrado exigió que le fuera entregado todo el poder. Los obreros y los soldados que seguían aún a los mencheviques y a los S. R. comprendieron que, obteniendo el Poder, Kornilov aplastaría no solamente a los bolcheviques, sino también a ellos. Bajo la presión de las masas, los mencheviques y los S. R. se vieron forzados a unirse a la lucha dirigida por los bolcheviques. Los mencheviques y los S. R. armaron a los obreros de Petrogrado para librar esta lucha. Fue un “bloque” tan sólo en el curso de la lucha contra Kornilov. Pero incluso en ese momento, los bolcheviques no cesaron su campaña contra los mencheviques, los S. R. y el Gobierno provisional que, por su traición a los intereses de los obreros, de los campesinos y de los soldados, habían llevado al país hasta el terreno de provocar la insurrección de Kornilov y que vacilaban aun entre el sostén directo de Kornilov y la lucha contra él.

¿Es parecida a ésta la situación de Alemania? ¿Cómo es posible, basándose en los acontecimientos que han acompañado al putsch de Kornilov, sacar la conclusión de la necesidad de formar “bloque” con la socialdemocracia alemana para luchar contra el fascismo, cuando la única preocupación de los socialdemócratas es ayudar a los fascistas y a la burguesía? El ministro socialdemócrata de la policía prusiana ha disuelto la Asociación del Frente Rojo porque combatía a los fascistas, al mismo tiempo que toleraba y protegía los cuarteles fascistas de las secciones de asalto. Los policíacos socialdemócratas están siempre de parte de los fascistas para golpear a los obreros cuando éstos tra-

tan de repeler los ataques de los fascistas. No se mixtifica a los comunistas invocando que Hindenburg ha “disuelto”, en vísperas de las elecciones de Prusia, las secciones de asalto fascistas. Si se las ha disuelto formalmente, no obstante, se tuvo cuidado de no destruir la organización y de no hacerles daño. Esta “disolución” tenía por objeto permitir a los socialdemócratas que engañaran a sus lectores y que los arrastraran de su parte gracias a la pretendida lucha contra el fascismo.

Casi todos los partidos comunistas cometen una multitud de errores en la aplicación de la táctica del frente único. Pero tenemos ya ejemplos de una buena aplicación del frente único: la lucha de los mineros que el Partido Comunista y los sindicatos rojos de Checoslovaquia han dirigido en la Bohemia Septentrional. Es preciso evitar los errores y lograr realizar a todo precio, por abajo, de un modo justo y enérgico, el frente único bolchevique de lucha en las fábricas y en las empresas.

Trabajo legal e ilegal. Utilización de los medios legales

En la Rusia zarista, el Partido bolchevique, siendo en el fondo ilegal, supo aprovechar ampliamente los medios legales. A partir de 1905, tiró sin cesar, incluso en el transcurso de los años más negros de reacción, periódicos, semanarios legales y revistas más substanciales en las diferentes regiones de la inmensa Rusia. Sin hablar de la Pravda, el cotidiano del Partido Bolchevique, que jugó un papel tan grande para unificar al Partido Bolchevique en la lucha contra el zarismo, la burguesía, los mencheviques, los liquidadores, los trotskistas, los conciliadores, etc. Junto con la Prensa legal, el Partido publicaba evidentemente periódicos y volantes ilegales.

El Partido Bolchevique aprovechaba todas las reuniones públicas legales: reuniones de médicos, de cooperadores, de maestros, etc., para intervenir en el sentido de las reivindicaciones bolcheviques. Militaba en las sociedades obreras legales: sindi-

catos, cooperativas, sociedades recreativas y otras organizaciones. Más aún, el Partido Bolchevique utilizó a las organizaciones obreras legales creadas por la policía, las corporaciones de Zubatov y de Gapón, en ocasiones de los acontecimientos de 1905, para sustraer a los obreros a la influencia de los agentes de la policía y a las celadas policíacas, tarea que llevó a cabo denunciando las maquinaciones policíacas en las reuniones mismas convocadas por estas organizaciones. Para darse cuenta del éxito de la acción bolchevique basta saber que el cura policiaco Gapón se vio obligado, bajo la presión de las masas obreras, a incluir en su programa las principales reivindicaciones del programa mínimo del Partido bolchevique a fin de no ser desmascarado como agente de la policía.

Hay que decir que no solamente los partidos comunistas ilegales no han sabido utilizar con éxito los medios legales, sino que, cosa más sorprendente, los partidos comunistas legales no han podido aplicar fructuosamente los métodos de trabajo, no obstante disponer de muchos más medios que los partidos comunistas ilegales.

Cuando la Prensa comunista legal es temporalmente prohibida o cuando los poderes públicos prohíben hablar de los decretos leyes que se abaten hoy en día profusamente sobre la clase obrera, o de los ametrallamientos de manifestantes, etc., los partidos comunistas legales no logran, en las fábricas y empresas, difundir, vasta y oportunamente los periódicos y volantes ilegales consagrados a las cuestiones de las cuales es prohibido hablar en la Prensa legal. Lo mismo ocurre en lo que respecta a la prohibición de las reuniones y manifestaciones; convocar mítines y reuniones bajo otra insignia o denominación, organizar súbitamente manifestaciones en los barrios obreros, pese a las prohibiciones, preparándolas minuciosamente, son cosas posibles e indispensables.

Las autoridades y la policía prohíben los periódicos por diversos lapsos de tiempo, prohíben las reuniones y manifestaciones obreras en los momentos más críticos para ellos. Por esta razón,

los partidos comunistas tienen el mayor interés en que los obreros aprendan no solamente lo que las autoridades quieren ocultarles, sino que protesten, bajo la dirección del Partido contra las medidas en cuestión. De esta manera solamente los partidos comunistas podrán conquistar a las masas y dirigirlas. Si faltan en las empresas buenas células, se tendrán las mayores dificultades para trabajar y para mantener la ligazón con las masas cuando los partidos comunistas sean puestos en la ilegalidad.

LAS TAREAS ACTUALES

1) El trabajo comunista sindical en las empresas

¿En qué punto se debe concentrar la atención en las escuelas del partido? *Cueste lo que cueste en el trabajo en las empresas.* Sin trabajo en las empresas es imposible combatir ventajosamente por la dictadura del proletariado. Esa es la cuestión. Pero el trabajo en las empresas adquiere una importancia de primer orden ante la proximidad de la guerra imperialista, la cual significa en primer lugar la destrucción del movimiento obrero revolucionario legal, de las organizaciones comunistas y de los sindicatos rojos legales. En estas condiciones, el trabajo en las empresas se convierte más que nunca en el medio más importante y por así decir el único de ligarse a las masas obreras de las fábricas y de las empresas, de influenciarlas y de dirigir su acción. Además en período de conflictos las empresas se ocuparán casi exclusivamente de la fabricación de los armamentos, del aprovisionamiento de los ejércitos imperialistas del país o de los otros países, y la lucha contra la guerra deberá ser más que nunca librada, en las empresas.

Es difícil hacer acción en las empresas. Hoy en día, aprovechándose del paro, se expulsa a todos los obreros revolucionarios. Nuestra tarea consiste en penetrar en las fábricas y las empresas a todo precio, por todos los medios, bajo otra bandera si

es necesario, a fin de hacer en ellas el trabajo comunista. Es preciso hacer una gran agitación popular, como los bolcheviques la han hecho antes de la guerra y de febrero a octubre de 1917. Los partidos comunistas de los principales países capitalistas son momentáneamente legales. Tienen su Prensa, pueden convocar reuniones. La agitación debe revestir otro carácter, desplegarse en las fabricas, en las puertas de las empresas, en las paradas de los tranvías, del metro, en todas partes donde trabajan y se congregan los obreros y empleados. Es preciso crear cuadros de militantes que sepan expresarse breve y claramente; es preciso formarlos, instruirlos y enviarlos a la calle, a las empresas, a las fábricas para desplegar allí la agitación. ¿Es esto posible? Ciertamente. Es preciso que vuelvan a militar en sus partidos respectivos, lo comprendan y sepan ellos mismos organizar este trabajo.

2). Las Huelgas

¿Cómo preparar una huelga? ¿Cómo dirigirla, cómo formular las reivindicaciones? Estas no son cuestiones ligeras. Para la mayoría de los partidos comunistas, de los sindicatos rojos y de las oposiciones sindicales, estas cuestiones que reciben raramente una solución feliz. Muy recientemente aún, buen número de partidos comunistas no presentaban más que las reivindicaciones del programa máximo y descuidaban las reivindicaciones inmediatas. Actualmente razonan así: formulemos solamente las reivindicaciones inmediatas sin ligarlas a la política y al programa máximo, pues cuando no presentábamos más que las reivindicaciones políticas los obreros no nos seguían y todo el trabajo se resentía por ello. Sabemos por experiencia que los bolcheviques ligaban siempre lo político a lo económico e inversamente. Conozco un caso, que se remonta a 1905, en que los bolcheviques, al declarar una huelga política, formularon reivindicaciones de orden económico y viceversa.

Preparar bien una huelga es una tarea difícil. En la organización y en la dirección de una huelga, así como en los objetivos

perseguidos por los socialdemócratas y los reformistas, de una parte, y los bolcheviques, de otra parte, había gran diferencia. Los bolcheviques recogían datos sobre la situación de los obreros de las fábricas y de las empresas, militaban entre ellos a fin de explicarles su situación. Una vez terminado el trabajo preparatorio (examen por la célula de todos los detalles de la huelga de acuerdo con los militantes revolucionarios sin partido), se declaraba la huelga, se formulaban reivindicaciones y se elegía un comité de huelga que reunía a los obreros y planteaba ante ellos las cuestiones relativas a la huelga. Si el comité de huelga y los militantes revolucionarios eran detenidos, se constituía de la misma manera otro comité de huelga. Los contratos colectivos no existían.

Si la huelga era declarada repentinamente como consecuencia de la agravación de las condiciones de trabajo, de un accidente, de la ausencia de sistema de protección a las máquinas, etc., los bolcheviques de la empresa o de la fábrica dada se ponían a la cabeza del movimiento y formulaban las reivindicaciones. Así, la huelga era preparada por abajo, en las empresas e incluso en los casos en que se extendía de empresa en empresa, o de ciudad en ciudad, eso no se hacía siempre espontáneamente. Las organizaciones urbanas del Partido, en los radios y en las células, discutían los métodos para desarrollar el movimiento. Los bolcheviques, al declarar las huelgas, perseguían dos objetivos: 1º, mejorar la situación material y cultural de los obreros, y 2º, objetivo aún más vasto, arrastrar a las grandes masas obreras en la lucha para derrumbar a la burguesía e instaurar la dictadura del proletariado.

Los socialdemócratas y los reformistas, desde que fueron creados los sindicatos, se esforzaron por centralizar las huelgas de manera que los sindicatos en las fábricas y las empresas no pudieran hacer huelga sin el consentimiento de su sindicato. Si comenzaban la huelga sin su consentimiento, el consejo sindical (el presidente) no la sancionaba, considerándola como una huelga “salvaje” y no le daba ninguna ayuda material. Si sancio-

naba la huelga, tomaba su dirección y los huelguistas no tenían nada que hacer sino, por si acaso, organizar piquetes de huelga en la puerta de las empresas cuando era necesario. Cuando los sindicatos reformistas, se hicieron más fuertes, empezaron a firmar contratos colectivos a largo término con las uniones patronales, y era raro ver estallar huelgas durante la duración del contrato. A veces se declaraban huelgas importantes en ocasión de la renovación de los contratos colectivos. En ese entonces las huelgas eran dirigidas por los comités centrales de los sindicatos. Los huelguistas debían, en el mejor de los casos, formar las propuestas de huelga. Los sindicatos reformistas eran guiados en la lucha económica (antes de la guerra, eran ellos los que dirigían las huelgas) por la sola idea de mejorar la situación material y cultural de la clase obrera sin cuidarse de la lucha contra el conjunto del sistema burgués.

Los partidos comunistas que dirigen a los sindicatos rojos, que son casi siempre organizaciones paralelas a los sindicatos y a la oposición sindical y que no engloban a grandes masas han adoptado lo más a menudo un método no bolchevique, sino reformista, socialdemócrata de organizar la huelga en las empresas, método que consiste en preparar en su propio despacho sin conocer siempre bien el estado de ánimo de los obreros. Es por eso que ocurre aun con frecuencia que los obreros no responden a los llamamientos de huelga lanzados por los sindicatos rojos y las oposiciones sindicales o que son los obreros de empresas que menos se pensaba los que se declaran en huelga.

En las escuelas internacionales del Partido los alumnos deben aprender a organizar, sostener y dirigir las huelgas.

3). La lucha contra los reformistas y los partidos socialdemócratas

Es preciso desenmascarar a la socialdemocracia y a los reformistas y mostrar la diferencia que hay entre sus palabras y sus

actos. Es menester hacerlo diariamente en la Prensa del Partido, en los volantes, en la agitación verbal. Es necesario leer la Prensa reformista y replicar inmediatamente a sus maniobras. Es preciso reaccionar bajo una forma popular y accesible. Todo artículo, todo discurso de los socialdemócratas y de los reformistas pueden suministrar a los agitadores y a los propagandistas comunistas una documentación susceptible de alimentar su acción contra estos elementos. Sólo así podremos desenmascarar a la socialdemocracia. De lo contrario es poco probable que se logre eso. Desenmascarando a los socialdemócratas y a los reformistas, no hay que perder de vista a los otros partidos y organizaciones que tienen influencia, o que quieren adquirirla, entre la clase obrera (católicos, nacionalsocialistas, etc.).

Los partidos demócratas de ciertos países asumen diferentemente su rol de principal sostén social de la burguesía. Hasta las últimas elecciones, el Partido laborista de Inglaterra jugó abiertamente este papel frente al Gobierno. No bien se apercibió que las masas obreras le volvían la espalda, decepcionadas por su política, y que esa amenaza era real, sacrificó a sus dirigentes y pasó a "La oposición". En Francia, después de la guerra, el Partido socialista no ha participado en el Gobierno. A veces, en vísperas de las elecciones, se le ocurre incluso votar en el Parlamento contra tal o cual ley, sabiendo a ciencia cierta que el Gobierno obtendrá a pesar de todo la mayoría. En realidad, el Partido socialista francés es el servidor fiel y el sostén del imperialismo militar francés. En cuanto a los socialdemócratas de Alemania, es inútil mencionarlos. Son unos virtuosos en el arte de engañar a las masas y es su Partido el más hábil de la II Internacional en la maniobra.

Los partidos comunistas deben, a imitación de los bolcheviques rusos, prever las maniobras de los socialdemócratas y denunciarlas a las masas. Es preciso desenmascarar estas maniobras cada vez que los socialdemócratas llegan a cumplirlas y a engañar a los trabajadores. Los partidos comunistas, los sindicatos rojos, todas las organizaciones revolucionarias de masa

deben denunciar sin tregua a los socialdemócratas y a los reformistas, pues si se libra a los obreros de su influencia, los partidos comunistas no podrán conquistar a la mayoría de la clase obrera, sin la cual es imposible combatir con éxito contra la burguesía. Los partidos comunistas deben librar una lucha enérgica e infatigable contra los nacional-socialistas que explotan la traición de los socialdemócratas y de los reformistas, así como los errores y debilidades de los partidos comunistas para difundir su influencia entre la pequeña burguesía y arraigarse entre las masas de parados mediante consignas demagógicas, y con frecuencia hasta consignas comunistas.

4) El paro

Estamos en presencia de una desocupación formidable. Excepto el Partido Comunista, nadie, en realidad, se ocupa de los parados. Y cuando era posible organizar a los parados, cuando era fácil hacerlo defendiendo sus intereses cotidianos, los partidos comunistas no han sabido aprovechar esta situación. Pocos comunistas trabajan en las empresas, porque los expulsan. Por ende, no es fácil desarrollar la acción en la empresa. Pero ¿por qué no se organiza la acción militante entre los parados, en las bolsas de trabajo, en los asilos de noche, entre las largas hileras de parados que esperan para recibir pan y sopa? Entre los parados, son numerosos los miembros del Partido y de los sindicatos revolucionarios. ¿Es tan difícil organizar el trabajo entre los parados por intermedio de estas camaradas? En Checoslovaquia y en Polonia, las organizaciones de los parados han sabido, en ciertas partes, movilizar a masas importantes y hacer presión en las municipalidades, al cabo de lo cual los parados han obtenido subsidios. En América, los parados no reciben subsidios ni del Estado ni del Patronato. Los parados se ven obligados a recurrir a la casa de beneficencia. Se los desahucia en masa de sus alojamientos. En 1930 y en 1931, tan sólo en Nueva York han sido desahuciadas 552.496 familias. Las organizaciones comu-

nistas y revolucionarias disponen allí de un vasto campo de acción y, sin embargo, no sacan provecho de esta situación sino en pequeña escala. Ora crean asociaciones estrechas de parados, ora se abalanzan a organizar manifestaciones, pero pierden de vista que hay que organizar refectorios, declarar un movimiento capaz de impedir la expulsión de los parados de su alojamiento, exigir y obtener subsidios para los parados, etc.

Las razones del retraso de los Partidos Comunistas y de los Sindicatos Revolucionarios con relación al movimiento obrero y campesino revolucionario

En mi informe me he esforzado por mostrar la diferencia que hay entre la táctica, la organización, los métodos, el contenido del trabajo, los objetivos finales de los bolcheviques y los de la socialdemocracia. He indicado las razones que han causado esta diferencia. Nosotros, militantes del Ejecutivo de la I. C. oímos decir a veces que la antigua experiencia bolchevique, especialmente el método de trabajo en las empresas, no conviene a los partidos comunistas de los países capitalistas. La experiencia de estos últimos años ha refutado esta opinión. Allí donde se han adoptado métodos bolcheviques de trabajo, donde se ha aplicado una táctica ágil, donde se ha hecho acción en las empresas, los resultados han sido excelentes. ¿No constituye el movimiento obrero y campesino de masa en Polonia, el carácter agudo de su lucha, el rol dirigente que ejerce en él el Partido Comunista polaco, la mejor prueba de la superioridad de los métodos bolcheviques sobre los métodos socialdemócratas? Pues el proletariado revolucionario polaco, el antiguo Partido socialdemócrata, convertido hoy en el Partido Comunista, sean cuales fueren los errores de éste, han combatido codo a codo con el Partido bolchevique de Rusia. Han recogido los métodos bolcheviques de trabajo, y es por eso que no se hallan aislados del proletariado polaco, pese al terror fascista inaudito.

Los partidos comunistas, los sindicatos rojos y la oposición sindical que, en los países capitalistas, no se han liberado aún de las tradiciones socialdemócratas, que no han asimilado aun, que no aplican o aplican mal los métodos de trabajo y las formas de organización bolcheviques, que no dan a la acción un contenido bolchevique, se dejan ganar la delantera por el movimiento obrero revolucionario, por los acontecimientos, y no se hallan en situación de consolidar en el terreno de organización su influencia política creciente (por ejemplo, con cuatro o cinco millones de votos recogidos en las elecciones no se logra organizar la respuesta a la ofensiva de los patronos contra los salarios). Este retraso es inevitable hasta tanto los partidos comunistas, los sindicatos rojos, la oposición sindical no se libren de las tradiciones socialdemócratas asimilándose la verdadera experiencia bolchevique, en todos los dominios de su acción política y económica.

La preparación de los cuadros y los métodos de enseñanza en las Escuelas del Partido

En las condiciones actuales, la cuestión de los cuadros adquiere para los partidos comunistas, los sindicatos rojos y las oposiciones sindicales, una importancia considerable. Una de las formas importantes de la preparación de los cuadros revolucionarios está representada por las escuelas internacionales del Partido. La enseñanza que se da en ellas tiene, pues, una importancia esencial porque la necesidad de cuadros teóricos preparados, que sepan coordinar la preparación teórica y la experiencia del trabajo práctico, es muy grande en las secciones de la Internacional Comunista. Esta necesidad no solamente no ha disminuido, sino que incluso se ha incrementado en estos últimos años, dado que no ha habido el flujo de cuadros calificados que se esperaba.

Las escuelas internacionales del Partido pueden suministrar

los cuadros que necesitan los partidos comunistas de los países capitalistas. Algunas de esas escuelas existen desde hace mucho tiempo, pero la Internacional Comunista aún no ha visto salir de ellas los cuadros que necesita la acción comunista. Dicho de otro modo, cuándo los alumnos de las escuelas internacionales del Partido terminan sus cursos conocen, incluso muy bien, las principales obras de Marx, de Lenin y de Stalin. En ciertos países, estos alumnos son puestos incluso a la cabeza de los partidos. Sin embargo, los partidos no han recibido aun de estas escuelas internacionales camaradas que, aplicando las nociones del marxismo y del leninismo de acuerdo con las condiciones locales, podrían organizar y llevar a cabo el trabajo de masa, cosa precisamente indispensable, en el momento actual, a los partidos comunistas. Aun no han recibido los militantes que podrían efectivamente ayudarles a reorganizar el Partido, los sindicatos rojos y la oposición sindical sobre la base de las empresas.

¿A qué se debe eso? A lo siguiente: los alumnos estudian la estructura del Partido Comunista de la U.R.S.S., es decir, de las formas de organización que no serán plenamente aplicables en su país sino después de la toma del Poder por el proletariado. Pero esta misma estructura la estudian superficialmente. No estudian con la atención requerida lo que sobre todo deberían conocer, esto es: los métodos de trabajo entre las masas, las diferencias de táctica respecto a las diversas capas de trabajadores, la agitación de masa y sus formas de organización, las relaciones entre las fracciones comunistas (sobre todo las de las organizaciones de masa sin partido) y las células y comités del Partido correspondiente, el trabajo de las organizaciones sin partido y el rol de las fracciones comunistas en estas organizaciones, la dirección y el control del trabajo de las fracciones comunistas por las células y los comités del Partido, el trabajo de las células de empresa y de los comités de empresa, etc.

No estudian ni asimilan la experiencia relacionada con el período precedente a la conquista del Poder por la clase obrera, es decir, la experiencia de los bolcheviques bajo el zarismo y bajo

Kerenski, de febrero a octubre. Y, sin embargo, esta experiencia es la que más necesitan nuestros partidos hermanos. Es precisamente en esta experiencia donde se hallan frases análogas a la situación que existe actualmente en los partidos comunistas de los países capitalistas. Pero también hay frases, puntos particulares en los que difieren. Es por esto que he consagrado una parte de mi informe a subrayar la diferencia entre la situación del Partido bolchevique bajo el zar y la situación de los partidos comunistas en los países capitalistas.

El hecho de que los partidos comunistas no reciban de las escuelas internacionales los militantes que necesitan, prueba que la enseñanza no está por cierto adaptada a las condiciones de su desarrollo, de sus tradiciones y de sus costumbres.

La tarea de las escuelas internacionales es ayudar a los alumnos a que asimilen y comprendan la experiencia bolchevique tanto en la organización del Partido como en el trabajo de todo el Partido de una manera que les permita aplicar esta experiencia según las condiciones de sus países. Tomad las condiciones alemanas y veréis que se diferencian de las condiciones francesas, que se diferencian mucho de las condiciones inglesas y no menos de las condiciones que hallamos en los Estados Unidos. Cada país tiene su movimiento obrero, su historia, sus tradiciones, su estructura de partido, sus organizaciones obreras. Cuando se enseña por grupo de países, es preciso tenerlo en cuenta. Una documentación necesaria y concreta sobre cada país, que traduzca su situación, que caracterice sus condiciones, puede ser obtenida por los profesores cerca de los mismos alumnos que han tomado parte en el trabajo práctico de sus partidos comunistas respectivos.

Las escuelas internacionales del Partido deben ayudar a los partidos comunistas y al movimiento sindical revolucionario a forjar verdaderos cuadros bolcheviques.

Í N D I C E

Presentación	5
Palabras del recopilador	7
Veintiún años de organización y de acción revolucionaria	9
A propósito de mis memorias	17
I. El principio de mi actitud revolucionaria 1896–1902.	19
II. Mi primera detención, la cárcel de Kiev y mi evasión 1902	41
III. Mi actividad revolucionaria en el extranjero 1902–1905	63
IV. Mi acción revolucionaria en Odessa. Detención y prisión 1905–1906	93
V. Mi trabajo en Moscú 1906–1908	127
VI. Detención estúpida 1908	155
VII. De nuevo al extranjero 1908–1912	165
VIII. El desacuerdo ideológico y la desorganización en las filas del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia 1908–1911	181
IX. La preparación y la Convocatoria de la Conferencia Panrusa del Partido 1911–1912	193
X. Mis relaciones con el movimiento obrero alemán 1909–1912	207
XI. París 1912–1913	217
XII. Una semana en Poronin 1913	229
XIII. Volsk 1913–1914	233
XIV. Sámara 1914	243
XV. Mi última detención, la prisión y la estepa 1914–1915	253

XVI. La vida de los deportados políticos en las aldeas de Angara 1915–1917	265
XVII. Cómo nos enteramos de la Revolución de Febrero de 1917	281
Cincuentenario del camarada Piatnitzki	285
SEGUNDA PARTE	287
Nota del autor	288
Prefacio	289
KAMO, VIDA DE UN BOLCHEVIQUE	293
I. Infancia y adolescencia	293
II. El trabajo de Partido	295
III. En el combate	306
IV. Detención. Simulación de locura	316
V. La evasión del Manicomio	324
VI. Detención en Tiflis. Trabajos forzados	331
VII. Últimos años	334
El temple bolchevique de Kamo fructifica 25 años después	339
LOS BOLCHEVIQUES ANTE LOS JUECES	341
Los Bolcheviques en los interrogatorios y ante la justicia de la burguesía	341
Carta A. H. D. Stassova y a los encarcelados en Moscú	373
ALGUNOS TIPOS DE CONFIDENTES	379
El confidente número uno: Kaplinski	379
Número dos: Yitomirski	384
Número tres: Olga Nicolaievna Putiata	387
Número cuatro: Romanov	390
Número cinco y seis: Malinovski y Poskrebutin	394

LENIN MILITANTE ILEGAL	405
I. Lenin y la acción clandestina	405
Métodos de maquillaje del Camarada Lenin	408
No llamar la atención	412
A despecho de la clandestinidad	415
Cambio del aspecto exterior	416
Correspondencia clandestina	418
Transportes ilegales	426
El paso de la frontera	429
Participación en las reuniones clandestinas	430
II. Lo que dice Lenin sobre la estructura orgánica y métodos de edificación de un Partido ilegal. ¿Qué hacer?	433
Principios de organización de un Partido comunista ilegal	435
Centralización de la Dirección y descentralización de las funciones	436
Las organizaciones auxiliares próximas al Partido	438
La célula de fábrica	439
Más sobre la centralización y descentralización de las organizaciones ilegales del Partido	440
Lenin y los Sindicatos ilegales	441
El Órgano Central	443
Resolución de 1908, relativa a la Organización	445
Resolución de 1913, sobre Organización	447
III. Lenin y las formas superiores de la lucha de clases	449
Carta de camarada Lenin al Comité de Petersburgo	455
Las enseñanzas de la Insurrección en Moscú	458
Los Soviets como Órganos de la insurrección	459
Las Organizaciones Militares	460
1917	461

CÓMO FORJAR UN PARTIDO BOLCHEVIQUE	465
Hay que arrancar las masas a los socialdemócratas	465
La fuerza de las tradiciones reformistas	466
Cómo luchaban los Bolcheviques contra desviaciones del marxismo	469
¿Cuáles eran las condiciones de la Rusia zarista y en el extranjero	470
La formas bolcheviques y socialdemócratas de organización del Partido	473
Ligazón de los Partidos socialdemócratas con las empresas	474
La Células de empresa y de calle	477
Las dificultades del trabajo en las Células Comunistas en las empresas de los países capitalistas y los métodos para vencerlas	481
Cómo defendía el Partido Bolchevique los intereses económicos de los obreros	483
El reclutamiento del Partido Comunista y la fluctuación de sus efectivos	486
Los Comités de Partido, la democracia interior, la disciplina, los métodos de dirección, la autocrítica, el centralismo democrático, los cuadros	488
El verdadero centralismo democrático	491
La ligazón con las masas	493
Las Fracciones Comunistas y sus relaciones con los Comités del Partido	494
Las relaciones anormales entre el Partido y las Fracciones Comunistas	497
La Prensa	499
Agitación	501
Hacer resaltar la traición de los socialdemócratas	505
Acontecimientos, táctica, consigna, teoría del “menor mal” y frente único	506
La perniciosa teoría del “menor mal”	508

La aplicación del Frente Único	509
Trabajo legal e ilegal, utilización de los medios legales	511
Las tareas actuales	513
1) El trabajo comunista sindical en las empresas	513
2) Las huelgas	514
3) La lucha contra los reformistas y los partidos socialdemócratas	516
4) El paro	518
Las razones del retraso de los Partidos Comunistas y de los Sindicatos revolucionarios con relación al movimiento obrero y campesino revolucionario	519
La preparación de los cuadros y los métodos de enseñanza en las Escuelas del Partido	520

